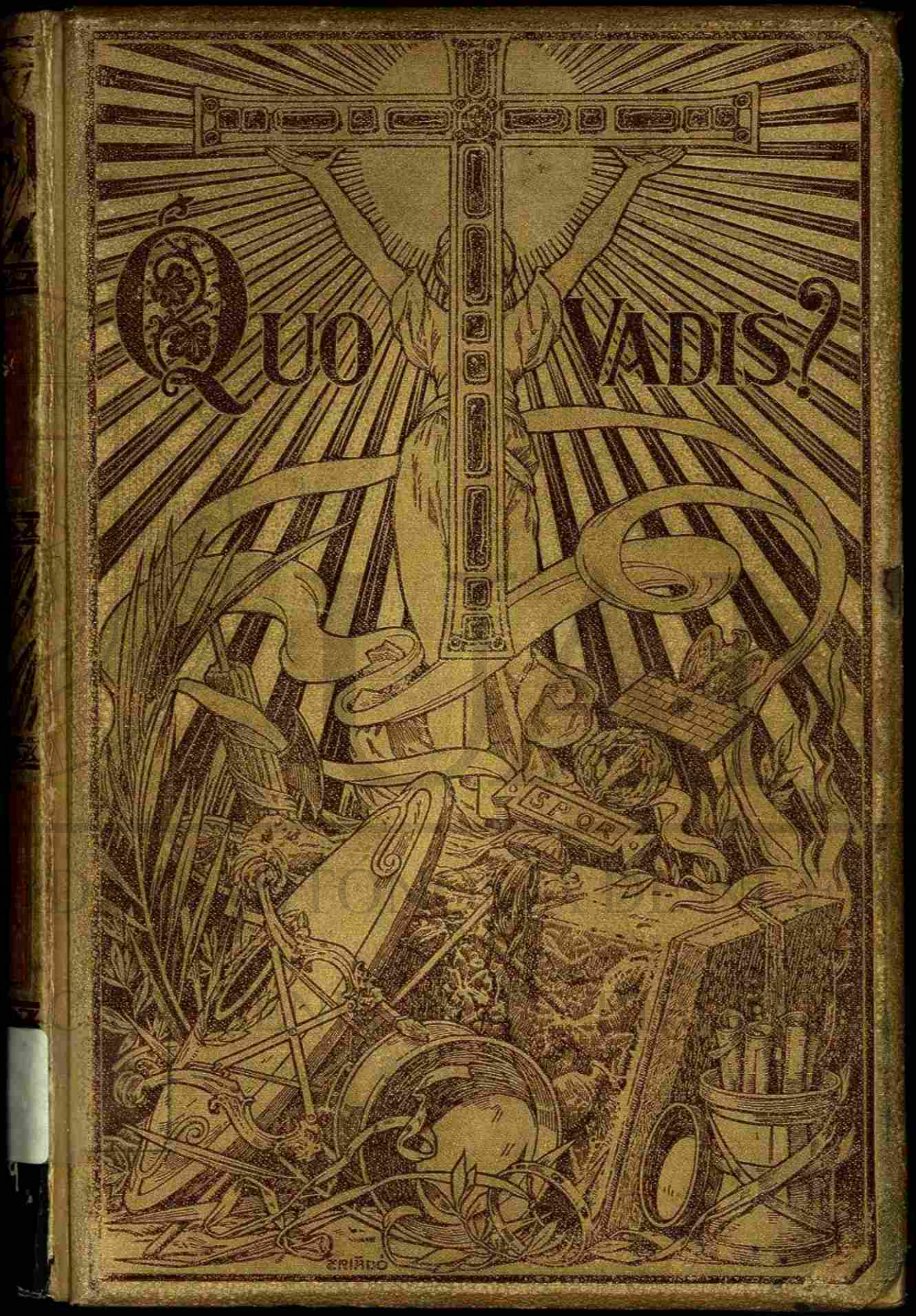
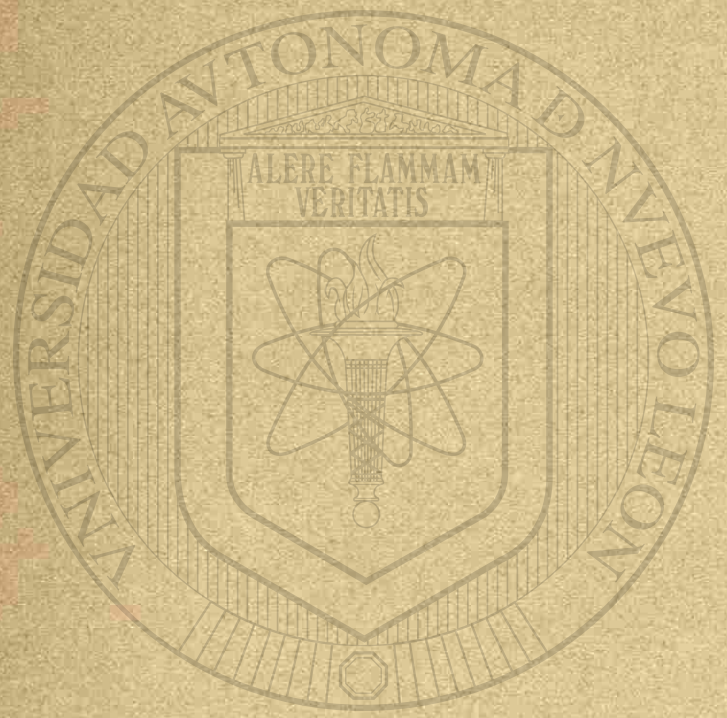

QUO VADIS?
SPQR

QUO VADIS
PG7158
.S4
Q68

1020015630



QUO VADIS?

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas N
Núm. Autor S972q
Núm. Adq. 34989
Procedencia
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

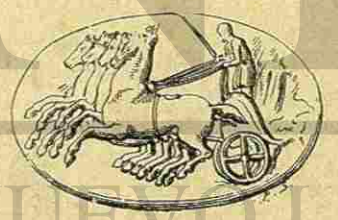
QUO VADIS?

NARRACIÓN HISTÓRICA DEL TIEMPO DE NERÓN

POR

ENRIQUE SIENKIEWICZ

EDICIÓN ESPAÑOLA ILUSTRADA



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309 Y 311

1900

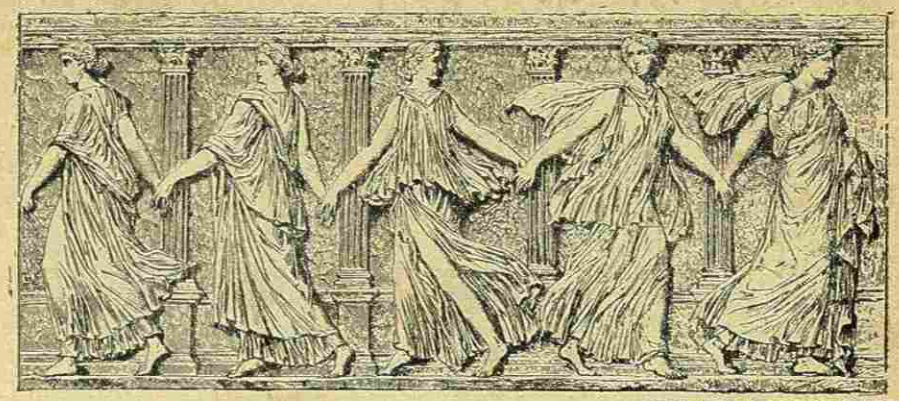
34089

891.85
S.
PG7158
.S4
Q68
1900

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
ACERVO DE LITERATURA
116255



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

Poco después del mediodía, cansado y molido como siempre, despertó Petronio y abandonó el lecho. La noche antes había banqueteado con Nerón y hasta la madrugada no terminó el banquete. Hacía algún tiempo que la salud de Petronio estaba un tanto quebrantaba, y él mismo decía que por la mañana solía desvelarse, pareciéndole que su cerebro, aturdido, no acertaba á coordinar ideas. Pero el baño matutino y las fricciones que daban á su cuerpo hábiles esclavos hacían circular prontamente la sangre en sus venas, prestándole nuevo aliento y vigor. Aparecía, después del *oleotesio*, último detalle y complemento del baño, reanimado, con los ojos vivos y centelleantes, rejuvenecido, lleno de vida. Su complexión membruda y su airoso continente le hacían superior al mismo Otón, por lo cual nadie podía disputarle el título de honor con que se le conocía en Roma: *arbiter elegantiarum*.

Raras veces iba Petronio á las termas públicas, á no ser con motivo de la presencia en ellas de algún retórico insigne, ó cuando, en celebración de haber llegado á la mayor edad algún joven romano, podía esperarse una contienda llena de interés y de emociones.

En su *ínsula* poseía baños propios, que Cellere, el famoso colaborador de Severo, había construído y adornado con tanto gusto, que Nerón los prefería á los mismos baños imperiales, aun siendo éstos vastísimos y de exquisita y elegante magnificencia.

Y así, después de aquel banquete en el cual Petronio, fastidiado con las insípidas ocurrencias de Vatinio, había discutido con Nerón, con Lucano, y con Séneca sobre el tema «si las mujeres tienen un alma,» se levantó tarde y se dirigió al baño.

Dos gallardos siervos lo tendieron sobre una mesa de ciprés, cubierta con fina y blanca batista de Egipto, y se apresuraron á dar á aquel delicado cuerpo una fricción con las manos untadas de perfumado aceite. Petronio, con los ojos cerrados, esperaba el efecto del baño templado y del *masaje* hasta entrar en reacción. Entonces abrió los ojos y pidió noticias acerca del tiempo y después acerca de las piedras que el joyero Idomeneo había prometido llevarle aquella misma mañana. Le con

testaron que el tiempo era espléndido, refrescada la atmósfera por un vientecillo de los montes Albanos; pero las piedras preciosas no habían llegado. Nuevamente cerró los ojos, y se disponía á ordenar que le trasladasen al *tepidarium*, cuando asomó por entre las cortinas la cabeza de un esclavo que anunciaba la visita del joven Marco Vinicio, recién llegado del Asia Menor. Petronio ordenó que hiciesen entrar al visitante en el *tepidarium*.

Vinicio era el hijo de su hermana mayor, casada con Marco Vinicio, cónsul en tiempo de Tiberio.

El joven había servido en la guerra contra los partos, bajo el mando de Corbulón, y ahora, terminada la lucha, regresaba á Roma. Petronio sentía por él gran afecto, porque Marco era hermoso y robusto y además un hombre que, aun en medio del desenfreno de sus compañeros, sabía conservar cierta medida justa. Esta última cualidad, especialmente, le hacía muy apreciable á los ojos de Petronio.

– ¡Salud, oh Petronio!, exclamó el joven guerrero, penetrando con desenvoltura en el *tepidarium*. ¡Que todos los dioses te concedan felicidades, y de manera especial Asclepiades y Ciprina! Sus protegidos están siempre salvos.

– ¡Seas bienvenido y encuentres dulce la paz después de la guerra!, contestó Petronio tendiéndole la mano. ¿Qué hay de nuevo en Armenia? Durante tu permanencia en Asia, ¿no fuiste nunca á Bitinia?

Petronio había sido procónsul en Bitinia y había gobernado con celo y justicia. Esto formaba un extraño contraste con su actual estado de molicie, si bien nada le complacía tanto como evocar aquellos tiempos, por la pueril vanidad de demostrar á las gentes lo que había sido y lo que hubiera podido ser, si hubiese querido.

– Estuve, por casualidad, en Heraclea, repuso Vinicio. Corbulón me envió para trabajos de fortificación.

– ¡Heraclea! Allí conocí á una joven de la Cólquida, á la que no habría cambiado por todas las mujeres de Roma, incluso Popea. Pero esto son antiguallas. Dime, ¿qué hacen los partos? En verdad te digo que estoy cansado de oir hablar de los volgos, tiridatos, tigraneses, de todos esos bárbaros que, según la expresión del joven Auruleno, en su tierra obran como animales y sólo en nuestra presencia intentan ser hombres. En Roma se habla mucho de estas cosas, porque es peligroso hablar de otras.

– La guerra va mal, y si no fuese por Corbulón podríamos temer una derrota.

– ¡Corbulón! ¡Por Baco! Es un verdadero dios de la guerra: bravo, sencillo y honrado general. Merece mis simpatías... porque Nerón le teme.

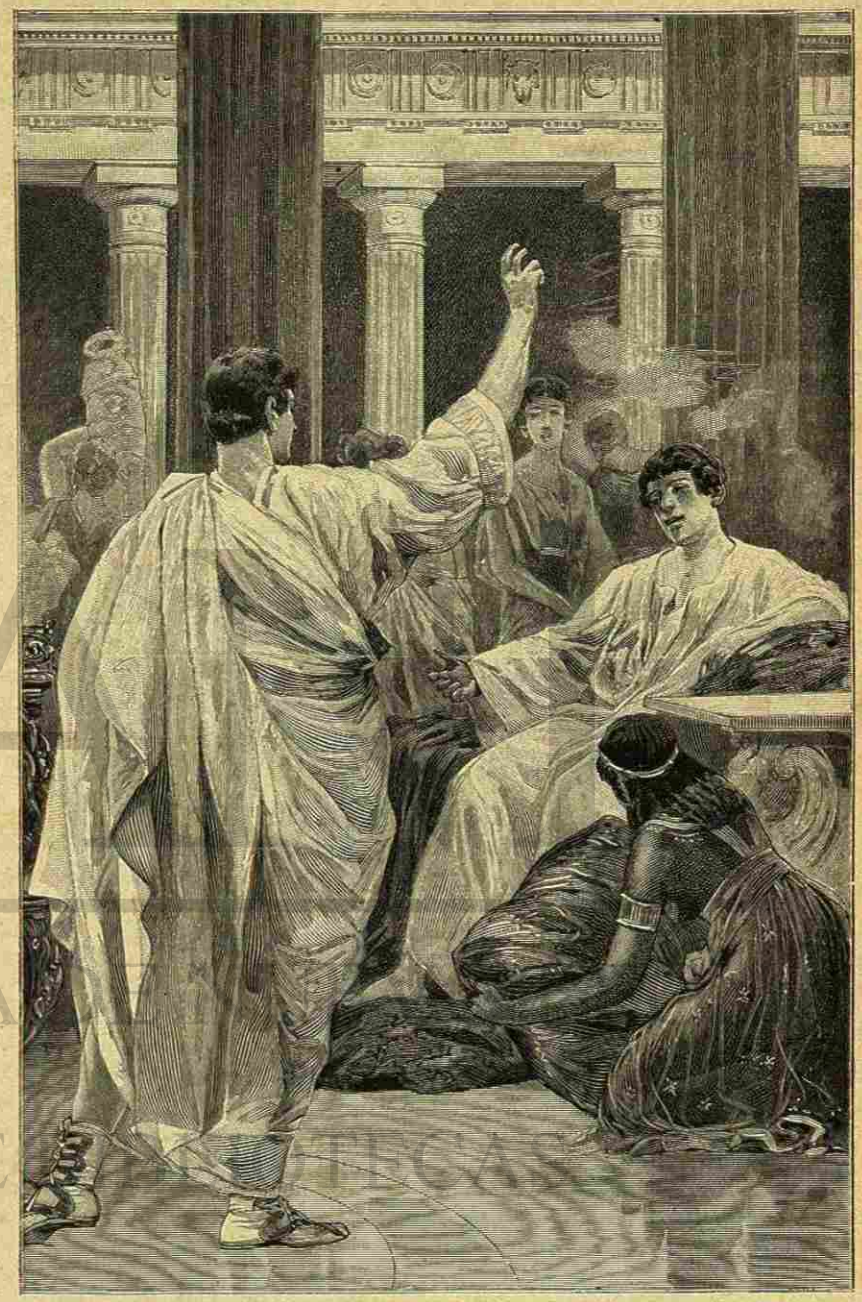
– Pero Corbulón no es ningún tonto.

– Quizá tengas razón..., pero da lo mismo. La tontería, dice Pirrón, no es mucho peor que la sabiduría y apenas se diferencia de ella.

Vinicio comenzó á narrar episodios de la guerra; pero viendo que Petronio dormitaba de cuando en cuando, y advirtiendo en su rostro evidentes señales de abatimiento, cortó de improviso el relato, pidiéndole noticias acerca de su salud.

¡Su salud! No se sentía bien, aunque no había llegado al extremo que Sissenes, el cual estaba tan desfallecido y desencajado, que todas las mañanas, cuando le llevaban al baño, solía preguntar: «¿Estoy ahora sentado ó de pie?» Sin embargo, Petronio no estaba bueno. Vinicio le había encomendado á la protección de Asclepiades y de Ciprina; pero Petronio no tenía fe en Asclepiades. Ni aún se sabía de quién era hijo ese Asclepiades, si de Arsinoe ó de Coronida; y si la madre estaba en dudas, ¿qué debía suceder con respecto al padre? Por otra parte, en aquellos tiempos, ¿quién tenía la certeza de saber quién era su propio padre?

Petronio se interrumpió con una carcajada y luego continuó:



¡Salud, oh Petronio!, exclamó el joven guerrero, penetrando en el *tepidarium*

– Hace dos años envié treinta y seis mirlos y un cáliz de oro á Epidauro; pero ¿no sabes por qué? Pues yo me dije: ignoro si me proporcionará algún beneficio; pero, seguramente, no podrá perjudicarme. Y si bien las gentes continúan ofreciéndole sacrificios, creo todavía que todos comparten mi opinión, todos... excepto, quizás, aquellos asneros que están en la Puerta Capena al servicio de los viajeros. Menos que con Asclepiades, deseo tener que habérmelas con sus hijos. Cuando, el año pasado, tuve aquella enfermedad que tú conoces, me vi sujeto á no sé cuántas curas. Comprendía perfectamente el juego de los que me rodeaban, pero me decía á mí mismo: «¿qué mal hay en ello?» El mundo se nutre de engaños, la vida no es más que ilusión, y el alma lo mismo. El hombre debe ser razonable, y lo que importa es saber distinguir los engaños agradables de los desagradables. ¿Por qué enciendo el leño de cedro impregnado de ámbar? Porque, desde que nací, he preferido siempre el perfume grato á la hediondez. En lo que concierne á Ciprina, á la que también me has encomendado, has de saber que á su protección debo la gota que padezco en el pie derecho. Por lo demás, es una excelente diosa. Y con toda seguridad, tarde ó temprano, sacrificarás en sus altares cándidas palomas.

– ¡Indudablemente!, contestó Vinicio. Las flechas de los partos me han respetado; no así el dardo de Amor, que me ha herido, inesperadamente, á poca distancia de las puertas de Roma.

– ¡Por las blancas rodillas de las Gracias! En ocasión oportuna hablaremos de este asunto.

– He venido expresamente á pedirte consejo.

En aquel momento comparecieron los siervos empleados en el baño de Petronio, conocidos por *depilatori*. Aceptando la invitación de Petronio, Marco Vinicio se despojó de la túnica y se sumergió en el templado baño.

– No necesito preguntarte si tu amor es correspondido, dijo Petronio mirando fijamente á su joven sobrino, que parecía esculpido en mármol. Si Lisipo te hubiera visto, adornarías á estas horas las puertas del Palatino, representando á Hércules adolescente.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro del guerrero, y con impulso rápido agitó el agua, rociando un mosaico del pavimento que representaba á Era en el momento en que suplica á Morfeo que duerma á Zeus. Petronio contemplaba á su sobrino con mirada de artista satisfecho.

Después que los siervos habían prestado á Vinicio todos los cuidados habituales, entró un lector con un canastillo de bronce en el que había varios paquetes de cartas.

– ¿Quieres oir también?, preguntó Petronio.

– Si es una obra tuya, con mucho gusto, respondió el joven Vinicio; en caso contrario, prefiero conversar. Hoy día se encuentran poetas y cantores al volver de cada esquina.

– Tienes razón; no se puede entrar en ninguna sala de justicia, en ninguna terma, en ninguna biblioteca, sin tropezar con un poeta, que gesticula como un loco. Agripa, cuando volvió de Oriente, no podía explicárselo y los tomaba por dementes rabiosos. Tal es su costumbre, y no hay más remedio que aguantarlos. César escribe versos y todos quieren imitarle; pero está terminantemente prohibido, ¡entérate bien!, escribir versos mejores que los de César. He aquí por qué temo por Lucano. Yo, en cambio, no escribo más que prosa y no obligo á nadie á escuchar la lectura de mis obras. Esto que suele leer el esclavo son trabajos del pobre Fabricio Veienio.

– ¿Por qué *pobre*?

– Porque se le ha comunicado que debe alejarse de Roma hasta nueva orden. Pintó nuestra ciudad, sus habitantes y sus costumbres; así es que todos buscan el libro con ansia y con temor, porque cada uno se cree retratado en él. En la librería de Avirno centenares de copistas se dedican á multiplicar los ejemplares de la obra. El éxito está asegurado.

– ¿Y tú no figuras en sus páginas?

– ¡También yo! Sino que el autor me ha visto sólo bajo un aspecto y no ha acertado á retratarme de cuerpo entero. Soy tal vez peor de lo que aparezco en el libro, pero no tan vulgar como Fabricio me pinta. De mucho tiempo á esta parte nosotros hemos perdido la noción de lo que es ó no es dignidad, y en cuanto á mí, no distingo una diferencia real, si bien Séneca opina de otro modo. Pero no me importa. ¡Por Hércules! Soy sincero en mis juicios y me satisface sobre manera conservar un criterio fijo y claro en lo que toca á la distinción entre lo bello y lo feo.

– Lo siento por Fabricio, que era un excelente compañero.

– La vanidad le ha perdido. No sabía dominarse y á todo el mundo confiaba sus propios secretos. ¿Conoces la historia de Rufino?

– ¡No!

– Pues bien; pasemos al *frigidario* y te la referiré.

Adornaba el *frigidario* una fuente de mármol colocada en el centro y de la cual manaba líquido abundante y oloroso que perfumaba la estancia con suave aroma de violetas.

Muellemente reclinados sobre yacijas tapizadas con gusto y riqueza, los dos amigos permanecieron silenciosos algunos instantes. Vinicio contemplaba meditabundo un fauno de bronce que se inclinaba sobre el agua en actitud de reconocer la profundidad del surtidor.

– Ese tiene razón, exclamó el joven, busca amor..., ¡lo más hermoso de la vida!

– ¡Ah!, eso, según. Tú, por ejemplo, al amor prefieres la guerra, que á mí no me place poco ni mucho, porque bajo las tiendas de campaña se descuida el aseo de las uñas y éstas pierden su rosado color. Por otra parte, cada uno tiene sus gustos. *Enobarbo* (1) ama el canto y especialmente el suyo; el viejo Scauro ama su vaso de Corinto, que coloca junto al lecho, besándolo en sus noches de insomnio: á fuerza de besos ha desaparecido el color del vaso tan querido. Dime, ¿tú no escribes versos?

– Todavía no he compuesto ni un hexámetro.

– Pero ¿cantas y pulsas la cítara?

– No.

– ¿Serás experto en guiar caballos?

– Una vez probé en las carreras de Antioquía, pero sin resultado alguno.

– En este caso, estoy tranquilo con respecto á tu suerte. ¿A qué partido perteneces en el Hipódromo?

– Al verde.

– Ahora quedo tranquilísimo, tanto más cuanto que tu riqueza, á pesar de ser considerable, no puede igualar á la de Pallante, ni á la de Séneca. Porque... ¡mira!, entre nosotros es cosa corriente y hasta laudable escribir versos, cantar, declamar, luchar en el Circo; pero es mucho mejor y, sobre todo, mucho más seguro no versificar, ni cantar, ni luchar. Mejor es entusiasmarse viendo hacer todas esas cosas á *Eno-*

(1) En latín *Ænobarbus* significa *barba de bronce*, que era el sobrenombre ó apodo con que se conocía á la familia Domicia, de la cual descendía Nerón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

barbo. Tú eres joven y bello y por eso corres el peligro de que Popea se enamore de ti. Pero ¡no!; es mujer de alguna experiencia y quedó satisfecha con el amor del primero y del segundo marido: con el tercero lleva otras miras. ¿No sabes que el infeliz Otón está enamorado de ella como un loco? Va el hombre por aquellos escarpados montes de España luchando á brazo partido..., y enviando á Roma suspiros. Ha cambiado de tal modo sus costumbres, que ahora le bastan tres horas al día para peinarse. ¿Quién lo hubiera creído en Otón?

– Puedo imaginarlo fácilmente; pero, en su lugar, yo hubiera procedido de manera distinta.

– ¿Cómo?

– Yo habría reunido fieles legiones entre aquellos montañeses. Los iberos son muy buenos soldados.

– ¡Vinicio, Vinicio! Casi estoy por decir que no habrías sido capaz de tal empresa. ¿Sabes por qué? Porque esas cosas se hacen sin que nadie pueda sospecharlas. Yo, divirtiéndome á costa de Popea, hubiera también formado legiones, pero no de iberos, sino de iberas. Y cuando no otra cosa, hubiera escrito epigramas, sin leerlos á nadie, no me ocurriese lo que al pobre Rufino.

– ¿No querías contarme su historia?

– La oirás en el *untuario.*

Pero en el untuario les aguardaban dos lindas esclavas, dispuestas á untar á los dos patricios con aromáticos ungüentos de Arabia: hábiles peinadoras de Frigia tenían en las manos delicados peines y espejos de terso acero; dos jóvenes griegas, de Cossa, esperaban el momento oportuno para entrar en las funciones propias de su cargo de *vestipicæ*, que consistían en poner las togas y arreglar artísticamente sus pliegues.

– ¡Por Júpiter Tonante!, dijo Marco Vinicio. ¡Qué hermosa colección!

– Prefiero la calidad al número, contestó Petronio. Mi servidumbre en Roma no pasa de cuatrocientos individuos, y opino que el verdadero señor no necesita más para un servicio cómodo.

– Creo que el mismo *Enobarbo* no posee esclavas tan agraciadas.

– Y yo no puedo soportar la fealdad, replicó Petronio. Y luego, no soy pedante como Aulo Plaucio.

Al oir este nombre, Vinicio olvidó un instante á las esclavas griegas, y levantando instintivamente la cabeza, preguntó:

– ¿Cómo se te ocurrè hablar de Aulo Plaucio? ¿Ignoras que pasé en su casa varios días, cuando fuera de las puertas de Roma me disloqué el brazo? Plaucio, por casualidad, fué testigo del accidente, y al ver cómo sufría, me abrió generosamente su casa. Su médico, el esclavo Merieno, me curó con gran solicitud. Sobre esto precisamente venía á hablarte.

– ¡Ah! ¿Sí? ¿Quizá porque te enamoraste de Pomponia? En tal caso, te compadezco, porque esa mujer no es joven y es virtuosa. ¡No podía ocurrírsete cosa peor!

– De Pomponia, no, contestó Vinicio con un suspiro.

– Pues entonces, ¿de quién te has enamorado?

– ¡Si yo lo supiese!... Con certeza ni el nombre conozco...: Licia... ó Calina, En su casa la llaman Licia, porque desciende de los Licios, pero su verdadero nombre bárbaro es Calina. ¡Extraña casa la de Plaucio! No obstante habitar en ella tanta gente, reina una tranquilidad tan perfecta como en los bosquecillos de Subiaco. Largo tiempo estuve ignorando que allí moraba una diosa. Un día, al rayar el alba, la vi, dulce y pensativa deslizarse por entre las discretas sombras del jardín. Yo temía que el sol naciente, cuyos primeros rayos parecían pasar á través

de aquel cuerpo alabastrino, la hiciera desaparecer. Desde aquel día he vuelto á verla dos veces y ya no vivo en paz, ni tengo otro deseo, ni me seduce ningún placer de los que Roma puede ofrecerme. Las mujeres, el oro, las perlas, el vino, los banquetes no tienen para mí ningún atractivo. Mi corazón sólo reclama á Licia.

– Si es una esclava, cómprala.

– No es una esclava.

– ¿Qué es, entonces? ¿Una liberta de Plaucio?

– Nunca fué esclava, y por eso no puede ser liberta.

– Pero..., en fin, ¿quién es?

– No sé; la hija de un rey ó algo semejante.

– Excitas mi curiosidad, Vinicio.

– Voy á satisfacértela en seguida. Escúchame. Su historia es breve. Quizá tú conozcas personalmente á Vannio, el rey de los suevos. Arrojado de su país, vivió largo tiempo en Roma, donde adquirió cierta notoriedad por su fortuna en el juego de los dados y por su habilidad como auriga. Druso logró reponerlo en el trono. En un principio Vannio reinó con acierto y fué afortunado en la guerra; después empezó á oprimir no sólo á los pueblos vecinos, sino también á sus propios súbditos, por lo cual se sublevaron sus dos sobrinos Vangio y Sido, que en unión de los hijos de Vibilio, rey de los ermunduros, y con el apoyo del vigoroso pueblo de los licios, obligaron al rey á regresar á Roma... y á tentar de nuevo á la suerte en el juego.

– Lo recuerdo perfectamente. Eso ocurrió en tiempos de Claudio.

– ¡Precisamente! Encendióse la guerra. Los bárbaros, en gran número, invadieron nuestros confines. Entonces el jefe de las legiones danubianas, Atelio Istero, pidió á los licios triunfadores, reputados como los más peligrosos, que no atravesaran la frontera. Los licios no sólo lo prometieron, sino que dieron en rehenes á las mujeres y niños, que los bárbaros llevan siempre consigo en la guerra, y entre los cuales se encontraba mi Licia, hija del jefe que los conducía.

– ¿Por quién has sabido todo eso?

– Por el mismo Aulo Plaucio. Los licios no violaron las fronteras; pero los bárbaros van y vuelven como la marea. Sin embargo, los licios desaparecieron: batieron á los suevos y á Vannio, pero cayó su jefe, y cuando se retiraron con el botín, los rehenes permanecieron en poder de Istero. Poco después murió la madre de Licia, y no sabiendo Istero qué hacer de la hija, la envió á Pomponio, gobernador de Germania. Al terminar éste la guerra con los celtas, volvió á Roma, donde Claudio, como sabes, le preparó una entrada triunfal. La niña caminaba detrás del carro del conquistador. Celebradas las fiestas, recordando Pomponio que los rehenes no pueden ser considerados como prisioneros de guerra y no sabiendo además cómo colocar definitivamente á la muchacha, la consignó á su hermana Pomponia Grecina, la mujer de Plaucio. En aquella casa todos son virtuosos, desde el dueño hasta el último gallo del corral, y así aquella niña creció virtuosa como la misma Pomponia, pero tan bella que, en parangón con Popea, ésta parecería un higo de otoño al lado de la manzana de las hespérides.

– ¿Y qué tenemos con eso?

– Te repito que desde el momento en que la vi iluminada por el sol naciente quedé locamente enamorado.

– ¿Y si el sol no la hubiese iluminado?.. ¿Si hubiese amanecido nublado?..

– ¡No te burles, Petronio! Si no sabes apreciar la franqueza con que te hablo, debes saber, al menos, que las apariencias engañan. He de confesarte también que, á mi regreso del Asia, dormí una noche en el templo de Mopso, con la esperanza

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de tener un sueño profético. Y, en efecto, Mopso se me apareció, anunciándome que el amor operaría una profunda transformación en mi vida.

– Dice Plinio, replicó Petronio, si no recuerdo mal, que él no cree en los dioses, pero sí en los sueños, y tal vez no le falte razón. A pesar de mis humoradas, muchas veces pienso que no hay más que una divinidad eterna, creadora, omnipotente: Venus generatriz, que une las almas y junta lo que vive con lo inanimado. Eros fué quien sacó el mundo del caos: si hizo bien ó mal, es cuestión aparte. Pero siendo cosa hecha, nosotros debemos reconocer la potencia, aunque luego nos sea lícito alabarla ó maldecirla.

– Reconozco, Petronio, que de ti puede esperarse una lección de filosofía antes que un buen consejo.

– Vamos á ver, ¿qué deseas?

– Quisiera poseer á Licia. Quisiera que estos brazos, que ahora se agitan en el aire, rodeasen la cintura de Licia y la apretasen contra mi corazón. Si fuese una esclava, ofrecería por ella á Plaucio cien mujeres jóvenes y hermosas. La quiero para mí hasta que mis cabellos sean tan blancos como la nieve que cubre la cima del Soracta.

– Licia no es una esclava, pero pertenece á la familia de Plaucio, y desde el momento en que fué abandonada por los suyos, hay que considerarla como pupila. Plaucio, si quiere, te la puede ceder.

– ¡Parece que no conozcas á Pomponia Grecina! Ambos esposos la aman como si fuese su propia hija.

– Conozco á Pomponia. Es un sauce llorón. Desde la muerte de Julia no ha dejado el luto, y en ocasiones parece que vive en el reino de las sombras y de los misterios. Además es una *univira*, y á diferencia de nuestras mujeres, que se divorcian tres ó cuatro veces, ella viene á ser una verdadera ave fénix. ¿Has oído decir si de algún tiempo á esta parte ha aparecido en el Alto Egipto un ave fénix? Es un caso que sólo ocurre una vez cada quinientos años.

– ¡Petronio, Petronio! ¡Dejemos en paz al ave fénix!

– Pero ¿qué puedo decirte? Conozco á Aulo Plaucio como un hombre que, aun desaprobando el género de vida que llevo, me tiene en más estima y me respeta más que muchos otros, porque sabe que no me he ocupado jamás en denunciar, como Domicio Afro, Tigelino y otros amigos de *Enobarbo*. Aunque no presumo de estoico, algunas veces he censurado los actos de Nerón, para los cuales Séneca y Burro tienen siempre palabras de indulgencia. Si crees que puedo serte útil cerca de Plaucio, dispón de mí con entera libertad.

– Creo que puedes serme utilísimo. Tienes influencia sobre él y tu claro ingenio te facilitará el medio de salir airoso en la empresa. Supongamos que, después de enterado de la marcha de los asuntos, hablas con Plaucio...

– Tú exageras el alcance de mi influencia y de mi ingenio. Pero, si no es más que eso, hablaré con Plaucio apenas haya regresado á la ciudad.

– Volvió hace pocos días.

– Vamos ahora al *triclinio*, donde nos espera la comida; después nos conducirán á casa de Plaucio.

– Siempre has sido para mí un tío bueno y cariñoso, respondió Vinicio alegre y contento. De hoy en adelante, tu estatua, trasladada á mis lares, recibirá frecuentes sacrificios.

Así discurriendo, volvióse hacia las estatuas que adornaban una de las paredes de aquella perfumada estancia, y encarándose con la que representaba á Petronio en forma de herma exclamó:

– ¡Por los rayos de Elio, si el divino Alejandro se te asemejaba, ya no me asombra Elena!

En esas entusiastas frases la adulación corría parejas con la sinceridad, porque, en medio de todo, Petronio era hermoso, quizá más hermoso que Vinicio, aunque no tan joven, ni de formas tan atléticas. Las mujeres de Roma no sólo admiraban en él la vivacidad de su cáustico ingenio y la delicadeza de sus gustos, por lo que había merecido el título de *arbiter elegantiarum*, sino también por la hermosura de su persona.

Tal admiración podía leerse en los rostros de las esclavas griegas que le arreglaban artísticamente los pliegues de la toga. Una de ellas, Eunica, que en secreto le amaba, tenía fija la mirada en él, como poseída de un éxtasis de humilde adoración, que conmovía profundamente. Él, en cambio, sin darse siquiera cuenta de la presencia de la esclava, se dirigía á Vinicio sonriendo y citando alguna sentencia de Séneca acerca de las mujeres. Después, apoyando un brazo sobre la espalda del sobrino, se encaminó hacia el *triclinio*.

Las dos esclavas de Cossa, las de Frigia y las dos negras de Etiopía ocupábanse mientras tanto en perfumar y guardar los vasos de ungüentos. Por entre los cortinajes del *frigidario* asomaron las cabezas de los esclavos. A una señal convenida, todas las esclavas, menos una de las griegas, desaparecieron detrás de la cortina. Era el principio de una orgía que se verificaba en las salas del baño y que el inspector no prohibía, porque gustaba también de la fiesta y en ella tomaba parte muy principal. Petronio conocía algo de eso; pero como hombre razonable y prudente y poco aficionado á regañar, se hacía el desentendido.

Solamente Eunica permaneció en el *untuario*. Sentóse algunos momentos, escuchando las voces y las carcajadas que parecían alejarse en dirección del *lacónico*. Después tomó la yacija, adornada de ámbar y marfil, en que poco antes estuvo sentado Petronio, y con gran cuidado la colocó junto á la estatua del patricio. Una luz fantástica y multicolor inundaba aquella silenciosa habitación, impregnada de perfumes dulces y voluptuosos.

Eunica subió sobre la silla, y al hallarse á la altura de la estatua, la echó los brazos al cuello, juntando fervorosamente su boca con los fríos labios de Petronio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Después de la comida, Petronio propuso un breve descanso, pues para hacer visitas era demasiado temprano, aunque la mayoría de los mortales había comido muchas horas antes.

– Hay gente, decía Petronio, que, siguiendo la antigua costumbre romana, se dedica por la mañana á visitar á sus conocidos; pero, en mi sentir, eso es propio de los bárbaros. Las horas de la tarde me parecen más convenientes; entendiéndose, sin embargo, que debe esperarse á que el sol se halle sobre el templo de Júpiter Capitolino y sus rayos caigan oblicuamente sobre el Foro. En otoño aún hace tanto calor que todo el mundo siente la necesidad de echar un sueñecito después de comer. ¡Y luego, es tan agradable el murmullo de la fuente del atrio, y después de los mil pasos prescritos, dormitar á la luz roja que penetra á través de los purpúreos vidrios del velario!...

Vinicio nada tuvo que replicar.

Ambos caminaron largo rato por las habitaciones, comentando los sucesos ocurridos en el Palatino y en Roma y filosofando sobre la vida. Después Petronio se retiró al cubículo, durmiendo breves instantes, pues antes de la media hora se levantó, y haciéndose llevar el frasco del aceite de verbena, primero aspiró el perfume y se restregó después las manos y las sienes.

– ¡No puedes imaginarte lo que esto refresca y vigoriza! Ya me tienes dispuesto á todo.

La litera esperaba ya junto á la puerta. Salieron Vinicio y Petronio, y éste ordenó que los condujesen á casa de Aulo.

La *ínsula* de Petronio estaba asentada sobre el declive meridional del Palatino, cerca de las llamadas Carinas; el camino más breve era el que pasaba bajo el Foro; pero queriendo Petronio hablar con Idomeneo, el joyero, tomaron la dirección del *Vicus Apollinis*, para salir al *Vicus Sceleratus*.

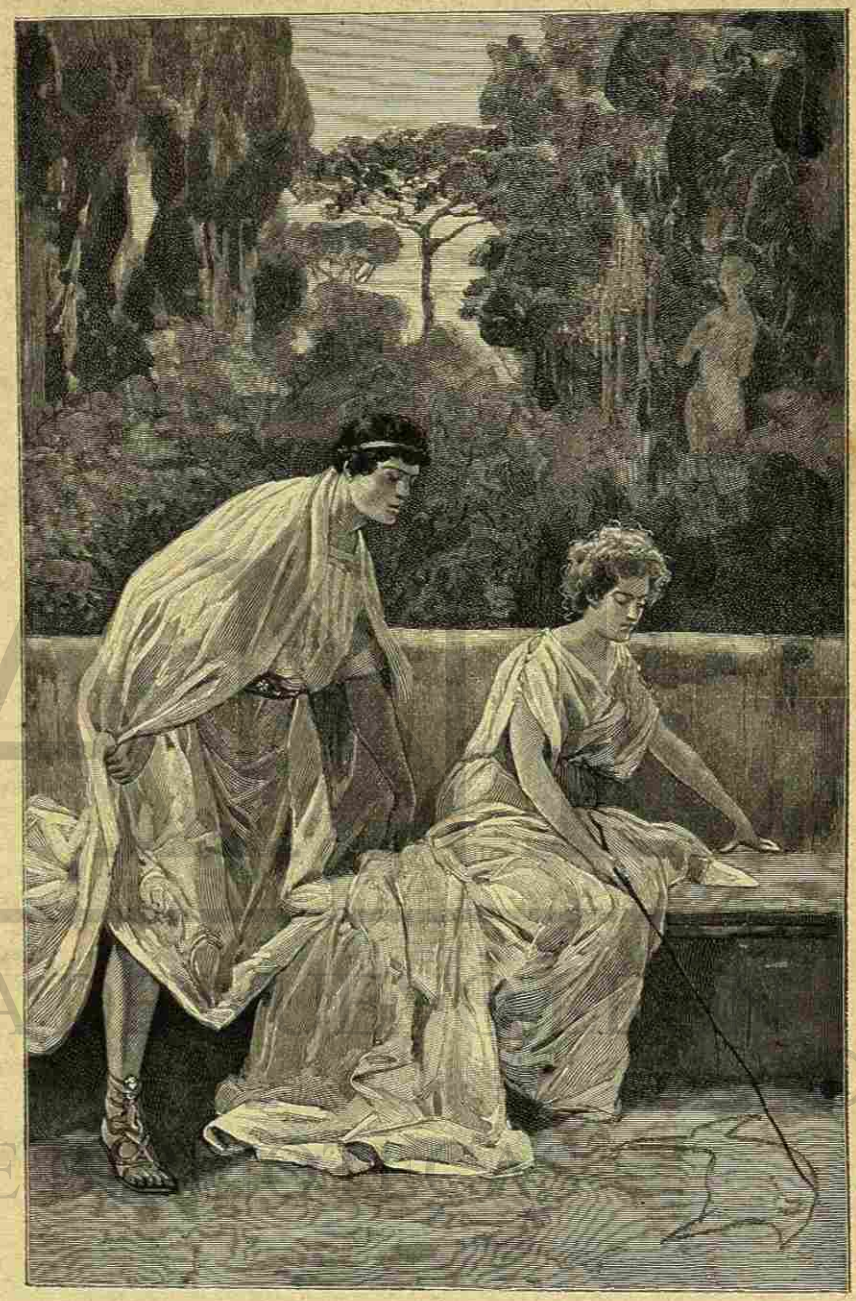
Robustos africanos levantaron la litera y se pusieron en marcha, seguidos de los esclavos llamados *pedissequi*. Al cabo de un rato Petronio acarició su nariz con la mano perfumada de verbena y quedó meditabundo.

– Ahora pienso, dijo por fin, que tu ninfa de los bosques, puesto que no es una esclava, podría dejar la casa de Plaucio y pasar á la tuya. Tú la colmarías de amor y de oro, como yo colmé á mi adorada Crisotemis, que, dicho sea entre nosotros, me fastidia casi tanto como yo á ella.

Marco movió la cabeza.

– ¿No?, preguntó Petronio. En la peor hipótesis, la cosa dependería del emperador, y puedes estar seguro de que, abogando yo por ti, *Enobarbo* decidiría á favor tuyo.

– No conoces á Licia, repuso Marco.



Y mientras escuchaba mis palabras, trazaba dibujos con la ramita sobre la arena

– Permíteme, no obstante, que te pregunte si la conoces tú ó pretendes conocerla por haberla visto. ¿No has hablado con ella? ¿Le has declarado tu amor?

– La vi el primer día junto á la fuente, y desde entonces he vuelto á verla dos veces. Has de saber que durante mi permanencia en aquella casa, yo habitaba un pabellón aislado, dispuesto para los huéspedes, y á causa de la dislocación del brazo no podía participar de la mesa común. Sin embargo, la noche antes de partir, cené con todos y vi de nuevo á Licia, pero no pude dirigirla la palabra, porque me veía obligado á escuchar á Plaucio, que narraba sus victorias en Bretaña, y después pasaba á lamentar la decadencia de la pequeña propiedad en Italia, que Licinio Estolón trataba de evitar. Dudo, en absoluto, que Aulo sea capaz de hablar de otra cosa, y temo que esta vez tampoco podamos sustraernos al relato de esa historia. Aulo posee faisanes, que no se verán nunca en su mesa, porque está convencido de que la muerte de uno de ellos apresuraría la caída del imperio. La segunda vez encontré á Licia junto á la cisterna del jardín, con una rama verde en la mano, rociando los capullos que en su extremidad empezaban á florecer. Mira mis rodillas. Te juro por el escudo de Hércules, que no temblaron cuando los partos cayeron como la tempestad sobre nuestros campamentos, y temblaron, sin embargo, junto á aquella cisterna. Temeroso como el niño que lleva aún sobre su pecho el talismán, imploraba piedad con los ojos, incapaz de balbucear una sola palabra.

Petronio contemplaba al joven, sin poder disimular cierta envidia.

– ¡Dichoso tú!, murmuró después. Por miserables que fuesen el mundo y la vida, la juventud representaría siempre la eterna belleza.

Tras breve pausa, preguntó:

– ¿Y no la dijiste nada?

– En cuanto pude serenarme un poco, le referí mi regreso del Asia, mi desventura y los dolores que había soportado, y le confesé que prefería sufrir en aquella casa á gozar en otra parte, porque allí el mal era más agradable que la salud en otro sitio cualquiera. En este punto también ella comenzó á turbarse, inclinó la cabeza, y mientras escuchaba mis palabras, trazaba dibujos con la ramita sobre la arena. Después levantó los ojos un momento, para bajarlos otra vez, fijando su mirada en el dibujo. Me miró de nuevo, como si hubiese querido preguntarme alguna cosa, y se alejó de pronto como una ninfa que desaparece ante la presencia de un horrible fauno.

– ¡Tendrá hermosísimos ojos!

– Ojos semejantes al mar en que se ahogan los hombres. Yo soy el ahogado. No es tan azul el Archipiélago. Poco después compareció el hijito de Plaucio, pidiéndome algo, que no llegué á comprender.

– ¡Oh Atina!, exclamó Petronio, arranca de los ojos de este joven la venda que Eros le puso; de lo contrario, va á romperse la cabeza contra las columnas del templo de Venus.

Y volviéndose á Vinicio, continuó:

– ¡Oh tú, fruta primaveral del árbol de la vida, verde pámpano de vid!.. En vez de conducirte ahora á casa de Plaucio, debería acompañarte á ver á Gelosio, que tiene una escuela para muchachos inexpertos.

– ¿Qué debo hacer?

– Dime qué es lo que dibujaba sobre la arena. Indudablemente el nombre del dios de amor, ó un corazón atravesado por su flecha, ó algo parecido, lo que daría á entender que los sátiros habían murmurado al oído de la ninfa algunos secretos de la vida. ¿Cómo no se te ha ocurrido examinar aquellos trazos?

– ¡Querido, respondió Vinicio, yo visto la toga desde hace más tiempo del que

tú te imaginas! Apenas quedé solo, me dediqué á observar atentamente aquellos signos. Sé muy bien que en Grecia, como en Roma, las jóvenes confían con frecuencia sus secretos á la arena. Ahora adivina lo que Licia había dibujado.

– Renuncio á adivinar, porque parece que se trata de cosa muy distinta de lo que yo supuse.

– ¡Un pez!

– ¿Qué dices?

– Un pez, no te quepa duda. ¿Qué otra cosa podía significar esto sino que por sus venas corre sangre de peces? A decir verdad, no lo sé fijamente; pero tú que me has llamado «fruta primaveral del árbol de la vida,» ¿serás tan amable que me expliques el significado del dibujo?

– Querido Marco, consulta á Plinio, que conoce los peces. Si viviese aún el viejo Apicio, él podría satisfacer tu curiosidad, porque durante su vida comió tantos peces que no creo que se encuentre mayor número en el golfo de Nápoles.

El bullicio de la vía en que se hallaban impidió continuar la conversación.

Del *Vicus Apollinis* dieron vuelta al Boario y se dirigieron al Foro Romano, donde se reunía antes de la puesta del sol una multitud ociosa que se movía entre las columnas, cambiaba impresiones sobre los asuntos del día, espiaba á las personalidades más salientes que pasaban en las literas, parándose á contemplar las tiendas de los joyeros, las librerías y los otros comercios allí establecidos.

La mitad del Foro más próxima á la roca del Capitolio estaba ya envuelta en sombras; en cambio las columnas de los templos más altos parecían doradas por los últimos rayos del sol.

Tantas columnas sostenían y adornaban el Foro, que allí la mirada se perdía como en el fondo de un espeso bosque.

En el centro y en los extremos se agitaba la muchedumbre como ola enorme. El templo de Vesta era un hormigueo de personas que como pintadas mariposas se dibujaban con extraños movimientos sobre las marmóreas paredes. Por la parte del templo de Júpiter, otra masa humana se agitaba sobre la gigantesca escalinata. Compacto auditorio rodeaba las tribunas de los oradores, mientras en lugar inmediato los vendedores de agua, de vino y de frutas ensordecían con su infernal gritería á los transeuntes. Acróbatas, magos, adivinos de sueños ejercían su profesión. De cuando en cuando, en medio del vocerío general, hería los oídos el sonido de cualquier sistro egipcio ó de una flauta griega. Enfermos de cuerpo y de espíritu, devotos y fanáticos, procuraban abrirse paso entre la muchedumbre para deponer sus ofertas sobre los altares del templo. Bandadas de palomas acudían de todas partes á picotear los granos que les arrojaban. A intervalos la multitud dejaba paso á las literas, en las que se veían elegantes tocados femeninos ó cabezas de senadores y caballeros con aspecto de cansancio y fastidio. La gente charlatana proclamaba los nombres, añadiendo alabanzas ó burlas, según los casos. Acá y allá soldados de guardia, marchando con paso lento y cadencioso, cuidaban de mantener el orden en los grupos. Entre aquella multitud la lengua griega dominaba al par que la latina.

Vinicio, que faltaba de Roma hacía tiempo, contemplaba aquel variado espectáculo, que Petronio calificó de nido de Quírites, sin Quírites. En efecto, el elemento romano estaba débilmente representado. Se veían allí etíopes, rubios gigantes del Norte lejano, británicos, galos, germanos, bisojos habitantes de Lérico, gente del Éufrates, del Tigris, del Indo, siriacos de las riberas del Oronte, habitantes de los desiertos de Arabia, hebreos desterrados, egipcios de sonrisa indiferente, númidas y africanos; griegos de la Hélade que con los romanos se dividían el poder

de Roma, pero dominando con el arte y la sabiduría, con la prudencia y el engaño; griegos del Asia Menor y de sus colonias en Egipto, en Italia, ó de la Galia Narbonense. Además de los esclavos de orejas agujereadas, había allí libertos, una población ociosa que César mantenía y divertía, y los forasteros atraídos á Roma por la perspectiva de placeres y lucro. Sacerdotes de Serapis con las palmas de olivo entre las manos, sacerdotes de Isis, sacerdotes de Cibeles con las doradas espigas, bailarinas orientales, vendedores de amuletos, encantadores de serpientes, augures caldeos, conjunto vario de existencias que huían del trabajo, que pernoctaban en las ruinas del Trastevere y pasaban los días cálidos bajo los pórticos, en las sucias tabernas de la Suburra, sobre el puente de Milvio ó frente á las *ínsulas* de los magnates.

Toda esa gente conocía á Petronio, tanto que Vinicio oía exclamar continuamente: *Hic est!* Era respetado y querido por su prodigalidad y gozaba de una especial popularidad desde que se atrevió á oponerse, ante el emperador, á la aprobación de una sentencia de muerte dictada contra la «familia» entera, es decir, contra toda la servidumbre del prefecto Pedanio Segundo, sin distinción de sexo ni edad, porque uno de ellos, en un momento de desesperación, había matado á su perverso dueño.

Petronio, sin embargo, declaró repetidas veces que sólo había hablado con el césar en calidad de *arbiter elegantiarum*, á cuyo sentimiento estético se infería una ofensa con aquella matanza, indigna de los romanos.

Por eso únicamente se hizo popular; pero acogía con indiferencia tal favor público. No podía olvidar que ese mismo pueblo había amado á Británico, envenenado por Nerón; había adorado á Agripina, muerta por orden del propio emperador, y á Octavia, desterrada en Pandantaria y asfixiada con el vapor hirviente, después de abrirle las venas; á Roberto Plauto, desterrado también, y á Tráseas, sobre quien pendía una sentencia de muerte. Había, pues, motivos para considerar el favor popular como un triste presagio, y el escéptico Petronio era supersticioso. Despreciaba á la plebe en dos sentidos, como aristócrata y como esteta. Gentes que olían á haba quemada, húmedas siempre de sudor, dedicadas al juego de la morra en los cuadrivios y los peristilos, no merecían, según él, el título de «hombres.» Por esta razón no hizo caso de los aplausos y de los besos que lanzaban las muchedumbres á su paso. Estaba casualmente relatando al sobrino la historia de Pedanio, expresándose con desprecio acerca de la volubilidad de la plebe, que á la mañana siguiente á la cruel matanza había aclamado á Nerón en medio de la vía pública, cuando se encaminaba al templo de Júpiter.

Dió orden de parar frente á la librería de Avirno, donde bajó y compró un elegante manuscrito que ofreció á Vinicio.

– Un regalo para ti, le dijo.

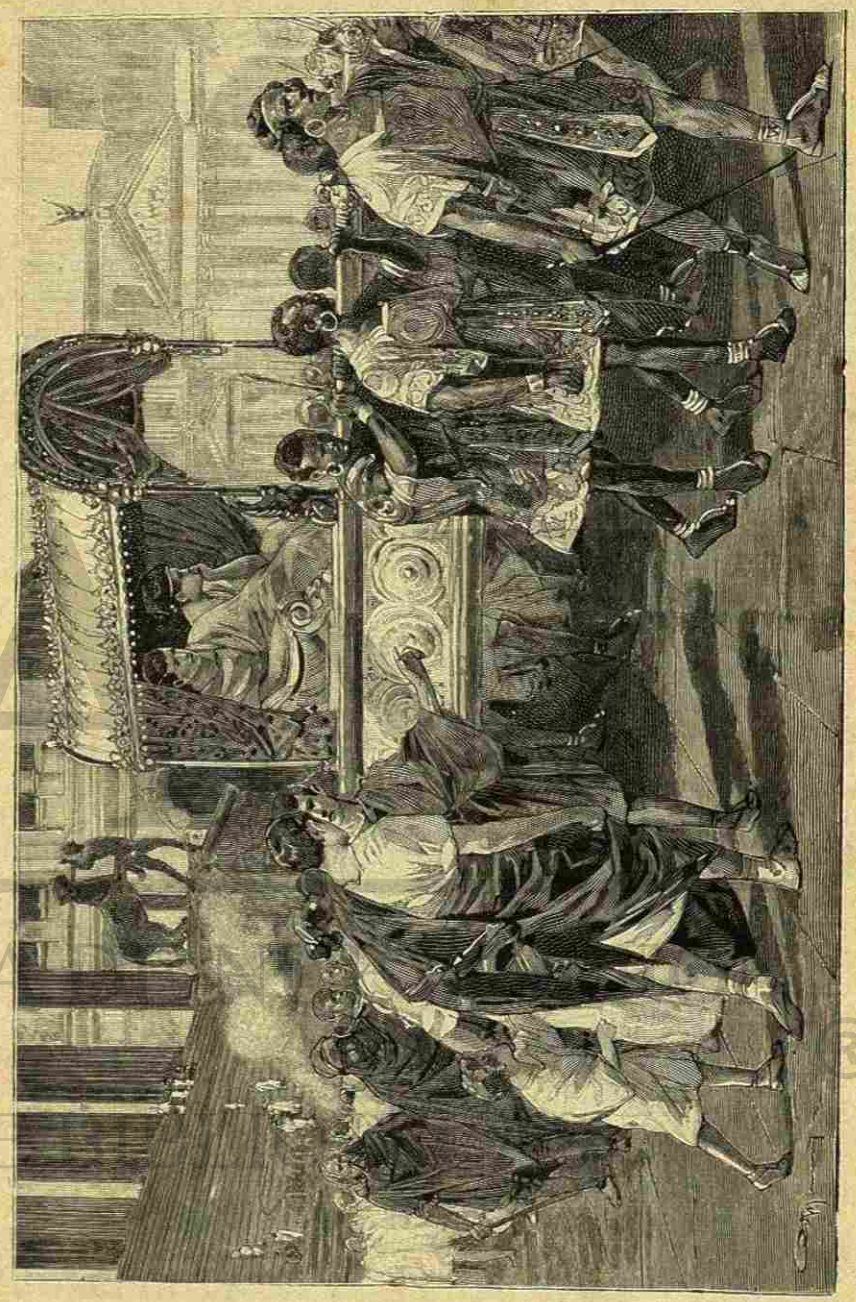
– Te lo agradezco, respondió Marco, que preguntó, después de leer el título: *Satiricon*. ¿Es una novedad? ¿Y el autor?

– ¡Yo! Pero no ambiciono la suerte de Rufino. La cosa es secreta y como tal debe permanecer, ¡no lo olvides!

– Me aseguraste que no escribías versos, dijo Vinicio hojeando el libro, y, sin embargo, aquí veo algunos, intercalados en la prosa.

– Si lo lees, busca en seguida *El banquete de Trimalción* (1). Por lo que respecta á los versos, estoy harto de ellos desde que Nerón compone incesantemente. Cuando Vitelio quiere desocupar el estómago, recurre á una varita de marfil y se

(1) La principal obra filosófica de Petronio.



Toda esa gente conocía á Petronio, tanto que Vinicio oía exclamar continuamente: *Hic est!*

hace cosquillas en la garganta; otros usan plumas de oca mojadas en aceite de oliva ó bien una decocción de tomillo silvestre; yo, por mi parte, encuentro una ayuda instantánea en los versos de Nerón, y después de este primer efecto puedo examinarlos y alabarlos, si no con la conciencia pura, por lo menos con el estómago ligero.

Apenas pronunciadas estas palabras, hizo parar de nuevo la litera: esta vez frente á la tienda del joyero Idomeneo, donde estuvo pocos minutos.

Después dió á los portadores las señas del domicilio de Plaucio.

– Mientras nos conducen á casa de Aulo, dijo Petronio, quiero contarte la historia de Rufino, para que veas cómo puede inutilizarse un autor.

No había empezado aún su relato, cuando los portadores doblaron por el *Vicus Patricius*, parando frente á la casa de Aulo. Un guardián, de aspecto robusto, abrió la puerta del *ostium*, donde una urraca saludaba á los visitantes con la palabra «¡Salve!»

Pasando del *ostium* al atrio, dijo Vinicio:

– ¿Has observado que los guardianes de la puerta no están sujetos con cadenas?

– ¡Extraña casa!, respondió Petronio en voz baja. Debes saber, sin duda, que Pomponia Grecina goza fama de ser una sectaria de ese culto oriental que consiste en la adoración de cierto Cristo. Parece que ha sido Crispinila quien la ha denunciado por tales creencias. Esa no puede perdonar á Pomponia el haberse contentado con un solo marido. ¡La mujer de *un* hombre! Hoy día es más fácil en Roma tener un plato de hongos frescos procedentes de la Nórica, que encontrar mujeres semejantes.

– ¡La llamas una casa extraña!: ya te contaré más tarde lo que en ella vi y oí.

En el atrio el esclavo llamado *atriense* hizo que el *nomenclator* anunciara á los huéspedes. Petronio, que visitaba la casa por primera vez, miró en torno maravillado y en cierto modo desilusionado, porque en aquel recinto se aspiraba á un tiempo un aire de alegría mezclado con un ambiente de tristeza. Un foco de rayos luminosos se extendía desde la abertura hasta el surtidor que saltaba sobre la fuente cuadrangular llamada *impluvium*, destinada á recoger el agua de la lluvia, y circundada de anémonas y lirios.

El lirio, al parecer, era la flor predilecta de aquella casa, porque había abundancia de ellos, ya blancos, ya rojos. Entre los tiestos de flores se veían pequeñas estatuas de bronce representando niños y pájaros acuáticos. En un ángulo había un fauno de bronce, inclinado sobre el borde en actitud de beber. El suelo del atrio era de mosaico; las paredes, en parte de madera y en parte de mármol rojo, ostentaban lindas pinturas, en las que se destacaban peces, pájaros y flores, ofreciendo un maravilloso contraste de tonos.

Adornaban las puertas de la estancia vecina finas incrustaciones de marfil y de concha de tortuga. Entre las dos puertas estaban las estatuas de los abuelos de Plaucio. La casa, en conjunto, daba idea de una riqueza sólida, exenta de vana ostentación.

Petronio no se contentaba fácilmente, y, sin embargo, no vió allí nada que atentase contra su delicado gusto. Apenas tuvo tiempo para comunicar sus impresiones á Vinicio, pues un esclavo levantó la cortina que separaba el atrio del *tablinium* y los dos amigos se encontraron en presencia de Aulo Plaucio. Éste se hallaba ya en el ocaso de la vida. La nieve de la edad había cubierto de blanco su cabeza; las líneas de su rostro eran cortas, pero enérgicas, y sobre ellas se leía el temor que le produjo la inesperada visita del amigo, del consejero de Nerón.

Petronio era demasiado conocedor de la vida para que le pasara inadvertida la sorpresa de Plaucio, por lo cual, después de los primeros cumplimientos, se apresuró á explicar con su proverbial elocuencia el objeto de su visita, que no era sino el de agradecer personalmente los cuidados que el hijo de su hermana había recibido en aquella casa. La gratitud era la causa principal de su determinación, á la que también le había impulsado la antigua amistad.

Aulo correspondió á las frases de Petronio, diciendo que los huéspedes eran siempre bien recibidos en su casa; y en cuanto á la gratitud, él también tenía que agradecer, si bien Petronio no había de adivinar la razón.

En efecto, no acertaba Petronio á adivinarla. En vano alzaba los ojos, intentando recabar de su memoria el recuerdo de un servicio que hubiese prestado á Plaucio ó á alguno de los suyos. No lograba dar con ello; pues, por más que recordase, estaba casi seguro de no haberle sido útil en cosa alguna.

– Yo tengo en gran estima y aprecio á Vespasiano, dijo Aulo, al cual tú salvaste la vida cuando tuvo la desgracia de dormirse oyendo la lectura de los versos de Nerón.

– ¡Es verdad! No niego que la cosa pudo tener tristes consecuencias. El emperador estaba decidido á enviarle un centurión con el amistoso encargo de que se abriese las venas.

– Y tú, Petronio, le hiciste desistir de semejante propósito.

– Yo dije á Nerón que logrando dormir á Vespasiano había obtenido un triunfo digno de Orfeo, que con su canto hacía dormir á las fieras. Es preciso siempre agregar una dosis de adulación á la ironía cuando se intenta ridiculizarlo. Popea, nuestra augusta emperatriz, ha sabido y sabe practicar aún esta teoría.

– ¡Qué escándalo! ¡En qué tiempos vivimos!, prorrumpió Aulo. Me faltan dos colmillos, que un británico me hizo saltar de una pedrada; por esto, cuando hablo, silbo un poco; á pesar de lo cual puedo decir que he pasado en Bretaña los mejores días de mi vida.

– Porque fueron los días del triunfo, añadió Vinicio.

Petronio temía que el antiguo guerrero diera principio al relato de la historia de sus hechos de armas y se apresuró á cambiar de tema.

– En las cercanías de Preneste, dijo, algunas personas encontraron muerto un lobo con dos cabezas; y casi al mismo tiempo, durante un temporal, un rayo destruyó parte del templo de Diana, cosa inaudita á fines de otoño. Un tal Cotta, refiriendo el caso, añadía que los sacerdotes de aquel templo profetizaban la caída de Roma, ó por lo menos, la caída de una casa poderosa, catástrofe que no podía evitarse más que con sacrificios extraordinarios.

Aulo expresó la opinión de que semejantes indicios no debían nunca ignorarse, y que, probablemente, los dioses estarían airados por el exceso de impiedad. No hay nada extraordinario en esto, y en todo caso hubieran sido muy oportunos sacrificios propiciatorios.

– Tu casa, observó Petronio, para desviar otra vez la conversación, no es muy grande; pero admiro el fino gusto que en ella predomina.

– Es una antigua habitación de familia, y desde que tomé posesión de ella como heredero, no he introducido reforma alguna.

Levantado el velario que separaba el atrio del tablinio, pudo verse la casa de uno á otro extremo, pues la mirada, atravesando el tablinio, el peristilo y el vestíbulo llamado *æcus*, abarcaba hasta el jardín, que semejaba un cuadro alegre en obscuro marco. Francas y juveniles carcajadas resonaban en la casa, repercutiendo en el atrio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

– Concédenos, ¡oh noble guerrero!, la dicha de oir de cerca esas alegres risotadas, que raras veces se oyen en los tiempos que corremos, dijo en tono de súplica Petronio.

– ¡Con mucho gusto!, respondió Plaucio, levantándose. Mi chiquitín Aulo y Licia se divierten jugando á los balones. En cuanto á reir, creo, Petronio, que la vida entera no debería ser más que una continua risa.

– La vida, ciertamente, es digna de risa; pero las carcajadas que acabo de oir tienen un sonido muy distinto.

– Petronio pasa muchos días sin sonreir siquiera; pero después se desquita riendo noches enteras, interrumpió Vinicio.

Así conversando, atravesaron la casa en toda su longitud, y llegaron al jardín, donde Licia y el pequeño Aulo jugaban con balones, que eran recogidos y devueltos por esclavas empleadas en este juego y llamadas *sferistæ*. Petronio echó una rápida ojeada sobre la joven, mientras el niño corría al encuentro de Vinicio. Pero el joven tribuno había empezado por saludar con una profunda reverencia á la hermosa muchacha, que suspendió de pronto el juego, llena de rubor.

En el triclinio del jardín, sombreado por la hiedra, las parras y la madreselva, se hallaba sentada Pomponia Grecina, que se levantó en el acto para recibir á los visitantes. Petronio la conocía por haberla visto en casa de Antistia, hija de Rubelio Plauto, y también en las moradas de Séneca y de Polión.

No podía menos de admirar la dulzura de su rostro serio, la dignidad de su continente, de sus movimientos y de sus palabras. Pomponia ofrecía tal contraste con el concepto que Petronio había formado de las mujeres, en general, que él, hombre corrompido hasta la medula de los huesos y presuntuoso como ningún otro en toda Roma, no sólo se sentía ante ella obligado á cierto respeto, sino que perdía algo de su acostumbrada serenidad. Y agradeciéndola los cuidados prodigados á Vinicio, le vino á los labios la palabra *dómina*, que nunca usó hablando, por ejemplo, con Calvia Crispinila, Scribonia, Valeria, Solina y otras mujeres de alto rango. Cambiados los primeros saludos y frases de agradecimiento, lamentó Petronio no verla con más frecuencia, no encontrarla nunca en el Circo, ni en el Anfiteatro: á lo que ella, poniendo la mano sobre el hombro de su marido, respondió tranquilamente:

– Hemos llegado á viejos los dos y nos hemos aficionado á la quietud de nuestra casa.

Petronio quería rebatir aquella afirmación sobre la vejez; pero Aulo no le dió tiempo, pues con su voz sibilante agregó en seguida:

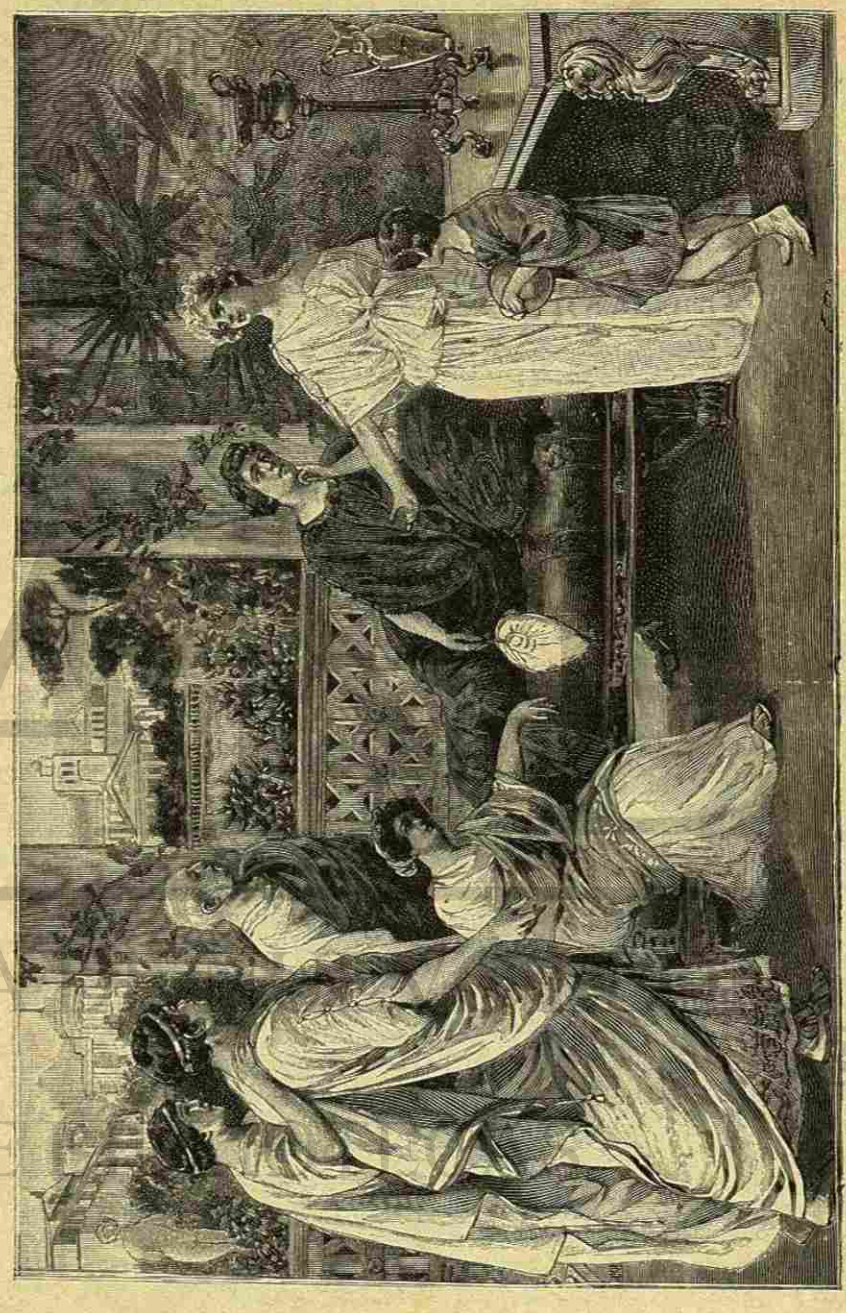
– ¡Y nos sentimos cada día más extraños en medio de los hombres que aplican nombres griegos á nuestras divinidades romanas!

– Hace tiempo que tales divinidades se han convertido en figuras retóricas, observó Petronio con indiferencia; pero desde el día en que retóricos griegos vinieron á ser nuestros maestros, yo mismo no he dejado de nombrar á Era y á Juno.

Volvióse entonces hacia Pomponia, como dando á entender que en su presencia no podía hablarse de otras divinidades. Después, queriendo protestar contra la afirmación de Pomponia:

– Es verdad, dijo, la mayoría de los hombres envejece rápidamente; pero hay personas que parecen olvidadas por completo de Saturno.

Y al decir esto, Petronio no mentía, pues si bien Pomponia se hallaba próxima al otoño de su vida, su rostro conservaba una frescura extraordinaria, y sus rasgos fisonómicos, muy finos, le daban el aspecto de una mujer joven, á pesar de sus negros vestidos y de la seriedad de su expresión.



¡Oh forastero!, tú no me pareces ni descortés ni loco...

Mientras Petronio conversaba con Pomponia, el pequeño Aulo, que había simpatizado con Vinicio durante la permanencia de éste en aquella casa, se acercó á él invitándole á tomar parte en el juego. Detrás del niño, Licia entró también en el triclinio. Allí, junto á la hiedra, que serpenteaba, la joven pareció á Petronio mucho más bella que en el primer momento y semejante de todo punto á una ninfa de los bosques. Y como hasta entonces no le hubiese hablado, se levantó, inclinóse respetuosamente, y en lugar de la acostumbrada fórmula de saludo, pronunció las palabras con que Ulises saluda á Nasica:

«¿Diosa ó mujer? No sé cómo llamarte.
Si tienes tu morada en el Olimpo,
por tu beldad, tus actos y tu aspecto
me pareces, ¡oh hermosa criatura!,
la hija de Jove, la inmortal Diana (1).»

La misma Pomponia celebró la ingeniosa cortesía de aquel hombre. Licia escuchaba con cierta turbación y sin pestañear, pero una sonrisa fugitiva empezó á temblarle en los labios, y era evidente que en su espíritu luchaban el pudor virginal y el deseo de responder al saludo. Por fin venció este deseo, porque levantando los ojos hacia Petronio, contestó con las palabras de la misma Nasica, pronunciadas con un solo aliento, como diciendo una lección aprendida de memoria:

«¡Oh forastero!, tú no me pareces
ni descortés ni loco,» etc.

En seguida dió media vuelta y escapó corriendo, como pajarillo que huye asustado.

Esta vez tocó á Petronio asombrarse, porque no esperaba oir de labios de una joven, cuyo origen bárbaro conocia por Vinicio, versos de Homero. Por esto dirigió á Pomponia una mirada de interrogación; pero ésta no podía responderle porque miraba sonriendo á Aulo, en cuyo rostro se dibujaba un inefable orgullo: orgullo que Plaucio no ocultaba, en primer lugar, porque amaba á Licia como hija propia, y además porque, á pesar de sus antiguos prejuicios, según los cuales debía haber combatido la difusión del griego, consideraba aquella lengua como complemento de toda sólida y fina instrucción. Él no pudo nunca aprenderla y se lamentaba de ello en secreto, por lo cual fué mayor su satisfacción al ver que aquel patricio inteligente había recibido contestación en la lengua y con las mismas palabras de Homero en una casa que consideraba como medio bárbara.

– Tenemos un preceptor griego, dijo Plaucio, que da lecciones al niño, y á ellas asiste Licia. Es aún una niña, pero es tan buena y la queremos tanto...

Petronio miró en el jardín á los tres jugadores. Vinicio, quitada la toga, habíase quedado con la túnica solamente. Lanzaba el balón, mientras Licia, frente á él, con los brazos levantados estaba preparada á recogerlo.

Al principio, la muchacha no produjo en Petronio una gran impresión, á causa de su excesiva delgadez; pero cuando, en el triclinio, pudo observarla de cerca, encontró que la Aurora debía asemejársele y pensó que en aquella aparición había algo superior al resto de los mortales.

No escapó á sus observaciones el delicado rubor de aquel rostro, ni la seducción de aquellos labios y de aquellos ojos azules como el mar, ni la candorosa frente y los ebúrneos cabellos, ni el cuello alabastrino y la línea correcta de la espalda: examinó toda la esbeltísima figura con mirada de perito, y su espíritu de artista le sugería la idea de escribir «Primavera» al pie de tan perfecta belleza.

(1) Homero: *Odisea*, libro VI.

Involuntariamente le vino á la memoria Crisotemis y no pudo aguantar la risa. Crisotemis, con sus cabellos espolvoreados de oro y sus cejas teñidas de negro, se le aparecía en aquel momento como un ramo de rosas marchitas, cuyos pétalos estaban deshojándose. ¡Y pensar que Roma le envidiaba por su Crisotemis! Después recordó á Popea, y esa mujer tan celebrada no era á sus ojos más que una figura de cera sin alma. En cambio, en Licia no sólo brillaba la primavera, sino un alma luminosa que irradiaba con sus destellos en los rosados miembros de su cuerpo gentil.

– Tiene razón Vinicio, deducía en conclusión. ¡Mi Crisotemis es vieja, vieja... como Troya!

Dirigiéndose luego á Pomponia Grecina y señalándole el jardín:

– Ahora comprendo, *dómina*, exclamó, que teniendo esa pareja, prefiráis vuestra casa al Circo y á los banquetes del Palatino.

– ¡Es verdad!, respondió ella, contemplando con ternura al niño y á Licia.

El viejo guerrero comenzó á relatar la historia de la muchacha y todo lo que, muchos años antes, había oído narrar á Atelio Istero sobre la raza de los licios habitantes del obscuro Norte.

Los tres jugadores, en tanto, habían cesado en su juego y paseaban por el jardín arenoso, resaltando como tres estatuas blancas sobre el obscuro fondo de mirtos y cipreses. Licia llevaba de la mano al pequeño. Al poco rato sentáronse en un banco junto al estanque, en medio del jardín. Aulo no tardó mucho en alejarse para asustar á los peces que nadaban en el agua límpida, y Vinicio prosiguió su comenzado discurso:

– Apenas dejé la *pretexta* (1), dijo con tenue y temblorosa voz, fuí enviado á las legiones asiáticas. Aún no conozco Roma y hasta ahora he ignorado lo que eran la vida y el amor. Sé de memoria algo de Anacreonte y de Horacio, pero no sé citar versos, como Petronio, cuando el corazón enmudece de admiración y no encuentra las palabras que hacen al caso. Jovencito, estudié con Musón, quien me enseñó que la felicidad consiste en hacer la voluntad de los dioses. Yo creo que consiste en algo más, en una cosa más grande y más hermosa, que no depende de la voluntad, porque sólo el amor puede darla. Los mismos dioses buscan semejante felicidad; por esto también yo, que hasta ahora no conocí el amor, también yo, Licia, sigo su ejemplo y busco á la que quiera proporcionarme esa dicha anhelada.

Calló y no se oyó en unos instantes más que el murmullo del agua, en la que Aulo, como diversión, iba echando piedrecitas. Después Vinicio continuó, con voz aún más dulce y humilde:

– Tú conoces á Tito, el hijo de Vespasiano. Se cuenta de él que, siendo muy joven, se enamoró de Berenice hasta el extremo de enfermar ó poco menos. ¡Yo también sería capaz de amar así, Licia! Honores, gloria, riquezas, son humo pasajero. El rico encuentra siempre otro que lo es mucho más; el hombre célebre acaba siempre obscurecido por la gloria de otro más célebre; el fuerte es vencido por el más fuerte. Pero, en cambio, ¿puede el césar, ¡qué digo!, puede un dios ser más feliz que un simple mortal, cuando éste siente latir junto á su corazón el corazón de la mujer amada? He aquí, Licia, por qué el amor nos iguala á los dioses.

(1) La toga pretexta era la que llevaban los adolescentes. Se despojaban de ella al llegar á la mayor edad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Licia escuchaba turbada, pero atentamente, como si á sus oídos llegase el sonido de una cítara ó de un arpa eólica. En algunos momentos parecíale que Vinicio entonaba una canción maravillosa, cuya melodía la arrobaba, le enardecía la sangre y le llenaba al mismo tiempo el corazón de angustia y de placer. Después se imaginaba que le repetían cosas ya conocidas, pero de las cuales no había podido darse cuenta cabal, despertando entonces en su alma un nuevo sentimiento, como si un sueño nebuloso hubiese podido transformarse en clara y espléndida realidad.

El sol empezaba á declinar. La luz del crepúsculo iluminaba el horizonte con destellos rosáceos. Como despertando del sueño, Licia dirigió una dulce mirada al joven, que, inclinado hacia ella, en actitud de muda plegaria, iluminado por la luz crepuscular, le pareció el hombre más hermoso del mundo, más bello que todos los dioses griegos y romanos, cuyas imágenes se admiraban en las fachadas de los templos.

La mano de Vinicio estrechaba tímidamente la de Licia, mientras le preguntaba:

– ¿No adivinas aún lo que quise decirte?

– ¡No!, murmuró ella con voz apenas perceptible.

No lo creyó.

Atrayendo hacia sí la mano de Licia, iba á estrecharla apasionadamente contra su corazón, cuando en el fondo del camino de los mirtos se presentó el viejo Plaucio.

– El sol corre á su ocaso; guardaos del fresco vespertino y cese el jugueteo con Libitina.

– ¡Oh, no!, repuso Vinicio, estoy aún sin la toga, y, á pesar de ello, no siento frío.

– Pero mirad: más de la mitad del disco solar se ha escondido ya detrás de las montañas. ¡Bendito el clima de Sicilia, donde la gente se reune por las tardes en una plaza, saludando en coro á Febo que se aleja!

Y olvidando sus advertencias, miró á Licia y empezó á hablar de Sicilia, donde poseía inmensos dominios y donde esperaba pasar el resto de su vida.

– Una cabeza encanecida como la mía, dijo, no debe ya exponerse á los hielos invernales. Aquí, por ahora, aún permanecen las hojas en los árboles y el cielo azul sonríe todavía sobre nuestra ciudad; pero cuando las vides amarilleen, cuando las primeras nieves caigan sobre los montes Albanos y los dioses desaten sobre la Campania sus vientos impetuosos, ¿por qué no he de poder yo refugiarme con todos los míos en Sicilia, en mi posesión predilecta?

– ¡Cómo! ¿Deseas, Aulo, abandonar Roma?, preguntó alarmado Vinicio.

– Siento ese deseo desde hace mucho tiempo. En Sicilia se disfruta de mayor tranquilidad y se está mucho más seguro.

Y se entregó de nuevo á la descripción y alabanza de sus jardines, de sus rebaños, de su linda casa situada en medio del campo, de la colina revestida de toda clase de hierbas y de la miel de sus colmenas. Pero Vinicio no prestaba atención á aquellos entusiasmos bucólicos; sólo le preocupaba la idea de perder á Licia, pensando en Petronio como su único salvador.

Éste, al lado de Pomponia, contemplaba la desaparición lenta del sol y á las personas sentadas al borde del estanque. El cielo había tomado tonos purpúreos y violáceos, que continuamente cambiaban y se disipaban hasta dar á algunas fajas del horizonte formas de figuras caprichosas. Los perfiles de los cipreses se destacaban á aquella hora mejor que en pleno mediodía. Solemne calma vespertina parecía tener en suspenso á la naturaleza.

Petronio estaba asombrado. Sentía la inmensa paz que le rodeaba, y estudiando

Yo creo en un solo Dios omnipotente y justo...

atentamente los rostros de los circunstantes, leía en ellos una expresión nunca observada en los demás rostros que veía todos los días, ó por mejor decir, todas las noches.

Notaba una serena alegría que casi representaba la manifestación de la vida de aquella familia. Le relampagueaba en la mente la idea de que podían existir una belleza y un goce que le eran desconocidos, á pesar de su asiduidad en buscar todas las bellezas y todos los placeres. No pudo ocultar su pensamiento, y dirigiéndose á Pomponia, dijo:

– Estoy observando cuán diverso es vuestro mundo de aquel en que reina Nerón.

Ella, volviendo su delicado rostro hacia el moribundo sol, respondió con majestuosa calma:

– No es ya Nerón, sino Dios quien reina en el mundo.

Breve pausa siguió á las palabras de Pomponia. Se oían resonar en tanto los pasos del viejo, de sus hijos y del tribuno, que se acercaban; pero antes de que llegaran al triclinio, Petronio dirigió á su compañera esta otra pregunta:

– ¿Crees, pues, en los dioses, Pomponia?

– Yo creo en un solo Dios omnipotente y justo, fué la respuesta de la mujer de Aulo Plaucio.

III

– Cree en un solo Dios omnipotente y justo..., dijo Petronio apenas se vió en su litera con Vinicio. Si su Dios es omnipotente, tiene todos los poderes de vida y de muerte; si es justo, equivale á decir que manda la muerte obrando en justicia. Pues entonces, ¿por qué Pomponia lleva aún el luto por Julia? Con su proceder acusa á Dios. Quiero repetir este raciocinio ante aquel imbécil de Nerón, porque en punto á dialéctica me considero rival de Sócrates. En lo que concierne á las mujeres, sostengo que ninguna posee sus tres ó cuatro almas..., ¿qué digo?, ni una racional siquiera. Discuta Pomponia con Séneca y Cornuto sobre la esencia de su Verbo. Evoquen ellos, si les place, las sombras de Jenófanes, de Parménides, de Zenón y de Platón desde los Campos Elíseos, donde los pobres deben aburrirse como pájaros en jaula. Yo hubiera querido hablar de otra cosa con ella y con Plaucio. ¡Por el sacro cuerpo de la Isis egipcia! Si hubiese manifestado inmediatamente el objeto de nuestra visita, quizás hubiera ocurrido una escena desagradable. ¡Y la he temido! ¿Tú no lo creerás, Vinicio? De todos modos, debo felicitarte por tu elección. ¡Deliciosa sorpresa! ¿Sabes lo que me parece? Me parece la primavera, pero no una de nuestras primaveras italianas, con escasas flores y con olivos grises, sino una primavera joven, fresca, exuberante de vida, como la admiré un tiempo en Helvecia. ¡Por la blanca luna, que estoy de acuerdo contigo, Marco! Pero ten entendido que amas á Diana, porque es seguro que Aulo y Pomponia no te devorarán como devoraron los perros á Acteón.

Vinicio, con la cabeza inclinada, no pronunciaba una sílaba. Después, con la voz ahogada por la pasión, empezó de esta suerte:

– La quise desde un principio; ahora ardo en deseos. Cuando le cogí la blanca mano, sentí que el fuego quemaba mi sangre. Yo debo poseerla. Si yo fuese Júpiter, la envolvería en una nube, como envolvió á Io, ó bien caería en su regazo cual lluvia, como hizo con Dánae. ¡Quisiera, teniéndola entre mis brazos, oir su grito de dolor! ¡Me sentiría con coraje para matar á Plaucio y á Pomponia y robársela con mis manos! Esta noche no dormiré; haré apalear á una esclava por el gusto de oir sus gemidos...

– ¡Cálmate, joven! Expresas tu pasión como lo haría un carpintero de la Suburra.

– ¡Di lo que quieras! Yo debo poseerla. A ti me he acogido para encontrar un apoyo; si no me lo prestas, sabré encontrar otro medio. Aulo considera á Licia como hija: ¿cómo puedo yo tomarla por esclava? Y si no hay otro camino, ¿por qué razón no puede ella adornar el umbral de mi casa y sentarse en mi hogar como esposa mía?

– ¡Cálmate, descendiente de los cónsules! Nosotros no atamos á los bárbaros á nuestros carros triunfales, para casarnos luego con sus hijas. ¡Evita ese mal paso

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

atentamente los rostros de los circunstantes, leía en ellos una expresión nunca observada en los demás rostros que veía todos los días, ó por mejor decir, todas las noches.

Notaba una serena alegría que casi representaba la manifestación de la vida de aquella familia. Le relampagueaba en la mente la idea de que podían existir una belleza y un goce que le eran desconocidos, á pesar de su asiduidad en buscar todas las bellezas y todos los placeres. No pudo ocultar su pensamiento, y dirigiéndose á Pomponia, dijo:

– Estoy observando cuán diverso es vuestro mundo de aquel en que reina Nerón.

Ella, volviendo su delicado rostro hacia el moribundo sol, respondió con majestuosa calma:

– No es ya Nerón, sino Dios quien reina en el mundo.

Breve pausa siguió á las palabras de Pomponia. Se oían resonar en tanto los pasos del viejo, de sus hijos y del tribuno, que se acercaban; pero antes de que llegaran al triclinio, Petronio dirigió á su compañera esta otra pregunta:

– ¿Crees, pues, en los dioses, Pomponia?

– Yo creo en un solo Dios omnipotente y justo, fué la respuesta de la mujer de Aulo Plaucio.

III

– Cree en un solo Dios omnipotente y justo..., dijo Petronio apenas se vió en su litera con Vinicio. Si su Dios es omnipotente, tiene todos los poderes de vida y de muerte; si es justo, equivale á decir que manda la muerte obrando en justicia. Pues entonces, ¿por qué Pomponia lleva aún el luto por Julia? Con su proceder acusa á Dios. Quiero repetir este raciocinio ante aquel imbécil de Nerón, porque en punto á dialéctica me considero rival de Sócrates. En lo que concierne á las mujeres, sostengo que ninguna posee sus tres ó cuatro almas..., ¿qué digo?, ni una racional siquiera. Discuta Pomponia con Séneca y Cornuto sobre la esencia de su Verbo. Evoquen ellos, si les place, las sombras de Jenófanes, de Parménides, de Zenón y de Platón desde los Campos Elíseos, donde los pobres deben aburrirse como pájaros en jaula. Yo hubiera querido hablar de otra cosa con ella y con Plaucio. ¡Por el sacro cuerpo de la Isis egipcia! Si hubiese manifestado inmediatamente el objeto de nuestra visita, quizás hubiera ocurrido una escena desagradable. ¡Y la he temido! ¿Tú no lo creerás, Vinicio? De todos modos, debo felicitarte por tu elección. ¡Deliciosa sorpresa! ¿Sabes lo que me parece? Me parece la primavera, pero no una de nuestras primaveras italianas, con escasas flores y con olivos grises, sino una primavera joven, fresca, exuberante de vida, como la admiré un tiempo en Helvecia. ¡Por la blanca luna, que estoy de acuerdo contigo, Marco! Pero ten entendido que amas á Diana, porque es seguro que Aulo y Pomponia no te devorarán como devoraron los perros á Acteón.

Vinicio, con la cabeza inclinada, no pronunciaba una sílaba. Después, con la voz ahogada por la pasión, empezó de esta suerte:

– La quise desde un principio; ahora ardo en deseos. Cuando le cogí la blanca mano, sentí que el fuego quemaba mi sangre. Yo debo poseerla. Si yo fuese Júpiter, la envolvería en una nube, como envolvió á Io, ó bien caería en su regazo cual lluvia, como hizo con Dánae. ¡Quisiera, teniéndola entre mis brazos, oir su grito de dolor! ¡Me sentiría con coraje para matar á Plaucio y á Pomponia y robársela con mis manos! Esta noche no dormiré; haré apalear á una esclava por el gusto de oir sus gemidos...

– ¡Cálmate, joven! Expresas tu pasión como lo haría un carpintero de la Suburra.

– ¡Di lo que quieras! Yo debo poseerla. A ti me he acogido para encontrar un apoyo; si no me lo prestas, sabré encontrar otro medio. Aulo considera á Licia como hija: ¿cómo puedo yo tomarla por esclava? Y si no hay otro camino, ¿por qué razón no puede ella adornar el umbral de mi casa y sentarse en mi hogar como esposa mía?

– ¡Cálmate, descendiente de los cónsules! Nosotros no atamos á los bárbaros á nuestros carros triunfales, para casarnos luego con sus hijas. ¡Evita ese mal paso

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hasta el fin! Intenta todos los medios lícitos, y concédete á ti y á mí tiempo para reflexionar. También Crisotemis me parecía hija de Júpiter, y sin embargo, no la hice mi esposa, ni Nerón casó con Acté, aunque ésta, según opinión muy generalizada, era hija del rey Atalo. ¡Cálmate, repito! Piensa que si ella desea abandonar á Aulo por ti, él no tiene el derecho de retenerla en su poder. Y no olvides, para tu tranquilidad, que también Eros encendió en ella su llama. Ten paciencia; todo saldrá bien. Pero hoy he pensado en esto demasiado, y siento fatiga. Te prometo que mañana, temprano, recordaré tu pasión y dejaré de ser Petronio si no encuentro un medio cualquiera para ayudarte eficazmente.

Ambos callaron.

– Te lo agradezco, dijo Vinicio tras breve pausa.

– ¡Que la fortuna te sea propicia... y ten paciencia!

– ¿Adónde has ordenado que nos conduzcan?

– A ver á Crisotemis.

– ¡Dichoso tú que posees á la que amas!

– ¿Dichoso? ¿Sabes lo que encuentro aún agradable en Crisotemis? Que me sea infiel creyendo que yo lo ignoro. La amé en otro tiempo; ahora me divierto con sus mentiras y su estupidez. Ven tú también. Ella coqueteará contigo y dibujará sobre la mesa letras con los dedos mojados en vino. Pero no temas la furia de mis celos, ¿comprendes?

Y ordenó que los condujeran á casa de Crisotemis.

Al llegar, Petronio, cogiendo á su sobrino del brazo, dijo súbitamente:

– ¡Espera! Creo haber encontrado el modo...

– ¡Que todos los dioses te recompensen!

– ¡No hay duda! El recurso no puede fallar. ¿Sabes de qué se trata?

– ¡Escucho tu palabra, oh Sabiduría!

– Pues bien. Dentro de pocos días la divina Licia compartirá contigo los frutos de Demetria.

– ¡Eres más grande que César!, exclamó Vinicio en el colmo de la dicha.

IV

Petronio mantuvo su palabra. A decir verdad, durmió todo el día; mas por la noche celebró una entrevista confidencial con Nerón en el Palatino. La consecuencia fué que, al día siguiente, diez pretorianos, al mando de un centurión, se presentaron en casa de Aulo.

Atravesábase entonces en Roma un período de terror, en el cual mensajeros de aquella índole eran, por lo común, mensajeros de muerte. Así es que cuando el centurión golpeó la puerta y el *atriense* anunció la visita de los soldados, un extraño temor invadió toda la casa. Todos se congregaron en torno del viejo militar, suponiendo que él era el más expuesto al peligro. Pomponia, estrechamente abrazada al cuello de su marido, murmuraba palabras incoherentes. Licia, con el rostro cadavérico, besaba la mano de Plaucio, y el niño se agarraba desesperadamente á la toga de su padre. De los corredores, de las dependencias de servicio, de los baños, de todos los ángulos de la casa acudían numerosos esclavos gritando, llenos de pavor:

– *Heu!, heu!, me miserum!*

Las mujeres comenzaron á llorar y sollozar, cubriéndose la cabeza con los pañuelos y llevándose las manos á la cara.

Uno solo entre todos conservaba su calma habitual: el antiguo soldado, que no tenía miedo á la muerte. Su rostro seco y aguileño parecía de piedra. Cuando hubo dominado aquella confusión y ordenado á los esclavos que se alejasen, suplicó á Pomponia que le dejara solo, y añadió:

– Si ha sonado la hora de mi muerte, tiempo nos quedará de despedirnos.

Y al pronunciar tales palabras, procuraba desasirse dulcemente de su esposa. Pero ella contestó:

– ¡Concédame Dios compartir tu suerte, Aulo mío!

Y cayó de rodillas y empezó á orar con el fervor que inspira el ansia de salvar á un ser querido.

Aulo se trasladó en seguida al atrio, donde le esperaba el centurión, que era, casualmente, el viejo Cayo Gasta, compañero y subordinado de Plaucio en la campaña británica.

– ¡Salud, mi jefe!, exclamó. Te traigo un saludo y una orden del emperador. He aquí el documento sellado en que se me autoriza para esta comisión.

– Quedo reconocido al emperador por su saludo y estoy dispuesto á obedecer sus órdenes, respondió Aulo. ¡Bienvenido, amigo Gasta! Dime, pues, ¿qué orden me traes?

– El emperador ha averiguado que en tu casa habita la hija del rey Licio, el cual, viviendo el divino Claudio, la cedió á los romanos en prenda de la inviolabilidad de las fronteras de nuestro imperio. El gran Nerón te agradece, capitán, la hos-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pitalidad que por tantos años diste á Licia, y creyendo oportuno no obligarte por más tiempo á sostener tan pesada carga, y considerando, por otra parte, que la joven, como rehén, debe hallarse bajo la protección del emperador y del Senado, te ordena entregarla sin demora.

Aulo era demasiado buen soldado y veterano para oponer objeción alguna á las órdenes que se le daban. Todavía sobre su frente apareció una arruga, indicio de ira, ante la cual habían temblado en otro tiempo las legiones británicas, y aún entonces podía haberse leído en el rostro de Gasta cierto temor. Pero, ante el mandato imperial, Aulo se sentía impotente. Examinó detenidamente el documento y los sellos, y mirando con firmeza al centurión:

– Espera aquí en el atrio, le dijo con gran calma, mientras dispongo que se te entregue el rehén.

Pronunciadas estas palabras, volvió al otro extremo de la casa, donde Pomponia, Licia y el niño le aguardaban con ansia y temor infinitos.

– No se trata, dijo, de la muerte, ni del destierro de ninguno de nosotros; pero un mensaje del emperador nunca es nuncio de felicidad. ¡Se trata de ti, Licia!

– ¿De Licia?, preguntó atónita Pomponia.

– ¡De ella!, replicó Plaucio.

Y dirigiéndose á la joven, continuó:

– Licia, tú fuiste educada por nosotros como hija nuestra y como tal te amamos Pomponia y yo. Mas debes saber que no eres nuestra hija, sino una prenda que dió tu pueblo á los romanos; á César corresponde tu tutela, y hoy por esto te arranca de nuestro lado.

Hablaba en tono reposado y tranquilo, pero se notaba en la voz una extraña inflexión. La joven escuchaba con mirada indagadora, como quien oye sin comprender. Pomponia estaba mortalmente pálida, y en los corredores reaparecían los rostros atemorizados de los esclavos.

– ¡Hágase la voluntad del emperador!, dijo Plaucio.

– ¡Aulo!, gritó Pomponia, apretando entre sus brazos á la muchacha para protegerla: ¡mejor sería que le sobreviniese la muerte!

Licia, refugiándose en el regazo de Pomponia, ahogada por los sollozos, se limitaba á repetir:

– ¡Madre mía!, ¡madre mía!

El dolor y la cólera se dibujaban alternativamente en el rostro de Aulo.

– Si yo estuviera solo en el mundo, exclamó fieramente, no la entregaría viva, y mis parientes podrían hoy mismo ofrecer sacrificios á Júpiter libertador. Pero no tengo el derecho de mataros á ti y á nuestro hijo, que puede esperar tiempos mejores. Me acercaré al emperador é intentaré hacerle revocar la orden maldita... Pero ¿me escuchará? Mientras tanto, Licia..., ¡adiós!, y no olvides jamás que Pomponia y yo bendeciremos siempre el día en que pisaste el umbral de nuestra casa.

Calló un momento y puso luego su mano temblorosa sobre la cabeza de Licia. A pesar de todos sus esfuerzos por aparentar firmeza, cuando aquélla, con los ojos anegados en llanto, le cogió la mano y la cubrió de besos, todo denunciaba en él una angustia imposible de contener.

– ¡Adiós, alegría de esta casa, luz de nuestros ojos, adiós!

Y después de esto, se apresuró á salir al atrio para no sufrir una conmoción indigna de un romano y de un guerrero.

Pomponia condujo á la muchacha al *cubiculum* y procuró confortarla y animarla, pronunciando frases que sonaban á melodía extraña en la casa donde Aulo Plaucio, fiel á la tradición, sacrificaba aún en holocausto á los dioses lares.

«Había llegado la hora de la tentación... En otro tiempo Virginio hirió á su propia hija para salvarla del furor de Apio, y mucho antes Lucrecia dió su vida á cambio del honor. El palacio imperial era un antro de vergüenza, de corrupción y de delitos...

»Pero nosotros, Licia, sabemos muy bien que no tenemos derecho alguno á atentar contra nuestra vida. La ley que seguimos es muy distinta, mucho más santa; nos permite defendernos del ultraje y la deshonra, aun á costa del martirio y de la muerte. Y tanto mayor es el mérito del que puede escapar limpio y puro del reino de la corrupción. La tierra es un valle de lágrimas; por fortuna, nuestra vida terrenal no dura más que un momento; la vida de la resurrección pasa á través de la tumba y nos conduce adonde no domina ya Nerón, sino la misericordia, donde todas las penas se convierten en goces, donde las lágrimas de dolor se transforman en lágrimas de placer.»

Después se dedicó á hablar de sí misma: «Su corazón sufría agudamente y Aulo era, en gran parte, la causa de su sufrimiento, porque no había recibido aún la luz de la Verdad, no permitiendo siquiera que esa luz iluminara la mente de su hijo. La sola idea de que pudiera permanecer así hasta el fin, hasta el momento de una separación eterna, mil veces más aterradora que aquella temporal que tanta tristeza le causaba, venía á amargar con antelación el placer de la felicidad celestial que le aguardaba. Copiosas lágrimas había derramado durante muchas noches implorando la divina misericordia, mientras ofrecía á Dios sus padecimientos y esperaba con fe. Y aun entonces, cuando un nuevo golpe la hería, cuando la voluntad del tirano le robaba una criatura queridísima, ella no desconfiaba; porque la fe le enseñaba que existía un poder superior al poder del césar, una misericordia más grande que su cólera.»

Y abrazó con mayor fuerza que antes á Licia. Ésta se echó á sus pies, y escondido el rostro entre los pliegues del vestido de Pomponia, estuvo en aquella postura largo rato, silenciosa. Pero, al levantarse, su dolor ofrecía un aspecto más sereno.

– Me duele por ti, madre, por mi padre y por mi hermano; pero comprendo que toda resistencia sería inútil y, sobre todo, peligrosa. ¡Te prometo no olvidar nunca tus palabras, mientras permanezca en el palacio de César!

Una vez más se abrazó á Pomponia, entrando después ambas en el *œcus*, donde Licia se despidió del niño, del viejo preceptor griego, de su aya y de toda la servidumbre.

Uno de los esclavos, llamado Ursus, licio de gigantesca estatura y fuerza hercúlea, se echó á los pies de la joven y luego suplicó á Pomponia con estas palabras

– ¡Oh *dómina*, permíteme seguir á mi señora y velar cerca de ella!

– Tú no eres siervo mío, sino de Licia, contestó Pomponia; pero ¿cómo podrás valerte para velar por ella?

– Lo ignoro; únicamente sé que en mis manos el hierro se quiebra como si fuese leño.

En esto entró Plaucio, que, enterado de lo que se trataba, no sólo no pensó en oponerse al deseo de Ursus, sino que declaró no tener derecho alguno á retenerlo en su casa, porque al césar correspondía también el séquito de la prenda, una vez reclamada ésta. Y dijo en voz baja á Pomponia que escogiese el número de esclavos que creyera conveniente, pues el centurión no podía negarse á conducirlos al palacio.

Esto sirvió á Licia de consuelo. Pomponia también experimentó una íntima alegría con poder rodear á Licia de personas de su confianza. Por esto, además de Ursus, destinó para acompañar á su hija adoptiva al aya, á dos esclavas peinadoras de Chipre y á dos bañadoras germánicas. Todos los acompañantes eran secuaces de la nueva fe, incluso el atlético Ursus. Pensaba también Pomponia que esta semilla

de la verdad no dejaría de dar sus frutos en la casa de César. Escribió algunas líneas recomendando á Licia á los cuidados de Acté, la liberta de Nerón, que, aunque no había abrazado la fe cristiana, no se había negado nunca á prestar servicios de aquella índole y era constante lectora de las epístolas de Pablo de Tarso.

Se sabía también que la joven liberta no tenía muchos puntos de semejanza con las demás mujeres del palacio imperial, donde representaba, en cierto modo, el papel del buen genio. Gasta se ofreció á entregar personalmente á Acté la carta.

El centurión encontraba muy natural que una hija de rey tuviese séquito de esclavos, y en vez de oponer objeción alguna, se admiró de que fuese poco numeroso. Rogó que no se retrasase la partida, por temor de ser acusado de falta de celo en el cumplimiento de las órdenes.

Había llegado, pues, el momento de la despedida.

Los ojos de Pomponia y de Licia se llenaron otra vez de copiosas lágrimas; Aulo volvió á poner la mano sobre la hermosa cabeza de la joven, y el niño alzó los puños en actitud amenazadora contra el centurión y los pretorianos, que salieron escoltando á Licia hasta el palacio imperial.

Plaucio ordenó que se le preparase la litera y se encerró entretanto con Pomponia, á la que manifestó que quería pedir audiencia al emperador, si bien no se las prometía muy felices. Deseaba también ver á Séneca, aunque ya el filósofo no tenía gran influencia sobre Nerón. Sofonio Tigellino, Petronio y Vatinio tenían á la sazón mayor crédito cerca del emperador. «En cuanto á Nerón, dijo, es probable que no haya siquiera oído hablar del pueblo licio, y si ha tenido conocimiento del rehén, se deberá á las insinuaciones de alguno que... no sería difícil adivinar.»

Pomponia, después de una pausa de asombro, dijo:

– ¿Sospechas de Petronio?

– Seguramente. ¡He aquí lo que tiene acoger en la propia casa á personas sin honor y sin conciencia! ¡Maldito el momento en que Vinicio traspasó el umbral de esta casa para traernos á Petronio! ¡Desgraciada Licia, sí, desgraciada, porque esos no vinieron á buscar un rehén, sino una concubina!

Su voz, más sibilante que de costumbre, alcanzaba tonos de ira furibunda ante el desgraciado acontecimiento. Sostenía consigo mismo terrible lucha para que no trascendiese el estado de su ánimo, cuya violencia delataban sus puños amenazadores.

– Hasta ahora, prorrumpió al fin, he adorado á los dioses; pero me convenzo de que no son ellos los dominadores del mundo, sino un ser inhumano, monstruoso, llamado Nerón.

– Aulo, advirtió Pomponia, Nerón no es más que un montón de vil ceniza frente á Dios.

El viejo empezó á medir con largos y nerviosos pasos el pavimento. En su vida contaba hechos gloriosos, pero ni una sola desgracia, y ésta le cogía desprevenido para soportarla. El veterano había llegado á amar á Licia más de lo que nunca pudo suponer y no podía resignarse á la idea de verla perdida. Se sentía además humillado: sobre él pesaba una mano que despreciaba, y reconocía, no obstante, que bajo aquella mano tenía que doblegarse su voluntad.

Cuando logró calmar un poco la indignación de que se hallaba poseído, continuó:

– Yo no creo que Petronio la haya raptado para el emperador, pues no se atrevería á ofender á Popea. Por lo tanto, nos la ha quitado para él ó para Vinicio. Hoy espero salir de dudas.

Acto seguido se hizo conducir en litera al Palatino. Pomponia se dedicó á prodigar consuelos al pequeño Aulo, que no cesaba de llorar y proferir amenazas contra el emperador.

V

Aulo había previsto que encontraría muchas dificultades antes de ser recibido. Se le dijo que César estaba cantando en compañía del pulsador de cítara Terpso y que no tenía costumbre de recibir más que á los que él mismo había llamado. En otros términos, Aulo no podía esperar que se le recibiese jamás.

Séneca, aunque enfermo, acogió al antiguo capitán respetuosamente; pero cuando éste le expuso su deseo, respondió con amarga sonrisa:

– No puedo hacerte más que un favor, Plaucio, el de no dejar adivinar al emperador el interés que me inspiras, porque si Nerón pudiera sospecharlo, aunque no fuera más que para molestarme, no te restituiría á Licia en su vida.

Le aconsejó también que no acudiese á Tigelino, á Vatinio ó á Vitelio. Sería quizás posible sobornarlos con dinero y estarían tal vez dispuestos á perjudicar á Petronio, cuya gran influencia les mortificaba; pero era también muy probable que hiciesen comprender á Nerón cuánto amaba Plaucio á Licia, y en tal caso el emperador se opondría, con toda certeza, á la restitución.

Y con mordaz ironía continuó el filósofo:

– Tú, Plaucio, has permanecido inactivo durante muchos años, y Nerón no simpatiza con la gente quieta y sosegada. ¿Cómo ha sido posible que no te hayan entusiasmado su belleza, su virtud, su voz, su declamación y sus versos? ¿Por qué no celebraste la muerte de Británico? ¿Por qué no entonaste himnos al matricida y no te congraciaste con el asesino de Octavia? Te falta el don de la previsión, Aulo querido, que todos los cortesanos debemos poseer en alto grado.

Después de refrescar sus labios con agua de una fuente del *impluvio,* prosiguió:

– ¡Ah! Nerón tiene un corazón lleno de reconocimiento. Te aprecia porque has servido á Roma y has honrado su nombre hasta en los últimos confines de la tierra: me quiere porque fuí el educador de su juventud. Sé que esta agua no está envenenada y por esto puedo beberla sin temor; si fuese vino no tendría tanta confianza. Bebe tranquilamente, si lo deseas, que el que quisiera atosigar esta agua, atosigaría la de todas las fuentes de Roma. Como ves, siempre hay un medio de estar seguro sobre la tierra y pasar una vejez tranquila. Yo me siento enfermo, pero más de espíritu que de cuerpo.

Y así era efectivamente. Séneca no poseía la fuerza de ánimo de un Cornuto ó de un Tráseas, pues su vida representaba una serie no interrumpida de concesiones al vicio. Él mismo lo comprendía así, y comprendía también que un secuaz de las doctrinas de Zenón debía obrar de otra manera; este sentimiento le producía más dolores y angustias que el mismo temor de la muerte.

Pero el capitán interrumpió las tristes reflexiones:

– Noble Annea, dijo, conozco el género de agradecimiento con que César te recompensó por los cuidados que le prodigaste en su juventud. Pero el autor del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rapto de Licia se llama Petronio. Proporcióname un recurso para proceder contra él; indícame la influencia á que obedece, y usa toda la elocuencia que pueda inspirarte nuestra antigua amistad.

– Petronio y yo, repuso Séneca, vivimos en ambientes opuestos; no conozco ningún medio para proceder contra él, que, por otra parte, no se deja guiar por influencia alguna. A pesar de todos sus errores, quizá vale él solo más que los bribones que rodean á Nerón, todos juntos. Pero intentar persuadirle de que ha cometido una mala acción es perder el tiempo. Desde hace muchos años, en Petronio ha desaparecido la facultad de discernir entre el bien y el mal. Convéncele de que la suya fué una acción vulgar, y se avergonzará. Cuando tenga ocasión de verle, le diré: «Tu acción ha sido digna de un liberto.» Si esto no da resultado, entonces toda esperanza es vana.

– ¡Gracias!, contestó el militar.

Y después de despedirse de Séneca fué á encontrar á Vinicio. Éste se hallaba tirando á las armas con su maestro de esgrima. Aulo no pudo reprimir un movimiento de ira al ver á Marco ocupado en tales ejercicios después de lo ocurrido.

Apenas había desaparecido el maestro de armas, cuando el viejo, en el colmo del furor, se desató en un torrente de improperios y de acusaciones. Pero Vinicio, al oir hablar del rapto de Licia, palideció de tal modo y se pintó en su rostro tan angustiosa sorpresa, que Plaucio se convenció en seguida de que no era cómplice de Petronio. Sobre la frente del joven corría un frío sudor, y la sangre, que por un instante había afluído toda al corazón, subió á su rostro como onda purpúrea; los ojos flamearon y los labios balbucieron palabras incoherentes. La ira y los celos estallaron en su espíritu como terrible tormenta. Parecióle que Licia, una vez traspasado el umbral del palacio, estaba irremisiblemente perdida para él.

Cuando Plaucio pronunció el nombre de Petronio, la sospecha atravesó como un dardo el alma de Vinicio. Petronio podía haberse burlado de él por dos razones: ó para afianzarse más en la predilección de César, entregándole la doncella, ó para gozar él de su posesión.

No comprendía que nadie viese á Licia sin desearla en seguida. El furor no le dejaba dominarse.

– ¡Aulo, dijo con voz entrecortada, vuelve á tu casa y espérame! Ten entendido que si Petronio fuese mi padre, no me abstendría de hacerle pagar todo el mal que ha hecho á Licia. ¡Vuelve á casa y espérame! ¡Ni Nerón, ni Petronio, deben poseerla!

Con los puños cerrados se volvió hacia las figuras de cera que había en el atrio y gritó:

– ¡Por esas máscaras, juro que antes la mataré y me daré la muerte!

Y repitiendo á Plaucio un vigoroso «¡espérame!,» se precipitó como un loco fuera del atrio y se dirigió á casa de Petronio, tropezando, sin darse cuenta, con cuantos transeuntes encontraba al paso.

Aulo regresó á su casa animado y persuadido de que si Petronio había obtenido del emperador que mandara prender á Licia para darla á Vinicio, éste restituiría á la joven. Y encontró también un leve consuelo pensando que si Licia no podía salvarse, sería vengada y arrancada de la deshonra con la muerte. Plaucio creía en las promesas del joven guerrero; había visto su furor y conocía el carácter ardiente de aquella familia. Él mismo, que amaba á Licia como á una hija, habría preferido darla muerte antes que verla en poder de Nerón, y seguramente lo hubiera hecho á no haberle contenido la idea del porvenir de su hijo, último vástago de su estirpe.

Aulo era un verdadero carácter de soldado. Había oído hablar muy poco de los estoicos, y, sin embargo, su temperamento estaba en armonía con aquellos principios, pues su orgullo consideraba preferible la muerte á la vergüenza.

Llegado á su casa, procuró calmar á Pomponia, y ambos aguardaron, impacientes, noticias de Vinicio.

Cada vez que resonaban en el atrio los pasos de algún esclavo, creían ver á Vinicio con su hija querida, y de buen grado se disponían á repartir entre ambos sus bendiciones.

Pero el tiempo transcurría sin que llegase ninguna noticia. Sólo al anochecer sonaron en la puerta algunos golpes repetidos, interrumpiendo el silencio profundo que reinaba en la casa.

Entró un esclavo con una carta para Aulo. Si bien el viejo capitán se esforzaba por mostrar un semblante sereno y digno, su mano tembló al tomar aquel escrito. Lo leyó nerviosamente, como si de aquellas líneas dependiese la suerte de su hogar.

De pronto se anubló su rostro, y volviéndose, irritado, hacia Pomponia, dijo:

– ¡Lee!

Ella tomó la carta y leyó:

«Marco Vinicio á Aulo Plaucio, ¡salud! Lo que sucedió, sucedió por voluntad de César, ante el cual debéis inclinar la cabeza, como lo hacemos Petronio y yo.»

Siguió á la lectura un silencio largo y profundo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI

Petronio estaba en casa. El guardaportón no se atrevió á detener á Vinicio, que se lanzó al atrio como un torbellino, y después que averiguó que el tío se hallaba en la biblioteca, corrió en su busca con la misma furia. Petronio escribía y Vinicio le arrancó bruscamente la pluma de la mano, la rompió y la tiró al suelo, pisoteándola con rabia; púsole luego una mano sobre el hombro, y mirándole fijamente, le preguntó con voz ronca y entrecortada:

– ¿Qué hiciste de ella? ¿Dónde está?

Entonces ocurrió una cosa inesperada. Aquel Petronio, tan afeminado y débil al parecer, agarró primero la mano del joven atleta, que tenía sobre su hombro, después la otra, y apretándolas con una de las suyas, como con un cepo, le dijo:

– Sólo por la mañana es cuando estoy débil; por la noche tengo la fuerza que tuve en otro tiempo. Intenta huir. Creo que ha sido un tejedor quien te ha enseñado la gimnasia y un herrador quien te ha dado lecciones de buena educación.

Su expresión no era de cólera, sino de serena resolución. Después de un instante dejó libres las manos de Vinicio, que permaneció frente á él, acobardado y enfurecido.

– Tu mano es de acero, dijo; pero si me has engañado, juro por los dioses que sabré herirte en el corazón, aun en presencia del emperador.

– Hablemos con tranquilidad, dijo Petronio. Como ves, el acero es más fuerte que el hierro. Si bien es cierto que con una de tus manos se pueden hacer dos de las mías, no te temo; me inspira lástima tu violencia y me sorprendería tu ingratitud, si la ingratitud humana pudiese todavía sorprenderme.

– ¿Dónde está Licia?

– En casa de César.

– ¡Petronio!

– ¡Cálmate y siéntate! Rogué á Nerón que me concediese dos favores: el primero, alejar á Licia de casa de Aulo; el segundo, dártela á ti. Él accedió... ¿Tú tienes escondido un puñal entre los pliegues de la toga? ¿Quieres asesinarme? En todo caso, te aconsejo que esperes un par de días, porque te encarcelarían, y Licia, entretanto, se aburriría en tu casa.

Vinicio miró estupefacto á su tío, exclamando:

– ¡Perdóname! Amo á aquella mujer; el amor me arrancó los sentidos.

– ¡Mírame, Marco! El otro día dije al emperador: «El hijo de mi hermana, Vinicio, está de tal modo enamorado de una muchacha, pupila de Aulo, que á fuerza de suspiros, su casa está convertida en un baño de vapor. Ni tú, César, ni yo, que sabemos apreciar la verdadera belleza, daríamos por ella mil sextercios; pero ese joven ha sido siempre muy cándido y sencillo.»

– ¡Petronio!

– Si no comprendes que dije todo eso por la seguridad de Licia, deberé convencerme de que mis palabras traducían la verdad. Persuadí al emperador de que un hombre de su gusto estético no podía encontrar hermosa á una mujer semejante; y como Nerón no ve más que por mis ojos, no la encontrará hermosa, y por lo tanto, no la deseará. Era necesario asegurarse. Ya no será él, sino Popea, quien descubrirá la belleza física de Licia y quien procurará alejarla del palacio lo antes posible. Además dije á Nerón: «Toma á Licia y dala á mi sobrino. Tienes derecho para ello, desde el momento en que es un rehén, y con esto tienes la seguridad de disgustar á Aulo.» Accedió, no teniendo razón alguna para no hacerlo, tanto más cuanto que yo le ofrecía ocasión para disgustar á personas respetables. Así es que tú serás nombrado tutor del rehén y te será confiado el tesoro licio. Tú, como amigo de los valientes licios y fiel servidor de César, no deberás disipar nada de aquel tesoro, antes bien procurarás acrecentarlo. Para salvar las apariencias, la llevará alguna que otra vez á palacio, y luego la mandará á tu casa, ¡mortal feliz!

– ¿Dices la verdad? ¿Ningún peligro la amenaza en casa de Nerón?

– Si hubiese de permanecer allí, Popea la vigilaría de acuerdo con Locusta; pero así no hay peligro. En el palacio viven diez mil personas; Nerón no tendrá siquiera ocasión de ver á la joven, mucho menos siendo yo el encargado del asunto. Acaba de venir un centurión con la nueva de haber conducido á Licia al palacio imperial y haberla confiado á los cuidados de Acté, que es una excelente joven. Por esto la escogí para que velase por Licia. Hasta Pomponia Grecina debe ser de esta opinión, desde el momento en que escribió á Acté. Mañana Nerón da un banquete, en el cual te he procurado un puesto al lado de Licia.

– ¡Perdona mi precipitación, oh Cayo! Creí que la habías robado para ti ó para César.

– La precipitación puedo perdonártela; más difícil me será olvidar tus maneras vulgares, tus chillidos y tu voz que recordaba la de un jugador de morra. Evítalo, Marco, porque esos modales no me gustan. Has de saber que Tigelino es el medianero de Nerón, y recuerda que si yo quisiera á aquella muchacha, te miraría francamente y te diría: «¡Vinicio, yo me quedo con Licia y la tendré hasta que me canse de ella!»

Así hablando, miraba á Vinicio, que, turbado y confuso, no sabía qué partido tomar.

– Me he equivocado, dijo; tú eres bueno y generoso. ¡Gracias de todo corazón! Mas permíteme una sola pregunta: ¿por qué no hiciste conducir á Licia á mi casa inmediatamente?

– Porque Nerón desea salvar las apariencias. El rapto del rehén constituirá el tema de todas las conversaciones; y hasta que éstas cesen, Licia deberá permanecer en palacio; después será conducida á tu casa..., ¡y buenas noches! *Enobarbo* es un bellaco. Sabe que su poder es ilimitado, y, sin embargo, se empeña en demostrar que todos sus actos tienen su razón. Dime, ¿te sientes dispuesto á filosofar un rato? Más de una vez me pregunté yo mismo: ¿por qué el delito, aun cuando no aparezca en la figura de un césar poderoso, inviolable, intenta tomar las apariencias de verdad, de justicia y de virtud? ¿Por qué tanto trabajo? Me parece que el asesinato de una madre, de un hermano, de una esposa puede ser un acto digno de un rey asiático, pero no de un césar romano; pero si, á pesar de eso, cometiese algún crimen de esa naturaleza, no escribiría cartas de excusa al Senado. Nerón, en cambio, lo hace. Quiere salvar las apariencias porque es un bellaco. Tiberio no lo era, y, no obstante, justificaba todos sus actos. ¿Y por qué? Es un homenaje extraño y forzado del vicio á la virtud. ¿Y sabes lo que más me asombra? La circunstan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia de que esto acontece porque el vicio es feo y la virtud bella; por consecuencia, un hombre de sentimiento estético es virtuoso. Yo soy, pues, virtuoso. Hoy mismo debo ofrecer un sacrificio de vinos á los manes de Protágoras, de Prodico y Gorgía. Parece que también los sofistas pueden resultar útiles. Pero escucha lo que sigue. Yo saqué á Licia del poder de Aulo para dártela. Lisipo hubiera hecho de vosotros un grupo magnífico. Ambos sois bellos, *ergo* mi acción es bella, y, siendo bella, no puede ser malvada. Marco, ante ti está la virtud, personificada en Cayo Petronio. Si Arístides viviese aún, se vería obligado á venir á mí y ofrecerme cien minas por mi disquisición sobre la virtud.

A Vinicio le interesaban poco los discursos acerca de la virtud, y por lo mismo se limitó á exclamar:

– ¡Mañana veré á Licia, y la tendré todos los días cerca de mí, siempre, por toda la vida, en mi casa! ¡Qué felices seremos!

– Tú poseerás á Licia y yo veré lo que hay que hacer con Plaucio. Seguramente atraerá sobre mí la venganza de todos los dioses subterráneos. ¡Si á lo menos quisiese antes aprender un poco de declamación! Pero él se arrojará sobre mí como hacía con mis clientes mi guardaportón de otro tiempo, á quien tuve que encarcelar por esto.

– Aulo estuvo en mi casa. Le prometí darle noticias de Licia.

– Escríbele que la voluntad de César es ley y que tu primer hijo llevará el nombre de Aulo. El pobre viejo merece un consuelo. Estoy tentado de convencer al emperador de que debe invitarle al banquete. Allí te verá en el triclinio al lado de Licia.

– ¡No lo hagas! Aquella familia me inspira piedad, especialmente Pomponia.

Después sentóse Vinicio y escribió aquellas dos líneas que quitaron á Plaucio toda esperanza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

Las personalidades más salientes de Roma rindieron á Acté respetuoso homenaje durante el tiempo en que fué amante de Nerón.

Ya en aquella fecha mostró esa mujer escasa afición á mezclarse en los negocios de Estado, y si alguna vez usaba de su influencia sobre el emperador, era tan sólo para implorar clemencia en favor de un desgraciado. Modesta y tranquila, sabía captarse las simpatías y la gratitud de muchos, sin despertar ninguna antipatía. La misma Octavia no era capaz de odiarla; sus enemigos la consideraban inofensiva. Todos sabían que alimentaba una pasión mal correspondida por César, pasión que no vivía ya de esperanzas, sino de recuerdos de aquellos días en que Nerón no sólo era más joven, sino mejor. Que un día pudiese volver á ella Nerón era punto menos que imposible, por lo cual nadie la consideraba peligrosa ó temible. Popea la juzgaba una sierva quieta y tranquila y tan inofensiva, que no pensó ni un momento en arrojarla del palacio.

César la había amado, abandonándola cuando se hastió de sus caricias, pero sin rencor, casi amigablemente, lo cual era un título al respeto de los cortesanos. Ahora le había señalado varias habitaciones en el palacio y concedido buen número de siervos. Como Palante y Narciso, si bien eran libertos de Claudio, no sólo habitaban cerca del emperador, sino que ocupaban importantes cargos del Estado, así Acté sentábase frecuentemente á la mesa de César. Éste la admitía porque la extraordinaria belleza de su antigua amante era el principal ornamento de aquellas fiestas; por otra parte, en cuanto á la selección de sus comensales, Nerón hacía tiempo que no se mostraba difícil.

En su mesa se reunían los más diversos campeones del género humano. Había senadores, en especial los que se prestaban á hacer de bufones; patricios jóvenes y viejos, que se dedicaban á comer bien y á beber mejor. Iban también mujeres de alto copete, que sentían escrúpulos por cubrirse la cabeza con una peluca y paseaban de noche las calles en busca de aventuras para divertirse; además solían concurrir altos empleados y sacerdotes que no se atrevían á burlarse de sus dioses, con el cáliz en la mano. Se encontraban también bajo aquel techo compañías de cantantes, de mimos, de músicos, de bailarines y acróbatas, y aun de sacerdotes que, cantando las alabanzas de Nerón, saboreaban de antemano el placer de una retribución cuantiosa de sextercios; filósofos hambrientos que contemplaban los manjares con mirada anhelosa; y, finalmente, no faltaban en aquel lugar aurigas, prestidigitadores, charlatanes, bufones y aventureros, que habían adquirido una momentánea celebridad gracias á la moda ó á la suerte. Entre éstos veíanse algunos que trataban de ocultar con sus largos cabellos el rastro de la oreja agujereada, indicio de esclavitud.

Los huéspedes notables se sentaban á la mesa, mientras los otros debían pro-

34989

cia de que esto acontece porque el vicio es feo y la virtud bella; por consecuencia, un hombre de sentimiento estético es virtuoso. Yo soy, pues, virtuoso. Hoy mismo debo ofrecer un sacrificio de vinos á los manes de Protágoras, de Prodico y Gorgía. Parece que también los sofistas pueden resultar útiles. Pero escucha lo que sigue. Yo saqué á Licia del poder de Aulo para dártela. Lisipo hubiera hecho de vosotros un grupo magnífico. Ambos sois bellos, *ergo* mi acción es bella, y, siendo bella, no puede ser malvada. Marco, ante ti está la virtud, personificada en Cayo Petronio. Si Arístides viviese aún, se vería obligado á venir á mí y ofrecerme cien minas por mi disquisición sobre la virtud.

A Vinicio le interesaban poco los discursos acerca de la virtud, y por lo mismo se limitó á exclamar:

– ¡Mañana veré á Licia, y la tendré todos los días cerca de mí, siempre, por toda la vida, en mi casa! ¡Qué felices seremos!

– Tú poseerás á Licia y yo veré lo que hay que hacer con Plaucio. Seguramente atraerá sobre mí la venganza de todos los dioses subterráneos. ¡Si á lo menos quisiese antes aprender un poco de declamación! Pero él se arrojará sobre mí como hacía con mis clientes mi guardaportón de otro tiempo, á quien tuve que encarcelar por esto.

– Aulo estuvo en mi casa. Le prometí darle noticias de Licia.

– Escríbele que la voluntad de César es ley y que tu primer hijo llevará el nombre de Aulo. El pobre viejo merece un consuelo. Estoy tentado de convencer al emperador de que debe invitarle al banquete. Allí te verá en el triclinio al lado de Licia.

– ¡No lo hagas! Aquella familia me inspira piedad, especialmente Pomponia.

Después sentóse Vinicio y escribió aquellas dos líneas que quitaron á Plaucio toda esperanza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

Las personalidades más salientes de Roma rindieron á Acté respetuoso homenaje durante el tiempo en que fué amante de Nerón.

Ya en aquella fecha mostró esa mujer escasa afición á mezclarse en los negocios de Estado, y si alguna vez usaba de su influencia sobre el emperador, era tan sólo para implorar clemencia en favor de un desgraciado. Modesta y tranquila, sabía captarse las simpatías y la gratitud de muchos, sin despertar ninguna antipatía. La misma Octavia no era capaz de odiarla; sus enemigos la consideraban inofensiva. Todos sabían que alimentaba una pasión mal correspondida por César, pasión que no vivía ya de esperanzas, sino de recuerdos de aquellos días en que Nerón no sólo era más joven, sino mejor. Que un día pudiese volver á ella Nerón era punto menos que imposible, por lo cual nadie la consideraba peligrosa ó temible. Popea la juzgaba una sierva quieta y tranquila y tan inofensiva, que no pensó ni un momento en arrojarla del palacio.

César la había amado, abandonándola cuando se hastió de sus caricias, pero sin rencor, casi amigablemente, lo cual era un título al respeto de los cortesanos. Ahora le había señalado varias habitaciones en el palacio y concedido buen número de siervos. Como Palante y Narciso, si bien eran libertos de Claudio, no sólo habitaban cerca del emperador, sino que ocupaban importantes cargos del Estado, así Acté sentábase frecuentemente á la mesa de César. Éste la admitía porque la extraordinaria belleza de su antigua amante era el principal ornamento de aquellas fiestas; por otra parte, en cuanto á la selección de sus comensales, Nerón hacía tiempo que no se mostraba difícil.

En su mesa se reunían los más diversos campeones del género humano. Había senadores, en especial los que se prestaban á hacer de bufones; patricios jóvenes y viejos, que se dedicaban á comer bien y á beber mejor. Iban también mujeres de alto copete, que sentían escrúpulos por cubrirse la cabeza con una peluca y paseaban de noche las calles en busca de aventuras para divertirse; además solían concurrir altos empleados y sacerdotes que no se atrevían á burlarse de sus dioses, con el cáliz en la mano. Se encontraban también bajo aquel techo compañías de cantantes, de mimos, de músicos, de bailarines y acróbatas, y aun de sacerdotes que, cantando las alabanzas de Nerón, saboreaban de antemano el placer de una retribución cuantiosa de sextercios; filósofos hambrientos que contemplaban los manjares con mirada anhelosa; y, finalmente, no faltaban en aquel lugar aurigas, prestidigitadores, charlatanes, bufones y aventureros, que habían adquirido una momentánea celebridad gracias á la moda ó á la suerte. Entre éstos veíanse algunos que trataban de ocultar con sus largos cabellos el rastro de la oreja agujereada, indicio de esclavitud.

Los huéspedes notables se sentaban á la mesa, mientras los otros debían pro-

34989

curar divertir á los primeros durante el banquete y aguardar la hora en que los siervos les permitían recoger los restos de los manjares y del vino. De tales huéspedes cuidaban Tigelino, Vatinio y Vitelio, que más de una vez se vieron obligados á proveerles de trajes que no desentonasen en presencia del emperador, á quien no disgustaba semejante sociedad, sintiéndose en medio de ella enteramente libre. El esplendor de la corte daba brillo á todas las cosas y lo cubría todo con su manto deslumbrador.

Grandes y pequeños, vástagos de familias ilustres y gente criada en las calles de Roma, artistas eminentes é ingenios desconocidos, se congregaban en el palacio para saciar sus ojos con aquel esplendor casi inconcebible, para estar cerca del dispensador de toda gracia y de toda riqueza, cuya mirada podía aniquilar, pero podía asimismo elevar hasta los más encumbrados puestos.

Licia debía tomar parte aquella noche en uno de esos banquetes.

El temor, la incertidumbre y un sentimiento de confusión, muy explicable en ella, dadas sus condiciones, luchaban en su ánimo con el deseo de oponerse. Le infundían miedo Nerón, el palacio, el ruido que la ensordecía y los banquetes, de los cuales había oído hablar á Plaucio, á Pomponia y á otros.

Aunque joven, no carecía de experiencia; en aquellos tiempos la noción del mal llegaba rápidamente hasta los oídos de la misma inocencia. Por eso sabía ella que en aquel palacio la amenazaba un peligro, del que la había advertido Pomponia al despedirse. Su alma joven é inocente y la fe pura y sublime que le inculcó su madre adoptiva le habían hecho prometer que se defendería contra aquel peligro; y lo había jurado á la madre, á sí misma y á aquel divino Maestro, en el cual no sólo creía, sino á quien también su corazón virginal había aprendido á amar, por la dulzura de su doctrina, por la sublimidad de su muerte y por la grandeza de su gloriosa resurrección.

Pensando que en aquellos momentos ni Aulo ni Pomponia podían responder de su conducta, le parecía natural cometer un acto de desobediencia dejando de asistir al banquete. Pero el temor y la sujeción alternaban en su ánimo con el deseo de soportarlo todo con paciencia y exponerse valerosamente al martirio y á la muerte.

El divino Maestro lo había ordenado, y Pomponia le había dicho que tales pruebas constituían el más puro ideal de todo verdadero cristiano. Ella misma, Licia, varias veces, cuando estaba en casa de Aulo, había tenido en ciertos momentos de exaltación igual deseo; entonces, casi en sueños, se veía mártir, con las manos y los pies llagados, blanca como la nieve, celestialmente bella, transportada al cielo por ángeles de igual hermosura, una visión en la que su fantasía se recreaba dulcemente. Había en todo esto mucha imaginación infantil; pero no faltaba cierta dosis de orgullo, y por esto Pomponia vituperaba tales visiones. Mas entonces, cuando la desobediencia á los deseos de César debía provocar un terrible castigo y realizar el martirio tantas veces soñado, Licia se sentía empujada por una viva curiosidad, por un ardiente deseo de saber qué castigo, qué clase de tormentos la esperaban.

Su alma todavía infantil vacilaba entre dos resoluciones.

Pero cuando Acté se enteró de semejantes propósitos, la miró asombrada. ¡Oponerse á los deseos del emperador! ¡Atraerse desde el principio su cólera! ¡Sólo una chiquilla, que no sabe lo que se hace, podía proceder de aquella manera! De las palabras de Licia se deducía que ella, en realidad, no era un rehén, sino una niña abandonada por su propia gente; así, pues, ninguna ley la protegía, y aun cuando así no fuese, César era bastante poderoso para deshacer y pisotear todas

las leyes en un arranque de ira. Pertenecía al emperador, que era el único que podía disponer de ella, y ninguna voluntad en el mundo era superior á la de César.

– Tal es tu posición, continuó Acté. Yo también leí las cartas de Pablo de Tarso y sé que sobre el mundo reinan Dios y su Hijo resucitado; pero sobre la tierra no hay más que César. No lo olvides, Licia. Sé también que tu fe no te permite ser lo que yo fuí, y que vosotros, como los estoicos – me lo narró Epicteto, – encontrándoos entre la deshonra y la muerte, debéis escoger la muerte. Pero ¿quién te dice que sólo te aguarde la muerte y no la vergüenza á la par? ¿No has oído hablar de la hija de Sejano, que por orden de Tiberio fué primeramente condenada á sufrir la afrenta suprema, y muerta después, por respeto á la ley que veda castigar á una virgen con la muerte? ¡Licia, Licia, no irrites á César! Cuando llegue el instante en que debas escoger entre el deshonor y la muerte, harás lo que juzgues oportuno; pero, entretanto, no busques tú misma tu desgracia y no irrites por fútiles pretextos á una divinidad terrena y cruel al mismo tiempo.

Después de estas palabras, pronunciadas con dulzura y sentimiento, Acté, que era un tanto miope, acercó su gracioso rostro al de Licia, para leer el efecto que habían producido.

Pero Licia, echándole los brazos al cuello, exclamó:

– ¡Qué buena eres, Acté!

Ésta, conmovida por la expansión y el elogio, la estrechó contra su corazón; y después de un instante, respondió, lanzando un suspiro:

– Mi felicidad ha acabado, mi alegría murió; pero yo no soy mala.

Luego, paseando agitadamente por la estancia, continuó, como hablando consigo misma:

– ¡No! Tampoco él era malo. Entonces creía ser bueno y deseaba serlo. ¡Lo sé mejor que todos los demás! Su transformación se operó más tarde, cuando cesó de amarme. Fueron los otros los que lo volvieron tal cual es hoy..., sí, los otros... y Popea.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Licia la contempló largo rato en silencio. Después le preguntó:

– ¿Y esto te duele?

– ¡Sí, me duele!, respondió en voz baja la griega.

Y volvió á pasearse por la estancia, con las manos juntas, en actitud de dolor.

– ¿Le amas aún?, preguntó tímidamente Licia.

– ¡Sí, le amo!... ¡Yo sola le amo!

Calló. Acté se esforzaba en recobrar la calma interrumpida por aquellos tristes recuerdos, y cuando, con no escasa fatiga, pudo lograrlo, con voz triste y compungida habló en estos términos:

– Ocupémonos de ti, Licia. La sola idea de resistencia sería una locura. Permanece tranquila; yo conozco muy bien esta casa y sé que ningún peligro te amenaza por parte de Nerón. Si tú hubieras sido raptada para él, no te habrían conducido á este palacio. Aquí reina Popea, sobre todo desde que dió á Nerón una hija. Y si es verdad que él ordenó que tomaras parte en el banquete, no es menos cierto que no te conoce aún y que no piensa en ti. Tal vez te ha sacado de casa de Aulo para disgustar á éste y á Pomponia. Petronio me escribió que velase cerca de ti, Pomponia lo hizo también, y es posible que hayan procedido de acuerdo. Quizá Pomponia impulsó á Petronio á que lo hiciese. Si este es el caso, ningún mal te amenaza, y ¿quién sabe si Nerón podrá restituirte, por medio de su intercesión? Yo ignoro si el emperador le aprecia de un modo particular, pero sé que César no tiene el valor de ser de opinión opuesta á la de Petronio.

– Acté, respondió Licia, Petronio fué á casa antes de que me sacaran de allí, y mi madre estaba persuadida de que Nerón había obrado por instigación de aquel hombre.

– ¡Malo sería!, dijo la griega.

Después, tras un instante de silencio, continuó:

– Quizá Petronio habrá dicho en presencia de César que vió en casa de Aulo un rehén licio, y entonces Nerón, celoso de su propio poder, te habrá pedido, sólo porque los rehenes pertenecen al emperador. Pero no quiere á Plaucio, ni á Pomponia. ¡No! Yo no creo que, si Petronio hubiese deseado arrancarte de la casa de Aulo, hubiera tomado ese camino. Ignoro si es mejor que los demás cortesanos; pero sé que es distinto de todos los demás. Podrás quizá conocer á cualquier otro que quiera ocuparse de ti. ¿En casa de Aulo no viste á ninguno de los que rodean á Nerón?

– Vi á Vespasiano y á Tito.

– César no los aprecia.

– Y á Séneca.

– Un consejo de Séneca movería á Nerón á hacer precisamente todo lo contrario.

El rostro de Licia se cubrió de rubor cuando la joven agregó:

– Y á Vinicio.

– No le conozco.

– Es pariente de Petronio y recién llegado de Armenia.

– ¿Sabes si Nerón le quiere?

– Todos le quieren.

– ¿Y él intercedería por ti?

– ¡Sí!

Acté sonrió dulcemente y dijo:

– En tal caso, puedes estar segura de que le verás en el banquete, en el cual debes tomar parte. Luego, si tu deseo es volver á casa de Aulo, allí encontrarás el medio de suplicar á Petronio y á Vinicio que usen su influencia en tu favor. Si estuviesen aquí, te dirían lo que yo te digo, que la resistencia es locura y significaría desgracia. Quizá Nerón no se daría cuenta de tu ausencia; pero podría notarla y descubrir tu oposición á sus órdenes, y no habría entonces para ti ninguna esperanza de salvación.

El estrépito que se oía en el palacio indicaba que la hora del banquete se aproximaba y que de un momento á otro iban á llegar los invitados.

Licia prometió á Acté seguir su consejo, sin poder decir si obedecía su resolución al deseo de encontrar á Petronio y á Vinicio, ó á la femenil curiosidad de asistir una vez á un banquete imperial, ver á César, á la corte, á la célebre Popea y otras bellezas, además de todos los esplendores de que había oído hablar y de los cuales en Roma se contaban maravillas. Acté convenció á Licia y la condujo á su *untuario* para perfumarla y vestirla. Aunque en casa de César no faltaban esclavas y Acté disponía de muchas para los cuidados de su persona, por cariño á la joven, cuya belleza y bondad le habían conquistado el corazón, ella misma se empeñó en servirla. En la griega, á pesar de su tristeza y de la lectura de las cartas de Pablo de Tarso, sobrevivía aún el espíritu helénico, por lo cual la belleza física le hablaba con sobrehumana elocuencia. No pudo contener un grito de admiración ante aquella graciosa figura, delgada y esbelta, que parecía formada de rosas y perlas; retrocedió algunos pasos para contemplarla á su gusto, y exclamó por fin:

– ¡Licia, eres mil veces más hermosa que Popea!

Educada en casa de Pomponia, donde la modestia y el pudor eran respetados aun entre mujeres solas, la joven, bella como un sueño de primavera, admirable como una obra de Praxiteles, enmudeció, ruborizándose al oir aquellas extrañas alabanzas. Levantando el brazo con un rápido movimiento, se quitó el alfiler que sujetaba sus cabellos, y éstos cayeron sobre su cuerpo envolviéndolo como en amplio manto.

Acté se le acercó, y acariciando dulcemente aquella espléndida cabellera, exclamó:

– ¡Hermosos cabellos! Es inútil espolvorearlos con oro, porque de oro son; te pondré tan sólo un ligerísimo extracto, á fin de que tu cabeza parezca iluminada por un rayo de sol. ¡Debe ser maravillosa tu patria, si nacen en ella mujeres semejantes á ti!

– No lo recuerdo, contestó Licia; pero Ursus me decía que en nuestra tierra no hay más que florestas, sólo florestas.

– Pero en esas florestas nacen flores, dijo Acté sumergiendo la mano en un vaso lleno de verbena, con cuya esencia perfumó la cabeza de Licia.

Después le dió ligeras fricciones con bálsamos aromáticos de Arabia y la envolvió en una rica túnica recamada de oro, sin mangas, sobre la cual debía ponerse luego un blanco peplo. Pero antes la cubrió con el *sintesio* para que una esclava la peinara, mientras ella contemplaba á la joven con embeleso. Otras dos esclavas colocaron en los pies de Licia dos blancas sandalias recamadas de rojo, sujetándolas á sus alabastrinas piernas con sendos lazos de oro. Terminado el tocado, la joven griega fué envuelta en los artísticos pliegues de un peplo. Acté la adornó con un collar de perlas, y después entregóse á los cuidados de sus esclavas para el arreglo de su persona, no dejando por eso de contemplar á Licia con entusiasmo.

Terminó pronto, y cuando las primeras literas pararon frente á la puerta principal, ambas entraron en los pórticos laterales, desde donde podía verse el vestíbulo, las galerías interiores y el patio rodeado de columnas de mármol de Numidia.

Gran número de invitados iban compareciendo bajo el majestuoso arco del vestíbulo, sobre el cual las estupendas cuadrigas de Lisia figuraban transportar al Olimpo á Diana y Apolo.

Los ojos de Licia contemplaban sorprendidos tal esplendor, del que hasta entonces no tuvo la menor idea. El sol iba á ocultarse y sus últimos rayos se quebraban sobre las marmóreas columnas, á las que daban, con sus reflejos, mil tonos indefinidos y variados, desde el rosado al áureo brillante. Entre las columnatas, junto á las estatuas de las danaides, de los dioses y de los héroes, pasaban grupos alegres de hombres y mujeres, de apariencia escultural, envueltos en togas, con peplos y mantos, que caían hasta el suelo en artísticos pliegues. Una gigantesca estatua de Hércules, cuya cabeza iluminaban aún débiles reflejos, pero cuyo cuerpo envolvían ya sombras profundas, parecía contemplar con desdén á toda aquella muchedumbre. Acté mostró á su compañera á los senadores, envueltos en la anchísima toga, con túnicas adornadas de armiño, caballeros y artistas célebres; le señaló á las damas romanas que vestían trajes romanos, griegos y orientales, con el cabello levantado á manera de torre y pirámide, ó caído sobre la frente y ornado de flores. Acté conocía á muchas de ellas, citándolas por los nombres y agregando anécdotas breves, pero á menudo horribles, que llenaban á Licia de sorpresa y de pavor. Para ella era éste un mundo completamente nuevo, del que no podía conocer los misterios, pero cuyo esplendor la deslumbraba.

A aquella hora del crepúsculo una especie de quietud sobrehumana parecía ondear sobre las inmensas columnatas, que se perdían en lontananza, y sobre la

multitud fantástica y multicolor. Hubiérase creído que en aquella floresta marmórea los semidioses podían habitar alegres y felices. Y entretanto, Acté continuaba revelando, en voz baja, secretos referentes á aquel palacio y á aquellas personas. A poca distancia de aquel punto, sobre el pavimento y las columnas, veíanse las manchas de sangre de Calígula, que cayó herido por el puñal de Casio; aquí había sido asesinada su mujer; más allá fué estrellado su hijo contra una piedra; bajo aquella otra ala del palacio se encontraba el subterráneo en que el joven Druso se mordió las manos, acosado por el hambre; en aquel sitio bebió el veneno Druso el viejo; y en aquel otro extremo tembló de terror Gemelo, palideció Claudio y desfalleció Germánico: cada piedra de aquellos muros había oído los lamentos y los suspiros de los moribundos; y aquellas personas que, vestidas con togas ó túnicas, adornadas de joyas y flores, se encaminaban al banquete, podían ser al otro día igualmente condenadas. Quizá más de una vez la sonrisa cubría el terror, el ansia, la incertidumbre del futuro: quizá los corazones de aquellos semidioses, en apariencia tan despreocupados, sufrían el tormento que causan la envidia y la concupiscencia.

El ánimo de Licia, impresionado, no alcanzaba á comprender todas las palabras de Acté, y mientras aquel mundo maravilloso atraía con fuerza siempre creciente sus miradas, oprimía su pecho un extraño temor, haciéndole desear con inefable angustia á la amada Pomponia y la casa de Aulo, donde sólo reinaban la concordia y el cariño.

Nuevos invitados llegaban del *Vicus Apollinis*. Oíanse rumores y saludos; el patio y el peristilo parecían hormigueros de esclavos de ambos sexos, chiquillos y pretorianos de la guardia del palacio. De cuando en cuando aparecía el rostro de un númida, negro como el ébano, con una cimera sobre el yelmo y anillos dorados en las orejas. Algunos llevaban laúdes y cítaras, candelabros de oro, de plata ó de bronce y ramos de flores artificiales. Aumentaba por momentos el rumor de voces, confundiéndose con el murmullo de las fuentes, cuyos surtidores, cayendo sobre el mármol, se deshacían en lluvia iridescente.

Acté había terminado sus relatos; Licia contemplaba á aquella multitud con la fijeza y el ansia del que busca algo. De pronto su rostro se cubrió de rubor: entre las columnas había divisado á Petronio y á Vinicio. Éstos se dirigieron al triclinio, bellos, tranquilos, envueltos majestuosamente en la toga, á semejanza de los dioses.

A la vista de aquellos semblantes amigos pareció que le quitaban un peso del corazón; se figuraba estar menos aislada; el angustioso deseo de ver á Pomponia y su casa quedó en parte mitigado; la necesidad de hablar con Vinicio sofocó en ella todo otro anhelo. En vano se agolparon en su memoria todo lo malo que había oído hablar de la casa de César, las palabras de Acté y los consejos de Pomponia; á pesar de todas las advertencias, no sólo creyó que *debía* asistir al banquete, sino que lo *deseaba* vivamente. Un sentimiento de bienestar invadió su alma al pensar que no tardaría en oir la voz querida que un día le habló de amor y de una felicidad digna de los dioses, y que aún resonaba en sus oídos como celestial armonía.

Pero, á los pocos momentos, ese bienestar la asustaba, y creyendo faltar á sus deberes, desobedecer á aquella doctrina pura que le enseñó Pomponia:

– Es muy distinto, pensaba, asistir por obligación á tomar parte con gusto.

Se figuraba ser una pecadora, una indigna, una apóstata. Le asaltó un profundo abatimiento, una desanimación grande, y á haber estado sola, hubiera caído de rodillas y golpeándose el pecho hubiera exclamado: *Mea culpa, mea culpa!*

Pero Acté la cogió de la mano, y cruzando las habitaciones interiores, la condujo al triclinio, donde debía celebrarse el banquete. El corazón de Licia latía con fuerza; como en sueños veía los millares de lámparas colgadas de las paredes y colocadas sobre las mesas; como en sueños oía las aclamaciones con que los comensales saludaban al emperador; como á través de una nube descubrió al mismo Nerón. El ruido, las luces, los perfumes la ensordecían, la turbaban, la mareaban; no sabía en qué mundo vivía y apenas podía reconocer á Acté, que, después de haberla colocado junto á la mesa, sentóse á su lado.

Pasados algunos minutos, oyó en la parte opuesta una voz dulce y conocida, que exclamaba:

– ¡Salud á ti, oh hermosa entre las hermosas! ¡Divina Calina, salud!

Licia, dominada un tanto su angustia, miró en torno y encontró á su lado á Vinicio.

Estaba sin toga, porque la costumbre y la comodidad exigían despojarse de ella en los banquetes; vestía una sencilla túnica roja, sin mangas, bordada de palmas de plata. Los brazos desnudos, robustos, musculosos, verdaderos brazos de soldado, estaban adornados poco más arriba del codo, según la moda oriental, con dos largos brazaletes de oro. Una guirnalda de rosas coronaba su cabeza. Sus ojos centelleantes, las cejas espesas y valientemente dibujadas y el rostro tostado le convertían en la verdadera personificación de la juventud y de la fuerza. Apareció tan bello á los ojos de Licia, que, ya pasada la primera turbación, apenas pudo responderle:

– ¡Salud á ti, Marco!

– ¡Dichosos mis ojos, dijo el guerrero, que tienen la fortuna de verte; dichosos mis oídos que escuchan tu voz, para mí más suave y dulce que el sonido de la cítara y del laúd! ¡Si entre Venus y tú debiera escoger una compañera en este banquete, te escogería á ti, divina Licia!

Y la contemplaba como si quisiera devorarla con sus miradas. Admiraba el rostro y la figura, y en sus pupilas se reflejaba, unido á su alegría embriagadora, un sentimiento de respeto y de adoración.

– Sabía que había de encontrarte aquí, continuó Vinicio, y á pesar de ello, al verte, mi alma experimentó un júbilo tan grande, que me pareció gozar de una dicha inesperada.

Licia recobró casi por entero el dominio sobre sí misma, y viendo que entre aquella multitud él era el único ser que podía comprenderla, le dirigió la palabra para pedirle explicación de lo que no entendía y que tanto temor le causaba.

¿Cómo supo que había de encontrarla en el palacio de César? ¿Por qué se hallaba en él? ¿Por qué la había sacado Nerón de casa de Pomponia? Ella deseaba volver; aquel lugar la atemorizaba. Hubiera muerto de terror, sin la esperanza de que él y Petronio habían de interceder en su favor cerca de Nerón.

Vinicio respondió que había sabido la nueva por el mismo Plaucio, pero que ignoraba la causa. César no daba á nadie cuenta de sus acciones. Pero no debía temer. Él, su Vinicio, estaba á su lado para protegerla, la custodiaría como á su propia alma. En su casa le levantaría un altar, como á la divinidad, para quemar áloe y mirra en su honor, y en primavera los renuevos del manzano y del azafrán; breve sería su estancia en la casa de César, ya que allí no se encontraba á gusto.

Aunque en sus palabras había algo de exageración, traslucíase en ellas la verdad, porque verdaderos eran los sentimientos que las inspiraban. Sincera piedad brillaba en su semblante, y las frases de Licia penetraban directamente en su corazón cuando le aseguraba que eran eternos el afecto y la gratitud que por él sentían ella y

Pomponia. No lograba dominar su emoción y le parecía imposible resistir jamás á una súplica de Licia. Sentía, al mismo tiempo, la necesidad de hablarla de su belleza y de la devoción con que la adoraba. A medida que aumentaba el bullicio de la fiesta, él se le acercaba más y más, murmurando frases de pasión, dulces como melodías, embriagadoras como néctar.

Y ella parecía embriagada. En medio de aquel mundo desconocido, creía que Vinicio le era más fiel, más amante y más querido. Y él procuraba tranquilizarla, afirmando que pronto la arrancaría del poder de Nerón y prometiéndole protección y fidelidad.

En el jardín de Aulo, Marco le había hablado de amor y felicidad; ahora le confesaba que su amor era ella.

Por primera vez llegaban á oídos de Licia frases semejantes, y mientras Vinicio hablaba, parecíale que algo desconocido despertaba en su alma, que una ola de felicidad inundaba su corazón, una felicidad indecible, pero no exenta de dolor. Ardían sus mejillas, temblaban sus labios, y el corazón le latía violentamente. Asaltábale el remordimiento al prestar atención á aquellas declaraciones; pero, al mismo tiempo, no hubiera perdido una sola palabra por todo el oro del mundo. Ora bajaba los ojos, ora los fijaba en los de Vinicio, como para decirle: «¡Habla, habla aún!» Los acordes de la música, el aroma de las flores y los perfumes orientales le embriagaban los sentidos. En Roma era costumbre asistir á los banquetes, tendiéndose muellemente; en su casa, Licia sentábase entre Aulo y Pomponia. Ahora estaba al lado de Vinicio, joven, bello, ardientemente enamorado, y experimentaba una delicia mezclada de temor; se sentía invadir por una especie de languidez y adormecimiento, que, hasta entonces, no se había nunca apoderado de ella. Su proximidad á Vinicio produjo en éste el contagio de parecidos efectos y sentimientos. Bajo su túnica de escarlata le latía el corazón con inusitada violencia, se hacía difícil su respiración, y pocas y entrecortadas palabras salían de sus labios. Era la primera vez que tenía y veía á Licia tan cerca de sí. Su mente se turbaba, un vivo fuego le serpenteaba por las venas, fuego que intentaba apagar con el vino. Pero no eran ni el vino ni los licores los que le producían aquella embriaguez, sino el rostro encantador de Licia, toda su figura, fresca y juvenil. Finalmente, como en otra ocasión, le cogió las manos, y estrechándolas contra su corazón, murmuró con labios temblorosos:

– ¡Calina!... ¡Yo te amo, diosa!

– ¡Déjame, Marco; te lo ruego!, exclamó Licia, suplicante.

Él, no obstante, con los ojos casi cerrados, repitió:

– ¡Ámame, divina criatura!

En aquel instante, Acté les advirtió que César les miraba.

Vinicio no pudo reprimir un movimiento de ira contra Nerón y Acté. Las palabras de la griega habían deshecho el encanto. La voz del amigo más querido hubiera sonado desagradablemente en el oído de Vinicio, el cual pensó que Acté había interrumpido intencionadamente su coloquio con Licia. Dirigió á la liberta una mirada altiva y exclamó amargamente:

– Ha pasado el tiempo, Acté, en que te sentabas junto á César, y se dice que te vuelves ciega; ¿cómo puedes ver, entonces?

Pero ella respondió con tristeza:

– Lo veo, lo veo igualmente. Él también es miope y te contempla á través de la esmeralda.

Cada movimiento de Nerón era seguido atentamente por todos los comensales. Por esto pudo ser advertido Vinicio. Dominando su ánimo, dirigió la mirada hacia

el emperador. Licia, al principiar el banquete, había visto á César como en una nube, y después, distraída con las palabras de Vinicio, no volvió á fijarse en la augusta persona. Pero, avisada por Acté, miró también á Nerón con ojos curiosos y atemorizados.

Acté no mentía. Nerón, apoyado sobre la mesa, cerrado un ojo y acercando al otro una esmeralda redonda que llevaba siempre con este objeto, observaba á los dos jóvenes. Un instante se encontró su mirada con la de Licia y el corazón de la muchacha se heló de espanto. Cuando, aún niña, vivía en Sicilia, en una posesión de sus padres adoptivos, un esclavo egipcio le había narrado que en las cavernas existían dragones, y en aquel instante le parecía que le estaba examinando el ojo verdoso de uno de aquellos monstruos. Como un niño, se asió fuertemente á la mano de Vinicio y asaltáronle multitud de pensamientos sin conexión alguna. ¿No era aquél el temido, el omnipotente?

Nunca le había visto y creía que su aspecto debía ser distinto de lo que veía; se había figurado un rostro de espectro, de líneas duras y rasgos de malvado, y veía sobre un cuello largo una cabeza muy grande que inspiraba temor, pero que, á distancia, podía confundirse con la de un niño. Una túnica color de amatista, cuyo uso estaba vedado á los demás, daba un reflejo azulado sobre aquel rostro breve y redondo. Los cabellos, muy cortos, estaban rizados, según la moda que introdujo Otón; no llevaba barba, habiéndola sacrificado hacía poco tiempo á Júpiter, por lo cual todos los romanos le alababan, si bien se murmuraba en secreto que su color rojo le movió á quitársela. Sobre la frente espaciosa brillaba algo así como un destello olímpico. Las cejas, curvadas sobre dos ojos un tanto salientes, indicaban claramente la conciencia de la propia fuerza; pero bajo la frente de un semidiós quedaba el semblante de un mono, de un borracho, de un comediante, devastado por las pasiones, gordo, á pesar de su juventud, pero de una gordura pálida y malsana.

A Licia le pareció un semblante de mal augurio, repugnante.

Cuando hubo mirado á la muchacha á su placer, dejó la esmeralda.

– ¿Es ese el rehén de que se ha enamorado Vinicio?, preguntó Nerón, vuelto hacia Petronio.

– Sí, es ella, contestó.

– ¿Qué estirpe es la suya?

– La de los licios.

– ¿Vinicio la considera hermosa?

– Viste un árbol seco con el peplo de una mujer y á Vinicio le ha de parecer bello. Pero en tus ojos, ¡oh juez incomparable!, he leído ya tu opinión; no necesitas manifestarla. Tienes razón, mil veces razón; es demasiado delgada, demasiado floja, un pobre capullo sobre una rama seca; su misma cara es insignificante. Mucho he aprendido á tu lado, pero mi juicio no es infalible. Estoy pronto á apostar con Tulio Senecio que, si bien es difícil en un banquete, donde todos están echados, examinar la figura entera, tú has visto ya que sus caderas están poco pronunciadas.

– ¡Las caderas poco pronunciadas!, repitió Nerón con signo afirmativo.

Una sonrisa apenas perceptible animó el rostro de Petronio; pero Tulio Senecio, que se entretenía en burlarse de Vestino por la fe que éste prestaba á los sueños, se volvió hacia Petronio y le dijo, sin saber siquiera de lo que se trataba:

– ¡Te engañas! Yo opino como César.

– ¡Muy bien!, respondió Petronio. Yo sostenía que no estabas del todo privado de juicio; César, en cambio, afirmaba que eres un necio, un verdadero asno.

– *Habet!*, dijo Nerón, levantando el dedo pulgar, como en el Circo, cuando un gladiador herido debía recibir el golpe de gracia.

Pero Vestino, creyendo que se hablaba de sueños, exclamó:

– Yo creo en los sueños y de labios de Séneca he oído que él cree también.

– La otra noche soñé que me convertía en una vestal, dijo Calvia Crispinila, apoyándose sobre la mesa.

César aplaudió, los demás le imitaron, y durante un rato resonó en la sala una inmensa gritería, pues Crispinila se había divorciado varias veces y llevaba una vida tan depravada, que era el escándalo de Roma entera.

Ella no se descompuso ni turbó por eso, y añadió:

– Las vestales son viejas y feas; únicamente Rubria tiene aspecto juvenil y bello; así seríamos dos, aunque Rubria tenga á veces el semblante lleno de manchas y lunares.

– Confiesa, sin embargo, castísima Calvia, replicó Petronio, que tú no puedes ser vestal más que en sueños.

– ¿Y si César lo mandase?

– En tal caso creería que hasta los sueños más inverosímiles pueden realizarse.

– Siempre se realizan, dijo Vestino. Comprendo que haya personas que no crean en las divinidades; pero ¿cómo es posible no tener fe en los sueños?

– ¿Y las profecías?, preguntó Nerón. Una vez se me predijo que Roma caería y yo reinaría sobre todo el Oriente.

– Los sueños y las profecías son una misma cosa, dijo Vestino. Una vez un procónsul muy poderoso, pero incrédulo, envió al templo de Mopso á un esclavo con una carta sellada: hizo esto por ver si el numen respondería á la pregunta en ella contenida. El esclavo durmió toda la noche en el templo, para tener un sueño profético; por la mañana volvió á su casa y refirió que había visto en sueños á un joven, esplendente como el sol, que dijo una sola palabra: «Negro.» Cuando el procónsul oyó esto, palideció y dijo, dirigiéndose á sus amigos, escépticos como él: «¿Sabéis lo que había escrito en la carta?»

Aquí Vestino se interrumpió para beber.

– ¿Qué había escrito?, preguntó Senecio.

– Esta pregunta: «¿Debo sacrificar un toro blanco ó negro?»

La atención con que se oía el relato de Vestino la distrajo Vitelio, que había ido borracho al banquete y ahora, sin motivo al parecer, lanzaba una sonora carcajada.

– ¿Por qué ríe aquel tonel?, preguntó Nerón.

– La risa distingue al hombre de las bestias, respondió Petronio, y á ese no le queda otro modo de probar que no es un cerdo.

Vitelio cesó de reir, y relamiéndose los labios, miró sorprendido á los circunstantes, como si los viese por primera vez; después, levantando las manos, dijo con ronca voz:

– Se me escapó de los dedos el anillo de caballero; lo había heredado de mi padre...

– Que era un zapatero, añadió Nerón.

Vitelio empezó á reir de nuevo, acercándose á buscar su anillo en el peplo de Calvia; Vestino lanzó un grito, fingiéndose mujer asustada. Nigidia, amiga de Calvia, joven viuda de aspecto infantil, pero con ojos de bruja, exclamó:

– ¡Busca lo que no ha perdido!

– Y lo que, aun encontrándolo, no tendría ningún valor para él, agregó el poeta Lucano.

El banquete iba animándose cada vez más. Regimientos de esclavos presentaban nuevos manjares. De grandiosos recipientes, llenos de nieve y adornados con hiedra, eran sacadas las ánforas continuamente con vinos de varias procedencias. Todos bebían á más y mejor. De cuando en cuando, no se sabía desde dónde, caían rosas sobre los comensales.

Petronio rogó á Nerón que amenizase el banquete con su canto antes que los invitados se embriagaran del todo. La petición encontró eco en todos los comensales; pero Nerón empezó excusándose. No era solamente cuestión de valor, si bien le faltaba algunas veces; sólo los dioses sabían cuánto trabajo le costaba; mas por el arte podía soportarse la fatiga; y luego, habiéndole dotado Apolo de medios vocales, no era justo dejar inactivos los dones divinos.

Sabía además que esto formaba parte de sus deberes de soberano. Aquel día, sin embargo, se sentía algo afónico, aunque la noche anterior se acostó con pesos de plomo sobre el pecho. Había pensado trasladarse por unos días á Anzio para respirar la brisa marítima.

Lucano le suplicó en nombre del arte y la humanidad. Todos sabían, dijo, que el divino poeta y cantor ha compuesto un nuevo himno á Venus, á cuyo lado los versos de Lucrecio parecían aullidos de lobos hambrientos; no era justo que un soberano benigno y generoso como él hiciese suspirar tanto á sus súbditos y se negase á dar al banquete el carácter de una fiesta deliciosa.

– ¡No seas cruel, oh César!

– ¡No seas cruel!, repitieron todos.

Nerón extendió las manos, indicando que accedía al ruego. Todos los ojos expresaron gratitud y se volvieron hacia él.

Pero antes hizo avisar á Popea que no tardaría en cantar. Ella no había tomado parte en el banquete, pretextando una indisposición; pero no habiendo medicina que tanto la aliviase como su canto, decía Nerón, no quería privarla de ese consuelo, ya que la ocasión se presentaba.

A los pocos momentos apareció Popea. Reinaba sobre Nerón como sobre un vasallo devoto; sabía, sin embargo, cuán peligroso era ofender su vanidad de cantor, de poeta ó de auriga.

Apareció bella, vestida, como Nerón, de color de amatista, ciñéndole el cuello un collar de perlas de inapreciable valor, robado en otro tiempo á Masinisa. Dorados eran sus cabellos, dulce y graciosa la expresión de su rostro; y aunque dos veces divorciada, conservaba todavía la apariencia de una virgen. Fué saludada con vivas aclamaciones y al grito de «¡Divina Augusta!»

Jamás los ojos de Licia habían contemplado una belleza semejante, y casi le parecía estar soñando después de conocer algunos hechos que tan horrible fama habían dado á Popea Sabina. Pomponia le había dicho que, aconsejado por aquella mujer, Nerón había matado á la esposa y á la madre; le eran conocidas todas sus infamias; sabía que las estatuas que la representaban eran bajadas de sus pedestales durante la noche, y que las inscripciones, cuyo autor había sufrido los más horribles castigos, se renovaban, á pesar de eso, todas las mañanas sobre los muros de Roma. Pero en aquella Popea, que los cristianos consideraban como el demonio en carne mortal, Licia creyó ver la figura de un ángel ó un espíritu celeste.

Sin dejar de contemplar aquel rostro suave y delicado, preguntó á Vinicio:

– ¡Ah, Marco! ¿Es posible?

Pero él, excitado por el vino y un tanto irritado de que Nerón primero y después Popea hubiesen distraído la atención de Licia é interrumpido el diálogo de ambos, exclamó:

– Sí, es bella; pero tú lo eres mil veces más. Tú no te conoces; de lo contrario, te hubieras enamorado de ti misma, como Narciso. ¡No mires á Popea; mírame á

mí, tesoro mío! Toca con tus labios este cáliz antes de que yo ponga en él los míos.

Y se iba acercando, hasta el punto de verse Licia empujada sobre Acté.

De pronto cesaron los rumores, las risas, los comentarios: reinó el más profundo silencio. Nerón se había levantado. El cantor Diodoro puso en sus manos una cítara de las llamadas *deltas;* otro músico, que debía acompañar al emperador, se acercó con una *nablia* (instrumento de cuerda). Apoyando la *delta* sobre la mesa, Nerón alzó los ojos. El silencio era absoluto, interrumpido sólo, de cuando en cuando, por la lluvia de rosas.

Por fin cantó, ó por mejor decir, declamó su himno á Venus, con el acompañamiento de las dos cítaras. Ni la voz, si bien un tanto hueca, ni los versos eran malos; así es que Licia fué nuevamente asaltada de remordimientos, porque el himno, por más que alabase á Venus pagana y lujuriosa, le parecía sublime, y César, con su cabeza erguida y coronada de laurel, mucho más noble y bastante menos espantoso y repugnante que al principiar el banquete.

Un estallido de aplausos saludó á Nerón cuando hubo terminado. Algunas mujeres levantaron los brazos, teniéndolos derechos por espacio de algunos minutos, en señal de entusiasmo; otras se enjugaban los ojos lagrimosos. Popea inclinó su cabeza de dorados cabellos sobre la mano de Nerón, besándola, muda y conmovida. Pitágoras, un joven griego, maravillosamente bello, aquel mismo que más tarde quería desposar el delirante Nerón, por medio de los Flaminios, con todos los ritos, estaba arrodillado á sus pies.

Pero César miró con ansia á Petronio, cuyo elogio, más que el de otro cualquiera, había de serle grato.

– Por cuanto concierne á la música, dijo el autor de *Satiricon*, creo que Orfeo debe estar en estos momentos, á causa de la envidia, más amarillo que el mismo Lucano; en cuanto á los versos lamento que no sean peores, porque, si lo fuesen, podría expresar con palabras mis elogios.

Lucano no se sintió ofendido por las frases de Petronio, antes le agradaron, y fingiendo cierta contrariedad, murmuró:

– ¡Maldito el hado que me hizo contemporáneo de un poeta tan grande! Si no fuese así, podría haberme conquistado un puesto y un nombre en el Parnaso. Hoy aparezco como un astro insignificante al lado del sol.

Petronio, que estaba dotado de una memoria sorprendente, repitió algunas estrofas del himno, comentando y elogiando las mejores imágenes. Lucano, olvidando la envidia ante aquella obra maestra, hizo coro á las alabanzas de Petronio.

En el semblante de Nerón se reflejaba la alegría y el más desmesurado orgullo, que no sólo llegaba á los límites de la locura, sino que los traspasaba. Citando los versos que le parecían mejores, animaba á Lucano; pues aunque un hombre se eleve sobre los demás y sea lo que los númenes le hicieron, hay que considerar que el respeto á Júpiter no excluye la veneración á las otras divinidades.

Se levantó para acompañar á Popea, que, realmente indispuesta, deseaba retirarse, y reapareció á los pocos momentos para asistir á las diversiones que él mismo ó Petronio y Tigelino habían preparado.

Se leyeron nuevos versos, se recitaron diálogos, en los cuales la exageración suplía á la gracia. Después, Paris, el célebre mimo, representó las aventuras de Io, la hija de Inaco. Los convidados, especialmente Licia, no acostumbrada á tales espectáculos, creían ver milagros y brujerías. Con sencillos movimientos de las manos y del cuerpo, Paris sabía expresar maravillas. Sus manos formaron una nube ligera y viva, animada con figuras del Olimpo pagano. Cuando entraron precipitadamente los coros y acompañantes de cítaras, laúdes y timbales, y bailaron una

danza salvaje con jóvenes asirias, danza desenfrenada y descompuesta, Licia creyó que un torrente de fuego circulaba por sus venas; esperaba que de un momento á otro un rayo incendiaría aquel palacio y que el techo caería sobre las cabezas de todos aquellos disolutos.

Mas, por el contrario, del techo dorado sólo rosas caían, y junto á ella la voz casi extenuada de Vinicio susurraba frases ardientes y enamoradas.

– Te vi en casa de Aulo, junto á la fuente, al despuntar la aurora. Tú creías estar sola, pero yo te contemplaba. ¡Y ahora también, en el delirio del amor, te contemplo! ¡Mira, los dioses y los hombres buscan amor!

El corazón de Licia latía con extremada violencia; le parecía encontrarse al borde de un abismo, y que Vinicio, tan noble en apariencia, en vez de detenerla, la empujaba. El miedo al banquete, á Vinicio, á sí misma, despertó en ella. Una voz, parecida á la de Pomponia, le gritaba en el corazón: «¡Licia, sálvate!» Pero otra voz le replicaba que era ya demasiado tarde, que la que había sido asaltada por aquel fuego devorador, que había asistido al banquete, que había prestado atención á las palabras de Vinicio, estaba irremisiblemente perdida. Sus fuerzas decayeron. Temía que allí donde se desmayara, podía suceder algo terrible. Si no quería irritar á Nerón, no debía moverse antes que él le diera permiso, y aun después de obtenido, las fuerzas no le hubieran bastado para hacerlo.

El banquete estaba lejos de acabar. Los esclavos continuaban presentando nuevos manjares y rellenando los cálices. Aparecieron dos atletas para ofrecer á los invitados el espectáculo de una lucha.

Se agarraron de tal modo, que los dos cuerpos, robustos y musculosos, resplandecientes á causa de los ungüentos y aceites, pronto tomaron el aspecto de un cuerpo solo, monstruosamente conformado. Los huesos de sus brazos de acero crujieron; los dientes rechinaron siniestramente. Un instante oíase una pateadura sobre el pavimento cubierto de azafrán; un momento después se embestían, formando un grupo escultural. Los ojos de los romanos seguían extáticos los movimientos y los golpes de aquellos miembros poderosos. Pero la lucha no duró mucho, porque Crotón, maestro y fundador de una escuela de gladiadores, no había conquistado inmerecidamente la fama de ser uno de los hombres más fuertes de la época. La respiración de su adversario se hizo fatigosa, convirtiéndose luego en una especie de ronquido; su rostro se amoratá, y, finalmente, el desgraciado cayó al suelo, echando sangre por la boca.

Un fragor de aplausos coronó el fin de la lucha. Crotón, puesto un pie sobre el cuerpo de su adversario, y cruzados los brazos sobre el pecho, miró triunfalmente á su alrededor.

Después comparecieron hombres que imitaban las voces de animales, jugadores de balón y bufones. Éstos encontraron poco público, porque el vino había empezado á anublar los ojos de los comensales. El banquete se transformó bien pronto en un campo de borrachos, en una orgía desenfrenada. Una música salvaje, compuesta de cítaras, laúdes, tambores armenios, sistros egipcios, cuernos y trombones, producía una confusión endemoniada. Algunos convidados, deseando conversar, pidieron á los músicos que se alejaran. El ambiente, impregnado del perfume de las flores y de los aceites olorosos, era cálido y sofocante; las lámparas se obscurecían; de las cabezas de los invitados caían las guirnaldas, y los semblantes palidecían, bañándose en sudor. Vitelio había quedado tendido debajo de la mesa. Vestino iba repitiendo con la obstinación de los borrachos, por centésima vez, la respuesta de Mopso á la carta sellada del procónsul. Tulio, despreciador de los dioses, murmuró con voz hueca y entrecortada por los sollozos:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– Si la esfera de Jenófanes es redonda, se podría hacer rodar con el pie semejante numen, como un tonel.

Pero Domicio Afro, delincuente endurecido y delator, se sintió molestado por ese discurso, y para desahogar su cólera, derramó un cáliz de Falerno sobre su túnica. Luego aulló frases incoherentes, á las que contestó el cónsul Memmio Régulo, diciendo que tenía treinta legiones para mantener la paz. Mas rectificó luego, jurando que eran treinta y dos, y cayó debajo de la mesa, lanzando por aquella boca, junto con imprecaciones, todos los manjares que había comido en el banquete.

Domicio no asentía á lo que había oído acerca del número de legiones que debían defender la paz en Roma. Según él, la incredulidad debilitaba á la juventud.

– Aquiles tenía razón, dijo; mejor es ser esclavo bajo el sol que rey en las regiones de las quimeras. ¡César es generoso y el vino es bueno!

Petronio no estaba borracho; Nerón, en cambio, que al principio, por respeto á su «voz celeste,» se había abstenido de las libaciones, bebió luego hasta llegar á la embriaguez. Quería recitar versos griegos originales, pero no los recordaba y declamó, por equivocación, una oda de Anacreonte.

Pitágoras, Diodoro y Terpno le acompañaron; pero no logrando ponerse de acuerdo, le abandonaron pronto. Nerón, como profundo conocedor, se había entusiasmado con la belleza de Pitágoras y le besaba las manos.

– Una sola vez he visto manos tan hermosas. ¿De quién eran?

De pronto palideció visiblemente.

– ¡Ah! ¡De mi madre!.. ¡De Agripina!

Triste imagen se presentó ante su espíritu.

– Se dice, continuó, que en las noches de luna se mueve sobre el mar, cerca de Baia. Da vueltas como si buscase algo. Cuando pasa cerca de una barca, la mira y luego se va; mas el pescador sobre cuya barca ha fijado su mirada, se muere con toda seguridad.

– ¡No es mal tema! – dijo Petronio.

Vestino alargó el cuello como una cigüeña y murmuró misteriosamente:

– Yo no creo en los dioses, pero sí en los espíritus.

Nerón no le hizo caso y prosiguió:

– ¡Han transcurrido cinco años desde su muerte! Yo debía condenarla, porque ella había elegido el sicario que debía asesinarme. Si no hubiese previsto el caso, hoy no hubierais oído el himno que he cantado.

– ¡Gracias sean dadas á César en nombre de Roma y de la tierra!, gritó Domicio Afro.

– ¡Vino! ¡Música!

Comenzó de nuevo el estrépito. Lucano, que se había adornado todo el cuerpo con hiedra, intentó que su voz se destacase entre el bullicio general y gritó con todo su aliento:

– ¡Yo no soy un hombre, soy un fauno y habito en las selvas!

La embriaguez de César iba en aumento. Los hombres estaban todos borrachos, lo mismo que las mujeres. Vinicio no lo estaba menos que los otros, y en su ánimo, además del deseo de sensualidad, se había desatado un espíritu belicoso. Pálido y descompuesto por la orgía, balbuceó con voz temblorosa, pero con tono de mando:

– César te sacó de casa de Aulo para cederte á mí, ¿comprendes? Mañana mandaré que vengan á buscarte, ¿comprendes? César me prometió, antes de arrancarte de tu casa, que serías mía. ¡Tú debes ser mía, ven! Yo no puedo esperar hasta mañana. ¡Ven!

Inútilmente procuraba escapar á sus besos

Quería abrazarla, pero Acté la defendió. Licia misma quería desasirse con la poca fuerza que le quedaba; pero comprendía que la amenazaba un peligro muy grande. En vano intentaba sustraerse de los brazos de Vinicio; en vano le suplicaba que tuviese piedad de ella. Su aliento cálido quemaba el rostro de la doncella como un hierro candente. No era ya el Vinicio dulce, cariñoso, bueno, de pocas horas antes y á quien ella casi amaba; era un sátiro ebrio, endemoniado, que le inspiraba náuseas y desprecio.

Las fuerzas iban abandonándola cada vez más; inútilmente procuraba escapar á sus besos; se sentía impotente..., siempre débil.

Pero de improviso dos brazos poderosos la libraron de las ardientes caricias del joven, y sin que éste pudiera reaccionar, le empujaron lejos como si hubiese sido una frágil caña. ¿Qué había ocurrido? Vinicio miró en torno y descubrió la gigantesca figura de Ursus, el licio á quien conocía por haberle visto en casa de Aulo. Ursus permaneció tranquilo y se fijó en Vinicio con expresión capaz de helarle la sangre en las venas; después, sosteniendo por un brazo á su dueña, salió del triclinio con paso lento y mesurado.

Acté le siguió.

Vinicio quedó un momento como petrificado; pero, reanimándose pronto, buscó la salida, gritando:

– ¡Licia, Licia!

La pasión, la sorpresa, la ira y el vino le quitaban fuerzas para andar. Tropezó dos ó tres veces; trató de apoyarse en el brazo de un esclavo; pero, perdido el equilibrio, se precipitó en el suelo.

La mayor parte de los invitados yacía debajo de la mesa; otros cruzaban el triclinio con paso vacilante, mientras algunos estaban aún tendidos sobre los asientos, roncando ó bien vomitando la excesiva cantidad del vino consumido.

Del artesonado de oro seguían cayendo rosas sobre aquellos cónsules y aquellos senadores borrachos, sobre aquellos caballeros, filósofos y poetas, sobre aquellos patricios, acróbatas y bufones, sobre aquella Roma inmensa, grandiosa, pero estragada hasta la medula y amenazada de completa ruina.

Iba á despuntar la aurora.

VIII

Nadie detuvo á Ursus, nadie le preguntó adónde iba. De los comensales, el que no yacía debajo de la mesa, había desaparecido de su sitio. Así, pues, cuando los esclavos vieron que Ursus se llevaba casi en brazos á una mujer, creyeron que se trataba de un siervo cualquiera que acompañaba á casa á su dueña embriagada: además Acté estaba presente, circunstancia que bastaba para desvanecer toda sospecha.

Licia, casi exánime, dejaba caer todo el peso de su cuerpo sobre el brazo de Ursus y no abrió los ojos hasta que sintió la fresca brisa matutina que le acariciaba el rostro. Después de haber andado á lo largo de la columnata, los tres dieron vuelta por el pórtico lateral, del cual pasaron á los jardines imperiales, donde las copas de los pinos y de los cipreses aparecían doradas por los primeros rayos del sol.

Esta parte del palacio estaba deshabitada, así es que el eco de la música y la gritería del banquete llegaban allí como ruidos débiles y lejanos.

A Licia se le figuraba que salía del infierno y que era transportada á un mundo encantado. Acosada por tantas y tan distintas emociones, la joven rompió á llorar desconsoladamente, y apoyando la cabeza sobre el brazo del gigante, exclamó:

– ¡Ursus, vamos á casa!

– ¡Sí, vamos!, respondió el licio.

Llegaron al pequeño atrio que daba acceso á las habitaciones de Acté. Ursus sentó á la muchacha sobre un banco de piedra, junto á la fuente.

Acté trataba de tranquilizarla, le aconsejaba el descanso, asegurándole que ningún peligro le amenazaba y que todos los convidados borrachos no despertarían antes del mediodía. Pero ¡en vano! No había palabras con que calmar á Licia, que, oprimiéndose la frente con ambas manos, iba repitiendo como un niño:

– ¡Quiero ir á casa! ¡Quiero estar con Aulo!

Ursus estaba dispuesto á complacerla. Guardaban la puerta los pretorianos, pero él no les haría caso. Los soldados le dejarían pasar; por la calle, frente á la entrada, desfilaban las literas y los invitados que abandonaban la casa de César; natural le parecía que él fuese considerado como uno de tantos. Por lo demás, ¿qué le importaba? Tenía que obedecer las órdenes de su dueña.

– ¡Vamos, vamos, Ursus!, repetía Licia.

Acté procuró hacerla entrar en razón. Seguramente, podían abandonar el palacio y nadie les detendría. Pero no era permitido huir de la casa de César: este acto se consideraría como un delito de lesa majestad. Si se iban, aquella misma noche un centurión llevaría la sentencia de muerte á Plaucio y Pomponia. Licia sería conducida otra vez á palacio, y estaría irremisiblemente perdida.

Licia movió desesperadamente la cabeza: no había salvación; su ruina ó la de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quería abrazarla, pero Acté la defendió. Licia misma quería desasirse con la poca fuerza que le quedaba; pero comprendía que la amenazaba un peligro muy grande. En vano intentaba sustraerse de los brazos de Vinicio; en vano le suplicaba que tuviese piedad de ella. Su aliento cálido quemaba el rostro de la doncella como un hierro candente. No era ya el Vinicio dulce, cariñoso, bueno, de pocas horas antes y á quien ella casi amaba; era un sátiro ebrio, endemoniado, que le inspiraba náuseas y desprecio.

Las fuerzas iban abandonándola cada vez más; inútilmente procuraba escapar á sus besos; se sentía impotente..., siempre débil.

Pero de improviso dos brazos poderosos la libraron de las ardientes caricias del joven, y sin que éste pudiera reaccionar, le empujaron lejos como si hubiese sido una frágil caña. ¿Qué había ocurrido? Vinicio miró en torno y descubrió la gigantesca figura de Ursus, el licio á quien conocía por haberle visto en casa de Aulo. Ursus permaneció tranquilo y se fijó en Vinicio con expresión capaz de helarle la sangre en las venas; después, sosteniendo por un brazo á su dueña, salió del triclinio con paso lento y mesurado.

Acté le siguió.

Vinicio quedó un momento como petrificado; pero, reanimándose pronto, buscó la salida, gritando:

– ¡Licia, Licia!

La pasión, la sorpresa, la ira y el vino le quitaban fuerzas para andar. Tropezó dos ó tres veces; trató de apoyarse en el brazo de un esclavo; pero, perdido el equilibrio, se precipitó en el suelo.

La mayor parte de los invitados yacía debajo de la mesa; otros cruzaban el triclinio con paso vacilante, mientras algunos estaban aún tendidos sobre los asientos, roncando ó bien vomitando la excesiva cantidad del vino consumido.

Del artesonado de oro seguían cayendo rosas sobre aquellos cónsules y aquellos senadores borrachos, sobre aquellos caballeros, filósofos y poetas, sobre aquellos patricios, acróbatas y bufones, sobre aquella Roma inmensa, grandiosa, pero estragada hasta la medula y amenazada de completa ruina.

Iba á despuntar la aurora.

VIII

Nadie detuvo á Ursus, nadie le preguntó adónde iba. De los comensales, el que no yacía debajo de la mesa, había desaparecido de su sitio. Así, pues, cuando los esclavos vieron que Ursus se llevaba casi en brazos á una mujer, creyeron que se trataba de un siervo cualquiera que acompañaba á casa á su dueña embriagada: además Acté estaba presente, circunstancia que bastaba para desvanecer toda sospecha.

Licia, casi exánime, dejaba caer todo el peso de su cuerpo sobre el brazo de Ursus y no abrió los ojos hasta que sintió la fresca brisa matutina que le acariciaba el rostro. Después de haber andado á lo largo de la columnata, los tres dieron vuelta por el pórtico lateral, del cual pasaron á los jardines imperiales, donde las copas de los pinos y de los cipreses aparecían doradas por los primeros rayos del sol.

Esta parte del palacio estaba deshabitada, así es que el eco de la música y la gritería del banquete llegaban allí como ruidos débiles y lejanos.

A Licia se le figuraba que salía del infierno y que era transportada á un mundo encantado. Acosada por tantas y tan distintas emociones, la joven rompió á llorar desconsoladamente, y apoyando la cabeza sobre el brazo del gigante, exclamó:

– ¡Ursus, vamos á casa!

– ¡Sí, vamos!, respondió el licio.

Llegaron al pequeño atrio que daba acceso á las habitaciones de Acté. Ursus sentó á la muchacha sobre un banco de piedra, junto á la fuente.

Acté trataba de tranquilizarla, le aconsejaba el descanso, asegurándole que ningún peligro le amenazaba y que todos los convidados borrachos no despertarían antes del mediodía. Pero ¡en vano! No había palabras con que calmar á Licia, que, oprimiéndose la frente con ambas manos, iba repitiendo como un niño:

– ¡Quiero ir á casa! ¡Quiero estar con Aulo!

Ursus estaba dispuesto á complacerla. Guardaban la puerta los pretorianos, pero él no les haría caso. Los soldados le dejarían pasar; por la calle, frente á la entrada, desfilaban las literas y los invitados que abandonaban la casa de César; natural le parecía que él fuese considerado como uno de tantos. Por lo demás, ¿qué le importaba? Tenía que obedecer las órdenes de su dueña.

– ¡Vamos, vamos, Ursus!, repetía Licia.

Acté procuró hacerla entrar en razón. Seguramente, podían abandonar el palacio y nadie les detendría. Pero no era permitido huir de la casa de César: este acto se consideraría como un delito de lesa majestad. Si se iban, aquella misma noche un centurión llevaría la sentencia de muerte á Plaucio y Pomponia. Licia sería conducida otra vez á palacio, y estaría irremisiblemente perdida.

Licia movió desesperadamente la cabeza: no había salvación; su ruina ó la de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Plaucio. Antes de asistir al banquete, había esperado que Petronio y Vinicio hubiesen impetrado de Nerón su libertad y la hubiesen restituído á Aulo. En cambio, después de la orgía, supo á qué instigaciones obedeció la orden de César. ¡No había salvación para ella! ¡Sólo un milagro podía apartarla de aquel precipicio, sólo un milagro... y la omnipotencia divina!

– Acté, preguntó con profunda desesperación, ¿tú escuchabas cuando Vinicio dijo que yo le había sido regalada por César y que esta noche me mandaría á buscar por sus esclavos?

– Lo oí perfectamente, respondió Acté.

Y calló. La desesperación que contenían las palabras de Licia no encontraba ningún eco en su alma. Ella había sido también amante de Nerón, y aun cuando su corazón era bueno, no llegaba á comprender la vergüenza de tal estado. Nacida esclava, se había acostumbrado á las leyes de la esclavitud, y después... amaba todavía á Nerón. Si éste hubiese vuelto á ella, le hubiera recibido con los brazos abiertos, como quien espera la felicidad. Entendía que Licia debía ser la amante del bellísimo y joven Vinicio, si no quería causar la desgracia de Plaucio y Pomponia, y le sorprendía que ante aquel dilema la muchacha pudiese dudar un solo instante.

– En el palacio de César, dijo después de breve silencio, no podías estar más segura que en el de Vinicio.

Acté no pensaba que esto equivalía á decir: «Resígnate á ser la concubina de Vinicio.»

– ¡Nunca, nunca!, exclamó Licia con resolución y firmeza. ¡Ni aquí, ni junto á Vinicio!

– Pero escucha, dijo la griega, ¿Vinicio te es odioso?

No sabiendo qué responder, la joven prorrumpió otra vez en copioso llanto; Acté la abrazó, tratando de consolarla. Ursus, fiel á su dueña, se estremecía viéndola llorar. En su corazón salvaje surgía prepotente el deseo de volver al triclinio para destrozar á Vinicio y al mismo César, si hubiese sido necesario. Pero le contuvo el temor de ocasionar mayores daños á su dueña y la duda de si tal acción, que á él le parecía sencilla, era digna de un adorador del Divino Cordero.

Acté, acariciando á Licia, le preguntó de nuevo:

– ¿Pero tú le odias?

– No, no debo odiar á nadie, porque soy cristiana.

– Lo sé, Licia. Por las cartas de Pablo de Tarso sé yo también que no es preciso contaminarse y que debe preferirse la muerte al pecado. Pero... ¡dime!, ¿tu fe te permite causar la muerte de otras personas?

– ¡No!

– ¿Cómo puedes, en tal caso, atraer la venganza de César sobre la familia de Aulo?

Licia calló. Un espantoso abismo se abría ante sus ojos.

– Te lo pregunto, continuó la liberta, por la piedad que me inspiráis tú y tus buenos padres adoptivos. Desde hace muchos años habito en esta casa y sé lo que significa la cólera de Nerón ¡No! ¡Tú no debes huir! Aún te queda un recurso: ruega á Vinicio que te vuelva al lado de Pomponia.

Pero Licia cayó de rodillas, para rogar á otro Ser superior. Ursus, inmediatamente, siguió su ejemplo. Envueltos por la luz de la aurora, permanecieron orando algunos minutos.

Acté presenciaba por primera vez una escena parecida, y no sabía apartar su mirada de Licia, que, vista de perfil, con las manos juntas y elevando los ojos al cielo, parecía el ángel de la oración. La aurora iluminaba con su claridad rosada sus cabellos y su blanco peplo, y así rodeada de luz, parecía luz también ella. Sobre aquel pálido rostro, sobre aquellos labios apenas abiertos, sobre aquellos ojos húmedos, fijos en algo invisible, podía leerse un sentimiento más fuerte que cualquiera preocupación terrena. Comprendía entonces Acté por qué Licia no quería contaminarse haciéndose amante de Vinicio. Ante los ojos de la antigua favorita de Nerón corrióse parte del velo que le ocultaba un mundo tan diferente del que conocía. Aquella plegaria en el antro del vicio la sorprendió. Un minuto antes estaba persuadida de que no había salvación para Licia: luego comenzó á creer que algo inesperado acontecería, que había de aparecer un salvador tan poderoso que el mismo Nerón no podría resistir á su voluntad: descendería una legión de ángeles para proteger á aquella virgen, ó quizás el sol extendería á sus plantas todos sus rayos para elevarla á otras regiones.

Había oído narrar milagros ocurridos á los cristianos, y creía en todo lo que se decía, viendo orar con tanto fervor á Licia.

Ésta se levantó alegre y tranquila: Ursus hizo otro tanto. Después se acercó al banco, esperando las órdenes. Pero muy pronto los ojos de Licia volvieron á derramar lágrimas amargas, y lanzando un suspiro exclamó:

– ¡Bendiga Dios á Aulo y á Pomponia! No quiero ser la causa de su muerte. ¿Y por esto no volveré á verlos?

Volvióse á Ursus y le dijo que desde aquel momento era él su único apoyo; que debía servirle de padre y de protector. No podían refugiarse en casa de los Plaucio, por no hacerlos víctimas de las iras de Nerón; pero no quería continuar allí, ni mucho menos trasladarse á casa de Vinicio. Ursus debía llevarla fuera de la ciudad y esconderla en cualquier rincón, donde ni Vinicio ni sus esclavos pudiesen encontrarla. Podía llevarla adonde quisiera, más allá de los mares, sobre las montañas, entre los bárbaros, adonde el nombre de Roma no fuese aún conocido, adonde no llegase el poder de César.

El licio se inclinó en señal de asentimiento, abrazándole las rodillas. En el rostro de Acté se pintó la desilusión: esperaba un prodigio y no sucedía más que lo que presenciaba.

La fuga del palacio de César era un delito de lesa majestad, que reclamaba venganza. Aun logrando escapar Licia y el esclavo, Nerón se vengaría en Aulo y Pomponia. Si quería huir, debía hacerlo desde la casa de Vinicio. En tal caso, quizá Nerón, que no gustaba de mezclarse en los asuntos ajenos, no ayudaría á Vinicio en las averiguaciones: de todos modos, no sería delito de lesa majestad.

Y Licia pensaba así: «Ni Aulo ni Pomponia deben conocer el lugar de mi refugio. No huiré de casa de Vinicio, sino en la calle, cuando me conduzcan allí.» En su embriaguez, Vinicio había dicho que mandaría á buscarla al anochecer. Sin duda, antes del banquete, Petronio y él habían hablado con Nerón y obtenido el permiso para llevársela al día siguiente. Ursus la salvaría, arrancándola de la litera como la arrancó del banquete; después huirían juntos lejos, muy lejos. Nadie estaba en el caso de resistir á Ursus, ni siquiera aquel terrible atleta que había luchado en el triclinio.

Siendo probable que Vinicio enviara gran número de esclavos, Ursus debía visitar inmediatamente al obispo Lino para pedirle apoyo y consuelo. El obispo tendría piedad de ella y encargaría á los cristianos que prestasen fuerte auxilio á Ursus. Unidos la raptarían, y ella huiría con su esclavo, buscando un refugio lejos de Roma.

La esperanza volvía á animarla, recobraron el rosado color sus mejillas y sonrió plácidamente. Echóse en brazos de Acté, y besándola con ternura, murmuró:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– ¿Tú no nos delatarás, verdad?

– ¡Por la memoria de mi madre, no!, respondió la griega. Pero ruega á Dios que Ursus logre sacarte del palacio.

Los ojos azules é infantiles del esclavo centellearon de alegría. No podía, por empeño que pusiese en ello, proponer un medio; pero llevar á la práctica lo que Licia proponía, ¡eso sí! Día ó noche le eran indiferentes: deseaba ir á encontrar al obispo, porque el obispo sabía leer en el cielo lo que era posible y lo que no lo era. Además, él mismo escogería los hombres que conviniesen á su empresa, pues conocía muchos cristianos entre los esclavos, los gladiadores y los libertos, así en la Suburra, como al otro lado del puente. Podía reunir, si quisiera, un millar. ¡Quería libertar á Licia y huir con ella lejos de Roma! Quizás, andando hasta el fin del mundo, llegarían á su país, donde nadie conocía Roma.

Cerró los ojos como para ver con mayor claridad el porvenir.

– ¡En el bosque! ¡Ah! ¡Qué bosque!, rugió el terrible licio.

Después dijo con entereza:

– Quiero ir al encuentro del obispo. Esta noche aguardaré el paso de la litera con unos cien hombres. Ni esclavos ni pretorianos podrán arrebatarme á mi dueña. ¡Ay del que caiga bajo mi puño! ¿De qué le servirá la armadura de hierro? ¡Mi mano destroza el hierro y la cabeza que éste cubre!

Licia levantó un dedo con infantil seriedad.

– ¡Ursus, tú no matarás!, le dijo.

Ursus levantó su brazo poderoso, afirmando que á toda costa había de salvarla. Ella misma se le había confiado. Si sucediese algo contra su voluntad, se arrepentiría y rogaría con fervor á Dios que le perdonase. ¡Sus manos eran tan pesadas!

Las palabras del esclavo demostraban el gran afecto que sentía por Licia; pero no queriendo hacer alarde ni de su cariño, ni de su fuerza, se inclinó respetuosamente, diciendo:

– Ahora voy en busca del obispo.

Acté, llorando, se abrazó al cuello de Licia. Por segunda vez, la liberta vislumbraba un mundo en cuyos dolores se encontraba más dulzura que en los placeres y en el bullicio del palacio imperial. La puerta que la separaba de la verdad y de la luz se había abierto en parte; pero, al mismo tiempo, se consideraba indigna de pisar los umbrales.

IX

Licia estaba afligidísima por tener que alejarse de Pomponia Grecina y abandonar la casa de Aulo. Pero, ¿qué hacer? La idea de renunciar, por amor á la verdad, á las comodidades y placeres de la vida y comenzar una existencia de sufrimientos y privaciones, le producía una satisfacción íntima muy grande.

Tal vez no era extraña á este sentimiento cierta infantil curiosidad por saber lo que era la vida en aquellas lejanas tierras, entre los bárbaros y las fieras. Más que otra cosa, no obstante, la impulsaba la fe sincera y profunda con que seguía el camino que le trazaba su Divino Maestro, y la convicción de que Él velaba por ella como por una de sus predilectas criaturas. ¿Qué era lo que podía dañarla? Quería sufrir, sufrir en su nombre; si moría, Él la acogería en su seno, y un día, cuando también sonase para Pomponia la hora suprema, se reunirían ambas en la eternidad.

Cuando aún se hallaba en casa de Aulo, más de una vez sufrió su corazón infantil porque, siendo cristiana, no había podido hacer nada por aquel Crucificado de que hablaba Ursus con sin igual ternura.

Pero había llegado, por fin, el momento. Licia se consideraba feliz y empezó á hablar con Acté de aquella felicidad, que la liberta no podía comprender. Abandonarlo todo: la casa, la ciudad, los jardines, los templos, los pórticos, todo lo bello; dejar á las personas queridas..., ¿por qué? Por no entregarse al amor de un guerrero joven y hermoso. Acté no lo comprendía, y, al mismo tiempo, veía que Licia tenía razón, que miraba hacia una felicidad inefable, imperecedera; pero no podía darse cuenta exacta, mucho menos reconociendo el peligro á que se exponía Licia y que podía costarle la vida. Acté, tímida por naturaleza, pensaba con terror en lo que podía suceder aquella noche, pero no se sentía inclinada á comunicar á Licia sus preocupaciones. Más tarde procuró persuadir á la joven de que debía reposar. No se negó Licia, y ambas se dirigieron al *cubiculum*, que, gracias á las antiguas relaciones de Acté con Nerón, era espacioso y estaba decorado con esplendidez. Se acostaron una junto á la otra; mas Acté, á pesar del cansancio, no lograba conciliar el sueño.

Entristecida y desgraciada desde largo tiempo, se sintió aquel día invadida por una intranquilidad inexplicable.

Su espíritu no encontraba paz ni consuelo. El respiradero, por donde entraba la luz, se abría y cerraba continuamente, y al fin la pobre, deslumbrada por aquel fulgor, no distinguía nada. Entreveía tan sólo un género de felicidad particular, una felicidad inconmensurable, ante la cual desaparecían todos los demás bienes. Le parecía que si Nerón, rechazando á Popea, volviese á su antiguo amor, esto no sería felicidad, comparado con lo que sentía. Pensó que aquel césar, á quien amaba, á quien consideraba, á su pesar, como un semidiós, era tan digno de piedad como un esclavo, y que aquel palacio, con las columnas de mármol numídico, no era más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– ¿Tú no nos delatarás, verdad?

– ¡Por la memoria de mi madre, no!, respondió la griega. Pero ruega á Dios que Ursus logre sacarte del palacio.

Los ojos azules é infantiles del esclavo centellearon de alegría. No podía, por empeño que pusiese en ello, proponer un medio; pero llevar á la práctica lo que Licia proponía, ¡eso sí! Día ó noche le eran indiferentes: deseaba ir á encontrar al obispo, porque el obispo sabía leer en el cielo lo que era posible y lo que no lo era. Además, él mismo escogería los hombres que conviniesen á su empresa, pues conocía muchos cristianos entre los esclavos, los gladiadores y los libertos, así en la Suburra, como al otro lado del puente. Podía reunir, si quisiera, un millar. ¡Quería libertar á Licia y huir con ella lejos de Roma! Quizás, andando hasta el fin del mundo, llegarían á su país, donde nadie conocía Roma.

Cerró los ojos como para ver con mayor claridad el porvenir.

– ¡En el bosque! ¡Ah! ¡Qué bosque!, rugió el terrible licio.

Después dijo con entereza:

– Quiero ir al encuentro del obispo. Esta noche aguardaré el paso de la litera con unos cien hombres. Ni esclavos ni pretorianos podrán arrebatarme á mi dueña. ¡Ay del que caiga bajo mi puño! ¿De qué le servirá la armadura de hierro? ¡Mi mano destroza el hierro y la cabeza que éste cubre!

Licia levantó un dedo con infantil seriedad.

– ¡Ursus, tú no matarás!, le dijo.

Ursus levantó su brazo poderoso, afirmando que á toda costa había de salvarla. Ella misma se le había confiado. Si sucediese algo contra su voluntad, se arrepentiría y rogaría con fervor á Dios que le perdonase. ¡Sus manos eran tan pesadas!

Las palabras del esclavo demostraban el gran afecto que sentía por Licia; pero no queriendo hacer alarde ni de su cariño, ni de su fuerza, se inclinó respetuosamente, diciendo:

– Ahora voy en busca del obispo.

Acté, llorando, se abrazó al cuello de Licia. Por segunda vez, la liberta vislumbraba un mundo en cuyos dolores se encontraba más dulzura que en los placeres y en el bullicio del palacio imperial. La puerta que la separaba de la verdad y de la luz se había abierto en parte; pero, al mismo tiempo, se consideraba indigna de pisar los umbrales.

IX

Licia estaba afligidísima por tener que alejarse de Pomponia Grecina y abandonar la casa de Aulo. Pero, ¿qué hacer? La idea de renunciar, por amor á la verdad, á las comodidades y placeres de la vida y comenzar una existencia de sufrimientos y privaciones, le producía una satisfacción íntima muy grande.

Tal vez no era extraña á este sentimiento cierta infantil curiosidad por saber lo que era la vida en aquellas lejanas tierras, entre los bárbaros y las fieras. Más que otra cosa, no obstante, la impulsaba la fe sincera y profunda con que seguía el camino que le trazaba su Divino Maestro, y la convicción de que Él velaba por ella como por una de sus predilectas criaturas. ¿Qué era lo que podía dañarla? Quería sufrir, sufrir en su nombre; si moría, Él la acogería en su seno, y un día, cuando también sonase para Pomponia la hora suprema, se reunirían ambas en la eternidad.

Cuando aún se hallaba en casa de Aulo, más de una vez sufrió su corazón infantil porque, siendo cristiana, no había podido hacer nada por aquel Crucificado de que hablaba Ursus con sin igual ternura.

Pero había llegado, por fin, el momento. Licia se consideraba feliz y empezó á hablar con Acté de aquella felicidad, que la liberta no podía comprender. Abandonarlo todo: la casa, la ciudad, los jardines, los templos, los pórticos, todo lo bello; dejar á las personas queridas..., ¿por qué? Por no entregarse al amor de un guerrero joven y hermoso. Acté no lo comprendía, y, al mismo tiempo, veía que Licia tenía razón, que miraba hacia una felicidad inefable, imperecedera; pero no podía darse cuenta exacta, mucho menos reconociendo el peligro á que se exponía Licia y que podía costarle la vida. Acté, tímida por naturaleza, pensaba con terror en lo que podía suceder aquella noche, pero no se sentía inclinada á comunicar á Licia sus preocupaciones. Más tarde procuró persuadir á la joven de que debía reposar. No se negó Licia, y ambas se dirigieron al *cubiculum*, que, gracias á las antiguas relaciones de Acté con Nerón, era espacioso y estaba decorado con esplendidez. Se acostaron una junto á la otra; mas Acté, á pesar del cansancio, no lograba conciliar el sueño.

Entristecida y desgraciada desde largo tiempo, se sintió aquel día invadida por una intranquilidad inexplicable.

Su espíritu no encontraba paz ni consuelo. El respiradero, por donde entraba la luz, se abría y cerraba continuamente, y al fin la pobre, deslumbrada por aquel fulgor, no distinguía nada. Entreveía tan sólo un género de felicidad particular, una felicidad inconmensurable, ante la cual desaparecían todos los demás bienes. Le parecía que si Nerón, rechazando á Popea, volviese á su antiguo amor, esto no sería felicidad, comparado con lo que sentía. Pensó que aquel césar, á quien amaba, á quien consideraba, á su pesar, como un semidiós, era tan digno de piedad como un esclavo, y que aquel palacio, con las columnas de mármol numídico, no era más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que un montón de piedras. Reflexiones tan tristes se hacían insoportables; tenía necesidad de dormir, pero el estado inquieto de su espíritu no se lo permitía.

Creía también que Licia, expuesta á tantos peligros, tampoco podía dormir, y por esto se volvió hacia ella para hablarle de su proyectada fuga.

Pero Licia dormía tranquilamente. En la obscura cámara, á través de los cortinajes entreabiertos, penetraban algunos rayos del sol matutino. Acté pudo contemplar el rostro fino y delicado de la durmiente, apoyado sobre el brazo redondo, con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Respiraba sin dificultad.

– ¡Ésta duerme, puede dormir!, pensaba Acté. ¡Es aún una niña!

Después recordó que aquella niña prefería huir antes que convertirse en amante de Vinicio, y tenía fuerza de voluntad para renunciar á las cosas de la vida, á las fiestas, á los placeres, antes que sufrir la vergüenza y el deshonor.

– ¿Por qué?

Y miraba á Licia atentamente, como esperando leer una respuesta en su rostro inocente. Contemplaba su frente pura, el arco correcto y dulce de sus cejas, su hermosa cabellera, sus frescos labios, y pensaba y casi exclamaba:

– ¡Cuán distinta de mí!

Licia le parecía un prodigio, una predilecta de los dioses, una especie de aparición divina, cien mil veces más hermosa que todas las flores del jardín de César, que todas las estatuas del palacio. Al pensar en el peligro que amenazaba á la joven, se sintió invadida por una profunda compasión. Un sentimiento casi maternal le sacudía las fibras del corazón; no sólo le parecía bella, sino que la amaba con ternura; y poniendo sus labios sobre la frente de la joven, la besó afectuosamente.

Licia continuaba durmiendo tranquila, como en su casa, cuando la velaban los amorosos cuidados de Pomponia Grecina. Había pasado el mediodía, cuando, abiertos sus ojos azules, miró con sorpresa á su alrededor. Parecía no reconocer el sitio en que se hallaba, ni explicarse por qué no era aquella la casa de Aulo.

– ¿Eres tú, Acté?, dijo finalmente, descubriendo el rostro de la griega en aquella semiobscuridad.

– ¡Yo soy, Licia!

– ¿Es muy tarde?

– No, querida mía. Apenas ha pasado el mediodía.

– ¿Ursus no ha vuelto?

– No habló de volver, sino de esperar esta noche con otros cristianos la litera.

– ¡Es verdad!

Salieron del *cubiculum* y entraron en el baño, donde Acté misma sirvió á Licia; después de desayunarse, se encaminaron á los jardines del palacio, donde no había peligro que temer, hallándose durmiendo aún César y sus cortesanos predilectos.

Por primera vez en su vida veía Licia aquellos encantadores jardines, donde se erguían los cipreses, los pinos, las encinas; donde florecían los olivos y el mirto, y donde, entre las sombras obscuras, resaltaban blancos grupos escultóricos. Tranquilamente resplandecía el límpido espejo del lago; entre las malezas brotaban las rosas despidiendo gratos aromas y rociadas continuamente por los surtidores de las fuentes marmóreas; las grutas misteriosas, revestidas de hiedra y madreselva, convidaban al reposo con su quietud solemne; blancos cisnes surcaban la transparente superficie del agua; gacelas domesticadas, procedentes de los desiertos africanos, y pájaros de pintado plumaje y de trinos alegres se movían y gorjeaban entre la verde profundidad del follaje y la blancura de los grupos marmóreos.

Los jardines estaban desiertos; sólo en un punto que otro trabajaba algún esclavo, canturriando en voz baja. Otros, á quienes se había concedido un rato de

descanso, yacían junto á la orilla del lago ó á la sombra de los bosquecillos, debajo cuyo denso ramaje apenas penetraban los rayos solares, y unos cuantos se ocupaban en regar las flores.

Acté y Licia recorrieron los jardines, admirando todas aquellas magnificencias, y aunque el estado de ánimo de Licia no era de absoluta tranquilidad, su misma inocencia y su edad hacían que no supiese resistir á la curiosidad ante cosas nuevas y desconocidas. Pensaba, por otra parte, que si César hubiese tenido buen corazón, habría sido muy feliz en aquel espléndido palacio y en aquellos jardines maravillosos. Cansadas las dos mujeres, sentáronse en un banco casi totalmente oculto entre un grupo de cipreses, tratando de lo que principalmente las preocupaba, esto es, de la fuga de Licia, en cuyo éxito Acté confiaba menos que aquélla: pareciéndole el proyecto temerario y arriesgado, sentía crecer la piedad que le inspiraba Licia. «Mejor hubiera sido, pensaba, ir directamente á casa de Vinicio;» y á este propósito preguntó á la muchacha cuánto tiempo hacía que veía y trataba al joven tribuno, y si creía posible, á fuerza de ruegos, convencerle de que debía restituirla á los Plaucio.

Licia movía la cabeza, triste y desconfiadamente. ¡No! En casa de Aulo, Vinicio era otro. Desde la noche anterior ya no le conocía, antes bien le temía, y primero que verle, prefería huir adonde se hallaban sus gentes.

– ¿Pero en casa de Aulo te gustaba, verdad?, preguntó Acté.

– ¡Sí!, respondió Licia, bajando los ojos.

– Y tú no eras esclava, como lo era yo, dijo la griega después de unos momentos de reflexión; Vinicio podía casarse contigo; tú eres un rehén y la hija del rey de los licios. Aulo y Pomponia te aman como si fueras su hija; estoy segura de que te dotarían. ¡Te repito que Vinicio podría hacerte su esposa, Licia!

– ¡Prefiero huir!

– Licia, ¿quieres que vaya en seguida á casa de Vinicio, que le despierte, si duerme, y que le diga lo que á ti te he dicho? Sí, querida mía; quiero verle y decirle: «Vinicio, esta es la hija de un rey, es la hija adóptiva del célebre Aulo. Si tú la amas, vuelve junto á Plaucio y Pomponia, y llevátela de su casa como esposa tuya.»

Pero la joven, con voz débil, que Acté apenas oyó, repuso:

– ¡Prefiero huir!

Y dos lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas.

Su conversación fué interrumpida por un rumor de pasos que se acercaban, y antes de que Acté tuviera tiempo de ver quién se aproximaba, apareció Popea Sabina con un corto séquito de esclavas, dos de las cuales sostenían sobre sus cabezas un grupo de plumas de avestruz unidas á doradas cañas, agitándolas á manera de abanicos y procurando defenderla de los rayos del sol de otoño. La precedía la hermosa nodriza egipcia, negra como el ébano, con una criatura en brazos, envuelta en paños de púrpura y oro. Acté y Licia levantáronse, creyendo que Popea pasaría junto al banco sin fijar su atención en ellas. Pero acercándose, dijo:

– Acté, los arillos que mandaste para la niña estaban mal unidos; la niña arrancó uno y se lo metió en la boca. Por fortuna, Lilita lo advirtió á tiempo.

– ¡Perdóname, oh divina!, respondió Acté, cruzando los brazos sobre el pecho é inclinando la cabeza.

Popea se fijó en Licia y preguntó, después de una pausa:

– ¿Quién es esta esclava?

– No es esclava, divina Augusta, dijo Acté, sino una protegida de Pomponia Grecina é hija del rey Licio, que la mandó á Roma como rehén

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

– ¿Y ha venido para visitarte?

– No, Augusta; desde hace dos días habita en palacio.

– ¿Asistió anoche al banquete?

– Sí, Augusta.

– ¿Por orden de quién?

– Por orden de César.

Popea miró á Licia con mayor atención. La joven estaba tranquila, con la cabeza inclinada, ya mirando á la recién llegada con ojos indagadores, ya bajando tímidamente las pupilas.

Pronto las miradas de Popea se hicieron torvas y hoscas. Celosa de la propia belleza y del propio poder, vivía con el constante temor de ser suplantada un día por cualquiera rival feliz, como le había sucedido á Octavia; por esto, todo semblante hermoso que aparecía en aquel palacio despertaba sospechas en su ánimo. Examinó detenidamente la figura de Licia, apreció la gracia y finura de sus líneas y sintió un vago temor.

– ¡Es una verdadera ninfa, murmuró, nacida de Venus!

Por primera vez en su vida conoció que su juventud iba al ocaso, y un sentimiento de vanidad ofendida, de viva intranquilidad, le atravesó el corazón, haciéndola estremecer.

Quizá Nerón no había visto á la joven ó su belleza le había pasado inadvertida. Pero ¿qué hubiera sucedido si hubiese descubierto aquella lozana y hermosa flor entre los esplendores de la fiesta? Además, no era una esclava, sino la hija de un rey de los bárbaros, es verdad, pero siempre rey. ¡Dioses inmortales! ¡Era tan hermosa como ella y mucho más joven! La arruga en el entrecejo se acentuó y sus ojos despidieron rayos de odio y venganza.

– ¿Has hablado con César?

– No, Augusta.

– ¿Por qué prefieres estar aquí á continuar en casa de Aulo?

– ¡No depende de mí la elección, oh señora! Petronio indujo á César á sacarme de casa de Plaucio. Yo estoy aquí contra mi voluntad.

– ¿Y volverías al lado de Pomponia?, preguntó Popea con voz tan dulce, que hizo renacer la esperanza en el corazón de Licia.

– Señora, respondió, extendiendo hacia ella las manos, César prometió á Vinicio darme á él en calidad de esclava; pero tú implorarás gracia en mi favor y mandarás que me conduzcan de nuevo al lado de Pomponia.

– ¿Petronio, pues, indujo á César á sacarte de casa de Aulo para entregarte á Vinicio?

– ¡Así fué, señora! Vinicio debe hoy mismo mandar á sus esclavos á buscarme; pero tú eres buena, tendrás piedad de mí.

Después de esta súplica, se inclinó y cogió la orla del vestido de Popea, esperando ansiosamente la respuesta. Popea la contempló largo rato, mientras una sonrisa perversa se dibujaba en sus labios.

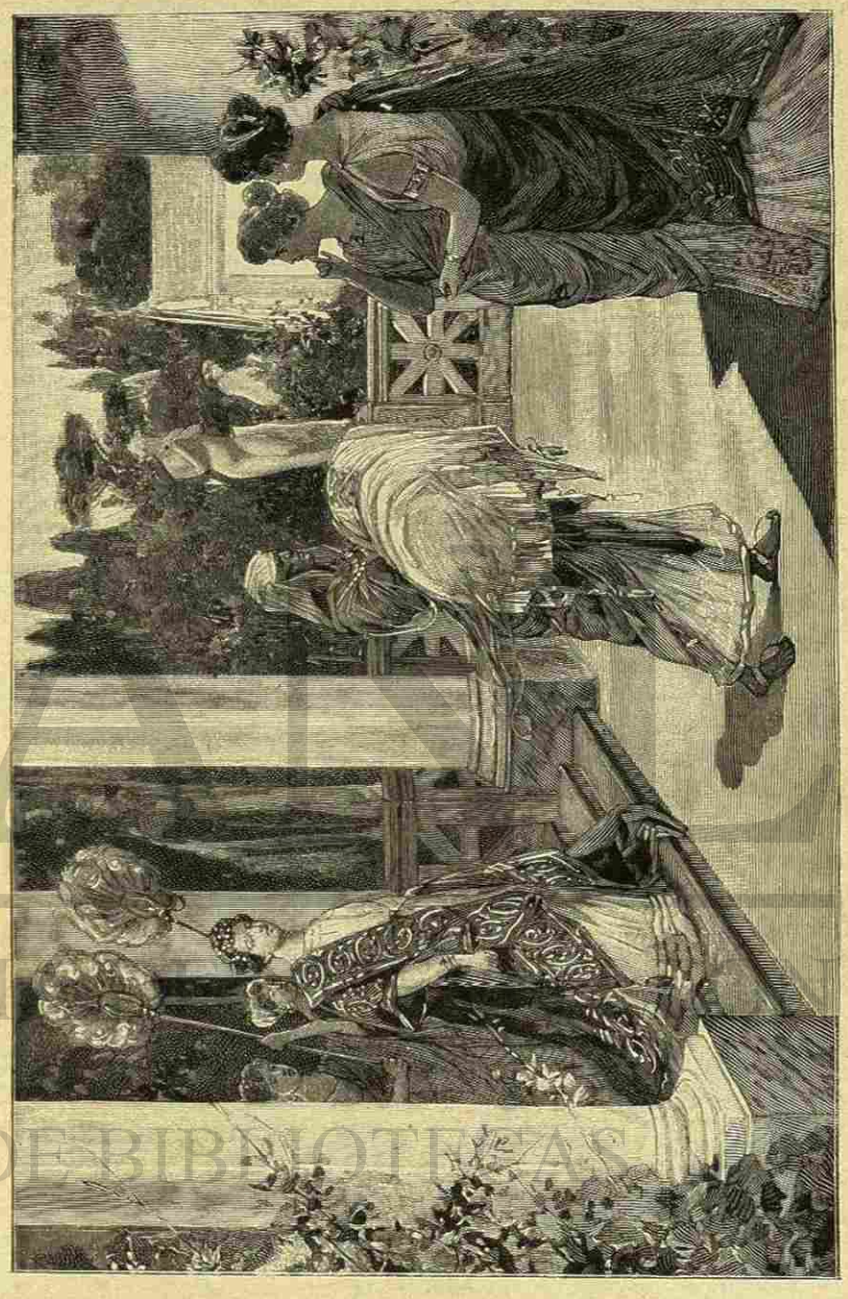
Gozándose en el daño que iba á causar, dijo con voz lenta:

– Te prometo que hoy mismo... serás la esclava de Vinicio.

Y se alejó, bella, pero terrible, como el genio del mal. A los oídos de Licia llegaron los gemidos de la niña, que en aquel momento comenzó á llorar.

– ¡Volvámonos! No debemos esperar auxilio más que de donde puede venirnos.

Y volvieron al atrio, permaneciendo allí el resto del día. Cuando la obscuridad invadió todos los ángulos y entraron los esclavos con los haces, las dos mujeres es-



La precedía la hermosa nodriza egipcia, negra como el ébano, con una criatura en brazos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taban pálidas y abatidas. Conversaban poco y á intervalos, escuchaban si alguien se acercaba, y Licia repetía que, por doloroso que le fuese abandonar á Acté, prefería precipitarse y salir aquel mismo día del estado de ansia en que se hallaba, y más sabiendo que Ursus la esperaba y podía salir á favor de las tinieblas.

A consecuencia de su agitación, respiraba con frecuencia y fatiga. Acté reunió febrilmente cuantas alhajas encontró á mano, y metiéndolas en un rincón del peplo de Licia, le rogó que las aceptase y se valiese de ellas en caso necesario.

Durante algunos minutos reinó un profundo silencio, interrumpido tan sólo por ruidos engañadores. Ya les parecía oir murmurar detrás de los cortinajes, ya oir el llanto de un niño ó los aullidos de un perro.

Pero, al fin, la figura de un hombre alto y fornido, con el rostro picado de viruelas, apareció en el atrio como un espíritu. Licia reconoció pronto en él á Atacino, un liberto de Vinicio, que también había estado en casa de Aulo.

Acté dió un grito; pero Atacino, inclinándose, dijo:

– Te saludo, divina Licia, en nombre de Marco Vinicio, que te invita á opíparo banquete en una casa engalanada para una fiesta.

Los labios de la doncella temblaron.

– ¡Voy!, respondió.

Y echando los brazos al cuello de Acté, se despidió.

X

La casa de Vinicio sonreía en medio de una fiesta de luz y de colores; las puertas y las paredes estaban adornadas con guirnaldas de hiedra y mirto; verdes pámpanos subían en espiral por las columnas. El atrio, adornado en lo alto con un toldo purpúreo, brillaba en fulgurante luz. Allí ardían candelabros de diez ó doce brazos, que representaban árboles, naves, animales, estatuas que sostenían conchas rellenas de aceites olorosos, labradas en mármol, en alabastro y en bronce dorado de Corinto. Mitigaban los resplandores de algunas luces cristales alejandrinos y estofas transparentes, rojas, azules, amarillas y moradas; así es que el atrio estaba inundado de todos los reflejos del iris. Por doquiera se esparcía el perfume del nardo: Vinicio lo empezó á usar en Oriente y lo gastaba siempre hasta el derroche. Las habitaciones y dependencias de servicio estaban también profusamente iluminadas.

En el triclinio se había colocado una mesa, preparada para cuatro personas, á la que debían sentarse, frente á Vinicio y Licia, Petronio y Crisotemis. Vinicio había seguido el consejo de Petronio y no fué en persona á buscar á Licia, sino que envió á Atacino, con el permiso concedido por César para recibirla en su casa.

Había decidido acogerla con todos los honores y con gran afabilidad.

– Ayer estabas borracho, dijo Petronio, lo vi. La trataste como lo hubiera hecho un picapedrero de los montes Albanos. No te precipites demasiado; piensa, por el contrario, que el vino bueno se bebe despacio. No olvides que si es dulce desear, más dulce es ser deseado.

Crisotemis tenía sobre este punto opinión propia y distinta; pero Petronio la llamó su vestal, su paloma, y se ciñó á explicar la diferencia que debía existir entre un auriga experimentado y el joven que se encontraba por primera vez sobre la cuadriga. Después, dirigiéndose á Vinicio, prosiguió:

– Procura ganarte su confianza, intenta reanimarla, sé generoso. Yo no quiero asistir á un banquete enojoso. Júrale, aunque sea por el averno, restituirla á Pomponia; y después, de ti dependerá que ella prefiera mañana permanecer á tu lado.

Luego, haciendo señas á Crisotemis, continuó:

– Tres años hace, poco más ó menos, que yo obro así con esta tímida paloma y... no puedo quejarme de su rigor.

Crisotemis le dió un golpecito con su abanico de plumas, diciendo:

– Pero yo no he resistido como Licia.

Vinicio no prestaba atención á sus bromas: el corazón le latía furiosamente bajo el traje de sacerdote siriaco, que se había puesto para recibir á Licia.

– Ahora deben haber salido del palacio, dijo casi entre dientes.

– Sí, respondió Petronio. Pero mientras llegan voy á hablaros de las profecías de Apolonio de Tiana ó de aquella historia de Rufino que, no sé por qué, nunca he podido terminar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taban pálidas y abatidas. Conversaban poco y á intervalos, escuchaban si alguien se acercaba, y Licia repetía que, por doloroso que le fuese abandonar á Acté, prefería precipitarse y salir aquel mismo día del estado de ansia en que se hallaba, y más sabiendo que Ursus la esperaba y podía salir á favor de las tinieblas.

A consecuencia de su agitación, respiraba con frecuencia y fatiga. Acté reunió febrilmente cuantas alhajas encontró á mano, y metiéndolas en un rincón del peplo de Licia, le rogó que las aceptase y se valiese de ellas en caso necesario.

Durante algunos minutos reinó un profundo silencio, interrumpido tan sólo por ruidos engañadores. Ya les parecía oir murmurar detrás de los cortinajes, ya oir el llanto de un niño ó los aullidos de un perro.

Pero, al fin, la figura de un hombre alto y fornido, con el rostro picado de viruelas, apareció en el atrio como un espíritu. Licia reconoció pronto en él á Atacino, un liberto de Vinicio, que también había estado en casa de Aulo.

Acté dió un grito; pero Atacino, inclinándose, dijo:

– Te saludo, divina Licia, en nombre de Marco Vinicio, que te invita á opíparo banquete en una casa engalanada para una fiesta.

Los labios de la doncella temblaron.

– ¡Voy!, respondió.

Y echando los brazos al cuello de Acté, se despidió.

X

La casa de Vinicio sonreía en medio de una fiesta de luz y de colores; las puertas y las paredes estaban adornadas con guirnaldas de hiedra y mirto; verdes pámpanos subían en espiral por las columnas. El atrio, adornado en lo alto con un toldo purpúreo, brillaba en fulgurante luz. Allí ardían candelabros de diez ó doce brazos, que representaban árboles, naves, animales, estatuas que sostenían conchas rellenas de aceites olorosos, labradas en mármol, en alabastro y en bronce dorado de Corinto. Mitigaban los resplandores de algunas luces cristales alejandrinos y estofas transparentes, rojas, azules, amarillas y moradas; así es que el atrio estaba inundado de todos los reflejos del iris. Por doquiera se esparcía el perfume del nardo: Vinicio lo empezó á usar en Oriente y lo gastaba siempre hasta el derroche. Las habitaciones y dependencias de servicio estaban también profusamente iluminadas.

En el triclinio se había colocado una mesa, preparada para cuatro personas, á la que debían sentarse, frente á Vinicio y Licia, Petronio y Crisotemis. Vinicio había seguido el consejo de Petronio y no fué en persona á buscar á Licia, sino que envió á Atacino, con el permiso concedido por César para recibirla en su casa.

Había decidido acogerla con todos los honores y con gran afabilidad.

– Ayer estabas borracho, dijo Petronio, lo vi. La trataste como lo hubiera hecho un picapedrero de los montes Albanos. No te precipites demasiado; piensa, por el contrario, que el vino bueno se bebe despacio. No olvides que si es dulce desear, más dulce es ser deseado.

Crisotemis tenía sobre este punto opinión propia y distinta; pero Petronio la llamó su vestal, su paloma, y se ciñó á explicar la diferencia que debía existir entre un auriga experimentado y el joven que se encontraba por primera vez sobre la cuadriga. Después, dirigiéndose á Vinicio, prosiguió:

– Procura ganarte su confianza, intenta reanimarla, sé generoso. Yo no quiero asistir á un banquete enojoso. Júrale, aunque sea por el averno, restituirla á Pomponia; y después, de ti dependerá que ella prefiera mañana permanecer á tu lado.

Luego, haciendo señas á Crisotemis, continuó:

– Tres años hace, poco más ó menos, que yo obro así con esta tímida paloma y... no puedo quejarme de su rigor.

Crisotemis le dió un golpecito con su abanico de plumas, diciendo:

– Pero yo no he resistido como Licia.

Vinicio no prestaba atención á sus bromas: el corazón le latía furiosamente bajo el traje de sacerdote siriaco, que se había puesto para recibir á Licia.

– Ahora deben haber salido del palacio, dijo casi entre dientes.

– Sí, respondió Petronio. Pero mientras llegan voy á hablaros de las profecías de Apolonio de Tiana ó de aquella historia de Rufino que, no sé por qué, nunca he podido terminar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero á Vinicio le interesaba Apolonio tanto como Rufino. Su espíritu estaba pendiente de Licia, y si bien comprendía que era mejor recibirla en casa que ir á buscarla, como un esbirro, al palacio, se arrepentía de no haberse llegado, pensando que la hubiera visto más pronto.

Entraron esclavos con un trípode adornado de cabezas de carnero y de vasos de bronce con carbón, que destilaban mirra y nardo.

– Ahora están cerca de las Carinas, añadió Vinicio.

– No puede esperar más tiempo; querrá ir al encuentro de la litera y confundirá la calle, observó Crisotemis.

Vinicio sonrió, respondiendo:

– ¡No, no! Prefiero esperar.

Pero las narices se le habían dilatado y respiraba afanosamente. Lo notó Petronio, que sacudiéndole la espalda cariñosamente, dijo:

– Como filósofo no vale un sextercio; no lograré hacer un hombre de este hijo de Marte.

– Han llegado á las Carinas.

Y así era, en efecto. Se dirigían hacia las Carinas. Iban delante los esclavos llamados *lampadari;* los otros, los *pedisequi*, rodeaban la litera.

Atacino iba á conveniente distancia para dirigir el cortejo. Pero avanzaba muy lentamente porque las lámparas proyectaban escasa luz sobre una calle poco iluminada. Las vías adyacentes al palacio estaban desiertas: acá y allá se distinguía alguna que otra persona con su correspondiente linterna; la plaza, en cambio, se veía extraordinariamente animada. De todas las callejuelas salían grupos de dos ó tres individuos, sin linterna, y envueltos en negros mantos. Algunos se unían al cortejo, mezclándose entre los esclavos; otros, y eran los más numerosos, llegaban de la parte opuesta. Muchos vacilaban, casi borrachos, y algunas veces era tan difícil avanzar, que los *lampadari* se veían obligados á prorrumpir en gritos de: «¡Paso al noble tribuno Marco Vinicio!»

Licia, á través de las cortinas medio cerradas, viendo aquellas sombras, temblaba de miedo, y la esperanza y el desconsuelo alternaban en su espíritu.

– ¡Es él! ¡Es Ursus con los cristianos! ¿Cómo acabará?, murmuró con voz trémula. ¡Oh Cristo, ayúdame, sálvame!

El mismo Atacino, que al principio no había fijado la atención en el extraordinario movimiento que reinaba en aquella vía, se intranquilizó. En aquel incesante ir y venir debía haber algo extraordinario. Cada vez con más frecuencia tenían que gritar los *lampadari:* «¡Paso á la litera del noble tribuno!»

De todos lados la multitud se agolpaba alrededor de la litera, tanto que Atacino ordenó á los esclavos que despejasen á los curiosos á bastonazos.

De pronto se oyó un grito. En un momento se apagaron todas las luces y la litera quedó en medio de un campo de batalla, entre horrible confusión y endiablado ruido.

Atacino comprendió en seguida que se trataba de un asalto, y tuvo miedo. Todos sabían que César, con su escolta, se divertía algunas veces dando asaltos nocturnos, así en la Suburra como en los demás barrios de la ciudad. Todos sabían que de tales aventuras nocturnas salía con golpes y contusiones; pero ¡ay de aquellos que osaban defenderse! Eran condenados á muerte, no valiendo, para salvarse, ni el título de senador.

La guardia nocturna no estaba lejos; pero durante estas agresiones le convenía estar sorda y ciega.

Entretanto la confusión aumentaba más y más. Todos aullaban, se batían, se

Atacino vaciló un instante, para caer exánime luego

golpeaban con las manos y con los pies. Atacino procuró, antes que nada, poner á salvo á Licia, salvarse él y abandonar los otros á su destino. Sacó á la joven de la litera, y cogiéndola en brazos intentó llevarla lejos de aquel sitio. Pero Licia exclamó: «¡Ursus, Ursus!» Por su vestido blanco no era difícil reconocerla, por lo cual Atacino, con el brazo que le quedaba libre, intentaba cubrirla con su propio manto, cuando se sintió fuertemente asido como por una mano de hierro, y un golpe violento y formidable cayó á plomo sobre su cabeza, cuando menos lo esperaba.

Como un buey herido por el mazo sobre el altar de Júpiter, Atacino vaciló un instante para caer exánime luego. Muchos esclavos yacían en tierra, mientras algunos, favorecidos por las tinieblas, habían ganado los muros. En aquel sitio no quedó más que la litera quebrada. Ursus condujo á Licia á la Suburra, seguido de sus compañeros, que poco á poco fueron dispersándose.

Frente á la casa de Vinicio los esclavos se reunieron para ponerse de acuerdo, no atreviéndose á entrar. Después de algunas reflexiones, volvieron al lugar de la contienda, donde encontraron entre los cadáveres á Atacino que estaba expirando. Lo levantaron, y encaminándose hacia la casa, no pararon hasta llegar á la puerta. ¿Qué podrían decir al señor?

– Dejemos hablar á Gulón, propusieron algunos; la sangre baña su rostro, como los nuestros, y el señor le quiere. Corre menos peligro que todos los demás.

Gulón, antiguo esclavo germánico, que había educado á Vinicio y que éste heredó de su madre, la hermana de Petronio, dijo:

– Yo se lo diré; pero venid todos y no dejéis que su cólera caiga sobre mi cabeza solamente.

La impaciencia devoraba á Vinicio; Petronio y Crisotemis reían, pero él revolvíase por el atrio con pasos furiosos, repitiendo:

– ¡Deberían estar aquí; deberían estar aquí!

Quiso salir al encuentro de Atacino, pero Crisotemis y Petronio le detuvieron.

De improviso, resonaron cerca algunos pasos y no tardaron en precipitarse en el atrio los esclavos, que con los brazos levantados y apoyándose en las paredes empezaron á gemir: «¡Ay de mí! ¡Mísero de mí!»

Vinicio se lanzó contra ellos.

– ¿Dónde está Licia?, preguntó con voz terrible.

– ¡Ay de mí!, se oyó nuevamente.

Gulón, con su rostro lleno de sangre, se le acercó, exclamando con angustia:

– ¡Señor, mira nuestra sangre! ¡Hemos luchado! ¡Mira, mira nuestra sangre!

Pero no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando Vinicio, cogiendo un candelabro de bronce, destrozó con un solo golpe el cráneo del pobre esclavo.

Después, ocultando el rostro entre las manos y mesándose los cabellos desesperadamente, gritó con voz que nadie hubiera reconocido:

– *Me miserum! Me miserum!*

Su semblante se amoró, los ojos enrojecidos de sangre parecían quererse salir de sus órbitas, y por los labios arrojaba espuma.

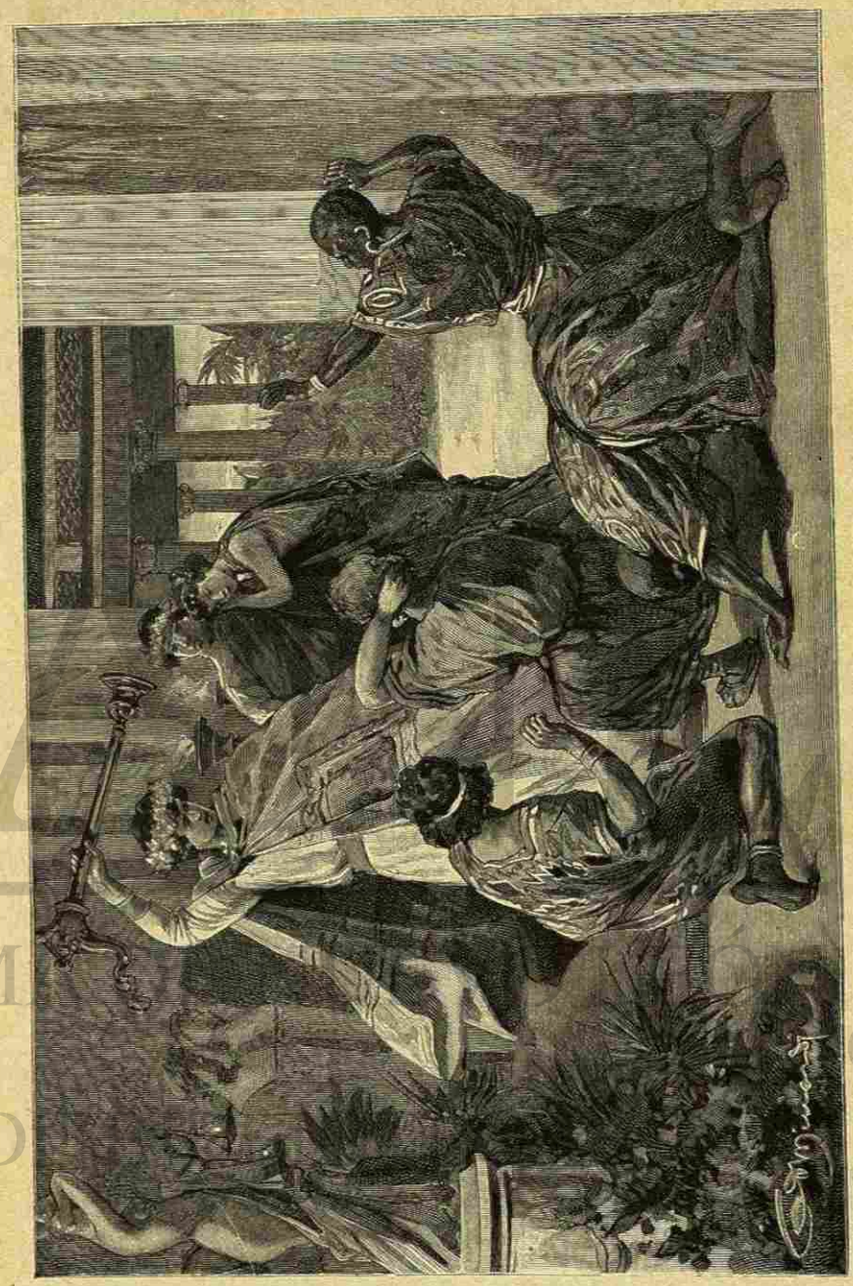
– ¡Las varas!, aulló como un desatinado.

– ¡Señor, piedad!, clamaron suplicantes los esclavos.

Petronio se levantó con expresión de disgusto.

– ¡Ven, Crisotemis!, dijo; si deseas ver sangre, ordenaré que se abran las puertas de un matadero de las Carinas.

Y salió de aquella casa, preparada para una fiesta y coronada de hiedra, y en la cual resonaron hasta el amanecer los golpes y los chasquidos de las varas.



Vinicio, cogiendo un candelabro de bronce, destrozó con un solo golpe el cráneo del pobre esclavo

XI

Vinicio no se acostó aquella noche.

Así que hubo salido Petronio, ya que ni los gemidos ni los gritos de los esclavos apaleados bastaban á calmar su furor, reunió otro grupo de siervos, poniéndose él al frente, para recorrer la ciudad en busca de Licia, aunque era ya muy entrada la noche. Inició sus pesquisas en el barrio del Esquilino, atravesando luego la Suburra y las calles adyacentes. Dirigió sus pasos hacia el Capitolio, y pasando por el puente Fabricio, llegó á la isla y recorrió gran parte del Trastevere. La pesquisa era inútil; él mismo no abrigaba esperanza alguna de encontrar á la joven, y su insistencia en buscarla obedecía, más que á nada, á la necesidad de ocupar en algo aquella terrible noche, perdida para el descanso. Volvió á casa al rayar el alba, cuando los carros de hortalizas empezaban á llegar á la ciudad y los panaderos abrían sus tiendas.

Al entrar ordenó que fuese levantado el cadáver de Gulón, que nadie se había atrevido á tocar, y envió á la cárcel á los demás esclavos que habían dejado escapar á Licia: pena mucho más terrible, para ellos, que la misma muerte. Se tendió sobre algunos cojines en el atrio, y se puso á pensar en los medios más prácticos y posibles para ver de nuevo á su amada.

No admitía la posibilidad de no encontrarla, de tener que renunciar á ella, de perderla para siempre. Cuando le asaltaba una duda, se enfurecía como un loco.

Por primera vez su naturaleza prepotente encontraba resistencia luchando contra otra voluntad inflexible, y no podía consentir que nadie se opusiese á sus propósitos, y antes que verlos desvanecidos prefería la destrucción del mundo.

Se le había arrancado bruscamente el cáliz del placer antes de que pudiera acercárselo á los labios, y le parecía esto tan monstruoso que clamaba venganza de los dioses y de todos los hombres.

Jamás en su vida deseó cosa alguna con más ansia y frenesí que los que entonces le consumían en su anhelo de poseer á Licia, pareciéndole que no podía vivir sin ella. De cuando en cuando sentía impulsos de rabia impotente contra la muchacha, rayanos en el delirio. Hubiera deseado tenerla en su poder para azotarla hasta hacerle saltar sangre y arrastrarla por los cabellos hasta el *cubiculum*. Después le entraba otra vez el deseo de oir aquella dulce voz, de ver aquellos ojos azules, y de encontrarla, en fin, para postrarse á sus pies. La llamaba por su nombre, se mordía las manos y se golpeaba el cráneo desesperadamente.

En vano se afanaba por discurrir y escoger el medio más fácil y mejor para encontrarla: mil y mil recursos le acudían á la mente. Una idea, por fin, le asaltó y concentró en ella sus preocupaciones: sólo Plaucio había podido recuperarla, ó, por lo menos, debía saber dónde se había refugiado. Resolvió, sin pérdida de momento, presentarse en la casa del antiguo soldado. Si éste, despreciando sus amenazas se obstinase en callar, correría en seguida al palacio imperial para acusarle por su desobediencia, obteniendo así su sentencia de muerte; pero antes trataría, por todos los medios, de descubrir el misterio que rodeaba la detención de Licia.

Aulo y Pomponia lo habían acogido y cuidado con cariño; pero ¿qué importaba? Con la ofensa que le habían inferido le desligaban de todo deber de gratitud.

Y aquí su espíritu, ávido de venganza, gozaba con la idea de la desesperación de Pomponia cuando el centurión llevase á su casa la sentencia de muerte del viejo Plaucio. Ayudado por Petronio y sabiendo que Nerón nada negaba á sus amigos, principalmente si se trataba de satisfacer un deseo de venganza, tenía la seguridad de llegar á la ejecución de sus planes.

De pronto cesaron los latidos de su corazón; temible sospecha le había asaltado:

–¿Si hubiese sido el mismo César el raptor de Licia?

Todos sabían que Nerón tomaba parte en nocturnas agresiones para matar su aburrimiento, y Petronio se prestaba con frecuencia á acompañarle. Su diversión principal consistía en coger mujeres y mantearlas hasta que perdían el sentido. Nerón titulaba esta clase de agresiones «la pesca de perlas,» porque á menudo le era dado encontrar alguna verdadera perla de juvenil belleza en los barrios de la ciudad donde se aglomeraba numerosa población de indigentes. En tales casos, la *sagatio*, el acto de mantear, se convertía en un rapto, y la *perla* era trasladada al Palatino ó bien á una de las muchas quintas de César, cuando no la ofrecía en galardón á un amigo. Esto, quizá, debía haberle ocurrido á Licia. El emperador la vió en el banquete, y Vinicio no dudó un instante de que su amada debió parecer á Nerón la más hermosa entre todas las mujeres que había visto ó poseído. Pero César, como Petronio había dicho, era un bellaco y prefería valerse de las tinieblas aun para aquello que podía obtener á la luz del sol; además el miedo á Popea le aconsejó obrar con prudencia en aquel caso. Y entonces el joven guerrero se convencía de que Aulo no se hubiera atrevido á quitarle una mujer que César le había concedido. ¿Quién podía ser tan osado? Tal vez aquel licio de los ojos azules, que había tenido el valor de penetrar en el triclinio y llevarse fuera á la muchacha. ¿Y dónde la ocultaba? ¿Adónde la había conducido? ¡No! Un esclavo no podía... ¡En conclusión, se trataba de César!

Ante este pensamiento, la vista se le anublaba y gruesas gotas de sudor corrían por su frente. ¡Licia estaba perdida para él! De otros brazos podía arrancarla; de los de César, jamás. Con razón había de exclamar: *Væ misero mihi!* Le parecía ver á Licia en brazos del emperador, y por primera vez comprendió que pueden sobrevenir pensamientos contra los cuales se estrella toda fuerza humana. Entonces sintió toda la extensión de su amor, y como náufrago que ve desfilar en un momento ante su imaginación todos los acontecimientos de su vida, así veía él á Licia, recordando su encuentro junto á la fuente, sus conversaciones, su estancia en casa de Aulo, su declaración, su visita con Petronio, el banquete en el palacio... Le parecía mil veces más hermosa, más apetecible que nunca, mil veces más digna de ser la única elegida de los dioses y de los hombres. Y pensando que lo que él más amaba en el mundo estaba en poder de Nerón, sufría tan agudo dolor, que se sintió tentado de golpearse la cabeza contra las columnas del atrio hasta destrozársela. Creyó que iba á enloquecer, y hubiera, indudablemente, perdido el juicio, á no sostenerle la idea de la venganza. Y así como antes se figuraba no poder vivir sin ella, juró luego no morir hasta haberla vengado; y encontró alivio en este propósito. Cogió un puñado de tierra de las macetas de flores del *impluvium* y juró por todos los dioses vengarse lo antes posible.

Tenía, pues, un objetivo en la vida, un deber que cumplir. Renunció á visitar

á Plaucio y se hizo conducir al Palatino. En el camino se le ocurrió pensar que si no era admitido en el palacio ó se le pedían las armas al entrar, serían pruebas evidentes de que César era el raptor de la joven; pero él no llevaba armas. Todos sus sentidos se concentraban en un solo punto, y no vivía más que para pensar en su venganza futura, porque no intentaba precipitar los acontecimientos. Primeramente debía hablar con Acté, para oir de sus labios la verdad, logrando quizás, al mismo tiempo, ver á Licia. Esta sola idea le hacía temblar. En cambio, si César la hubiese raptado, ignorando quién era, estaba seguro de que se la devolvería allí mismo. Pero desechó idea tan absurda, porque en el supuesto de que Nerón pensara devolvérsela, podía haberlo hecho el día anterior. Acté era, pues, la única persona que podía darle explicaciones, y á ella debía recurrir sin perder momento.

Ordenó á los esclavos que aligeraran el paso y continuó, durante el camino, pensando ora en Licia, ora en sus planes de venganza.

Había oído decir que algunos sacerdotes egipcios tenían poder para causar toda clase de daños á cuantas personas querían perjudicar, y decidió descubrir á toda costa semejante secreto. Sabiendo también que los hebreos, mediante ciertos conjuros, eran capaces de cubrir de llagas el cuerpo de sus enemigos, y teniendo algunos hebreos entre sus esclavos, resolvió ponerlos en tortura hasta que lograse conocer los medios de que se valían en tales casos. Más que nada, sin embargo, le sonreía la idea del corto puñal romano, que abría camino á torrentes de sangre tan grandes, que sus huellas imborrables permanecían en las columnas del pórtico desde los tiempos de Cayo Calígula. Se sentía con ánimos de destruir Roma entera. Si un dios vengador le hubiese ofrecido la muerte de todo el género humano, salvándose Licia y él, hubiera aceptado sin vacilar el extraño y cruel ofrecimiento.

Llegado que hubo al arco del portón, recobró su sangre fría, y encontrándose frente á la guardia, le acudió de nuevo la reflexión que había hecho: «Si se me opone la menor dificultad, querrá decir que Licia se halla aquí por voluntad de César.»

Pero el centurión le saludó con amistosa sonrisa, se acercó y le dijo:

– ¡Salud, noble tribuno! Si deseas una audiencia de César, has escogido mala hora; creo que te será muy difícil llegar á su presencia.

– ¿Qué ha sucedido?, preguntó Vinicio.

– La divina princesita Augusta enfermó ayer repentinamente. César y Popea no la dejan un momento, y con ellos están los médicos mandados á buscar de todas partes.

El hecho era verdaderamente grave. Cuando nació aquella niña, Nerón estaba loco de alegría y la acogió con *extra humanum gaudium*. Antes de su nacimiento, el Senado había recomendado á los dioses, con excepcional solemnidad, el fruto de las entrañas de Popea. Se llevaron holocaustos á Anzio, donde había nacido la niña; se celebraron magníficas fiestas, y además se erigió un templo á las dos Fortunas. Nerón, que para nada tenía medida, amaba á su hija con idolatría, y Popea también sentía por ella gran afecto, aunque sólo fuese porque la criatura había venido á consolidar su posición y aumentar su influencia. El destino de todo el imperio podía depender de la vida de aquel ser infantil: pero Vinicio, demasiado preocupado con su amor, interrumpió el discurso del centurión, diciendo:

– Yo sólo quiero hablar con Acté.

Y entró en palacio.

Pero Acté se hallaba también junto á la niña enferma, y el tribuno tuvo que esperarla largo rato. Era ya mediodía cuando compareció la liberta, pálida y desencajada. Al ver á Vinicio palideció más intensamente.

– ¡Acté!, exclamó Marco, casi arrastrándola por la mano hasta el centro del atrio, ¿dónde está Licia?

– ¡Es lo que yo quería preguntarte!, respondió ella con gesto severo.

Y Vinicio, aunque se había propuesto informarse con serenidad y calma, se llevó las manos á la cabeza, y con el rostro descompuesto por la ira y la angustia, prorrumpió en un grito:

– ¡No está! ¡Me la han robado en la calle!

Después de un rato, en que trató de calmarse, añadió:

– Acté, si amas la vida, si no quieres ser causa de enormes desgracias de que no puedes formarte idea, respóndeme sinceramente. ¿Fué César quien me la robó?

– César no abandonó un momento el palacio en todo el día de ayer.

– ¡Por la sombra de tu madre, por todos los dioses, dime si se halla aquí!

– Por la sombra de mi madre, por todos los dioses, ella no está aquí, ni fué César su raptor. La pequeña Augusta yace enferma desde ayer, y Nerón no se ha alejado de su cuna.

Vinicio respiró con holgura. El daño que consideraba peor se había evitado.

– Entonces, exclamó, dejándose caer sobre un banco y apretando los dientes en actitud amenazadora, entonces Aulo fué quien me la quitó. ¡Ay de él!

– Aulo Plaucio estuvo aquí esta mañana; no pude hablarle porque me hallaba á la cabecera de la enferma; pero sé que pidió noticias de Licia á todos los siervos de César, y anunció que volvería más tarde para hablar conmigo.

– ¡Se comprende! Para alejar toda sospecha. Si no tuviese parte en lo sucedido, hubiera ido á mi casa en seguida para informarse.

– Dejó escritas unas líneas, de las cuales se deduce que conocía la causa que impulsó á Nerón á sustraerle á Licia: no ignora que lo hizo por voluntad tuya y de Petronio, y por lo mismo previó que te sería entregada. Hoy, muy temprano, ha ido á tu casa.

Diciendo esto, corrió al *cubiculum* y volvió con una carta en la mano. Vinicio leyó el escrito y calló.

Pareció que Acté leía en el semblante del tribuno los siniestros planes que maquinaba, pues le miró atentamente y dijo:

– ¡No, Marco! Sucedió lo que deseaba Licia.

– ¡Sabías que quería huir!, gritó Marco.

– Yo sabía que no había de ser tu concubina.

Y al decir esto, le dirigió una mirada severa.

– Y tú... ¿qué otra cosa has sido en tu vida?

– ¡Una esclava... y nada más!

Vinicio no pudo refrenar su ira. Nerón le había prometido á Licia, así es que no le correspondía interesarse por su anterior condición, y él la sabría encontrar aunque estuviese escondida en las entrañas de la tierra, y entonces haría lo que más le pluguiera. Sin duda ninguna, tenía que ser su concubina.

La haría fustigar á su gusto, y el día en que se hastiase de ella, la cedería al último de sus esclavos ó la mandaría á una de sus posesiones africanas para ocuparla en mover la rueda de un molino. Quería buscarla y, una vez hallada, pisotearla. Iba excitándose por momentos, por lo cual Acté comprendió el inmenso dolor de aquel espíritu apasionado y hubiese acabado por sentir compasión; pero los extravíos y desmanes de Vinicio le hicieron perder la paciencia y creyó oportuno preguntarle la causa de su visita.

Vinicio, al punto, no pudo responder. Dijo luego que la había visitado para hablar con ella, esperando tener alguna noticia; pero, en realidad, se proponía ver á César, y no habiendo podido obtener audiencia, se había dirigido á ella. Con su fuga, Licia había desobedecido á la voluntad de César, y por esto quería rogarle

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se hicieran pesquisas en toda la ciudad, en todo el imperio, aun á riesgo de poner en armas legiones enteras y registrar todas las casas del imperio romano. Petronio apoyaría su súplica y en seguida empezarían las averiguaciones.

– Cuida, sin embargo, añadió Acté, de no encontrarla y luego perderla para siempre por orden del emperador.

Vinicio arrugó la frente.

– ¿Qué intentas decir con eso?

– ¡Óyeme, Marco! Ayer paseaba yo por el jardín con Licia. Encontramos á Popea, con la niña en brazos de la negra Lilita. Anoche mismo la niña enfermó, y la negra sostiene que la pobre criatura ha sido víctima de un hechizo de aquella joven extranjera que encontraron en el jardín. Si la niña se salva, todo quedará olvidado; pero, en caso contrario, Popea no dejará de acusar á Licia como bruja y la infeliz se perderá para siempre.

Después de una pausa, dijo Vinicio:

– ¡Quizás me ha hechizado á mí también, además de la niña!

– Lilita afirma que la pequeña Augusta empezó á gritar en el momento en que pasó por delante de Licia. Esto es verdad; pero sólo da á entender que ya se sentía mal cuando salió al jardín. Marco, busca á tu Licia; pero mientras la niña no esté curada, no hables á Nerón, si no quieres exponer á tu amada á la venganza de Popea. ¡Bastantes lágrimas derrama por tu culpa! ¡Que todos los dioses la protejan!

– ¿Tú la quieres, Acté?

– ¡Sí, la quiero!

Y los ojos de la liberta se llenaron de lágrimas.

– La quieres porque no te corresponde, como á mí, con el odio.

Acté le miró vacilante, no comprendiendo si hablaba en serio. Después respondió:

– ¡Pobre ciego!... ¡También ella te amaba!

Vinicio se exaltó al oir tales palabras y gritó:

– ¡No es verdad!

Ella le odiaba. ¿Qué podía saber Acté? Con un solo día de tratarla, no podía haberse establecido entre ellas dos tal intimidad y confianza. ¿Qué especie de amor era aquel, que prefería una vida de privaciones, una miseria terrible, una continua incertidumbre del mañana, ó tal vez una innoble y vergonzosa muerte, á una espléndida casa, guarnecida de flores, donde la esperaba ansioso el amante enamorado? Mejor era no hablar de ello, para no enloquecer. Él no la habría cedido por todos los tesoros del mundo, y ella, ¡ingrata!, huía. ¿Qué amor era aquel, que rehusaba el placer y prefería el dolor? ¿Quién la comprendía? Si no le hubiese animado la esperanza de encontrarla, se hubiese atravesado el corazón con su misma espada. El amor se rinde, pero no huye. Hubo momentos, en casa de Aulo, en que se inclinaba á creer que su felicidad estaba cercana, y ahora veía con claridad que ella no sentía por él más que odio, que siempre le había odiado y que siempre le odiaría, hasta que exhalase el último suspiro.

Al oir estas palabras, Acté, de ordinario benigna y prudente, no pudo contener su indignación. ¿De qué modo había tratado de cautivar el corazón de Licia? ¡En lugar de obtenerla, franca y noblemente, de Pomponia y de Aulo, la había sacado de aquella casa con el engaño y la astucia, y no ya para hacerla su mujer, sino su concubina! ¡Su concubina la hija adoptiva del ilustre guerrero, la hija de un rey! Y no satisfecho con esto, la había llevado á aquel antro de vicios y corrupciones, ofendiendo la mirada purísima de Licia con el abyecto espectáculo de una orgía ignominiosa, y tratándola como á la última cortesana. ¿No recordaba la casa de

Plaucio, donde la infeliz había sido educada? ¿No se le ocurría la idea de que podían existir mujeres muy distintas de Nigidia, de Calvia Crispinila, Popea y otras que frecuentaban el palacio de César? ¿No había, pues, reconocido en Licia, desde el primer momento, una criatura superior, que á la deshonra había de preferir la muerte? ¿Cómo podía saber él si las divinidades que ella adoraba no eran más nobles y más puras que la Venus ó la Isis, ante cuyos altares se prosternaban las romanas más corrompidas? ¡No! Licia no le había confiado ningún secreto; le había expresado únicamente su fe en Vinicio, de quien esperaba la salvación, creyendo que por él sería restituída á Pomponia, con permiso de César. Y haciendo tales confidencias, se había encendido de rubor, como toda niña enamorada y creyente. ¡Su corazón latía por él, y él la había atemorizado y ofendido! Y se disponía á seguir su huellas con el auxilio de los soldados de César: había de recordar, no obstante, que en el momento en que muriese la hija de Popea, recaerían sobre Licia las sospechas y su condenación sería inevitable.

Vinicio recordó aquella escena en el jardín de Aulo, cuando Licia, ruborizada y radiante de felicidad, escuchaba sus frases apasionadas. Entonces había empezado á amarla; y este pensamiento le inundaba el corazón de goces jamás sentidos.

Pensaba cuán fácil le hubiera sido, desde aquel día, haberse ido apoderando de aquella alma virgen. Licia hubiera coronado su puerta, la hubiera untado con grasa de lobo y se hubiera sentado con él, cual mujer propia, sobre pieles de oveja, junto al hogar doméstico. Sus labios hubieran pronunciado el ritual juramento: «Donde estás tú, Cayo, estoy yo, Caya.» Y suya hubiera sido para siempre. ¿Por qué no lo hizo así? Ahora, en cambio, la había perdido y tal vez no volvería á encontrarla; pero, aun dándose el caso de que apareciese, ni ella ni sus padres adoptivos querrían oir hablar de él. Le acometió otro arrebato de ira, pero no contra Plaucio y Licia, sino contra Petronio, que era el único culpable. Sin él, Licia no hubiera buscado su salvación en la fuga; hubiera sido su esposa, y ningún peligro hubiera amenazado á aquella mujer amada. Mas ya era tarde para todo remedio; ya no se podía mudar lo que era inmutable.

«¡Demasiado tarde!» Le parecía que á sus pies se abría un abismo, y no sabía qué pensar, ni qué hacer, ni adónde dirigir sus pasos.

Como un eco repitieron los labios de Acté: «¡Demasiado tarde!,» palabras que, pronunciadas por otra boca, sonaban como sentencia de muerte. Solamente de una cosa podía darse cuenta cabal: de que, á toda costa, debía encontrarse el paradero de Licia.

Envolvióse con movimiento instintivo en la toga, y se disponía á marchar, sin despedirse, cuando, de repente, levantóse la cortina que separaba el atrio del vestíbulo y apareció ante él la figura majestuosa de Pomponia Grecina.

Conociendo la nueva de la desaparición de Licia, iba á visitar á Acté para saber detalles, suponiendo que la liberta podría confiarse á ella mejor que á Plaucio.

Al ver al tribuno, volvió hacia él su rostro pálido y delicado, y exclamó:

– ¡Que Dios te perdone, Marco, todo el mal que nos has hecho á Licia y á nosotros!

Confuso y avergonzado, conocedor de su culpa, quedó un momento pensativo, no comprendiendo cuál pudiera ser el Dios que había de perdonarle, siendo así que Pomponia tenía derecho á hablarle de venganza antes que de perdón.

Después, turbado, oprimido, cansado, se alejó.

En el patio y bajo la galería se aglomeraba una muchedumbre ansiosa de noticias acerca de la pequeña Augusta y ávida de mostrar su celo y su adhesión, aunque sólo fuera á los ojos de los esclavos. La noticia de la enfermedad había reco-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

rrido Roma entera, y de todos puntos llegaban al palacio personajes y gente del pueblo que obstruían la entrada. Muchos, viendo salir á Vinicio, le acosaban á preguntas; pero él avanzaba sin contestar, hasta que topó con Petronio que llegaba en aquel momento para informarse de la salud de la niña.

La presencia de Petronio hubiese bastado para enfurecer de nuevo á Vinicio, si el cansancio y el dolor que le oprimían no se hubieran sobrepuesto á su naturaleza violenta. Se limitó á rechazarle, tratando de proseguir su camino; pero Petronio le detuvo casi á viva fuerza.

– ¿Cómo está la divina Augusta?, le preguntó.

La violencia usada con él avivó su ira.

– ¡Que el averno se la lleve, y con ella todo el palacio!, gritó rechinando los dientes.

– ¡Calla, insensato!, respondió Petronio, murmurando después á su oído: Si quieres tener noticias de tu amor, ven conmigo. Aquí no te diré nada. Ven conmigo y hablaremos en mi litera.

Y abrazándole por la cintura, le condujo apresuradamente fuera del palacio. Este era, en verdad, su único intento, porque noticias de Licia no tenía ninguna. Como hombre de experiencia y lleno de recursos, y á pesar del enojoso incidente surgido entre ellos el día anterior, pero sintiendo gran afecto por el joven tribuno y considerándose responsable, en parte, de todo lo sucedido, no había tardado en ponerse en acecho y tomar todas las medidas que juzgó oportunas. Una vez acomodados ambos en la litera, dijo Petronio:

– He encargado á mis esclavos que vigilen todas las puertas de la ciudad. Además les dí exactos pormenores acerca de la muchacha y del gigante que la sacó del banquete, porque, sin duda, es el causante de todo. Ahora, escúchame: podría darse el caso de que Aulo y Pomponia quisieran esconder á Licia en una de sus quintas; si así fuera, sabríamos en seguida el camino que á ella conduce. Si mis esclavos no la ven salir por las puertas, será que no se ha movido de Roma. Así, pues, hoy mismo podremos comenzar nuestras pesquisas.

– ¡Aulo ignora donde está Licia!, respondió Vinicio.

– ¿Estás seguro de ello?

– Vi á Pomponia, que también la busca.

– Anoche no pudo abandonar la ciudad, porque de noche las puertas están cerradas. En cada una de ellas he apostado dos esclavos, uno de los cuales debe seguir á Licia y al gigante y el otro venir á avisarme inmediatamente. Si está en la ciudad, nos será muy fácil encontrarla, pues aquel licio, gracias á su estatura, no puede permanecer ignorado. Puedes estar contento de que no te la haya quitado Nerón, y te aseguro que no sabe nada: para mí no hay secretos en el Palatino.

Con voz trémula por la emoción, Vinicio le refirió cuanto había oído de labios de Acté y el nuevo peligro que amenazaba á Licia y hacía necesario esconderla cuidadosamente, si fuese hallada, por temor á Popea.

Después no pudo Vinicio abstenerse de dirigir á Petronio acerbas censuras por sus funestos consejos, sin los cuales todo hubiera salido á pedir de boca. Licia hubiera permanecido en casa de Aulo y él la hubiera visto todos los días y sería más feliz que un césar. A medida que hablaba iba aumentando su conmoción, hasta que lágrimas de dolor y de rabia corrieron abundantes por sus mejillas.

Petronio, que nunca hubiera sospechado en su sobrino tan impetuosa pasión, al ver aquellas lágrimas, no pudo contener esta exclamación:

– ¡Oh invencible soberana de amor, tú sola dominas á los dioses y al mundo entero!

XII

Cuando los dos descendieron de la litera frente á casa de Petronio, el atriense les notificó que no había vuelto ninguno de los esclavos enviados á vigilar las puertas de la ciudad. Les había mandado la comida y el aviso de que serían azotados los que no hubiesen cumplido rigurosamente su misión.

– No cabe duda de que está en la ciudad, dijo Petronio. Envía también á tus siervos á las puertas, y con preferencia los que escoltaban la litera, que serán los que más fácilmente reconozcan á Licia.

– Los mandé á las cárceles, respondió Vinicio; pero no importa. Revocaré la orden y los enviaré á las puertas, como me aconsejas.

Escribió luego algunas palabras en una tablilla de cera, que Petronio remitió á casa de su sobrino. Ambos entraron en el pórtico interno y sentáronse sobre un banco de mármol, conversando largo rato.

Eunica, la preciosa esclava de cabellos de oro, é Iras pusieron á sus pies escabeles de bronce y rellenaron los cálices con el vino que contenían las ricas ánforas de cuello estrecho, traídas de Volterra y de Cecuba.

– ¿Alguno de tus esclavos conoce, por casualidad, á aquel licio gigantesco?, preguntó Petronio.

– Atacino y Gulón lo conocían; pero uno cayó muerto ayer al defender la litera, y al otro lo maté yo.

– ¡Cuánto me aflige!, exclamó Petronio. ¡Pensar que los dos te han llevado en brazos!

– Mi intención era darles la libertad, replicó Vinicio; pero no hablemos de ellos ahora; hablemos de Licia. Roma es un mar.

– El mar es precisamente el sitio donde se pescan las perlas. Es cierto que no la encontraremos hoy, ni mañana, pero también es verdad que acabaremos por encontrarla. Tú me censuraste por haberte indicado un camino falso. ¡No! El camino, que era bueno, andando por él, se ha echado á perder. ¿No oíste tú mismo de labios de Aulo que quería trasladarse con los suyos á Sicilia? En este caso, Licia y tú os hubierais separado.

– Les habría seguido. Y cuando menos, Licia estaría fuera de todo peligro. Así, en cambio, Popea, si se le muere la niña, creerá y hará creer que Licia ha sido la causa de tal desventura.

– ¡Ya! Aquí está el mal, precisamente; mas confiemos en que la niña curará, porque si muere, debemos preparar un camino para que salga con bien.

Después de reflexionar un poco, continuó:

– Popea, por lo que se dice, sigue la religión judaica y cree en los espíritus malignos. César es supersticioso. Si hacemos correr la voz de que Licia ha sido arrebatada por tales espíritus, se prestará fe á la especie propalada, tanto más

rrido Roma entera, y de todos puntos llegaban al palacio personajes y gente del pueblo que obstruían la entrada. Muchos, viendo salir á Vinicio, le acosaban á preguntas; pero él avanzaba sin contestar, hasta que topó con Petronio que llegaba en aquel momento para informarse de la salud de la niña.

La presencia de Petronio hubiese bastado para enfurecer de nuevo á Vinicio, si el cansancio y el dolor que le oprimían no se hubieran sobrepuesto á su naturaleza violenta. Se limitó á rechazarle, tratando de proseguir su camino; pero Petronio le detuvo casi á viva fuerza.

– ¿Cómo está la divina Augusta?, le preguntó.

La violencia usada con él avivó su ira.

– ¡Que el averno se la lleve, y con ella todo el palacio!, gritó rechinando los dientes.

– ¡Calla, insensato!, respondió Petronio, murmurando después á su oído: Si quieres tener noticias de tu amor, ven conmigo. Aquí no te diré nada. Ven conmigo y hablaremos en mi litera.

Y abrazándole por la cintura, le condujo apresuradamente fuera del palacio. Este era, en verdad, su único intento, porque noticias de Licia no tenía ninguna. Como hombre de experiencia y lleno de recursos, y á pesar del enojoso incidente surgido entre ellos el día anterior, pero sintiendo gran afecto por el joven tribuno y considerándose responsable, en parte, de todo lo sucedido, no había tardado en ponerse en acecho y tomar todas las medidas que juzgó oportunas. Una vez acomodados ambos en la litera, dijo Petronio:

– He encargado á mis esclavos que vigilen todas las puertas de la ciudad. Además les dí exactos pormenores acerca de la muchacha y del gigante que la sacó del banquete, porque, sin duda, es el causante de todo. Ahora, escúchame: podría darse el caso de que Aulo y Pomponia quisieran esconder á Licia en una de sus quintas; si así fuera, sabríamos en seguida el camino que á ella conduce. Si mis esclavos no la ven salir por las puertas, será que no se ha movido de Roma. Así, pues, hoy mismo podremos comenzar nuestras pesquisas.

– ¡Aulo ignora donde está Licia!, respondió Vinicio.

– ¿Estás seguro de ello?

– Vi á Pomponia, que también la busca.

– Anoche no pudo abandonar la ciudad, porque de noche las puertas están cerradas. En cada una de ellas he apostado dos esclavos, uno de los cuales debe seguir á Licia y al gigante y el otro venir á avisarme inmediatamente. Si está en la ciudad, nos será muy fácil encontrarla, pues aquel licio, gracias á su estatura, no puede permanecer ignorado. Puedes estar contento de que no te la haya quitado Nerón, y te aseguro que no sabe nada: para mí no hay secretos en el Palatino.

Con voz trémula por la emoción, Vinicio le refirió cuanto había oído de labios de Acté y el nuevo peligro que amenazaba á Licia y hacía necesario esconderla cuidadosamente, si fuese hallada, por temor á Popea.

Después no pudo Vinicio abstenerse de dirigir á Petronio acerbas censuras por sus funestos consejos, sin los cuales todo hubiera salido á pedir de boca. Licia hubiera permanecido en casa de Aulo y él la hubiera visto todos los días y sería más feliz que un césar. A medida que hablaba iba aumentando su conmoción, hasta que lágrimas de dolor y de rabia corrieron abundantes por sus mejillas.

Petronio, que nunca hubiera sospechado en su sobrino tan impetuosa pasión, al ver aquellas lágrimas, no pudo contener esta exclamación:

– ¡Oh invencible soberana de amor, tú sola dominas á los dioses y al mundo entero!

XII

Cuando los dos descendieron de la litera frente á casa de Petronio, el atriense les notificó que no había vuelto ninguno de los esclavos enviados á vigilar las puertas de la ciudad. Les había mandado la comida y el aviso de que serían azotados los que no hubiesen cumplido rigurosamente su misión.

– No cabe duda de que está en la ciudad, dijo Petronio. Envía también á tus siervos á las puertas, y con preferencia los que escoltaban la litera, que serán los que más fácilmente reconozcan á Licia.

– Los mandé á las cárceles, respondió Vinicio; pero no importa. Revocaré la orden y los enviaré á las puertas, como me aconsejas.

Escribió luego algunas palabras en una tablilla de cera, que Petronio remitió á casa de su sobrino. Ambos entraron en el pórtico interno y sentáronse sobre un banco de mármol, conversando largo rato.

Eunica, la preciosa esclava de cabellos de oro, é Iras pusieron á sus pies escabeles de bronce y rellenaron los cálices con el vino que contenían las ricas ánforas de cuello estrecho, traídas de Volterra y de Cecuba.

– ¿Alguno de tus esclavos conoce, por casualidad, á aquel licio gigantesco?, preguntó Petronio.

– Atacino y Gulón lo conocían; pero uno cayó muerto ayer al defender la litera, y al otro lo maté yo.

– ¡Cuánto me aflige!, exclamó Petronio. ¡Pensar que los dos te han llevado en brazos!

– Mi intención era darles la libertad, replicó Vinicio; pero no hablemos de ellos ahora; hablemos de Licia. Roma es un mar.

– El mar es precisamente el sitio donde se pescan las perlas. Es cierto que no la encontraremos hoy, ni mañana, pero también es verdad que acabaremos por encontrarla. Tú me censuraste por haberte indicado un camino falso. ¡No! El camino, que era bueno, andando por él, se ha echado á perder. ¿No oíste tú mismo de labios de Aulo que quería trasladarse con los suyos á Sicilia? En este caso, Licia y tú os hubierais separado.

– Les habría seguido. Y cuando menos, Licia estaría fuera de todo peligro. Así, en cambio, Popea, si se le muere la niña, creerá y hará creer que Licia ha sido la causa de tal desventura.

– ¡Ya! Aquí está el mal, precisamente; mas confiemos en que la niña curará, porque si muere, debemos preparar un camino para que salga con bien.

Después de reflexionar un poco, continuó:

– Popea, por lo que se dice, sigue la religión judaica y cree en los espíritus malignos. César es supersticioso. Si hacemos correr la voz de que Licia ha sido arrebatada por tales espíritus, se prestará fe á la especie propalada, tanto más

cuanto que ni César ni Plaucio la han secuestrado y su desaparición tiene algo de misterioso. El licio solo no puede haber llevado á cabo la hazaña; debe haber tenido auxiliares.

– En Roma los esclavos se ayudan unos á otros.

– Pero no unos contra otros. Esos sabían que tus siervos sufrirían un castigo. Si hablas á tus esclavos de los espíritus malignos, en seguida afirmarán que los han visto con sus propios ojos, porque esto los justificaría ante ti. Si preguntas á uno de ellos si ha visto á los espíritus que se llevaban consigo por el aire á la pobre Licia, te jurará por todos los dioses haberlos visto.

Vinicio, que, precisamente, era algo supersticioso, miró á Petronio con gesto de vivo terror.

– Y en efecto, si Ursus no tenía auxiliares, por sí solo no hubiera podido valerse. ¿Cómo ocurrió el hecho, entonces?

Petronio se echó á reir.

– ¡Mira si no lo creerían, dijo, cuando tú ya te inclinas á creerlo! ¡Esta es nuestra sociedad, que desprecia á los dioses! Se dará crédito á los rumores y nadie se cuidará más de Licia. Y entretanto, la alejaremos de Roma y la esconderemos en una de nuestras quintas.

– ¿Pero quién podría libertarla?

– Sus correligionarios, respondió Petronio.

– ¿Y quiénes son? ¿Qué divinidad adora Licia? ¡Debí haberlo sabido antes que tú!

– Aquí, en Roma, cada mujer adora á una divinidad distinta. Está fuera de duda que Licia ha sido educada en la religión de aquella divinidad que Pomponia reconoce. Ignoro cuál puede ser. Lo cierto es que nadie ha visto á la mujer de Plaucio en ningún templo para ofrecer sacrificios á nuestros dioses. Se la acusa de ser cristiana, pero esto es imposible. Se reunió un consejo de familia y declaró falsa la acusación. Dícese que los cristianos no sólo adoran una cabeza de asno, sino que además son enemigos del género humano y cometen horribles delitos. Pomponia, por lo tanto, no puede ser cristiana, porque es conocida su virtud, y un enemigo de la humanidad no trataría á los esclavos como se les trata en su casa. ¡Y ahora que recuerdo!.. Ella me citó á un Dios todopoderoso y justo. ¿Qué habrá hecho de los demás? Pero su Verbo no debe ser muy poderoso, ó, todo lo más, debe tratarse de un dios muy débil, si no tiene más secuaces que Pomponia y Licia, con la compañía de Ursus. Podría darse el caso de que tales creyentes fueran muchos y que hubieran secuestrado á Licia.

– Su fe tiene por ley el perdón, observó Vinicio. Delante de Acté me he encontrado con Pomponia, que me ha dicho: «¡Dios te perdone todo el mal que nos hiciste á nosotros y á Licia!»

– Evidentemente, debe tratarse de un dios muy benigno. Esperemos que te perdone y te lo pruebe, devolviéndote á la muchacha.

– ¡Mañana mismo le ofreceré una hecatombe! No siento deseos de comer, ni de bañarme, ni de reposar. Quiero recorrer toda la ciudad con una linterna ciega. ¡Tal vez la encuentre disfrazada! ¡Ay! Me siento malo.

– Tienes fiebre, le dijo Petronio.

– ¡Sí, la noto!

– Pues escúchame: ignoro lo que te prescribiría tu médico, pero sé lo que haría yo en tu lugar. Sin renunciar á la captura de la perdida, buscaría en otra todo el placer que se llevó consigo aquélla. ¡No me contradigas! Sé lo que es el amor y sé también que ninguna otra puede hacer las veces de la mujer amada. Pero junto á

¡Pues bien, te la ofrezco, tuya es!

una esclava hermosa puede encontrarse un momentáneo consuelo y una distracción.

– Yo no la busco, replicó Vinicio.

Pero Petronio, que quería demostrarle su verdadero afecto y simpatía, empezó á devanarse los sesos para ofrecerle un medio que aliviase su dolor.

– Quizá tus esclavas no tienen para ti los encantos de la novedad, dijo, después de algún rato, examinando atentamente, ya á Iras, ya á Eunica; y señalando la cabeza dorada de esta última, añadió: Mira esta gracia, por la cual, hace pocos días, Fonteyo Capitón, el más joven, me ofreció en cambio tres magníficos muchachos de Claromenes. Ningún Fidias ha esculpido jamás una figura más agraciada que la suya. No comprendo cómo hasta hoy la he mirado con indiferencia: no habrá sido por respeto á Crisotemis. ¡Pues bien, te la ofrezco, tuya es!

Eunica palideció y miró ansiosa á Vinicio, aguardando su respuesta.

Él se levantó, y apretándose la cabeza con las manos, como un enfermo que no quiere oir hablar de nada:

– ¡No, no!, dijo rápidamente. No la quiero, te lo agradezco; pero no sabría qué hacer de ella. Quiero buscar á Licia. Hazme traer un manto con capuz; me voy á la ribera del Tíber. ¡Si al menos encontrase á Ursus!..

Y partió rápido como una flecha. Petronio no quiso detenerle. Se explicaba que su sobrino rehusase la oferta por una natural aversión del momento á toda mujer que no fuese Licia. Y no pareciéndole correcto quedarse con lo que había regalado, volvióse á Eunica y le dijo:

– ¡Báñate, perfúmate con bálsamos olorosos y trasládate á casa de Vinicio!

Pero ella se echó á sus pies, suplicándole, con las manos cruzadas, que no la enviase fuera. Protestaba de que hubiese de trasladarse á casa de Vinicio. Prefería permanecer allí, siendo la última esclava y haciendo los oficios peores y más costosos. No quería, no podía salir de aquella casa, y suplicaba, por piedad, que la hiciese azotar todos los días, pero que no la alejase de allí.

Temblando de ansia y de emoción, extendía los brazos, suplicante, mientras Petronio escuchaba atónito.

Un esclavo que se atreviese á suplicar para sustraerse á cualquier mandato, y que osase decir: «no quiero ó no puedo,» era cosa tan inaudita en Roma, que Petronio lo estaba viendo y no quería creerlo. Arrugó la frente en actitud de amenaza; mas como era muy refinado en sus sentimientos y en sus gustos, no sabía ser cruel. Sus esclavos, especialmente tratándose de diversiones, gozaban de más libertad que otros, con la condición de que cumpliesen escrupulosamente con sus obligaciones y respetasen la voluntad de su señor como la de un dios. Si les cogía en una de esas faltas, no les rebajaba el acostumbrado castigo.

Además de esto, no podía tolerar las contradicciones, sobre todo si atentaban á su reposo; y viendo á la pobre joven arrodillada á sus pies:

– ¡Levanta, le dijo, y llama á Tiresias!

Eunica se levantó temblando, y con las lágrimas en los ojos se alejó, para volver al poco rato con el guardián del atrio, el cretense Tiresias.

– Coge á Eunica, le ordenó Petronio, y suminístrale veinticinco azotes; pero ¡cuidado con lastimar la piel!

Entró en su biblioteca, donde se sentó junto á una mesa de mármol rosado y se dedicó á repasar su «Banquete de Trimalción.» Pero la desaparición de Licia y la enfermedad de la hija de Popea le preocupaban de tal modo, que tuvo que renunciar á su labor al poco rato. Pensaba además que si César hubiese atribuído también á cualquier sortilegio de Licia la enfermedad de la niña, á él le alcanzaba la mayor responsabilidad, porque, á petición suya, había entrado la joven en pala-

Temblando de ansia y de emoción, extendía los brazos, suplicante...

cio. Sin embargo, en su próximo coloquio con César lograría demostrarle claramente lo absurdo de tal sospecha, y además contaba con cierta debilidad de Popea con respecto á su persona, debilidad que ella, á su pesar, no había podido ocultarle: el caso era digno de reflexión. Pero luego se encogió de hombros y decidió tomar algo confortante en el triclinio, antes de salir á hacer sus acostumbradas visitas al Palatino, al Campo de Marte y á casa de Crisotemis. En uno de los corredores de paso descubrió, inesperadamente, la graciosa silueta de Eunica, apoyada en la pared; y olvidando que había ordenado para ella un castigo ligero, arrugó el entrecejo y dirigió en torno una mirada, como buscando al atriense; pero viendo que no se hallaba entre los esclavos presentes, se volvió á Eunica y le preguntó:

– ¿Has sufrido ya tu castigo?

Ella se echó de nuevo á sus pies, y besando la orla de la toga de Petronio, exclamó:

– ¡Sí, mi señor!

Su acento era de alegría y de gratitud. Consideraba el castigo sufrido como garantía de su permanencia en la casa. Petronio, observándolo, quedó estupefacto ante aquella apasionada insistencia, y como hombre conocedor de la naturaleza humana, no tardó en comprender que sólo el amor podía ser la causa.

– ¿Amas á alguno de los de aquí?, le preguntó.

– ¡Sí, señor!

Y con aquellos ojos, con aquellos cabellos de oro echados hacia atrás, con aquella expresión del rostro, sobre el cual se pintaban el ansia y la esperanza, le pareció tan hermosa, que él, como buen filósofo que proclamaba la potencia del amor y como esteta que estaba siempre dispuesto á admirar lo bello, quedó profundamente conmovido.

– ¿Y á quién amas entre todos estos?, le preguntó, señalándole los esclavos.

No obtuvo respuesta. Eunica bajó la cabeza y permaneció inmóvil.

Petronio examinó á los esclavos, entre los cuales había jóvenes robustos y bellos, pero no pudo leer en ningún semblante la contestación que esperaba; todos se limitaban á sonreir. Miró un instante á la esclava, postrada aún á sus pies, y se dirigió silencioso al triclinio.

Después de refocilarse á sus anchas, se hizo conducir al palacio imperial y desde allí á casa de Crisotemis, donde se entretenía hasta muy avanzada la noche.

De vuelta en casa, hizo llamar á Tiresias.

– ¿Has dado á Eunica los veinticinco azotes?

– Sí, señor; pero tú ordenaste que no se le hiciera daño en la piel.

– ¿No dí otras órdenes respecto á ella?

– No, señor, respondió el atriense con vacilación.

– Está bien; dime ahora: ¿quién es aquí su amante?

– Nadie, señor.

– ¿Qué sabes tú?

Tiresias respondió con voz insegura:

– De noche no abandona nunca el *cubiculum*, donde duerme con la vieja Acrisiona y con Ifida; cuando tú estás vestido, no vuelve á entrar en el baño; por esto todos se burlan de ella y la llaman Diana.

– ¡Basta!, respondió Petronio. Vinicio, mi sobrino, á quien hoy se la ofrecí, no la aceptó. Puede permanecer aquí y tú puedes retirarte.

– ¿Se me permite decir algo más acerca de ella?

– ¡Te ordeno que me digas cuanto sepas!

– Aquí todos hablan de la fuga de la joven que debía habitar en casa del noble Vinicio. Después que saliste, señor, Eunica me declaró que conocía á un hombre que sabría seguir las huellas de la muchacha.

– ¿De veras? ¿Y quién es?

– Lo ignoro, señor. He creído deber mío participártelo.

– Está bien. Ese hombre esperará mañana aquí la llegada de Vinicio, á quien rogarás, en mi nombre, que venga á verme.

El atriense saludó respetuosamente y salió. Petronio se dió á pensar en Eunica. Era evidente que la joven esclava deseaba que Vinicio recuperase á Licia, para no verse obligada á sustituirla. Después le vino el pensamiento de que el hombre recomendado por Eunica podría ser su amante, y esta idea empezó á ponerle de mal humor. Había un medio sencillo y claro: preguntar á la misma Eunica; pero era ya muy tarde y Petronio se sentía fatigado y deseaba descansar. En el *cubiculum* recordó, de pronto, haber descubierto algunas arrugas en la frente de Crisotemis, cuya belleza era celebrada en toda Roma, exagerando su mérito real, y pensó que Fonteyo Capitón, que le había ofrecido tres jóvenes esclavos de Claromenes á cambio de Eunica, pretendía adquirirla por muy poco precio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIII

Al día siguiente, cuando Petronio acababa de vestirse en el *untuario*, compareció Vinicio, llamado por Tiresias. Sabía que de las puertas no había llegado noticia alguna, lo cual le consolaba, porque era indicio casi seguro de que Licia no había salido de Roma; pero, al mismo tiempo, temía que Ursus la hubiese llevado fuera de la ciudad inmediatamente después del conflicto, esto es, antes de que Petronio hubiese enviado á sus esclavos á vigilar las puertas. Y aunque en otoño se acortaban los días y las puertas se cerraban más temprano, las abrían fácilmente los fugitivos, y su número era considerable. Tampoco era difícil salvar las murallas por otras vías conocidas de los esclavos que querían evadirse. Vinicio había mandado esclavos á todos los caminos que conducían á las provincias y avisado á las autoridades de las poblaciones cercanas con objeto de que detuviesen á Ursus y Licia, dándoles las señas precisas y prometiendo recompensas á los que dieran con ella. Pero no estaba seguro de encontrar, con tales medios, á los fugitivos, ya que á las autoridades locales no les asistía el derecho de detenerlos por el simple mandato de Vinicio, no legalizado por ningún pretor.

En efecto, Marco no había tenido tiempo para atender á semejantes exigencias. Él mismo había recorrido el día anterior toda la ciudad, vestido como un esclavo, para buscar á Licia; pero no le fué posible dar con el menor rastro.

Había seguido también á los siervos de Plaucio; pero éstos, asimismo, parecían buscar algo, lo cual le convenció de que Aulo no ocultaba á Licia y de que tampoco el viejo capitán tenía noticias de ella.

Así, pues, cuando Tiresias le advirtió que existía un hombre capaz de encontrar á la joven, se precipitó en casa de Petronio y de buenas á primeras, casi sin saludar, empezó á preguntar á su tío.

– Pronto le veremos, porque Eunica le conoce, respondió Petronio. La esclava vendrá en seguida para arreglar los pliegues de mi toga, y nos dará detalles.

– ¡Ah! ¿Es la que ayer querías ofrecerme?

– Y que tú rechazaste, por lo que te estoy agradecidísimo, pues ninguna como ella sabe arreglarme con arte los pliegues de la toga.

No había terminado la frase cuando Eunica se presentó, no pudiendo disimular su alegría. Cuidadosamente cumplía su misión y Petronio seguía todos sus movimientos. Le parecía hermosísima. Puso la toga á su señor y colocó los pliegues con suma gracia.

– ¡Eunica!, dijo luego Petronio. ¿Ha venido ya, llamado por Tiresias, el hombre de que hablaste ayer?

– ¡Ha venido, señor!

– ¿Su nombre?

– Quilón Quilónides.

– ¿Y qué es ese hombre?

– Un médico, un sabio, un adivino, que sabe leer el destino de las personas y les predice el porvenir.

– ¿Te lo ha predicho?

Eunica se sonrojó, diciendo con visible emoción:

– Sí, señor; me aseguró que sufriría un gran dolor y que después tendría una gran fortuna.

– El dolor te lo causó ayer Tiresias con la vara; ahora, pues, te aguarda la fortuna.

– La tengo ya, señor.

– ¿Y en qué consiste?

– ¡En no salir de aquí!, murmuró en voz baja.

Petronio le acarició los dorados cabellos con la mano.

– Hoy me has colocado divinamente la toga; estoy satisfecho de ti.

Lágrimas de gozo humedecieron los hermosos ojos de la esclava, cuyo corazón latió con violencia.

Petronio y Vinicio pasaron en seguida al atrio, donde Quilón Quilónides les esperaba. Al verles, se deshizo en profundas reverencias y exagerados saludos, y Petronio no pudo menos de sonreir mirando al que había creído amante de Eunica. ¡El hombre que tenía ante sus ojos no podía ser amante de ninguna mujer!

En aquella extraña figura lo vulgar se unía á lo ridículo; no podía decirse que fuera viejo, pero en su barba sucia, en sus encrespados cabellos asomaban algunos pelos grises.

El pecho hundido y las espaldas encorvadas le daban el aspecto de un jorobado, y sobre la joroba se asentaba una enorme cabezota, que reunía en sí rasgos del mono y del zorro. El rostro amarillento estaba lleno de excrecencias, y la nariz encarnada y esponjosa delataba su afición al báquico licor. Su traje, compuesto de una raída túnica de lana de cabra y un destrozado manto de igual tejido, contribuía á darle un aspecto de extremada pobreza, fuese verdadera ó fingida.

Al ver á aquel hombre, Petronio recordó al homérico Tersites; por lo cual, respondiendo con un gesto de la mano á sus reverencias, le dijo:

– ¡Salud, oh divino Tersites! ¿Qué se han hecho los rasgados vestidos que te dió Ulises en Troya? ¿Y qué hace él en los Campos Elíseos?

– Noble señor, respondió Quilón, Ulises, el sapientísimo entre los muertos, envía por mi conducto un saludo á Petronio, el sapientísimo entre los vivos, y además el ruego de que cubras con un nuevo manto estos hábitos destrozados.

– ¡Por Hécate triforme!, exclamó Petronio. La respuesta merece un manto nuevo.

Pero aquí el diálogo fué interrumpido por Vinicio, que, impaciente, preguntó á Quilón:

– ¿Tienes perfecta idea de la empresa que vamos á confiarte?

– Cuando en dos casas de patricios no se habla de otra cosa y cuando media Roma repite la historia, ¿cómo es posible ignorarlo? La otra noche, una joven llamada Licia, y más propiamente Calina, criada en la casa de Aulo, fué secuestrada. Tus esclavos, señor, la conducían desde el palacio de César á la ínsula, y yo me empeño en encontrarla en la ciudad, ó si ha salido de ella, averiguar dónde se esconde.

– ¡Perfectamente!, dijo Vinicio, á quien satisfizo la precisión de la respuesta. ¿Y qué medios emplearás para ello?

Quilón sonrió como un hipócrita, diciendo:

– Tus medios, señor, y mi espíritu.

Petronio no pudo contener la risa, mostrándose contento con el hallazgo de aquel tipo.

– He aquí un hombre que acabará por encontrarla, pensó.

Vinicio, en cambio, arrugando el entrecejo, le amenazó de este modo:

– ¡Pobre de ti, si crees engañarme por amor al lucro!; en tal caso, no olvides que te haré azotar sin piedad.

– Soy un filósofo, señor, y un filósofo no puede ambicionar ganancias, y menos del género de las que tú me has ofrecido generosamente.

– ¡Ah! ¿Tú eres filósofo?, preguntó Petronio. Pues Eunica me dijo que eras médico y adivino. ¿Cómo conociste á Eunica?

– Recurrió á mí por remedio, pues mi fama llegó á sus oídos.

– ¿Y qué clase de remedio necesitaba?

– Remedio para el amor. Quería curar su amor no correspondido.

– ¿Y tú la curaste?

– Hice más, señor. Le dí un amuleto que garantiza la correspondencia. En la isla de Chipre hay un templo en el cual se conserva un ceñidor de Venus. Yo le dí dos hilos del mismo, encerrados en una cáscara de almendra.

– ¿Y se los hiciste pagar muy caros?

– Nunca parece caro lo que se paga por un amor correspondido, y yo, que tengo la mano derecha con dos dedos cortados, recojo dinero para comprarme un esclavo á quien dictar mis pensamientos y legar así mi ciencia á las futuras generaciones.

– ¿A qué escuela perteneces, sabio divino?

– Soy un cínico, señor, porque visto un manto raído; soy un estoico, porque soporto pacientemente la miseria; soy un peripatético, porque, no poseyendo una litera, voy á pie de una taberna á otra, y andando, enseño á aquellos que me ofrecen en recompensa un bocal de vino.

– Y cuando bebes, ¿eres quizás un retórico?

– Heráclito dice que todo es líquido; ¿puedes negar que el vino es líquido?

– También decía que el fuego era cosa divina; tal divinidad se refleja claramente en tu nariz roja.

– Pero el divino Diógenes de Apolonia predicaba que el aire es la esencia de todas las cosas; y cuanto más caliente, más perfectas son las criaturas por él producidas. Ya que los otoños se presentan fríos, el sabio concienzudo deberá calentarse el alma con buen vino. ¿Y podrás impedir que un bocal de los que producen Capua ó Telesia tenga la virtud de calentar las fibras de un pobre cuerpo humano caduco?

– Dime, Quilón, ¿dónde has nacido?

– Junto al Mar Negro; procedo de Mesembria.

– ¡Oh, Quilón! ¡Tú eres grande!

– Y desconocido, añadió el sabio con aire pensativo.

Vinicio volvía á impacientarse. Después de hacerle vislumbrar Quilón un rayo de esperanza, deseaba que aquel extraño personaje empezase á cumplir lo prometido. Por eso todos los discursos le parecían tiempo perdido y se irritaba contra Petronio.

– ¿Cuándo comenzarás tus averiguaciones?, preguntó al griego.

– Las he comenzado ya, contestó Quilón. Y desde que estoy aquí y respondo á tus benignas preguntas, puedo decir que no hago más que averiguar. Cree, noble tribuno, que si perdieras las cintas de tus sandalias, yo sabría encontrarlas, ó encontraría al que las hubiese recogido.

Petronio y Vinicio pasaron en seguida al atrio, donde Quilón Quilónides les esperaba

– ¿Te has empleado ya en servicios semejantes?

El griego levantó los ojos al cielo.

– Hoy día se estiman en poco la virtud y la ciencia, y el filósofo se ve obligado á recurrir á otros medios para vivir.

– ¿Y en qué consisten los tuyos?

– En saberlo todo y procurar noticias al que las necesita.

– Y al que las paga con esplendidez.

– Os dije ya que he de comprarme un esclavo escribiente. Si no puedo lograrlo, toda mi ciencia morirá conmigo.

– Si no has conseguido reunir lo bastante para comprarte un manto, quiere decirse que tus servicios no se han apreciado en lo que valen.

– La modestia me impide hablar. No olvides que hoy no abundan aquellos bienhechores que antes eran tan numerosos y que encontraban, recompensando con el oro los menores servicios, la misma complacencia que engullendo una ostra de Puzzolo. ¡No! Mis servicios no son insignificantes, pero la gratitud humana es mezquina. Cuando, por ejemplo, huye un esclavo de precio, ¿quién lo encuentra sino el hijo único de mi padre? Cuando se ven sobre los muros inscripciones ofensivas contra la divina Popea, ¿quién descubre al autor? ¿Quién sabe hallar en las librerías versos escritos contra César? ¿Quién sabe referir las conversaciones de senadores y patricios? ¿A quién se confían cartas que no se confiarían á un esclavo? ¿Quién espía todas las novedades en las puertas de los barberos? ¿Para quién no tienen misterios las tabernas y las panaderías? ¿En quién confían los esclavos? ¿Quién puede penetrar con la mirada en todas las casas, desde el atrio hasta el jardín? ¿Quién conoce todas las calles, todos los caminos, todos los escondrijos? ¿Quién está en el caso de saber todo lo que se dice diariamente en los baños, en el Circo, en el mercado, en las salas de armas, entre los mercaderes de esclavos y hasta en el Anfiteatro?

– ¡Por todos los dioses, basta ya, ilustre omnisciente!, exclamó Petronio. Quedamos confundidos ante el cúmulo de tus aptitudes, ante tus virtudes y tu elocuencia. ¡Basta ya! Deseábamos saber quién eras, y ahora lo sabemos.

Vinicio se mostraba contento, pues pensaba que aquel hombre, parecido á un perro, puesto una vez sobre el rastro, no estaría tranquilo hasta dar con el escondite.

– Pues bien, dijo, ¿necesitas algunos datos?

– Necesito un auxiliar.

– ¿De qué clase?

El griego extendió una mano, haciendo con la otra movimientos significativos como si contase dinero.

– ¡Así están los tiempos!, dijo suspirando.

– Entonces quieres parecerte á aquel asno, observó Petronio, que pretende adquirir fuerzas con su albarda cargada de oro.

– Yo no soy más que un pobre filósofo, respondió Quilón. El oro lo tenéis vosotros.

Vinicio le arrojó una bolsa, que el griego cogió diestramente al vuelo, si bien faltaban dos dedos á su diestra. Después echó hacia atrás su cabeza y dijo:

– Sé más de cuanto puedes figurarte. No he venido aquí á ciegas. Sé muy bien que Aulo no fué quien robó á la muchacha, pues hablé con sus esclavos. Sé también que no se halla en el Palatino: allí están todos en torno al lecho de la enferma, y sé quizá también adivinar por qué preferís buscar á Licia con mi auxilio á encargar de esta misión á la guardia de la ciudad y á los soldados imperiales. Sé

además que un esclavo compatriota de Licia facilitó su fuga. Él no podía encontrar cooperadores entre los esclavos, porque todos se entienden entre ellos y no hubiera querido luchar contra los tuyos. Así pues, algún secuaz de su religión debió ayudarle.

– ¿Oyes, Vinicio?. exclamó Petronio. ¿No te dije lo mismo exactamente?

– ¡Esto es para mí un honor!, dijo Quilón. La joven, señor, continuó, dirigiéndose á Vinicio, adora, indudablemente, la misma divinidad que la virtuosa dama romana, llamada Pomponia, esa verdadera matrona. También he oído asegurar que Pomponia adora en su casa á un Dios extranjero; pero no he podido saber por sus esclavos de qué Dios se trata, ni cómo se llaman sus secuaces. Si lograse saberlo, iría á encontrarlos, y para ganarme su confianza, me fingiría el más devoto entre los devotos. Pero tú, señor, que conoces desde hace tiempo á la familia del noble Aulo, por lo que me consta, ¿no podrías darme algún dato acerca de esto?

– ¡No puedo!, dijo Vinicio.

– Vosotros me habéis dirigido muchas preguntas y yo os he contestado á conciencia; ¿me permitís que, á mi vez, os haga una? ¿Has observado, noble señor, cerca de Pomponia ó de tu divina Licia alguna imagen, algún voto, algún signo ó algún amuleto? ¿No las has visto entenderse entre ellas con algún signo incomprensible para ti?

– ¿Un signo? ¡Espera! Vi un día á Licia dibujar un pez sobre la arena.

– ¿Un pez? ¡Ah! ¡Oh!.. ¿Y repitió el dibujo ó lo trazó una vez sola?

– Una vez nada más.

– ¿Y estáis seguro, señor, de que se trataba de un pez? ¡Oh!..

– ¡Sí!, respondió Vinicio, con viva curiosidad. ¿Adivinas lo que puede significar?

– ¿Si lo adivino?..., exclamó Quilón. Y haciendo reverencias para despedirse, añadió: ¡Que la diosa Fortuna os colme á todas horas con sus dones, oh ilustres señores!

– Ordena que se te traiga un manto, le dijo Petronio.

– ¡Ulises te lo agradece por medio de Tersites!, contestó el griego, que inclinándose otra vez, salió de la estancia.

– ¿Qué tienes que decir de este nobilísimo sabio?, preguntó Petronio.

– Que encontrará á Licia, respondió con gozo Vinicio; pero añado que si existiese el reino de los tramposos y fulleros, ese sería el rey.

– Verdaderamente; y yo quiero conocer más de cerca á ese estoico; pero entretanto, voy á hacer que perfumen el atrio.

Quilón Quilónides, envuelto en su manto nuevo, llevaba en la mano, escondida debajo de los pliegues, la bolsa que había recibido de Vinicio y de la cual admiraba el peso y el sonido.

– Debo ir á casa de Esporo y beber algo en honor de la Fortuna, decía para sí. Por fin he encontrado lo que buscaba hace tanto tiempo. Es joven, ardiente, generoso y pronto á dar media vida por cualquier tontería. Es el hombre que me hacía falta. No hay que olvidar aún la prudencia al acercarse á él, pues tiene un modo de arrugar el entrecejo que no tranquiliza. El mundo es hoy de los prepotentes. ¡Oh dioses! Ahora se recompensan con más largueza los servicios de un medianero, que la misma virtud... ¿Ha dibujado un pez en la arena? ¡Si comprendo lo que esto significa, que me ahorquen! Pero acabaré por comprenderlo. Los peces viven en el agua, y buscar en el agua es mucho más difícil que en la tierra; luego deberá pagar algo más por ese pez. Otra bolsa como esta, y podré comprarme un esclavo. Pero ¿qué dirías, Quilón, si te aconsejase que compraras una esclava? Te conozco y sé que seguirías mi consejo. Y si, por añadidura, fuese hermosa como

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eunica, á su lado te sentirías más joven y tendrías además una buena renta segura. He vendido á la pobre Eunica dos hilos de mi manto. ¡Qué inocente! Pues, á pesar de eso, si Petronio me la cediese, la aceptaría. ¡Sí, sí, Quilón; tú has perdido á tu padre y á tu madre! Eres un pobre huérfano: consuélate con una esclava. Pero es preciso ofrecerle un alojamiento: Vinicio debe pensar en procurárselo; necesitará también vestidos, y Vinicio los pagará; y además tendré que mantenerla..., á expensas de Vinicio. ¡Ay, qué vida más perra! ¿Dónde están aquellos tiempos en que se podía comprar por una moneda tanta carne de cerdo capado y tantas habas, que no cabían en una mano? Pero aquí está Esporo. En la taberna será más fácil saber algo.

Así, hablando consigo mismo, entró en el despacho y pidió un bocal de lo tinto. Observando cierta vacilación en el tabernero, sacó de la bolsa una moneda de oro, y echándola sobre la mesa, dijo:

– Hoy he trabajado con Séneca desde el alba hasta el mediodía, y esto es todo lo que me ha dado en recompensa.

Los ojos atónitos de Esporo se abrieron aún más ante la moneda y no tardó en presentarse el vino pedido. Quilón mojó en él un dedo, y después de dibujar un pez sobre la mesa, dijo:

– ¿Sabes lo que esto significa?

– ¿Un pez? Pues... un pez, ¡no hay duda!

– ¡Por mucha agua que eches en tu vino, es muy difícil que se críen peces en él, estúpido! Este es un símbolo que en el lenguaje filosófico significaría: la sonrisa de la Fortuna. Si tú lo hubieses adivinado, también hubieras hecho tu fortuna. Cultiva, pues, la filosofía: ¡recuérdalo! De lo contrario, cambiaré de taberna, como hace ya tiempo me aconseja Petronio, mi excelente amigo personal.

XIV

Después del precedente coloquio, Quilón no se dejó ver en algún tiempo. Vinicio, desde que tenía la seguridad del amor de Licia, estaba más anheloso de encontrarla y se entregó enteramente á su busca.

No consideraba oportuno dirigirse á César, estando Nerón en ansia perpetua por la vida de la enfermita.

De nada sirvieron los sacrificios y las rogativas en los templos, de nada el arte de los médicos, ni los exorcismos de los magos, á los cuales se recurrió para que no se dijese que no se había probado todo. Al cabo de una semana, la niña murió. La corte y Roma entera quedaron sumidas en el dolor más profundo.

El emperador, que pareció enloquecer de alegría cuando nació su hija, estaba loco de desesperación al verla morir. Se encerró en sus habitaciones, negándose durante dos días consecutivos á tomar alimento y á recibir á los senadores y cortesanos que iban á expresarle sus sentimientos de condolencia. El Senado se había reunido en sesión extraordinaria para acordar los honores que debían tributarse á la muerta. Se decidió erigirle un templo y destinar un sacerdote á su servicio. Se ofrecieron á los dioses muchos sacrificios y se fundieron estatuas de precioso metal. Los funerales fueron imponentes, y durante los mismos, el pueblo tuvo que afligirse ante las manifestaciones de paternal sentimiento de su emperador, y lloró con él, extendiendo las manos para obtener dádivas y gozando extraordinariamente á la vista de un espectáculo semejante. La muerte, en tales circunstancias, no pudo menos de impresionar á Petronio; toda Roma sabía que Popea la atribuía á influencias malignas, y en ello convenían también los médicos, justificando así la inutilidad de sus desvelos, y lo mismo hacían los sacerdotes, que en vano habían llevado sus sacrificios á los templos, y los magos, que temían por sus vidas. Petronio se alegraba de la fuga de Licia, pues era augurio de bien para él y Vinicio, y no lo era de mal para Aulo y Pomponia. Cuando se quitó el ciprés que se había expuesto en el Palatino en señal de luto, Petronio quiso visitar á César para observar si había dado crédito al rumor del sortilegio, y en caso afirmativo, evitar las posibles consecuencias.

Conocía á Nerón y sabía que no prestaba fe á las magias; pero era hombre capaz de fingir que creía en ellas, para dar cierto tono dramático á su dolor y encontrar una víctima expiatoria. Al mismo tiempo, esta farsa desvanecía las sospechas de que los dioses hubieran querido castigarle por sus delitos. Petronio no admitía que César pudiese amar verdaderamente ni á su misma criatura, y comprendía que exageraba su dolor: Nerón acogía con rostro inmóvil y mirada extraviada á los senadores y cortesanos, y no podía ocultarse que, si en realidad sufría, se dedicaba á observar la impresión que su dolor producía en los demás. Su semblante era la representación del de Niobe, y en él se leía el estudio para expresar el dolor paterno,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eunica, á su lado te sentirías más joven y tendrías además una buena renta segura. He vendido á la pobre Eunica dos hilos de mi manto. ¡Qué inocente! Pues, á pesar de eso, si Petronio me la cediese, la aceptaría. ¡Sí, sí, Quilón; tú has perdido á tu padre y á tu madre! Eres un pobre huérfano: consuélate con una esclava. Pero es preciso ofrecerle un alojamiento: Vinicio debe pensar en procurárselo; necesitará también vestidos, y Vinicio los pagará; y además tendré que mantenerla..., á expensas de Vinicio. ¡Ay, qué vida más perra! ¿Dónde están aquellos tiempos en que se podía comprar por una moneda tanta carne de cerdo capado y tantas habas, que no cabían en una mano? Pero aquí está Esporo. En la taberna será más fácil saber algo.

Así, hablando consigo mismo, entró en el despacho y pidió un bocal de lo tinto. Observando cierta vacilación en el tabernero, sacó de la bolsa una moneda de oro, y echándola sobre la mesa, dijo:

– Hoy he trabajado con Séneca desde el alba hasta el mediodía, y esto es todo lo que me ha dado en recompensa.

Los ojos atónitos de Esporo se abrieron aún más ante la moneda y no tardó en presentarse el vino pedido. Quilón mojó en él un dedo, y después de dibujar un pez sobre la mesa, dijo:

– ¿Sabes lo que esto significa?

– ¿Un pez? Pues... un pez, ¡no hay duda!

– ¡Por mucha agua que eches en tu vino, es muy difícil que se críen peces en él, estúpido! Este es un símbolo que en el lenguaje filosófico significaría: la sonrisa de la Fortuna. Si tú lo hubieses adivinado, también hubieras hecho tu fortuna. Cultiva, pues, la filosofía: ¡recuérdalo! De lo contrario, cambiaré de taberna, como hace ya tiempo me aconseja Petronio, mi excelente amigo personal.

XIV

Después del precedente coloquio, Quilón no se dejó ver en algún tiempo. Vinicio, desde que tenía la seguridad del amor de Licia, estaba más anheloso de encontrarla y se entregó enteramente á su busca.

No consideraba oportuno dirigirse á César, estando Nerón en ansia perpetua por la vida de la enfermita.

De nada sirvieron los sacrificios y las rogativas en los templos, de nada el arte de los médicos, ni los exorcismos de los magos, á los cuales se recurrió para que no se dijese que no se había probado todo. Al cabo de una semana, la niña murió. La corte y Roma entera quedaron sumidas en el dolor más profundo.

El emperador, que pareció enloquecer de alegría cuando nació su hija, estaba loco de desesperación al verla morir. Se encerró en sus habitaciones, negándose durante dos días consecutivos á tomar alimento y á recibir á los senadores y cortesanos que iban á expresarle sus sentimientos de condolencia. El Senado se había reunido en sesión extraordinaria para acordar los honores que debían tributarse á la muerta. Se decidió erigirle un templo y destinar un sacerdote á su servicio. Se ofrecieron á los dioses muchos sacrificios y se fundieron estatuas de precioso metal. Los funerales fueron imponentes, y durante los mismos, el pueblo tuvo que afligirse ante las manifestaciones de paternal sentimiento de su emperador, y lloró con él, extendiendo las manos para obtener dádivas y gozando extraordinariamente á la vista de un espectáculo semejante. La muerte, en tales circunstancias, no pudo menos de impresionar á Petronio; toda Roma sabía que Popea la atribuía á influencias malignas, y en ello convenían también los médicos, justificando así la inutilidad de sus desvelos, y lo mismo hacían los sacerdotes, que en vano habían llevado sus sacrificios á los templos, y los magos, que temían por sus vidas. Petronio se alegraba de la fuga de Licia, pues era augurio de bien para él y Vinicio, y no lo era de mal para Aulo y Pomponia. Cuando se quitó el ciprés que se había expuesto en el Palatino en señal de luto, Petronio quiso visitar á César para observar si había dado crédito al rumor del sortilegio, y en caso afirmativo, evitar las posibles consecuencias.

Conocía á Nerón y sabía que no prestaba fe á las magias; pero era hombre capaz de fingir que creía en ellas, para dar cierto tono dramático á su dolor y encontrar una víctima expiatoria. Al mismo tiempo, esta farsa desvanecía las sospechas de que los dioses hubieran querido castigarle por sus delitos. Petronio no admitía que César pudiese amar verdaderamente ni á su misma criatura, y comprendía que exageraba su dolor: Nerón acogía con rostro inmóvil y mirada extraviada á los senadores y cortesanos, y no podía ocultarse que, si en realidad sufría, se dedicaba á observar la impresión que su dolor producía en los demás. Su semblante era la representación del de Niobe, y en él se leía el estudio para expresar el dolor paterno,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como lo hubiera hecho un comediante en la escena. Pero no resistía mucho tiempo en tal actitud de ser petrificado, y ora se mesaba los cabellos, ora lanzaba profundos suspiros. Cuando divisó á Petronio, se levantó y con tono trágico, de modo que todos pudieran oirlo, exclamó:

– ¿Eres tú? ¡Tú, culpable de su muerte! Por tu consejo el espíritu maligno penetró en esta morada, aquel espíritu maligno que con una sola mirada la mató. ¡Pobre de mí! ¡Ojalá mis ojos no se hubiesen abierto nunca á la luz! ¡Infeliz de mí!

Y alzando el tono de su voz, acabó por prorrumpir en desesperados gritos. Petronio decidió jugar su última carta; extendió las manos, y cogiendo el pañuelo de seda que Nerón llevaba siempre al cuello, tapó con él la boca al emperador, diciendo con solemnidad:

– ¡Torture tu dolor, con ansias de muerte, á Roma y al mundo entero; pero consérvanos tu voz, divino César!

Todos los circunstantes quedaron asombrados, y el mismo Nerón pareció atónito; sólo Petronio estaba sereno. Sabía que Terpno y Diodoro tenían el encargo de cerrar la boca del emperador cuando éste forzaba su voz, exponiéndola á grave peligro.

– ¡Oh César!, continuó con la misma gravedad, hemos sufrido una pérdida irreparable; séanos, por lo menos, conservada esta fuente de consuelo!

La fisonomía de Nerón se dulcificó y á sus ojos asomaron algunas lágrimas. Apoyó las manos sobre Petronio, inclinó la cabeza sobre su pecho y dijo, repetidamente, entre sollozos:

– ¡Tú solo, entre todos, has pensado en ello; tú solo, Petronio! ¡Tú solo!

Tigelino se puso amarillo de envidia; pero Petronio prosiguió:

– ¿Por qué no vas á Anzio? Allí vió la luz, allí te invadió el gozo, y allí indudablemente encontrarás alivio. ¡Haz que tu garganta divina aspire el aire del mar, haz que tus pulmones se impregnen de las salinas exhalaciones! Nosotros, tus súbditos fieles, te seguiremos adonde vayas, y cuando nuestra amistad haya servido de alivio á tu dolor, tú nos consolarás con tu canto.

– ¡Es muy justo, muy justo!, respondió Nerón con aire de tristeza; quiero componer un himno en su honor y después cantarlo.

– Piensa en el hermoso sol que te espera en Baia. Y más tarde... el olvido en Grecia, en la patria de la poesía y del canto.

Y lentamente, como las nubes que velan el horizonte se rasgan abriendo paso á la luz solar, así el ánimo de Nerón fué serenándose, y se entabló una conversación que, aunque llena de melancolía, fué abundante en proyectos para lo futuro. Se habló de viajes, de exposiciones artísticas y de las fiestas solemnes con que debía celebrarse la llegada de Tiridates, rey de Armenia.

Tigelino se esforzaba por inculcar en el emperador la fe en los sortilegios; pero Petronio, seguro siempre de la victoria, recogió la provocación sin vacilar.

– ¡Tigelino!, preguntó. ¿Crees tú que los hechizos pueden perjudicar á los dioses?

– El mismo César, respondió el cortesano, es de esta opinión.

– Los dioses son demasiado poderosos para rendirse á los hechizos. ¿Te atreverías á negar á César y á su familia una esencia divina?

– *Peractum est!*, murmuró Epiro Marcelo, que estaba próximo á él, repitiendo el grito de alegría con que el pueblo acogía en el Anfiteatro la muerte de un gladiador.

Tigelino tuvo que sofocar su rabia. Entre él y Petronio existía, desde antiguo, una sorda rivalidad por el favor de Nerón. En presencia de Tigelino, el emperador no tenía miramiento alguno; pero Petronio le aventajaba en la argucia y en la

presencia de ánimo. Y así sucedió en aquella ocasión. Tigelino calló, limitándose á retener en la memoria los nombres de los senadores y de los cortesanos que rodeaban á Petronio cuando éste se retiró al fondo de la sala, viendo perfectamente cómo, después de lo ocurrido, Petronio había de afianzarse en el favor de César.

Petronio dejó el palacio y se dirigió á casa de Vinicio para referirle su encuentro con el emperador y su debate con Tigelino.

– No sólo, le dijo, he disipado el peligro que se cernía sobre Aulo y sobre nosotros, sino que he salvado también á Licia, que no será perseguida, porque he aconsejado á aquel imbécil que se marche á Anzio y de allí á Nápoles ó á Baia. Y lo hará, indudablemente. Sé que no se ha atrevido á presentarse públicamente en el teatro, pero se atreverá en cuanto salga de Nápoles. Su sueño dorado es Grecia, donde quiere exhibirse con su canto en las principales ciudades; y luego, adornada su cabeza con todas las coronas que los griegos le regalen, entrar triunfalmente en Roma. Con esto ganaremos tiempo para buscar á Licia con mejor libertad y podremos esconderla sin obstáculo... Pero ¿qué es de nuestro ilustre filósofo?

– El ilustre filósofo es un embrollón. No ha comparecido, ni comparecerá, estoy seguro.

– Yo he formado mejor juicio sobre sus embrollos, si no sobre su honradez. Ha sabido sacar jugo de tu bolsa: ¿por qué no ha de volver otra vez á sacarlo?

– ¡Se guardará de ello, si no quiere que sea yo quien le saque el jugo y las entrañas!

– No lo hagas, sin embargo, hasta no convencerte por completo de su engaño. No le des dinero, en modo alguno; pero prométele una generosa recompensa en cuanto pueda darte noticias exactas. ¿Y, por tu cuenta, qué piensas hacer?

– Mis dos libertos Ninfidio y Demades están ya sobre la pista con sesenta hombres. He prometido la libertad al esclavo que la encuentre. Además he enviado á muchas otras personas á los caminos que conducen á las provincias, para que se informen en todos los pueblos y caseríos. Yo mismo continúo noche y día recorriendo la ciudad con la esperanza de que la casualidad me favorezca.

– Apenas tengas noticias, ponlas en mi conocimiento, porque yo saldré para Anzio.

– No temas; lo haré así.

– Y si una mañana, al despertar, te dijeras á ti mismo: «Después de todo, no vale la pena de que sufra y me torture por una muchacha,» entonces vente también á Anzio. ¡Verás cómo no faltan allí mujeres ni diversiones!

Vinicio paseaba nervioso por la habitación. Petronio le seguía con la mirada. Después de larga pausa le dijo:

– Háblame con franqueza y no como un loco que se ha metido una idea en la cabeza y no puede pensar en ella sin montar en cólera. Háblame como un hombre sensato que se dirige á un amigo. Dime: ¿amas siempre con el mismo fervor á tu Licia?

Vinicio, parándose en firme, miró á Petronio como si no lo hubiera conocido hasta entonces y reanudó sus paseos. Era evidente que sostenía una lucha interna. Al fin, la conciencia de su triste situación, la ira, los sufrimientos, arrancaron á sus ojos fieros dos lágrimas mal reprimidas, que hablaron á Petronio con más elocuencia que todo discurso cuidadosamente preparado.

– El mundo, dijo el favorito de Nerón, no se sostiene ya sobre las espaldas de Atlante, sino sobre las espaldas de la mujer, y la mujer se divierte con él como con un balón.

– ¡Es verdad!, dijo Vinicio, confirmando la sentencia de su tío.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Iban á separarse; pero en aquel momento entró un esclavo anunciando que Quilón Quilónides esperaba en el vestíbulo y solicitaba el honor de presentarse.

Vinicio ordenó que le hiciesen entrar inmediatamente, y Petronio exclamó:

– ¿No te lo dije? No te exaltes; de lo contrario, él será quien gane.

– ¡Salud y respeto al noble tribuno y á ti, señor!, dijo Quilón al presentarse. ¡Que tu fortuna sea tan grande como tu gloria, y que tu gloria recorra el mundo desde las columnas de Hércules hasta los confines del Arsácides!

– ¡Salud, hombre sabio y virtuoso!, respondió Petronio.

Vinicio, con estudiada calma, preguntó:

– ¿Qué nuevas traes?

– Cuando vine aquí por primera vez, traje la esperanza; hoy tengo la certeza de que la joven será hallada.

– ¿Esto significa que no la has encontrado aún?

– ¡Precisamente, señor! Pero he descubierto lo que significa el dibujo que ella trazó. Sé quiénes fueron los que la libertaron, y conozco al Dios que adora y á sus sectarios, entre los cuales habrá que buscarla.

Vinicio estaba á punto de saltar de su asiento, pero Petronio le contuvo, y dirigiéndose á Quilón, añadió:

– ¡Prosigue!

– ¿Estás seguro de que ella dibujase un pez sobre la arena?

– ¡Sí!, gritó Vinicio con vehemencia.

– Entonces quiere decirse que es cristiana y que fueron cristianos los que la raptaron.

Siguió á esta declaración un momento de silencio.

– Escucha, Quilón, dijo Petronio. Mi pariente te ha señalado una considerable suma de dinero si logras descubrir el paradero de Licia, y una no menos considerable cantidad de palos si intentas engañarle. En el primer caso, podrás comprarte, no uno, sino tres escribientes; en el segundo, no te bastará, como emplasto, toda la filosofía de los siete sabios, amén de la tuya.

– La joven es cristiana, señor, exclamó el griego.

– ¡Oye, Quilón! ¡No seas estúpido! Sabemos que Julia y Calvia acusaron á Pomponia Grecina de creyente en la superstición cristiana; pero también sabemos que salió absuelta de tal acusación. ¿Te atreves tú á asegurarlo de nuevo? ¿Pretendes convencernos de que Pomponia y Licia pertenecen á la secta de los enemigos del género humano, de los envenenadores de las fuentes, de los adoradores de una cabeza de asno, de los infanticidas, de los que se entregan á las más negras depravaciones? ¡Piénsalo bien, Quilón, si no quieres que la *tesis* que has enunciado acabe con una *antítesis* sobre tus espaldas!

Quilón echó atrás los brazos, como dando á entender que no era reo de ningún engaño, y dijo:

– Señor, traduce al griego esta frase: «Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador.»

– ¡Ya está! ¿Y ahora?

– Junta las letras iniciales de cada palabra...

– Ἰχθύς (1), dijo Petronio asombrado.

– ¡He aquí la palabra convencional de los cristianos!, concluyó diciendo con orgullo Quilón.

En la consecuencia del griego había algo tan convincente, que tío y sobrino no pudieron oponer argumento en contra.

(1) *Ictus*, pez. Las letras corresponden á las iniciales de Ἰησοῦς Χριστὸς Θεοῦ υἱὸς σωτήρ.

– Vinicio, ¿estás seguro de no haberte engañado?, le preguntó Petronio. ¿Era verdaderamente un pez lo que dibujó Licia?

– Pero, ¡por todos los dioses del Olimpo! ¡Hay para volverse loco! Si ella hubiese dibujado un pájaro, diría terminantemente que era un pájaro.

– ¡Pues es cristiana!, repitió Quilón.

– Entonces, dijo Petronio, hay que suponer que Pomponia y Licia envenenan las fuentes, matan á los niños que encuentran en las calles y se entregan á una vida de abyección... ¡Locura! Tú, Vinicio, estuviste bastante tiempo en su casa, y yo también las conozco lo suficiente para atreverme á afirmar que esa suposición es tan monstruosa cuanto inverosímil. Si un pez es el símbolo de los cristianos, lo que no discuto, y aquellas mujeres son realmente cristianas, es preciso decir que los secuaces del Cristo no son lo que por ahí se propala.

– Hablas como Sócrates, señor, repuso Quilón. ¿Quién ha observado nunca á un cristiano? ¿Quién ha estudiado su religión? Cuando, ahora hace tres años, vine de Nápoles (¡oh!, ¿por qué no me quedé en Nápoles?), se juntó conmigo un tal Glauco, del cual decía la gente que era un cristiano; á pesar de esto, pude convencerme de que era bueno y virtuoso.

– ¿Fué ese hombre quien te explicó el símbolo del pez?

– Desgraciadamente, señor, un desconocido lo mató á traición, y su mujer y su hijo tuvieron, por fuerza, que seguir á los mercaderes de esclavos. Al tratar de defenderle, perdí los dos dedos que me faltan; pero como los cristianos creen en los milagros, abrigo la esperanza de que me crecerán otros nuevos.

– ¿Qué dices? ¿Acaso eres cristiano tú también?

– ¡Desde ayer, señor, desde ayer! Y fué el pez el que me convirtió. ¡Ved qué misterioso poder se oculta en ese animal! Dentro de pocos días no habrá cristiano más devoto que yo; así me comunicarán todos sus secretos. ¡Una vez obtenido este resultado, la doncella será hallada! Puede ocurrir que mi cristianismo me produzca mucho más que mi filosofía. Por otra parte, he ofrecido un voto á Mercurio: le he prometido que, si me ayuda á descubrir á Licia, le sacrificaré dos terneras de igual tamaño y pelo y con los cuernos dorados.

– ¿De modo que tu reciente cristianismo y tu antigua filosofía te permiten creer en Mercurio?

– Yo creo siempre en aquello que conviene creer; esta es mi filosofía, que Mercurio debe aprobar. Desgraciadamente, ya sabéis qué clase de dios es ese Mercurio, inconstante, desconfiado... No tiene fe en las promesas de los filósofos, ni aun de los más honrados; á las promesas prefiere las terneras, y en esto estriba precisamente la dificultad. No todos son Sénecas, y yo no tengo medios suficientes para cumplir el voto. Así, pues, si el noble Vinicio quisiera anticipar algo á cuenta de la suma prometida...

– ¡Ni un óbolo siquiera, Quilón, dijo Petronio, ni un óbolo! La generosidad de Vinicio superará á todas tus esperanzas, pero sólo cuando Licia sea hallada, esto es, cuando le hayas indicado el sitio en que se refugia. Mercurio deberá fiarse de ti en lo que concierne á las terneras, aunque no me extrañaría que esto no correspondiese á sus ideas ni satisficiese sus gustos, porque conozco su manera de ver las cosas.

– Escuchadme, nobles señores: es importantísimo el descubrimiento que he hecho, porque puedo afirmar que si no he encontrado á la joven, he dado con el camino seguro para hallarla. Esclavos y libertos habéis mandado en busca suya por la ciudad y fuera de ella: ahora bien, ¿ha descubierto alguno la menor huella? ¡No! Sólo yo he podido conseguir este triunfo. ¡Y esto no basta! Entre vuestros esclavos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sin que lo sospechéis siquiera, deben existir algunos cristianos, porque esa es una superstición que se ha difundido extensamente. Pues esos, en lugar de ayudaros, os engañan; por lo tanto, no es prudente que me vean aquí. Procura, noble Petronio, que Eunica no hable, y tú, noble Vinicio, harás creer que yo te vendo un ungüento gracias al cual tus caballos alcanzarán en el Circo segura victoria. Yo quiero únicamente buscar y encontrar á los fugitivos. Tened confianza en mí, y sabed que lo que me entreguéis á cuenta servirá para animarme, porque pensando en el remanente, haré lo posible por cobrarlo cuanto antes. Como filósofo desprecio el dinero, por más que Séneca, Musonio y Cornuto no sean de la misma opinión, y eso que, no habiendo perdido ningún dedo en defensa del prójimo, han podido escribir solos y legar su nombre y sus obras á la posteridad. Pero, además del esclavo que quiero comprarme y de las novillas que ofrecí á Mercurio (¡y el ganado va ahora tan caro!), esa clase de pesquisas exige continuos gastos. ¡Escuchadme con paciencia! En estos últimos días los pies no querían sostenerme, cansados de andar. He visitado posadas, hornos, carnicerías, despachos de aceite y de pescado, para conversar con gentes de todas clases. Anduve por calles y callejas, penetré en los escondrijos de los esclavos fugitivos, perdí mucho dinero jugando á la morra; estuve en los lavaderos, tendederos y cocinas populares; interpelé sobre esto y aquello á los mayorales, escultores, dentistas, vendedores de ungüentos; hablé con vendedores de higos secos; fuí á los cementerios..., y ¿sabéis por qué? Porque el pez era mi constante preocupación y quería dibujarlo en todas partes y ante gentes diversas para mirar en los ojos de todos y oir de sus labios lo que pensaban acerca de semejante símbolo. Al principio no obtuve resultado alguno; pero un día me encontré junto á una fuente un esclavo anciano, que bebía y lloraba. Me aproximé y le pedí que me explicara la causa de su aflicción. Nos sentamos en las gradas de la cisterna y me contó que había reunido el dinero suficiente para rescatar á su hijo queridísimo, privándose de todo, y que el señor de éste, un tal Pansa, había tomado la suma que le ofreció, sin dejar libre al pobre muchacho. «¡Y por esto lloro, exclamó, y aunque siempre me conformo con la voluntad de Dios, yo, miserable pecador, no puedo contener mis lágrimas!» Como asaltado por un presentimiento, sumergí un dedo en el agua y dibujé un pez. Al verlo, dijo el anciano: «¡Toda mi esperanza está en Cristo!» Le pregunté entonces: «¿Me has reconocido por este signo? – ¡Sí, respondió, y la paz sea contigo!» Comencé luego á interrogarle, y el buen hombre me lo refirió todo. Su señor, ese Pansa, y él, liberto del gran Pansa, transportan por el Tíber las piedras á Roma, donde los esclavos y otra gente jornalera las descargan y las conducen de noche á los talleres de los constructores para no obstruir durante el día la circulación en las calles. Entre ellos hay muchos cristianos, su hijo uno de tantos; pero como ese trabajo es superior á sus fuerzas, había querido rescatarlo, sin pensar que Pansa se quedaría con el esclavo... y con el dinero. Durante su relato, el viejo esclavo lloró nuevamente, y yo también unía á las suyas mis lágrimas, que me brotaban con facilidad, pues tengo un corazón ternísimo y además los pies llagados por el excesivo caminar. También lamenté no conocer á ninguno de mis correligionarios, por haber llegado recientemente de Nápoles y no saber dónde se reunían para orar. Extrañó que los cristianos de Nápoles no me hubiesen dado documento alguno para sus hermanos de Roma; pero le dí á entender que me lo habían robado en el camino. Me citó para aquella misma noche, prometiendo presentarme á los cristianos. Oyendo esta promesa, me consideré tan feliz, que le entregué toda la suma necesaria para libertar á su hijo, con la esperanza de que el noble Vinicio me la reembolsaría luego.

– Quilón, interrumpió Petronio, en tu relato la mentira flota sobre la verdad

como el aceite sobre el agua. No puede negarse que has dado noticias importantes; afirmo que las probabilidades de encontrar á Licia han aumentado, gracias á tus esfuerzos; pero te suplico que no desluzcas con la mentira tus brillantes informaciones. ¿Cómo se llama el viejo por quien supiste que los cristianos se reconocen por el signo del pez?

– Euricio. Es un pobre infeliz, que me recordó á Glauco, aquel á quien traté de defender contra su asesino. Por esto logré conmoverme.

– Admito que le hayas encontrado y creo también que lo utilizarás cuando te convenga; pero estoy segurísimo de que no le has dado dinero, ¿me comprendes?, ¡no le has dado dinero!

– Pero, sin embargo, le ayudé en su necesidad y hablé largo rato con él de su hijo... ¡Es inútil! Nada puede ocultarse al ojo observador de Petronio. Pues bien, dinero... no le dí, ó mejor, se lo dí, pero en espíritu, ó sea, con la intención, lo cual le hubiera bastado, si hubiese sido filósofo. Pero sería muy conveniente disponer de una cantidad para realizar un acto semejante, que me granjearía las simpatías y voluntad de los cristianos, los cuales me permitirían asistir á sus reuniones, depositando en mí toda su confianza.

– ¡Eso es verdad!, observó Petronio, y debías haber procedido de este modo.

Después se dirigió á Vinicio, diciéndole:

– Ordena que se le den cinco mil sextercios, bien contados, pero sólo en espíritu, con la intención.

– Te acompañará un joven, díjole Vinicio, que llevará la suma necesaria; dirás á Euricio que aquél es tu esclavo y en su presencia entregarás al viejo el dinero en cuestión. Por haber traído noticias importantes tendrás otro tanto; ven, pues, esta noche, para tomar el esclavo y el dinero.

– ¡Eres un verdadero césar!, exclamó Quilón. Permíteme que te dedique mi obra; pero permíteme, al mismo tiempo, que venga cuanto antes por el dinero, porque Euricio me dijo que todas las barcas están ahora descargadas y sólo dentro de algunos días se esperan de Ostia nuevos cargamentos. ¡La paz sea con vosotros! Así se saludan los cristianos. Quiero comprarme una esclava, ¡digo!, quiero comprarme un esclavo. Los peces se cogen con el anzuelo y los cristianos con el pez. *Pax vobiscum! Pax, pax, pax!*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XV

«PETRONIO Á VINICIO

»Recibirás esta carta por medio de un esclavo de confianza; escribo desde Anzio, donde me encuentro, y espero recibir pronto tu contestación por el mismo conducto, aunque tu mano esté más acostumbrada á manejar la espada que á mover la pluma. Te dejé en buen camino y lleno de esperanza, por lo cual deduzco que habrás ya reconquistado á tu Licia, ó que, á mucho tardar, deberás tenerla entre tus brazos antes que el viento frío del Norte, desde las colinas del Sorata, sople con fuerza sobre la hermosa Campania. ¡Oh, Vinicio, sírvate de guía la aurocrinada diosa de Chipre, y procura ser á tu vez el maestro de aquella aurora, Licia, que huye ante el sol del amor! Recuerda que el mármol, por precioso que sea, no tiene en sí valor alguno, mientras la mano del artista no se lo da, creando su obra magistral. Sé tú el artista. No basta amar; hay que saber cómo se ama y saber enseñar el amor. También la plebe y las bestias conocen los placeres del amor; pero el hombre verdadero se distingue de aquéllas elevando la pasión á nobilísimo arte; y admirándolo como tal, reconoce todo su estimable valor, participando de sus divinos goces no sólo la carne, sino también el alma.

»Más de una vez, cuando pienso en los defectos, en la incertidumbre y en el tedio de nuestra vida, me acude insensiblemente la idea de que quizás hayas resuelto, mejor que los que vivimos en torno á Nerón, el problema de la existencia, y acabo por creer que la guerra y el amor son, en verdad, los únicos objetos por los que vale la pena de nacer y de vivir.

»¡Fuiste afortunado en la guerra; ¿por qué no lo has de ser también en el amor? Si te interesa saber lo que ocurre por aquí, te mandaré noticias de cuando en cuando.

»Por ahora estamos en Anzio y nos ocupamos de la *divina* voz. Pensamos invernar en Baia y declamar públicamente en Nápoles. Los napolitanos nos acogerán mejor que aquella gente canallesca que vive en las orillas del Tíber. Acudirán en masa los habitantes de Baia, de Pompeya, de Puzzolo, de Cuma y de Stabia, y no faltarán aplausos y coronas, todo lo cual servirá para animarnos á emprender el proyectado viaje á Grecia.

»¿La pequeña Augusta? Sí, la lloramos aún. Cantamos en su honor himnos compuestos por nosotros, tan admirables y bellos, que las vagas sirenas van á esconder su envidia en las grutas más profundas del Anfitrite. Nuestro luto no ha terminado; lo expondremos al mundo en todas las formas aconsejadas por la plástica, y cuidaremos de que resulte artístico y así lo juzguen todos. ¡Oh amigo mío, moriremos siendo comediantes y bufones!

»Todos los cortesanos, hombres y mujeres, están aquí, además de los diez mil

esclavos y de las quinientas burras en cuya leche se baña Popea. Hasta ahora logramos divertirnos. Calvia Crispinila envejece. Dícese que suplicó á Popea que la dejase meter en su propio baño inmediatamente después de salir de él la divina Augusta. Lucano abofeteó á Nigidia, sospechando que ésta se entendía con un gladiador. Esporo ha perdido á su mujer, jugando á los dados con Seneción. Torcuato Silano me ofreció, á cambio de Eunica, cuatro potros bayos que vencerán en las carreras. No acepté el ofrecimiento, y de nuevo te agradezco que tú no aceptaras el mío. El pobre Torcuato no sospecha que parece una sombra más que un hombre. Su muerte es cosa decidida. ¿Su pecado? Es sobrino segundo de Nerón. ¡No hay salvación para él! ¡Este es nuestro mundo!

»Como sabes, aquí se esperaba á Tiridates. Pero Vologeso escribió una carta ofensiva. Pretende que se le deje la Armenia por él conquistada y no quiere cederla á ningún precio. Y así se ha entablado la guerra. Corbulón tendrá plenos poderes, como los tuvo Pompeyo en tiempo de la guerra de los piratas. Primeramente Nerón vacilaba, temiendo la gloria de Corbulón en el caso de una victoria. Se pensó en confiar á nuestro Aulo el mando supremo. Pero se opuso á ello Popea, á quien fastidia la virtud de Pomponia.

»Vatinio nos describió una interesante lucha de gladiadores, que se verificó, hace ya tiempo, en Benevento.

»¡Mira cómo puede hoy prosperar un zapatero remendón, á pesar del adagio: *Ne sutor ultra crepidam!* Vitelio es descendiente de remendones y Vatinio es hijo de un zapatero de esos. ¿Quién sabe si también él habrá tirado del bramante alguna vez? El comediante Alituro representó ayer magníficamente el *Edipo*. Como es hebreo, le pregunté si los hebreos y los cristianos eran una misma cosa. Me respondió que la religión hebraica es antiquísima, mientras la cristiana es muy reciente. Parece que en tiempo de Tiberio los hebreos crucificaron á uno de ellos, que cada día va conquistando nuevos secuaces que lo adoran como á un Dios. Los cristianos reniegan, según se dice, de todos los demás dioses, y particularmente de los nuestros. No comprendo qué daño les hayan podido causar.

»Tigelino no disimula su enemistad hacia mí, pero yo no le temo; sólo me fastidia que me supere en el amor á la vida y en la maldad, lo que le aproxima á Nerón. Un día ú otro se entenderán los dos, y entonces habrá llegado mi hora. No sé cuándo sucederá; pero, entretanto, debemos divertirnos. Si no fuese por *Enobarbo*, la vida sería agradabilísima.

»No es justo parangonar la lucha por su favor con una de las habituales contiendas del Circo, donde la victoria lisonjea el amor propio, y, sin embargo, á veces me la explico así, por lo cual no me encuentro en situación mejor que la de Quilón Quilónides. ¡A propósito! Cuando ya no lo necesites, mandámelo aquí. Me divierten sus complicados discursos.

»Saluda á tu divina cristiana, ó mejor, ruégale en mi nombre que no pretenda ser un pez á tu lado. Dame noticias de tu salud y de tu amor; aprende y enseña á amar. *Vale!*»

«VINICIO Á PETRONIO

»¡Licia no ha sido hallada todavía! Si no tuviese la esperanza de encontrarla, no te contestaría; no tiene deseos de escribir el que tiene el corazón oprimido. Quise persuadirme de que Quilón no me engañaba. Cuando vino á buscar el dinero para Euricio, decidí seguirle, sin que me viese, envuelto en un manto de soldado. Al llegar al lugar él y el esclavo que le acompañaba, me escondí detrás de una colum-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

na del pórtico y pude convencerme de que Euricio no era un ser imaginario. Unos diez operarios estaban ocupados en descargar piedras de una espaciosa barca y conducirlas á la ribera. Vi que Quilón se acercaba á ellos y empezaba á conversar con un anciano, que, á los pocos momentos, cayó á sus pies. Todos los demás aclamaron á Quilón, que entregó una bolsa á Euricio. Éste la cogió y se puso á orar con los brazos en alto, mientras otro, indudablemente su hijo, se arrodilló á su lado.

»Quilón pronunció algunas frases que no pude oir y bendijo á los dos arrodillados, lo mismo que á los demás operarios, trazando en el aire el signo de la cruz, que todos aquellos acataban, porque todos oraron de rodillas ante aquel signo. Hice esfuerzos por contenerme, pues sentía vivos deseos de acercarme á ellos y ofrecer tres bolsas iguales al que hubiese sabido encontrar á mi Licia; pero temiendo echar á perder los trabajos de Quilón, me alejé en seguida.

»Esto ocurrió diez días después de tu salida de Roma. Luego he recibido frecuentes visitas de Quilón. Asegura haberse conquistado la estima de los cristianos, y si hasta ahora no ha descubierto el paradero de Licia, hay que tener en cuenta que existe en Roma un número infinito de secuaces de esa fe y no pueden conocerse todos y saber lo que ocurre en las diversas reuniones. Son además muy prudentes y taciturnos. Él espera descubrir todos sus secretos, apenas conozca á los ancianos, llamados presbíteros. Conoce ya á algunos y los ha interrogado, pero discretamente para no infundir sospechas que dificultarían su misión. Aunque me sea muy duro esperar, aunque arda de impaciencia, comprendo que tiene razón, y espero.

»Ha averiguado que tienen sitios de reunión para sus rogativas, generalmente fuera de la ciudad, en casas vacías y en arenales. Allí adoran á Cristo y cantan himnos. Quilón supone que Licia visita únicamente los sitios donde tiene la seguridad de no encontrar á Pomponia, para que ésta pueda jurar, en caso de una pesquisa judicial, que no conoce su escondrijo. Los mismos presbíteros pueden haberle sugerido estas precauciones. Si Quilón puede conocer el lugar, no dejaré de acompañarle, y si los dioses me permiten ver á Licia, juro que esta vez no se me escapará.

»Quilón no aprueba que yo le acompañe, porque teme que le comprometa. ¿Pero cómo podré contenerme? Yo la reconoceré en seguida, bajo cualquier disfraz ú oculta bajo tupido velo. Suelen reunirse por la noche; pero, aun en las tinieblas, la adivinaré, ya sea por la voz, ya por los movimientos. Iré allí disfrazado y no dejaré de examinar atentamente á toda persona que entre ó salga. Así como ahora no sale de mi pensamiento, no escapará de mis brazos cuando la encuentre.

»Si Quilón viene mañana, iremos juntos: lo he decidido. Llevaré armas. Volvieron algunos de los esclavos que mandé á las provincias, pero regresaron con las manos vacías. Tengo, pues, casi la certeza de que no ha salido de Roma y de que no está lejos de mí. Donde está ahora, vive entre legiones de miserables. Conmigo estará mucho mejor; nada me parecerá bastante hermoso para ella. Escribes que he escogido bien. Y sin embargo, no he tenido más que ansias y sufrimientos. Ante todo, visitaremos las casas de la ciudad y después saldremos á las afueras. Cada mañana renuevo las esperanzas; de lo contrario la vida sería insoportable. Me dices que es preciso comprender el amor. Sé perfectamente qué lenguaje he de emplear con Licia. ¡Por ahora no sé hacer otra cosa más que consumirme! Espero á Quilón. La vida se me hace muy pesada. *Vale!*»

XVI

Quilón no se dejó ver en muchos días, y Vinicio no sabía explicarse la tardanza y el silencio del filósofo. En vano procuraba convencerse á sí mismo de que una minuciosa y completa pesquisa exigía algún tiempo. Su naturaleza impetuosa, su sangre ardiente, se rebelaban contra la voz de la razón. No podía permanecer inactivo, y aun á riesgo de su dignidad, transitaba por las calles de Roma, vestido como un esclavo. Si bien sus libertos eran personas de experiencia y buena voluntad, no contaban con los medios de Quilón para lograr sus intentos. Parecía que sobre el amor á Licia se destacaba en el alma de Vinicio un nuevo sentimiento, parecido á la obstinación del jugador interesado. Desde sus primeros años se había acostumbrado á alcanzar todo aquello que, con una constancia sin límites y sin obstáculos, le fué dado desear.

La disciplina militar había conseguido domar su orgullo durante algún tiempo, pero simultáneamente vió á los subalternos acatar sus órdenes sin réplica. Su estancia en Oriente, entre un pueblo habituado á la más servil y humillante obediencia, le había acabado de convencer de que para su voluntad no existían límites.

La resistencia de Licia, su fuga, eran para él cosas incomprensibles y misteriosas. Acté no podía mentir; Licia le amaba. Pero entonces, ¿por qué prefería una existencia nómada y miserable á su amor, á su ternura, á la cómoda y espléndida vida que le ofrecía en su palacio?

Después de muchas reflexiones, acababa siempre por deducir que entre las ideas y el mundo de él y de Petronio y las ideas y el mundo de Pomponia y de Licia debía existir una diferencia profunda como un abismo. Le parecía que Licia estaba irremisiblemente perdida para él, y este pensamiento bastaba para dar al traste con aquella calma y paciencia que Petronio le había recomendado que no perdiese.

Había momentos en que no sabía si lo que sentía por Licia era amor ú odio; preponderaba en su ánimo la necesidad de encontrarla.

A los ojos de su fantasía se presentaba con claridad aquella esbelta figura, hasta el extremo de creer que la tenía delante de sí. Recordaba todas las palabras que había oído de sus labios, la sentía cerca de sí, sobre su pecho, entre sus brazos, y aquellas imágenes excitaban su pasión, avivando la llama. Pero en todos sus pensamientos y afectos había contradicciones y cambios bruscos: días en que se imaginaba, con pérfida alegría, ver las huellas que los azotes dejaran sobre la carne de Licia; pero, al mismo tiempo, sentía deseos de besar aquellas huellas y aquella carne. A veces se complacía imaginándose que la mataba.

Con todas estas penas, estos tormentos y esta incertidumbre, iba perdiendo belleza y vigor. Tornábase más irascible y cruel. Sus esclavos se acercaban á él temblando, y viéndose tratados injustamente, castigados sin razón, dieron en odiarle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Él entonces, sintiendo ese odio y sufriendo el más triste aislamiento, se vengaba torturándoles. Con Quilón procuraba refrenar la cólera, temiendo que el filósofo abandonase la pista que iba siguiendo, circunstancia que no pasó inadvertida para el griego, el cual la aprovechó para aumentar su influencia y sacar á Vinicio mayor cantidad de dinero.

Al principio, en cada visita que hacía á Vinicio, aseguraba que su obra avanzaba, aproximándose al fin; poco después comenzó á descubrir escollos y dificultades y á indicar que faltaba aún mucho que hacer, si bien podía garantizarse el buen resultado de todas las indagaciones. Por fin, después de muchos días de no comparecer, se presentó en casa de Vinicio, á quien trató de impresionar, fingiendo hondas preocupaciones y poniendo un semblante tan afligido, que el joven tribuno apenas se vió con fuerzas para preguntarle:

– ¿No está entre los cristianos?

– Sí, noble señor, respondió Quilón; pero entre ellos encontré á Glauco.

– ¿Qué dices, y quién es Glauco?

– ¿Le has olvidado, señor? Glauco es aquel viejo con quien hice el viaje de Nápoles á Roma, y por cuya defensa perdí estos dos dedos, pérdida que me impide escribir. Lo dejé agonizante en una hostería cerca de Minturno, y durante largo tiempo lo lloré, creyéndolo muerto. Ahora acabo de saber que vive y que pertenece á la comunidad cristiana.

Vinicio, sin comprender el significado de todo el discurso, presintió que el tal Glauco debía ser un obstáculo para la busca de Licia; pero dominando la ira, dijo á Quilón:

– Si le defendiste, debe estarte agradecido y dispuesto á ayudarte.

– ¡Ah, noble tribuno! Ni siquiera los dioses son siempre agradecidos. ¿Cómo pueden serlo los hombres?.. Debería..., ¡es verdad! Pero es un viejo, de espíritu débil, á quien la edad y los desengaños han trastornado el juicio. No sólo no me agradece el haberle defendido, sino que me acusa, según dicen sus correligionarios, de haber estado de acuerdo con los bandidos que le hirieron, y me señala como el culpable de sus desventuras. ¡He aquí la recompensa por los dos dedos perdidos!

– ¡Canalla! ¡Estoy seguro de que aquel viejo dice la verdad!

– En tal caso, señor, sabes más que él mismo, porque él no hace más que suponerlo. Esto, sin embargo, no le impedirá excitar á los cristianos á vengarle cruelmente. A serle posible, lo hubiera hecho ya, y no le hubiera faltado apoyo; por fortuna, ignora mi nombre, y no advirtió mi presencia en la casa de oración. Yo, en cambio, le reconocí en seguida, y por mi gusto le hubiera abrazado. Pero la prudencia y la costumbre de medir todos mis pasos me contuvieron. Así que abandonamos la casa de oración, procuré enterarme de cuanto se refería á la llegada de aquel hombre y de su presencia en aquel sitio, y sus conocidos me dijeron que en el viaje de Nápoles á Roma había sido engañado por sus compañeros. Si no lo hubiese oído, ni siquiera conocería esa fábula inventada por Glauco.

– ¿Y qué me importa? ¡Dime lo que viste en la casa de oración!

– A ti no te importa, señor; pero á mí sí. Deseando que mi ciencia me sobreviva, te aseguro que sabría renunciar á tu recompensa antes que exponer mi vida por un lucro vano; sin esto puedo vivir como verdadero filósofo y tratar de adquirir un grado máximo de sabiduría.

Vinicio se le acercó con una expresión y una actitud que nada bueno prometían, y con voz dura exclamó:

– ¿Quién te dice á ti que la muerte no podría llegarte por mi mano antes que

por la de Glauco? ¿Quién te dice, perro, que yo no quiera sepultarte en mi jardín?

Quilón, verdadero cobarde, miró á Vinicio, y pronto comprendió que una sola sílaba podía perderle irremisiblemente.

– ¡La buscaré y la encontraré!, dijo.

Siguió á estas palabras un profundo silencio, interrumpido sólo por la respiración afanosa de Vinicio y el canto lejano de los esclavos que trabajaban en el jardín.

Después de algunos instantes, cuando calculó que el joven patricio había teni do tiempo de calmarse, continuó el griego:

– La muerte pasó junto á mí y la miré con la indiferencia de un Sócrates. No, señor, yo no hablé de suspender las pesquisas iniciadas; quise únicamente demostrar que ahora están llenas de peligros para mí. Una vez dudaste de que existiera un tal Euricio, y aunque te convenciste de que yo decía la verdad, ahora abrigas sospechas sobre ese Glauco. ¡Ojalá hiciesen los dioses que Glauco no fuese más que una creación de mi fantasía! Podría acercarme á los cristianos tranquilamente como lo he hecho hasta ahora; de buen grado renunciaría á aquella pobre y vieja esclava que me compré hace tres días para tener quien me cuide en mi vejez y en mis enfermedades. Pero Glauco vive, señor, y si me hubiese visto, no estaría yo delante de ti en estos momentos. ¿Y quién encontraría á la joven?

Calló y se enjugó las lágrimas que le corrían por las mejillas.

– ¿Cómo puedo buscar á Licia, viviendo Glauco?, continuó. A cada paso corro peligro de encontrarle.

– Pero ¿qué quieres? ¿Cómo puedo ayudarte? ¿Qué puedo hacer?, preguntó Vinicio.

– Aristóteles nos enseña que, para alcanzar un objeto grande, es preciso sacrificar los más pequeños, y el rey Príamo repetía frecuentemente que la vejez era una carga muy pesada. La desgracia y la vejez oprimen á Glauco; de modo que para él la muerte sería un beneficio. Según Séneca, ¿qué es la muerte sino una liberación?

– ¡Haz el bufón con Petronio, pero no conmigo! Dime pronto, ¿qué quieres?

– Si el virtuoso está considerado como bufón, concédanme los dioses la dicha de ser bufón toda la vida. Deseo, señor, que se quite de en medio á ese Glauco, porque mientras viva, veo en peligro mi vida y mis indagaciones.

– Búscate hombres que lo maten á palos. ¡Yo pagaré!

– Te explotarán, señor. Hay en Roma tantos asesinos como granos de arena en el Circo; pero no puedes imaginarte los recursos y dilaciones que emplean para sacar cuanto pueden si un personaje ilustre necesita servirse de su perversidad. ¡No puedes saberlo, noble tribuno! ¿Y si la guardia les sorprende en flagrante delito? Dan en seguida el nombre del que les paga la acción. ¡Ya ves las consecuencias que esto podría acarrearte! A mí nada podría sucederme, porque no daría mi nombre. Haces mal en no fiarte de mí, porque, además de mi perspicacia, hay dos cosas importantes: mi vida y la prometida recompensa.

– ¿Cuánto necesitas?

– Mil sextercios, para buscar detenidamente los asesinos, á fin de que no cojan el dinero y luego desaparezcan. Un buen trabajo debe pagarse bien. Algo he de ganar yo también, para enjugarme las lágrimas que derramaré por Glauco. Los dioses son testigos de lo que amo á ese hombre. Si hoy tengo mil sextercios, dentro de dos días su alma estará en el averno, donde podrá recordar mi cariño, si no pierde allí su memoria. Además tengo una idea, que me parece infalible.

Vinicio le prometió la suma pedida, prohibiéndole pronunciar el nombre de

Glauco en su presencia. Después le preguntó qué otras noticias tenía, qué había hecho, sin comparecer, en tantos días y si había descubierto algo más. Pero Quilón no tenía mucho que contar. Había estado en otras dos casas de oración, había observado atentamente á todas las personas, especialmente á las mujeres, sin ver á ninguna que se pareciese á Licia. Los cristianos le consideraban como un secuaz de su secta, y desde la liberación del hijo de Euricio le apreciaban como un verdadero devoto de Cristo. De ellos aprendió que uno de sus principales legisladores, llamado Pablo de Tarso, á causa de una acusación formulada contra él por los hebreos, se hallaba prisionero en Roma, y Quilón decidió trabar con él conocimiento.

Por otra parte, le animaba en gran manera la noticia de que el sacerdote supremo de la secta, un discípulo de Cristo á quien el mismo Cristo había confiado el imperio de toda la cristiandad, había de llegar á Roma cuanto antes. Todos los cristianos deseaban verle y oir sus doctrinas. Debían celebrarse reuniones importantes, á las cuales asistiría el apóstol, y como en aquella ocasión sería fácil confundirse entre la muchedumbre, propuso á Vinicio que le acompañase. Entonces sería hallada seguramente. Y una vez desaparecido Glauco, la empresa no presentaría graves peligros. Los cristianos podrían vengarse; pero, en el fondo, eran todos personas pacíficas y tranquilas.

Después Quilón refirió, con cierta admiración, que él nunca había visto á los cristianos entregarse á la orgía, ni envenenar fuentes, ni sabía que fuesen enemigos del género humano, que adorasen un asno y que comiesen carne de niño. ¡Nada de eso!

No desesperaba de encontrar entre ellos un individuo que por dinero aceptase la misión de librarle de Glauco; pero le constaba que su religión no les excitaba á cometer delitos, antes bien les invitaba á perdonar las ofensas.

Vinicio recordó las palabras que le dijo Pomponia en el palacio de César y escuchó atentamente las declaraciones de Quilón. Aunque el sentimiento que le inspiraba Licia parecía, en ocasiones, dominado por el odio, le agradaba oir que su religión y la de Pomponia no tenía en sí nada de repugnante. Al mismo tiempo despertó en su alma la sospecha de que la adoración por Cristo, por aquel Ser desconocido y misterioso, podía ser la causa del abismo que le separaba de Licia, y esta sospecha le impulsó á temer y odiar aquella religión.

XVII

Glauco, aunque envejecido, era un hombre todavía robusto, y se comprendía que á Quilón le conviniese quitárselo de en medio.

El griego había conocido en otro tiempo á Glauco y le había hecho traición, arruinándole y entregándole á los ladrones y asesinos. Pero tales recuerdos le producían pocos remordimientos, habiéndole dejado agonizante, no en una hostería, como dijo, sino en medio de un campo, cerca de Minturno. No había previsto, sin embargo, que Glauco pudiese sanar y volver á Roma. Cuando advirtió su presencia en la casa de oración, quedó tan aterrorizado, que su primer pensamiento fué abandonar los trabajos comenzados para buscar á Licia. Por otra parte, el miedo que le infundía Vinicio era más fuerte que aquel terror. Las circunstancias le habían colocado en la disyuntiva de evitar la venganza de Glauco ó la de Vinicio; á éste se uniría un auxiliar muy poderoso, Petronio.

Esto le decidió. Juzgó preferible tener enemigos pequeños á tenerlos grandes, y aunque su naturaleza bellaca se asustara del derramamiento de sangre, comprendió que era indispensable matar á Glauco por mano ajena.

Ahora se trataba de escoger con acierto al homicida. Sus nocturnas excursiones por las hosterías le ofrecieron más de una ocasión para conocer muchos seres vagabundos, que, teniendo algo que ganar, estarían dispuestos á todo, pero que, después de recibido un anticipo, reclamarían, con la amenaza de denunciarle á la autoridad, el resto de la suma. Le repugnaban, hacía ya tiempo, aquellas figuras sucias y contrahechas que vagaban ante las sospechosas moradas de la Suburra y en el Trastevere. Juzgando por él, y sin pleno conocimiento de los cristianos y de su doctrina, creía encontrar en medio de ellos dóciles instrumentos de su voluntad. Decidió dirigirse á algunos y exponerles su propósito de manera que se vieran obligados á condescender, no tanto por interés como por amor á la religión.

Así, pues, al anochecer, fué á encontrar á Euricio, de cuya gratitud estaba seguro. Quilón, prudente como era, se guardó de manifestar sus verdaderas intenciones, que no se compadecían con la fe piadosa y severa del viejo. En todo caso, quería dar con personas á quienes poder explicar el asunto en forma que les moviera á callarlo todo por propia conveniencia.

Euricio, después de rescatar á su hijo, había adquirido una de aquellas tiendas, tan numerosas en los alrededores del Circo Máximo, donde vendía á buen precio aceitunas, habas, agua enmelada á los concurrentes al Circo. Quilón le encontró mientras estaba cerrando el negocio; le saludó en el nombre de Cristo, y á vuelta de mil reflexiones y rodeos, le expuso vagamente el objeto de su visita. Recordando el favor que le había prestado, contaba con su agradecimiento. Necesitaba dos ó tres hombres robustos para conjurar un peligro que amenazaba, no sólo á su persona, sino á todos los cristianos. Verdad que él era pobre desde que le había regalado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Glauco en su presencia. Después le preguntó qué otras noticias tenía, qué había hecho, sin comparecer, en tantos días y si había descubierto algo más. Pero Quilón no tenía mucho que contar. Había estado en otras dos casas de oración, había observado atentamente á todas las personas, especialmente á las mujeres, sin ver á ninguna que se pareciese á Licia. Los cristianos le consideraban como un secuaz de su secta, y desde la liberación del hijo de Euricio le apreciaban como un verdadero devoto de Cristo. De ellos aprendió que uno de sus principales legisladores, llamado Pablo de Tarso, á causa de una acusación formulada contra él por los hebreos, se hallaba prisionero en Roma, y Quilón decidió trabar con él conocimiento.

Por otra parte, le animaba en gran manera la noticia de que el sacerdote supremo de la secta, un discípulo de Cristo á quien el mismo Cristo había confiado el imperio de toda la cristiandad, había de llegar á Roma cuanto antes. Todos los cristianos deseaban verle y oir sus doctrinas. Debían celebrarse reuniones importantes, á las cuales asistiría el apóstol, y como en aquella ocasión sería fácil confundirse entre la muchedumbre, propuso á Vinicio que le acompañase. Entonces sería hallada seguramente. Y una vez desaparecido Glauco, la empresa no presentaría graves peligros. Los cristianos podrían vengarse; pero, en el fondo, eran todos personas pacíficas y tranquilas.

Después Quilón refirió, con cierta admiración, que él nunca había visto á los cristianos entregarse á la orgía, ni envenenar fuentes, ni sabía que fuesen enemigos del género humano, que adorasen un asno y que comiesen carne de niño. ¡Nada de eso!

No desesperaba de encontrar entre ellos un individuo que por dinero aceptase la misión de librarle de Glauco; pero le constaba que su religión no les excitaba á cometer delitos, antes bien les invitaba á perdonar las ofensas.

Vinicio recordó las palabras que le dijo Pomponia en el palacio de César y escuchó atentamente las declaraciones de Quilón. Aunque el sentimiento que le inspiraba Licia parecía, en ocasiones, dominado por el odio, le agradaba oir que su religión y la de Pomponia no tenía en sí nada de repugnante. Al mismo tiempo despertó en su alma la sospecha de que la adoración por Cristo, por aquel Ser desconocido y misterioso, podía ser la causa del abismo que le separaba de Licia, y esta sospecha le impulsó á temer y odiar aquella religión.

XVII

Glauco, aunque envejecido, era un hombre todavía robusto, y se comprendía que á Quilón le conviniese quitárselo de en medio.

El griego había conocido en otro tiempo á Glauco y le había hecho traición, arruinándole y entregándole á los ladrones y asesinos. Pero tales recuerdos le producían pocos remordimientos, habiéndole dejado agonizante, no en una hostería, como dijo, sino en medio de un campo, cerca de Minturno. No había previsto, sin embargo, que Glauco pudiese sanar y volver á Roma. Cuando advirtió su presencia en la casa de oración, quedó tan aterrorizado, que su primer pensamiento fué abandonar los trabajos comenzados para buscar á Licia. Por otra parte, el miedo que le infundía Vinicio era más fuerte que aquel terror. Las circunstancias le habían colocado en la disyuntiva de evitar la venganza de Glauco ó la de Vinicio; á éste se uniría un auxiliar muy poderoso, Petronio.

Esto le decidió. Juzgó preferible tener enemigos pequeños á tenerlos grandes, y aunque su naturaleza bellaca se asustara del derramamiento de sangre, comprendió que era indispensable matar á Glauco por mano ajena.

Ahora se trataba de escoger con acierto al homicida. Sus nocturnas excursiones por las hosterías le ofrecieron más de una ocasión para conocer muchos seres vagabundos, que, teniendo algo que ganar, estarían dispuestos á todo, pero que, después de recibido un anticipo, reclamarían, con la amenaza de denunciarle á la autoridad, el resto de la suma. Le repugnaban, hacía ya tiempo, aquellas figuras sucias y contrahechas que vagaban ante las sospechosas moradas de la Suburra y en el Trastevere. Juzgando por él, y sin pleno conocimiento de los cristianos y de su doctrina, creía encontrar en medio de ellos dóciles instrumentos de su voluntad. Decidió dirigirse á algunos y exponerles su propósito de manera que se vieran obligados á condescender, no tanto por interés como por amor á la religión.

Así, pues, al anochecer, fué á encontrar á Euricio, de cuya gratitud estaba seguro. Quilón, prudente como era, se guardó de manifestar sus verdaderas intenciones, que no se compadecían con la fe piadosa y severa del viejo. En todo caso, quería dar con personas á quienes poder explicar el asunto en forma que les moviera á callarlo todo por propia conveniencia.

Euricio, después de rescatar á su hijo, había adquirido una de aquellas tiendas, tan numerosas en los alrededores del Circo Máximo, donde vendía á buen precio aceitunas, habas, agua enmelada á los concurrentes al Circo. Quilón le encontró mientras estaba cerrando el negocio; le saludó en el nombre de Cristo, y á vuelta de mil reflexiones y rodeos, le expuso vagamente el objeto de su visita. Recordando el favor que le había prestado, contaba con su agradecimiento. Necesitaba dos ó tres hombres robustos para conjurar un peligro que amenazaba, no sólo á su persona, sino á todos los cristianos. Verdad que él era pobre desde que le había regalado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todas sus economías, pero siempre había de encontrar el modo de recompensar á aquellos hombres, mientras siguiesen acertada y fielmente las órdenes que les comunicase.

El viejo y Cuarto, su hijo, le escuchaban casi con veneración. Suponiendo que hombre tan santo no podía exigir nada que atentase contra las doctrinas de Cristo, ambos se pusieron ciegamente á su disposición.

Quilón, levantando los brazos, permaneció algunos momentos como absorto en oración; en realidad, reflexionaba si le convenía aceptar el ofrecimiento, lo que le permitiría ahorrar mil sextercios; pero no tardó en rechazar tal pensamiento. Euricio había envejecido por los sufrimientos más que por la edad y se había debilitado extraordinariamente. Cuarto no contaba más que diez y seis años. Quilón necesitaba hombres robustos y decididos. En cuanto á los mil sextercios, esperaba de todos modos ahorrar una buena parte. Aquéllos insistieron en su oferta, no cediendo más que ante las reiteradas negativas de Quilón.

– Conozco al panadero Demade, dijo Cuarto, que tiene ocupados en su molino á muchos esclavos y operarios. Uno de éstos es tan fuerte como puedan serlo cuatro hombres juntos. Yo mismo le vi levantar una piedra que cuatro no habían podido mover antes.

– Si es un individuo temeroso de Dios y dispuesto á sacrificarse por el bien de nuestros hermanos, házmelo conocer.

– Es un cristiano, señor, como casi todos los operarios de Demade, dijo el muchacho. Demade tiene trabajadores día y noche, y ese hombre está destinado al trabajo nocturno. Si vamos en seguida al molino, les encontraremos á todos comiendo y podrás hablar con él tranquilamente. Demade vive cerca del Emporio.

Quilón aceptó. El Emporio se hallaba al pie del Aventino, no lejos del Circo Máximo. Para acortar el camino, en vez de rodear la colina, podía seguirse el curso del río, á través del pórtico Emilio.

– Soy viejo, dijo Quilón, y alguna vez me falta la memoria. Sé que Nuestro Señor fué vendido por uno de sus apóstoles, pero no recuerdo, en este momento, el nombre del traidor...

– Judas, señor, que luego se ahorcó, respondió Cuarto, algo sorprendido de que semejante nombre pudiese olvidarse.

– ¡Ah, sí! Judas... ¡Judas!

Prosiguieron silenciosos hasta llegar al Emporio, que se hallaba cerrado; pasaron por delante, dando vuelta por el *Depósito,* donde se entregaba el grano al pueblo; de allí, doblando á la izquierda, se encaminaron por la vía Ostiense hacia el *Testáceo* y el *Foro Pistorio.* Allí se pararon frente á algunos edificios de madera, en los cuales grandes máquinas producían estrépito ensordecedor. Entró Cuarto; Quilón esperó fuera, deseando no ser visto por muchas personas y viviendo en continuo temor de encontrar á Glauco.

«Estoy ansioso por conocer al Hércules que trabaja en ese molino, pensaba Quilón, contemplando la pálida faz de la luna. Si es un bribón, me costará algún dinero; si, por el contrario, es un cristiano sencillo y piadoso, satisfará mis deseos, quizá sin retribución alguna.»

Sus reflexiones fueron interrumpidas por Cuarto, que avanzaba con otra persona, la cual vestía una modesta túnica, llamada *exomide,* que dejaba al descubierto el brazo derecho y la mitad del pecho. Tal indumentaria dejaba al cuerpo en libertad de movimientos, razón por la cual la usaban todos los operarios. Quilón respiró con alegría al ver á aquel individuo; nunca se había presentado á su vista figura tan hercúlea como aquella.

– Este es el hermano que deseabas conocer, dijo Cuarto.

– ¡La paz de Cristo sea contigo!, exclamó Quilón. Dile tú, Cuarto, á este hermano si yo merezco ó no merezco crédito, y luego, en nombre de Dios, vete á casa; no es necesario que dejes solo á tu padre por más tiempo.

– Este es un santo varón, dijo Cuarto, que sacrificó toda su fortuna por rescatarme, no conociéndome apenas. ¡Nuestro Señor y Redentor se lo pague!

Oídas estas palabras, el gigantesco operario cogió la mano de Quilón y la besó devotamente.

– ¿Cómo te llamas, hermano?, preguntó el griego.

– En la sagrada fuente se me impuso el nombre de Urbano.

– Urbano, hermano mío, ¿tienes tiempo para hablar conmigo tranquilamente?

– Nuestra labor no empieza hasta media noche; ahora nos están preparando la cena.

– En este caso, tenemos tiempo. Vamos hacia el río.

Llegaron á la ribera y se sentaron. No interrumpían el silencio de aquella hora solemne más que el sordo ruido del molino lejano y el monótono murmullo del río. Quilón examinó el rostro de Urbano, que le pareció bueno y leal, á pesar de cierta expresión de austeridad y tristeza, que era la característica de todos los bárbaros residentes en Roma.

«Es un individuo sencillo y bueno, que me librará de Glauco sin retribución de ningún género,» pensó Quilón.

– Urbano, le preguntó, ¿amas al Salvador?

– ¡Con toda mi alma!, fué la respuesta.

– ¿Y á tus hermanos, á tus hermanas, á todos los que te instruyeron en la nueva doctrina?

– ¡También los amo á todos!

– ¡La paz sea contigo!

Y reinó otra vez el más profundo silencio. En lontananza resonaba el estrépito del molino; á sus pies murmuraba el río.

Los ojos de Quilón se fijaron en la blanca luna, mientras con voz apasionada hablaba de la muerte del Redentor. Parecía que no conversaba con Urbano, sino que asistía al imponente espectáculo de aquella muerte desgarradora, ó que quería comunicar el secreto á la ciudad dormida.

El efecto era sublime y conmovedor; el extranjero lloraba. Cuando Quilón lamentó, suspirando, que en el Calvario no hubiese habido un hombre capaz de defender al Salvador, si no contra la crucifixión, por lo menos contra las injurias de los hebreos y de los soldados, Urbano apretó los puños, estremecido de piedad y de ira. La muerte de Cristo le conmovía; pero el recuerdo de aquellos malvados que escarnecían al Redentor irritaba su alma ingenua y le inspiraba deseos de venganza.

– Urbano, ¿sabes quién era Judas?, preguntó de pronto Quilón.

– ¡Lo sé! Pero él mismo se aplicó el merecido castigo, respondió el operario, como sintiendo que Judas, en vez de ahorcarse, no hubiese caído en sus manos.

– ¿Si no se hubiese matado y un cristiano lo encontrase, no sería deber de éste vengar en él los tormentos, la sangre, la muerte del Salvador?

– ¡Sin duda! ¡Deber sagrado!

– ¡La paz sea contigo, siervo fiel del Divino Cordero! Verdad es que nósotros debemos perdonar el daño que se nos haga; pero ¿quién puede perdonar el mal que se ha hecho á Dios? Como de una serpiente no puede nacer más que otra serpiente, como el pecado engendra el pecado y la traición produce la traición,

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

así del seno venenoso de Judas ha salido un nuevo Judas; como aquél entregó al Salvador á los hebreos y á los soldados romanos, el que está entre nosotros quiere entregar á los lobos á la grey cristiana. Si nadie impide la traición, si nadie aplasta la cabeza de la víbora, quedaremos todos arruinados y con nosotros aniquilada la gloria del Santo Cordero.

Con mudo terror fijaba el operario su mirada en el rostro de Quilón. Pero el griego, cubriéndose la cabeza con el manto, dijo con voz cavernosa, que parecía salir de las entrañas de la tierra:

– ¡Ay de vosotros, siervos del verdadero Dios! ¡Ay de vosotros, cristianos!

Y otra vez, en medio del silencio nocturno, no resonó más que el ruido de las máquinas, el canto acompasado de los molineros y el murmullo del río.

– ¡Padre!, exclamó, por fin, el extranjero. ¿Quién es ese traidor?

Quilón bajó la cabeza.

– ¿Quién es el traidor? Un hijo de Judas, un vástago de su semilla venenosa, un hombre que finge ser cristiano y toma parte en nuestras reuniones, para denunciar después á César nuestra confraternidad, diciéndole que no le reconocemos como un Dios, que envenenamos los manantiales, que matamos á los niños é intentamos destruir Roma, para que no quede piedra sobre piedra. ¡Escucha! Dentro de pocos días los pretorianos recibirán la orden de reducir á prisión á los viejos y á los niños, para condenarlos á muerte, como ha sucedido con los esclavos de Pedanio Segundo. De todos estos horrores es culpable aquel Judas, y nadie supo vengar al Señor y protegerle en la hora suprema. ¿Quién castigará á éste? ¿Quién aplastará á la víbora, antes que César oiga las denuncias? ¿Quién salvará de la muerte á nuestros hermanos?

Urbano, que estaba sentado sobre una roca, se levantó, como movido por un resorte, y exclamó:

– ¡Yo, padre!

Quilón se levantó también; sus ojos se fijaron con mirada escrutadora en el rostro del gigante, iluminado en aquel momento por la luna, y le dijo, poniéndole una mano sobre la cabeza:

– Ve con los cristianos; ve á las casas de oración; pregunta á los hermanos quién es Glauco, y cuando te lo hayan indicado, mátalo inmediatamente en nombre de Cristo.

– ¡Glauco!, repitió el operario en voz baja, para retener el nombre en la memoria.

– ¿Le conoces?

– No. Hay en Roma millares de cristianos que no se conocen unos á otros. Pero mañana se reunirán en gran número en el Ostriano, porque ha llegado un gran apóstol de Cristo, que explicará su doctrina. Los hermanos me mostrarán á Glauco.

– ¿En el Ostriano?, preguntó Quilón. ¿Fuera de las puertas de Roma?... ¿De noche? ¿Los hermanos y las hermanas? ¿Fuera de la ciudad? ¿En el Ostriano?

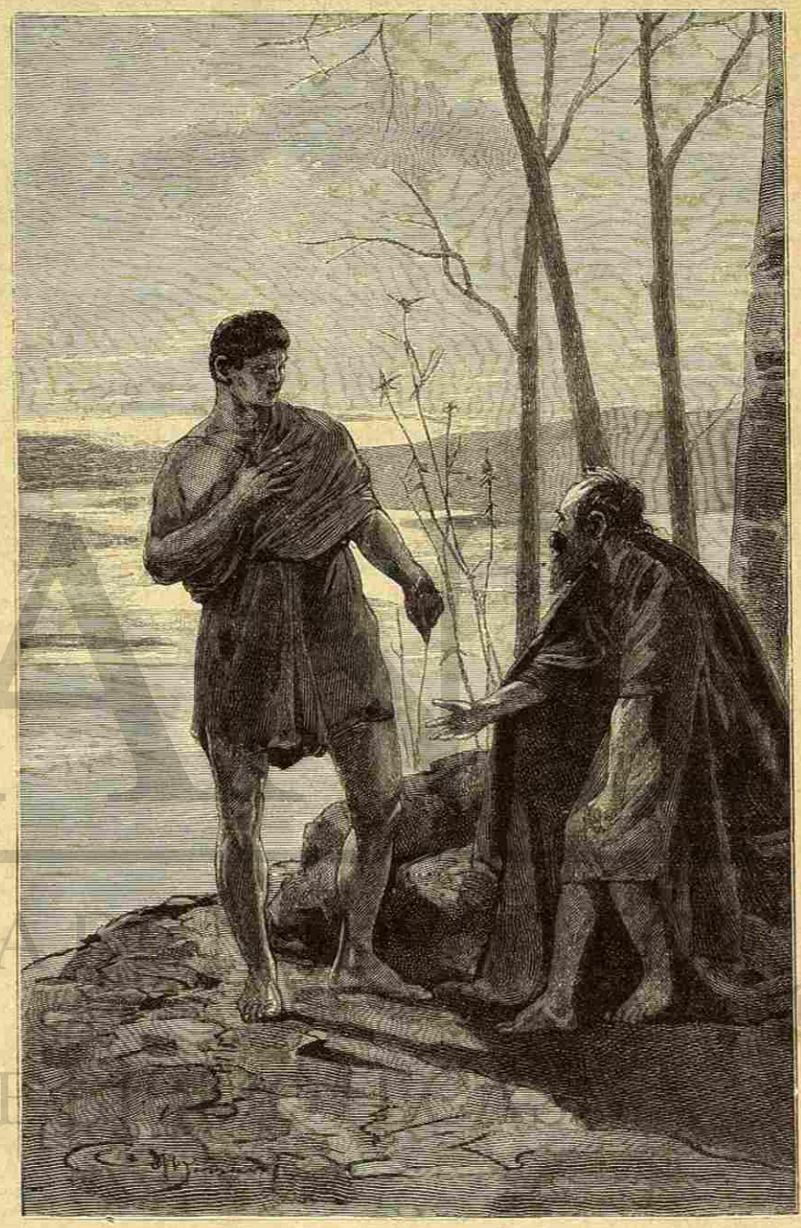
– Sí, padre. Allí está nuestro cementerio, entre la vía Salaria y la vía Nomentana. ¿No sabías que allí ha de predicar el gran apóstol?

– Estuve ausente dos días y no tuve noticias de su carta. Ni siquiera sé dónde está el Ostriano, pues he llegado hace poco tiempo de Corinto, donde dirijo una comunidad cristiana. Quedamos, pues, en que tú encontrarás á Glauco entre los hermanos y en seguida lo matarás. Después de esto, te serán perdonados todos tus pecados. Y ahora... ¡la paz sea contigo!

– ¡Oh! Padre...

– Te escucho, siervo del Cordero...

En el rostro de Urbano se dibujó una expresión de duda y de temor.



Urbano se levantó, como movido por un resorte, y exclamó: «¡Yo, padre!»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Hacía algún tiempo, había matado á un hombre, no por interés, ¡Dios lo sabía!, sino en propia defensa. Pero, aun en este caso, la religión prohibía matar. El mismo obispo le había concedido el apoyo de otros hermanos, con la condición de que no se derramase sangre. Todo había sucedido involuntariamente, pero el Señor le había dotado de excesiva fuerza. Los otros, mientras trabajaban en el molino, cantaban; él, en cambio, hacía penitencia, confesando su delito y llorando la ofensa inferida al Redentor. ¡Cuánto había llorado y rezado! Y sentía que la expiación no había concluído. Ahora había prometido matar á un traidor, y no había en ello mal alguno, porque los cristianos debían perdonar las ofensas hechas á ellos mismos, pero no las que se inferían al Señor. Sin embargo, Glauco debía ser condenado antes por los presbíteros, por el obispo y por el apóstol. Matar no es difícil, y si se trata de un traidor, causa tanto placer como matar á una fiera. ¿Pero si Glauco fuese inocente? ¿Cómo podía cargar su conciencia con un nuevo delito, con una nueva ofensa al Salvador?

– No queda tiempo para abrir un juicio, hermano mío, dijo Quilón. El traidor saldrá directamente del Ostriano para Anzio, donde se halla César, ó se esconderá tal vez en casa de un patricio á quien sirve. Te daré una contraseña. Si la muestras, después de llevar á cabo tu cometido, el gran apóstol y el obispo te bendecirán.

Sacó una moneda y con un cuchillo que llevaba á la cintura grabó una cruz sobre el metal. Después entregó la moneda al gigante.

– Esta es la condena de Glauco y la contraseña para ti: muerto el traidor, muéstrasela al obispo y te perdonará el delito cometido, á pesar tuyo.

Instintivamente, Urbano tendió la mano para tomar la moneda; pero el recuerdo del delito anterior le detuvo.

– ¡Oh, padre mío!, dijo suplicante; ¿tomarías sobre tu conciencia semejante acción? ¿Estás seguro de la traición de Glauco?

Quilón comprendió que, para alcanzar su objeto, debía enseñar pruebas, citar nombres. De pronto, se le ocurrió una idea felicísima.

– Escúchame, Urbano, le dijo; yo vivo en Corinto, pero ahora vengo de Cos. Allí he instruído en la doctrina cristiana á cierta esclava llamada Eunica, que sirve en la casa de un amigo de Nerón, Petronio. En aquella casa averigüé que Glauco intentaba hacer traición á todos los cristianos y que había prometido además á otro amigo de César, Vinicio, buscar entre los cristianos á una joven por quien aquél se interesaba.

Paróse en firme y miró asombrado al extranjero, cuyos ojos se habían enrojecido de sangre, como los de una fiera, y cuyo semblante denunciaba la ira más terrible.

– ¿Qué hay?, le preguntó Quilón, casi temblando.

– ¡Nada, padre mío! ¡Mañana mataré á Glauco!

El griego calló. Pocos momentos después, cogiendo del brazo al gigante, lo colocó de manera que la luz de la luna se reflejase en su rostro, y sin pestañear, lo miró largo rato. Quilón, sin duda, pensaba en si hubiera sido mejor para él escudriñar más detenidamente los secretos de aquel hombre, ó contentarse con lo que ya sabía y suponía.

Triunfó la prudencia. Lanzó un profundo suspiro, y poniendo con solemnidad su mano sobre la cabeza del operario, le preguntó lentamente:

– ¿El nombre de Urbano te fué impuesto en la sagrada fuente?

– ¡Sí, padre!

– ¡La paz del Señor sea contigo!

XVIII

«PETRONIO Á VINICIO

»El caso es grave, y es muy cierto que Venus te ha llenado de confusión el espíritu, te ha quitado la razón, la memoria y la fuerza de voluntad para pensar en otra cosa que no sea el amor. Repasa tu contestación á mi carta y verás cómo te es indiferente todo lo que no sea Licia; cómo tu pensamiento, preocupado sólo con su imagen, gira alrededor de ella, como el halcón en torno de su presa. ¡Por Pólux! Encuéntrala pronto, de lo contrario corres peligro de convertirte en aquella esfinge egipcia, que, según se refiere, se enamoró de la pálida Isis, mostrándose indiferente y sorda á todo lo demás, y vivía esperando la noche para contemplar, con los ojos petrificados, á su amada. Recorre de noche las calles disfrazado, frecuenta las casas de oración acompañado de tu filósofo: lo que alimenta la esperanza y entretiene el tiempo, siempre está bien. ¡Mas, por amor de nuestra amistad, obra como yo te aconsejo! Ursus, el esclavo de Licia, es un hombre de fuerza extraordinaria. Lleva contigo á Crotón, además del filósofo, y salid los tres: iréis más seguros. Desde el momento en que Licia y Pomponia son cristianas, hay que suponer que los de esa secta no son unos bribones y desalmados, como algunos los pintan; pero si una oveja de su grey se halla en peligro, entonces saben luchar valerosamente, como se ha demostrado en el caso de Licia. Tú, en cuanto la veas, ¡estoy seguro!, no sabrás contenerte y pretenderás llevártela en seguida; pero, ¿cómo lograrás tal intento con Quilón? Crotón, en cambio, te defendería á la joven hasta contra diez Ursus. Procura que Quilón no te desplume, pero no escatimes el dinero á Crotón; de todos mis consejos, éste es el mejor sin duda.

»Aquí nadie habla de la pequeña Augusta y del maleficio operado sobre ella. Popea la nombra de cuando en cuando, pero el espíritu de César anda ocupado en otras cosas, y si es verdad que la divina Augusta se halla en *cierto estado*, el recuerdo de la pobre muerta se desvanecerá muy pronto. Estuvimos algunos días en Nápoles, antes de dirigirnos á Baia. Si no has perdido el juicio por completo, debe llegar á tus oídos un eco de nuestra vida, porque supongo que en Roma no se hablará de otra cosa. En cuanto llegamos á Baia nos asaltaron los recuerdos maternos y los remordimientos. ¿Sabes hasta dónde ha llegado Nerón? Hasta el punto de servirse del asesinato de su madre como argumento para sus poesías y escenas tragicómicas. Su naturaleza cobarde le hizo sentir remordimientos una vez; ahora, desde que se persuadió de que la tierra no tiembla bajo sus pies y de que ningún dios piensa en la venganza, finge angustias y dolores para conmover á los demás. Alguna vez, por la noche, le ataca el delirio de que le persiguen las furias, nos despierta á todos, nos mira, y asume la actitud de un comediante, pero de un comediante miserable, en el papel de Orestes; declama versos griegos y observa atenta-

Hacía algún tiempo, había matado á un hombre, no por interés, ¡Dios lo sabía!, sino en propia defensa. Pero, aun en este caso, la religión prohibía matar. El mismo obispo le había concedido el apoyo de otros hermanos, con la condición de que no se derramase sangre. Todo había sucedido involuntariamente, pero el Señor le había dotado de excesiva fuerza. Los otros, mientras trabajaban en el molino, cantaban; él, en cambio, hacía penitencia, confesando su delito y llorando la ofensa inferida al Redentor. ¡Cuánto había llorado y rezado! Y sentía que la expiación no había concluído. Ahora había prometido matar á un traidor, y no había en ello mal alguno, porque los cristianos debían perdonar las ofensas hechas á ellos mismos, pero no las que se inferían al Señor. Sin embargo, Glauco debía ser condenado antes por los presbíteros, por el obispo y por el apóstol. Matar no es difícil, y si se trata de un traidor, causa tanto placer como matar á una fiera. ¿Pero si Glauco fuese inocente? ¿Cómo podía cargar su conciencia con un nuevo delito, con una nueva ofensa al Salvador?

– No queda tiempo para abrir un juicio, hermano mío, dijo Quilón. El traidor saldrá directamente del Ostriano para Anzio, donde se halla César, ó se esconderá tal vez en casa de un patricio á quien sirve. Te daré una contraseña. Si la muestras, después de llevar á cabo tu cometido, el gran apóstol y el obispo te bendecirán.

Sacó una moneda y con un cuchillo que llevaba á la cintura grabó una cruz sobre el metal. Después entregó la moneda al gigante.

– Esta es la condena de Glauco y la contraseña para ti: muerto el traidor, muéstrasela al obispo y te perdonará el delito cometido, á pesar tuyo.

Instintivamente, Urbano tendió la mano para tomar la moneda; pero el recuerdo del delito anterior le detuvo.

– ¡Oh, padre mío!, dijo suplicante; ¿tomarías sobre tu conciencia semejante acción? ¿Estás seguro de la traición de Glauco?

Quilón comprendió que, para alcanzar su objeto, debía enseñar pruebas, citar nombres. De pronto, se le ocurrió una idea felicísima.

– Escúchame, Urbano, le dijo; yo vivo en Corinto, pero ahora vengo de Cos. Allí he instruído en la doctrina cristiana á cierta esclava llamada Eunica, que sirve en la casa de un amigo de Nerón, Petronio. En aquella casa averigüé que Glauco intentaba hacer traición á todos los cristianos y que había prometido además á otro amigo de César, Vinicio, buscar entre los cristianos á una joven por quien aquél se interesaba.

Paróse en firme y miró asombrado al extranjero, cuyos ojos se habían enrojecido de sangre, como los de una fiera, y cuyo semblante denunciaba la ira más terrible.

– ¿Qué hay?, le preguntó Quilón, casi temblando.

– ¡Nada, padre mío! ¡Mañana mataré á Glauco!

El griego calló. Pocos momentos después, cogiendo del brazo al gigante, lo colocó de manera que la luz de la luna se reflejase en su rostro, y sin pestañear, lo miró largo rato. Quilón, sin duda, pensaba en si hubiera sido mejor para él escudriñar más detenidamente los secretos de aquel hombre, ó contentarse con lo que ya sabía y suponía.

Triunfó la prudencia. Lanzó un profundo suspiro, y poniendo con solemnidad su mano sobre la cabeza del operario, le preguntó lentamente:

– ¿El nombre de Urbano te fué impuesto en la sagrada fuente?

– ¡Sí, padre!

– ¡La paz del Señor sea contigo!

XVIII

«PETRONIO Á VINICIO

»El caso es grave, y es muy cierto que Venus te ha llenado de confusión el espíritu, te ha quitado la razón, la memoria y la fuerza de voluntad para pensar en otra cosa que no sea el amor. Repasa tu contestación á mi carta y verás cómo te es indiferente todo lo que no sea Licia; cómo tu pensamiento, preocupado sólo con su imagen, gira alrededor de ella, como el halcón en torno de su presa. ¡Por Pólux! Encuéntrala pronto, de lo contrario corres peligro de convertirte en aquella esfinge egipcia, que, según se refiere, se enamoró de la pálida Isis, mostrándose indiferente y sorda á todo lo demás, y vivía esperando la noche para contemplar, con los ojos petrificados, á su amada. Recorre de noche las calles disfrazado, frecuenta las casas de oración acompañado de tu filósofo: lo que alimenta la esperanza y entretiene el tiempo, siempre está bien. ¡Mas, por amor de nuestra amistad, obra como yo te aconsejo! Ursus, el esclavo de Licia, es un hombre de fuerza extraordinaria. Lleva contigo á Crotón, además del filósofo, y salid los tres: iréis más seguros. Desde el momento en que Licia y Pomponia son cristianas, hay que suponer que los de esa secta no son unos bribones y desalmados, como algunos los pintan; pero si una oveja de su grey se halla en peligro, entonces saben luchar valerosamente, como se ha demostrado en el caso de Licia. Tú, en cuanto la veas, ¡estoy seguro!, no sabrás contenerte y pretenderás llevártela en seguida; pero, ¿cómo lograrás tal intento con Quilón? Crotón, en cambio, te defendería á la joven hasta contra diez Ursus. Procura que Quilón no te desplume, pero no escatimes el dinero á Crotón; de todos mis consejos, éste es el mejor sin duda.

»Aquí nadie habla de la pequeña Augusta y del maleficio operado sobre ella. Popea la nombra de cuando en cuando, pero el espíritu de César anda ocupado en otras cosas, y si es verdad que la divina Augusta se halla en *cierto estado*, el recuerdo de la pobre muerta se desvanecerá muy pronto. Estuvimos algunos días en Nápoles, antes de dirigirnos á Baia. Si no has perdido el juicio por completo, debe llegar á tus oídos un eco de nuestra vida, porque supongo que en Roma no se hablará de otra cosa. En cuanto llegamos á Baia nos asaltaron los recuerdos maternos y los remordimientos. ¿Sabes hasta dónde ha llegado Nerón? Hasta el punto de servirse del asesinato de su madre como argumento para sus poesías y escenas tragicómicas. Su naturaleza cobarde le hizo sentir remordimientos una vez; ahora, desde que se persuadió de que la tierra no tiembla bajo sus pies y de que ningún dios piensa en la venganza, finge angustias y dolores para conmover á los demás. Alguna vez, por la noche, le ataca el delirio de que le persiguen las furias, nos despierta á todos, nos mira, y asume la actitud de un comediante, pero de un comediante miserable, en el papel de Orestes; declama versos griegos y observa atenta-

mente si nosotros le admiramos. Al parecer, le satisfacemos; y en vez de decirle: «¡Vete á dormir, bufón!,» secundamos su ilusión, fingiendo defender contra las furias al genial artista. ¡Por Cástor! A lo menos debes tener noticias de la representación pública que dió en Nápoles. Todos los vagabundos griegos de esta ciudad y de sus alrededores fueron invitados y llenaron el Anfiteatro con su peste de ajo y de sudor; yo dí gracias á los dioses por no hallarme entre el séquito de Augusta en las primeras filas, sino en la misma escena, cerca de Nerón, que estaba verdaderamente impresionado. Me tomó la mano y se la puso sobre el corazón, que le palpitaba con inusitada frecuencia; su respiración era fatigosa, y tenía la frente bañada en sudor. Al presentarse ante el público estaba blanco como el pergamino; pero observó que ocupaban varios asientos, convenientemente distribuídos, los pretorianos, armados de palos, para excitar el entusiasmo en caso necesario. Pero no llegó este caso. Ni las monas de los alrededores de Cartago podían haber aullado de aquella manera.

»Te aseguro que el olor de ajo llegaba hasta la escena; pero Nerón se inclinaba, se oprimía el pecho con las manos, y echaba besos, llorando enternecido. Después, lanzándose como un ebrio sobre nosotros, exclamó: «¿Qué eran los triunfos de Julio comparados con los míos?» El pueblo continuaba aullando y aplaudiendo por propia conveniencia, á cambio de regalos, banquetes, loterías y alguna otra representación del bufón imperial. Sus aplausos me sorprendían, pues no había visto espectáculo semejante hasta aquella tarde.

»César repetía á cada momento: «¿Ves lo que son los griegos?» Me parece, desde entonces, ver aumentado su odio contra Roma; sin embargo, se enviaron á esa ciudad mensajeros para anunciar el triunfo, y ahora se espera el reconocimiento del Senado. Inmediatamente después de la primera representación de César, ocurrió un extraño suceso. El teatro crujió, dando una sacudida, como por efecto de un temblor de tierra. No hubo que lamentar ninguna víctima. Muchos, algunos griegos entre ellos, atribuyeron el hecho á la ira de los dioses por el envilecimiento de la dignidad de un césar; Nerón, en cambio, reconoció un favor de los dioses, que habían protegido su canto y la vida de los que le oyeron.

»En Nerón creció el deseo de partir para la Acaya; pero hace algunos días me preguntó qué pensaría el pueblo romano y si no se rebelaría por su amor y por temor de que, faltando César, se suspendiesen las diversiones y la distribución del grano.

»A pesar de estas preocupaciones, nos vamos á Benevento, para presenciar el modesto esplendor en que cree brillar Vatinio, y luego, bajo la protección de los divinos hermanos de Helena, nos trasladaremos á Grecia. En cuanto á mí, he aprendido que un hombre que vive entre locos acaba por volverse loco también, y hasta encuentra ciertos atractivos en estas locas bufonadas.

»Grecia y el viaje sobre mil naves, una especie de triunfo de Baco, con relativas ninfas y bacantes con coronas de mirto, de pámpanos y de hiedra; mujeres vestidas con pieles de tigre, flores, gritos y vivas, música, poesía y... ¡quien quiera más, que pida! Pero nuestros proyectos no terminan con esto. Queremos fundar una especie de imperio oriental, un reino todo de palmas, de rayos de sol, de poesía..., ¡queremos transformar en realidad el sueño! Queremos olvidar á Roma y establecer el centro del mundo en otra parte, entre Grecia, Asia y Egipto; no vivir la vida del hombre, sino la de los dioses; navegar en barcas doradas, á la sombra de velas purpurinas, por todos los mares; ser al mismo tiempo Apolo, Osiris y Baal; rosados con la aurora, dorados con el sol, plateados con la luna. ¡Mandar, cantar, soñar! ¿Y querrás creer que yo también, aunque conservo un poco de juicio, me dejo transportar por tales fantasías á las regiones que, si no son posibles, son siempre grandiosas y extraordinarias? Semejante reino fabuloso les parecería un sueño á las futuras generaciones. Si Venus no tomase alguna vez la figura de Licia ó de Eunica, ó bien, si el arte no embelleciese el mundo, entonces sería diferente, porque la vida es una cosa vacía y, generalmente, estúpida. Pero *Enobarbo* no pondrá en ejecución tales proyectos, porque en su sueño fabuloso de *lo bello* y de *lo oriental* no encuentra lugar para la traición, para la vulgaridad y para la muerte, y él, á pesar de su actitud de poeta, no es más que un miserable comediante, un auriga mediocre y un tirano frívolo. ¡El que no le gusta debe desaparecer de la tierra! El pobre Torcuato Silano pertenece ya al reino de las sombras; hace pocos días, se le obligó á abrirse las venas. Lecanio y Licino entrarán con terror en el consulado. El viejo Tráseas escapará difícilmente á la muerte. Tigelino no ha logrado aún que se dicte la orden de que me desangre. Si me necesita, no sólo como colaborador, sino como hombre, sin cuyo consejo y buen gusto el viaje á la Acaya no tendría buen éxito, no complacerá á Tigelino. Más de una vez me ha asaltado el pensamiento de que, más tarde ó más temprano, me espera ese fin, ¿y sabes por qué? Porque *Enobarbo* no puede obtener aquel cáliz que tú conoces y que tanto te gusta. Si estás á mi lado á la hora de la muerte, tú lo tendrás; si estás lejos, lo romperé. Entretanto, aún tengo ante mí Benevento y la olímpica Grecia; y el hado, que es desconocido, guía á todos los hombres por el camino que trazó á cada uno.

»No te olvides de tomar á Crotón á tu servicio, de lo contrario te robarán otra vez á Licia. Si no necesitas á Quilón, mandámelo dondequiera que me encuentre. Quizás haré de él otro Vatinio, y ¡quién sabe si algunos cónsules y senadores temblarán en su presencia! Sería un espectáculo en extremo interesante. Cuando hayas encontrado á Licia, comunícamelo, porque en este templo de Venus sacrificaré por entrambos gran número de cisnes y de palomas. En sueños he visto á Licia á tu lado, radiante de felicidad. Procura que el sueño sea una profecía. Te deseo que ninguna nube venga á obscurecer tu cielo y que, si alguna ha de haber en él, tenga los colores y el perfume de la rosa. *Vale!*»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIX

Apenas Vinicio había acabado de leer, cuando entró Quilón en la estancia sin previo anuncio. Los esclavos habían recibido la orden de dejarle pasar á cualquier hora del día y de la noche.

– ¡Que la divina madre de tu valeroso abuelo Eneas te proteja, como me protege el hijo de Maya!

– ¿Qué quieres decir?, preguntó Vinicio, saltando de su asiento.

– ¡Eureka!, exclamó Quilón, levantando la cabeza.

El joven patricio se conmovió hasta el extremo de no poder pronunciar ni una palabra en algunos minutos.

– ¿La has visto?, preguntó por fin.

– He visto á Ursus, señor, y he hablado con él.

– ¿Sabes dónde se esconden?

– ¡No, señor! Otro cualquiera, por vanagloria, hubiese confesado al licio que le conocía, hubiese intentado arrancarle el secreto de su refugio y hubiera obtenido por toda contestación un formidable puñetazo, ó hubiera despertado sospechas, ¿y el resultado? Esta misma noche hubiera escondido otra vez á la doncella. A mí me basta saber que Ursus trabaja en las inmediaciones del Emporio, al servicio de un molinero llamado Demade, nombre igual al de uno de tus libertos. Ahora puedes poner sobre sus huellas á un esclavo de confianza y descubrir su refugio. Yo puedo asegurarte que, hallándose Ursus en Roma, en Roma se halla también la divina Licia, y es muy probable que esta noche vaya al Ostriano.

– ¿Al Ostriano? ¿Dónde está?, interrumpió Vinicio, mostrando deseos de correr hacia allí inmediatamente.

– Un hipogeo, entre la vía Salaria y la vía Nomentana. Aquel pontífice máximo de los cristianos, de quien te hablé y que ellos esperaban, ha llegado, y esta noche predicará y bautizará en el Ostriano. Ocultan los actos de su religión, porque el pueblo, si bien no se ha promulgado ningún edicto contra ella, la odia y sería capaz de dar un mal rato á los que hiciesen pública manifestación de cristianismo. Ursus me dijo que hoy se reunirían todos en el Ostriano, pues no hay uno que no desee ver y oir al que fué apóstol predilecto de Cristo. De las mujeres cristianas, tal vez Pomponia será la única que no asista; no sabría cómo excusar su salida nocturna ante Aulo, adorador de los dioses antiguos. Licia, en cambio, que está bajo la tutela y vigilancia de Ursus y de los ancianos, no faltará.

Vinicio, que hasta aquel momento estaba como febril, y á quien la esperanza había animado, sentía, cuando esa esperanza parecía convertirse en realidad, todo el cansancio que puede experimentar una persona después de un trabajo superior á sus fuerzas. Esta circunstancia no escapó á la viveza y astucia de Quilón, que pensó aprovecharse de ella.

¡Que la divina madre de tu valeroso abuelo Eneas te proteja..!

– Las puertas están custodiadas por tu gente, cosa que deben saber los cristianos; pero ellos no necesitan puertas, como no las necesita el Tíber. Para ellos dar un rodeo por ver al gran apóstol, no es trabajo pesado. Además conocen otros mil caminos, fuera de los muros. En el Ostriano encontrarás á Licia, y si no estuviese allí, estará seguramente Ursus, que me prometió matar á Glauco. ¡Escúchame, oh noble tribuno! Tú, pues, ó seguirás á Ursus para descubrir el paradero de Licia, ó lo mandarás arrestar como asesino, obligándole á revelarte el escondite. Yo he procedido de la mejor manera. Cualquier otro te hubiera dicho que se había visto obligado á vaciar diez frascos del mejor vino con Ursus, para arrancarle el secreto, ó bien que había perdido, jugando con él, mil sextercios, ó tal vez que había tenido que comprar el secreto por dos mil. Sé que tú me pagarías el doble; pero una vez en mi vida, ¡digo!, como siempre en mi vida, quiero ser leal, pues estoy persuadido de que tu bondad, como dice el noble Petronio, superará á todas mis esperanzas.

Vinicio, por su naturaleza guerrera intrépido y valeroso, fué dominado por momentánea debilidad, y dijo:

– Tu esperanza en mi generosidad no se verá fallida. Pero antes acompáñame al Ostriano.

– ¿Yo al Ostriano?, preguntó Quilón, que no sentía el menor deseo de ir á aquel sitio. Noble tribuno, yo te prometí encontrar á Licia, pero no raptarla. Piensa lo que sería de mí si aquel oso licio, después de haber matado á Glauco, se hubiese convencido de que el asesinato no es cosa justa. ¿No me consideraría como causa de su delito? No olvides, señor, que cuanto más grande es un filósofo, tanto más difícil le resulta contestar á las necias preguntas de los ignorantes. ¿Qué le habría de responder si me preguntase por qué había yo calumniado á Glauco? Pero, si no me crees, no me pagues hasta que yo te haya indicado la morada de Licia. Hoy dame sólo pruebas de una parte de tu generosidad, pues si te ocurriese una desgracia (¡los dioses no lo permitan!), yo no había de quedar sin recompensa, ni tu buen corazón podría tolerarlo.

Vinicio se acercó á un arca, colocada sobre un pedestal de mármol, y sacó de ella una bolsa que arrojó á Quilón.

– ¡Toma esos *escrúpulos!*, dijo. Cuando Licia esté en mi casa, recibirás otra bolsa igual, llena de oro.

– ¡Eres Júpiter!, exclamó Quilón.

Vinicio arrugó la frente.

– Ahora se te dará de comer; después reposarás, dijo. No abandonarás esta casa antes de la tarde, y cuando caiga la noche, me acompañarás al Ostriano.

El temor y la duda alternaron en el ánimo del griego. Por fin dijo tranquilo:

– ¿Quién puede resistir tus ruegos, señor? Acoge mis palabras como buen presagio; así las acogió nuestro gran héroe en el templo de Amón. En cuanto á mí, estos *escrúpulos* (é hizo sonar las monedas) han hecho desaparecer los *míos*. Tu compañía me causa placer sin igual.

Vinicio le interrumpió, impaciente, pidiéndole nuevos pormenores acerca de su coloquio con Ursus. Supo que aquella misma noche descubriría el paradero de Licia ó podría sorprenderla en el camino de regreso. Una alegría salvaje parecía invadir su alma. La perspectiva de encontrar á Licia disipó toda la ira que contra ella abrigaba. Perdonándola, sentía que la amaba con afecto más vivo; le pareció verla regresar de un largo viaje y hubiese querido llamar á todos sus esclavos para que adornasen su casa con guirnaldas; hasta su cólera contra Ursus había desaparecido. Se lo hubiera perdonado todo á todos. Quilón, contra el cual, á pesar de

sus servicios, había sentido hasta entonces cierta antipatía, le pareció de pronto una persona agradable y simpática. Su casa se le antojaba más hermosa; con el rostro radiante de alegría, se sentía joven y lleno de vida. El dolor de los pasados días no le había dado la justa medida de su amor por Licia; ahora podía apreciarlo, ahora que se convertía en realidad la esperanza de poseerla. El deseo despertó en él, como despierta la primavera bajo los templados besos del sol; pero era un deseo dulce y suave, no ardiente y salvaje como otras veces. Sentía en sí una fuerza ilimitada, y estaba convencido de que cuando Licia viviese á su lado, ni todos los cristianos del mundo, ni el mismo césar, lograrían arrancarla de sus brazos.

Quilón, á quien la alegría del tribuno daba más fuerzas, emitió su opinión. Según él, Vinicio no debía considerar aún la causa como un triunfo; lo mejor sería tomar cuantas precauciones aconsejaba la prudencia para no perder lo ganado. Licia no debía ser raptada en el Ostriano. Ellos irían con el rostro oculto y se contentarían con examinar desde un ángulo obscuro á los concurrentes. En el caso de descubrir á Licia, lo prudente sería seguirla á cierta distancia, recordar luego la casa en que hubiese entrado, rodearla de esclavos al amanecer, y luego secuestrarla en pleno día. Perteneciendo Licia, como rehén, á César, podían hacerlo sin dificultad. Aun no asistiendo ella al Ostriano, seguirían á Ursus y el éxito sería el mismo. No era prudente, sin embargo, trasladarse al cementerio con una turba de esclavos, lo cual llamaría demasiado la atención y daría lugar á que se repitiese la escena del primer rapto.

Vinicio reconoció la sensatez de tales consejos, y recordando las palabras de Petronio, hizo llamar á Crotón.

Quilón se tranquilizó no poco, al oir el nombre del célebre atleta, cuya fuerza extraordinaria había admirado más de una vez en el Anfiteatro, y se manifiestó dispuesto á ir al Ostriano. Con el apoyo de Crotón, le pareció mucho más fácil ganar la bolsa de oro.

Contento sentóse á la mesa, adonde le condujo el guardián del atrio. Mientras comía, refirió á los esclavos que había preparado para Vinicio un bálsamo maravilloso. El peor caballo, si llevaba untadas las patas con aquel bálsamo, vencía á cualquier otro en las carreras. Un cristiano le había enseñado la preparación, y los cristianos eran más hábiles en magia y en milagros que los mismos tesalios, aunque los hechizos de la Tesalia eran famosos. Los cristianos tenían en él una confianza ilimitada, y la razón no podía ocultarse á los que conocían el símbolo de un pez.

Hablando así escrutaba atentamente las fisonomías de los esclavos, para reconocer si entre ellos se revelaba algún cristiano y comunicárselo á Vinicio. Viéndose desilusionado en sus esperanzas, se entregó de lleno y sin ningún reparo á la comida y bebida, elogiando con gran énfasis al cocinero y afirmando que se lo iba á comprar á Vinicio. Turbaba ligeramente su alegría la idea de que debía ir aquella noche al Ostriano; pero se consolaba pensando que iría disfrazado, favorecido por las tinieblas y en compañía de dos hombres, uno de los cuales, gracias á su fuerza descomunal, había llegado á ser el ídolo de Roma, y el otro era muy respetado por su alta posición social.

«Aun cuando alguno reconociese á Vinicio, pensaba, nadie se atrevería á levantar sobre él la mano; en cuanto á mí, desafío á cualquiera á que me vea la punta de la nariz.»

Recordó su coloquio con Urbano, sintiendo viva satisfacción, y no dudaba que aquel gigante era Ursus en persona; conocía su extraordinario vigor por las palabras de Vinicio y por los esclavos que habían sacado á Licia del palacio impe-

rial. No era extraño que, al pedir un hombre robusto, Euricio le hubiese indicado á Ursus; además, la ira y el furor de éste oyendo los nombres de Licia y de sus perseguidores, le habían afirmado en su juicio. Urbano habló de la penitencia que se había impuesto á consecuencia de un homicidio..., y en efecto, Ursus había matado á Atacino. Y sobre todo, el aspecto del operario correspondía con exactitud á la descripción que del esclavo de Licia le había hecho el joven tribuno. La única circunstancia que hacía dudar un poco era el cambio de nombre; pero Quilón sabía que los cristianos casi siempre adoptaban otro nombre al bautizarse.

«Si Ursus cometió el homicidio, pensaba Quilón, muy bien... Si no se hubiese atrevido á matar á Glauco, sería también buena señal, porque significaría lo penoso que es para los cristianos el matar... Yo pinté á Glauco como un verdadero hijo de Judas, un traidor de todos los cristianos; estuve tan elocuente, que hasta una peña se hubiese conmovido prometiéndome derrumbarse sobre la cabeza de Glauco. Pero ¡cuánto trabajo me costó convencer á aquel oso licio! Se sentía afligido, no estaba decidido; hablaba de humillación, de penitencia. Se comprende que entre ellos el homicidio no es cosa habitual. Deben perdonar á quien les causa daño, y la libertad de vengar las ofensas ajenas es muy limitada. *Ergo...*, ¡fuera miedo, Quilón! ¿Qué te va á suceder? Glauco no puede vengarse; si Ursus no lo mata á pesar de su horrible delito de traición á todos los cristianos, menos te matará á ti, que no has sido traidor más que de uno. Y después, apenas logre indicar á aquel palomo el nido de la tortolilla, me lavo las manos y huyo á Nápoles. También los cristianos hablan de «lavarse las manos,» y así parece que terminan todas sus querellas. ¡Qué buena gente son esos cristianos y cuánto malo se dice de ellos! ¡Esta es la justicia del mundo! ¡Me gusta esa religión, que no permite matar! Pero si no permite el homicidio, vedará también el hurto, el fraude y los falsos testimonios; no digo, por eso, que sea fácil seguir sus doctrinas; esa religión no sólo manda morir honradamente, como dicen los estoicos, sino también vivir honradamente. Si un día llego á tener una casa como ésta, una fortuna y tantos esclavos como tiene Vinicio, quizá seré también cristiano, hasta donde encuentre ventaja en ello. Un hombre rico puede permitírselo todo, ¡hasta ser cristiano! Y esta religión es para los ricos; no comprendo como hay tantos pobres entre sus sectarios. ¿Qué provecho sacan con dejarse atar las manos por la virtud? He de reflexionarlo: entretanto, gracias te sean dadas, ¡oh Hermes!, que me hiciste encontrar aquel *tesoro;* pero si lo hiciste sólo por amor á las dos novillas de cuernos dorados, no quiero saber nada más de ti. ¡Avergüénzate, asesino de Argos! ¡Eres un dios tan listo, y no has sabido prever que no obtendrías nada de mí! Yo quiero ofrecerte mi reconocimiento; pero si además exiges las terneras, debo decirte que eres también un buey, ó en la mejor hipótesis, merecerías ser un pastor, pero nunca un dios. Óyeme, si no quieres exponerte al peligro de que yo, como filósofo, pruebe á los hombres que ni siquiera existes; y en tal caso, ¡adiós sacrificios! Es más prudente vivir en armonía con los filósofos.»

Hablando consigo mismo y con Hermes, se tendió cómodamente sobre los cojines y se adormeció, mientras el esclavo empezaba á levantar la mesa. Despertó, ó mejor dicho, fué despertado al llegar Crotón; se dirigió al atrio y vió con gran complacencia al ex gladiador, cuya figura gigantesca parecía llenar todo el ambiente. Crotón, habiendo ya convenido con Vinicio la recompensa que había de recibir, estaba diciendo:

– ¡Por Hércules! Ha sido una suerte que me hayas mandado á buscar hoy, porque mañana he de salir para Benevento, adonde me llama Vatinio para probarme, en presencia de César, con un tal Siface, el negro más robusto del África. ¡Puedes

imaginarte, señor, cómo crujirán sus huesos entre mis brazos, cómo destrozará mi puño su negra mandíbula!

– ¡Por Pólux! ¡Estoy convencido de que lo harás!, respondió Vinicio.

– Sabrás portarte muy bien, añadió Quilón. ¡De seguro, le destrozarás la mandíbula! Pero hoy, Hércules queridísimo, úntate los miembros con aceite de oliva, porque has de luchar con un verdadero monstruo. Se dice que el hombre que defiende á la joven deseada por el noble Vinicio posee una fuerza extraordinaria.

Con estas palabras intentaba Quilón excitar el amor propio del hércules.

– ¡Así es!, dijo Vinicio. Yo no le conozco; pero he oído decir que coge á un toro por los cuernos y lo derriba.

– ¡Oh!..., exclamó Quilón, que no se figuraba que la fuerza de Ursus fuese tan extraordinaria.

Pero Crotón sonrió desdeñosamente.

– Yo me siento capaz, noble señor, dijo, de levantar del suelo con este brazo lo que tú me indiques y con el otro defenderme contra siete de esos licios, y traerte aquí á la joven, aunque todos los cristianos me siguiesen como lobos calabreses. Si no lo consigo, me dejo matar en este mismo impluvio á golpes de maza.

– ¡No lo consientas, señor!, dijo Quilón. Le apedrearían, y entonces, ¿de qué le había de servir su fuerza? ¿No es mejor sacar á la muchacha de su casa y no exponeros á ella y á ti á una muerte segura?

– ¡Es verdad!

– Tú me pagas y puedes mandarme; pero no olvides que mañana debo partir para Benevento.

– Poseo en Roma quinientos esclavos, fué la respuesta de Vinicio.

Después les hizo señas de que se retirasen y entró en la biblioteca, donde escribió á Petronio las siguientes líneas:

«Quilón ha encontrado á Licia. Esta noche iré con él y con Crotón al Ostriano, y estoy resuelto á robar, hoy ó mañana, de su habitación á la doncella. Los dioses te concedan sus favores. La alegría me impide escribir más extensamente.»

Cuando hubo terminado, empezó á pasear por la estancia. No era solamente la alegría lo que le ponía tan inquieto; sentía circular la sangre en sus venas con ardor insólito. ¡Al día siguiente, Licia estaría debajo de aquel techo! Aún no sabía cómo había de tratarla; pero estaba seguro de que en el momento en que ella le amase, sería su esclavo más rendido. Recordaba las palabras de Acté, que le había convencido del afecto de Licia; toda la dificultad consistía en vencer cierta virginal aspereza y en observar algunas ceremonias que la doctrina cristiana consideraba indispensables. Pero, una vez en su casa, Licia, cediendo á la persuasión y á la fuerza mayor, acabaría por entregarse á su amor.

La entrada de Quilón interrumpió sus dulces reflexiones.

– Me ha venido á la memoria una cosa, señor. Los cristianos tienen contraseñas, sin las cuales no se permite á ninguno entrar en el Ostriano. Sé que también las usan en las casas de oración y conozco tales contraseñas por habérselas visto á Euricio. Permíteme que vaya á encontrarlo.

– ¡Muy bien, sabio querido!, respondió Vinicio. Hablas como un hombre sensato y mereces elogios. Ve á casa de Euricio, ó adonde quieras; pero, como garantía, deja sobre aquella mesa la bolsa que te dí.

A Quilón pareció contrariarle la forma en que se le daba el permiso; pero obedeció por fin, y salió.

Desde las Carinas al Circo, en cuyas inmediaciones se hallaba la tienda de Euricio, el trayecto era breve; así es que Quilón pudo regresar pronto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– ¡Tengo las contraseñas, señor!, dijo al presentarse. Sin ellas no tendríamos entrada. Me he informado exactamente de la calle. Dije á Euricio que necesitaba las contraseñas para unos amigos, no para mí, pues el camino es demasiado largo para un viejo como yo. Además, veré mañana al gran apóstol y oiré la mejor parte de su predicación.

– ¡Cómo! ¿No quieres ir con nosotros? ¡Debes ir!, dijo Vinicio.

– Sé que debo ir; pero deseo presentarme disfrazado, y te aconsejo que hagas lo mismo, para no asustar á nuestros pájaros.

Comenzaron á prepararse, porque ya las tinieblas se extendían sobre la ciudad eterna. Se envolvieron cuidadosamente en mantos y capuces y tomaron unas linternas. Vinicio armóse á sí mismo y armó á sus compañeros con puñales cortos y curvos. Quilón se cubrió la cabeza con una peluca que le proporcionó Euricio. En esta disposición salieron los tres de casa de Vinicio, apretando el paso para llegar á la puerta Nomentana antes de que la cerrasen.

XX

Pasaron, cruzando el *Vicus Patricius*, por el Viminal, dirigiéndose á la antigua puerta del mismo nombre, junto á la llanura donde más tarde levantó Diocleciano sus termas suntuosas. El camino, á uno de cuyos lados se hallaban los restos de los muros erigidos por Servio Tulio, parecía más desierto á medida que avanzaban, hasta que llegaron á la vía Nomentana: desde este punto doblaron hacia la izquierda por la vía Salaria, adelantando algunos pasos entre las fosas y los sepulcros.

La noche era obscura, y no habiendo asomado aún la pálida faz de la luna, se vieron en gran trabajo para hallar el verdadero camino; pero, como había previsto Quilón, los mismos cristianos se lo indicaron.

En efecto, á derecha é izquierda se divisaban negras figuras, que avanzaban cautelosamente por entre los fosos de arena. Algunas de esas figuras llevaban linternas, procurando, sin embargo, ocultarlas bajo los mantos; otros, á quienes era más conocido el camino, avanzaban en la obscuridad con relativa rapidez. Los ojos atentos y observadores de Vinicio distinguían, por los movimientos, las personas ancianas de las jóvenes y los hombres de las mujeres, por más que todos iban envueltos en largos mantos. Así la guardia nocturna como los aldeanos que regresaban de la ciudad debían de suponer que esos viandantes eran operarios ocupados en extraer arena de los fosos, ó quizá sepultureros que se dirigían á cumplir alguna obligación. Cuanto más avanzaba el joven patricio con sus compañeros, más numerosas lucían las linternas y más aumentaba la multitud de personas. Algunas cantaban, en voz baja, melodías tristes. A veces llegaban á oídos de Vinicio algunas frases como estas: «Si duermes, despierta;» «¡Levántate y vive!» Y el nombre de Cristo era repetido por hombres y mujeres.

Vinicio prestaba poca atención á tales palabras, preocupado con la idea de que una de aquellas negras figuras podía ser Licia. Más de uno le dijo: «La paz sea contigo» ó «Gloria á Cristo,» y fué atacado de viva inquietud, latiendo su corazón con violencia y pareciéndole que oía la voz de Licia. A cada instante creía descubrir entre las sombras su figura y sus movimientos; pero después de algunas desilusiones, empezó á dudar de sus propios ojos. El camino se le hacía interminable, y aun conociendo aquellos lugares, no podía, envuelto en profundas tinieblas, decir en dónde se encontraba. Los tres compañeros tropezaban continuamente contra las ruinas de murallas, cuya existencia cerca de la ciudad ignoraban. La luna, por fin, rasgó una densa nube que hasta entonces la había cubierto, iluminando aquellos parajes mucho mejor de lo que podían hacerlo las débiles linternas. A distancia brillaba una claridad producida por una hoguera. Vinicio preguntó á Quilón:

– ¿Es aquello el Ostriano?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– ¡Tengo las contraseñas, señor!, dijo al presentarse. Sin ellas no tendríamos entrada. Me he informado exactamente de la calle. Dije á Euricio que necesitaba las contraseñas para unos amigos, no para mí, pues el camino es demasiado largo para un viejo como yo. Además, veré mañana al gran apóstol y oiré la mejor parte de su predicación.

– ¡Cómo! ¿No quieres ir con nosotros? ¡Debes ir!, dijo Vinicio.

– Sé que debo ir; pero deseo presentarme disfrazado, y te aconsejo que hagas lo mismo, para no asustar á nuestros pájaros.

Comenzaron á prepararse, porque ya las tinieblas se extendían sobre la ciudad eterna. Se envolvieron cuidadosamente en mantos y capuces y tomaron unas linternas. Vinicio armóse á sí mismo y armó á sus compañeros con puñales cortos y curvos. Quilón se cubrió la cabeza con una peluca que le proporcionó Euricio. En esta disposición salieron los tres de casa de Vinicio, apretando el paso para llegar á la puerta Nomentana antes de que la cerrasen.

XX

Pasaron, cruzando el *Vicus Patricius*, por el Viminal, dirigiéndose á la antigua puerta del mismo nombre, junto á la llanura donde más tarde levantó Diocleciano sus termas suntuosas. El camino, á uno de cuyos lados se hallaban los restos de los muros erigidos por Servio Tulio, parecía más desierto á medida que avanzaban, hasta que llegaron á la vía Nomentana: desde este punto doblaron hacia la izquierda por la vía Salaria, adelantando algunos pasos entre las fosas y los sepulcros.

La noche era obscura, y no habiendo asomado aún la pálida faz de la luna, se vieron en gran trabajo para hallar el verdadero camino; pero, como había previsto Quilón, los mismos cristianos se lo indicaron.

En efecto, á derecha é izquierda se divisaban negras figuras, que avanzaban cautelosamente por entre los fosos de arena. Algunas de esas figuras llevaban linternas, procurando, sin embargo, ocultarlas bajo los mantos; otros, á quienes era más conocido el camino, avanzaban en la obscuridad con relativa rapidez. Los ojos atentos y observadores de Vinicio distinguían, por los movimientos, las personas ancianas de las jóvenes y los hombres de las mujeres, por más que todos iban envueltos en largos mantos. Así la guardia nocturna como los aldeanos que regresaban de la ciudad debían de suponer que esos viandantes eran operarios ocupados en extraer arena de los fosos, ó quizá sepultureros que se dirigían á cumplir alguna obligación. Cuanto más avanzaba el joven patricio con sus compañeros, más numerosas lucían las linternas y más aumentaba la multitud de personas. Algunas cantaban, en voz baja, melodías tristes. A veces llegaban á oídos de Vinicio algunas frases como estas: «Si duermes, despierta;» «¡Levántate y vive!» Y el nombre de Cristo era repetido por hombres y mujeres.

Vinicio prestaba poca atención á tales palabras, preocupado con la idea de que una de aquellas negras figuras podía ser Licia. Más de uno le dijo: «La paz sea contigo» ó «Gloria á Cristo,» y fué atacado de viva inquietud, latiendo su corazón con violencia y pareciéndole que oía la voz de Licia. A cada instante creía descubrir entre las sombras su figura y sus movimientos; pero después de algunas desilusiones, empezó á dudar de sus propios ojos. El camino se le hacía interminable, y aun conociendo aquellos lugares, no podía, envuelto en profundas tinieblas, decir en dónde se encontraba. Los tres compañeros tropezaban continuamente contra las ruinas de murallas, cuya existencia cerca de la ciudad ignoraban. La luna, por fin, rasgó una densa nube que hasta entonces la había cubierto, iluminando aquellos parajes mucho mejor de lo que podían hacerlo las débiles linternas. A distancia brillaba una claridad producida por una hoguera. Vinicio preguntó á Quilón:

– ¿Es aquello el Ostriano?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quilón, á quien la noche, la distancia que le separaba de la ciudad y las misteriosas figuras que se movían á su alrededor producían extraña impresión, respondió con tembloroso acento:

– No lo sé, señor; nunca estuve en el Ostriano. Pero me parece que esos individuos podrían adorar á su Dios un poco más cerca de la ciudad.

Y sintiendo necesidad de hablar para animarse, continuó poco después:

– Se reunen como malhechores; pero les está prohibido matar, si es que aquel licio no me ha engañado como un bellaco.

Vinicio, que tenía concentrado todo su pensamiento en Licia, no pudo menos de quedar sorprendido por aquella cautela, por aquel misterio, con que se reunían los correligionarios de su amada, para escuchar á su gran sacerdote.

– Como todas las religiones, dijo, esta tiene sus secuaces entre nosotros. Los cristianos pertenecen á una secta hebraica. ¿Por qué, pues, se reunen aquí, habiendo en el Trastevere templos donde los hebreos ofrecen sus sacrificios á la clara luz del sol?

– Los hebreos, señor, son sus peores enemigos; tengo entendido que antes de que el césar actual subiese al trono, iba á estallar una guerra entre ellos y los cristianos. Las rebeliones que se produjeron obligaron á Claudio á expulsar á todos los hebreos; pero este edicto ya no está en vigor. Los cristianos, como sabes, se ocultan á los hebreos y al pueblo, que les acusa de horrendos delitos y los odia.

Prosiguieron en silencio, hasta que Quilón, cuyo temor aumentaba á medida que se alejaba de la ciudad, continuó su interrumpido discurso:

– Saliendo de la tienda de Euricio, alquilé una peluca y me puse en las narices dos granos artificiales para que no me reconozcan. Pero, aun reconociéndome, no me matarán. No son malos, antes bien son honrados, y yo los estimo y aprecio.

– Tú tratas de ganar su voluntad con elogios anticipados, respondió Vinicio.

Habían llegado á un jardín rodeado de fosas y atravesado al fondo por un acueducto. Iluminado por la luz plateada de la luna se descubría á lo lejos un muro cubierto de hiedra. Era el Ostriano.

El corazón de Vinicio empezó á palpitar con violencia. En la puerta tuvieron que pronunciar las palabras rituales, y al poco rato se hallaron sobre una vasta explanada, circundada de muros. Se elevaban en medio de la llanura algunos monumentos, y del centro partía un sendero que conducía al hipogeo ó cripta; en el fondo estaban las fosas subterráneas y junto á la entrada saltaba un surtidor. La cripta, si bien muy vasta, no podía contener una muchedumbre tan considerable, por lo cual Vinicio dedujo que la reunión se verificaría al aire libre.

Muchas personas iban sin linternas y eran muy pocas las que no llevaban la cabeza cubierta, fuese por temor de ser reconocidos, fuese para preservarse contra el frío. El joven tribuno empezó á impacientarse, pensando que en medio de aquella luz incierta y débil no podría reconocer á Licia.

Pero de pronto se encendieron algunos haces cerca de la cripta y se colocaron sobre palos, lo cual produjo suficiente claridad; entonces toda aquella multitud entonó un himno en voz baja al principio y después en tono más alto y con vigor siempre creciente. El canto era completamente nuevo para Vinicio. Aquella melodía, salvo la mayor fuerza con que se entonaba entonces, tenía la misma expresión de dolor y deseos que le había sorprendido anteriormente en el camino. Aquellas notas vibrantes, de tanta tristeza y de una angustia tan dolorosa, parecían querer despertar en toda aquella multitud de vivos y muertos un sentimiento nuevo, ardiente, inefable. Parecía una plegaria triste y humilde de liberación del peligro y de las tinieblas.

Era como si los ojos, fijos en un punto lejano, suplicasen á algún ser invisible. Terminado el himno, siguió un instante de silencio; la impresión fué tan viva, que Vinicio y sus compañeros levantaron la mirada á un tiempo y espontáneamente, como temiendo que sucediese algo inaudito, que un ser sorprendente pudiese descender del cielo.

Vinicio había visitado muchos templos de todos los cultos en el Asia Menor, en Egipto y en Roma; conocía gran número de religiones de los más diversos caracteres y había oído muchos himnos; pero allí veía por primera vez una asamblea que cantaba las alabanzas de una divinidad sin atenerse á determinado rito, sino con toda la expansión de un corazón devoto, con la confianza natural que á los hijos inspiran los padres. Era preciso estar ciego para no comprender que aquella gente no sólo respetaba á su Dios, sino que le amaba. Vinicio, en todos sus viajes, no había visto nada semejante en ninguna solemnidad, en ninguna ocasión. El que en Grecia ó Roma honraba aún á los dioses, lo hacía por interés ó por temor; pero á nadie se le había ocurrido amar á las divinidades paganas.

Aunque su espíritu estaba absorto pensando en Licia y sus ojos se afanaban por distinguirla entre la muchedumbre, no podía sustraerse á la observación de todo lo extraño y maravilloso que ocurría en su presencia. Otros haces fueron arrojados al fuego, y la llama, haciendo palidecer la claridad de las linternas, iluminó todas las tumbas con reflejos rojos.

Un anciano envuelto en un manto, pero con la cabeza descubierta, salió del hipogeo y fué directamente á colocarse sobre una piedra, junto al fuego.

Todos se inclinaron ante él. Varias voces murmuraron cerca de Vinicio: «¡Pedro, Pedro!» Algunos se arrodillaron, otros tendieron hacia él las manos. El silencio era tan solemne, que podía oirse el leve rumor producido por los abrasados tizones que caían de los improvisados candelabros, el lejano ruido de los carros sobre la vía Nomentana y el chasquido del viento al azotar ligeramente los pinos del cementerio, dispuestos en simétricos y bien ordenados grupos.

Quilón, inclinándose hacia Vinicio, murmuró:

– ¡Ahí está! ¡El apóstol predilecto de Cristo: un pescador!

Pedro alzó la mano, bendiciendo con la señal de la cruz á todos los congregados, que simultáneamente se habían postrado de rodillas.

Vinicio y sus compañeros, no queriendo venderse, hicieron como los demás. El tribuno no sabía explicarse la profunda impresión que aquella escena le había producido; la figura que tenía delante le parecía sencilla y extraña al mismo tiempo, comprendiendo que esa extrañeza era consecuencia de aquella sencillez. El anciano no cubría su cabeza con ninguna mitra, ni ninguna corona de hojas de encina ornaba sus sienes; no llevaba la palma en la mano, ni siquiera vestía el hábito blanco recamado de estrellas con un escudo dorado sobre el pecho; en una palabra, no ostentaba ninguna de aquellas insignias especiales de los sacerdotes de Oriente, de Egipto, de Grecia y de la antigua Roma.

Y Vinicio quedó admirado de esta diferencia, como lo había quedado poco antes, al oir los himnos cristianos. Aquel pescador no se le presentaba ya como un gran sacerdote habituado á las solemnidades de los ritos, sino como un anciano modesto y respetable, llegado de lejanos países, para hablar de una verdad que había visto y tocado, en la que creía con fe inquebrantable y á la cual amaba, inspirado por esa misma fe. Por eso en sus miradas brillaba un fuego de convicción que sólo la verdad puede poseer. Y Vinicio, hasta entonces escéptico, y por lo mismo poco inclinado á dejarse influir por el anciano, se sentía empujado por una ardiente curiosidad de escuchar todo lo que había de salir de los labios de aquel misterioso com-

pañero de Cristo, de conocer el contenido de aquella doctrina que profesaban Licia y Pomponia.

Y Pedro empezó á hablar como un padre que instruye á sus hijos queridos. Les aconsejaba que renunciasen á las orgías y al placer, que amasen la indigencia, la pureza y la verdad; que soportasen con paciencia las injusticias y las persecuciones; que obedeciesen á las autoridades y á los superiores, que no cometiesen traiciones, ni engaños y no propalasen calumnias, y finalmente, que procurasen darse mutuamente buenos ejemplos y servir de modelo hasta á los paganos.

Vinicio, para quien el bien consistía en todo lo que pudiera ponerle en posesión de Licia, y el mal en lo que se opusiera como obstáculo entre ellos, se sentía alternativamente conmovido é irritado por aquellas frases: creía que el anciano, recomendando la pureza y la lucha contra las pasiones, trataba no sólo de condenar su amor, sino también de excitar á Licia á perdurar en la resistencia. Comprendía que, si ella estaba en la reunión y oía aquellas palabras, debía considerarle necesariamente como un enemigo de su religión y un ser perverso. Esta idea le encolerizó.

«¿He oído algo nuevo?, se preguntó á sí mismo. ¿Es esta la nueva religión? Todos lo saben, todos lo han oído. Los cínicos recomiendan la indigencia y la limitación de las necesidades; Sócrates enseña la virtud como cosa vieja, pero buena; todo estoico, y por lo tanto Séneca, que posee cien tablas de cedro, elogia la templanza, recomienda la verdad, la paciencia en las adversidades, la resignación en la desgracia; pero todo esto es rancio y pasado; es fruta que la gente no apetece, al percibir el olor á cosa pasada.»

Parecía desilusionado. Esperaba descubrir ignotos misterios de magia, ó por lo menos, oir á un brillante orador. Y oía aquellas palabras sencillas y monótonas, y no comprendía cómo toda aquella muchedumbre podía escuchar con tanta atención al apóstol.

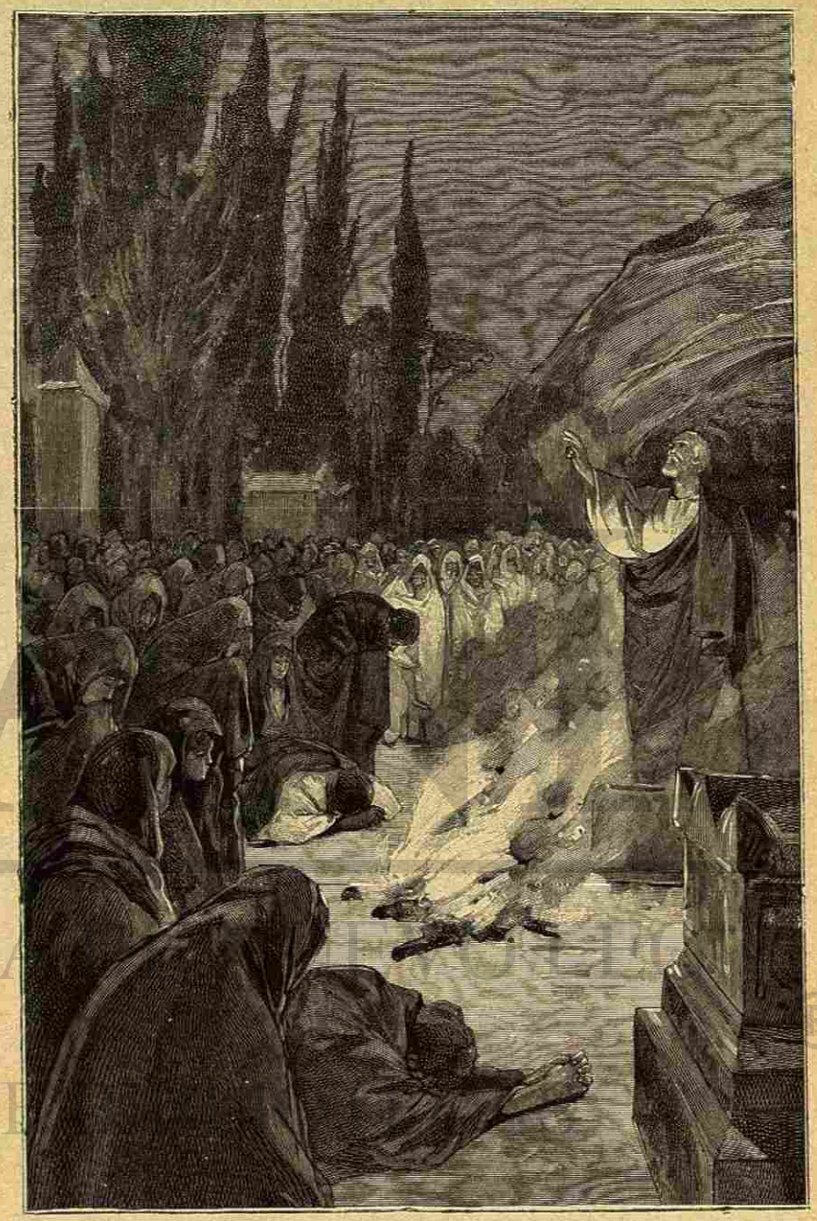
El viejo continuó hablando á los circunstantes, que, sumisos y absortos, estaban pendientes de sus labios. Les exhortaba dulcemente á ser pacíficos, modestos, justos y puros, no ya por amor á la paz terrena, sino para poder, después de la muerte, habitar eternamente con Cristo, contentos, felices y bienaventurados.

Aunque abrigaba alguna prevención, Vinicio comprendió que existía alguna diferencia entre la doctrina del anciano y las de los cínicos, los estoicos y otras escuelas filosóficas; éstas recomendaban la virtud como la cosa más racional y más práctica de la vida, mientras aquélla prometía la inmortalidad, pero no una inmortalidad fría, triste y miserable, sino grandiosa y casi divina. Y el apóstol hablaba de ella como cosa cierta; para semejante fe la virtud debía necesariamente tener un valor inestimable y la desventura terrena parecer completamente mezquina. Sufrir por la esperanza de una felicidad inconmensurable, es muy distinto de sufrir porque lo exige una ley de la naturaleza.

Además, el viejo explicó que la verdad y la virtud debían ser amadas por lo que son, esto es, el bien superior y eterno, Dios mismo. Amando el bien, amamos á Dios y nos convertimos en sus criaturas predilectas.

Vinicio no comprendía muy bien todo esto; pero desde que Pomponia Grecina lo había dicho delante de Petronio, sabía que Dios era único y omnipotente; oyendo ahora que Dios era la misma bondad y la misma justicia, debía, á pesar suyo, convenir en que, al lado de tal Criador, Júpiter, Saturno, Juno, Vesta y Venus eran seres pequeños y miserables.

Su admiración llegó al colmo cuando el anciano dijo que Dios era puro amor, por lo cual el que amaba al prójimo obedecía á un precepto importantísimo. No bastaba sentir amor por los compatriotas: el Hombre Dios había derramado su sangre



Pedro alzó la mano, bendiciendo con la señal de la cruz á todos los congregados

por todos, y hasta entre los infieles había encontrado elegidos, como por ejemplo el decurión Cornelio; no bastaba amar á los que nos hacen bien: Cristo había perdonado á los hebreos que le dieron muerte y á los soldados romanos que le crucificaron; no sólo ha de perdonarse á los ofensores, sino devolverles bien por mal; se debía amar también á los malvados, porque sólo el amor puede destruir el mal.

Estas palabras hicieron comprender á Quilón que por nada del mundo lograría decidir á Ursus á que matase á Glauco, y al mismo tiempo se tranquilizaba pensando que tampoco Glauco le mataría á él por nada del mundo, si por casualidad le reconociese.

Vinicio había rechazado ya el juicio de que las palabras de Pedro no contenían nada nuevo, y se preguntaba con asombro: «¿Qué religión, qué Dios, qué pueblo es éste?»

Multitud de ideas confusas asaltaban su mente. Comprendía que para poder seguir aquella doctrina, para alcanzar una nueva vida y un alma nueva, debía echar á un lado todas sus ideas, sus costumbres y su manera de ser. Aquella ciencia ó religión que mandaba á los romanos amar á los partos, á los sirios, á los griegos, egipcios, galos y británicos, perdonar á los enemigos, devolverles bien por mal, le parecía un delirio. Al mismo tiempo sentía que, en medio de aquel delirio, se encerraba algo más importante que todo lo que contenían las filosofías conocidas. La consideraba inactuable, pero divina á causa de su misma inactuabilidad. Le parecía que en aquella religión no existía nada real, pero que á su lado la realidad era cosa tan mezquina, que no valía la pena de ocuparse de ella. Su pensamiento volaba lejos, en una dirección que hasta entonces desconocía: hacia lo infinito. Aquel cementerio se le imaginaba una reunión de locos, pero de un ambiente misterioso y venerable, en donde había de suceder algo inaudito y nuevo para el resto de la humanidad. Todo lo que había dicho el anciano acerca de la vida, de la verdad, del amor y de Dios se le representó en el espíritu, y su pensamiento quedó deslumbrado ante la belleza de aquella doctrina.

Como sucede siempre en los seres extremadamente apasionados, pensaba en todo esto á través de su amor por Licia, y á la luz de aquella llama debió comprender que si Licia estaba en el cementerio, si seguía tal religión, si le amaba, no querría ni podría nunca acceder á sus deseos.

Por primera vez, desde que la conoció en casa de Aulo, comprendía que el volverla á encontrar no significaba poseerla. Nunca había pensado en tal eventualidad, ni sabía explicársela, porque no dominaba sobre él en aquellos momentos un claro raciocinio, sino un confuso sentimiento por una pérdida irreparable, por una inmensa desgracia. En su ánimo se produjo una inquietud que bien pronto se cambió en ira tremenda contra todos los cristianos en general, y contra el anciano en particular. Aquel pescador, á quien en el primer momento había creído un aldeano, le llenaba de terror, dominándole como una fuerza misteriosa capaz de decidir de su destino con un poder inexorable y trágico.

Nuevos haces alimentaron el fuego: el viento ya no murmuraba entre los pinos y las llamas se elevaban majestuosamente como desafiando á las estrellas que brillaban en el firmamento. El anciano empezó á hablar de la muerte de Cristo, extendiéndose en todos sus detalles. Los concurrentes contenían el aliento para no perder una sílaba. El silencio era aún más solemne. ¡Aquel hombre había visto Narraba como quien tiene grabados en la memoria todos los pormenores, y le bastaba cerrar los ojos para reconstruir en su memoria aquellas escenas. Refería que Juan y él, volviendo del Calvario, se encerraron en una casa, y no comieron ni descansaron, gimiendo y suspirando, con la cabeza entre las manos, al pensar que Él

había muerto. Al apuntar el tercer día, el sol iluminaba ya los muros, pero Juan y él continuaban llorando sin esperanza y sin consuelo. Aunque torturados por el sueño, se levantaron cuando María Magdalena, trémula, con el cabello suelto, se había precipitado en su estancia, gritando: «¡Han robado al Señor!» Al oir la noticia, salieron y se lanzaron hacia el sepulcro: Juan, algo más joven, llegó el primero, y hallando la tumba vacía, no se atrevió á penetrar. Pedro llegó un instante después al sepulcro, miró al fondo y vió el sudario sobre la piedra; pero el cadáver no estaba allí.

Pensando que los sacerdotes habían mandado secuestrar el cuerpo del Señor, se encaminaron hacia la casa, temblorosos y afligidos. Más tarde se unieron á ellos otros discípulos para llorar todos juntos, y sus lamentos debieron llegar hasta el Altísimo. La esperanza se desvaneció: esperaban que el Señor rescatase á Israel, y habían transcurrido tres días desde su muerte: no comprendían por qué el Padre había querido sacrificar al Hijo; y preferían morir á seguir contemplando la luz del día. El recuerdo de aquellas horas dolorosas arrancaba á los ojos del anciano lágrimas que descendían lentamente por sus pálidas mejillas y se perdían entre la poblada y encanecida barba. Su cabeza, calva y encorvada por los años, temblaba, y su voz se iba apagando poco á poco.

– ¡Este hombre dice la *verdad* y llora por la *verdad!*, exclamó Vinicio.

El dolor había conmovido hasta á los más indiferentes. Más de una vez habían oído hablar de la Pasión de Cristo, y sabían que al dolor siguió la alegría; pero oyéndola de labios de un apóstol, de un testigo ocular, la impresión era más viva: se oían suspiros, sollozos y golpes de pecho.

Cesó pronto todo rumor. El viejo, cerrando los ojos como si concentrase sus pensamientos, continuó:

– Mientras los discípulos lloraban y suspiraban, María Magdalena entró otra vez, exclamando: «¡Yo he visto al Señor!.» No reconociéndole, le había tomado por un jardinero; pero Él le dijo: «¡María!,» y ella respondió: «¡Rabino!,» y cayó á sus pies. Él ordenó después á María que se acercase á los discípulos y les comunicase lo que había visto, desapareciendo en seguida. Pero éstos no la creyeron, y cuando ella empezó á llorar de alegría, algunos la vituperaron, y otros creyeron que los sufrimientos le habían trastornado el juicio, pues dijo también que había visto ángeles junto al sepulcro, mientras los discípulos, que fueron por segunda vez, lo habían encontrado vacío. Al anochecer, entró Cleofé con otro apóstol de Emaús, y apenas hubieron entrado, exclamó: «¡El Señor ha resucitado en verdad!» Después conversaron á puerta cerrada, por temor á los hebreos. Y mientras estaban así temblando, se les apareció en medio el Señor, diciendo: «¡La paz sea con vosotros!» Yo lo vi, como todos los demás, y Él era la luz, la gloria de nuestros corazones, porque le vimos resucitado de la muerte. Los mares se secarán, las montañas quedarán reducidas á polvo, pero la gloria será eterna. Ocho días después Tomás Didimo puso sus dedos en las llagas del Señor, en los pies y en las manos, y le tocó el costado: después cayó ante Él de rodillas, exclamando: «¡Señor, Dios mío!» Y el Maestro dijo: «Tomás, porque has visto, has creído. ¡Bienaventurados los que no ven y creen!» Y nosotros oímos estas palabras y le vimos, porque Él estaba entre nosotros.

Vinicio escuchaba, y todas aquellas palabras maravillosas trataban de encontrar un sitio en su memoria. Por un momento olvidó el lugar en que se hallaba, perdió la conciencia de la realidad, la fuerza de comprensión. Estaba entre dos imposibles. No lograba prestar fe á lo que había dicho el anciano, y sin embargo, sentía que era preciso estar ciego ó loco para suponer que podía mentir aquel hombre

que con tanta convicción decía: *Ego vidi!* En sus gestos, en sus lágrimas, en sus rasgos fisonómicos, en todos los pormenores que narraba, había un no sé qué que destruía toda sospecha maliciosa.

Vinicio á veces creía soñar. Pero la muchedumbre atónita á su alrededor, el olor de los haces que llegaba hasta él y el aspecto inspirado de aquel anciano que, sobre aquella piedra y con la cabeza temblorosa, repetía: *Ego vidi!*, le convencían de la realidad.

Y el apóstol iba refiriendo todos los hechos hasta la Ascensión del Señor á los cielos. Deteníase de cuando en cuando; hablaba con gran exactitud. Los circunstantes no sabían contener su entusiasmo, y para oir mejor y no perder una sílaba de aquel precioso relato, se quitaban los capuces. Les parecía que, por una fuerza misteriosa y sobrehumana, habían sido transportados á Galilea y andaban entre los discípulos, por aquellos bosques y á orillas de aquellos arroyos: el cementerio se les figuraba transformado en el lago de Tiberíades; allí, sobre la orilla, envuelto entre la niebla matutina, estaba Cristo, como lo había visto Juan desde su barca, cuando dijo: «¡Es el Señor!,» y Pedro se arrojó al agua para nadar cerca de Él y caer antes á sus pies.

En los rostros de los oyentes pintábase el éxtasis, el olvido de la vida, la alegría y el amor sin medida. Cuando habló de la Ascensión, de aquel momento en que las nubes se cerraron bajo los pies del Redentor y envolviéndolo lo ocultaron á los ojos de los apóstoles, todas las miradas se dirigieron unánime y espontáneamente al cielo. Siguió una pausa, como si aquella muchedumbre esperase verlo, esperase que Él quisiera descender otra vez del reino celestial, para contemplar á su grey guardada por el apóstol y para bendecir al pastor y á las ovejas. Para aquella gente no existía Roma, no existía César; no pensaba que pudiesen existir templos consagrados á las deidades paganas: no conocía más que á Cristo. ¡Cristo era el único que por sí solo llenaba la tierra, el mar, el cielo, el universo!

En las viviendas situadas á lo largo de la vía Nomentana resonó el canto del gallo. Era media noche. En aquel instante, Quilón, tirando con fuerza del manto de Vinicio, murmuró:

– ¡Señor, no lejos de la piedra que sirve de tribuna al apóstol veo á Urbano y á una joven con él!

Vinicio sacudió todo su cuerpo, como si despertase de un sueño, y dirigiendo la mirada hacia el lugar que el griego le indicara, descubrió á Licia.

XXI

Al divisar á Licia, el joven olvidó á la muchedumbre y al apóstol, y la admiración por todo lo que había visto y oído cedió el paso al deseo y al ansia por seguir atentamente todos los movimientos de su amada. ¡Era lo único que veía! Por fin, después de tanto trabajo, después de tantos días de penas y tormentos, volvía á hallarla. Por primera vez comprendió que la alegría, á semejanza de una fiera, podía lanzarse sobre el corazón y oprimirlo hasta sofocar sus latidos. Vinicio, que hasta aquel día pensó que la fortuna tenía el deber de secundar todos sus deseos, no quería creer en lo que veía, ni en su inmensa felicidad.

Sin esta duda, tal vez su carácter apasionado le hubiera movido á cometer cualquier acto inoportuno; así, en cambio, quería convencerse de que cuanto le sucedía no era continuación de aquellos milagros de que oyera hablar, ni era un sueño.

¡No! No lo era: veía á Licia en figura humana, y sólo unos cuantos pasos la separaban de él. Iluminada de lleno por el resplandor de la hoguera, podía recrearse en la contemplación de sus encantos. Tenía la cabeza descubierta, los cabellos sueltos caían sobre sus hombros; tenía los labios entreabiertos, mientras sus ojos atónitos seguían al apóstol en sus menores movimientos: Licia estaba como en éxtasis. A semejanza de las mujeres del pueblo, llevaba un manto de lana obscura; pero, con todo, Vinicio jamás la había visto tan hermosa.

A pesar de su emoción, no escapaban á su mirada observadora la nobleza y distinción de aquella cabeza aristocrática, que resaltaba de modo tan extraño sobre aquellas ropas de aldeana. Amor ilimitado, mezcla de deseo, de homenaje y de ansiedad, inundaba todo su ser. Libaba con sus ojos el placer que le producía aquel rostro adorado, con el ardor del sediento ante una límpida fuente. Junto al licio, parecía Licia más pequeña de lo que en realidad era, casi una niña, y sus ojos enamorados le presentaban aquella figura aún más esbelta y delicada. Su color, transparente como el alabastro, y su attitud le daban el aspecto de un espíritu más que de una mujer. No por esto se amenguaba en Vinicio el deseo de poseer á aquella muchacha, tan distinta de todas las otras mujeres que había admirado ó poseído en Roma y en Oriente. Por ella las hubiera cedido todas, hubiera dado Roma y el universo entero.

Estaba de tal manera absorto en su contemplación, que el filósofo griego, temiendo que diese algún paso peligroso para los tres, le tiró de una punta del manto. Los cristianos cantaban y oraban. Después el gran apóstol empezó á bautizar con el agua de la fuente á las personas que los presbíteros le señalaban como ya preparadas para recibir el bautismo. A Vinicio se le hacía interminable la noche. Ardía en deseos de seguir á Licia y raptarla en el camino ó en su morada. Por fin, algunos abandonaron el cementerio, y Quilón dijo en voz baja:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que con tanta convicción decía: *Ego vidi!* En sus gestos, en sus lágrimas, en sus rasgos fisonómicos, en todos los pormenores que narraba, había un no sé qué que destruía toda sospecha maliciosa.

Vinicio á veces creía soñar. Pero la muchedumbre atónita á su alrededor, el olor de los haces que llegaba hasta él y el aspecto inspirado de aquel anciano que, sobre aquella piedra y con la cabeza temblorosa, repetía: *Ego vidi!*, le convencían de la realidad.

Y el apóstol iba refiriendo todos los hechos hasta la Ascensión del Señor á los cielos. Deteníase de cuando en cuando; hablaba con gran exactitud. Los circunstantes no sabían contener su entusiasmo, y para oir mejor y no perder una sílaba de aquel precioso relato, se quitaban los capuces. Les parecía que, por una fuerza misteriosa y sobrehumana, habían sido transportados á Galilea y andaban entre los discípulos, por aquellos bosques y á orillas de aquellos arroyos: el cementerio se les figuraba transformado en el lago de Tiberíades; allí, sobre la orilla, envuelto entre la niebla matutina, estaba Cristo, como lo había visto Juan desde su barca, cuando dijo: «¡Es el Señor!,» y Pedro se arrojó al agua para nadar cerca de Él y caer antes á sus pies.

En los rostros de los oyentes pintábase el éxtasis, el olvido de la vida, la alegría y el amor sin medida. Cuando habló de la Ascensión, de aquel momento en que las nubes se cerraron bajo los pies del Redentor y envolviéndolo lo ocultaron á los ojos de los apóstoles, todas las miradas se dirigieron unánime y espontáneamente al cielo. Siguió una pausa, como si aquella muchedumbre esperase verlo, esperase que Él quisiera descender otra vez del reino celestial, para contemplar á su grey guardada por el apóstol y para bendecir al pastor y á las ovejas. Para aquella gente no existía Roma, no existía César; no pensaba que pudiesen existir templos consagrados á las deidades paganas: no conocía más que á Cristo. ¡Cristo era el único que por sí solo llenaba la tierra, el mar, el cielo, el universo!

En las viviendas situadas á lo largo de la vía Nomentana resonó el canto del gallo. Era media noche. En aquel instante, Quilón, tirando con fuerza del manto de Vinicio, murmuró:

– ¡Señor, no lejos de la piedra que sirve de tribuna al apóstol veo á Urbano y á una joven con él!

Vinicio sacudió todo su cuerpo, como si despertase de un sueño, y dirigiendo la mirada hacia el lugar que el griego le indicara, descubrió á Licia.

XXI

Al divisar á Licia, el joven olvidó á la muchedumbre y al apóstol, y la admiración por todo lo que había visto y oído cedió el paso al deseo y al ansia por seguir atentamente todos los movimientos de su amada. ¡Era lo único que veía! Por fin, después de tanto trabajo, después de tantos días de penas y tormentos, volvía á hallarla. Por primera vez comprendió que la alegría, á semejanza de una fiera, podía lanzarse sobre el corazón y oprimirlo hasta sofocar sus latidos. Vinicio, que hasta aquel día pensó que la fortuna tenía el deber de secundar todos sus deseos, no quería creer en lo que veía, ni en su inmensa felicidad.

Sin esta duda, tal vez su carácter apasionado le hubiera movido á cometer cualquier acto inoportuno; así, en cambio, quería convencerse de que cuanto le sucedía no era continuación de aquellos milagros de que oyera hablar, ni era un sueño.

¡No! No lo era: veía á Licia en figura humana, y sólo unos cuantos pasos la separaban de él. Iluminada de lleno por el resplandor de la hoguera, podía recrearse en la contemplación de sus encantos. Tenía la cabeza descubierta, los cabellos sueltos caían sobre sus hombros; tenía los labios entreabiertos, mientras sus ojos atónitos seguían al apóstol en sus menores movimientos: Licia estaba como en éxtasis. A semejanza de las mujeres del pueblo, llevaba un manto de lana obscura; pero, con todo, Vinicio jamás la había visto tan hermosa.

A pesar de su emoción, no escapaban á su mirada observadora la nobleza y distinción de aquella cabeza aristocrática, que resaltaba de modo tan extraño sobre aquellas ropas de aldeana. Amor ilimitado, mezcla de deseo, de homenaje y de ansiedad, inundaba todo su ser. Libaba con sus ojos el placer que le producía aquel rostro adorado, con el ardor del sediento ante una límpida fuente. Junto al licio, parecía Licia más pequeña de lo que en realidad era, casi una niña, y sus ojos enamorados le presentaban aquella figura aún más esbelta y delicada. Su color, transparente como el alabastro, y su attitud le daban el aspecto de un espíritu más que de una mujer. No por esto se amenguaba en Vinicio el deseo de poseer á aquella muchacha, tan distinta de todas las otras mujeres que había admirado ó poseído en Roma y en Oriente. Por ella las hubiera cedido todas, hubiera dado Roma y el universo entero.

Estaba de tal manera absorto en su contemplación, que el filósofo griego, temiendo que diese algún paso peligroso para los tres, le tiró de una punta del manto. Los cristianos cantaban y oraban. Después el gran apóstol empezó á bautizar con el agua de la fuente á las personas que los presbíteros le señalaban como ya preparadas para recibir el bautismo. A Vinicio se le hacía interminable la noche. Ardía en deseos de seguir á Licia y raptarla en el camino ó en su morada. Por fin, algunos abandonaron el cementerio, y Quilón dijo en voz baja:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– ¡Salgamos, señor! No nos hemos descubierto la cabeza y la gente nos mira.

En efecto, durante el sermón del apóstol todos se habían quitado los capuces para oirle mejor; sólo Vinicio y sus compañeros no habían seguido el ejemplo.

El consejo de Quilón era prudente. Apostados junto á la puerta, podían examinar á todos los que pasaban, y Ursus podía ser fácilmente reconocido por su estatura.

– Sigámosles, dijo Quilón; debemos ver en qué casa entran. Mañana, ó mejor hoy mismo, haces guardar la entrada por tus esclavos, y la robas.

– ¡No!, dijo Vinicio. La seguiremos hasta su habitación, ó la robaremos en seguida, si tú, Crotón, te comprometes á ello.

– ¡Está bien!, respondió el atleta. Estoy pronto á convertirme en tu esclavo, si no rompo la espina dorsal á aquel salvaje que la acompaña.

Quilón les suplicó, por todos los dioses, que no hicieran tal cosa. Crotón había sido ajustado como defensa contra un asalto eventual, pero no para robar á la joven. Hacerlo los dos solos era buscar una muerte segura; además podía escapar á sus manos y abandonar Roma, ó tal vez buscar otro escondrijo. ¿Por qué no obrar con prudencia y sobre seguro? ¿Por qué exponerse á la muerte y malograr la empresa?

Aunque Vinicio tuvo que contenerse para no robar á Licia en el mismo cementerio, comprendía que el griego tenía razón y quizás hubiese cedido, á no haber sido por Crotón, á quien más que otro móvil guiaba el afán de la recompensa.

– Señor, ordena á este viejo bellaco que se calle, dijo, ó déjame que haga sentir sobre su nuca el peso de mi puño. Una vez, en Busento, donde Lucio Saturnio me hizo tomar parte en una fiesta, fuí asaltado en una hostería por siete gladiadores borrachos, y ninguno salió de allí con las costillas sanas. Yo no quiero robar á la muchacha aquí, en medio de la multitud, que podría apedrearnos; pero en cuanto llegue á su casa, la cogeré para llevártela adonde tú me indiques.

Vinicio, satisfecho con tal proposición, respondió:

– ¡Por Hércules, así sea! Tal vez mañana no la encontraríamos en casa. Si nos descubren, alejarán á la joven, seguramente.

– Aquel licio debe tener una fuerza extraordinaria, dijo Quilón suspirando.

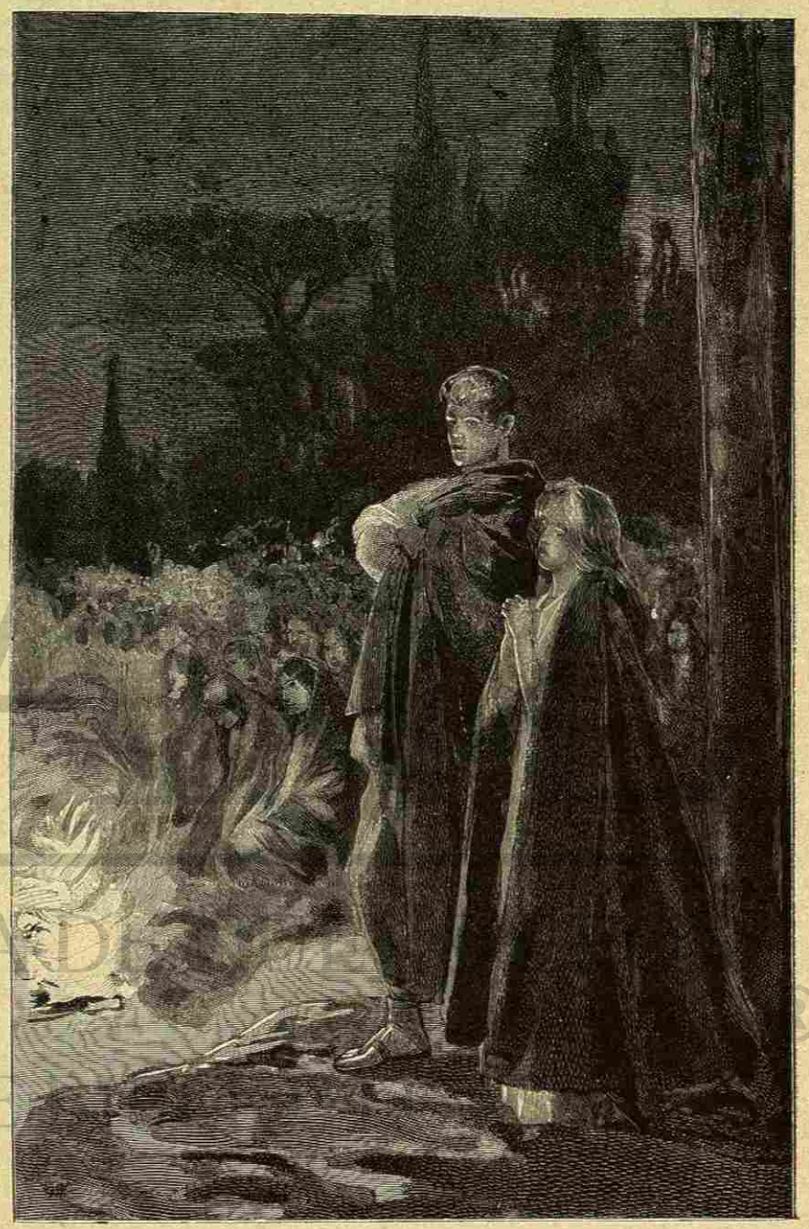
– Nadie pretende sujetarlo, añadió Crotón.

Tuvieron que esperar largo rato antes de que Ursus y Licia salieran del cementerio. Avanzaron entre una turba de cristianos, junto á los cuales Quilón creyó reconocer la figura del gran apóstol. A su lado iba otro viejo, de estatura mucho más baja, dos mujeres no mucho más jóvenes, y un muchacho que con una linterna iluminaba el camino. Este grupo iba seguido de otro numerosísimo, al cual se unieron Vinicio, Crotón y el griego.

– Indudablemente, señor, dijo Quilón; tu doncella está protegida por altas personalidades. A su lado va el apóstol. Mira cómo se postran ante él los transeuntes.

En efecto, la gente se arrodillaba al paso de Pedro; pero Vinicio no fijaba su mirada más que en Licia, pensando sólo en el próximo rapto. Habituado á todas las astucias de la guerra, trazaba en su mente el plan de la fuga con exactitud militar. Comprendía que su proyecto era atrevido; pero recordada el adagio: *audaces fortuna juvat.*

El camino era largo, así es que durante el trayecto tuvo tiempo de considerar cuán grande era el abismo que aquella religión había abierto entre él y Licia. Hasta entonces no la había conocido; la juzgaba sencillamente como una muchacha más hermosa que las otras, que le había inflamado el corazón. Ahora sabía que el



Licia estaba como en éxtasis

cristianismo la diferenciaba de las demás mujeres y que se desvanecía la esperanza de obligarla á ceder á sus deseos con el amor y los halagos, con las riquezas y el lujo. Lo que él y Petronio no habían comprendido, se presentaba á su inteligencia claro y luminoso, esto es, que la nueva religión inspiraba al alma un sentimiento ignorado de aquel mundo en que vivía; que Licia, aun cuando le amase, no sacrificaría por él ni una sola de sus verdades cristianas, y que si existía para ella el placer, sería un placer muy distinto de aquel á que aspiraban él, Petronio, la corte de César, toda Roma. Todas las mujeres que conocía podían ser sus amantes; pero de aquella cristiana no podría hacer más que una víctima. Ardía en cólera al pensar que su poder se estrellaba contra la virtud de Licia. Robarla no le parecía imposible; pero comprendía que, comparado con aquella doctrina, él, con toda su fuerza y ardimiento, era una completa nulidad. El tribuno romano, persuadido de que la espada y el brazo podían conquistar la tierra y dominar en ella, veía por primera vez en su vida que frente á esa fuerza existía otra más potente, invencible, pero que aún no se le manifestaba con claridad. Reproducíase en su mente la imagen del cementerio, del pueblo reunido y de Licia, pendientes de los labios del anciano, mientras éste describía la pasión, la muerte y la resurrección del Hombre-Dios, que había redimido al mundo y prometido la felicidad después de esta vida.

En su cerebro se agitaba un caos, del cual le sacó Quilón, empezando á lamentar su propia suerte. Le había ofrecido á Licia, la había descubierto y mostrado á Vinicio, con peligro de la vida: ¿qué más debía hacer? ¿Había prometido robar á la doncella? ¿Quién podía pretender semejante cosa de un hombre defectuoso, de un viejo entregado á la ciencia y á la virtud? ¿Qué se diría si á una persona de la calidad y rango de Vinicio le ocurriera un accidente desgraciado, mientras se disponía á efectuar el rapto? Verdad que los dioses velaban cerca de sus hijos predilectos; pero más de una vez ocurrían desagradables percances, porque las divinidades se distraían jugando, en lugar de atender á los mortales. Todos sabían que la Fortuna tenía los ojos vendados, por lo cual ni en pleno día acertaba á ver las cosas. ¿Qué había de suceder, siendo de noche? Si se veían de pronto en un mal paso; si, por ejemplo, aquel licio arrojaba sobre el tribuno una piedra de molino, un tonel de vino, ó peor aún, de agua, ¿quién aseguraba que Quilón no recibiría un castigo en vez de la recompensa? Él, pobre filósofo, se había unido á Vinicio como Aristóteles á Alejandro de Macedonia. Si al menos el generoso señor le hubiese dado antes de salir de casa aquella bolsa que llevaba á la cintura, tendría un medio para encontrar auxilio en caso de necesidad, ó para tratar con los cristianos. ¿Por qué no escuchar el consejo de un anciano, un consejo inspirado en la experiencia y la sabiduría?

Vinicio, sacando la bolsa de la cintura, se la arrojó á Quilón, que la esperaba con las manos extendidas.

– ¡Tómala y calla!

El griego, notando que la bolsa pesaba mucho, se tranquilizó.

– ¡Aquí está toda mi esperanza!, dijo. Hércules y Teseo llevaron á cabo empresas más arduas. ¿Y qué es Crotón, mi amigo querido, sino un Hércules? Yo, señor, no quiero llamarte semidiós, porque eres en justicia un dios, y seguramente no olvidarás á un siervo anciano y fiel, que de cuando en cuando necesitará de tu bondad, pues cuando está absorto en la lectura olvida todo lo demás. Un pedacito de jardín y una casita con un modesto pórtico constituirían un obsequio verdaderamente digno de ti. Aunque fuera desde lejos, admiraría siempre tus actos heroicos é invocaría para ti la protección de Júpiter. En caso necesario, armaré tanto ruido, que Roma entera acudirá en tu auxilio... ¡Qué camino más horrible! El aceite de

la linterna se está consumiendo. Si Crotón, cuya generosidad iguala á su fuerza, quisiera llevarme hasta la ciudad, podría calcular si la joven ha de pesarle luego, y obrando como Eneas, tendría asegurado el favor de los dioses, que después protegerían nuestra empresa.

– Antes que á ti, llevaría el esqueleto de un cordero muerto de un mes ha, respondió el gladiador; pero si me das la bolsa que has recibido del noble tribuno, te llevaré hasta las puertas de la ciudad.

– ¡Que se te pudran y caigan los pulgares de los pies!, replicó Quilón. ¿Qué provecho has sacado del sermón de aquel respetable anciano, que demostró que la indigencia y el amor al prójimo son las principales virtudes? ¿No te ordenó terminantemente que me amaras? ¡Ya veo que no lograré hacer de ti un buen cristiano! Le sería más fácil al sol penetrar en la cárcel Mamertina que entrar en una calabaza como la tuya.

– ¡No me importa!, respondió Crotón, que no tenía sombra de sentimiento alguno. Seguramente no me haré cristiano: lo que procuro es ganarme el pan.

– Si conocieses nada más que los primeros rudimentos de la filosofía, sabrías que el oro es una cosa vana.

– Acércate un poco con tu filosofía. Te daré tal cabezada en el estómago, que en seguida verás quién vence.

– Esto se lo podía haber dicho el buey á Aristóteles, contestó Quilón.

Empezaba á clarear; á la luz gris del crepúsculo se marcaban visiblemente los contornos de los muros. Los árboles, las casas y las tumbas salían lentamente de las tinieblas. El camino empezaba á animarse; los vendedores de verduras se dirigían á la ciudad con sus carretas tiradas por asnos; pasaban carros llenos de animales salvajes. En el fondo, á lo largo del camino, una ligera niebla, indicio de buen tiempo, daba á las personas la apariencia de espectros.

Vinicio contemplaba la figura de Licia, que con la luz creciente brillaba con argénteos fulgores.

– Señor, dijo Quilón, te ofendería suponiendo un límite á tu bondad; pero, una vez pagado, puedo hablar libremente, sin que deba sospecharse que lo hago en mi favor. Así, pues, repito mi consejo: vete á tu casa, y cuando conozcas la morada de Licia, reune esclavos y provéete de una litera. No hagas caso á este elefante de Crotón, que sólo piensa en el rapto para tomar posesión de tu bolsa.

– ¡Cuidado con lo que dices! Basta uno de mis puños bien asestado sobre tu nuca para aniquilarte, respondió el aludido.

– Tengo una bota de vino de Cefalonia, que me probará divinamente, contestó Quilón.

Vinicio no prestaba atención á aquel debate. Al acercarse á las puertas de la ciudad, un espectáculo maravilloso atrajo sus miradas.

Dos soldados cayeron de rodillas al paso del apóstol, quien poniendo la mano sobre sus yelmos, les bendijo. El joven tribuno no hubiera creído nunca que entre los soldados había algunos cristianos, y coligió, por lo que observaba, que así como en una ciudad incendiada el fuego se propaga rápidamente de una casa á otra, aquella doctrina conquistaba nuevas almas y se divulgaba con una rapidez fulmínea y vertiginosa. Si Licia hubiese intentado salir de Roma, seguramente hubiera habido guardias prontos á favorecer su fuga.

Los cristianos empezaban á diseminarse, así es que Vinicio se vió obligado á seguir á Licia desde respetable distancia para no despertar sospechas. Quilón se quejaba de dolor en los pies y en las piernas, y trataba de formar una especie de retaguardia. Vinicio nada replicaba, pues en realidad no le era necesaria la com-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pañía de aquel miserable griego; casi le hubiera convenido dejarle ir por donde se le antojase. Pero esto no entraba en las ideas de Quilón: el viejo filósofo no carecía de prudencia, pero la curiosidad le impulsaba á proseguir. De cuando en cuando se aproximaba á Vinicio para repetirle el mismo consejo. Temía que aquel viejo que iba al lado del apóstol fuera Glauco; sólo la estatura le parecía un poco más baja.

Llegaron al Trastevere. El sol no había remontado aún el horizonte, cuando el grupo que acompañaba á Licia se disgregó. El apóstol, una vieja y un muchacho siguieron por la orilla del rio; el viejo de baja estatura, Ursus y Licia se internaron en una callejuela estrecha, entrando á los pocos pasos en una casa situada al lado de una tienda de aves.

Quilón, que se había quedado atrás, apoyándose en el muro, rogaba en voz baja á sus compañeros que retrocediesen.

No sabiendo qué partido tomar, obedecieron.

– Ve, Quilón, ordenó Vinicio, á ver si esa casa tiene salida á otra calle.

Quilón, que poco antes se había quejado de dolor en los pies, voló hacia allí como si hubiese tenido las alas de Mercurio. En un momento estuvo de vuelta.

– ¡No, señor; hay una sola entrada!

Después, con las manos sobre el pecho, exclamó:

– ¡Te suplico por Júpiter, por Apolo, por Vesta, por Cibeles, por Isis y Osiris, por Mitra y Baal, por todos los dioses de Oriente y de Occidente, que abandones tu proyecto! Óyeme...

Calló repentinamente. El rostro de Vinicio había palidecído por la cólera, los ojos le brillaban como los de una fiera. Bastaba una sola mirada para comprender que por nada del mundo retrocedería. Crotón dió un profundo suspiro y sacudió su enorme cabeza, á semejanza de un oso encerrado en la jaula; pero en su semblante no se notaba ni la sombra del temor.

– Entro yo primero, dijo.

– ¡No! ¡Tú me seguirás!, ordenó Vinicio en tono conciso.

Quilón corrió á agazaparse tras el ángulo de la calle próxima para esperar los acontecimientos.

XXII

Vinicio conoció pronto todas las dificultades que encerraba su empresa. La casa era grande y compuesta de varios pisos, una de aquellas casas de las que se veían á miles en Roma, de construcción tan endeble que no transcurría un año sin que alguna sepultase entre los escombros á sus moradores. Eran altas y estrechas y estaban subdivididas en una porción de habitaciones y escondrijos, hormigueros de gente pobre. En aquella parte de la ciudad, donde muchas calles no tenían nombre y las casas carecían de numeración, los esclavos encargados de cobrar los alquileres no estaban obligados á comunicar á la autoridad los nombres de los inquilinos. Era por esto muy difícil adquirir informes acerca de una de esas casas ó de cualquiera de sus habitantes.

Vinicio y Crotón llegaron á un corredor largo y estrecho, que formaba una especie de atrio para toda la casa. En el centro se alzaba una fuente, y junto á las paredes escaleras de piedra ó de madera conducían á los pisos superiores. En la planta baja había también departamentos divididos por tabiques de madera, ó sencillamente por lienzos sucios y remendados.

Era muy temprano y no asomaba un alma por el patio. Todos debían hallarse sumidos en el más profundo sueño, excepto los que regresaban del Ostriano.

– ¿Qué debemos hacer, señor?, preguntó Crotón.

– Esperemos aquí; tal vez alguien salga, respondió Vinicio.

Recordó el consejo de Quilón. Con diez esclavos hubiera sido facilísimo apoderarse de la salida, registrar todas las habitaciones y llegar así á la de Licia. En estas reflexiones estaba, cuando levantando una cortina colocada en un ángulo del patio, apareció un hombre con un cedazo en la mano y se dirigió á la fuente. Vinicio reconoció á Ursus en aquel individuo.

– ¡Este es el licio!, exclamó.

– ¿Le rompo ahora mismo los huesos?

– Espera un poco.

Ursus no advirtió la presencia de las dos personas ocultas entre las sombras del corredor, y no hizo más que lavar las verduras que contenía el cedazo y volverse por donde había entrado. Crotón y Vinicio le siguieron, pensando entrar en la habitación de Licia. Pero ¿cuál no sería su sorpresa al descubrir que la cortina no señalaba la entrada á una habitación, sino á un obscuro corredor? Este conducía á un jardincito sembrado de cipreses y circundado de una valla de mirto. Al fondo se hallaba la habitación de Licia, una casita, apoyada en los muros de otro edificio de piedra.

Esto era una circunstancia favorable. En el patio podían haberse reunido todos los inquilinos; el aislamiento de la casita facilitaba la empresa. Cualquier defensor, y el mismo Ursus, sería vencido por ellos dos, que emprenderían en seguida la fuga

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pañía de aquel miserable griego; casi le hubiera convenido dejarle ir por donde se le antojase. Pero esto no entraba en las ideas de Quilón: el viejo filósofo no carecía de prudencia, pero la curiosidad le impulsaba á proseguir. De cuando en cuando se aproximaba á Vinicio para repetirle el mismo consejo. Temía que aquel viejo que iba al lado del apóstol fuera Glauco; sólo la estatura le parecía un poco más baja.

Llegaron al Trastevere. El sol no había remontado aún el horizonte, cuando el grupo que acompañaba á Licia se disgregó. El apóstol, una vieja y un muchacho siguieron por la orilla del rio; el viejo de baja estatura, Ursus y Licia se internaron en una callejuela estrecha, entrando á los pocos pasos en una casa situada al lado de una tienda de aves.

Quilón, que se había quedado atrás, apoyándose en el muro, rogaba en voz baja á sus compañeros que retrocediesen.

No sabiendo qué partido tomar, obedecieron.

– Ve, Quilón, ordenó Vinicio, á ver si esa casa tiene salida á otra calle.

Quilón, que poco antes se había quejado de dolor en los pies, voló hacia allí como si hubiese tenido las alas de Mercurio. En un momento estuvo de vuelta.

– ¡No, señor; hay una sola entrada!

Después, con las manos sobre el pecho, exclamó:

– ¡Te suplico por Júpiter, por Apolo, por Vesta, por Cibeles, por Isis y Osiris, por Mitra y Baal, por todos los dioses de Oriente y de Occidente, que abandones tu proyecto! Óyeme...

Calló repentinamente. El rostro de Vinicio había palidecído por la cólera, los ojos le brillaban como los de una fiera. Bastaba una sola mirada para comprender que por nada del mundo retrocedería. Crotón dió un profundo suspiro y sacudió su enorme cabeza, á semejanza de un oso encerrado en la jaula; pero en su semblante no se notaba ni la sombra del temor.

– Entro yo primero, dijo.

– ¡No! ¡Tú me seguirás!, ordenó Vinicio en tono conciso.

Quilón corrió á agazaparse tras el ángulo de la calle próxima para esperar los acontecimientos.

XXII

Vinicio conoció pronto todas las dificultades que encerraba su empresa. La casa era grande y compuesta de varios pisos, una de aquellas casas de las que se veían á miles en Roma, de construcción tan endeble que no transcurría un año sin que alguna sepultase entre los escombros á sus moradores. Eran altas y estrechas y estaban subdivididas en una porción de habitaciones y escondrijos, hormigueros de gente pobre. En aquella parte de la ciudad, donde muchas calles no tenían nombre y las casas carecían de numeración, los esclavos encargados de cobrar los alquileres no estaban obligados á comunicar á la autoridad los nombres de los inquilinos. Era por esto muy difícil adquirir informes acerca de una de esas casas ó de cualquiera de sus habitantes.

Vinicio y Crotón llegaron á un corredor largo y estrecho, que formaba una especie de atrio para toda la casa. En el centro se alzaba una fuente, y junto á las paredes escaleras de piedra ó de madera conducían á los pisos superiores. En la planta baja había también departamentos divididos por tabiques de madera, ó sencillamente por lienzos sucios y remendados.

Era muy temprano y no asomaba un alma por el patio. Todos debían hallarse sumidos en el más profundo sueño, excepto los que regresaban del Ostriano.

– ¿Qué debemos hacer, señor?, preguntó Crotón.

– Esperemos aquí; tal vez alguien salga, respondió Vinicio.

Recordó el consejo de Quilón. Con diez esclavos hubiera sido facilísimo apoderarse de la salida, registrar todas las habitaciones y llegar así á la de Licia. En estas reflexiones estaba, cuando levantando una cortina colocada en un ángulo del patio, apareció un hombre con un cedazo en la mano y se dirigió á la fuente. Vinicio reconoció á Ursus en aquel individuo.

– ¡Este es el licio!, exclamó.

– ¿Le rompo ahora mismo los huesos?

– Espera un poco.

Ursus no advirtió la presencia de las dos personas ocultas entre las sombras del corredor, y no hizo más que lavar las verduras que contenía el cedazo y volverse por donde había entrado. Crotón y Vinicio le siguieron, pensando entrar en la habitación de Licia. Pero ¿cuál no sería su sorpresa al descubrir que la cortina no señalaba la entrada á una habitación, sino á un obscuro corredor? Este conducía á un jardincito sembrado de cipreses y circundado de una valla de mirto. Al fondo se hallaba la habitación de Licia, una casita, apoyada en los muros de otro edificio de piedra.

Esto era una circunstancia favorable. En el patio podían haberse reunido todos los inquilinos; el aislamiento de la casita facilitaba la empresa. Cualquier defensor, y el mismo Ursus, sería vencido por ellos dos, que emprenderían en seguida la fuga

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con la joven prisionera. Si fuesen detenidos, dirían que se trataba de un rehén de César que intentaba huir, y Vinicio se haría reconocer por los guardias, invocando su auxilio.

Ursus iba ya á entrar en la casa, cuando un rumor de pasos llamó su atención. Viendo á los dos forasteros, dejó el cedazo sobre la balaustrada y les preguntó:

– ¿Qué buscáis aquí?

– ¡A ti te buscamos!, respondió Vinicio, que acercándose á Crotón, le dijo: ¡Mátalo!

Éste, como un tigre furioso, se lanzó sobre su adversario, y el licio, antes que pudiera aprestarse á la defensa y reconocer á los asaltantes, se sintió agarrado fuertemente por dos brazos nervudos. Vinicio, confiando en la extraordinaria robustez del gladiador, no se detuvo á esperar el éxito de la lucha, sino que empujando la puerta de la casita, se encontró en una estancia un tanto obscura, iluminada sólo por los resplandores del fuego que ardía en la chimenea, junto á la cual estaban Licia y el viejo que al regresar del cementerio la acompañaba en unión de Ursus.

Vinicio, apenas hubo entrado, se precipitó sobre Licia, asiéndola con fuerza y buscando la salida. El viejo intentó obstruirle el paso; pero él, levantando con un brazo á la joven y estrechándola contra su corazón, consiguió con el otro rechazar al defensor. Cayó de la cabeza de Vinicio el capuz que la cubría, y Licia reconoció aquel rostro tantas veces visto, pero que en aquellos momentos le infundía miedo terrible. Palideció como una muerta, y en vano intentó pedir auxilio, pues la voz se ahogaba en su garganta. Su resistencia era grande, pero débil ante la fuerza de Vinicio. Sus dedos convulsos quedaban heridos al querer agarrarse á las paredes con desesperados esfuerzos. El espectáculo que se ofreció á sus ojos al llegar al jardín fué horrible en extremo: Ursus tenía entre sus brazos á Crotón, cuya cabeza colgaba de aquel tronco atlético, echando por la boca sanguinolenta espuma. Al ver á los que salían, dió un último golpe al gladiador, é inmediatamente, como fiera enfurecida, se lanzó contra Vinicio.

«¡Muerto!,» pensó el joven tribuno. Después, como en sueños, oyó la voz de Licia que exclamaba: «¡No le mates!» Sintió un golpe como de maza, que libertó á Licia de sus brazos; le pareció que toda la tierra giraba á su alrededor, y luego... ¡no vió ni sintió nada!

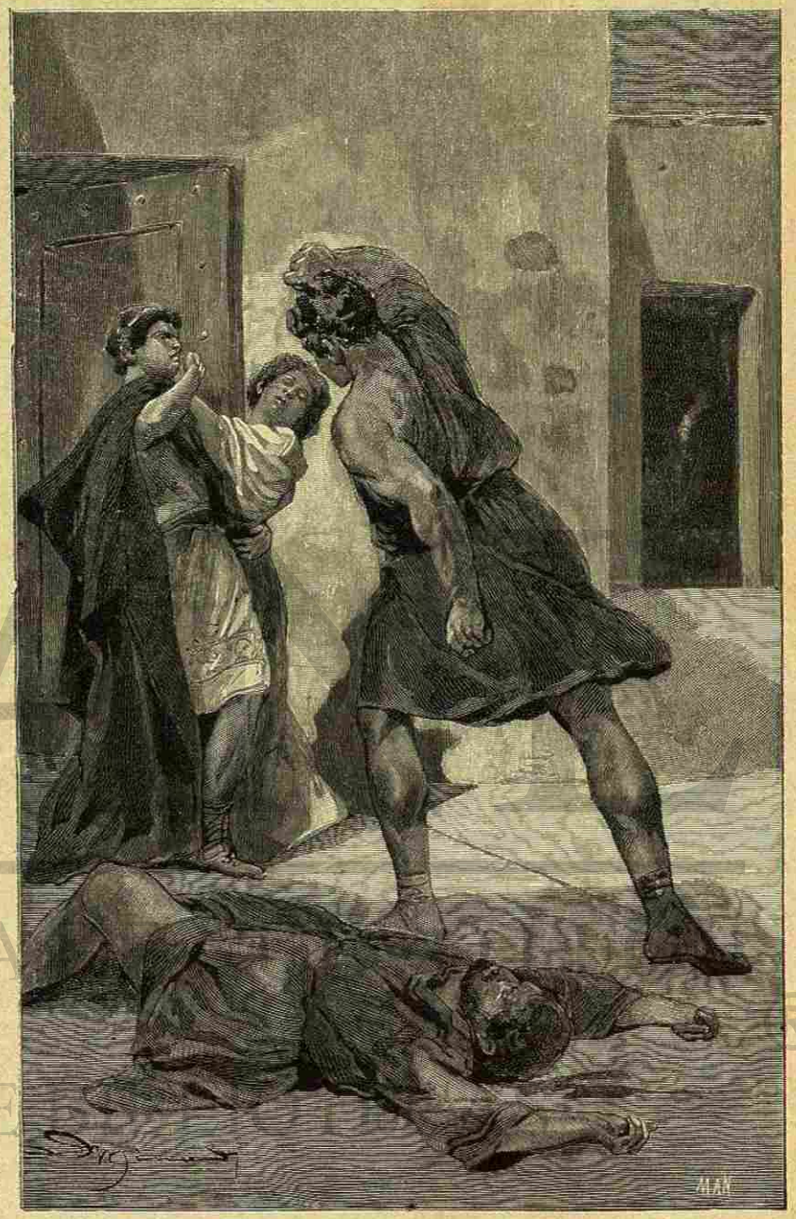
Quilón, oculto tras la esquina de la casa, esperaba con ansia y curiosidad el desarrollo de los acontecimientos. Si lograban apoderarse de Licia, se consideraba seguro al lado de Vinicio. A Ursus ya no le temía, pues indudablemente Crotón habría dado buena cuenta de aquel gigante. «Y así, pensaba, si ocurriese algún tumulto en la calle, hasta ahora desierta; si los cristianos ó el pueblo opusiesen alguna resistencia, yo me fingiría autoridad y empleado de César, y llamaría á la guardia para apoyar al joven patricio.» La conducta de Vinicio le parecía inoportuna, pero confiaba en que la fuerza de Crotón remediaría los contratiempos que surgiesen.

«En caso extremo, decía, Vinicio llevará á la muchacha y Crotón les abrirá paso.»

Pero la tardanza empezaba á inquietarle y la tranquilidad que se observaba en la entrada no le parecía buen augurio.

«Si no encuentran en seguida el escondrijo ó arman ruido, la joven huirá por segunda vez.» Esta idea, sin embargo, no le afligía, porque, de realizarse, Vinicio necesitaría sus acreditados servicios y se los recompensaría espléndidamente.

– Hagan lo que quieran, á mí todo me tiene cuenta. ¡Oh dioses, concededme tan sólo...



Inmediatamente, como fiera enfurecida, se lanzó contra Vinicio

Se detuvo repentinamente; algo avanzaba y se movía á la entrada; agazapándose al pie del muro, observó atentamente y conteniendo la respiración.

No se había engañado. Asomó una cabeza que, después de dar una rápida ojeada á derecha é izquierda, desapareció.

«Debe de ser Vinicio ó Crotón, pensó el griego. Pero si tienen en su poder á la joven, ¿cómo ésta no pide socorro y por qué miran á la calle? De seguro encontrarán gente, porque antes que lleguen á las Carinas toda la ciudad estará ya en movimiento... ¿Qué veo? ¡Por los dioses eternos!»

Se le erizaron los cabellos.

Ursus apareció en el umbral con el cadáver de Crotón en los brazos; miró otra vez á todos lados, y emprendió veloz carrera en dirección al río.

Quilón se estrechaba cada vez más contra el muro, como queriendo penetrar en él.

«¡Si me ve, soy perdido!»

Pero Ursus, doblando la esquina, desapareció. Quilón comprendió que no le convenía permanecer más tiempo en aquel sitio. Dando diente con diente, atravesó la calle con una rapidez que hubiera parecido admirable hasta en un hombre joven y ágil.

«Si á su regreso, dijo para sí, me divisa en lontananza, sin duda me coge y me mata. ¡Sálvame, Júpiter; sálvame, Apolo; sálvame, Mercurio; sálvame, Dios de los cristianos! Quiero abandonar Roma y volver á Mesembria..., pero ¡sálvame de las garras de ese demonio!

Y en aquel instante se imaginó al licio que había matado á Crotón como un ser superior, como un dios que había tomado la figura de un bárbaro. Creyó, de pronto, en todos los dioses y en todos los mitos del mundo. Pensó que el mismo Dios de los cristianos había podido matar á Crotón, y otra vez se le erizaron los cabellos al considerar que estaba luchando con tan inmenso poder.

Después de haber recorrido algunas calles, en las que encontró algunos operarios, se sintió un poco tranquilo. Cansado por la carrera y sudado, sentóse en el escaloncillo de una entrada para reposar y refrescarse un poco.

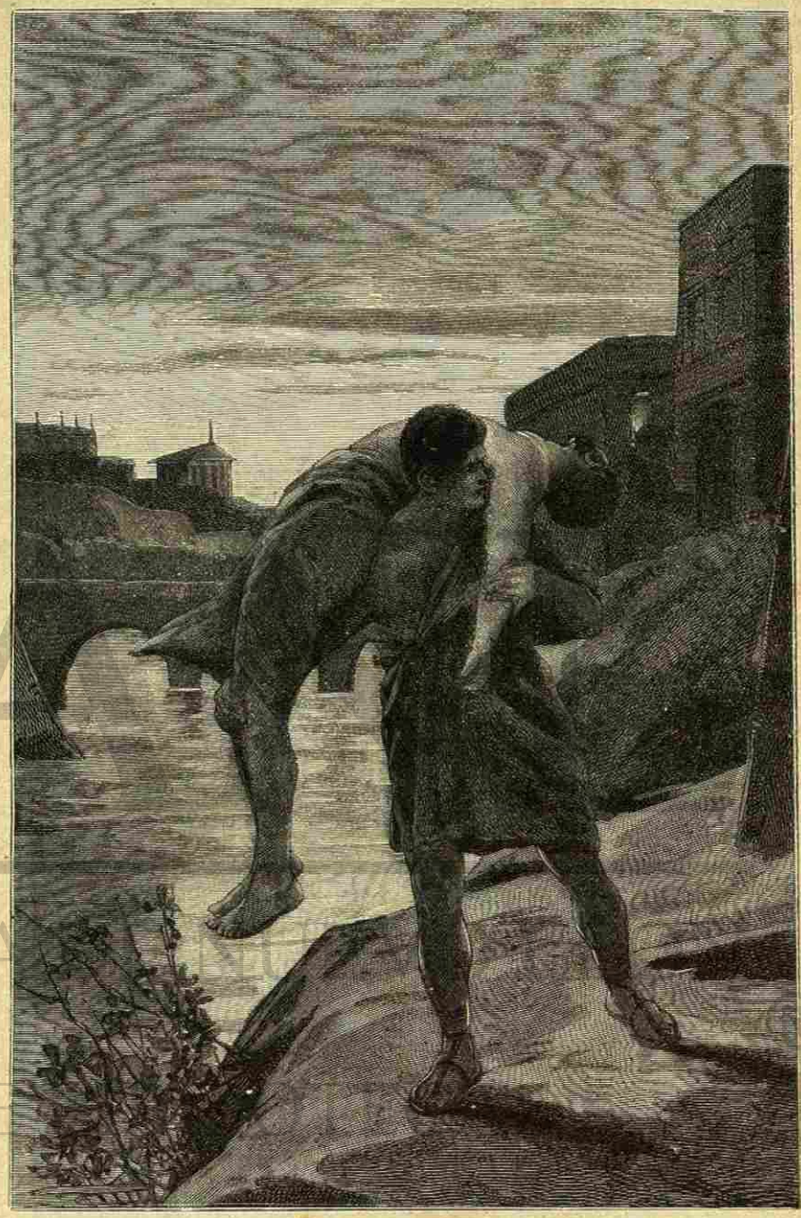
Los operarios se habían alejado por las calles laterales y él se hallaba otra vez solo. La ciudad aún estaba adormecida. Los barrios habitados por los ricos se animaban antes, porque los esclavos debían levantarse al alba. En cambio, los barrios donde vivía la gente libre, mantenida por el Estado y por lo tanto desocupada, se despertaban más tarde, sobre todo en invierno.

Al cabo de un rato Quilón sintió una impresión de frío; se levantó, y convencido de que no había perdido la bolsa que le diera Vinicio, se dirigió hacia el río con paso lento.

«Quisiera ver el cadáver de Crotón, se dijo, ¡oh dioses! Si ese licio es un hombre, en un año puede ganar millones de sextercios. ¿Quién se atrevería á luchar con el que mató á Crotón como quien mata á un perrito? Por cada representación en el Anfiteatro le darían todo el oro que pesa. Custodia á la muchacha mejor que un cancerbero, pero ¡que el infierno se lo trague! Y ahora, ¿qué debo hacer? Si rompe los huesos á un hombre como Crotón, á estas horas el alma de Vinicio debe vagar alrededor de aquella casa maldita, esperando los funerales. ¡Por Cástor! Pero es un patricio, amigo de César, pariente de Petronio, tribuno, hombre conocido en toda Roma. Su muerte no puede quedar impune. Si yo me llegase á la guardia de la ciudad...»

Se detuvo un instante y luego empezó á reflexionar:

«¡Pobre de mí! ¿Quién le condujo hasta aquella casa sino yo? Sus esclavos y



Y emprendió veloz carrera en dirección al río

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

sus libertos me vieron en su palacio; muchos de ellos conocen el motivo de mis visitas. ¿Qué sucedería si llegasen á sospechar que yo le he llevado intencionadamente á la casa donde ha encontrado la muerte? Y aunque apareciese clara mi inocencia ante las autoridades, siempre pesaría sobre mí alguna responsabilidad y en ningún caso escaparía á una pena. Si abandono Roma, doy ocasión á que las sospechas contra mí vayan tomando cuerpo.»

El asunto era escabroso. Entre dos males era preciso escoger el menor. Roma era vastísima, pero á Quilón le parecía sumamente pequeña en aquellas circunstancias. Otro hubiera referido el caso al prefecto de los guardias, sin cuidarse de las sospechas que sobre él podían recaer. Mas el pasado de Quilón era tal, que las autoridades habían de sospechar forzosamente de aquel hombre extraño y embrollón.

Por otra parte, su fuga afirmaría á Petronio en la creencia de que Vinicio había sido víctima de una conjura. Petronio era poderoso y no le era difícil enviar á todos los guardias del Estado en persecución de los culpables. Así pues, Quilón optó por referírselo todo á Petronio, que, como hombre tranquilo y bien educado, le oiría con paciencia, pudiéndole convencer más fácilmente que á los prefectos, ya que estaba en antecedentes.

Antes de ver al tío necesitaba, sin embargo, conocer con exactitud la suerte que cupo al sobrino en aquel lance. Hasta entonces nada sabía. Había visto al licio encaminarse hacia el río con el cadáver de Crotón. Vinicio podía haber quedado muerto, ó simplemente herido ó prisionero. Pensó que los cristianos no se habrían quizás atrevido á matar á un hombre tan influyente, á un amigo del emperador, á un guerrero, porque con un hecho semejante habían de atraerse las iras del césar y exponerse á una persecución. Probablemente le tendrían prisionero hasta que Licia hubiese logrado esconderse por segunda vez.

Esta idea reanimó á Quilón.

«Si ese dragón licio, pensaba, no lo ha destrozado al primer asalto, Vinicio vive y probará mi inocencia. No sólo no tengo nada que temer, sino que se abre ante mis ojos un nuevo horizonte. Puedo informar á uno de los libertos del tribuno acerca de lo ocurrido, induciéndole á que dé parte al prefecto y ahorrándome esta diligencia. También puedo buscar á Petronio y ganarme una recompensa. He encontrado á Licia, ahora descubriré el paradero de Vinicio y luego seguiré otra vez las huellas de Licia. Pero antes he de saber si Vinicio vive ó ha muerto.»

Después de reflexionar si le convenía acercarse por la noche al molino de Demade y pedir noticias de Ursus, sacó por consecuencia que era mejor no ocuparse más del licio. Los ancianos debían haber demostrado á Ursus el error en que se hallaba con respecto á Glauco y la injusticia del acto criminal que iba á cometer, impulsado por un traidor. Sólo pensar en el gigante le aterrorizaba; pero aquella misma noche enviaría á Euricio á la casa misteriosa para que adquiriese noticias. Lo que necesitaba en aquel momento era refocilarse y tomar un baño. La noche de insomnio, la excursión al Ostriano y la huída desde el Trastevere le habían dejado completamente molido.

Le quedaba un consuelo. Tenía en su poder dos bolsas: la que Vinicio le había dado en casa y la que le había arrojado en el camino del cementerio. Todo esto le había de proporcionar, después de las emociones pasadas, comida y bebida superiores á las que tenía costumbre de consumir.

Y así lo hizo apenas se abrieron las tabernas, olvidando tomar el baño que figuraba en sus planes. Dominado por el sueño, se encaminó vacilante hacia su casa, en la Suburra. Una esclava, comprada con el dinero de Vinicio, le aguardaba.

Así que hubo entrado en su habitación, obscura como boca de lobo, se tumbó sobre su cama, durmiéndose en el acto. Por la tarde le despertó la esclava, anunciándole que le buscaban para un asunto importante. Quilón se levantó, envolvióse en su manto, y empujando á la esclava, sacó la cabeza, mirando á todas partes con cautela.

Palideció de terror al reconocer la figura de Ursus, inmóvil junto á la puerta. No acertó á pronunciar ni una palabra, y sudor frío bañó todo su cuerpo. Por fin, cogió á la esclava por un brazo y murmuró á su oído:

– Sira, no estoy en casa..., no conozco á ese buen hombre.

– Yo le dije que estabas aquí, pero que dormías, respondió la mujer; y él me mandó que te despertase.

– ¡Oh dioses! Yo te abandono...

Pero Ursus, impacientándose, se acercó al miserable *cubiculum* y exclamó:

– ¡Quilón Quilónides!

– *Pax tecum! Pax, pax!*, respondió el griego. ¡Oh tú, el mejor de los cristianos! Sí, yo soy Quilón; pero aquí hay un error... ¡No te conozco!..

– ¡Quilón Quilónides!, replicó Ursus. Vinicio, tu señor, reclama tu presencia.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIII

Un dolor agudísimo sacudió todos los miembros de Vinicio, despertándole de su letargo. Se esforzó en recordar todo lo que le había sucedido, sintiendo horrible confusión en su cerebro, como si una espesa niebla se extendiese ante sus ojos. Poco á poco parecía iluminarse su mente y distinguió tres figuras, inclinadas sobre su lecho. Dos le eran conocidas: Ursus y el viejo que había intentado obstruirle el paso en el momento del rapto. El tercer personaje, para él completamente desconocido, le restregaba el brazo izquierdo, desde el codo hasta el hombro, produciéndole un dolor tan vivo, que, creyendo que en esa forma se vengaban de él, murmuraba entre dientes: «¡Matadme!» Pero ninguno le respondía, fuese porque no le oían ó bien porque interpretaban sus palabras como lamentos que le arrancaba el dolor. Ursus, con su rostro de bárbaro, serio y tímido á un tiempo, tenía en sus manos un pedazo de tela, con el cual formaba largas vendas.

El viejo, vuelto hacia el hombre que curaba el brazo al enfermo, preguntó:

– Glauco, ¿estás seguro de que la herida de la cabeza no es mortal?

– Sí, respetable Crispo, respondió Glauco. Cuando era esclavo en una galera, y más tarde en Nápoles, curé á muchos heridos, y con el dinero ganado pude rescatarme á mí y á mi familia. La herida en la cabeza no ofrece grave peligro. Éste, dijo señalando á Ursus, después de arrancar á Licia de los brazos del joven, le empujó contra el muro; al caer, él extendió el brazo para sostenerse y se lo rompió.

– Curando á muchos de nuestros hermanos has adquirido fama de médico inteligente, y por esto te mandé á buscar por medio de Ursus.

– Ursus, que ayer por el camino confesó que había querido matarme.

– También me confesó á mí su propósito. Pero yo te conozco y conozco tu amor á Cristo, y fácil me fué convencerle de que no debías ser tú el traidor, sino el desconocido que trató de inducirle á cometer el asesinato.

– Fué un espíritu maléfico, á quien yo creí un ángel, dijo Ursus suspirando.

– En otra ocasión me lo contarás todo con detalles; ahora debemos ocuparnos de este herido.

Después volvió á restregar el brazo. A pesar de que Crispo no dejaba de rociar con agua el rostro de Vinicio, éste volvió á perder el sentido. Glauco ató el brazo entre dos tablillas para privarle de todo movimiento.

Terminada la operación, Vinicio recobró el conocimiento y vió á Licia junto á su cama, sosteniendo una escudilla en la que Glauco mojaba de cuando en cuando una esponja para humedecer la frente del herido.

Vinicio no podía explicarse lo que veía. Creía que soñaba, que deliraba. Al cabo de mucho rato pudo balbucear:

– ¡Licia!

Al sonido de aquella voz, la escudilla tembló en las manos de la joven, que, contemplando tristemente al herido, exclamó suspirando:

– ¡La paz sea contigo!

Fijaba tenazmente su mirada en Licia para que en su pupila quedase impresa la imagen, por si aquella visión desaparecía. Contemplaba aquel rostro, más pálido y delgado que antes, su hermosa cabellera y el traje de mujer del pueblo que vestía su amada, cuya frente enrojeció bajo el fuego de aquellas ardientes miradas. Juraba amarla siempre y se atribuía la culpa de aquella miseria y de aquella palidez, reconociendo que era él quien la había sacado de aquella casa donde todos la amaban, donde la rodeaban de cuidados y ternuras, que era él quien la había arrastrado hasta aquel antro obscuro y la había vestido con aquellas ropas tan pobres.

Hubiera querido ofrecerle los vestidos más hermosos, cubrirla de perlas y diamantes. La angustia, la sorpresa, el remordimiento y la compasión le asaltaron con tanta fuerza, que se hubiera arrojado á los pies de Licia á no impedirle su estado todo movimiento.

– ¡Licia, dijo, no quisiste que me mataran!

– ¡Que Dios te conceda la salud!, respondió con dulzura.

Vinicio, que no podía olvidar todo el mal que le había causado, escuchó aquellas palabras como una música divina. Olvidó por un instante que sólo la doctrina cristiana inspiraba á Licia el perdón; oía que así le hablaba su amada; que vibraban en su respuesta una ternura y una bondad que reanimaban su espíritu. Pero al mismo tiempo se sentía abatido por la emoción, como antes por el dolor; le parecía que rodaba hacia un abismo; pero la caída era plácida y deliciosa. Una divinidad velaba á la cabecera de su lecho.

Glauco, después de lavar la herida de la cabeza, la había untado con un bálsamo. Ursus cogió la escudilla que tenía Licia, y ésta acercó á los labios del herido un cáliz que contenía agua y vino.

Vinicio bebió con gusto y se sintió aliviado.

– ¡Quiero beber más!, exclamó.

Licia entró con el cáliz en la habitación vecina, mientras Crispo, después de un breve coloquio con Glauco, acercándose al lecho, dijo:

– Dios no ha permitido, Vinicio, que cometieras una mala acción. Él te ha dejado con vida para que puedas enmendarte. El, ante el cual todos somos polvo, te puso inerme en nuestras manos. Pero Cristo, á quien veneramos, nos ordena amar hasta á los enemigos, y por esto hemos curado tus heridas y rogamos á Dios que te conceda la salud, como dijo Licia. Mas ahora debemos separarnos; la paz sea contigo. Piensa si te conviene aún perseguir á Licia. La has privado de sus custodios y á nosotros de nuestro techo. Con todo, te volveremos bien por mal.

– ¿Queréis abandonarme?

– Debemos dejar esta casa, donde los guardias del prefecto de la ciudad podrían encontrarnos. Tu compañero fué muerto; tú, poderoso patricio, has sido herido y no por nuestra culpa. El peso de la ley, sin embargo, caería sobre nosotros.

– ¡No temáis la persecución!, respondió Vinicio. ¡Yo os protegeré!

Crispo hubiera querido añadir que no sólo se trataba del prefecto, sino también de Vinicio. Su intención era esconder á Licia en lugar seguro.

– Señor, repuso, toma una tabla y un estilo; escribe á tus esclavos que vengan á buscarte con una litera. Tu casa te ofrecerá más comodidades que las que podemos proporcionarte con nuestra indigencia. Nosotros habitamos aquí, al lado de una pobre viuda, que pronto regresará con su hijo. El muchacho llevará tu carta; pero nosotros debemos buscar otro refugio.

Vinicio comprendió claramente que querían separarle de Licia, y temió que iba á perderla de nuevo para no encontrarla jamás. Cruzó por su mente la idea de prometer que conduciría á Licia á casa de Pomponia. Pero ¿qué crédito habían de merecer sus promesas? ¿Por qué no lo había hecho antes? En vez de perseguir á Licia, podía presentarse á Pomponia y jurarle que abandonaría sus propósitos, y entonces la misma matrona hubiera hecho entrar otra vez en la casa á su hija adoptiva. Pero ¡no!, ninguna promesa, ningún juramento hubieran persuadido á Pomponia, mucho menos haciéndolo un pagano como él, que no podía jurar más que por los dioses inmortales, en los que no creía gran cosa y que á los ojos de aquella mujer aparecían como espíritus maléficos.

Torturaba su imaginación buscando un medio para retener á Licia y á sus custodiadores. Escasos eran los minutos; su corazón anhelaba contemplar aquella imagen adorada, por lo menos durante algunos días. Como el náufrago que se agarra á cualquier madero esperando su salvación, así Vinicio creía que en aquellos pocos días podía surgir algo maravilloso que le acercase á Licia. Por esto dijo:

– ¡Escuchadme, cristianos! Ayer me hallaba entre vosotros en el Ostriano y allí conocí vuestra religión. Vuestros actos me demostraron que sois honrados y buenos. Dejad que la viuda siga viviendo en esta casa, permaneced en ella vosotros y permitidme que me quede yo también. Este hombre, y señaló á Glauco, que es médico, ó por lo menos sabe curar las heridas, puede decir si es posible que hoy se me traslade á mi casa. Estoy enfermo, tengo el brazo destrozado y debo permanecer inmóvil algunos días. Declaro, pues, que no abandono esta vivienda, á menos que vosotros me arrojéis á viva fuerza.

Le faltó el aliento y calló. Crispo dijo entonces:

– Nosotros no te obligamos, queremos únicamente estar en sitio seguro.

El joven tribuno, poco acostumbrado á que se le contradijera, arrugó el entrecejo, exclamando:

– ¡Dejadme cobrar aliento!

Después prosiguió en estos términos:

– Nadie preguntará por Crotón. Hoy debía salir para Benevento, llamado por Vatinio. Todos le creerán en viaje. Cuando entré con él en esta casa, nadie nos vió, á excepción de un griego que nos acompañó al Ostriano. Os indicaré su habitación, vosotros le traeréis á mi presencia y yo le impondré el silencio mediante recompensa. Enviaré una carta á mi casa anunciando que he partido con dirección á Benevento. Si el griego ha hablado ya con el prefecto, yo declararé que maté á Crotón y que me fracturé el brazo en la lucha. ¡Por la memoria de mis padres, así lo haré! Permaneced aquí tranquilos y no se os tocará un cabello. Traedme inmediatamente al griego: se llama Quilón Quilónides.

– Glauco quedará contigo y la viuda te curará, respondió Crispo.

– ¡Oye lo que te digo, anciano!, replicó Vinicio. Yo te debo gratitud. Pareces honrado y bueno, pero... no dices todo lo que sientes. Temes que llame á mis esclavos y que mande prender á Licia.

– ¡Es cierto!, contestó Crispo con seriedad.

– Pues bien; hablaré con Quilón y le escribiré, delante de todos vosotros, que he marchado á Benevento. Seréis mis únicos mensajeros. ¡Pensadlo bien y no me irritéis más!

Excitábase por momentos y su acento revelaba la angustia que oprimía su corazón.

– ¿Me has oído negar, preguntó á Crispo, que me interese quedarme aquí por su amor? Aunque lo negase, cualquiera advertiría lo contrario. Pero no quiero molestarla más. Y si no quiere permanecer aquí, me arranco las vendas del brazo, no como ni bebo, y la culpa de mi muerte recaerá sobre ti y sobre tus hermanos. ¿Por qué me habéis curado, en vez de dejarme morir?

Su estado iba empeorando. Licia, que desde la estancia próxima había oído todas las palabras de Vinicio, comprendiendo que era capaz de cumplirlas, tuvo miedo. ¡Él no debía morir! Débil y herido, Vinicio no era ya para ella objeto de terror, sino de profunda piedad. Viviendo desde el día de su fuga entre personas absortas en éxtasis perpetuo y ocupadas en sacrificios y obras de amor al prójimo, se había convertido en una de aquellas vírgenes cristianas que debían más tarde renunciar á todas las vanidades mundanas. De Vinicio conservaba recuerdos que no podían borrarse fácilmente. Por espacio de muchos días había pensado en él, pidiendo á Dios la gracia de poderle devolver bien por mal, de convertirlo á su fe y de salvarle el alma. Creyó que el Señor había oído sus preces y que el instante solemne había llegado. Se acercó á Crispo, y como siguiendo una inspiración secreta, le dijo:

– ¡Déjale permanecer entre nosotros, Crispo! Le asistiremos hasta que Dios le haya devuelto la salud.

El viejo presbítero, acostumbrado á reconocer doquiera la voluntad del Altísimo y observando el rostro inspirado de la virgen, pensó que quizás una voz misteriosa hablaba por su mediación. Inclinando respetuosamente su encanecida cabeza, dijo:

– ¡Sea como dices!

La obediencia de Crispo impresionó vivamente al tribuno, que tenía fijos sus ojos en la doncella, la cual, entre los cristianos, le parecía una especie de sibila ó sacerdotisa, á quien se debía tributar obediencia y veneración. Él mismo se sentía dominado por un profundo respeto hacia la joven. Al amor se unía una expresión de timidez que contrastaba con su proverbial audacia. Pero no podía convencerse de que su situación con respecto á ella había cambiado por completo; que la joven ya no dependía de su voluntad, sino la suya de la de Licia; que estaba enfermo, débil como un niño y no fuerte y poderoso como en otro tiempo. Dado su carácter soberbio, tal dependencia le hubiera resultado insoportable, á no tratarse de Licia; pero así se veía obligado por la gratitud, sentimiento extraño en él. No se daba cuenta exacta de su transformación, antes bien le parecía naturalísima. Se consideraba feliz pudiendo permanecer al lado de su amada, y no pensaba en otra cosa.

Quería manifestar su reconocimiento y notaba algo que no sabía definir y era... la sumisión. Las emociones sentidas le habían abatido hasta el punto de no poder expresar su gratitud más que con miradas, y éstas brillaban, iluminadas por la idea de que la vería constantemente... A su gozo siguió el temor de perder lo que ya había ganado. Tan grande era ese temor, que cuando Licia se le acercó para darle de beber, él, deseando cogerle la mano, no tuvo valor para hacerlo. ¡No tuvo valor! ¡Él, aquel Vinicio que en el banquete de César, á pesar de la resistencia de su amada, la había besado!.. ¡Él, que después de la fuga había jurado cogerla de los cabellos y arrastrarla hasta el *cubiculum* y hacerla azotar por los esclavos!

XXIV

Pero Vinicio temía también que otra circunstancia cualquiera pudiese destruir su felicidad. Si Quilón hubiese comunicado su desaparición al prefecto de la ciudad y á sus libertos, hubiera sido muy probable la intervención de los guardias. Acarició un instante la idea de hacer arrestar á Licia y encerrarla en su casa, pero pronto desistió de tal propósito. Era cruel, osado y estaba pervertido como la generalidad de los hombres de su tiempo; pero no era, ciertamente, ni un Tigelino ni un Nerón. La vida militar le había dejado sentimientos suficientes para reconocer el horror de tal intento. Quizás en un arranque de ira y en el pleno dominio de sus energías hubiera sido capaz de llevarlo á cabo; pero en aquellas circunstancias se sentía débil y abatido. Temía sólo que alguno se interpusiera entre él y Licia.

Observó con sorpresa que, desde el momento en que Licia salió en su defensa, ni ella ni Crispo exigían promesa de protección, como si confiasen, en caso necesario, en una fuerza sobrenatural. El joven tribuno, en cuyo espíritu, después del sermón del apóstol en el Ostriano, la idea de lo posible y de lo imposible se presentaba indefinida y confusa, sentíase inclinado á creer. Reflexionando con calma, recordó lo que Pedro había dicho de los griegos y se avivaron en él los deseos de ver á Quilón.

Crispo condescendió, y de común acuerdo decidieron enviar á Ursus en busca del filósofo. Vinicio, que antes de su visita al Ostriano había mandado con frecuencia, pero inútilmente, á sus esclavos á casa de Quilón, se la indicó detalladamente al licio. Escribió después algunas palabras en una tabla y dijo á Crispo:

– Le doy también el mensaje, porque aquel hombre es suspicaz y desconfiado; muchas veces, cuando le mandé llamar, hizo decir que no se hallaba en casa. Era su costumbre cuando no tenía buenas noticias ó temía mi cólera.

– Si le encuentro, dijo Ursus, poniéndose el manto, le haré venir de grado ó por fuerza.

Encontrar á alguno en Roma era siempre difícil, aun con las señas más exactas; pero á Ursus, que poseía el instinto del cazador y conocía la ciudad y los suburbios, no le fué difícil dar con la casa de Quilón.

Ursus sólo le había visto una vez y de noche; además aquel hombre osado y soberbio, que quería convencerle de que debía matar á Glauco, era tan distinto de aquel griego encogido por el miedo, que nadie hubiera reconocido en los dos tipos á la misma persona. Por esto cuando Quilón se persuadió de que Ursus le consideraba como un desconocido, respiró libremente; la tabla con el escrito de Vinicio acabó de tranquilizarle. Así no había que temer que le hubiesen preparado una trampa. Supuso que los cristianos no se habían atrevido á matar á Vinicio por tratarse de un personaje de tal categoría.

«Vinicio me defenderá en el peligro, pensaba, y no me abandonará.»

Así, pues, repuesto del susto, dijo al licio:

– ¡Buen hombre! Mi amigo, el noble Vinicio, ¿no ha mandado una litera? Tengo los pies deshechos, no puedo dar un paso.

– ¡No!, contestó Ursus. Iremos á pie.

– ¿Y si me negase?

– Sería inútil; debes seguirme.

– Yo te seguiré, pero no porque deba hacerlo. Nadie puede obligar á un hombre libre como yo, á un amigo del prefecto. Soy un filósofo, y tengo dominio sobre otros y puedo cambiar las personas en árboles y en animales. ¡Pero iré, iré! Déjame tomar un manto y un capuz para que no me reconozcan los esclavos de esos barrios; me pararían á cada paso para besarme la mano.

Envolvióse en el manto y cubrió casi todo su rostro con el capuz para que Ursus no pudiera recordar sus rasgos fisonómicos.

– ¿Adónde me conduces?, le preguntó por el camino.

– Al Trastevere.

– Hace poco tiempo que estoy en Roma y no conozco aquella parte de la ciudad; mas creo que allí habrá también personas decentes.

Pero Ursus, que había oído el relato de Vinicio, deteniéndose bruscamente, exclamó:

– ¡No mientas, viejo! Hoy estuviste con Vinicio en el Ostriano y te aproximaste á nuestra casa.

– ¡Ah!, respondió Quilón. ¿Vuestra casa está en el Trastevere? Te he dicho que hace poco que resido en Roma y no conozco los nombres de los distintos barrios. Es verdad, amigo; estuve frente á vuestra casa y supliqué á Vinicio, en nombre de la virtud, que no entrase. Fuí al Ostriano, y ¿sabes por qué? Porque me he impuesto la misión de convertir á Vinicio y deseaba que oyese á nuestro santo apóstol. ¡Que la luz de la fe ilumine su alma y la tuya!.. Pero tú eres cristiano y anhelas el triunfo de la verdad sobre el error.

– ¡Es cierto!, contestó Ursus respetuosamente.

Quilón se sintió reanimado.

– Vinicio, añadió, es un señor poderoso y amigo de César, pero sabe sustraerse á las influencias del espíritu maligno. No obstante, si alguno se atreviese á tocarle un cabello, César vengaría el ultraje en los cristianos.

– ¡Nos protege una fuerza superior!

– Es muy cierto. Pero ¿qué pensáis hacer con Vinicio?, preguntó Quilón con no poca inquietud.

– No lo sé; Cristo nos recomienda la piedad.

– ¡Muy bien dicho! Piensa siempre así, si no quieres arder en las llamas del infierno por toda una eternidad.

Ursus lanzó un suspiro, y Quilón reconoció que de aquel hombre, que tan terrible le había parecido en el primer momento, podía hacer lo que quisiese.

Deseando saber con exactitud cómo habían ocurrido los hechos, preguntó con el tono de un juez:

– ¿Qué habéis hecho de Crotón? ¡Habla! No me ocultes nada.

Ursus suspiró otra vez.

– Vinicio te lo dirá.

– ¿Lo has atravesado con un cuchillo, ó lo has aplastado con una maza?

– ¡No tenía armas!

La fuerza extraordinaria de aquel gigante impresionó al griego.

– Que Plutón, ¡digo!.., que Dios te perdone.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Caminaron un rato en silencio. Después dijo á Ursus:

– No te haré traición; pero ¡cuidado con los guardias!

– Yo temo á Cristo y no á los guardias.

– ¡Muy bien! No hay delito peor que el homicidio. Yo rogaré por ti; pero no sé si mis ruegos serán atendidos, como no hagas el voto de no atentar jamás contra la vida de un hombre.

– Le he matado sin tener tal intención, respondió Ursus.

Pero Quilón, que quería asegurarse, siguió condenando el homicidio, para inducir á Ursus á hacer el voto. Hizo varias preguntas al licio; pero éste respondía de mala gana, repitiendo que todo lo demás lo sabría por Vinicio.

Durante este coloquio habían recorrido toda la distancia que separaba del Trastevere la vivienda del griego y se hallaban frente á la casa. El corazón del filósofo empezó á latir con violencia; el pavor le hacía ver una expresión de maldad en la mirada de Ursus.

«Para mí no es un gran consuelo perecer á sus manos, *sin intención*, pensaba. ¡Ah! Si lo partiera un rayo, y con él á todos los licios. ¡Júpiter, te lo ruego!»

Después se envolvió aún más en su manto, para resguardarse del frío, según decía. Atravesado el primer patio, llegaron al corredor que conducía al jardincillo. Quilón se detuvo y exclamó:

– ¡Déjame respirar! De lo contrario no estoy en el caso de hablar con Vinicio y darle sanos consejos.

Aunque procuraba alentarse á sí mismo, le temblaban las piernas al pensar que se acercaba á aquellas misteriosas personas que había visto en el Ostriano.

Llegó á sus oídos la dulce melodía de un himno.

– ¿Qué es esto?, preguntó.

– ¿Afirmas que eres cristiano y no sabes que tenemos por costumbre bendecir al Salvador después de cada comida?, respondió Ursus.

Miriam y su hijo habían regresado, y con ellos estaba el apóstol, que solía visitar á Crispo y á la viuda todos los días.

– ¡Condúceme pronto á la habitación en donde está Vinicio!

– Vinicio está con nuestros hermanos y el apóstol. Le hemos preparado lecho en la única estancia un poco espaciosa. Entra y descansa un poco.

Entraron. La habitación estaba obscura; las escasas luces, colocadas en distintos ángulos, no bastaban á disipar las tinieblas. Vinicio adivinó, más que vió, la llegada de Quilón, el cual acercándose al rincón en donde estaba acostado el herido, exclamó:

– ¡Señor! ¿Por qué no atendiste mi consejo?

– ¡Calla y escucha!, dijo Vinicio.

Y fijando su mirada en el griego, habló lenta y expresivamente, como queriendo imprimir en la mente de Quilón todas las palabras:

– Crotón se echó sobre mí para derribarme y matarme, ¿comprendes? Yo le maté y esta gente me ha curado las heridas que recibí en la lucha.

Quilón comprendió en seguida que Vinicio hablaba así para no perjudicar á los cristianos, y que con aquellas palabras, que significaban una orden, quería convencer á los demás. Leyó tal deseo en el semblante de Vinicio; así es que, sin manifestar la menor sorpresa ni la más ligera duda, exclamó levantando los ojos al cielo:

– ¡El muy bribón! Ya te había advertido, señor, que no te fiaras de él; pero mis palabras caían en saco roto. Ninguna pena del infierno bastará para castigarle como se merece. Quien no es honrado es un canalla. ¿Y para ése podrá haber

cosa más difícil que ser honrado? ¡Oh!... Asaltar al bienhechor, un dueño generoso..., ¡oh, dioses!

Al llegar á este punto calló, recordando que se había declarado cristiano delante de Ursus.

– Si no hubiese llevado mi puñal, añadió Vinicio, me hubiera matado, indudablemente.

– ¡Bendito sea el instante en que te aconsejé que llevaras contigo un arma!

Vinicio lanzó á Quilón una mirada indagadora y le preguntó:

– ¿Qué has hecho hoy?

– ¿No te he dicho que quería hacer un voto por tu salud?

– ¿Y nada más?

– Estaba pensando en venir á encontrarte, cuando ese buen hombre llegó á mi casa.

– Toma esta tabla. La llevarás á mi casa y la entregarás á uno de mis libertos. He escrito que marchaba á Benevento. Dirás á Demade (y no de mi parte, ¿entiendes?) que una carta urgente de Petronio me ha obligado á partir esta misma mañana. He marchado á Benevento, ¿verdad?, repitió con una mirada significativa.

– Sí, señor; has marchado á Benevento. Esta mañana te he despedido en la Puerta Capena, y desde tu marcha se ha apoderado de mí tal tristeza, que si tu generosidad no se enternece, acabaré por sumirme en el llanto más desconsolador, como aquella pobre mujer de Zeto, atormentada por Itilio.

Vinicio, aunque enfermo y acostumbrado á las ocurrencias de Quilón, no pudo contener la risa. Por otra parte, le satisfizo que el griego le hubiera comprendido tan pronto. Después continuó:

– Añadiré que enjuguen tus lágrimas. Acerca una luz.

Quilón se levantó contento, y aproximándose á la chimenea, separó del muro un hacha encendida. Pero en aquel movimiento, cayéndole el capuz sobre las espaldas, quedó con la cabeza descubierta. Glauco le reconoció y se acercó á él, preguntándole con voz amenazadora, que impresionó á todos los circunstantes:

– ¿Me conoces, traidor?

Quilón alzó el hacha, que su mano trémula no pudo sostener, é inclinándose hasta el suelo, murmuró:

– ¡No soy, no soy yo! ¡Misericordia!

Glauco dijo entonces, dirigiéndose á sus compañeros:

– ¡Este es el hombre que me engañó y que fué causa de mis desventuras y de las de mi familia!

Todos los cristianos y el mismo Vinicio conocían aquella historia. Pero el tribuno no sabía quién era Glauco, porque habiendo perdido el sentido varias veces mientras le curaba, no había oído el nombre del médico. Para Ursus las palabras de Glauco fueron como un relámpago en medio de las tinieblas. Reconoció en seguida á Quilón y en un salto se puso al lado del griego, y asiéndole por un brazo, exclamó:

– ¡Este es el individuo que quería convencerme de que era necesario matar á Glauco!

– ¡Misericordia!, gritaba Quilón. A ti me entrego, señor..., añadió, volviéndose hacia Vinicio, ¡sálvame! ¡En ti confío!... Entregaré tu carta... ¡Sálvame!

Pero Vinicio presenciaba la escena con la mayor indiferencia, pues sabía quién era el griego y su corazón ignoraba lo que era la piedad.

– ¡Sepultadlo en el jardín!, dijo. Otra persona cualquiera llevará mi carta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quilón creyó que aquellas palabras eran su sentencia de muerte; y temblando como una hoja entre las robustas manos de Ursus, lloró desesperadamente.

– ¡Por amor de vuestro Dios, tened piedad!, exclamaba. ¡Soy cristiano! *Pax vobiscum!* ¡Soy cristiano! Si no me creéis, bautizadme, bautizadme dos, cien veces! Glauco, aquí hay una confusión: déjame hablar; seré tu esclavo. ¡No me matéis, por piedad!

La voz iba ahuecándose, sofocada por el dolor. Entonces se levantó el apóstol, cuya cabeza encanecida y encorvada por el peso de los años temblaba. Con voz lenta y grave, en medio de un silencio solemne, habló de esta manera:

– El Redentor nos dice: «Si tu hermano ha pecado contra ti, castígale; pero si se arrepiente, perdónale. Y si siete veces al día te ofende y otras siete vuelve á ti, pidiendo misericordia, tú debes perdonarle.»

Glauco permaneció largo rato inmóvil, escondiendo el rostro entre las manos, hasta que, levantando la cabeza, dijo:

– ¡Que Dios te perdone, como yo te he perdonado en nombre de Cristo!

Ursus dejó en libertad al griego y añadió:

– ¡El Salvador tenga piedad de ti! ¡Yo te perdono!

Quilón cayó al suelo, y apoyándose sobre ambas manos, volvió la cabeza, como un animal cogido en el lazo, para ver de dónde podía venirle la muerte. No podía creer en lo que veía, ni esperaba perdón. Los labios, amoratados, le temblaban de terror. Al cabo vino en conocimiento de su verdadera situación.

– ¡Vete en paz!, dijo el apóstol.

Quilón se levantó sin articular palabra. Se acercó al lecho de Vinicio, como para buscar protección, no habiendo tenido tiempo de reflexionar que aquel hombre que había utilizado sus servicios, y que era por lo tanto su cómplice, le condenaba, mientras aquellos á quienes había tratado de perjudicar le perdonaban.

No debió tardar en presentarse á su espíritu la antítesis que ofrecían ambas conductas, pues sus miradas expresaron en seguida dicha sorpresa. A pesar del perdón obtenido, deseaba alejarse lo antes posible de aquella gente misteriosa, cuya bondad le atemorizaba tanto como hubiera podido atemorizarle la más refinada crueldad. Le parecía que, permaneciendo allí más tiempo, podía ocurrirle algo inesperado: así es que con voz débil y trémula dijo á Vinicio:

– Dame la carta, tribuno.

Ya en su poder el escrito, hizo una reverencia á los cristianos, otra á Vinicio, y acurrucándose junto á la pared, salió fuera. En la obscuridad del jardín le invadió otra vez el terror y se le erizaron los cabellos: creía que Ursus, favorecido por las tinieblas, iba á salir de la casa y se lanzaría sobre él para matarle. Quería huir con la velocidad del rayo, pero sus piernas se negaban á obedecerle.

De pronto se detuvo como petrificado. Ante él apareció Ursus en persona.

Quilón se prosternó en el duro suelo y gimió:

– ¡Urbano..., en nombre de Cristo!..

Y Urbano respondió:

– ¡No tengas miedo! El apóstol me ordena que te acompañe hasta la calle para que no te pierdas, y que te lleve á tu casa, si no te bastan las fuerzas.

– ¿Qué dices?, preguntó Quilón levantando la cabeza. ¿Cómo? ¿No me matas?

– ¡No! Y si fuí duro contigo y te hice daño, perdóname.

– ¡Ayúdame á levantarme!, dijo el griego. Tú no me matarás, ¡no! Llévame hasta la calle, que luego ya podré ir solo.

Ursus lo alzó del suelo como quien levanta una pluma y lo puso en pie. Después de atravesar un corredor obscuro y otro patio, llegaron á la calle. En el corredor, Quilón decía para sí: «¡Esto ha terminado! ¡Aquí dió fin mi vida!»

Cuando se vió en la calle, se tranquilizó un poco y dijo á su acompañante:

– Ahora ya puedo irme solo.

– ¡La paz sea contigo!

– ¡Y contigo! ¡Déjame tomar aliento!

Cuando Ursus se hubo alejado, Quilón respiró y se sintió aliviado. Se tentó el cuerpo, como para convencerse de que estaba aún vivo y sano, y apresuró el paso.

– Pero... ¿por qué no me ha matado?

Y á pesar de su conversación con Euricio sobre la doctrina cristiana, á pesar de su coloquio con Urbano junto al río, y á pesar de todo lo que oyó en el Ostriano, no sabía encontrar satisfactoria respuesta á aquella pregunta.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ERSIDAD DE NUEVO LEON
IOTECA UNIV RIA
"ALFONSO REYES"
ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXV

Vinicio tampoco sabía explicarse lo ocurrido. El proceder de aquella gente que, en vez de vengarse, le trataba con tanta bondad y solicitud, lo atribuía, parte á la religión, mucho á Licia y un poco también á su alta posición social. Pero la misma conducta con respecto á Quilón le parecía incomprensible. ¿Por qué no le habían matado? Podían haberlo hecho impunemente, sepultándolo luego en el jardín ó arrojándolo al Tíber. En aquel tiempo, en que ocurrían todas las noches homicidios, frecuentemente cometidos por el mismo Nerón, el río lanzaba todas las mañanas sobre la orilla algún cadáver, sin que nadie diera la menor importancia al suceso. Según sus ideas, los cristianos no sólo podían matar á Quilón, sino que tenían el derecho de hacerlo. Verdad que en el mundo á que pertenecía Vinicio, la piedad no era del todo desconocida: los atenienses habían levantado un templo á la Misericordia y se habían opuesto á la introducción de las luchas de gladiadores en Atenas. En la misma Roma, alguna vez era agasajado el vencido, como Calicrates el rey de Bretaña, que hecho prisionero en tiempo de Claudio, vivió luego en Roma con entera libertad y provisto de todo lo necesario por el mismo emperador. Pero la venganza por una ofensa personal era, según la opinión de Vinicio, legítima y estaba autorizada, por lo cual el renunciar á ella le parecía ilógico y extraño. En el Ostriano, sin embargo, había oído decir que era necesario amar hasta á los propios enemigos, teoría que no podía aplicarse á la vida romana. Pensó si debía atribuirse la razón de tanta benevolencia á alguna fiesta que solemnizaban aquel día los cristianos y en que se les ordenaba no matar. Sabía que en algunos pueblos había épocas en que estaba prohibido promover guerras. Pero, en semejante caso, ¿por qué no entregaban á Quilón á la autoridad? ¿Por qué decía el apóstol que debía perdonarse siete veces al que, después de haber ofendido otras tantas, pedía misericordia? ¿Por qué Glauco había dicho á Quilón: «Dios te perdone, como te he perdonado yo?»

Y Quilón había ofendido á Glauco con crueldad sin igual. Vinicio, al pensar lo que hubiera hecho en caso parecido con uno que hubiese intentado matar á Licia, sentía arder la sangre en sus venas. Ningún tormento hubiera resultado demasiado cruel para su venganza. Y Glauco había perdonado, y Ursus había perdonado, Ursus á quien era muy fácil adquirir la dignidad de «rey del bosque de los Nemeos,» matando al gladiador que la ostentase, como había matado á Crotón.

Todas sus dudas y reflexiones no encontraban más que una conclusión: lo habían perdonado por bondad, por un insuperable amor al prójimo, que les obligaba á olvidarse de sí mismos y á olvidar las ofensas recibidas, la propia felicidad, las propias desventuras y á vivir sólo por y para los demás. Del premio que esperaban por su conducta había oído hablar en el Ostriano, sin llegar á comprender el alcance de las palabras del apóstol. Consideraba como muy miserable una existencia consagrada exclusivamente al bien ajeno, al cual sacrificaba las riquezas y los placeres. En aquel momento sentía por los cristianos, más que admiración, compasión y casi desprecio; le parecían ovejas que tarde ó temprano habían de ser devoradas por el lobo. Su carácter romano no podía apreciar á gente que se resignaba á todo. Recordó que, después de la salida de Quilón, la alegría irradió en todos aquellos semblantes, y que el apóstol, acercándose á Glauco y poniéndole la mano sobre la cabeza, le había dicho: «Cristo ha triunfado en ti.»

Glauco había levantado los ojos, lleno de gozo y de esperanza, como sintiéndose invadido de una felicidad sin nombre.

Vinicio, que no conocía más que la alegría y el placer que causa la venganza cumplida, había fijado en Glauco su mirada febril, como quien tiene delante de sí á un loco. Y reprimiendo un movimiento de ira, había visto á Licia poner sus labios sobre la mano de aquel hombre, parecido en todo á un esclavo. Creyó que el mundo había sufrido una completa transformación.

Ursus, al regresar, refirió que había pedido perdón al griego después de haberle dejado en la calle, indicándole el camino. El apóstol le bendijo y Crispo exclamó: «¡Este es un día de triunfo!» Vinicio no comprendía una palabra. Pero cuando Licia se le acercó para darle de beber, él, cogiéndole de la mano, preguntó:

– ¿Tú también me perdonarás?

– Somos cristianos y no debemos conservar rencor alguno.

– ¡Licia!, añadió él, cualquiera que sea tu Dios, yo lo adoro por ser el tuyo.

– Cuando lo conozcas, lo adorarás con toda el alma.

– Porque es tu Dios, repitió Vinicio con voz más débil.

Y cerró los ojos, vencido por la debilidad.

Licia salió de la habitación; pero, regresando muy pronto, se acercó al lecho para ver si el enfermo dormía. Éste, sintiendo la proximidad de Licia, abrió los ojos y sonrió. Ella puso dulcemente sus manos sobre los párpados de Vinicio, para ayudarle á conciliar el sueño; él creyó anegarse en una ola de felicidad; pero su estado no tardó en empeorar.

Se presentó la fiebre fortísima. No pudiendo cerrar los ojos, seguía mudo todos los movimientos de Licia.

De cuando en cuando caía en una especie de sopor, durante el cual, si bien veía y oía cuanto pasaba á su alrededor, la realidad se confundía á menudo con los fantasmas del delirio. Le parecía ver, dentro de un cementerio viejo y abandonado, un templo muy elevado á manera de torre, del cual era Licia la sacerdotisa. Colocada en lo alto, con una cítara en la mano, circundada de resplandores, semejaba una de aquellas sacerdotisas que por las noches cantaban himnos en honor de la luna y que él había visto en Oriente. Él mismo, con gran trabajo, gateando por una escala de cuerda, subía á la torre para raptarla. Detrás de él, temblando de miedo, se arrastraba Quilón, que repetía continuamente: «Déjala, señor, que es una sacerdotisa: ¡*Él* se vengará!» Vinicio no sabía quién era ese *él:* creía que cometía un sacrilegio y le asaltaba horrible pavor. Y cuando llegó á la balaustrada que rodeaba la cúspide de la torre, apareció de improviso junto á Licia el apóstol de la barba plateada, exclamando: «¡No levantes tu mano sobre ella; me pertenece!» La cogió en brazos y se la llevó por un camino formado de rayos de luna y que parecía conducir al cielo. Él extendió los brazos, rogando al apóstol que le llevara también consigo.

En esto despertó, mirando en torno del lecho. Aunque la lámpara iluminaba débilmente la estancia, se distinguían perfectamente todos los objetos. Los cristia-

nos, sentados junto al fuego, se calentaban, pues fría era la noche y más fría la habitación en que se hallaban. Vinicio se fijaba en el aliento que cual humo salía de sus bocas. En medio estaba el apóstol: acurrucada á sus pies, sobre un escabel, vió á Licia. En torno de ellos estaban Glauco, Crispo y Miriam. En una esquina, algo apartado, Ursus, y en otra el hijo de Miriam, Nazario, un precioso muchacho de largos y negros cabellos.

Los ojos de Licia estaban pendientes de los labios del apóstol, hacia el cual volvían todos la cabeza. Vinicio contemplaba á Pedro con una veneración casi supersticiosa, pensando que el sueño que había tenido pocos momentos antes podía realizarse y que aquel anciano llegado de lejanos países podía arrebatarle á Licia y conducirla á lugares desconocidos. Cería que el anciano hablaba de él y que estaba preparando la huída de Licia. Le parecía imposible que pudiesen tratar de otro asunto. Reuniendo todas las fuerzas, procuró fijar su atención en las palabras de Pedro.

Se engañaba: el apóstol hablaba de Cristo, describiendo la escena del huerto, cuando el Redentor fué preso.

«¡No viven más que por ese nombre!, pensó Vinicio.»

– Vino una turba, dijo Pedro, de siervos del sumo sacerdote para apoderarse de El. A la pregunta del Salvador «¿A quién buscáis?,» respondieron ellos: «A Jesús Nazareno.» Pero cuando les dijo «Yo soy!,» cayeron en tierra, no atreviéndose á poner las manos sobre Él. A la segunda pregunta, lo prendieron. La noche era fría como hoy, pero mi sangre ardía. Saqué la espada para defenderle y corté la oreja á un siervo del sumo sacerdote. Le hubiera defendido mientras me hubiera quedado una gota de sangre en las venas; pero Él me dijo: «Envaina otra vez tu espada. ¿No he de acercar á mis labios el cáliz que me ha enviado mi Padre?» Después de esto lo prendieron y lo ataron.

Pronunciadas estas palabras, Pedro se llevó una mano á la frente, como para poner un dique al torrente de sus recuerdos. Pero Ursus no pudo contenerse. Se levantó de pronto, y acercándose al fuego atizó la llama con tal ímpetu que se produjo una lluvia de chispas; luego volviendo á su sitio, dijo:

– Como quiera que hubiesen sucedido los hechos, yo...

No continuó, observando que Licia le imponía silencio con el índice en los labios. La respiración afanosa demostraba la lucha que Ursus sostenía interiormente. Se sentía dispuesto á besar los pies al apóstol, pero no le perdonaba aquel acto. ¡Oh!.. Si cualquiera, en su presencia, hubiese atacado al Redentor, hubiera destrozado á los guardias y siervos del sumo sacerdote. Las lágrimas le velaron los ojos. Por una parte, hubiera querido defender al Salvador; por otra, obedecerle para no impedir la redención del mundo.

Poco después, el apóstol terminó su relato. Vinicio se hallaba otra vez en un estado de febril somnolencia. Oía de nuevo lo que había referido el apóstol en el Ostriano acerca del día en que Jesucristo apareció en el lago de Tiberíades. Veía una inmensa superficie de agua, sobre la cual navegaba una barca pescadora, con Licia y Pedro á bordo. Él nadaba con todas sus fuerzas en dirección á la barca, pero el dolor del brazo roto le impedía llegar. El viento lanzaba las olas contra él: viéndose perdido y á punto de hundirse en el fondo, pedía auxilio desesperadamente. Entonces Licia caía á los pies del apóstol, y éste, virando la embarcación, tendió un remo, al cual se asió Vinicio, logrando subir; después llegaron á tierra.

Luego soñó que se levantaba otra vez y veía la barca seguida de una gran multitud; casi todas las cabezas se iban sumergiendo entre las olas. Unicamente se destacaban sobre el agua algunas manos. Pero Pedro, de cuando en cuando, cogía

Sobre la orilla apareció una figura hacia la cual hizo proa el apóstol

á los que iban á ahogarse, y la embarcación, por un milagro, se agrandaba, adquiriendo en breve tiempo capacidad suficiente para contener á una muchedumbre tan numerosa como la que se había reunido la noche anterior en el Ostriano. Vinicio no sabía explicarse cómo podía la barca conducir aquella multitud siempre creciente y temía que todos iban á perecer; pero Licia le consolaba señalándole una luz que iluminaba el puerto, adonde se dirigían. Sobre la orilla apareció una figura hacia la cual hizo proa el apóstol. A medida que se iban aproximando, el cielo se serenaba, se amansaban las olas y la luz brillaba con más fuerza. Las personas reunidas en la barca cantaban armoniosos himnos, mientras la atmósfera se iba impregnando del perfume de los nardos. Las ondas formaban un hermoso iris, y sobre ellas flotaban rosas y lirios en gran profusión. Por fin, la barca atracó á la orilla, sana y salva. Licia, cogiéndole la mano, dijo: «Ven, quiero conducirte yo misma.» Y se encaminaron hacia la luz.

Vinicio se despertó otra vez; pero la impresión del sueño no se desvaneció en seguida, antes bien le dominó largo rato, sin dejarle volver á la realidad de la vida. Creyó encontrarse aún sobre el lago, en medio de una inmensa muchedumbre, entre la cual, sin saber por qué, buscaba á Petronio, extrañándole no verle por allí. La viva luz de las llamas del hogar, junto al cual no estaban ya los cristianos, le hizo volver en sí. Algunos trozos de olivo ardían bajo las cenizas; ramas de pino chirriaban alegremente, y al mismo tiempo iluminaban á Licia, sentada á poca distancia del lecho.

Su presencia conmovió profundamente al herido. Recordó que aquella débil muchacha había pasado la noche en el Ostriano y el día entero velándole; y ahora, cuando todos yacían sumidos en el sueño, ella sola estaba á su lado. Sus párpados bajos y todo su semblante denotaban su cansancio; Vinicio no podía distinguir si dormía ó si estaba absorta en profundas reflexiones. Contemplaba su perfil, sus manos abandonadas sobre el regazo, y á su espíritu pagano acudió por primera vez la idea de que, además de la belleza exterior, existía otro género de belleza, casta y pura, asilo de un alma noble.

No se decidía á llamar cristiana á esa belleza; y sin embargo, no podía figurarse á Licia sin esa religión que practicaba. Pensaba que si ella, después de retirarse los otros, velaba sola junto al lecho de aquel que tanto daño le causara, era únicamente porque su fe se lo imponía. Y este pensamiento le desagradaba, por más que la doctrina le llenase de admiración. Hubiera preferido tener la convicción de que Licia procedía de aquel modo por amor hacia él, por amor á sus ojos, á su cara, á toda su persona; hubiera querido verla impulsada por aquel afecto que sintieron cuantas griegas y romanas ciñeron á su cuello los blancos brazos. Pero al mismo tiempo comprendía que si Licia hubiera sido lo que las otras mujeres, no le hubiera satisfecho como le satisfacía viéndola completamente distinta.

Nuevas impresiones, hasta entonces no sentidas por él, despertaron en su espíritu, hasta el punto de admirarse de sí mismo.

Levantando los ojos, Licia observó que Vinicio fijaba los suyos en ella. Se acercó al lecho.

– ¡Estoy contigo!

– ¡En sueños he visto tu alma!, respondió el enfermo.

XXVI

A la mañana siguiente Vinicio se despertó algo débil, pero tranquilo y sin fiebre. Creyó que un ligero murmullo le había desvelado y miró en torno, no encontrando á Licia. Ursus, de rodillas delante del hogar, buscaba los carbones encendidos entre las cenizas; al encontrarlos se puso á soplar con toda la fuerza de sus pulmones. Vinicio, recordando cómo había matado á Crotón aquel hombre, lo contempló detenidamente, como conocedor de luchas y pugilatos, admirando aquellas espaldas ciclópeas y aquellos poderosos miembros.

«Gracias sean dadas á Mercurio que me defendió de sus garras, pensó Vinicio. ¡Por Pólux! Si todos los licios son como éste, mucho les queda aún que hacer á las legiones danubianas.»

Después le llamó:

– ¡Eh, tú, esclavo!

Ursus se volvió y le dijo sonriendo, casi en tono familiar:

– Dios te dé buen día y buena salud, señor; pero yo no soy esclavo, sino libre.

Estas palabras produjeron buena impresión en Vinicio, que quería hacer á Ursus algunas preguntas acerca de la patria de Licia, porque hablar con un hombre libre, aunque de inferior condición, era para su orgullo de romano y de patricio menos repugnante que conversar con un esclavo, al cual ni la ley ni la costumbre reconocían una naturaleza humana.

– ¿De modo que tú no perteneces á Aulo?

– No, señor; yo sirvo á Calina, como serví á su madre, por mi espontánea voluntad.

Hablando así, sopló otra vez el fuego, en el que había echado más leña. Después añadió:

– Entre nosotros no hay esclavos.

– ¿Dónde está Licia?

– Ha salido y yo estoy aquí para prepararte algún alimento. Ella veló toda la noche junto á tu lecho.

– ¿Y por qué no la has substituído algunas horas?

– No ha querido y yo debo obedecerla.

Sus ojos adquirieron una expresión de tristeza, y después de un instante prosiguió:

– Si no la hubiese obedecido, tú no vivirías á estas horas.

– ¿Te sabe mal no haberme matado?

– ¡Oh, no, señor; Cristo nos ordena no matar!

– Pero ¿Atacino y Crotón?

– No pude hacer menos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á los que iban á ahogarse, y la embarcación, por un milagro, se agrandaba, adquiriendo en breve tiempo capacidad suficiente para contener á una muchedumbre tan numerosa como la que se había reunido la noche anterior en el Ostriano. Vinicio no sabía explicarse cómo podía la barca conducir aquella multitud siempre creciente y temía que todos iban á perecer; pero Licia le consolaba señalándole una luz que iluminaba el puerto, adonde se dirigían. Sobre la orilla apareció una figura hacia la cual hizo proa el apóstol. A medida que se iban aproximando, el cielo se serenaba, se amansaban las olas y la luz brillaba con más fuerza. Las personas reunidas en la barca cantaban armoniosos himnos, mientras la atmósfera se iba impregnando del perfume de los nardos. Las ondas formaban un hermoso iris, y sobre ellas flotaban rosas y lirios en gran profusión. Por fin, la barca atracó á la orilla, sana y salva. Licia, cogiéndole la mano, dijo: «Ven, quiero conducirte yo misma.» Y se encaminaron hacia la luz.

Vinicio se despertó otra vez; pero la impresión del sueño no se desvaneció en seguida, antes bien le dominó largo rato, sin dejarle volver á la realidad de la vida. Creyó encontrarse aún sobre el lago, en medio de una inmensa muchedumbre, entre la cual, sin saber por qué, buscaba á Petronio, extrañándole no verle por allí. La viva luz de las llamas del hogar, junto al cual no estaban ya los cristianos, le hizo volver en sí. Algunos trozos de olivo ardían bajo las cenizas; ramas de pino chirriaban alegremente, y al mismo tiempo iluminaban á Licia, sentada á poca distancia del lecho.

Su presencia conmovió profundamente al herido. Recordó que aquella débil muchacha había pasado la noche en el Ostriano y el día entero velándole; y ahora, cuando todos yacían sumidos en el sueño, ella sola estaba á su lado. Sus párpados bajos y todo su semblante denotaban su cansancio; Vinicio no podía distinguir si dormía ó si estaba absorta en profundas reflexiones. Contemplaba su perfil, sus manos abandonadas sobre el regazo, y á su espíritu pagano acudió por primera vez la idea de que, además de la belleza exterior, existía otro género de belleza, casta y pura, asilo de un alma noble.

No se decidía á llamar cristiana á esa belleza; y sin embargo, no podía figurarse á Licia sin esa religión que practicaba. Pensaba que si ella, después de retirarse los otros, velaba sola junto al lecho de aquel que tanto daño le causara, era únicamente porque su fe se lo imponía. Y este pensamiento le desagradaba, por más que la doctrina le llenase de admiración. Hubiera preferido tener la convicción de que Licia procedía de aquel modo por amor hacia él, por amor á sus ojos, á su cara, á toda su persona; hubiera querido verla impulsada por aquel afecto que sintieron cuantas griegas y romanas ciñeron á su cuello los blancos brazos. Pero al mismo tiempo comprendía que si Licia hubiera sido lo que las otras mujeres, no le hubiera satisfecho como le satisfacía viéndola completamente distinta.

Nuevas impresiones, hasta entonces no sentidas por él, despertaron en su espíritu, hasta el punto de admirarse de sí mismo.

Levantando los ojos, Licia observó que Vinicio fijaba los suyos en ella. Se acercó al lecho.

– ¡Estoy contigo!

– ¡En sueños he visto tu alma!, respondió el enfermo.

XXVI

A la mañana siguiente Vinicio se despertó algo débil, pero tranquilo y sin fiebre. Creyó que un ligero murmullo le había desvelado y miró en torno, no encontrando á Licia. Ursus, de rodillas delante del hogar, buscaba los carbones encendidos entre las cenizas; al encontrarlos se puso á soplar con toda la fuerza de sus pulmones. Vinicio, recordando cómo había matado á Crotón aquel hombre, lo contempló detenidamente, como conocedor de luchas y pugilatos, admirando aquellas espaldas ciclópeas y aquellos poderosos miembros.

«Gracias sean dadas á Mercurio que me defendió de sus garras, pensó Vinicio. ¡Por Pólux! Si todos los licios son como éste, mucho les queda aún que hacer á las legiones danubianas.»

Después le llamó:

– ¡Eh, tú, esclavo!

Ursus se volvió y le dijo sonriendo, casi en tono familiar:

– Dios te dé buen día y buena salud, señor; pero yo no soy esclavo, sino libre.

Estas palabras produjeron buena impresión en Vinicio, que quería hacer á Ursus algunas preguntas acerca de la patria de Licia, porque hablar con un hombre libre, aunque de inferior condición, era para su orgullo de romano y de patricio menos repugnante que conversar con un esclavo, al cual ni la ley ni la costumbre reconocían una naturaleza humana.

– ¿De modo que tú no perteneces á Aulo?

– No, señor; yo sirvo á Calina, como serví á su madre, por mi espontánea voluntad.

Hablando así, sopló otra vez el fuego, en el que había echado más leña. Después añadió:

– Entre nosotros no hay esclavos.

– ¿Dónde está Licia?

– Ha salido y yo estoy aquí para prepararte algún alimento. Ella veló toda la noche junto á tu lecho.

– ¿Y por qué no la has substituído algunas horas?

– No ha querido y yo debo obedecerla.

Sus ojos adquirieron una expresión de tristeza, y después de un instante prosiguió:

– Si no la hubiese obedecido, tú no vivirías á estas horas.

– ¿Te sabe mal no haberme matado?

– ¡Oh, no, señor; Cristo nos ordena no matar!

– Pero ¿Atacino y Crotón?

– No pude hacer menos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y miró, afligido, sus manos que aún eran paganas, aunque su corazón se había abierto á la nueva doctrina. Puso una olla en el fuego y permaneció un rato contemplando la llama.

– ¡Tuya fué la culpa, señor!, terminó diciendo. ¿Por qué te atreviste á poner la mano sobre ella, sobre la hija de un rey?

El orgullo ofendido comenzó á agitarse en el pecho de Vinicio, al pensar que un plebeyo, un bárbaro, no sólo se atrevía á conversar con él familiarmente, sino á criticar sus actos. Le parecía que iban á continuar los acontecimientos extraños é inesperados del día anterior. Pero, sintiéndose débil é indefenso, procuró dominarse, contribuyendo á ello la curiosidad por conocer algo relativo al pasado de Licia. Tranquilizóse un poco y escuchó el relato de la guerra de los licios contra Vanio y los suevos. Ursus refería los hechos detalladamente, aunque poco tenía que añadir á lo que Aulo Plaucio solía narrar. Él no había tomado parte en la guerra; pero había conducido á los rehenes al campamento de Atelio Istero. Sabía sólo que los licios habían batido á los suevos y á los yasigos; pero que su jefe y rey había caído herido de muerte. Después recibieron la noticia de que los senones habían incendiado todos los bosques, hasta los límites de su país, por lo cual regresaron precipitadamente para vengar la ofensa sufrida; los rehenes quedaron con Atelio, que al principio les hizo tributar honores reales. Muerta la madre de Licia, el jefe romano no supo qué hacer de la niña. Ursus de buena gana hubiera huído con ella hacia la patria; pero los caminos estaban infestados de fieras y de tribus salvajes. A la vez divulgóse la noticia de que embajadores licios habían visitado á Pomponio, ofreciéndole un apoyo contra los marcomanos, y Atelio le mandó á Licia con Ursus. Pero llegados á su campamento, supieron que no había habido tales embajadas, permaneciendo, no obstante, á su lado y marchando con él á Roma, donde Pomponio, después de su entrada triunfal, entregó la hija del rey licio á Pomponia Grecina.

Aunque nada nuevo para Vinicio contenía este relato, lo escuchó con vivo interés, halagando su desmesurado orgullo la confirmación, por un servidor leal de la casa, de que Licia era de estirpe real. Como hija de rey, hubiera podido ocupar en la corte de César el mismo puesto que las hijas de los principales patricios romanos, tanto más cuanto que la nación de que fué rey su padre no había sido nunca enemiga de Roma. Los licios podían ser peligrosos para los romanos, pues según afirmaba Atelio Istero, disponían de mucha milicia. Ursus confirmaba también este hecho.

– Vivimos en las florestas, respondió á Vinicio, pero poseemos tanta tierra que nadie conoce los límites y está habitada por un pueblo numerosísimo. Allí tenemos ciudades construídas de madera, en donde reina la abundancia, porque nos apropiamos todo el botín de los senones, de los marcomanos, de los vándalos y de los quados. Ellos no se atreven á asaltarnos; pero cuando el viento les favorece, incendian nuestros bosques. Nosotros no les tememos, como no tememos al emperador romano.

– Los dioses concedieron á Roma el señorío sobre toda la tierra, observó Vinicio severamente.

– Los dioses son espíritus malvados, respondió Ursus con sencillez; donde no hay romanos, no existe tampoco su señorío.

Después, contemplando el fuego, continuó:

– Cuando César llamó á Calina al palacio y temí que le ocurriese cualquiera desgracia, sentí la necesidad de volver á nuestros bosques y reunir un número de licios para socorrer á la hija de nuestro rey. Y los licios hubieran marchado hacia el Danubio, porque, aunque paganos, son muy valientes. Allí hubiera llevado también la alegre nueva. Pero apenas vuelva Calina al lado de Pomponia, le pediré de rodillas que me permita ir á difundirla. ¡Cristo nació tan distante de nuestro país!.. Si hubiese venido al mundo en nuestros bosques, seguramente no le hubiéramos atormentado y muerto. Hubiéramos velado al Niño Dios y no le hubiera faltado nada: todo el botín de los marcomanos y de los suevos hubiera sido suyo.

Durante este soliloquio, había colocado sobre el fuego el alimento destinado á Vinicio. Luego calló; probablemente tenía el pensamiento lejos, muy lejos, en las florestas licias, entre su gente. Despertó á la realidad cuando el caldo empezó á hervir. Lo vertió en una especie de plato, y dejándolo enfriar, dijo:

– Glauco recomendó que no movieras, á ser posible, ni el brazo sano; por esto Calina me ha ordenado que yo mismo te dé la comida.

¡Licia lo había ordenado! No era cosa de oponerse, ni se le ocurrió á Vinicio, como si la orden hubiera partido de la hija de César ó de cualquiera divinidad. No replicó una palabra y dejó que Ursus, arrodillado junto á su lecho, vertiese el líquido del plato en una escudilla y se la acercase á los labios. Cumplía su cometido con tanta bondad y tanta delicadeza, que Vinicio no daba crédito á sus propios ojos. ¿Cómo era posible reconocer en él al terrible titán que la noche antes había destrozado á Crotón, al que después le había cogido á él por el cuello con la violencia de un huracán y que, á no ser por Licia, le hubiera aplastado como una hormiga? Por primera vez en su vida, el joven patricio se cuidaba de averiguar qué era lo que podía encerrarse en el pecho de un hombre sencillo, de un bárbaro, de un siervo.

El éxito no correspondía á la buena voluntad de Ursus. La escudilla desaparecía completamente entre sus manos hercúleas y el enfermo no sabía dónde poner los labios. Después de algunas tentativas inútiles, Ursus, azorado, exclamó:

– ¡Me sería más fácil librar á un bisonte de su lazo!

El azoramiento de Ursus divertía á Vinicio, pero aún le interesó más esta última observación del licio.

– ¿Has probado coger á esas bestias por los cuernos?, preguntó admirado.

– Durante los primeros veinte años de mi vida tuve miedo, respondió Ursus; pero después me acostumbré.

Y como le fuese cada vez más difícil dar á Vinicio la bebida:

– Voy á rogar á Miriam y á Nazario que me ayuden, añadió.

En aquel instante, entre los pliegues de la cortina, apareció el pálido rostro de Licia.

– ¡Aquí estoy yo!, dijo.

No tardó en salir del *cubiculum*. Vinicio, que al ver á la joven sintió viva emoción, no quería que renunciase al reposo. Pero Licia replicó con dulzura:

– Es verdad; me disponía á descansar y me retiraré en cuanto haya suplido á Ursus en esa tarea.

Cogió la escudilla é hizo tomar su contenido al enfermo, que estaba pálido de emoción y alegre al mismo tiempo. Reconocía que existía para él un ser querido y precioso, sin el cual el mundo no tenía ningún valor.

Primero la había deseado, ahora empezaba á amarla de corazón; antes, como todos sus compañeros de placeres, no era más que un egoísta ciego y absoluto, incapaz de pensar en otro que no fuera él mismo; ahora su corazón se ocupaba de otra criatura.

No quiso tomar nada más, y aunque se consideraba inmensamente feliz al lado de Licia, le dijo, sin embargo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– ¡Basta! ¡Ve á descansar, divina!

– No me hables así, respondió Licia; yo no debo oir semejantes palabras.

Con dulce sonrisa le aseguró que ya no tenía sueño, que se sentía repuesta del cansancio y que permanecería junto á él hasta la llegada de Glauco.

El enfermo escuchaba esas palabras como si hubieran sido música divina. Su corazón se iba llenando de entusiasmo y de gratitud siempre crecientes.

– ¡Licia!, dijo después de un rato de silencio, yo no te conocía; ahora comprendo que había equivocado el camino para llegar hasta ti. Sinceramente te digo: vuelve á casa de Pomponia y ten la seguridad de que nadie se atreverá á tocarte de hoy en adelante.

De improviso se dibujó en el rostro de Licia una expresión de tristeza.

– Estaría contentísima si me fuera posible ver á Pomponia, aunque fuera desde lejos; pero ahora no puedo volver á su lado.

– ¿Por qué?, preguntó sorprendido Vinicio.

– Nosotros los cristianos sabemos por medio de Acté cuanto ocurre en el Palatino. ¿No has oído decir que César, después de mi fuga y antes de su salida para Nápoles, mandó llamar á Pomponia y á Aulo, y creyendo que ellos me habían ayudado, les amenazó con su cólera? Por fortuna, pudo Plaucio decirle: «Ya sabes, señor, que nunca una mentira contaminó mis labios; te juro que nosotros no le hemos facilitado la fuga, y de lo que pueda haberle ocurrido sabemos tanto como tú.» César creyó y olvidó el asunto. Por consejo de los ancianos no escribí á Pomponia dónde me hallaba; así es que ella puede jurar tranquilamente que no sabe nada acerca de mí. Tú no comprenderás esto, Vinicio; pero la mentira no está permitida nunca, ni aun tratándose de defender la vida. Así nos lo ordena nuestra religión. Por esto, desde que abandoné su casa no he vuelto á ver á mi madre adoptiva. De vez en cuando sabe indirectamente que vivo y estoy libre de todo peligro.

Tales recuerdos afligieron el corazón de Licia y las lágrimas humedecieron sus ojos. Pero al poco rato, dominando su dolor, continuó:

– Sé también que Pomponia desearía tenerme á su lado, pero nosotros tenemos consuelos que los demás desconocen.

– Sí, respondió Vinicio, Cristo es vuestra confortación; pero yo no comprendo nada de esto.

– Fíjate un poco. Para nosotros no existen sufrimientos, desmayos, ni dolores; éstos, á veces, se cambian en goces. Y la misma muerte, que para vosotros significa el fin de la vida, es para nosotros el principio, el cambio de una felicidad incierta y pasajera por otra más pura y eterna. Medita el precioso tesoro que encierra una religión que nos ordena amar á nuestros enemigos, que prohibe la mentira, purifica el alma del odio y promete una felicidad infinita después de la muerte.

– Oí esta doctrina en el Ostriano y he visto cómo os habéis portado conmigo y con Quilón; vuestros actos me parecen un sueño, y dudo de mis ojos y de mis oídos. Pero responde á una pregunta: ¿eres feliz?

– Sí, lo soy, respondió Licia; el que reconoce á Cristo no puede dejar de serlo.

Vinicio la miró con expresión de sorpresa, como demostrando que todo lo que había oído superaba á todas sus expectativas.

– ¿Y no desearías volver al lado de Pomponia?

– Lo deseo con toda mi alma, y cuando Dios quiera volveré á verla.

– Por esto te digo que vuelvas y te juro que no pondré la mano sobre ti.

Licia, después de reflexionar un instante, dijo:

– No, no debo exponer á ningún peligro á los que quiero. César no ve con buenos ojos la casa de Plaucio. Si yo volviera allí, este hecho sería el tema de todas las conversaciones en una ciudad donde los esclavos publican todas las noticias. Nerón llegaría á saberlo; Aulo y Pomponia serían castigados..., siendo el menor castigo el sacarme otra vez de su casa.

– ¡Es verdad! Así procedería, aunque no fuese más que para demostrar que nadie se opone á su voluntad impunemente. Ha olvidado, de seguro, que fuí yo y no él quien sufrió la pérdida. Pero tal vez te reclamara á Pomponia y Aulo para que me fueras entregada, y yo te restituiría á tus padres adoptivos.

– ¡Vinicio!, ¿querrías verme otra vez en el Palatino?, preguntó Licia.

– ¡No! ¡Tienes razón! Estoy loco... ¡No, no!

Un espantoso abismo se abría ante sus ojos. Era un patricio, un tribuno, un poderoso de la tierra; pero sobre todas las altas personalidades del mundo á que pertenecía reinaba un demente, cuyos caprichos y maldades no podían preverse. No contar con Nerón, no temerle, sólo era posible á los cristianos, á gentes para quienes la tierra, con sus separaciones, sus dolores, y sus lágrimas no era nada, y nada era la muerte. ¡Todos los demás debían temblar ante él! Vinicio, con los ojos de la mente, penetró en el abismo de corrupción de su tiempo, examinando su fondo y la inmensa extensión de su perversidad.

No podía devolver á Licia á Pomponia y Aulo, por temor de que el monstruo se acordase de ella y desatara su furor contra la joven cristiana. Vinicio empezaba á comprender que si el mundo no sufría una transformación, la vida se haría imposible, y entendía también lo que hasta entonces le había resultado obscuro, esto es, que en aquellos tiempos sólo los cristianos podían ser felices.

Más que nada le atormentaba la idea de que él había sido causa de todas las complicaciones en su propia existencia y en la de Licia, hasta el punto de parecerle muy difícil llegar á un término satisfactorio. Bajo la influencia de este pensamiento, se le ocurrieron algunas consideraciones y recuerdos, que expuso á Licia en esta forma:

– ¿Sabes tú que eres más feliz que yo? Tú vives en la indigencia, en esta pobre habitación, entre gente sencilla; tienes tu religión, tu Cristo; yo, en cambio, te tengo á ti sola, y cuando tú me faltabas yo no era más que un mendigo sin pan y sin hogar. ¡Te quiero más que al mundo entero! Yo te busqué, porque sin ti, para mí no había vida, reposo ni alegría. Si no me hubiese sostenido la esperanza de encontrarte, me hubiera atravesado el pecho con mi espada. Pero yo tengo miedo de la muerte, porque muerto ya no te veré más. Al jurarte que no puedo vivir sin ti, te digo la verdad. ¿Recuerdas nuestro coloquio en casa de Aulo? Tú dibujaste un pez sobre la arena, pero yo no conocía su significado. ¿Recuerdas cuando jugamos á los balones? Ya entonces te amaba más que á mi vida y tú lo adivinaste. Pero Aulo vino á interrumpir nuestra conversación. Al despedirse, dijo Pomponia á Petronio que creía en un solo Dios omnipotente y justo; pero estábamos muy lejos de pensar que su Dios y el tuyo fuese Cristo. Ruégale que me conceda la dicha de que seas mía y le amaré, aunque me parezca que sólo es el Dios de los esclavos, de los mendigos y de los extranjeros. ¡Estás junto á mí y no piensas más que en Él! Piensa en mí también, de lo contrario me obligarás á odiarle. Para mí tú eres la única divinidad. ¡Benditos sean tus padres y bendita la tierra que te vió nacer! ¡Yo quisiera abrazar tus rodillas, tributarte homenaje y ofrecerte sacrificios, oh tres veces divina! ¡No sabes, no puedes saber cuánto te amo!

Puso una mano sobre su pálida frente y cerró los ojos. Vinicio desconocía todo límite, así en el amor como en la ira; hablaba con la viveza de un hombre

que, no sabiendo dominarse, no puede medir sus palabras ni sus sentimientos; pero hablaba con sencillez y según le iba dictando el corazón. Se veía que el dolor, el éxtasis, el deseo y el respeto acumulados en su alma habían roto el dique á modo de torrente impetuoso. A Licia aquellas frases le producían el efecto de blasfemias, latiéndole el corazón con inusitada violencia, sin poder reprimir un vivo sentimiento de piedad por él y por sus penas. El respeto con que él le dirigía la palabra no podía menos de conmoverla; se veía amada, adorada; comprendía que aquel hombre violento y fiero le pertenecía en alma y cuerpo, como un esclavo, y la conciencia de tal sumisión y de su poder la llenaba de júbilo. En aquel momento todos los recuerdos se agolparon á su mente. Veía al espléndido Vinicio de otros días, hermoso como un dios pagano; él, que le había hablado apasionadamente en casa de Aulo, y que antes que nadie había despertado su corazoncito virginal á la vida del amor; él, de cuyos brazos ardientes fué arrancada por Ursus aquella noche en el Palatino, como si se hubiese tratado de salvarla de las llamas. En cambio ahora, con la expresión de dolor pintada en su rostro, con su frente pálida y su mirada suplicante, herido, abatido, amante tímido y respetuoso, se le aparecía como lo había deseado, como se lo había imaginado, queriéndole y adorándole más que en aquellos días. Comprendió, no obstante, que podía llegar un momento en que su amor, invadiéndola, la envolviese toda como en una turbonada. Y otra vez sintió la impresión de hallarse al borde de un abismo. ¿Para esto había abandonado la casa de Aulo? ¿Para esto se había salvado con la fuga? ¿Para esto había permanecido oculta largo tiempo en un miserable extremo de la ciudad? ¿Quién era ese Vinicio? Un cortesano de Nerón, un militar, y peor aún, compartía la vida disoluta y las locuras de César. Aquel inolvidable banquete lo demostraba suficientemente. Frecuentaba con los demás los templos y ofrecía sacrificios á dioses despreciables, á los cuales, sin creer en ellos, tributaba públicos honores. Además había tratado de hacerla su esclava y concubina, de arrastrarla hacia aquel horrible mundo de corrupción, de delitos y de deshonra, que había de atraer sobre sí la cólera divina.

Ahora parecía cambiado; aun cuando había manifestado que si Licia pensaba en Cristo más que en él, odiaría á Cristo. Y á Licia la sola idea de otro amor que no fuese el de Cristo le parecía un pecado contra Él y contra su doctrina.

Durante esta lucha interna se presentó Glauco para informarse del estado de su enfermo.

La ira y la impaciencia se dibujaron en el rostro de Vinicio, viendo interrumpido su coloquio con Licia. A las preguntas de Glauco respondió casi con desdén, reprimiendo con trabajo su ira. Si Licia se abandonó á la esperanza, si creyó que las palabras oídas en el Ostriano habían modificado el carácter impetuoso de Vinicio, no tardó en llevarse un amargo desengaño. Había cambiado con respecto á ella solamente. Para los demás conservaba el mismo corazón áspero y egoísta, un corazón no sólo incapaz de sentimientos nobles, sino de la gratitud más rudimentaria.

Licia se alejó triste y apesadumbrada. Hasta aquel momento, en sus oraciones había ofrecido á Dios un corazón puro y sincero. En el cáliz de la flor había penetrado un insecto venenoso, que había empezado su obra destructora. Ni el sueño tuvo piedad de ella, por más que no había pegado los ojos durante dos noches. Cayó por fin en un ligero sopor y se presentó á su imaginación el Ostriano, donde Nerón, á la cabeza de un regimiento de cortesanos, bacantes, acróbatas y gladiadores, pasaba en un carro adornado de rosas, aplastando á una turba de cristianos: Vinicio la cogía fuertemente por los brazos, la arrastraba hacia la cuadriga, y estrechándola contra el pecho, murmuraba: «¡Ven con nosotros!»

XXVII

Desde aquel momento Licia se presentó con menos frecuencia en aquella habitación, siendo más breves sus visitas al enfermo. A pesar de esto, su corazón no recobraba la paz. Observaba la mirada suplicante con que Vinicio la contemplaba esperando una palabra suya con ansia inefable; veía que él sufría; pero no se atrevía á lamentarse por temor de que ella se alejase aún más; comprendía que su curación, en gran parte, dependía de ella. Su corazón se enternecía, y pronto se convenció de que cuanto más quería evitarlos, tanto más crecían su interés y piedad por Vinicio. A veces consideraba como deber sacrosanto permanecer junto á él, porque su doctrina le ordenaba devolver bien por mal y para convertirle á su fe. Mas su conciencia le reprobaba el que se expusiera á la tentación, ya que tales pensamientos se los inspiraban el amor y la fascinación que sobre ella ejercía el joven tribuno. Así vivía en una lucha continua y cada vez más áspera. Le parecía con frecuencia que se hallaba presa en una red, en la cual, merced al esfuerzo que hacía por salir, quedaba siempre más envuelta. No podía ocultarse que la voz de aquel hombre le era cada vez más grata, su vista más indispensable y que ejercía presión sobre sí misma para vencer el deseo de estar constantemente á su lado. Cuando, al acercarse á Vinicio, en el rostro de éste se reflejaba su ardiente amor, el corazón de Licia palpitaba de contento. Un día, al notar sobre sus mejillas huellas de llanto, sintió por primera vez el deseo de enjugárselo con sus besos. Asustada de la audacia de tal pensamiento, pasó la noche entera llorando amargamente.

Vinicio, entretanto, daba muestras de una paciencia ejemplar. Si alguna vez sus ojos relampagueaban de ira, procuraba dominarse en el acto y miraba en torno atemorizado, como pidiendo perdón á Licia. Esto la conmovía más que otra demostración cualquiera; no se creía jamás amada con tanto fuego como en aquellos instantes, dulces y pecaminosos á un tiempo. En Vinicio se había operado una transformación real; en sus conversaciones con Glauco podía observarse menos orgullo, y empezaba á comprender que también aquel pobre esclavo y médico, la viuda Miriam, que le velaba con tanta solicitud, y Crispo, que estaba absorto en perpetua oración, eran personas como las demás, y aun cuando el hecho le sorprendiese, se veía obligado á reconocerlo como una verdad. Por Ursus había sentido desde el primer momento una gran simpatía, así es que pasaba días enteros conversando con él; con él, al menos, podía hablar de Licia. El gigante no agotaba el tema de sus narraciones y sintió también desde el principio afectuosa inclinación hacia el enfermo. Licia, á los ojos de Vinicio, había sido siempre una criatura superior, cien veces superior á todos los que la rodeaban, no dejando por eso de prestar atención á aquella gente humilde y sencilla, cosa que no se le había ocurrido hasta entonces, descubriendo en ella rasgos interesantes y característicos que antes no pudo sospechar siquiera.

que, no sabiendo dominarse, no puede medir sus palabras ni sus sentimientos; pero hablaba con sencillez y según le iba dictando el corazón. Se veía que el dolor, el éxtasis, el deseo y el respeto acumulados en su alma habían roto el dique á modo de torrente impetuoso. A Licia aquellas frases le producían el efecto de blasfemias, latiéndole el corazón con inusitada violencia, sin poder reprimir un vivo sentimiento de piedad por él y por sus penas. El respeto con que él le dirigía la palabra no podía menos de conmoverla; se veía amada, adorada; comprendía que aquel hombre violento y fiero le pertenecía en alma y cuerpo, como un esclavo, y la conciencia de tal sumisión y de su poder la llenaba de júbilo. En aquel momento todos los recuerdos se agolparon á su mente. Veía al espléndido Vinicio de otros días, hermoso como un dios pagano; él, que le había hablado apasionadamente en casa de Aulo, y que antes que nadie había despertado su corazoncito virginal á la vida del amor; él, de cuyos brazos ardientes fué arrancada por Ursus aquella noche en el Palatino, como si se hubiese tratado de salvarla de las llamas. En cambio ahora, con la expresión de dolor pintada en su rostro, con su frente pálida y su mirada suplicante, herido, abatido, amante tímido y respetuoso, se le aparecía como lo había deseado, como se lo había imaginado, queriéndole y adorándole más que en aquellos días. Comprendió, no obstante, que podía llegar un momento en que su amor, invadiéndola, la envolviese toda como en una turbonada. Y otra vez sintió la impresión de hallarse al borde de un abismo. ¿Para esto había abandonado la casa de Aulo? ¿Para esto se había salvado con la fuga? ¿Para esto había permanecido oculta largo tiempo en un miserable extremo de la ciudad? ¿Quién era ese Vinicio? Un cortesano de Nerón, un militar, y peor aún, compartía la vida disoluta y las locuras de César. Aquel inolvidable banquete lo demostraba suficientemente. Frecuentaba con los demás los templos y ofrecía sacrificios á dioses despreciables, á los cuales, sin creer en ellos, tributaba públicos honores. Además había tratado de hacerla su esclava y concubina, de arrastrarla hacia aquel horrible mundo de corrupción, de delitos y de deshonra, que había de atraer sobre sí la cólera divina.

Ahora parecía cambiado; aun cuando había manifestado que si Licia pensaba en Cristo más que en él, odiaría á Cristo. Y á Licia la sola idea de otro amor que no fuese el de Cristo le parecía un pecado contra Él y contra su doctrina.

Durante esta lucha interna se presentó Glauco para informarse del estado de su enfermo.

La ira y la impaciencia se dibujaron en el rostro de Vinicio, viendo interrumpido su coloquio con Licia. A las preguntas de Glauco respondió casi con desdén, reprimiendo con trabajo su ira. Si Licia se abandonó á la esperanza, si creyó que las palabras oídas en el Ostriano habían modificado el carácter impetuoso de Vinicio, no tardó en llevarse un amargo desengaño. Había cambiado con respecto á ella solamente. Para los demás conservaba el mismo corazón áspero y egoísta, un corazón no sólo incapaz de sentimientos nobles, sino de la gratitud más rudimentaria.

Licia se alejó triste y apesadumbrada. Hasta aquel momento, en sus oraciones había ofrecido á Dios un corazón puro y sincero. En el cáliz de la flor había penetrado un insecto venenoso, que había empezado su obra destructora. Ni el sueño tuvo piedad de ella, por más que no había pegado los ojos durante dos noches. Cayó por fin en un ligero sopor y se presentó á su imaginación el Ostriano, donde Nerón, á la cabeza de un regimiento de cortesanos, bacantes, acróbatas y gladiadores, pasaba en un carro adornado de rosas, aplastando á una turba de cristianos: Vinicio la cogía fuertemente por los brazos, la arrastraba hacia la cuadriga, y estrechándola contra el pecho, murmuraba: «¡Ven con nosotros!»

XXVII

Desde aquel momento Licia se presentó con menos frecuencia en aquella habitación, siendo más breves sus visitas al enfermo. A pesar de esto, su corazón no recobraba la paz. Observaba la mirada suplicante con que Vinicio la contemplaba esperando una palabra suya con ansia inefable; veía que él sufría; pero no se atrevía á lamentarse por temor de que ella se alejase aún más; comprendía que su curación, en gran parte, dependía de ella. Su corazón se enternecía, y pronto se convenció de que cuanto más quería evitarlos, tanto más crecían su interés y piedad por Vinicio. A veces consideraba como deber sacrosanto permanecer junto á él, porque su doctrina le ordenaba devolver bien por mal y para convertirle á su fe. Mas su conciencia le reprobaba el que se expusiera á la tentación, ya que tales pensamientos se los inspiraban el amor y la fascinación que sobre ella ejercía el joven tribuno. Así vivía en una lucha continua y cada vez más áspera. Le parecía con frecuencia que se hallaba presa en una red, en la cual, merced al esfuerzo que hacía por salir, quedaba siempre más envuelta. No podía ocultarse que la voz de aquel hombre le era cada vez más grata, su vista más indispensable y que ejercía presión sobre sí misma para vencer el deseo de estar constantemente á su lado. Cuando, al acercarse á Vinicio, en el rostro de éste se reflejaba su ardiente amor, el corazón de Licia palpitaba de contento. Un día, al notar sobre sus mejillas huellas de llanto, sintió por primera vez el deseo de enjugárselo con sus besos. Asustada de la audacia de tal pensamiento, pasó la noche entera llorando amargamente.

Vinicio, entretanto, daba muestras de una paciencia ejemplar. Si alguna vez sus ojos relampagueaban de ira, procuraba dominarse en el acto y miraba en torno atemorizado, como pidiendo perdón á Licia. Esto la conmovía más que otra demostración cualquiera; no se creía jamás amada con tanto fuego como en aquellos instantes, dulces y pecaminosos á un tiempo. En Vinicio se había operado una transformación real; en sus conversaciones con Glauco podía observarse menos orgullo, y empezaba á comprender que también aquel pobre esclavo y médico, la viuda Miriam, que le velaba con tanta solicitud, y Crispo, que estaba absorto en perpetua oración, eran personas como las demás, y aun cuando el hecho le sorprendiese, se veía obligado á reconocerlo como una verdad. Por Ursus había sentido desde el primer momento una gran simpatía, así es que pasaba días enteros conversando con él; con él, al menos, podía hablar de Licia. El gigante no agotaba el tema de sus narraciones y sintió también desde el principio afectuosa inclinación hacia el enfermo. Licia, á los ojos de Vinicio, había sido siempre una criatura superior, cien veces superior á todos los que la rodeaban, no dejando por eso de prestar atención á aquella gente humilde y sencilla, cosa que no se le había ocurrido hasta entonces, descubriendo en ella rasgos interesantes y característicos que antes no pudo sospechar siquiera.

Nazario, en cambio, le resultaba insoportable, suponiendo que aquel muchacho se había atrevido á enamorarse de Licia.

Disimuló su antipatía durante largo tiempo; pero un día en que Nazario ofreció á Licia dos codornices, compradas por él mismo con el dinero que había ganado, renació en Vinicio el altivo descendiente de los Quirites, á cuyos ojos aquel pobre extranjero no era más que un insecto miserable. Oyendo que Licia le daba las gracias, se anubló su frente, y apenas hubo salido Nazario para dar de beber á las aves, dijo á Licia:

– ¿Cómo toleras que te haga regalos? ¿No sabes que los griegos llaman á los naturales de tu país *perros hebreos?*

– Ignoro cómo los llaman los griegos. Conozco á Nazario como cristiano y hermano mío.

Le miró con tristeza y sorpresa, cual si no reconociera al nuevo Vinicio. Él apretaba los dientes para no confesar que hubiera querido apalear á semejante hermano, ó mejor aún, sepultarlo en sus tierras de Sicilia, como un galeote, como un esclavo obligado á trabajar con la cadena al pie. Pero tratando de vencerse y de refrenar su cólera, dijo:

– ¡Perdóname, Licia! Para mí tú eres la hija de un rey y la pupila de Plaucio.

Y para congraciarse con ella, cuando regresó Nazario, le prometió que en cuanto volviese á su casa le regalaría un par de pavos, de los que tenía gran abundancia.

Licia veía cuán difícil debía serle obtener tal victoria sobre sí mismo. Pero cuanto más numerosas eran esas victorias, más amor le iba cobrando. En aquella ocasión su mérito no era tan grande como ella suponía. Vinicio podía sentir un momento de ira contra Nazario, pero no estar celoso de él; pues, según su modo de juzgar las cosas, el hijo de Miriam no valía mucho más que un perro, y era, por otra parte, un chiquillo, por lo cual, si amaba á Licia, no podía ser el suyo más que un amor inconsciente. Más trabajo le costaba al joven tribuno, si bien no hablaba de ello, acostumbrarse á venerar la religión y el nombre de Cristo. Bajo este aspecto, sorprendentes fenómenos se producían en su espíritu. Por la sola razón de ser la que profesaba Licia, aquella religión era buena y se sentía dispuesto á seguirla. A medida que iba avanzando en su curación, se presentaban á su mente con más frecuencia todos los acontecimientos que siguieron á la noche del Ostriano, toda la serie de ideas nuevas que se habían amontonado en su espíritu. Le sorprendía el poder extraordinario de aquella fe que transformaba radicalmente las almas. Comprendía que debía haber algo extraño, algo nuevo, y que si aquella religión del amor había de conquistar el mundo, vendría una época que recordase el tiempo de Saturno.

No se atrevía á dudar de la naturaleza divina de Cristo, de su resurrección, ni de otros milagros. Los testigos oculares eran demasiado dignos de fe, odiaban demasiado la mentira, para que pudiese suponerse que narraban hechos falsos. El escepticismo romano atacaba á los dioses, pero no los milagros. Vinicio tenía delante de sí un acertijo, cuya solución no adivinaba. Por otra parte, aquella religión se oponía abiertamente al estado de cosas dominante, y era poco práctica y desmesuradamente insensata. Según su opinión, los hombres en Roma y en el mundo entero podían ser malvados, pero el orden de las cosas era bueno. Si Nerón, por ejemplo, hubiese sido un hombre de bien y el Senado una reunión de ciudadanos como Tráseas en vez de un conjunto de viciosos, ¿qué más hubiera podido desearse? La paz y el dominio de Roma eran buenos, la distinción entre las clases sociales indispensable y justa. Aquella religión, por lo que veía, trataba de destruir todo el orden, toda soberanía, toda desigualdad. ¿Qué sería entonces de la supremacía romana? ¿Podían los romanos abstenerse de dominar? ¿Podían reconocer como compañeros á una turba de vencidos? Un patricio no podía concebir semejantes ideas; además aquella fe era contraria á sus creencias personales y á sus costumbres, á su carácter y á las enseñanzas que había recibido. Le parecía imposible poder vivir aceptando aquella doctrina; la admiraba y la temía al mismo tiempo, pero su naturaleza la rechazaba. Sabía que el cristianismo le separaba de Licia, y este era motivo suficiente para odiarlo de corazón.

A pesar de todo, estaba persuadido de que era aquella fe la que adornaba á Licia de una belleza inefable y distinguida, que suscitaba en él, además del amor el respeto, además del deseo la veneración, y entonces se sentía de nuevo invadido por el anhelo de amar á Cristo: creía que debía amarle ú odiarle, siendo imposible permanecer indiferente; parecía que le empujaban dos corrientes opuestas. Permanecía absorto en largas y profundas reflexiones, sin decidirse, pero bajaba la cabeza ante aquel Dios para él incomprensible, tributándole homenaje de respeto por la sencilla razón de que era el Dios de Licia.

La joven adivinaba sus pensamientos. Veía cómo luchaba y cómo su naturaleza se rebelaba contra aquella fe; y aunque esto forzosamente había de afligirla, le cautivaba el corazón, moviéndole á piedad y gratitud la muda veneración que tributaba á Cristo. Aulo y Pomponia acudían á su memoria. La idea de perder á Aulo más allá de la tumba era para la amante esposa inagotable fuente de tormentos, y Licia podía comprender entonces la razón de sus lágrimas. ¡Había también encontrado un ser querido, que perdería quizás eternamente!

Algunas veces se sentía animada de la esperanza de convertir el alma del joven á la doctrina de Cristo. Pero estas ilusiones duraban poco; le conocía demasiado bien. ¡Vinicio cristiano! Esta idea no podía hallar acogida en su cerebro. Si el morigerado Aulo, bajo la influencia de la sabia y prudente Pomponia Grecina, no se había hecho cristiano, ¿cómo era posible que se convirtiese Vinicio? No había respuesta que dar á esa pregunta, ó una sola podía darse: que eran vanos toda esperanza y todo intento de salvación.

Reconoció con terror que la tremenda condenación que le esperaba, en vez de alejarlo de su corazón, aumentaba su afecto y piedad por él. En ciertos momentos se sentía impulsada á hablarle del horrible porvenir que le aguardaba.

Pero un día, mientras sentada junto á su lecho le explicaba cómo no podía haber vida sin la verdad cristiana, él, más fortalecido y aliviado, apoyándose sobre su brazo sano y poniendo la cabeza sobre el seno de Licia, exclamó:

– ¡Mi vida eres tú!

La joven se sintió desfallecer, un escalofrío de sensualidad recorrió todo su cuerpo, y cogiendo entre sus manos la cabeza del enfermo, trató de apartarla de su pecho. Al inclinarse, sus labios rozaron los cabellos del joven. Por un instante pareció que ambos quedaban arrobados en un éxtasis de felicidad.

Por último, con el rostro encendido y el corazón palpitante, Licia salió precipitadamente de la estancia. Fué aquella la gota que hizo rebasar el cáliz. No sospechaba Vinicio cuán caro debía pagar aquel instante de felicidad; Licia, en cambio, comprendió que le era preciso ponerse en salvo.

Entre lágrimas y preces pasó aquella noche insomne; pero á cada momento se juzgaba indigna de rogar y de esperar perdón. Por la mañana temprano salió del *cubiculum*, y suplicando á Crispo que la siguiera, se dirigió hacia la caseta del jardín, oculta entre las parras y la hiedra. Allí le abrió su corazón y le rogó que la sacara de la casa de Miriam, porque sentía no poder refrenar su amor por Vinicio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Crispo, viejo que vivía en éxtasis perpetuo, aprobó su determinación de abandonar la casa de Miriam, sin encontrar una palabra de excusa para un amor tan pecaminoso, según su modo de ver. La sola idea de que Licia, por él custodiada, amada y fortificada en la fe desde el día de su fuga y por él considerada como un lirio puro, florecido en el jardín de la religión cristiana, pudiese haber pensado en un amor terreno, le llenaba de indignación. Había creído que ningún otro corazón sobre la tierra palpitaba de amor divino con tanta sinceridad y fuerza. Esperaba conservarla, educarla como la perla, la joya más preciada, la fruta escogida, cuidada con todos sus afanes. El desengaño le amargaba más que cuanto pudiera decirse.

– Vete, le dijo con austeridad, y ruega á Dios que te perdone tus culpas. Huye del espíritu maligno que te envuelve en sus espirales y que quiere llevarte á la perdición. Dios murió para redimir tu alma con su sangre; tú, en cambio, prefieres amar al que intentaba deshonrarte. Dios te ha salvado por un milagro; pero tú has abierto tu corazón á la impureza, amando al hijo de las tinieblas. ¿Y quién es él? El amigo y el siervo del Anticristo, su compañero de orgías y disolución. ¿Adónde te conducirá sino al precipicio, á la Sodoma donde él vive y que el Señor destruirá con las llamas de su cólera? Mejor sería que hubieses muerto ó que los muros de esta casa se hubiesen derrumbado sobre ti antes de que aquella serpiente hubiera penetrado en tu pecho para contaminarlo con su veneno.

Iba acalorándose más y más, porque la culpa de Licia no sólo le llenaba de ira, sino también de horror y desprecio hacia la naturaleza humana en general y hacia la mujer en particular, á la que ni la doctrina de Cristo servía para librarse de la debilidad de Eva. Para él no significaba nada que Licia se hubiese conservado pura y que quisiese alejarse de aquel amor, confesándoselo entre lágrimas. Crispo hubiera querido hacer de ella un ángel, elevarla á una altura donde no podía existir más que el amor de Cristo; pero ella amaba á un cortesano de César. ¡No, no! No podía perdonárselo. De sus labios brotaban palabras tremendas y amenazadoras, mientras extendía sus manos huesudas sobre la cabeza de la joven. Licia se reconocía culpable, pero no hasta aquel punto, pues creía que su fuga de la casa de Miriam significaría una victoria sobre las tentaciones y disminuiría su culpa. Crispo la echó por los suelos, demostrándole la miseria y la abyección de su alma; mientras ella esperaba piedad, consuelos y alientos del viejo presbítero, que desde el día de su fuga se había portado con ella como un padre.

– Ofrezco á Dios mis penas y mi desengaño, dijo Crispo; pero tú engañaste al Redentor, porque has entrado en una laguna cuyas exhalaciones pestíferas han atosigado tu alma. Tú hubieras podido entregarla á Cristo como un cáliz precioso, diciéndole: «¡Lleno de tu gracia, Señor!» Tú, en cambio, la ofreciste antes á un siervo del espíritu del mal. ¡Dios tenga piedad de ti y te perdone! Pero mientras tú no hayas aplastado á la serpiente, yo no puedo...

Calló de improviso, pues no se hallaban ya solos. A través de las hojas de la parra y de la verde hiedra vió á dos hombres, uno de los cuales era Pedro, el apóstol. No acertó á distinguir al otro, pues tenía el rostro oculto por un manto de tosco tejido, llamado cilicio. Crispo, al principio, lo tomó por Quilón.

Atraídos por la voz excitada de Crispo, se acercaron y tomaron asiento sobre un banco de piedra. El rostro del desconocido era delgado y seco; excepto dos mechones de pelo que le caían sobre las sienes, su cabeza aparecía totalmente calva. Tenía los párpados rojos, la nariz encorvada, y por la inspirada expresión de aquella fisonomía Crispo reconoció á Pablo de Tarso.

Licia cayó de rodillas, y abrazando en actitud de desesperación los pies de Pedro, escondió el rostro entre los pliegues de su manto.

Por un instante pareció que ambos quedaban arrobados en un éxtasis de felicidad

– ¡Paz á vuestras almas!, dijo el apóstol, que viendo á sus pies á la doncella, preguntó lo que había ocurrido.

Crispo se puso á relatar lo que Licia le había comunicado: su amor culpable y su deseo de abandonar la casa de Miriam, y habló también al anciano de su propio dolor, porque un alma que hubiera querido ofrecer á Dios pura como un lirio, se había contaminado con un amor terreno por un ser endurecido en el pecado, en el que dominaba el espíritu pagano y que debía atraer la venganza de Dios.

Mientras hablaba Crispo, Licia estaba abrazada á las rodillas del apóstol, como implorando piedad y misericordia.

Pedro, después de oirlo todo, puso su mano trémula sobre la cabeza de Licia y dijo, dirigiéndose á Crispo:

– ¿No sabes que nuestro divino Maestro fué á las bodas de Canaán y bendijo el amor entre marido y mujer?

Crispo, dejando caer los brazos, miró fijamente al apóstol, sin pronunciar palabra.

Pedro continuó en seguida:

– ¿Crees, ¡oh Crispo!, que el Salvador, que permitió á María Magdalena postrarse á sus pies y perdonó á la gran pecadora, rechazaría á esta virgen, pura como el lirio del valle?

Licia se abrazó más estrechamente á las rodillas del apóstol, viendo que no en vano había implorado piedad. Pedro le alzó el rostro, inundado de lágrimas, y dijo:

– Mientras los ojos de aquel que amas permanezcan cerrados á la luz de la verdad, evita su amor para que no te arrastre también hacia el mal; pero ruega por él y sabe que tu amor no es culpable. El deseo de huir de la tentación te será apreciado como un mérito. No te entristezcas, no llores, pues yo te digo que la gracia del Redentor no te ha abandonado y que tu oración será escuchada. Después del dolor vendrá para ti la alegría.

Diciendo estas palabras, puso ambas manos sobre la cabeza de Licia y la bendijo. Una bondad sobrehumana se reflejaba en su semblante.

Crispo, confuso, empezó á disculparse humildemente:

– He pecado contra la misericordia, dijo, pero yo creí que ella había renegado de Cristo con su amor terrenal.

– Yo renegué de Él tres veces, respondió Pedro, y sin embargo me perdonó y me confió la custodia de su grey.

– Pero Vinicio es un augustiano, replicó Crispo.

– Cristo convirtió corazones más endurecidos que el suyo, respondió el gran apóstol.

Pablo de Tarso, que hasta entonces había callado, poniéndose la mano sobre el corazón, dijo:

– Yo soy aquel que persiguió á los siervos de Cristo y los entregó á la muerte; yo soy aquel que mientras Esteban era apedreado guardaba los vestidos de los apedreadores; yo soy aquel que quería destruir la verdad en todos los países habitados, y sin embargo, el Señor me escogió para proclamarla por todos los ámbitos de la tierra. Lo hice en Judea, en Grecia, en las islas y en esta impía ciudad, adonde vine antes como prisionero. Y ahora por orden de Pedro, mi pastor, he entrado en esta casa para prosternar ante Cristo otra cabeza soberbia y para esparcir la semilla en aquel árido campo, á fin de que el Señor lo haga prosperar y conceda abundante cosecha.

Se levantó, y á los ojos de Crispo aquel hombre pequeño y deforme apareció como lo que era verdaderamente: un gigante destinado á remover el mundo en sus cimientos y á conquistar países y naciones.

XXVIII

«PETRONIO Á VINICIO

¡Ten piedad, *carissime!* ¡No imites en tus cartas á los lacedemonios ni á Julio César! Si como éste pudieras escribir: *Veni, vidi, vici,* comprendería tu laconismo. Pero, al contrario, tu carta se resume así: *veni, vidi, fugi!* Ya que tal resolución no se ajusta á tu carácter, ya que estás herido y te han ocurrido extrañas aventuras, tu carta necesita una explicación. No pude dar crédito á mis ojos cuando leí que el gigante licio había matado á Crotón con la misma facilidad con que un perro de Calcedonia hubiera matado un lobo en las gargantas de Ibernia. ¡Ese hombre vale todo el oro que pesa, y si quisiera, le sería muy fácil llegar á favorito de César. En cuanto regrese, quiero conocer á ese licio y hacer esculpir su estatua en bronce.

»*Enobarbo* casi reventará de curiosidad cuando le diga que existe el original. Verdaderamente, las figuras atléticas son cada vez más raras en Italia y en Grecia; es inútil hablar del Oriente. Los germanos son robustos, pero sus músculos no son muy fuertes y deben más á su estatura que á su fuerza. Infórmate por el licio de si él representa una excepción ó si en su país se encuentran muchos ejemplares que se le parezcan. Porque si algún día nos tocase á ti ó á mí dirigir los juegos públicos, convendría saber dónde pueden hallarse los luchadores más hábiles.

»Demos gracias á todos los dioses, que te sacaron vivo de aquellas manos. Esto habrá ocurrido merced á tu calidad de patricio y de hijo de un cónsul. Todo lo que sucede me deja estupefacto: el cementerio, donde te encontraste rodeado de cristianos, los mismos cristianos, su modo de proceder contigo, la fuga de Licia, y en fin, aquella inquietud y suma tristeza que transpira toda tu carta. Explícate, porque ésta contiene muchos puntos que me resultan obscuros, y si quieres que te diga la verdad, te confesaré que no comprendo ni á los cristianos, ni á Licia, ni á ti. No te sorprenda que el que no se ocupa en el mundo de otra cosa que de su persona, te pida tantas aclaraciones. En este asunto he puesto también mi trabajo, y por esto me interesa. Escríbeme pronto, porque no sé cuándo regresaremos. En la cabeza de *Enobarbo* los proyectos cambian lo mismo que en otoño la dirección de los vientos.

»Ahora, habiendo prorrogado su estancia en Benevento, desea partir para Grecia, todo antes que regresar á Roma. Tigelino, sin embargo, le aconseja que permanezca por algún tiempo en la capital, á fin de que el pueblo, que ardientemente le desea (lee: que desea juegos y pan), no se amotine. Por esto no puedo decirte qué rumbo tomarán las cosas. Si Acaya ha de vencer, no veremos el Egipto.

»Yo insistiré con todas mis fuerzas para hacerte venir; en tu estado de ánimo, los viajes y las distracciones serían, á mi modo de ver, un lenitivo y un remedio. Reflexiona si te conviene la tranquilidad de tus posesiones de Sicilia más que la permanencia en Roma. Explícate sinceramente y consérvate bueno. Esta vez no

– ¡Paz á vuestras almas!, dijo el apóstol, que viendo á sus pies á la doncella, preguntó lo que había ocurrido.

Crispo se puso á relatar lo que Licia le había comunicado: su amor culpable y su deseo de abandonar la casa de Miriam, y habló también al anciano de su propio dolor, porque un alma que hubiera querido ofrecer á Dios pura como un lirio, se había contaminado con un amor terreno por un ser endurecido en el pecado, en el que dominaba el espíritu pagano y que debía atraer la venganza de Dios.

Mientras hablaba Crispo, Licia estaba abrazada á las rodillas del apóstol, como implorando piedad y misericordia.

Pedro, después de oirlo todo, puso su mano trémula sobre la cabeza de Licia y dijo, dirigiéndose á Crispo:

– ¿No sabes que nuestro divino Maestro fué á las bodas de Canaán y bendijo el amor entre marido y mujer?

Crispo, dejando caer los brazos, miró fijamente al apóstol, sin pronunciar palabra.

Pedro continuó en seguida:

– ¿Crees, ¡oh Crispo!, que el Salvador, que permitió á María Magdalena postrarse á sus pies y perdonó á la gran pecadora, rechazaría á esta virgen, pura como el lirio del valle?

Licia se abrazó más estrechamente á las rodillas del apóstol, viendo que no en vano había implorado piedad. Pedro le alzó el rostro, inundado de lágrimas, y dijo:

– Mientras los ojos de aquel que amas permanezcan cerrados á la luz de la verdad, evita su amor para que no te arrastre también hacia el mal; pero ruega por él y sabe que tu amor no es culpable. El deseo de huir de la tentación te será apreciado como un mérito. No te entristezcas, no llores, pues yo te digo que la gracia del Redentor no te ha abandonado y que tu oración será escuchada. Después del dolor vendrá para ti la alegría.

Diciendo estas palabras, puso ambas manos sobre la cabeza de Licia y la bendijo. Una bondad sobrehumana se reflejaba en su semblante.

Crispo, confuso, empezó á disculparse humildemente:

– He pecado contra la misericordia, dijo, pero yo creí que ella había renegado de Cristo con su amor terrenal.

– Yo renegué de Él tres veces, respondió Pedro, y sin embargo me perdonó y me confió la custodia de su grey.

– Pero Vinicio es un augustiano, replicó Crispo.

– Cristo convirtió corazones más endurecidos que el suyo, respondió el gran apóstol.

Pablo de Tarso, que hasta entonces había callado, poniéndose la mano sobre el corazón, dijo:

– Yo soy aquel que persiguió á los siervos de Cristo y los entregó á la muerte; yo soy aquel que mientras Esteban era apedreado guardaba los vestidos de los apedreadores; yo soy aquel que quería destruir la verdad en todos los países habitados, y sin embargo, el Señor me escogió para proclamarla por todos los ámbitos de la tierra. Lo hice en Judea, en Grecia, en las islas y en esta impía ciudad, adonde vine antes como prisionero. Y ahora por orden de Pedro, mi pastor, he entrado en esta casa para prosternar ante Cristo otra cabeza soberbia y para esparcir la semilla en aquel árido campo, á fin de que el Señor lo haga prosperar y conceda abundante cosecha.

Se levantó, y á los ojos de Crispo aquel hombre pequeño y deforme apareció como lo que era verdaderamente: un gigante destinado á remover el mundo en sus cimientos y á conquistar países y naciones.

XXVIII

«PETRONIO Á VINICIO

¡Ten piedad, *carissime!* ¡No imites en tus cartas á los lacedemonios ni á Julio César! Si como éste pudieras escribir: *Veni, vidi, vici,* comprendería tu laconismo. Pero, al contrario, tu carta se resume así: *veni, vidi, fugi!* Ya que tal resolución no se ajusta á tu carácter, ya que estás herido y te han ocurrido extrañas aventuras, tu carta necesita una explicación. No pude dar crédito á mis ojos cuando leí que el gigante licio había matado á Crotón con la misma facilidad con que un perro de Calcedonia hubiera matado un lobo en las gargantas de Ibernia. ¡Ese hombre vale todo el oro que pesa, y si quisiera, le sería muy fácil llegar á favorito de César. En cuanto regrese, quiero conocer á ese licio y hacer esculpir su estatua en bronce.

»*Enobarbo* casi reventará de curiosidad cuando le diga que existe el original. Verdaderamente, las figuras atléticas son cada vez más raras en Italia y en Grecia; es inútil hablar del Oriente. Los germanos son robustos, pero sus músculos no son muy fuertes y deben más á su estatura que á su fuerza. Infórmate por el licio de si él representa una excepción ó si en su país se encuentran muchos ejemplares que se le parezcan. Porque si algún día nos tocase á ti ó á mí dirigir los juegos públicos, convendría saber dónde pueden hallarse los luchadores más hábiles.

»Demos gracias á todos los dioses, que te sacaron vivo de aquellas manos. Esto habrá ocurrido merced á tu calidad de patricio y de hijo de un cónsul. Todo lo que sucede me deja estupefacto: el cementerio, donde te encontraste rodeado de cristianos, los mismos cristianos, su modo de proceder contigo, la fuga de Licia, y en fin, aquella inquietud y suma tristeza que transpira toda tu carta. Explícate, porque ésta contiene muchos puntos que me resultan obscuros, y si quieres que te diga la verdad, te confesaré que no comprendo ni á los cristianos, ni á Licia, ni á ti. No te sorprenda que el que no se ocupa en el mundo de otra cosa que de su persona, te pida tantas aclaraciones. En este asunto he puesto también mi trabajo, y por esto me interesa. Escríbeme pronto, porque no sé cuándo regresaremos. En la cabeza de *Enobarbo* los proyectos cambian lo mismo que en otoño la dirección de los vientos.

»Ahora, habiendo prorrogado su estancia en Benevento, desea partir para Grecia, todo antes que regresar á Roma. Tigelino, sin embargo, le aconseja que permanezca por algún tiempo en la capital, á fin de que el pueblo, que ardientemente le desea (lee: que desea juegos y pan), no se amotine. Por esto no puedo decirte qué rumbo tomarán las cosas. Si Acaya ha de vencer, no veremos el Egipto.

»Yo insistiré con todas mis fuerzas para hacerte venir; en tu estado de ánimo, los viajes y las distracciones serían, á mi modo de ver, un lenitivo y un remedio. Reflexiona si te conviene la tranquilidad de tus posesiones de Sicilia más que la permanencia en Roma. Explícate sinceramente y consérvate bueno. Esta vez no

te deseo nada más que salud. ¡Por Pólux, no sé qué otra cosa podrías desear!»

Vinicio, después de recibir esta carta, no se sintió dispuesto á contestar. Le pareció que no merecía una respuesta, pues cuanto pudiera decir no había de satisfacer á ninguno de los dos, ni poner nada en claro.

Se hallaba descontento y observaba la vanidad de este mundo. Además estaba persuadido de que Petronio no le había comprendido; sin duda, algo había sobrevenido que separaba á uno de otro; pero él no lograba explicárselo.

Del Trastevere había vuelto á su espléndida ínsula y se sintió aturdido por la alegría de encontrarse en su propia casa, en medio de las comodidades, de la paz y de la opulencia. Pero no tardó en presentarse á su pensamiento la instabilidad de las cosas humanas; se fijó en que todo aquello que hasta entonces había despertado su interés, ó no existía ya para él, ó quedaba reducido á muy pequeñas proporciones. El vínculo que hasta entonces le había unido á la vida parecía roto en su espíritu, sin que otro alguno lo hubiese reemplazado. La idea de trasladarse á Benevento y de allí á la Acaya, llevando una vida de placeres y disolución, le producía una sensación de frío y de vacío. «¿Por qué razón?,» se preguntaba. Por primera vez dudó de que la conversación de Petronio, su gracia, su viveza, sus finas apreciaciones, los primores de su lenguaje, pudieran distraerle. Pero le pesaba la soledad. Todos sus conocidos se hallaban en Benevento con César, y él se encontraba solo, con sus pensamientos y con sus dudas crueles. Había momentos en que hubiera querido expansionarse con alguien y desahogar su corazón. Después de titubear algunos días, decidió contestar á Petronio, y aunque no estaba seguro de si mandaría luego la carta, escribió lo que sigue:

«Vinicio á Petronio

»Deseas que te dé una explicación y comprendo tu deseo. No sé, á pesar de esto, si conseguiré ser más claro, habiendo en mi espíritu muchos problemas que no me atrevo á resolver. Te dí cuenta de mi estancia entre los cristianos, su manera de tratar á los enemigos, en cuyo número podían, con pleno derecho, contarnos á mí y á Quilón, y finalmente, la bondad con que me cuidaron y la desaparición de Licia. ¡No, querido! No me respetaron porque fuese un hijo de cónsules; ellos no conocen tales respetos humanos: perdonaron también á Quilón, á pesar de haberles yo dicho que lo sepultaran en el jardín. El mundo no ha visto hasta ahora personas semejantes, y su doctrina resulta nueva para todos. No podía decir otra cosa acerca de ellos; pero, de fijo, quien pretenda medirlos por el mismo rasero que á nosotros, se engañará de medio á medio. Te aseguro que si con el brazo roto hubiese estado en mi casa, entre mi gente, hubiera tenido mayores comodidades, pero no hubiera encontrado las atenciones que aquéllos me prodigaron.

»Has de saber también que Licia es como los demás. Si hubiese sido mi mujer ó mi hermana, no hubiera querido velarme con más solicitud. Mi corazón quedó extasiado, porque comprendí que solamente el amor podía inspirar todos aquellos afectuosos cuidados.

»Más de una vez descubrí amor en sus miradas, amor en su rostro, y ¿lo creerás?, entre pobre gente, en aquella mísera habitación que era á un tiempo *culina* y *triclinium,* me consideraba muy dichoso. ¡No! Yo no le era indiferente, hoy aún puedo creerlo. Y sin embargo, por mi causa abandonó Licia la casa de Miriam. Ahora paso días enteros con la cabeza entre las manos, y pienso: «¿Por qué hice todo esto?» ¿Te dije que le había ofrecido volverla á casa de Aulo? Me contestó que, por el momento, esto era imposible, habiendo partido para Sicilia Aulo y

Pomponia, y temiendo además que la noticia de su regreso, divulgada por los esclavos, había de saberse en el Palatino y la separaría otra vez de Pomponia. Sabía que yo no la persiguiría más, que había abandonado el camino de la perdición, y no pudiendo dejar de amarla, ni vivir sin ella, la llevaría á mi casa, entrando por la puerta adornada de guirnaldas y haciéndola sentar junto á mi hogar bendito. Y sin embargo, ¡huyó! ¿Por qué? ¡Nada la amenazaba! Si ella no me hubiese amado, yo hubiera podido considerar su conducta como una negativa.

»El día anterior á su fuga conocí á un hombre extraordinario, á un tal Pablo de Tarso. Habló conmigo de Cristo, de su doctrina, y cada una de sus palabras contenía una fuerza capaz de remover los fundamentos de nuestro orden social. Ese hombre vino á encontrarme al día siguiente al de la fuga de Licia y me dijo: «Si Dios abre tus ojos á la luz y descorre el velo, como hizo conmigo, tú apreciarás su conducta y quizá puedas encontrarla.»

»Y estas palabras me tienen preocupado como si las hubiese oído de labios de la Pitonisa de Delfos. Creo comprender algo. Los cristianos, si bien aman á los hombres, son enemigos de nuestras malas acciones, de nuestras culpas, de nuestros dioses; por eso ella huyó de mí como de un hombre perteneciente á nuestra sociedad, con el cual no quería compartir una existencia que consideran pecaminosa los cristianos. Dirás que para rechazarme no tenía necesidad de huir. Pero ¿y si me amaba? Huyó á causa de mi amor. Cuando pienso en ello, siento vivos deseos de mandar esclavos por toda Roma con la orden de que griten: «¡Licia, vuelve!»

»¡No comprendo por qué ha huído! Yo no le hubiera prohibido pensar en su Cristo; por el contrario, le hubiera levantado un altar en el atrio. ¿Qué daño podía hacerme un Dios? ¿Por qué no creer en Él... yo, que, después de todo, no tengo una gran fe en los dioses antiguos? Los cristianos no mienten, de esto estoy seguro, y dicen: «Cristo resucitó después de muerto.» Un hombre no puede resucitar cuando está muerto. Aquel Pablo de Tarso, ciudadano romano, pero que, siendo hebreo, conoce los antiguos escritos hebraicos, me dijo que la venida de Cristo había sido anunciada miles y miles de años antes por los profetas. Todo esto es muy extraño; pero dondequiera que dirijamos nuestras miradas, ¿no nos sorprenden cosas extrañas? Se habla también mucho de Apolonio de Tiana. Yo encuentro justa la afirmación de Pablo: no hay más que un solo Dios y no una legión de dioses. Tal vez Séneca es de esta opinión y otros muchos lo hayan sido antes que él. Cristo vivió por la salvación del mundo, se hizo crucificar, y después de muerto resucitó. Todo esto es muy cierto. No veo motivo alguno para obstinarme en sostener lo contrario, ó para no erigirle un altar, estando ya dispuesto á hacerlo por Serapis. No me sería difícil renunciar á los otros dioses; ningún hombre razonable cree ya en ellos. Pero me parece que todo esto no les basta á los cristianos: no se contentan con adorar á Cristo; quieren además vivir según sus preceptos. Así es que yo me encuentro ahora en la orilla de un mar que esta religión me obliga á atravesar á pie.

»Admitiendo que yo hiciese tal promesa, los cristianos no la juzgarían firme ni sincera. Pablo me lo confesó abiertamente. Tú sabes cuánto amo á Licia y lo que haría por ella; mas para contentarla no podría poner sobre mis espaldas ni el Sorata, ni el Vesubio, ni hacer que cupiera en la cuenca de mi mano toda el agua del lago Trasimeno, ni mucho menos cambiar mis ojos negros por los azules de Licia. Si ésta me exigiese cosas semejantes, yo podría sentir el deseo de complacerla, pero no estaría en mi poder el cumplirlo. No soy un filósofo, pero tampoco tengo la inteligencia tan limitada como quizá has creído alguna vez, y por lo mismo he de decirte que conozco cómo regulan su vida los cristianos; pero comprendo que donde penetra su religión acaba la supremacía romana, la misma Roma, nuestro modo

de vivir; acaba la diferencia entre vencedor y vencido, entre pobre y rico, entre señor y esclavo; acaba el dominio de César, la ley actual, el orden de cosas existente. Y reina, en cambio, Cristo con una misericordia desconocida para nosotros, con una bondad completamente opuesta á los usos humanos y romanos. Seguramente quiero á Licia más que á Roma entera con todos sus esplendores, y me satisfaría que todo se arruinase para poderla poseer.

»Pero aún hay más. A los cristianos no les basta una convicción superficial; es preciso estar profundamente identificado con la verdad de su doctrina y no guardar en el alma nada heterogéneo. Pero los dioses son testigos de que esto es superior á mis fuerzas. ¿Comprendes lo que esto significa?

»En mi naturaleza hay algo que se aparta de tal religión; si quisiera magnificarla con mis labios, sujetarme á sus preceptos, mi espíritu, mi razón me dirían que lo hacía sólo por amor á Licia, y si notara que Licia no tenía nada que ver con esta religión, todo lo que la informa me repugnaría. Lo raro es que Pablo de Tarso y Pedro, que fué apóstol de Cristo y á pesar de su sencillez y origen humilde es el primero entre los cristianos, comprenden este sentimiento. ¿Sabes qué hacen? Ruegan por mí, ó piden al cielo lo que ellos llaman la gracia; pero sobre mí no descienden más que el ansia y un deseo siempre creciente de poseer á Licia.

»Te escribí que ella se había alejado secretamente; antes de marchar me dejó una cruz entretejida por ella misma con ramitas de haya. Al despertar me la encontré junto al lecho; ahora la tengo en el *lararium* y me acerco á ella, sin saber por qué, con sagrado respeto y veneración, como si ocultase algo divino. Amo la cruz porque sus manos la han entretejido, la odio porque nos separa A veces me parece que todo esto obedece á una especie de encantamiento; creo que Pedro, aunque se llame sencillo pastor, es más grande que Apolonio y sus predecesores y ha logrado convertirnos á todos, á Pomponia, á Licia y á mí mismo.

»Me dices que entre las líneas de mi última carta podía leerse la tristeza y la inquietud. Tristeza debía haber después de perder á Licia por segunda vez, y también inquietud, notando en mí algún cambio. Te lo declaro con franqueza, nada repugna tanto á mi naturaleza como esa religión, y sin embargo, no me reconozco á mí mismo desde que encontré á Licia. ¿Es amor ó hechizo? Circe con su contacto mudaba los cuerpos; en mí se ha cambiado el alma. Sólo Licia pudo obrar este cambio, y precisamente por medio de la maravillosa religión á que pertenece. Cuando, abandonando á los cristianos, volví á mi casa, nadie me aguardaba en ella. Los esclavos creían que me hallaba en Benevento y no suponían que regresara tan pronto; así es que reinaba la más espantosa confusión. Los encontré borrachos en un banquete que se celebraba en el *triclinium*. Habrían esperado la muerte antes que mi regreso, y eran de ver aquellos rostros aterrorizados. Ya sabes que dirijo mi casa con mano de hierro: todos cayeron de rodillas y algunos se desmayaron. ¡Pues oye lo que hice! Primero quise recurrir á las vergas ó al hierro candente; pero de pronto se apoderó de mí un sentimiento de vergüenza y..., ¿lo creerás?, una especie de piedad por aquellos desgraciados. Entre aquellos esclavos los había traídos del Rhin en tiempo de Augusto por mi abuelo, Marco Vinicio. Me dirigí á mi biblioteca, que abrí yo mismo, y mil diversos pensamientos se agolparon en mi cerebro. Después de lo que había oído y visto entre los cristianos, no me era lícito tratar á mis esclavos según mi costumbre...: ¡también son personas! En los días sucesivos vivían en ansia mortal, suponiendo que mi tardanza era hija del deseo de inventar algún castigo tremendo y cruel...; pero no pude castigarlos, no me sentí con fuerzas para ello. El tercer día, reuniéndolos á mi alrededor, les dije: «¡Os perdono; procurad con la mayor solicitud enmendar vuestros yerros!» Cayeron de rodillas,

las lágrimas inundaron sus mejillas, y extendiendo conmovidos los brazos hacia mí, me llamaron padre y señor; y yo..., me avergüenzo de confesarlo, estaba tan conmovido como ellos. Me parecía ver el rostro querido de Licia humedecido en llanto, me parecía oir su voz agradeciéndome mi buena acción. Sentía que á mis ojos asomaban también algunas lágrimas. Además debo confesarte que sin ella no puedo hacer nada; que para mí es un mal estar solo; que soy desgraciado, y que mi tristeza es más grande de lo que puedas suponer.

»Por otra parte, en lo que concierne á mis esclavos, he observado un fenómeno extraño. El inesperado perdón no sólo no ha dado origen á la indisciplina y á la insubordinación, sino que puedo decir que nunca se mostraron tan activos y solícitos cuando les amenazaba con castigos como ahora que les anima la gratitud. No sólo me sirven, sino que se disputan por adivinar mis deseos. Te refiero esto porque ayer, al separarme de los cristianos, decía á Pablo que por medio de su religión la sociedad debía deshacerse como un tonel sin aros, á lo que él me respondió: «El amor es más fuerte que el miedo.» Ahora convengo en que su opinión, aplicada á ciertos casos, puede ser justa. Lo he experimentado también con mis deudores; apenas tuvieron noticia de mi regreso, se apresuraron á venir á saludarme. Sabes que nunca me mostré avaro con ellos; pero mi padre, por sistema, los trataba con altivez, enseñándome á hacer lo mismo. Al fijarme en sus vestidos destrozados y en sus rostros adelgazados por el hambre, sentí una especie de piedad. Hice que les dieran de comer, conversando después con cada uno de ellos...: llamaba á uno por su nombre, pedía al otro noticias de su mujer y de sus hijos..., y por segunda vez las lágrimas humedecieron mis ojos y me pareció que Licia me miraba y alababa mi conducta. ¿Qué quiere decir esto? ¿Enloquezco, ó el amor confunde mis sentimientos? No sabría definirlo. Me parece que ella me ve desde lejos, y por esto me abstengo de toda acción que pudiera afligirla ú ofenderla.

»¡Así es, Cayo! Los cristianos han operado en mí una transformación, y á veces me gozo en ello. De cuando en cuando, no obstante, me preocupo pensando que me han arrebatado la energía viril y la fuerza de voluntad y que estoy imposibilitado, así para pensar y reflexionar, como para gozar y guerrear. ¡Esta es hermosa y excelente magia! Y de tal manera he cambiado, que cuando yacía herido se me ocurrió lo siguiente: Si Licia fuese como Nigidia, Popea, Crispinila y todas las demás divorciadas; si fuese tan perversa, tan corrompida, tan cruel, yo no dejaría de amarla. Pero como la quiero por el mismo motivo que nos separa, puedes figurarte el caos en que está sumida mi alma, las tinieblas en que vivo; puedes comprender cómo no descubro ante mí ningún sendero marcado, y cuál es mi confusión y mi incertidumbre. Si la vida puede compararse á una fuente, en la mía se encuentra inquietud en vez de agua. La esperanza de volver á ver á Licia me sostiene, y alguna vez me parece tener la seguridad. Lo que puede sucederme en uno ó dos años no sabría decirlo ni imaginarlo. Yo no abandonaré Roma. No podría soportar la compañía de los secuaces del emperador; además, el único consuelo en mi tristeza es la idea de estar junto á Licia y poder por medio del médico Glauco, que prometió visitarme, ó de Pablo de Tarso, saber algo acerca de ella.

»¡No! No abandonaré Roma, aunque tú me ofrezcas hacerme gobernador de Egipto. Has de saber también que he encargado á un escultor la erección de un monumento á Gulón, muerto por mí en un momento de ira. Demasiado tarde he recordado que él me llevó en brazos y fué el primero que me enseñó á disparar la flecha. No sé por qué razón, pero su recuerdo me causa dolor y remordimientos. Si te sorprende el contenido de mi carta, te diré que yo no estoy menos sorprendido. Pero no he referido más que la verdad pura. *Vale!*»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXIX

Vinicio no recibió ninguna respuesta á su carta. Petronio no escribió, aguardando diariamente á que Nerón diese la orden de regresar á Roma. La noticia se divulgó pronto por la ciudad, causando inmensa alegría entre el pueblo, deseoso de juegos y de distribución de granos y aceitunas, de que se había hecho gran provisión en Ostia. Por fin, el liberto de Nerón, Elio, anunció en el Senado el regreso. Pero Nerón, que con su corte se había embarcado en Miseno, avanzaba lentamente, deteniéndose en varias ciudades de la costa, para descansar ó para dar representaciones teatrales. Pasó veinte días en Miturno, y ya abrigaba el deseo de volver á Nápoles para esperar allí la primavera.

En tanto Vinicio, encerrado en casa, sólo pensaba en Licia y en todos los acontecimientos que habían hecho vibrar todas las cuerdas de su corazón, mudas hasta aquel día. De cuando en cuando Glauco iba á visitarle, y su visita le proporcionaba una dicha indecible, pues podía hablar de Licia. Glauco ignoraba dónde se había refugiado, pero podía asegurar que los ancianos la custodiaban con la más cuidadosa atención. Un día, conmovido por la aflicción de Vinicio, le confesó que Pedro había reprendido á Crispo por las censuras que dirigió á Licia á causa de su amor. El joven patricio, al oir esto, quedó asombrado; había esperado siempre no ser indiferente á Licia, pero sin adquirir nunca la certeza; y oía que un tercero, y cristiano precisamente, confirmaba su deseo. La alegría le impulsó á ir inmediatamente en busca del apóstol, y oyendo que éste no se hallaba en Roma, pero sí en los alrededores predicando, suplicó á Glauco que le condujera adonde se hallase, prometiéndole ricos dones para la comunidad. Ahora que sabía que era amado por Licia, todo obstáculo le parecía pequeño y se sentía dispuesto á adorar á Cristo en cualquier instante. Aunque Glauco insistía cerca de Vinicio para que se bautizase, no podía ofrecerle como inmediato galardón la posesión de Licia; pero le aconsejaba abrazar aquella doctrina por su propio bien, por amor de Cristo y no por otras razones.

– Es el alma la que debe hacerse cristiana, decía.

Y aunque cualquier dificultad irritaba al joven tribuno, éste comprendía que las palabras de Glauco tenían la intención que debían tener las palabras de un verdadero cristiano. Vinicio no comprendía que ya se había operado en su ser una de las principales transformaciones. Antes medía á los hombres y las cosas por el rasero de su egoísmo; ahora, en cambio, se amoldaba á la idea de que cada ojo y cada corazón podía ver y sentir diferentemente, y admitía que la justicia no se rige siempre por las utilidades personales.

Deseaba con frecuencia ver á Pablo de Tarso, cuyos discursos le impresionaban profunda mente. En el silencio reunía argumentos contra su doctrina y los discutía con el pensamiento; pero, con todo, deseaba ver de nuevo á aquel hombre y volver á oirle. Pero Pablo hallábase en Aricia, y Glauco se dejaba ver más de tarde en tarde, así es que Vinicio vivía en completa soledad. Emprendió nuevas excursiones por la Suburra y por el Trastevere, con la esperanza de ver á Licia, al menos de tapadillo. Cuando también esta esperanza quedó desvanecida, comenzó á apoderarse de él la impaciencia. Su antiguo carácter reaparecía como la ola vuelve á la playa, de la cual poco antes ha sido rechazada. Le parecía ser uno de esos que sin motivo se sulfuran y se enfurecen, en vez de gozar de cuanto les ofrece la existencia. Decidió olvidar á Licia, ó por lo menos, procurarse algún solaz. Comprendió que esta sería la última tentativa, y con el ímpetu propio de su carácter se echó en brazos del placer.

Roma, ante la perspectiva del regreso de Nerón, comenzaba á reanimarse. Se preparaba una solemne acogida al emperador. La primavera se aproximaba; los vientos africanos habían destruído la nieve de los montes Albanos; en los jardines despuntaban por doquier las violetas. En el Foro y en el Campo de Marte se congregaba el pueblo, atraído al aire libre por un sol espléndido; en la vía Apia había empezado el concurso de los deslumbrantes equipajes; las excursiones á los montes Albanos estaban á la orden del día; mujeres jóvenes, con el pretexto de rendir homenaje á Juno en Lanuvio ó á Diana en Aricia, abandonaban sus casas en busca de aventuras, placeres y compañía fuera de Roma.

Un día Vinicio divisó entre los demás coches señoriales la carroza de Crisotemis, precedida de dos mastines. A su alrededor se agrupaban varios jóvenes y algunos viejos senadores, obligados por sus cargos á permanecer en Roma. Crisotemis en persona guiaba sus cuatro caballos, repartiendo al mismo tiempo sonrisas y suaves latigazos entre los que la rodeaban. Al ver á Vinicio, detuvo los caballos, é invitándole á subir al carruaje, le condujo á su casa. Allí había preparado un banquete que duró toda la noche. Vinicio bebió tanto que tuvo que ser transportado á su casa sin conocimiento. No recordaba más sino que Crisotemis le había ofendido mencionando á Licia, por lo cual, ebrio como estaba, le había vertido encima un cáliz de Falerno. Tal recuerdo inflamaba su cólera. Después de aquel baño de Falerno no volvió á sonar el nombre de Licia; pero Vinicio no lograba arrancárselo del pensamiento. Le parecía que los ojos de la joven le miraban atentamente, y experimentaba una sensación de miedo. Sufría y no podía escapar al tormento y á la idea de desagradar á Licia. Verdad que en vez de abstenerse de las orgías y de la disolución se había entregado á ellas con más ímpetu, á pesar de Licia; pero, al fin, debía convenir en que su imagen no le concedía un minuto de tregua y que, como antes, ella era la causa de todo el bien que hacía; ahora podía atribuirse á sí mismo la culpa de todo el mal y comprendía que nada en el mundo, excepto aquella joven, le interesaba. El tedio y el cansancio se apoderaron de su espíritu; el placer le repugnaba, no ocasionándole más que remordimientos. Se encontraba pobre y miserable, cosa extraña en él, acostumbrado á complacerse en todos sus actos. Ni siquiera el anuncio del regreso de César pudo sacudirle de su abatimiento. Sumido en su indolencia, no pensaba en ir á ver á Petronio, hasta que un día éste lo mandó á buscar con su propia litera.

El tío le recibió con expansión; pero Vinicio respondió brevemente á sus preguntas. Al cabo de un rato, no obstante, las impresiones latentes durante tanto tiempo se desbordaron en un torrente de palabras. Le repitió toda la historia de sus trabajos y excursiones en busca de Licia, le describió su vida entre los cristianos, todo lo que allí había visto y oído, sus sentimientos y sus ideas, lamentándose al final de haber entrado en un laberinto y haber olvidado todo sano juicio y toda noción exacta de las cosas.

Ya nada le gustaba, ya nada interesaba su espíritu, no sabía qué partido tomar. Estaba tan decidido á adorar á Cristo como á odiarle; reconocía la sublimidad de su doctrina, sin poder librarse, á pesar de esto, de cierta repulsión. Sabía que Licia, aunque hubiese sido suya, no podía pertenecerle por entero, porque su corazón se dividiría entre él y Cristo. Vivía; pero no era vida la suya, sin una esperanza para el porvenir, sin fe en la felicidad. En torno á él se extendían las más profundas tinieblas, sin encontrar el medio de salir de aquella obscuridad.

Petronio, en tanto, observaba su fisonomía cambiada, sus manos temblorosas, como si en realidad intentara abrirse camino entre las tinieblas. Calló, sumido en profundas reflexiones.

De pronto se levantó, y acercándose al sobrino, cogió entre sus dedos una guedeja de sus cabellos.

– ¿Sabes, preguntó, que sobre las sienes tienes ya cabellos grises?

– Es posible, contestó Vinicio; no me sorprendería que se hubieran vuelto blancos como la nieve.

Callaron otra vez. Petronio era un hombre muy reflexivo; su inteligencia se había ocupado frecuentemente en estudiar y resolver los más arduos problemas de la vida y del alma humana. En general, en la sociedad á que ambos pertenecían, una vida podría ser superficialmente feliz ó desventurada, internamente era siempre tranquila y pacífica. Como el rayo ó el terremoto pueden derrumbar un templo, igualmente una vida podría ser destruída por la desgracia. Pero, en conjunto, la existencia estaba formada de líneas tan sencillas y armónicas que no había que temer confusiones. Sin embargo, de las palabras de Vinicio se traslucía otra cosa. Por primera vez en la vida Petronio se encontraba frente á complicaciones del espíritu que esperaban una solución. Era demasiado experto para no despreciar el significado; mas, á pesar de su ciencia, no sabía encontrar una respuesta á tales cuestiones.

Después de largo silencio, dijo:

– Esto me parece magia.

– ¡Yo también me lo figuraba! Más de una vez creí que se había ejercido sobre nosotros algún hechizo.

– ¿Y si te dirigieras á los sacerdotes de Serapis? Entre ellos hay, como entre todos los sacerdotes de los dioses, muchos bribones sin duda; pera hay también algunos que poseen maravillosos conocimientos.

Decía esto sin convicción verdadera, con voz insegura, comprendiendo perfectamente cuán ridículo debía parecer en sus labios un consejo de tal naturaleza.

Vinicio, pasándose la mano por la frente, dijo:

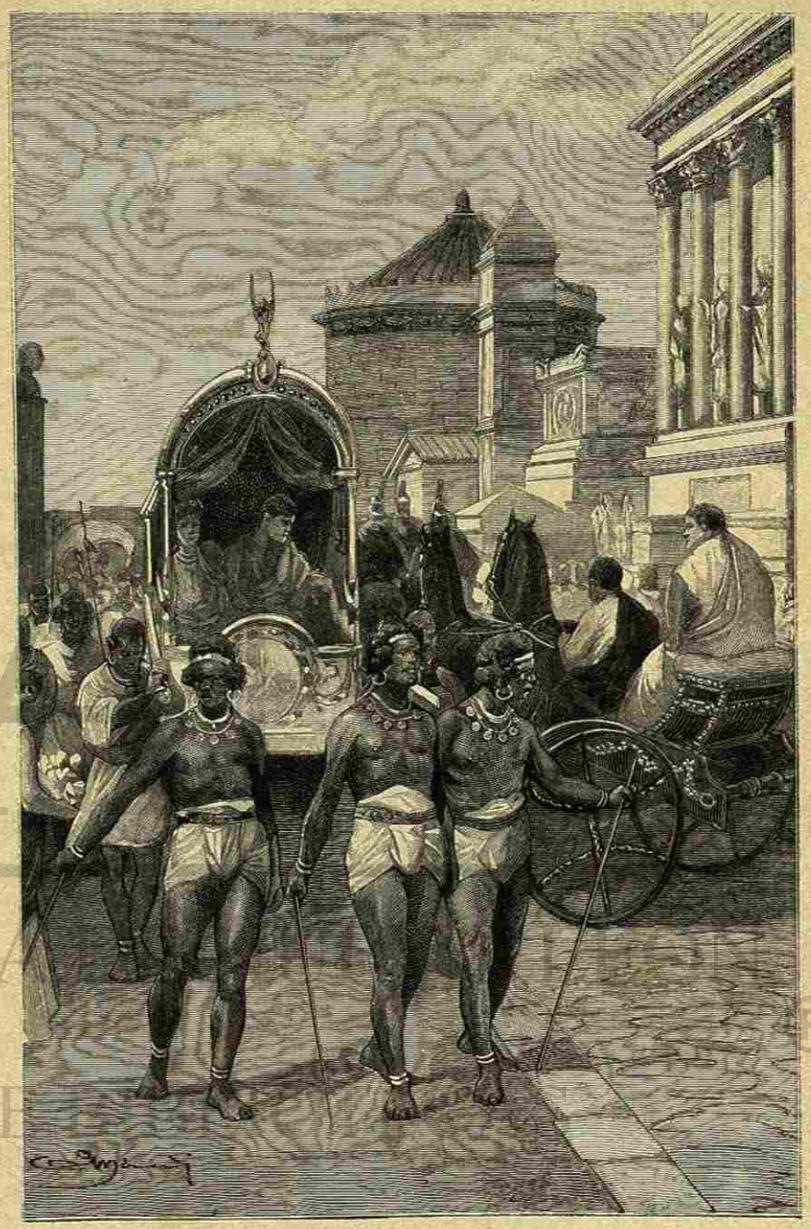
– ¡Magia! Yo he conocido magos que sabían utilizar en provecho propio fuerzas desconocidas y subterráneas, y otros que se servían de ellas para causar daño á sus enemigos. Pero estos cristianos viven en la indigencia, perdonan á los enemigos, predican la humanidad, la virtud, la misericordia. ¿Qué utilidades pueden obtener con su magia?

A Petronio le irritaba que su espíritu vivo no supiese hallar respuesta alguna. No queriendo suponer esto, añadió, sólo por decir algo:

– ¡Es una nueva secta!

Después prosiguió:

– ¡Por la divina mujer del bosque de Pafos! ¡Cómo perjudica á la vida todo esto! Tú admiras la bondad y la virtud de esa gente; yo, en cambio, te digo que no me gusta, porque son personas enemigas de la vida, como la enfermedad y la muerte. Nos sobran enemigos de esa clase, sin necesidad de ir á buscarlos entre los cristianos. Ve contando todas las desgracias: Nerón, Tigelino, los versos de César,



En la vía Apia había empezado el concurso de los deslumbrantes equipajes

todos los zapateros que descienden de Quírites, los libertos que obtienen cargos senatoriales. ¡Por Cástor! ¡Son ya demasiados! ¡Y como si no bastaran, hay que añadir ahora esa secta repugnante y fastidiosa! ¿No has tratado de evitar esa torpeza y gozar un poco de la vida?

– ¡He tratado de ello!, respondió Vinicio.

– ¡Ah, traidor!, exclamó riendo Petronio. Las noticias se saben muy pronto basta que lleguen á oídos de los esclavos. ¡Tú me has robado á Crisotemis!

Por toda contestación, Vinicio hizo un signo de indiferencia con la mano.

– En todo caso, te quedo reconocido, continuó Petronio. Le enviaré un par de pantuflas recamadas de perlas. En mi lenguaje de amor esto significa: «¡Quítate de en medio!» Te quedo obligado doblemente: por no haber aceptado á Eunica y por haberme librado de Crisotemis. ¡Escucha! Tú ves en mí un hombre que se elevó muy pronto, que frecuentó los baños, tomó parte en los banquetes, poseyó á Crisotemis, escribió sátiras y una que otra vez mezcló la prosa con versos, pero que se aburrió como César y que muy á menudo no pudo librarse de tristes pensamientos. ¿Y sabes por qué? Porque buscaba lejos lo que tenía á mano. Una mujer hermosa vale siempre todo el oro que pesa; pero cuando además ama, su valor es incalculable. Para comprarla no bastan todos los tesoros del mundo. Yo me digo á mí mismo: «Quiero colmar de placeres mi vida, como se colma un cáliz de vino selecto; quiero gozar hasta que los brazos se me caigan desfallecidos y hasta que mis labios palidezcan como los de un muerto. Lo que suceda luego no me interesa.» He aquí mi nueva filosofía.

– Me parece siempre la misma; no encuentro en ella nada nuevo.

– Hay algo que antes no existía.

Después de pronunciar estas palabras hizo llamar á Eunica, que entró en seguida envuelta en blanco vestido: no era ya la esclava de otro tiempo, sino una diosa de amor y felicidad.

– Eunica, dijo Petronio, manda preparar un banquete y las coronas de flores.

Cuando aquélla salió, Petronio se volvió á Vinicio y le dijo:

– Quería darle la libertad, y ¿sabes qué me contestó? «Prefiero ser tu esclava antes que ser mujer de Nerón.» Y en efecto, no consintió en ello; pero, en secreto, la hice libre: el pretor, por galantería, llenó los requisitos necesarios, sin su presencia. Ella ignora, pues, que es libre, y de este modo ignora también que, si yo muriese, mi casa y todos mis objetos preciosos, excepto las joyas, serían para ella.

Se levantó y cruzó la habitación. Luego continuó:

– El amor tiene la virtud de transformar á los seres, á unos más que á otros; yo también me encuentro cambiado; antes me gustaba el perfume de verbena; ahora que Eunica prefiere la violeta, esta es mi flor predilecta. Desde que empezó la primavera, puede decirse que vivimos entre violetas.

Parándose delante de Vinicio, le preguntó:

– ¿Y tú continúas prefiriendo el nardo?

– ¡Déjame en paz!, respondió el tribuno.

– Yo te mostré á Eunica, porque quizá tú también buscas lejos lo que tienes cerca. Tal vez en tu casa, en las habitaciones de tus esclavas, palpita un corazón honrado y fiel. Aplica ese bálsamo á tus heridas. ¿Licia te ama, dices? ¡Es posible! Pero ¿qué clase de amor es ese que renuncia? ¿No significa esto que en ella se agita otra fuerza más poderosa que el amor? ¡No, carísimo! Licia no es Eunica.

– ¡Todo me atormenta!, respondió Vinicio. Licia no es Eunica; pero yo veo la diferencia á través de un prisma distinto del tuyo. El amor ha influído sobre tu olfato, y por esto prefieres la violeta á la verbena; en mí ha transformado el alma

de tal modo que, á pesar de mi pasión y de mis tormentos, prefiero que Licia sea tal como es, á juzgarla como las otras.

– En tal caso tienes lo que mereces. Pero no llego á comprenderte.

– ¡Verdad, verdad!, respondió Vinicio agitadísimo; nosotros ya no nos comprendemos.

Siguió un instante de silencio.

– ¡El averno se trague á tus cristianos!, exclamó Petronio. Han destruído tu razón, llenándote la cabeza de ideas atrabiliarias. ¡El averno se los coma! Te engañas calificando de buena su religión; es bueno lo que da la felicidad: por ejemplo, la belleza, el amor, la fuerza, lo que ellos llaman vanidad. Te engañas si los juzgas justos; porque devolviendo bien por mal, ¿cómo se pueden recompensar luego las buenas acciones? Entonces ¿qué se gana con ser bueno, si el bien y el mal se pagan con la misma moneda?

– ¡No! La recompensa no es la misma; pues, según su doctrina, empieza con la otra vida, que es eterna.

– No me preocupan tales cuestiones, porque sólo entonces se sabrá si puede verse sin ojos. Entretanto, todos ellos me parecen insignificantes. Ursus mató á Crotón merced á sus miembros de acero. Por lo demás, son locos, y el porvenir no puede ser de los locos.

– Para ellos la vida principia con la muerte.

– Sería como decir: el día empieza al caer de la tarde. ¿Quieres apoderarte de Licia?

– No, no quiero devolver mal por bien; además juré no hacerlo.

– ¿Tienes intención de abrazar su fe?

– Lo desearía, pero mi carácter se niega á ello.

– ¿Podrás olvidar á Licia?

– ¡Jamás!

– Viaja una temporada.

En aquel momento entraron los esclavos para anunciar que el banquete estaba preparado.

Petronio creyó haber tenido una buena idea. Mientras se dirigían al triclinio, dijo al joven tribuno:

– Tú has recorrido gran parte de la tierra, pero mientras eras soldado, es decir, cuando estabas ansioso de llegar á tu destino, sin detenerte en el camino. Ven con nosotros á la Acaya; César no ha abandonado la idea del viaje. Se detendrá en todas partes para cantar, para recoger laureles, para saquear templos, y volverá luego á Italia como triunfador. Será como si Baco y Apolo, reunidos en una sola persona, emprendieran un viaje triunfal. Augustianos, hombres, mujeres y mil cítaras. ¡Por Cástor! Valdrá la pena de asistir, porque el mundo nunca habrá visto un espectáculo semejante.

Hablando así se tendió sobre el diván, junto á la mesa, al lado de Eunica; un esclavo le puso una corona de anémonas, y prosiguió:

– ¿Qué has visto mientras has estado al servicio de Corbulón? ¡Nada! ¿Conoces los templos griegos como los conozco yo, que, dirigido por guía experto y sabio, los visité minuciosamente durante dos años enteros? ¿Viste el coloso de Rodas en el Panopeo, en la Fócida la arcilla con que Prometeo formaba el hombre?, ¿ó en Esparta los huevos de Leda?, ¿ó en Atenas la célebre armadura sármata, fabricada con uñas de caballo? ¿En Eubea la nave de Agamenón?, ¿ó la copa modelada sobre el pecho izquierdo de Helena? ¿Has visto Menfis, Alejandría, las Pirámides y los cabellos que se arrancó Isis por amor á Osiris? ¿Has oído el sonido lastimero

de Memnón? La tierra es vasta y no termina en el Trastevere. Yo acompañaré á César, y á su regreso iré á visitar Chipre, siendo el deseo de mi diosa de la cabellera de oro ofrecer palomas á la Diosa en Pafos; y su deseo es para mí una orden.

– Yo soy tu esclava, dijo Eunica.

Petronio, dirigiéndose á Vinicio, continuó:

– Ven con nosotros á Chipre. Pero antes no te olvides de ir á saludar á César. Malo es que no lo hayas hecho ya; Tigelino podría aprovecharse para perjudicarte: no siente hacia ti particular aversión, pero no puede quererte bien siendo tú mi sobrino. Diremos que has estado enfermo. Debemos preparar una contestación por si César preguntase por Licia. Lo mejor será que le digas con aire de indiferencia que estás hastiado de ella. Dile además que la enfermedad te ha tenido encerrado en casa y que experimentaste un aumento de fiebre por el sentimiento que te causó no poder oir su canto en Nápoles. No temas las exageraciones; Tigelino inventará para César algo no sólo grande, sino gigantesco; temo que acabe por suplantarme.

– ¿Sabes, dijo Vinicio, que hay personas que no tienen miedo á César y que viven tranquilas como si él no existiese?

– Me figuro á quiénes te refieres...: ¡los cristianos!

– ¡Esos precisamente! Y en cambio, ¿qué es nuestra vida sino un perpetuo temor?

– ¡Déjame en paz con tus cristianos! No temen á César porque él quizá nunca ha oído hablar de ellos. En último caso, los conoce y no se ocupa de ellos para nada. Te repito que los cristianos no son personas de significación. Tú mismo debes comprenderlo; si tu naturaleza se rebela contra su doctrina, esto ocurre solamente porque adivinas su escasa importancia. Tú eres de otro rango, querido mío. Así, pues, déjame en paz y procura tranquilizarte. Nosotros sabemos vivir y morir: lo que ellos sepan sobre lo que nosotros sabemos, lo ignoro por completo.

Estas palabras no dejaron de producir efecto sobre Vinicio. Volviendo á su casa pensaba que tal vez la bondad y el amor al prójimo de los cristianos podían ser una prueba de la inferioridad de su espíritu. Le parecía que personas inteligentes y valerosas no podían perdonar tan fácilmente. Creía descubrir en esto la causa de la aversión de su naturaleza romana contra su doctrina.

– Nosotros sabemos vivir y morir, había dicho Petronio. Ellos, en cambio, no saben más que perdonar, sin conocer el verdadero amor, ni el verdadero odio.

XXX

Apenas llegado á Roma, César se arrepintió de haber regresado, y después de algunos días sintió renacer el deseo de visitar la Acaya. Promulgó un edicto para declarar que su ausencia no sería de larga duración y que no se interrumpiría el curso normal de los negocios públicos. En compañía de sus cortesanos, entre los cuales se hallaba Vinicio, estuvo en el Capitolio para implorar de los dioses con sacrificios un feliz viaje. Pero el segundo día, visitando el templo de Vesta, ocurrió un hecho que destruyó todos sus proyectos. Nerón, sin tener fe en los dioses, los temía, infundiéndole especial temor la misteriosa Vesta. La vista del templo y del fuego sagrado le aterrorizó hasta el extremo de erizársele los cabellos: un frío intenso le serpenteó por las venas, y dando diente con diente cayó en brazos de Vinicio que estaba á su lado. En seguida fué sacado del templo. Llevado al palacio, volvió pronto en sí, pero en algunos días no pudo abandonar el lecho. Entre la admiración general, declaró que prorrogaba la partida por haberle recomendado la diosa evitar toda precipitación. Una hora después se esparció por toda Roma la noticia de que César, conmovido por las tristes miradas de los ciudadanos y animado por el amor paternal que sentía por ellos, había decidido quedarse en la ciudad para compartir su suerte y sus placeres. El pueblo se alegró de tal determinación, tanto más cuanto que con el anuncio se le garantizaban, por decirlo así, los juegos y la distribución de granos. Imponente muchedumbre se reunió frente al palacio prorrumpiendo en gritos de júbilo y ensalzando al divino César. Éste, que se hallaba jugando á los dados con los cortesanos, interrumpió la partida, diciendo:

– Sí, fué necesario prorrogar el viaje. El Egipto y el vaticinado predominio sobre Oriente no pueden escapársemе. Tampoco se perderá la Acaya. Haré cortar el istmo de Corinto y mandaré edificar en Egipto monumentos, á cuyo lado las pirámides parecerán juguetes. Haré construir una esfinge siete veces mayor que la que se encuentra en el desierto, cerca de Menfis, y tendrá mis rasgos fisonómicos. Los siglos venideros no hablarán más que de mí y de ese monumento.

– Con tus versos te has erigido ya uno, no siete, sino veinte veces más grande que las Pirámides, dijo Petronio.

– ¿Y con mi canto?

– ¡Ah, si los hombres acertasen á erigir una estatua como la de Memnón, que pudiese saludar la salida del sol con tu voz! Por todos los siglos venideros, los mares que circundan el Egipto estarían atestados de naves, y los pueblos de las tres partes de la tierra, olvidando toda otra cosa, prestarían oídos á tu canto.

– ¡Oh!, ¿quién acertará?, preguntó Nerón.

– Puedes ordenar que te esculpan en basalto, en actitud de montar sobre tu cuadriga.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Memnón? La tierra es vasta y no termina en el Trastevere. Yo acompañaré á César, y á su regreso iré á visitar Chipre, siendo el deseo de mi diosa de la cabellera de oro ofrecer palomas á la Diosa en Pafos; y su deseo es para mí una orden.

– Yo soy tu esclava, dijo Eunica.

Petronio, dirigiéndose á Vinicio, continuó:

– Ven con nosotros á Chipre. Pero antes no te olvides de ir á saludar á César. Malo es que no lo hayas hecho ya; Tigelino podría aprovecharse para perjudicarte: no siente hacia ti particular aversión, pero no puede quererte bien siendo tú mi sobrino. Diremos que has estado enfermo. Debemos preparar una contestación por si César preguntase por Licia. Lo mejor será que le digas con aire de indiferencia que estás hastiado de ella. Dile además que la enfermedad te ha tenido encerrado en casa y que experimentaste un aumento de fiebre por el sentimiento que te causó no poder oir su canto en Nápoles. No temas las exageraciones; Tigelino inventará para César algo no sólo grande, sino gigantesco; temo que acabe por suplantarme.

– ¿Sabes, dijo Vinicio, que hay personas que no tienen miedo á César y que viven tranquilas como si él no existiese?

– Me figuro á quiénes te refieres...: ¡los cristianos!

– ¡Esos precisamente! Y en cambio, ¿qué es nuestra vida sino un perpetuo temor?

– ¡Déjame en paz con tus cristianos! No temen á César porque él quizá nunca ha oído hablar de ellos. En último caso, los conoce y no se ocupa de ellos para nada. Te repito que los cristianos no son personas de significación. Tú mismo debes comprenderlo; si tu naturaleza se rebela contra su doctrina, esto ocurre solamente porque adivinas su escasa importancia. Tú eres de otro rango, querido mío. Así, pues, déjame en paz y procura tranquilizarte. Nosotros sabemos vivir y morir: lo que ellos sepan sobre lo que nosotros sabemos, lo ignoro por completo.

Estas palabras no dejaron de producir efecto sobre Vinicio. Volviendo á su casa pensaba que tal vez la bondad y el amor al prójimo de los cristianos podían ser una prueba de la inferioridad de su espíritu. Le parecía que personas inteligentes y valerosas no podían perdonar tan fácilmente. Creía descubrir en esto la causa de la aversión de su naturaleza romana contra su doctrina.

– Nosotros sabemos vivir y morir, había dicho Petronio. Ellos, en cambio, no saben más que perdonar, sin conocer el verdadero amor, ni el verdadero odio.

XXX

Apenas llegado á Roma, César se arrepintió de haber regresado, y después de algunos días sintió renacer el deseo de visitar la Acaya. Promulgó un edicto para declarar que su ausencia no sería de larga duración y que no se interrumpiría el curso normal de los negocios públicos. En compañía de sus cortesanos, entre los cuales se hallaba Vinicio, estuvo en el Capitolio para implorar de los dioses con sacrificios un feliz viaje. Pero el segundo día, visitando el templo de Vesta, ocurrió un hecho que destruyó todos sus proyectos. Nerón, sin tener fe en los dioses, los temía, infundiéndole especial temor la misteriosa Vesta. La vista del templo y del fuego sagrado le aterrorizó hasta el extremo de erizársele los cabellos: un frío intenso le serpenteó por las venas, y dando diente con diente cayó en brazos de Vinicio que estaba á su lado. En seguida fué sacado del templo. Llevado al palacio, volvió pronto en sí, pero en algunos días no pudo abandonar el lecho. Entre la admiración general, declaró que prorrogaba la partida por haberle recomendado la diosa evitar toda precipitación. Una hora después se esparció por toda Roma la noticia de que César, conmovido por las tristes miradas de los ciudadanos y animado por el amor paternal que sentía por ellos, había decidido quedarse en la ciudad para compartir su suerte y sus placeres. El pueblo se alegró de tal determinación, tanto más cuanto que con el anuncio se le garantizaban, por decirlo así, los juegos y la distribución de granos. Imponente muchedumbre se reunió frente al palacio prorrumpiendo en gritos de júbilo y ensalzando al divino César. Éste, que se hallaba jugando á los dados con los cortesanos, interrumpió la partida, diciendo:

– Sí, fué necesario prorrogar el viaje. El Egipto y el vaticinado predominio sobre Oriente no pueden escapársemе. Tampoco se perderá la Acaya. Haré cortar el istmo de Corinto y mandaré edificar en Egipto monumentos, á cuyo lado las pirámides parecerán juguetes. Haré construir una esfinge siete veces mayor que la que se encuentra en el desierto, cerca de Menfis, y tendrá mis rasgos fisonómicos. Los siglos venideros no hablarán más que de mí y de ese monumento.

– Con tus versos te has erigido ya uno, no siete, sino veinte veces más grande que las Pirámides, dijo Petronio.

– ¿Y con mi canto?

– ¡Ah, si los hombres acertasen á erigir una estatua como la de Memnón, que pudiese saludar la salida del sol con tu voz! Por todos los siglos venideros, los mares que circundan el Egipto estarían atestados de naves, y los pueblos de las tres partes de la tierra, olvidando toda otra cosa, prestarían oídos á tu canto.

– ¡Oh!, ¿quién acertará?, preguntó Nerón.

– Puedes ordenar que te esculpan en basalto, en actitud de montar sobre tu cuadriga.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– ¡Es verdad! ¡Lo haré!

– Será un regalo precioso para la humanidad.

– En Egipto me casaré con la luna, que ahora es viuda, y seré entonces un verdadero dios.

– Y á nosotros nos darás las estrellas; así podremos formar una nueva constelación, á la que daremos tu nombre. A Vitelio debes casarlo con el Nilo, para que engendre hipopótamos. Concede á Tigelino el desierto; será rey de los chacales.

– ¿Y á mí para qué me destinas?, preguntó Vatinio.

– ¡Apis te bendiga! Tú organizas festejos tan brillantes en Benevento, que no puedo desearte nada malo. Prepara un par de zapatos para la esfinge, á fin de que sus pies no se hielen con el rocío, y sandalias para los colosos que adornan los caminos frente á los templos. Todos encontrarán muy propia de ti esta ocupación. Domicio Afro será tesorero, pues conocida es su probidad. Me satisface, ¡oh César!, que vuelvas á soñar con el Egipto, porque la prórroga de tu viaje me había puesto de mal humor.

– Tus ojos mortales no vieron nada, porque la divinidad se hace invisible cuando quiere, dijo Nerón. Has de saber que cuando estuve en el templo de Vesta, se me acercó la diosa y murmuró á mi oído: «¡Aplaza el viaje!» Este inesperado aviso me atemorizó; pero he comprendido que debo gratitud á los dioses por los cuidados que me prodigan.

– Todos nos asustamos, dijo Tigelino; y la vestal Rubria perdió el sentido.

– Rubria, dijo Nerón, tiene el cuello blanco como la nieve.

– Pero enrojeció al ver al divino César.

– También lo noté yo. Es muy raro: en toda vestal hay algo divino, y Rubria es muy hermosa. Decidme, prosiguió, después de reflexionar breves momentos, ¿por qué los hombres temen á Vesta más que á las otras divinidades? ¿Qué significa esto? Aunque soy un gran sacerdote, fuí asaltado por el terror. Recuerdo solamente haberme sentido desfallecer, y sin duda hubiera caído en tierra á no haberme sostenido alguien. ¿Quién fué?

– ¡Yo!, respondió Vinicio.

– ¡Ah, tú, severo Marte! ¿Por qué no fuiste á Benevento? Se me dijo que estabas enfermo... y, en efecto, te encuentro muy cambiado. Oí que Crotón quería matarte; ¿es verdad?

– Es verdad; me rompió un brazo, pero yo me defendí.

– ¿Con un brazo roto?

– Me ayudó un bárbaro más fuerte que Crotón.

Nerón miró á Vinicio con sorpresa.

– ¿Más fuerte que Crotón? ¡Te burlas! Crotón era el más fuerte de los hombres, y ahora lo es Siface, el etíope.

– Yo te refiero, César, lo que vi por mis propios ojos.

– ¿Dónde está esa perla? ¿No es aún rey de los Nemeos?

– ¡Lo ignoro, César! Le perdí de vista.

– ¿Y no sabes siquiera á qué raza pertenece?

– Preocupado con el brazo roto, no se me ocurrió preguntarle nada.

– ¡Búscalo y traémelo!

– También me ocuparé yo en ello, dijo Tigelino.

Nerón prosiguió:

– Te agradezco, Vinicio, tu apoyo; sin ti me hubiera estrellado la cabeza contra el suelo. Tú, en otro tiempo, fuiste un hombre sociable; pero después de tu campaña al servicio de Corbulón, te has vuelto un poco huraño. Te veo rara vez...

¿Y qué es de aquella muchacha, preguntó al poco rato Nerón, cuyo amor te había enloquecido y que hice sacar de casa de Aulo para dártela?

Vinicio quedó confuso, pero Petronio corrió en su auxilio, diciendo:

– Creo, señor, que la ha olvidado. ¿Ves su turbación? Pregúntale el número de las que le han ocupado durante este tiempo y le harás enmudecer. Los Vinicios son buenos soldados, pero aún mejores conquistadores. Castígale, señor, y no le invites al banquete que Tigelino está organizando en tu honor sobre el lago de Agripa.

– ¡No! Estoy seguro de que Tigelino no hará escasear las mujeres hermosas.

– ¿Podrán faltar las Gracias donde está el Amor?, respondió Tigelino.

– El aburrimiento me mata, dijo Nerón. Por voluntad de los dioses me he quedado en Roma; pero no puedo sufrir la ciudad. Marcharé á Anzio, porque aquí, entre estas callejas estrechas y estas casas antiguas y altas como torres, parece que me sofoco. El aire infecto penetra hasta en mis jardines y en mi palacio. ¡Ah! ¡Si un terremoto destruyera toda Roma, si un dios airado quisiera derrumbarla, yo enseñaría cómo se debe construir una ciudad destinada á ser mi residencia y el centro de todo el mundo!

– César, preguntó Tigelino, ¿no dijiste «si un dios airado quisiera derrumbarla?»

– Sí...

– Pero ¿no eres tú mismo un dios?

Nerón hizo un signo indefinido con la mano, y luego prosiguió:

– Juzgaremos tu obra en el estanque de Agripa. Después me voy á Anzio. Todos vosotros tenéis ideas limitadas y no podéis comprender mis aspiraciones.

Cerró los ojos para indicar que necesitaba descanso, y todos los circunstantes se retiraron.

Petronio, vuelto á Vinicio, dijo:

– Estás, pues, invitado á tomar parte en la excursión. *Enobarbo* ha renunciado al viaje; pero esto, ¿qué significa? Se ha establecido en la ciudad como en casa propia. Tú debes intentar también buscar placer y olvido en esas locuras. ¡Hemos luchado y vencido; tenemos derecho á gozar! Tú, Marco, eres un excelente y hermoso joven, y á esta circunstancia atribuyo la debilidad que tengo por ti. ¡Por Diana de Éfeso! ¡Si pudieses ver tus espléndidas cejas y tu noble rostro en el que se observan los rasgos de los antiguos Quirites! A tu lado los demás parecen libertos. Verdaderamente, si no fuese por aquella estulta religión, Licia estaría hoy en tu casa; demuéstrame ahora que los cristianos no son enemigos de la humanidad. Se han portado bien contigo y debes quedarles agradecido; pero yo, en tu lugar, odiaría aquella religión y buscaría en otra parte la satisfacción de mis deseos. Te lo repito: tú eres un guapo muchacho y Roma está llena de mujeres divorciadas.

– ¡Me sorprende tu tranquilidad!

– ¿Quién te asegura que yo estoy tranquilo? Yo sufro siempre; pero no tengo tu edad. Además, me preocupo por cosas que para ti no tienen significado alguno. Yo amo los libros, que te son indiferentes; amo la poesía, que te fastidia; amo los objetos artísticos, las piedras preciosas y muchas otras cosas de que tú no te cuidas, y, finalmente, he encontrado á Eunica, que tú buscarías en vano. Yo me encuentro muy bien en mi casa entre los objetos de arte; pero tú nunca serás un hombre de gustos estéticos. Estoy plenamente persuadido de que la vida jamás podrá ofrecerme nada mejor de lo que hasta ahora he tenido. Tú, en cambio, no piensas así, y sigues esperando y buscando. Cuando se te aproxime la muerte, á pesar de tu valor y de tus sufrimientos, no podrás menos de sorprenderte al ver que tienes que abandonar la tierra. Yo, por el contrario, aceptaré la muerte como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una necesidad, con la convicción de que la vida no habría de ofrecerme ningún placer nuevo. No me apresuro ni me detengo; procuraré, sin embargo, estar alegre hasta el fin. En el mundo hay escépticos de buen humor. Para mí los estoicos están locos; pero, al menos, el estoicismo templa á los hombres, mientras tus cristianos llevan rodando por el mundo la tristeza, que es para la vida lo que la lluvia para la naturaleza. ¿Sabes qué he averiguado? Durante las fiestas preparadas por Tigelino sobre el estanque de Agripa, mujeres de las principales familias de Roma se permitirán las más amplias libertades. ¿No podrá encontrarse allí alguna beldad capaz de consolarte? Habrá muchachas que harán su entrada en sociedad..., como ninfas. ¡Esto es lo que se hace en la casa de César! El aire es templado, los céfiros del mediodía calientan el agua sin encresparla; y tú, Narciso, has de saber que ninguna te resistirá, ninguna, aunque se trate de una virgen vestal.

Vinicio, con la frente apoyada en la mano, parecía seguir el curso de sus propios pensamientos.

– Debería tener una fortuna especial para poder encontrarla.

– ¿Y de quién es la culpa sino de los cristianos? Gente que tiene por emblema la cruz no puede ser de otra manera. ¡Escúchame! La Grecia creó la belleza y la sabiduría; nosotros producimos la fuerza, y esta doctrina ¿con qué puede enriquecer tu pensamiento? Si lo sabes, explícate, porque, ¡por Pólux!, yo no llego á comprenderlo.

– ¡Temes que al fin me haga cristiano!, dijo Vinicio.

– Temo que tú mismo te inutilices. Si no puedes ser un griego, procura ser un romano. ¡Alégrate y goza! Nuestras locuras comunes tienen cierto significado; hacen que el pensamiento se interese por todo lo individual. Yo desprecio á *Enobarbo* porque es un bufón griego. Si se considerase romano, le reconocería el derecho de permitirse esas locuras. Prométeme que si encuentras en la calle á un cristiano le enseñarás la lengua. Si fuese Glauco, como es médico, no se sorprendería... ¡Quedamos en que volveremos á vernos en el estanque de Agripa!

XXXI

Los pretorianos circundaban los bosquecillos junto al estanque de Agripa á fin de que el número excesivo de espectadores no importunase á César y á sus invitados.

Todo cuanto en Roma se distinguía por riqueza, por hermosura ó por ingenio se había citado para esta fiesta, única en la historia de la Ciudad Eterna. Tigelino quería compensar á Nerón de su fracasado viaje á Grecia, superar á cuantos habían obsequiado al emperador anteriormente y demostrar que nadie organizaba una fiesta mejor que él. Para tal objeto había empezado sus preparativos en Nápoles, continuándolos en Benevento, mandando traer de los más remotos países animales selváticos, pájaros y peces raros, plantas, vasos y trajes, para aumentar el esplendor de la fiesta. Las rentas de provincias enteras fueron agotadas para llevar á cabo proyectos al parecer irrealizables. Pero no se preocupaba por ello el poderoso cortesano, viendo que su influencia aumentaba de día en día. No era que Nerón le prefiriese á otros, sino que él sabía hacerse indispensable. Petronio le superaba en ingenio y argucia, sabía mejor que él hacer agradable una conversación; por su desgracia aventajaba á César en el arte de agradar, y con esto suscitaba la envidia. Además no era instrumento muy dócil, y César temía su opinión en las cuestiones de gusto. Tigelino, en cambio, no le causaba en este punto ninguna desazón: el título de *arbiter elegantiarum* atribuído á Petronio ofendía la delicadeza de Nerón, porque ¿á quién sino á él correspondía ese título? Tigelino era bastante astuto para comprender su inferioridad. No pudiendo medirse con Petronio, con Lucano y con otros personajes eminentes por nacimiento, por ingenio ó por saber, procuraba hacerse indispensable por medio de cierta flexibilidad servil y desplegando un lujo cuyo esplendor debía sorprender al mismo Nerón. Había decidido dar el banquete sobre una balsa ó armadía formada de doradas vigas. Los cantos de esta armadía estaban adornados con conchas procedentes del mar Rojo y del Océano Índico y en las cuales se reflejaban todos los colores del arco iris. Sobre las orillas del estanque estaban esparcidos en artístico desorden grupos de palmas y césped con rosas; entre diminutos sotos de barro se ocultaban fuentes de agua olorosa, se elevaban estatuas de divinidades y había pajareras de oro y plata en cuyo interior saltaban pájaros de variado y brillante plumaje. En el centro de la armadía se levantaba un gigantesco pabellón de tela purpúrea de Siria, colocado sobre columnitas de plata y elevado para dejar libre la vista. Debajo se hallaban las mesas para los invitados, llenas de cristales alejandrinos, de copas y vasos, cuyo esplendor deslumbraba y cuyo precio era inestimable: todos eran tesoros procedentes de Italia, de Grecia y del Asia Menor.

Por los múltiples arbustos y plantas con que estaba adornada, la armadía presentaba el aspecto de una isla ó de un jardín flotante. Amarradas á ella por medio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una necesidad, con la convicción de que la vida no habría de ofrecerme ningún placer nuevo. No me apresuro ni me detengo; procuraré, sin embargo, estar alegre hasta el fin. En el mundo hay escépticos de buen humor. Para mí los estoicos están locos; pero, al menos, el estoicismo templa á los hombres, mientras tus cristianos llevan rodando por el mundo la tristeza, que es para la vida lo que la lluvia para la naturaleza. ¿Sabes qué he averiguado? Durante las fiestas preparadas por Tigelino sobre el estanque de Agripa, mujeres de las principales familias de Roma se permitirán las más amplias libertades. ¿No podrá encontrarse allí alguna beldad capaz de consolarte? Habrá muchachas que harán su entrada en sociedad..., como ninfas. ¡Esto es lo que se hace en la casa de César! El aire es templado, los céfiros del mediodía calientan el agua sin encresparla; y tú, Narciso, has de saber que ninguna te resistirá, ninguna, aunque se trate de una virgen vestal.

Vinicio, con la frente apoyada en la mano, parecía seguir el curso de sus propios pensamientos.

– Debería tener una fortuna especial para poder encontrarla.

– ¿Y de quién es la culpa sino de los cristianos? Gente que tiene por emblema la cruz no puede ser de otra manera. ¡Escúchame! La Grecia creó la belleza y la sabiduría; nosotros producimos la fuerza, y esta doctrina ¿con qué puede enriquecer tu pensamiento? Si lo sabes, explícate, porque, ¡por Pólux!, yo no llego á comprenderlo.

– ¡Temes que al fin me haga cristiano!, dijo Vinicio.

– Temo que tú mismo te inutilices. Si no puedes ser un griego, procura ser un romano. ¡Alégrate y goza! Nuestras locuras comunes tienen cierto significado; hacen que el pensamiento se interese por todo lo individual. Yo desprecio á *Enobarbo* porque es un bufón griego. Si se considerase romano, le reconocería el derecho de permitirse esas locuras. Prométeme que si encuentras en la calle á un cristiano le enseñarás la lengua. Si fuese Glauco, como es médico, no se sorprendería... ¡Quedamos en que volveremos á vernos en el estanque de Agripa!

XXXI

Los pretorianos circundaban los bosquecillos junto al estanque de Agripa á fin de que el número excesivo de espectadores no importunase á César y á sus invitados.

Todo cuanto en Roma se distinguía por riqueza, por hermosura ó por ingenio se había citado para esta fiesta, única en la historia de la Ciudad Eterna. Tigelino quería compensar á Nerón de su fracasado viaje á Grecia, superar á cuantos habían obsequiado al emperador anteriormente y demostrar que nadie organizaba una fiesta mejor que él. Para tal objeto había empezado sus preparativos en Nápoles, continuándolos en Benevento, mandando traer de los más remotos países animales selváticos, pájaros y peces raros, plantas, vasos y trajes, para aumentar el esplendor de la fiesta. Las rentas de provincias enteras fueron agotadas para llevar á cabo proyectos al parecer irrealizables. Pero no se preocupaba por ello el poderoso cortesano, viendo que su influencia aumentaba de día en día. No era que Nerón le prefiriese á otros, sino que él sabía hacerse indispensable. Petronio le superaba en ingenio y argucia, sabía mejor que él hacer agradable una conversación; por su desgracia aventajaba á César en el arte de agradar, y con esto suscitaba la envidia. Además no era instrumento muy dócil, y César temía su opinión en las cuestiones de gusto. Tigelino, en cambio, no le causaba en este punto ninguna desazón: el título de *arbiter elegantiarum* atribuído á Petronio ofendía la delicadeza de Nerón, porque ¿á quién sino á él correspondía ese título? Tigelino era bastante astuto para comprender su inferioridad. No pudiendo medirse con Petronio, con Lucano y con otros personajes eminentes por nacimiento, por ingenio ó por saber, procuraba hacerse indispensable por medio de cierta flexibilidad servil y desplegando un lujo cuyo esplendor debía sorprender al mismo Nerón. Había decidido dar el banquete sobre una balsa ó armadía formada de doradas vigas. Los cantos de esta armadía estaban adornados con conchas procedentes del mar Rojo y del Océano Índico y en las cuales se reflejaban todos los colores del arco iris. Sobre las orillas del estanque estaban esparcidos en artístico desorden grupos de palmas y césped con rosas; entre diminutos sotos de barro se ocultaban fuentes de agua olorosa, se elevaban estatuas de divinidades y había pajareras de oro y plata en cuyo interior saltaban pájaros de variado y brillante plumaje. En el centro de la armadía se levantaba un gigantesco pabellón de tela purpúrea de Siria, colocado sobre columnitas de plata y elevado para dejar libre la vista. Debajo se hallaban las mesas para los invitados, llenas de cristales alejandrinos, de copas y vasos, cuyo esplendor deslumbraba y cuyo precio era inestimable: todos eran tesoros procedentes de Italia, de Grecia y del Asia Menor.

Por los múltiples arbustos y plantas con que estaba adornada, la armadía presentaba el aspecto de una isla ó de un jardín flotante. Amarradas á ella por medio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de cadenas de oro y de cuerdas purpurinas, la circundaban barquillas que afectaban formas de peces, de cisnes y de gaviotas, y en ellas, apoyados sobre remos de varios colores, se hallaban esclavos y esclavas de extraordinaria belleza, peinadas á la moda oriental, con los cabellos recogidos en una red de oro.

Apenas Nerón, después de saltar sobre la balsa, llegó debajo del pabellón, los remos se sumergieron en el agua, las barquillas se movieron extendiendo las cuerdas y las cadenas doradas, y la armadía, con los ilustres invitados, empezó á girar lentamente.

De los bosquecillos improvisados sobre la playa y de los edificios fantásticos construídos para la fiesta y ocultos entre el verde follaje, llegaban dulces sonidos de música y de canto, repetidos hasta en los puntos más remotos por armoniosos ecos.

César, sentado entre Popea y Pitágoras, estaba maravillado; cuando entre las barquillas hicieron su aparición jóvenes esclavas representando sirenas, pero luciendo, en vez de escamas, verdes redecillas, se deshizo en alabanzas. Por costumbre, se volvió á Petronio, deseando oir la opinión del *arbiter;* pero éste, encerrado en un digno silencio, se hizo rogar un poco antes de responder.

– Me parece, señor, que diez mil jóvenes causan menos impresión que una sola.

Aquel banquete flotante agradó mucho á César, pues tuvo por lo menos el mérito de la novedad. Después fueron servidas tales viandas, que ante ellas la fantasía de Apicio se hubiera considerado pequeña, y tanta variedad de vinos, que Otón, que solía ofrecerlos de ochenta clases distintas, se hubiera arrojado al lago si hubiese asistido al banquete.

Entre las mujeres sentáronse á la mesa los cortesanos, brillando sobre todos por su belleza el tribuno Vinicio. Anteriormente su figura y su fisonomía recordaban al soldado; pero ahora los sufrimientos físicos y morales habían afinado sus rasgos de tal modo que parecían trazados por la mano de un gran artista. Su cutis había perdido el tinte bronceado, para no conservar más que el brillo amarillento del mármol de Numidia. Los ojos, agrandados, parecían más densos. El pecho, habituado á la armadura, mantenía aún sus líneas fuertes; pero diríase que sobre el busto de un guerrero se había colocado la cabeza de un dios griego, ó por lo menos de un aristocrático patricio, delicado y distinguido.

Petronio, diciendo que ninguna mujer en la corte de César querría ó podría resistir á Vinicio, había hablado como un hombre de experiencia. Todas dirigían sus miradas al joven tribuno, sin exceptuar á Popea y á la vestal Rubria, á la que Nerón había deseado ver en el banquete.

Los vinos helados inflamaron pronto los corazones y las cabezas de los invitados. A cada momento, de los céspedes de la playa salían otras embarcaciones bajo forma de grillos y mariposas, que ocuparon la superficie azul del agua; de cuando en cuando se soltaban palomas y pájaros de la India y de África, sujetos por cintas plateadas y azules.

El sol dirigíase á su ocaso, pero el aire era cálido, por más que el mes de mayo no hubiese aún terminado. El estanque parecía elevarse bajo los golpes de remo que batían las aguas al compás de la música. No soplaba el más leve airecillo: silencio solemne reinaba en los bosques y en la playa, como si la naturaleza toda estuviese absorta en la contemplación del banquete. La balsa seguía girando con los invitados, siempre animados y alegres.

El banquete no había llegado á su mitad, cuando los invitados cambiaron de sitio. Dió el ejemplo Nerón, levantándose y ordenando á Vinicio, sentado junto á

¡Te amo! ¡Ven! ¡Nadie nos ve!.. ¡Pronto!

la vestal, que hiciera lo mismo. Acomodóse al lado de Rubria y murmuró en sus oídos algunas palabras. Vinicio se sentó al lado de Popea, la cual extendiendo su brazo hacia él, le rogó que le cerrara el brazalete. Obedeció con la mano trémula, mientras ella, con los párpados entornados, lanzó sobre él una mirada indagadora y echó luego hacia atrás la cabeza, como para librarse de una tentación.

El sol, en tanto, iba ocultándose tras las copas de los árboles; los invitados, en su mayor parte, estaban borrachos. La balsa se acercó á la playa, donde entre las flores y los arbustos se movía una turba de gente disfrazada de faunos, de sátiros, de ninfas y de driadas; aquí sonaba la flauta, allí el tamboril, más allá otros instrumentos pastoriles.

Por fin las tinieblas envolvieron la armadía, sobre la cual estalló un enorme estrépito en honor de la luna. Millares de lámparas iluminaron los bosques; las cavernas parecían enormes ojos luminosos; sobre las terrazas aparecieron nuevos grupos formados por las hijas y esposas de las más nobles familias de Roma, las cuales con señas y voces llamaban á sus compañeros. La balsa atracó á la orilla. César y los cortesanos se diseminaron por los bosques, el pabellón y las grutas artificiales construídas entre las fuentes. Todos estaban atacados de la misma locura. Nadie sabía por donde había desaparecido Nerón. Los sátiros y los faunos perseguían con estridentes gritos á las ninfas. Algunos golpeaban con los tirsos las lámparas para apagarlas; el bosque, en gran parte, quedó sumido en la más profunda obscuridad; pero resonaban por doquiera alegres carcajadas y reinaba el estrépito más desenfrenado.

Verdaderamente, Roma no había asistido nunca á un espectáculo semejante.

Vinicio no estaba borracho como en el banquete celebrado en el Palatino, donde tuvo á Licia á su lado; pero no podía dejar de sentirse excitado por todo cuanto ocurría á su alrededor, y al fin también fué atacado de la fiebre del placer. Se lanzó en medio del bosque á caza de una hermosa driada. Éstas se precipitaron á su encuentro cantando y procurando atraerlo por todos los medios, si bien las perseguían faunos, sátiros, senadores, caballeros y músicos. La mirada de Vinicio se fijó en un grupo de muchachas cuya guía iba disfrazada de Diana. Se aproximó rápidamente para examinar mejor á la diosa. De pronto le pareció que cesaban los latidos de su corazón, creyendo reconocer en aquella divinidad, que ostentaba una luna en la frente, á su Licia.

Le rodearon, formando una cadena y bailando una danza vertiginosa, y para obligarle á seguirlas emprendieron la fuga con la celeridad de los ciervos. Pero él permaneció quedo, con el corazón palpitante; pues aunque se persuadió en seguida de que Diana no era Licia, y después de un detenido examen se convenció de que ni siquiera tenía con ella semejanza, su recuerdo había bastado para sacudirle todas las fibras. Surgió en él, más fuerte que nunca, el deseo de verla, y su amor pareció aumentar con una fuerza sobrenatural. Jamás su imagen se le había presentado más pura, más dulce, más casta que en aquella hora, en aquel bosque donde la depravación enloquecía y la sensualidad dominaba los espíritus. Un momento antes intentaba también libar aquella copa y tomar parte en aquella desenfrenada orgía; después sintió náuseas.

Se sofocaba, necesitaba aire, aire puro; quería hallarse fuera de aquel sitio para admirar las estrellas, de cuya contemplación le privaba la espesura del bosque; quería huir en seguida, muy lejos. Pero, súbitamente, una figura velada, surgida como por encanto á su lado, le puso las manos sobre sus hombros, y acariciándole el rostro con su cálido aliento, murmuró á su oído:

– ¡Te amo! ¡Ven! ¡Nadie nos ve!.. ¡Pronto!

Vinicio pareció despertar de un sueño.

– ¿Quién eres?

– ¡Adivina!

Y á través del velo puso sus labios sobre la boca del joven y lo estrechó contra su corazón en un apasionado abrazo.

– ¡Noche de embriaguez!, murmuró con ansia. ¡Hoy todo se permite!

Pero aquel beso ardía en los labios de Vinicio, llenándole de terror. Su corazón estaba lejos; para él en el mundo no existía más que una mujer... ¡Licia! Rechazando á la figura velada, dijo:

– Quienquiera que seas..., yo amo á otra: ¡no quiero saber nada de ti!

– Quítame el velo, suplicó ella, cogiéndole la cabeza.

En aquel instante murmuraron las hojas del grupo de mirtos; la tapada desapareció como un fantasma, prorrumpiendo, al hallarse á cierta distancia, en una carcajada estridente y maliciosa.

Petronio estaba frente á Vinicio.

– Lo he visto y oído todo, dijo.

– Huyamos de estos lugares, repuso Vinicio.

Pasaron junto á las cavernas iluminadas, y atravesando el bosque y las filas de los pretorianos, se acercaron á las literas.

– Voy contigo, dijo Petronio.

Salieron. Durante todo el trayecto no abrieron la boca; únicamente en el atrio de la casa de su sobrino preguntó á éste Petronio:

– ¿Sabes quién era aquélla?

– ¿Rubria?, preguntó Vinicio, irritado por tal idea, porque Rubria era una vestal.

– ¡No!

– ¿Quién, pues?

Petronio bajó la voz.

– El fuego de Vesta se ha contaminado, porque Rubria estaba con César. Pero contigo se entretenía... (y aquí su voz bajó otro tono) ¡la... divina Augusta!

Ambos callaron.

– César, continuó luego Petronio, no pudo ocultar á Popea su deseo de poseer á Rubria. Aquélla quiso vengarse. Yo me acerqué, porque si tú, reconociendo á la divina Augusta, la hubieses rechazado, te habrías perdido irremisiblemente, y contigo Licia... y quizás yo.

– ¡Estoy harto de Roma, de César, de los banquetes, de la Augusta, de Tigelino, de todos vosotros!, exclamó Vinicio. ¡Me ahogo! ¡No puedo seguir viviendo así! ¡No puedo, no puedo! ¿Comprendes?

– Tú has perdido el juicio, el raciocinio y la moderación.

– ¡No quiero á nadie más que á ella!

– ¿Y luego?

– No siento deseo de ningún otro amor. ¡Vuestra vida, vuestros banquetes y vuestros vicios me repugnan!

– ¿Pero qué mudanza se ha operado en ti? ¿Eres quizá cristiano?

El joven, llevándose las manos á la cabeza, suspiró con voz desolada:

– ¡Todavía no, todavía no!

XXXII

Petronio volvió á su casa disgustado. Era evidente que Vinicio y él ya no se comprendían, que algo se había interpuesto entre sus almas. Hasta entonces Petronio había ejercido la más ilimitada influencia sobre el joven guerrero: le había servido, por decirlo así, de modelo; bastaban algunas palabras irónicas de su parte para moderar á Vinicio ó para animarlo á cualquier empresa. Todo esto había terminado; y tan grande era la transformación, que Petronio ni siquiera trataba de adoptar el método de otros tiempos; veía que la argucia y la ironía no tenían poder sobre aquellos nuevos principios, que el amor y el cristianismo, incomprensible para ambos, habían germinado en el corazón de su sobrino. El escéptico comprendía que había perdido la llave de aquella alma. Tal convencimiento le causaba cierta amargura, casi un temor, aumentado por los acontecimientos de aquella noche.

«Si no es un capricho pasajero, sino un deseo real de la Augusta, pensaba Petronio, ó Vinicio no lo resistirá y... por una combinación cualquiera acabará por perderse un día ú otro; ó bien, como ha hecho esta noche, se opondrá á su deseo, y en este caso su caída es segura, y tal vez yo, como pariente, me veré arrastrado en ella; porque la Augusta, haciendo extensivo su odio á toda la familia, hará valer su influencia en favor de Tigelino. Bajo cualquier aspecto que se mire, es una cuestión que presenta mal cariz.»

Petronio era un hombre animoso, que no conocía el miedo á la muerte; pero no esperando de ella nada bueno, no la deseaba. Después de largas reflexiones, estimó que el mejor partido que podía tomar era hacer emprender á Vinicio un largo viaje. ¡Y si podía acompañarle Licia, tanto mejor! Pero confiaba en que no le sería difícil hacerle marchar sin ella.

Para alejar de sí y de Vinicio todo peligro, pensó hacer que circulase por el Palatino la noticia de que su sobrino se hallaba enfermo. La Augusta ignoraba si había sido reconocida por el joven; podía convencerse de lo contrario y su vanidad no quedaba ofendida en lo más mínimo. En lo futuro podían cambiar las cosas, por lo cual era prudente evitar el peligro. Ante todo, deseaba Petronio ganar tiempo; cuando César estuviese en Acaya, Tigelino, que en asuntos de arte no entendía una palabra, tenía que pasar á segundo término, y entonces, ¡adiós influencia! En Grecia, Petronio estaba seguro de la victoria sobre cualquier adversario. Entretanto vigilaría á Vinicio, tratando de decidirle á partir.

Durante muchos días le preocupó la idea de obtener de Nerón un edicto para expulsar de Roma á los cristianos: en este caso Licia abandonaría la ciudad con sus correligionarios, y Vinicio la seguiría más tarde sin necesidad de persuasiones: ¡la cosa parecía factible! Además, no hacía mucho tiempo que los hebreos, por odio contra los cristianos, se habían sublevado, y Claudio, que aún no había logrado

distinguir á unos de otros, expulsó á los hebreos. ¿Por qué no podía Nerón proceder de igual modo con los cristianos? Sin ellos, los habitantes de Roma dispondrían de más espacio.

Después del banquete flotante, Petronio veía á Nerón diariamente, ya en el Palatino, ya en otras casas. Era muy fácil inspirarle semejante idea, no oponiéndose nunca Nerón á una propuesta que perjudicase ó hiciese sufrir á alguno. Después de maduras reflexiones, Petronio estableció su plan. Intentaba dar en su casa un banquete, en cuya ocasión convencería á César de que debía promulgar el edicto; en secreto abrigaba la esperanza de que Nerón le encargaría de la ejecución del mismo. Con todo el respeto debido á la amante de Vinicio, enviaría á Licia á Baia; allí ambos podrían abrazar el cristianismo y divertirse hasta que se cansaran.

Visitaba frecuentemente á Vinicio, primeramente porque, á pesar de su egoísmo romano, no podía librarse de cierta debilidad por el joven tribuno, y además porque deseaba convencerle.

Vinicio se fingía enfermo por no comparecer en el Palatino, donde todos los días se formaban nuevos proyectos. Por fin, Petronio oyó de labios del mismo emperador que tenía la intención de partir para Anzio. A la mañana siguiente Petronio corrió á casa de Vinicio para comunicarle la noticia. Éste le mostró una lista de personas invitadas, que un liberto de Nerón le había enviado.

– Aquí está mi nombre, dijo, y también el tuyo. Así, pues, en tu casa encontrarás una invitación igual á ésta.

– El no contarme entre los invitados, respondió Petronio, equivaldría á una sentencia de muerte, y espero que esto no sucederá antes del viaje á Acaya. Yo seré muy útil á Nerón. Apenas lleguemos á Roma, añadió observando la lista, habremos de abandonarla para dirigirnos á la Acaya. Pero debemos ir; esto no es sólo una invitación, sino una orden.

– ¿Y si alguno no quisiera obedecer?

– Entonces sería invitado bajo otra forma á emprender un viaje mucho más largo...: el viaje que no tiene vuelta. ¡Lástima que no hayas seguido mi consejo de dejar Roma mucho antes. Ahora debes salir para Anzio.

– ¡Debo salir para Anzio! ¡Mira en qué tiempos vivimos y qué miserables esclavos somos!

– ¿Ahora lo notas?

– ¡No! Tú me dijiste que la doctrina cristiana es enemiga de la vida porque impone obligaciones. Pero ¿pueden ser esas obligaciones más duras que las nuestras? Tú has dicho: «La Grecia creó la sabiduría y la belleza, y Roma la fuerza.» Pero ¿dónde está nuestra fuerza?

– Ve á buscar á Quilón y discute con él. Hoy no me siento filósofo. ¡Por Hércules! No fuí yo quien creó estos tiempos, y por lo tanto no soy el responsable. Hablemos de Anzio. Allí te amenaza un grave peligro: quizás te tendría más cuenta medir tus fuerzas con Ursus, el matador de Crotón, que trasladarte á Anzio; pero no puedes negarte.

Vinicio respondió con indiferencia:

– ¿Peligro? Todos nosotros nos movemos entre las sombras de la muerte y á cada instante se precipita un individuo en el reino de las tinieblas.

– ¿Quieres que te enumere todos los que con el juicio y el raciocinio completos llegan á los ochenta ó noventa años, á pesar de los tiempos de Tiberio, de Calígula, de Claudio y de Nerón? Toma por ejemplo á un hombre como Domicio Afro. Se ha hecho viejo pacíficamente, á pesar de que toda su vida ha sido un tejido de perversidades y delitos.

– Quizás por eso mismo, respondió Vinicio.

Después echó una ojeada sobre la lista y leyó:

– Tigelino, Vatinio, Sexto Africano, Aquilino Régulo, Suilo Nerulino, Eprio Marcelo, etc. etc. ¡Qué colección de bribones y de asesinos! ¡Y esa raza gobierna el mundo! ¿No sería mucho más conveniente para todos ellos exhibir en las aldeas y villorrios alguna divinidad egipcia ó siriaca y ganarse el pan anunciando la buenaventura y danzando?

– ¡O bien recorriendo el mundo con monos sabios, perros amaestrados ó con el asno músico!, añadió Petronio. ¡Es verdad! Pero hablemos de cosas interesantes. Recoge tu atención y escúchame. En el Palatino he dicho que estabas enfermo y que no podías salir de casa, y sin embargo, tu nombre figura en la lista. Esto demuestra que hay alguien que no quiere dar crédito á mis palabras y que trata de descubrir el verdadero estado de las cosas. Nerón no se ocupa de ello, porque para él tú eres un soldado, sin la más mínima noción de música ó de poesía, y con el cual, á lo más, podría conversar en el circo sobre las carreras de caballos; Popea habrá cuidado de poner tu nombre en la lista. Esto prueba que no fué capricho pasajero el suyo, sino que desea tenerte á su lado.

– ¡Atrevida es la Augusta!

– ¡Verdad! Es atrevida, porque está jugando una partida peligrosa. ¡Esperemos que Venus le inspire lo más pronto posible otro amor! Veo ya que ella te desea: debes usar las mayores precauciones. *Enobarbo* empieza á hastiarse de ella; ahora prefiere á Rubria y á Pitágoras. Con todo, él se consideraría atacado en sus derechos.

– En el bosque no sabía que era Popea la que me hablaba. Tú me oíste: le dije que amaba á otra y que no quería saber nada de ella. ¿Lo recuerdas, eh?

– Te suplico por todos los dioses del averno que no pierdas el poco juicio que los cristianos te han dejado. ¿Cómo puedes titubear aún, si te queda la elección entre una perdición probable y una perdición segura? ¿No te he dicho que no habría salvación para ti, si ofendieses la vanidad de la Augusta? ¡Por el averno! Si la vida te es odiosa, ábrete las venas ó hiérete con tu espada, porque quien ofende á Popea no puede esperar más que la muerte. Antes se discutía mejor contigo. ¿Qué te importa, después de todo? ¿Te ocasiona algún daño? ¿Te impide amar á Licia? Piensa además que Popea vió á la muchacha en el Palatino, y no le será difícil adivinar el motivo que te hace rehusar sus altos favores. Hará todo lo posible por descubrir el paradero de Licia, aunque ésta se halle sepultada en las entrañas de la tierra. Tú te pierdes y la pierdes. ¿Has comprendido?

Vinicio escuchaba, pero distraídamente, como siguiendo el curso de sus propios pensamientos. Por fin exclamó:

– ¡Debo verla!

– ¿A quién? ¿A Licia?

– ¡A Licia!

– ¿Sabes dónde está?

– ¡No!

– ¿Quieres empezar de nuevo á buscarla por todos los cementerios y en el Trastevere?

– ¡No sé, pero es necesario que la vea!

– ¡Está bien! Aunque Licia sea cristiana, tendrá más juicio que tú.

– Ella me libró de las manos de Ursus.

– Pues date prisa; *Enobarbo* no prorrogará su viaje, y las sentencias de muerte pueden venir desde Anzio.

Pero Vinicio no lo oía, preocupado como estaba con la idea de encontrar un medio cualquiera para ver á Licia.

Una ayuda inesperada y que tal vez podía resolver la cuestión se presentó bajo la forma de Quilón Quilónides.

Este compareció miserable, destrozado y débil por la inedia; pero los esclavos, recordando la orden que en otro tiempo les diera Vinicio de que se le dejara pasar á cualquier hora del día y de la noche, no se atrevieron á detenerle. El griego, entrando directamente en el atrio, dijo á Vinicio:

– ¡Que los dioses te concedan la inmortalidad y dividan contigo el imperio del mundo!

Vinicio, de primer intento, hubiera querido arrojarlo; pero le contuvo la idea de que tal vez el griego supiese algo de Licia, y la curiosidad venció á la repulsión.

– ¿Eres tú?, le preguntó. ¿Qué te ocurre?

– ¡Males, hijo de Júpiter!, respondió Quilón. La virtud es una mercancía que ahora no tiene valor; y un sabio puede darse por satisfecho si en cinco días logra reunir lo suficiente para comprar en la carnicería una cabeza de oveja para roerla poco á poco en un camaranchón y rociarla con las lágrimas. Parte de lo que me diste se lo entregué á Atracto á cambio de libros, y el resto me lo robaron. El esclavo que escribía lo que le dictaba mi sabiduría huyó, llevándose todo lo que quedaba de aquello con que tu generosidad me había favorecido. Soy pobre, pero ¿á quién puedo dirigirme si no es á ti, ¡oh Serapis!, á quien amo y adoro y por quien he arriesgado mi vida?

– ¿Para qué has venido y qué me traes?

– Vengo por amparo, ¡oh Baal!, y traigo conmigo mi miseria, mis lágrimas, mi amor y finalmente las noticias que he procurado recoger para ti. Quizás recuerdes, señor, que yo había dado, según te dije en su día, á una esclava del divino Petronio un hilo del ceñidor de la Venus de Pafos, que le resultó muy útil; y tú, hijo del sol, que sabes lo que ha ocurrido en aquella casa, sabrás también lo que ha llegado á ser Eunica. Poseo todavía uno de aquellos hilos, y para ti lo he conservado, señor.

Calló, al notar la ira que centelleaba en los ojos de Vinicio; así es que, para evitar un arranque de cólera, dijo tranquilamente:

– Sé dónde habita Licia y te indicaré la calle y la casa.

Vinicio trató de sofocar la emoción que le produjo la noticia, y preguntó:

– ¿Dónde está?

– En casa de Lino, el sacerdote más antiguo de los cristianos. También está allí Ursus, que aún trabaja con el molinero llamado Demades como tu liberto. ¡Sí, Demades! Ursus trabaja de noche, de modo que tú puedes bloquear la casa á aquellas horas y nada tendrás que temer de él. Lino es viejo y allí no habitan más que dos mujeres de edad avanzada.

– ¿Cómo sabes todo esto?

– Recordarás, señor, que los cristianos me tuvieron en sus manos y me perdonaron. Verdaderamente, Glauco se engañaba atribuyéndome la culpa de su desgracia; pero lo creía, pobrecito, y aún lo cree. De todos modos, me perdonaron; así, pues, no debe extrañarte que mi corazón esté rebosando gratitud. Yo soy un hombre de otros tiempos, de tiempos mejores, y por esto dije: «¿Puedo abandonar á mis amigos y bienhechores? ¿No sería un ingrato, si no procurase saber de ellos, cómo están y dónde viven?» ¡Por Cibeles! ¡Yo no soy capaz de una acción semejante! Primero temí que interpretasen mal mis deseos; pero mi amor por ellos fué más fuerte que el temor, y la facilidad con que perdonan me infundió especiales alientos. Antes que nada, pensé en ti, señor. Nuestra última tentativa terminó con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un descalabro; pero un hijo de la Fortuna, como eres tú, ¿puede resignarse? ¡No! Y por esto te he preparado una victoria. La casa está solitaria. Si ordenas á tus esclavos que la cerquen, no escapará ni una rata. Señor, de ti únicamente depende el tener esta misma noche en tu casa á aquella espléndida hija de reyes. ¡Si lo alcanzas, no olvides que lo debes al pobre y hambriento hijo único de mi padre!

El semblante de Vinicio había enrojecido como el fuego y la tentación se iba apoderando de su espíritu. Sí, aquel era el mejor medio y aquella la hora más propicia. Cuando Licia se hallase en su casa, ¿quién podría arrebatársela? Y cuando fuese suya, ¿qué remedio le quedaba sino resignarse con su suerte?

¿Qué pensarían los cristianos con su misericordia y su predisposición á perdonar? ¿No era ya tiempo de tomar una determinación y vivir como todos los demás? ¿Qué otra cosa podía hacer Licia sino tratar de conciliar su destino con su religión? Por lo demás, esta era una cuestión secundaria.

«¡Ante todo, dijo en conclusión, debe ser mía hoy mismo! Además, no puede asegurarse si la religión sabrá resistir á los placeres y al lujo de un mundo desconocido para ella y si logrará sustraerse á tantas seducciones. Hoy mismo podré tenerla aquí. Debo entretener á Quilón, y luego, por la noche, dar las órdenes oportunas. Y después..., ¡oh felicidad infinita! ¿Qué ha sido mi vida hasta hoy? Un desear inconsciente, no satisfecho, una pesquisa interminable, un enfurecimiento constante. ¡Todo, todo debe cesar!»

Es verdad que recordaba su promesa de no hacer nuevas tentativas para obtenerla. Pero ¿á quién había puesto por testigo de su juramento? Á los dioses inmortales, no, pues para él no existían: á Cristo, tampoco; no creía en él. Por lo demás, si ella se consideraba ofendida, podrían casarse y remediar así todo el mal que le ocasionase. Se hallaba casi obligado, pues á ella debía su salvación. Recordó el día en que con Crotón había asaltado su refugio; recordó la mano de Licia, levantada sobre él en actitud de defensa, y todo lo ocurrido posteriormente. La veía inclinada sobre su lecho, vestida como una esclava, pero bella como una diosa y semejante á una divinidad benéfica y celestial. Sus ojos, volviéndose hacia el *lararío*, vieron la cruz que ella le había dejado en el momento de la separación. ¿Debía pagar todas estas bondades con una nueva perfidia? ¿Debía arrastrarla por los cabellos, como una esclava cualquiera, hasta el *cubículum*? ¿Pero cómo podía hacerlo, cuando no sólo la deseaba, sino que la amaba por lo que ella era? Comprendía que no bastaba tenerla en su casa y estrecharla á viva fuerza entre sus brazos, y que su amor exigía algo más..., su consentimiento, su amor, su alma. ¡Bendita su casa, si ella hubiese entrado por gusto en ella; bendito el instante, el día, bendita toda su vida! ¡La felicidad de entrambos hubiera sido entonces inacabable, inmensa como el mar! Pero sacarla á la fuerza, significaría destruir para siempre tal felicidad, y además manchar y contaminar lo único precioso y raro que tenía en la vida. La sola idea le llenaba de terror.

Miró atentamente á Quilón, el cual, escondidas las manos bajo sus andrajos, miraba en torno con inquietud. Un inexplicable disgusto invadió á Vinicio en aquel instante y sintió deseos de aplastar bajo sus pies á su compañero de otro tiempo. En un momento tomó una resolución: no conociendo moderación en ninguno de sus actos, pero siguiendo el impulso de su carácter romano, se dirigió á Quilón en estos términos:

– No seguiré tu consejo; pero con objeto de que no pierdas la retribución que te corresponde, te haré dar en la prisión de los esclavos trescientos azotes.

Quilón palideció. En el semblante de Vinicio leíase tan fría decisión, que el pobre griego no pudo pensar ni por un momento que aquella amenaza fuera una broma.

Poniéndose de rodillas, besando el suelo, murmuró con voz entrecortada por los sollozos:

– ¡Cómo, oh rey de Persia! ¿Por qué? ¡Oh pirámide de bondad! ¡Coloso de misericordia! ¿Por qué? Yo soy viejo, desgraciado, pobre. Yo te he servido. ¿Así me recompensas?

– Como tú recompensas á los cristianos, dijo Vinicio, llamando al liberto.

Pero Quilón, agarrándose convulsivamente á sus rodillas, con el rostro pálido como la muerte, exclamó:

– ¡Oh, señor, señor! ¡Soy viejo! Sean cincuenta y no trescientos los azotes. ¡Cincuenta bastan! ¡Cien, si quieres, pero no trescientos golpes! ¡Piedad, misericordia!

Vinicio, alejándolo de sí con un puntapié, dió la orden. Dos robustos esclavos, precedidos del mayordomo, cogieron á Quilón por los cabellos, y atándole el cuello con sus propios andrajos, lo condujeron á la prisión.

– ¡En nombre de Cristo!, gritó el viejo cuando estuvo en el corredor.

Vinicio quedó solo. La orden dictada pareció haberle animado, por lo cual trató de reunir y coordinar sus ideas. Se sentía más ágil, y la victoria alcanzada sobre sí mismo le llenaba de satisfacción. Le parecía que se había aproximado á Licia y que merecía una gran recompensa. Al principio no se le ocurrió siquiera que había obrado mal con respecto á Quilón haciéndolo apalear por el mismo motivo por que en otro tiempo le retribuía. Era demasiado romano para dejarse conmover por el dolor ajeno y para prestar atención á aquel miserable griego.

Si hubiese pensado en Quilón y en sus sufrimientos, se hubiera persuadido, de todos modos, de que había obrado rectamente castigando á un bribón como aquel. Pero su alma estaba junto á Licia, y le decía: «Yo no quiero devolverte el bien con el mal, y cuando sepas cómo he tratado al que pretendía convencerme de que podía robarte otra vez, me quedarás agradecida.»

Pero pronto le acudió este pensamiento: «¿Elogiará Licia este modo de tratar á Quilón? Su doctrina ordena el perdón; y los cristianos perdonaron á aquel farsante, aunque tenían más motivos que yo para vengarse.» Además, la invocación del viejo, «¡En nombre de Cristo!,» resonó en su alma; recordó que Quilón con aquellas palabras se había librado de las manos de Ursus, y decidió por esta razón condonarle el resto de la pena. Iba á llamar al mayordomo, cuando éste apareció ante él diciendo:

– Señor, aquel viejo ha perdido el sentido y quizás ha muerto. ¿Sigo haciéndolo azotar?

– ¡Reanímalo y condúcelo á mi presencia!

El siervo desapareció tras los cortinajes. Costó trabajo reanimar al griego. Vinicio esperó largo rato, y ya empezaba á impacientarse, cuando se presentaron los esclavos conduciendo á Quilón: á una señal se alejaron.

Quilón estaba pálido como un cadáver; la sangre que brotaba de sus piernas corría sobre el pavimento de mosaico del atrio. Pero, ya completamente en sí, cayó de rodillas, exclamando con los brazos extendidos:

– ¡Gracias, señor; eres grande y misericordioso!

– ¡Perro!, dijo Vinicio; has de saber que te perdono por amor de aquel Cristo á quien también debo yo la vida.

– ¡Oh, señor, quiero serviros á ti y á Él!

– ¡Calla y escúchame! ¡Levanta! Tú me enseñarás la casa donde habita Licia.

Quilón se levantó de pronto; pero apenas quedó en pie, cayó de nuevo, pálido y desencajado, y balbuceó con voz débil:

– Señor, tengo hambre: iré, señor, iré. Pero no tengo fuerzas. Manda que me den lo que despreciaron tus perros, y luego marcharé.

Vinicio ordenó que le dieran alimento, una moneda de oro y un manto. Pero el griego, debilitado por el hambre y por los azotes, no podía tragar bocado. El temor de que Vinicio interpretara como desobediencia su debilidad y mandase azotarlo otra vez, le ponía los pelos de punta.

– ¡Un poco de vino caliente!, murmuró temblando; después podré ir hasta la Magna Grecia.

Al cabo de un rato recobró las fuerzas, y salieron él y Vinicio. El camino era largo, porque, como casi todos los cristianos, Lino vivía también en el Trastevere, no lejos de Miriam. Por fin Quilón indicó á Vinicio una casa pequeña, aislada, circundada por un muro revestido de hiedra, y dijo:

– ¡Hela ahí, señor!

– ¡Bien!, dijo Vinicio; vete por tu camino, pero oye lo que te digo: olvida que me has servido, olvida dónde viven Miriam, Pedro y Glauco; olvida también esta casa y á todos los cristianos. Todos los meses irás á mi casa y Demades te entregará dos monedas de oro. Pero si persistes en espiar á los cristianos, te haré azotar otra vez ó te enviaré al prefecto de la ciudad.

Quilón, haciendo una profunda reverencia, dijo:

– ¡Lo olvidaré!

Pero cuando Vinicio hubo doblado la esquina, prorrumpió, enseñándole los puños en actitud amenazadora:

– ¡Por el averno y por todas las furias! ¡No lo olvidaré!

Después cayó sin sentido.

XXXIII

Vinicio se encaminó á casa de Miriam. Ante la puerta estaba Nazario, que se asombró al verlo aparecer. Vinicio le saludó afablemente y le rogó que le introdujera en la casa. A más de Miriam, encontró á Pedro, Glauco, Crispo y Pablo de Tarso, este último recién llegado de Frigia. Al ver al joven tribuno, el estupor se dibujó en todos los rostros. Y dijo Vinicio:

– ¡Os saludo en nombre de Cristo, á quien adoráis!

– ¡Sea siempre alabado su nombre!, respondieron todos á coro.

– He visto vuestra virtud y he probado vuestra bondad; por esto vengo á vosotros como amigo.

– Y como amigo te saludamos, respondió Pedro. Siéntate, señor, y participa de nuestra mesa como huésped.

– Me sentaré y tomaré parte en vuestra mesa. Pero antes escúchame, Pedro, y tú también, Pablo de Tarso, á fin de que podáis reconocer mi sinceridad. Sé dónde se halla Licia. Fuí primero á casa de Lino. La joven me pertenece por decreto de César. En mi casa poseo cerca de quinientos esclavos, con los cuales podía haber rodeado su refugio y robarla á viva fuerza. Y sin embargo, ni lo hice, ni lo haré.

– El Señor te lo tomará en cuenta y purificará tu corazón, respondió Pedro.

– Te lo agradezco; pero óyeme aún. No obstante mi tristeza y mis tormentos, no lo hice. Antes de conoceros, seguramente la hubiera secuestrado y con violencia la hubiera poseído. Vuestra virtud y vuestra religión, aunque yo no la siga, me han cambiado en términos que no puedo ahora concebir la idea de la violencia. Cómo haya ocurrido esto, lo ignoro; pero así es. Por esto he acudido á vosotros que hacéis con Licia las veces de padres. Dádmela por esposa y os juro que no sólo no la impediré adorar á Cristo, sino que me haré iniciar por ella misma en su religión.

Habló con la cabeza erguida y en tono resuelto, pero estaba conmovido y le temblaban las piernas. Como ninguno respondiese, para evitar una contestación desfavorable, continuó:

– Conozco los obstáculos que de ella me separan, pero yo la amo como á las niñas de mis ojos, y aunque no cristiano, estoy muy lejos de ser enemigo vuestro ó de Cristo. Yo quiero ser sincero, para que podáis tener confianza en mí. Mi vida depende quizá de este momento; pero, con todo, quiero decir la verdad. Otro os diría: ¡bautizadme!; yo os digo: ¡iluminadme! Creo que Cristo resucitó, porque lo afirman hombres amantes de la verdad, que le vieron morir. Creo, porque tuve ocasión de verlo yo mismo, que vuestra religión significa virtud, justicia y misericordia, y no delito, como se os imputa. Hasta ahora sólo superficialmente conozco vuestra fe, algo por vuestra mediación, y otro poco por gracia de vuestras obras y por medio de Licia y de los coloquios que he tenido con vosotros. Y sin embargo, os repito que se ha operado una transformación en mi espíritu. Antes tenía sujetos á mis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– Señor, tengo hambre: iré, señor, iré. Pero no tengo fuerzas. Manda que me den lo que despreciaron tus perros, y luego marcharé.

Vinicio ordenó que le dieran alimento, una moneda de oro y un manto. Pero el griego, debilitado por el hambre y por los azotes, no podía tragar bocado. El temor de que Vinicio interpretara como desobediencia su debilidad y mandase azotarlo otra vez, le ponía los pelos de punta.

– ¡Un poco de vino caliente!, murmuró temblando; después podré ir hasta la Magna Grecia.

Al cabo de un rato recobró las fuerzas, y salieron él y Vinicio. El camino era largo, porque, como casi todos los cristianos, Lino vivía también en el Trastevere, no lejos de Miriam. Por fin Quilón indicó á Vinicio una casa pequeña, aislada, circundada por un muro revestido de hiedra, y dijo:

– ¡Hela ahí, señor!

– ¡Bien!, dijo Vinicio; vete por tu camino, pero oye lo que te digo: olvida que me has servido, olvida dónde viven Miriam, Pedro y Glauco; olvida también esta casa y á todos los cristianos. Todos los meses irás á mi casa y Demades te entregará dos monedas de oro. Pero si persistes en espiar á los cristianos, te haré azotar otra vez ó te enviaré al prefecto de la ciudad.

Quilón, haciendo una profunda reverencia, dijo:

– ¡Lo olvidaré!

Pero cuando Vinicio hubo doblado la esquina, prorrumpió, enseñándole los puños en actitud amenazadora:

– ¡Por el averno y por todas las furias! ¡No lo olvidaré!

Después cayó sin sentido.

XXXIII

Vinicio se encaminó á casa de Miriam. Ante la puerta estaba Nazario, que se asombró al verlo aparecer. Vinicio le saludó afablemente y le rogó que le introdujera en la casa. A más de Miriam, encontró á Pedro, Glauco, Crispo y Pablo de Tarso, este último recién llegado de Frigia. Al ver al joven tribuno, el estupor se dibujó en todos los rostros. Y dijo Vinicio:

– ¡Os saludo en nombre de Cristo, á quien adoráis!

– ¡Sea siempre alabado su nombre!, respondieron todos á coro.

– He visto vuestra virtud y he probado vuestra bondad; por esto vengo á vosotros como amigo.

– Y como amigo te saludamos, respondió Pedro. Siéntate, señor, y participa de nuestra mesa como huésped.

– Me sentaré y tomaré parte en vuestra mesa. Pero antes escúchame, Pedro, y tú también, Pablo de Tarso, á fin de que podáis reconocer mi sinceridad. Sé dónde se halla Licia. Fuí primero á casa de Lino. La joven me pertenece por decreto de César. En mi casa poseo cerca de quinientos esclavos, con los cuales podía haber rodeado su refugio y robarla á viva fuerza. Y sin embargo, ni lo hice, ni lo haré.

– El Señor te lo tomará en cuenta y purificará tu corazón, respondió Pedro.

– Te lo agradezco; pero óyeme aún. No obstante mi tristeza y mis tormentos, no lo hice. Antes de conoceros, seguramente la hubiera secuestrado y con violencia la hubiera poseído. Vuestra virtud y vuestra religión, aunque yo no la siga, me han cambiado en términos que no puedo ahora concebir la idea de la violencia. Cómo haya ocurrido esto, lo ignoro; pero así es. Por esto he acudido á vosotros que hacéis con Licia las veces de padres. Dádmela por esposa y os juro que no sólo no la impediré adorar á Cristo, sino que me haré iniciar por ella misma en su religión.

Habló con la cabeza erguida y en tono resuelto, pero estaba conmovido y le temblaban las piernas. Como ninguno respondiese, para evitar una contestación desfavorable, continuó:

– Conozco los obstáculos que de ella me separan, pero yo la amo como á las niñas de mis ojos, y aunque no cristiano, estoy muy lejos de ser enemigo vuestro ó de Cristo. Yo quiero ser sincero, para que podáis tener confianza en mí. Mi vida depende quizá de este momento; pero, con todo, quiero decir la verdad. Otro os diría: ¡bautizadme!; yo os digo: ¡iluminadme! Creo que Cristo resucitó, porque lo afirman hombres amantes de la verdad, que le vieron morir. Creo, porque tuve ocasión de verlo yo mismo, que vuestra religión significa virtud, justicia y misericordia, y no delito, como se os imputa. Hasta ahora sólo superficialmente conozco vuestra fe, algo por vuestra mediación, y otro poco por gracia de vuestras obras y por medio de Licia y de los coloquios que he tenido con vosotros. Y sin embargo, os repito que se ha operado una transformación en mi espíritu. Antes tenía sujetos á mis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esclavos con mano de hierro, ahora les trato más suavemente. La piedad me era desconocida y ahora la conozco; no vivía más que para el placer; pues bien, la otra noche huí del estanque de Agripa para no morir de náuseas. ¿Creeréis que yo mismo no me reconozco? Ahora todo me disgusta: el vino, los banquetes, los cantos, las cítaras, las coronas, la corte de César, la gente desnuda y todo lo que representa vicio. Y cuando pienso que Licia es semejante á la nieve inmaculada de las altas cumbres, la amo aún más; y cuando me digo que se ha conservado así gracias á vuestra religión, también amo yo esta religión y deseo que llegue á ser la mía. Pero no la comprendo aún, no sé si podré adaptarme á sus principios, si mi naturaleza la soportará fácilmente, y así vivo en medio de todos los tormentos de la incertidumbre, como en una cárcel obscura.

Su frente se arrugó con expresión de dolor. Después, en creciente conmoción, concluyó:

– Ved en mí un mártir del amor y de la duda. Suele decirse que vuestra fe excluye todo placer terreno, la felicidad, la ley, el orden y el poder de Roma. ¿Es así? Me dicen que estáis locos: explicadme lo que está permitido en vuestro código. ¿Es pecado amar, gozar y afanarse en busca de felicidad? ¿Sois enemigos de la vida? ¿Debe ser desgraciado un cristiano? ¿Deberé renunciar á Licia?.. Vuestras palabras y vuestras acciones tienen la transparencia del agua; pero ¿qué hay en el fondo de esta agua? Ved que hablo con franqueza. ¡Destruíd las tinieblas que me envuelven! Me han dicho que Grecia fué madre de la sabiduría y de la belleza, que Roma creó la fuerza..., y vosotros ¿qué traéis? ¡Decídmelo, os lo suplico! Si tras la puerta de vuestra fe está la luz, abridla también para mí, á fin de que pueda admirar sus resplandores.

– ¡Nosotros traemos el amor!, dijo Pedro.

Y Pablo añadió:

– Aunque hablase un lenguaje de hombre ó de ángel, pero no inspirado por el amor, mi voz sonaría como una campana percutida ó como un címbalo tañido.

Pero el corazón del apóstol estaba conmovido con el espectáculo de aquella alma juvenil que, como un pájaro enjaulado, aleteaba afanosamente en busca de luz y de mayor espacio. Extendiendo los brazos hacia él, le habló de esta manera:

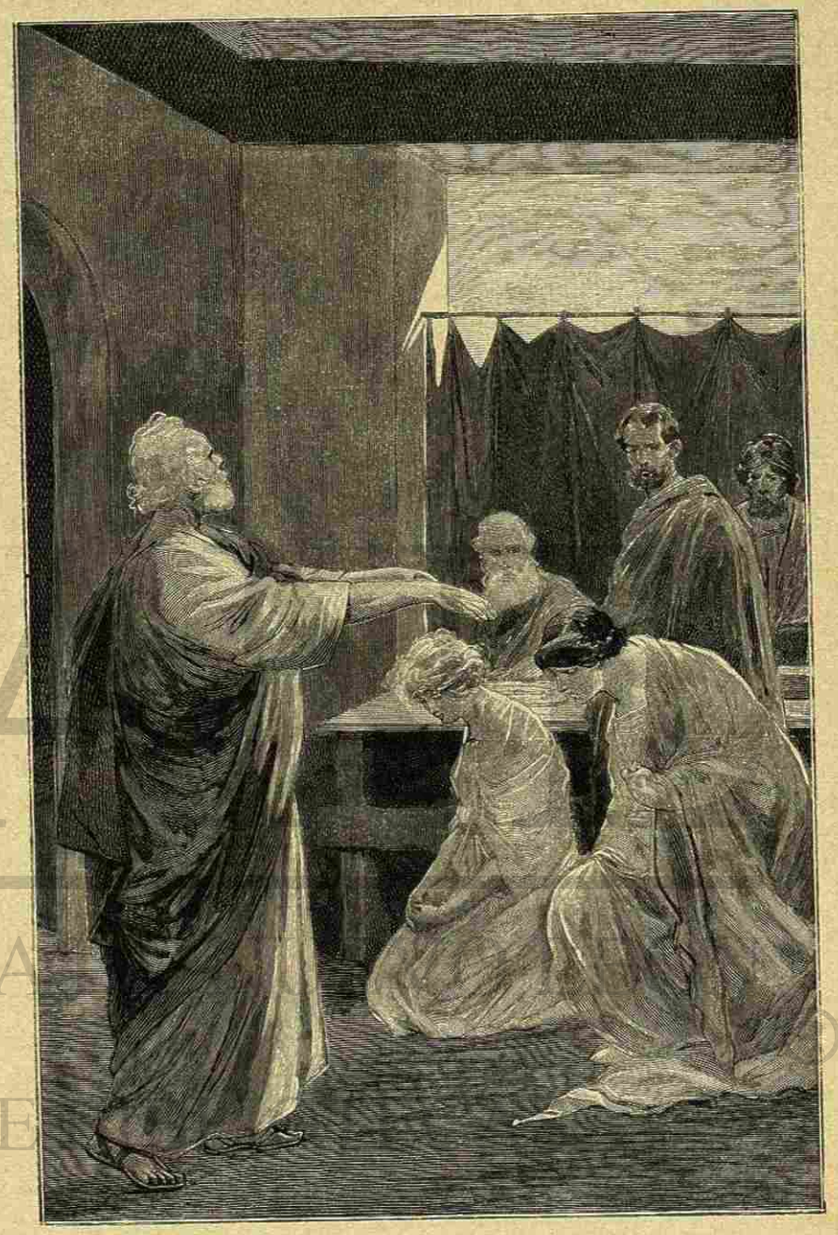
– ¡Llama y se te abrirá! ¡La gracia de Dios ha descendido sobre ti! ¡Así, pues, os bendigo á ti y á tu amor, en nombre de Cristo!

Al oir tales palabras, Vinicio corrió hacia él, y... ¡oh maravilla!, el ilustre descendiente de los Quírites, que poco tiempo antes no consideraba á los extranjeros como personas dignas de respeto, cogió con veneración la mano del viejo galileo y la llevó á sus labios en señal de gratitud. Pedro gozaba; la semilla había caído en un campo fecundo; en la red del pescador se hallaba presa otra alma más. No menos que él se regocijaron todos los circunstantes ante aquella respetuosa demostración hecha al discípulo de Dios, y exclamaron á coro:

– ¡Alabado sea el Altísimo!

Con el rostro radiante de alegría, Vinicio se levantó y dijo:

– Comprendo que junto á vosotros reside la felicidad, porque yo me siento feliz, y creo que, siguiendo de este modo, podréis arrancarme todas las dudas. Pero me es necesario añadir: no aquí en Roma. César se marcha á Anzio y se me ha ordenado acompañarle; sabéis que la desobediencia es sinónimo de muerte; si he hallado gracia á vuestros ojos, venid conmigo y predicad allí vuestra fe; estaréis más seguros que yo y podréis difundir vuestra ciencia aun entre la corte de César. Se dice que Acté es cristiana; entre los pretorianos existen partidarios de vuestra religión, y yo mismo vi en la Puerta Nomentana cómo los soldados se postraban



¡Amaos en Dios y en su gloria, pues vuestro amor no es culpable!

á tu paso, ¡Pedro! Nos reuniremos en mi quinta de Anzio para oir vuestras enseñanzas. Glauco me dijo que estáis siempre dispuestos á trasladaros á los confines del mundo cuando se trata de salvar un alma; ¡haced por mí lo que por amor de otros hicisteis viniendo aquí desde la Judea: hacedlo, tened piedad de mi alma!

En el acto empezaron á consultarse unos á otros, llenos de gozo por el triunfo de la verdad y por el efecto que produciría en el mundo pagano la conversión de un augustiano, hijo de una de las más antiguas familias de Roma. Estaban dispuestos á emigrar á los confines del mundo por amor de un alma; desde la muerte de su Divino Maestro no habían hecho otra cosa. La respuesta, por lo tanto, había de ser afirmativa. Pero Pedro, que debía permanecer en Roma como cabeza de la comunidad entera, no podía hacerlo; Pablo, en cambio, recién llegado de Aricia y de la Frigia y en vísperas de emprender un largo viaje á Oriente para visitar aquellas reuniones y animarlas de nuevo á perdurar en la fe, se manifestó dispuesto á seguir al joven tribuno. Después era fácil encontrar en el puerto de Anzio una nave que hiciese rumbo hacia las aguas helénicas. Vinicio aceptó con júbilo el ofrecimiento de Pablo, lamentando que no pudiese acompañarles también Pedro, por el cual sentía tanta gratitud, y á él se dirigió con este último ruego:

– Conociendo la vivienda de Licia, podría presentarme á ella pidiéndole promesa de casarse conmigo, en caso de que me convierta al cristianismo. Pero prefiero dirigirme á ti, apóstol. Haz que yo la vea ó condúceme á ella. No sé cuánto tiempo podré permanecer en Anzio. No olvidéis que cerca de Nerón nadie puede estar seguro del mañana. El mismo Petronio me lo ha advertido más de una vez. Deja que la vea antes de partir. Deja que yo mismo le pregunte si quiere pagarme con tanto bien todo el mal que le hice.

El apóstol sonrió benévolamente y dijo:

– ¿Quién puede negarte satisfacción tan honesta?

Vinicio besó otra vez la mano del anciano. De gozo le saltaba el corazón en el pecho. Pedro le dijo, acariciándole la cabeza:

– No temas á César; te digo que él no podrá tocarte un cabello.

Y mandó áMiriam en busca de Licia, ordenándole que no dijera á la joven lo que la esperaba, para aumentar de este modo su inesperada felicidad.

Como la distancia era corta, los que quedaron en la casa vieron comparecer muy pronto á Miriam y Licia entre los mirtos del jardín. Vinicio quería correr á su encuentro, pero el exceso de alegría le paralizaba los pies. Con el corazón palpitante, sosteniéndose apenas, se sentía más conmovido que el día en que por vez primera silbaron cerca de sus oídos las flechas de los partos.

No sospechando nada, Licia entró con su acostumbrada calma y serenidad; pero de improviso pareció quedar como petrificada. Vivo rubor cubrió su rostro para ceder en seguida el puesto á una inmensa palidez. Atónita y atemorizada, miraba uno á uno á todos los presentes, pero no descubría más que semblantes benévolos y risueños. Pedro se le acercó, preguntándole:

– ¿Licia, le amas aún como antes?

Siguió un profundo silencio. Sus labios temblaban como los de un niño que rompe á llorar y que no se decide á confesar la culpa cometida.

– ¡Responde!, dijo el apóstol.

Arrodillándose entonces ante Pedro, Licia murmuró en tono de sumisión:

– ¡Sí!

Un instante después Vinicio estaba también arrodillado junto á ella. Pedro puso sus manos sobre las cabezas de los enamorados y dijo:

– ¡Amaos en Dios y en su gloria, pues vuestro amor no es culpable!

XXXIV

Paseando por el jardín acompañado de Licia, Vinicio le describía con emoción lo que pocos momentos antes había manifestado al apóstol: la inquietud de su espíritu, la mudanza operada en él, aquel deseo inefable de que se sintió poseído apenas abandonó la casa de Miriam. Le confesó además que había intentado todos los medios para olvidarla, cosa que no le fué posible. Día y noche era ella su único pensamiento. Se la recordaba constantemente la crucecita que ella misma había entretejido, aquella cruz que había puesto entre sus reliquias, adorándola como cosa divina. Su pena aumentaba de continuo, viendo que el amor que empezó á sentir en casa de Aulo había llegado á ser más fuerte que él.

Las Parcas, que devanaban para el resto de los humanos el hilo de la existencia, devanaban para él el hilo del amor, de la pena y del dolor. Si sus actos habían sido censurables, tenían como disculpa y justificación el amor. La había amado en casa de Aulo, en el Palatino, en el Ostriano, cuando ella tenía fija su atención en las palabras del apóstol, cuando él fué con Crotón para raptarla y cuando ella, después de haber velado á su cabecera, le abandonó. Después de esto, Quilón se le había presentado otra vez, le había hecho conocer su vivienda, aconsejándole que se apoderase nuevamente de ella; pero él había hecho castigar á aquel bribón, dirigiéndose con preferencia á los apóstoles para aconsejarse de ellos. Bendecía el momento en que se le había ocurrido semejante idea, porque ya estaba cerca de ella y no podía tener valor para escapársele, como había hecho en casa de Miriam.

– Yo no huí de ti, dijo Licia.

– Y entonces ¿por qué te alejaste?

Ella fijó sus ojos brillantes en los de Vinicio, y bajando luego el rostro ruborizado, exclamó:

– ¡Ya lo sabes!..

Vinicio calló algunos instantes, en la plenitud de la dicha que le invadía. Luego continuó hablando; se le iban abriendo los ojos de la mente y convencíase cada vez más de que Licia era completamente distinta de las mujeres romanas, asemejándose únicamente á Pomponia. Le era imposible expresar con claridad lo que sentía, sólo sabía que con ella había aparecido en el mundo una belleza nueva que hasta entonces no había existido: Licia tampoco podía ocultar su alegría al persuadirse de que él la amaba aún más por lo mismo que ella había huído, y con la intensidad con que la adoraría en su casa. Vinicio le cogió la mano y la contempló extático, considerándola como la delicia de su vida, que por fin había conquistado, y repetía de continuo su nombre suave, como para asegurarse de su hallazgo y de su proximidad.

– ¡Oh, Licia, Licia!

Por último, le preguntó cuáles eran sus sentimientos con respecto á él y cuáles

habían sido; y ella le confesó que le amaba ya en casa de Aulo y que si la hubiese sacado del Palatino para restituirla á sus padres adoptivos, ella les hubiera hablado de su amor é intentado mitigar su cólera.

– ¡Te juro, dijo Vinicio, que no pasó por mi mente la idea de arrebatarte de casa de Aulo! Petronio podría referirte lo que le dije de mi amor y de mi deseo de hacerte mi esposa. «¡Haz que ella unte de grasa mis puertas y se siente junto á mi hogar!» ¡He aquí lo que le dije! Pero él se burló de mí é indujo á César á reclamarte como rehén y cederte luego á mí. ¡Cuántas veces le he maldecido en mi dolor! Ahora, en cambio, bendigo el destino que por tan extraños modos me ha hecho conocer á los cristianos y apreciar mejor á mi Licia.

– Créelo, Marco, respondió ésta, el mismo Cristo fué quien te guió hacia Él.

– ¡Es verdad!, exclamó él con viveza. Todo ocurrió de modo tan maravilloso, que yo, buscándote á ti, encontré á los cristianos. En el Ostriano escuché con la mayor admiración las palabras del apóstol, que nunca habían resonado en mis oídos. ¿Rogabas por mí en aquellos momentos?

– Sí.

Pasaron por frente de la casa revestida de hiedra y se acercaron al sitio donde Ursus, después de haber matado á Crotón, se había precipitado sobre Vinicio.

– Aquí, dijo el joven, corrí peligro de muerte; pero tú me salvaste.

– No hables de ello, ni vuelvas á recordárselo á Ursus.

– ¿Podría yo conservarle rencor desde el momento en que trataba de defenderte? Si fuese un esclavo, le hubiera dado la libertad inmediatamente.

– También lo hubiese hecho Aulo mucho tiempo antes.

– ¿Recuerdas que quise conducirte á casa de Aulo, preguntó Vinicio, y tú me respondiste que con esto atraería sobre Aulo y Pomponia las iras de César? Ahora podrás estar con ellos todo el tiempo que quieras.

– ¿De qué modo?

– Digo ahora, y creo que podrás verlos sin peligro alguno si eres mía. Si César llega á saberlo y me pregunta por el rehén que me concedió, responderé: la he hecho mi esposa y frecuenta la casa de Aulo con mi consentimiento. Él no permanecerá mucho tiempo en Anzio, porque ha de visitar la Acaya, y aun cuando permaneciese allí, no es necesario que yo esté con él todo el tiempo de su estancia en aquel puerto. Cuando Pablo de Tarso me haya iniciado en los misterios de nuestra fe, me haré bautizar en seguida, vendré aquí, trataré de ganarme la voluntad de Aulo y de Pomponia, que por aquella época habrán regresado, y entonces se habrán vencido todos los obstáculos; tú serás mía por toda la vida. ¡Oh, queridísima mía!

Y extendió las manos como queriendo invocar al cielo por testimonio de su amor.

Licia fijó en él sus ojos purísimos y dijo:

– Y entonces te diré: «Donde estás tú, Cayo, estoy yo, Caya.»

– No, Licia, respondió Vinicio; te juro que ninguna mujer en el mundo será tan adorada por su marido como lo serás tú en mi casa.

Caminaron silenciosos, gozando de su felicidad, hermosa como un sueño de primavera, como una canción divina. Así que llegaron junto al ciprés que se erguía en el fondo del jardín, se detuvieron, y Vinicio, con voz entrecortada por la emoción, suplicó á Licia:

– Encarga á Ursus que vaya á casa de Aulo para llevarse todo cuanto te pertenece, además de los juegos de tu infancia.

Ella se ruborizó y replicó:

– La costumbre exige lo contrario.

– Lo sé, lo sé. Habitualmente es la *pronuba* (1) quien lleva tales objetos á la esposa, después que ésta ha entrado en su nueva casa; pero hazlo por mi amor. Me lo llevo todo conmigo á mi quinta de Anzio, para tener esos recuerdos tuyos.

Juntó las manos y dijo como un niño que ruega:

– Pasarán aún muchos días antes de que Pomponia regrese. ¡Dame gusto, divina; conténtame, hermosa!

– Pomponia hará lo que le parezca justo, respondió Licia, que al oir nombrar la *pronuba* había enrojecido más intensamente.

Siguió otro largo silencio, porque parecía que aquel infinito amor les privaba hasta de la respiración.

Licia apoyaba las espaldas en el ciprés, cuya sombra daba á su rostro delicado un tono más blanco del que se observaba comúnmente en él. Vinicio estaba conmovido; en la quietud solemne de la tarde podían haberse oído los latidos de sus corazones; el ciprés, los mirtos, la casita verde, formaban en torno de ellos un pequeño edén de delicias, digno marco de su amor.

Miriam apareció en la puerta para llamarles á la mesa. Se sentaron los dos junto con los apóstoles, que se sentían dichosos contemplando la alegría de los jóvenes, á quienes miraban con suma complacencia, considerándoles como los representantes de la nueva generación que, después de su muerte, custodiaría celosamente y haría prosperar la semilla de la Palabra Divina, recogiendo á su vez los anhelados frutos.

Pedro bendijo y repartió el pan. En todos los rostros se dibujaba la paz, y en toda la casa parecía que se respiraba un ambiente de inefable felicidad.

– Mira, dijo Pablo vuelto á Vinicio, si se nos puede llamar enemigos de la vida y del placer.

– ¡Ahora comprendo que esta suposición es una calumnia, porque nunca me he considerado tan feliz como ahora entre vosotros!

---

(1) Entre los romanos, la mujer que se encargaba de conducir á la novia al tálamo nupcial.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXV

Cuando Vinicio se retiraba á su casa en la tarde de aquel día venturoso, vió en la esquina del *Vicus Toscus* la litera dorada de Petronio, llevada por ocho robustos betaneses. Les hizo seña de que parasen y levantó las cortinas.

– ¡Buen sueño tienes!, dijo el tribuno riendo á carcajadas al ver á Petronio medio dormido.

– ¡Ah! ¿Eres tú?, exclamó éste desperezándose. Es verdad, he dormido un poco porque pasé la noche en el Palatino. Salgo para buscar algo que leer durante mi viaje á Anzio. ¿Qué hay de nuevo?

– ¿Vas á alguna librería?, preguntó Vinicio.

– Sí; hago provisión de libros para no alterar el orden de mi biblioteca. Probablemente habrá alguna nueva publicación de Musonio y de Séneca. Además, buscaré un Persio y una edición de las *Eglogas* virgilianas que me faltan. ¡Qué cansado estoy! Hasta las manos me duelen de tanto manejar libros, pues en una librería la curiosidad le mueve á uno á examinarlo todo. Estuve ya en casa de Avirno y de Atracte en el Argileto, y en la de Sosia en el *Vicus Sandaliarus*. ¡Por Cástor! ¡No es sueño el que tengo!

– ¿Estuviste en el Palatino? ¿Qué se dice allí? ¿Sabes lo que debes hacer? Mandar la litera á tu casa y venir conmigo á la mía. Charlaremos un rato.

– Está bien, dijo Petronio, y salió de la litera. ¿Ya sabrás que la marcha para Anzio se verificará pasado mañana?

– ¡No! ¿Cómo puedo saberlo?

– ¿Pero tú en qué mundo vives? Esto quiere decir que soy el primero en comunicarte la nueva. Tenlo todo dispuesto para pasado mañana. Los guisantes en el aceite de oliva á nadie agradan, á nadie gustó tampoco el pañuelo alrededor del cuello grueso; *Enobarbo* está resfriado y ronco. Por esto no puede aplazarse la partida; maldice á Roma y su clima y todo cuanto existe en esta ciudad, y se consideraría feliz viéndola arrasada por un terremoto ó presa de las llamas. Ahora no desea más que la brisa marina y dice que las emanaciones de estas callejuelas le llevarán prematuramente á la tumba. Hoy se han ofrecido numerosos sacrificios en todos los templos para el restablecimiento de su voz. ¡Ay de Roma, y sobre todo, ay del Senado, si no la recobrase pronto!

– ¿Esto, pues, impediría el viaje á la Acaya?

– ¿Qué dices, desdichado? ¿Es ese el único don de César?, preguntó Petronio sonriendo. Se presentará en los Juegos Olímpicos, y como poeta con su *Incendio de Troya*, como auriga, como músico, como atleta y hasta como bailarín, recogiendo así todas las coronas de los triunfadores. ¿Sabes de qué modo pilló la ronquera ese mono? Ayer quiso imitar en la danza á nuestro Paris y representó las aventuras de Leda, lo cual le hizo sudar enormemente y luego resfriarse. Estaba tan bañado

y frío como una anguila recién sacada del agua; hacía toda clase de visajes, daba vueltas como una devanadera, agitaba los brazos en el aire como un marinero borracho, tanto que yo no podía contener las náuseas á la vista de aquel abultado vientre sostenido por dos piernas de esqueleto. Paris le dió lecciones durante dos semanas. Pero dime, ¿puedes imaginarte á *Enobarbo* en el papel de Leda ó en el de cisne divino? ¡Qué cisne más original! ¡Y ahora quiere presentarse con esa pantomima, primero en Anzio y luego en Roma!

– Se produjo general descontento cuando cantó en público; pero ahora no debería en justicia tolerarse que un emperador romano se rebaje hasta hacer de mimo. ¡No! En modo alguno debe permitirlo Roma.

– Amigo, Roma lo permitirá siempre todo y el Senado enviará un voto de gracias al *Padre de la Patria*. La plebe se sentirá halagada viendo que César se convierte en su bufón.

– Pero dime: ¿es posible caer tan bajo?

Petronio hizo un movimiento de indiferencia.

– Tú vives retirado en tu casa, pensando en Licia y en los cristianos, é ignoras, por lo tanto, lo que ocurrió hace dos días. Nerón se casó públicamente con Pitágoras, que apareció con el traje de novia. Esto traspasa el límite de toda locura lícita, ¿no te parece? ¿Y qué pensarás si te digo que los mismos Flamenes dirigieron solemnemente la ceremonia? Yo también asistí. A decir verdad, soy muy tolerante; pero debo confesar que en aquella ocasión pensé que, si realmente existen los dioses, debieran dar señales de vida. César ya no cree en los dioses, y hace bien.

– Así, pues, en una sola persona encontramos reunidos al sumo sacerdote, al *Divo* y al impío, observó Vinicio.

– ¡Así es!, contestó Petronio, riendo. No se me había ocurrido nunca. Esta es una combinación única en su género.

Y prosiguió después de una pausa:

– Sería preciso añadir que este sumo sacerdote que no cree en los dioses, y este *Divo* que se mofa de los dioses como incrédulo, los teme no poco.

– Prueba de ello es el hecho del templo de Vesta.

– ¡Qué sociedad!

– Tal como es César es la sociedad. Pero no puede seguir así mucho tiempo.

Conversando así, amigablemente, entraron en casa de Vinicio, que, regocijado, mandó preparar la cena. Dirigiéndose luego á Petronio, le dijo:

– ¡No, querido! El mundo debe transformarse, renovarse.

– No seremos nosotros quienes lo renovemos, respondió Petronio, visto que reinando Nerón, no se vive más tiempo del que vive una mariposa. Se goza un poco, iluminados por el sol de su favor, para caer en la nada al primer soplo helado. ¡Por el hijo de Maya! Yo me pregunto á veces por qué milagro ha podido Lucio Saturnio llegar á los noventa y tres años y sobrevivir á Tiberio, á Calígula y á Claudio. Pero no nos preocupemos. ¿Puedo mandar á buscar á Eunica con tu litera? Se me han pasado las ganas de dormir y deseo divertirme. Haz que toquen la cítara durante la cena. Luego hablaremos un poco á propósito de Anzio. Es necesario que hablemos, especialmente por ti.

Vinicio mandó á buscar á Eunica, pero declaró que no quería devanarse los sesos pensando en su viaje y permanencia en Anzio.

– ¡Deja que se preocupen con ello los que no pueden vivir sin el favor de César! Con el Palatino no se acaba el mundo, en particular para los que tienen el corazón ocupado.

– Pues... ¿qué novedad ocurre? Tienes el aire de persona satisfecha.

– Soy dichoso, respondió el tribuno, y te he llamado expresamente para hacerte partícipe de mi felicidad.

– ¿Qué te pasa?

– ¡Lo que no cambiaría yo por todo el imperio romano!

Diciendo esto, se sentó, apoyándose sobre el brazo del sillón:

– ¿Recuerdas aún, continuó, nuestra visita á casa de Aulo Plaucio? ¿Recuerdas á la hermosa joven á quien llamaste «aurora» y «primavera?» ¿Recuerdas á aquella Psiquis cien veces más hermosa que todas las demás doncellas y que todas las diosas?

Petronio le miró asombrado.

– ¿De quién hablas?, le preguntó; naturalmente, no he olvidado á tu Licia.

– Ahora soy su prometido.

– ¿Qué dices?

Pero Vinicio, en vez de contestar, saltó de su asiento y llamó al *dispensator*.

– Haz venir aquí á todos los esclavos, desde el primero al último. ¡Pronto!

– ¿Eres su prometido?, repitió Petronio.

No había vuelto de su estupor, cuando ya los esclavos iban poco á poco ocupando el atrio. Viejos extenuados, hombres en el vigor de los años, mujeres, jóvenes, niños, todos los sexos y todas las edades estaban allí representados. A cada momento avanzaba una nueva ola de gente; de los diversos corredores llegaban frases pronunciadas en diferentes idiomas. Por fin, todos se agruparon en varias filas á lo largo de las paredes. Vinicio, que se había colocado junto al impluvio, dijo en alta voz, dirigiéndose á Demades, su liberto:

– El que haya servido durante veinte años en mi casa se presentará mañana conmigo al pretor y obtendrá la libertad. El que no haya llegado á ese término recibirá tres monedas de oro y doble ración para una semana entera. A los que se hallen en las prisiones se les condonará el resto de la pena, quitándoles las cadenas y dándoles á todos abundante comida. Este es para mí día de felicidad, y conmigo han de ser felices todos los que me rodean.

Los esclavos, primero, dudaban de la realidad. Luego, levantando simultáneamente los brazos, gritaron á una voz:

– ¡Ah! ¡Señor!

Vinicio les despidió con un gesto, y ellos, reprimiendo á duras penas la manifestación de su gratitud, salieron impresionados, y dispersándose, atronaron toda la casa con sus gritos de júbilo.

– Mañana, dijo el tribuno, los llamaré á todos al jardín y ordenaré á cada uno que dibuje algo á su gusto sobre la arena. Licia después declarará libre al que haya dibujado un pez.

Petronio, que no tenía la costumbre de asombrarse por nada, pasada ya la admiración que sintió momentos antes, preguntó:

– ¿De veras? ¿Un pez? Recuerdo, efectivamente, que Quilón dijo que éste era el signo con que se reconocían los cristianos.

Después, tendiendo las manos á Vinicio, continuó:

– La felicidad se encuentra siempre donde cada uno la alcanza. ¡Que Flora derrame por largos años sus flores sobre tu camino! ¡Yo te deseo todo lo bueno que tú mismo puedas desearte!

– Te lo agradezco. A decir verdad, creí que tratarías de hacerme mudar de parecer; pero viste claramente que hubiera sido tiempo perdido, ¿no es cierto?

– ¿Yo hacerte mudar de parecer? ¡Todo lo contrario! ¡Haces perfectamente!

– ¡Ah, traidor!, respondió alegremente Vinicio. ¿No te acuerdas de lo que me decías después de la visita á Plaucio y Pomponia?

– Me acuerdo, dijo fríamente Petronio; pero, si me lo permites, he sido yo quien ha cambiado de opinión. Querido, aquí en Roma todo es inestable. Los maridos cambian de mujer, las mujeres cambian de marido, y yo ¿por qué no he de cambiar, por lo menos, de opinión? Poco faltó para que Nerón se casase con Acté, á la que, para mayor comodidad, atribuía origen de estirpe real. Pues bien: hubiera tenido, después de todo, una mujer honrada, y nosotros una Augusta respetable. ¡Por Proteo y por sus aguas infructíferas! Yo mudo de parecer cuando lo creo conveniente. La prosapia real de Licia es más legítima que la de Acté. Pero cuando estés en Anzio..., ¡guárdate de la vengativa Popea!

– Pero ¿qué dices? ¡En Anzio no se me tocará un cabello!

– Piensas que voy á asombrarme de nuevo y te engañas. Dime, ¿de dónde sacas esa certeza?

– Así me lo dijo el apóstol Pedro.

– ¡Ah! ¿Así te lo dijo el apóstol Pedro? Entonces, no cabe dudar. Sin embargo, permíteme tomar algunas precauciones, aunque no sea más que para no exponer al apóstol al peligro de aparecer como falso profeta; pues si el apóstol se equivocase, perdería tu confianza, que en lo futuro ha de serle muy útil.

– Haz lo que quieras, pero yo creo en él. Y si crees predisponerme en su contra repitiendo su nombre en tono de mofa, estás en un error.

– Permíteme otra pregunta: ¿te has hecho cristiano?

– Aún no. Pero Pablo de Tarso viene conmigo á Anzio para instruirme en la nueva doctrina. Después de esto, quiero bautizarme, pues es completamente falsa la afirmación que has hecho de que los cristianos son enemigos de la vida y de la felicidad.

– Tanto mejor para ti y para Licia, observó Petronio. Después, encogiéndose de hombros, añadió, como si hablase consigo mismo: ¡De todos modos, es asombroso cómo sabe esa gente conquistar nuevos secuaces y cómo se propaga rápidamente su doctrina!

– Sí, respondió Vinicio con énfasis, como un convertido; existen millares y millares en Roma, en todas las ciudades de Italia, en Grecia y en Asia. Hay legiones de ellos entre los pretorianos y hasta en el palacio de César. Esclavos y comerciantes, ricos y pobres, plebeyos y patricios, profesan tal religión. ¿Sabes que los Cornelios son cristianos, que Pomponia Grecina es cristiana, que se supone que lo fué Octavia y que Acté lo es también? Sí, esa doctrina conquistará el mundo, porque por ella únicamente podría renovarse. ¡No hagas visajes! ¿Quién sabe si antes de un año te hallarás tú también entre los convertidos?

– ¿Yo?, preguntó Petronio. ¡No, por todos los dioses! Yo no la seguiré, aunque contuviera toda la verdad y toda la ciencia humana y la divina juntas. Me costaría algún trabajo, y yo no quiero cansarme. Se necesitaría además una fuerza de constricción contra sí propio que yo no poseo. Estas son cosas posibles, dando con una naturaleza como la tuya, parecida al fuego y al agua hirviente. ¿Mas para mí? Yo tengo mis objetos preciosos, mis camafeos, mis vasos, mi Eunica. Yo no creo en el Olimpo, pero me lo formo á mi gusto aquí en la tierra, y quiero gozar hasta ser traspasado por una flecha del arquero divino ó hasta que César me ordene abrirme las venas. ¡Amo demasiado la comodidad del triclinio y el perfume de violeta! ¡Amo hasta á nuestros dioses como figuras retóricas, y la Acaya, adonde me trasladaré con nuestro grueso, incomparable y divino César, verdadero Hércules, dominador del mundo, Nerón!

Al llegar á este punto no pudo menos de reir alegremente ante la idea de que pudiera seguir las enseñanzas de un pescador galileo, y canturreó:

Como un día Aristógiton y Harmodio,
de verde mirto adornaré mi espada.

Y no prosiguió, porque anunciaron la llegada de Eunica. Se sirvió la cena, durante la cual resonaron los cantos y los suaves acordes de la cítara. Vinicio habló de la visita de Quilón, del castigo que impuso al filósofo, y de la idea que se le ocurrió de ir directamente á ver al apóstol.

Petronio, bostezando, dijo:

– La idea fué excelente, porque dió buen resultado. Pero yo hubiera regalado á Quilón cinco monedas de oro; mas ya que estimaste oportuno darle unos azotes, bien dados están. Pero, ¿quién nos dice que no llegue día en que todos los senadores se prosternen ante él, como ahora ante Vatinio, el noble zapatero? ¡Buenas noches!

Quitándose la corona, se levantó con Eunica para retirarse. Cuando ambos hubieron salido, Vinicio corrió á la biblioteca y escribió á Licia:

«Apenas tus puros ojos se abran á la luz de la mañana, esta carta te augurará un día feliz. Por esto te escribo ahora, aunque mañana pueda volver á verte. César parte dentro de dos días para Anzio, y yo, ¡infeliz de mí!, debo seguirle. Te dije ya que desobedecer equivale á morir, y ahora confieso que la muerte me infunde pavor. Pero si deseas que no obedezca, escríbeme una sola palabra y me quedaré. Petronio me ayudará á salvarme. Hoy, en el colmo de mi felicidad, he querido hacer dichosos á mis esclavos. Mañana llevaré á casa del Pretor á los que hayan servido veinte años en mi casa y les daré la libertad. ¡Tú, amor mío, debes congratularte, porque esta acción me fué inspirada por las benignas leyes de tu religión y la llevé á cabo por ti! Ellos deben agradecerte su libertad y quiero decírselo á todos para que bendigan tu nombre. Estoy dispuesto á declararme esclavo tuyo y de la felicidad. ¡Quiera Dios que semejante esclavitud no cese nunca! ¿Verdad? ¡Maldito sea Anzio y el viaje de *Enobarbo!* Por fortuna, no tengo reputación de sabio ni de artista, como Petronio; de lo contrario se me obligaría á marchar después á Grecia. La ausencia me parecerá menos amarga pensando incesantemente en ti. ¡No lo dudes! Procuraré aprovechar aunque sea un pequeño instante de libertad, para montar á caballo, volar hacia Roma, y recrear mis ojos con tu vista y mis oídos con el melodioso sonido de tu voz. Si no me fuese posible venir, un esclavo te traería mis cartas. ¡Salud, diosa mía! ¡Abrazo tus rodillas! No te enojes conmigo si te llamo diosa; quisiera obedecerte, pero hoy no puedo llamarte de otro modo. ¡Con toda mi alma te deseo felicidad en aquella casa donde entrarás como señora y dueña!»

XXXVI

Toda Roma sabía que César deseaba en su viaje ver el puerto de Ostia, ó por mejor decir, la nave más grande del mundo, que había llegado recientemente de Alejandría, cargada de grano, y desde Ostia debía hacer rumbo á Anzio, costeando. Algunos días antes se habían dictado las disposiciones del caso, por lo cual, al amanecer del día señalado, enorme masa de curiosos se había estacionado en la Puerta Ostiense para contemplar el séquito de Nerón, espectáculo del que no se hastiaba nunca el pueblo romano. El viaje de la capital á Anzio no era largo ni difícil. Allí se elevaban numerosos palacios y quintas, construídos y decorados suntuosamente y provistos de todas las comodidades y hasta de todo el lujo que podía desearse en aquellos tiempos. César solía llevar consigo en sus viajes todo cuanto le causaba placer, desde los instrumentos musicales y utensilios domésticos, hasta las estatuas y los mosaicos, y esto aun cuando hubiese decidido detenerse breve tiempo en determinado punto. En aquella ocasión iba seguido de una legión de siervos, sin contar todas las subdivisiones de la guardia pretoriana, sus cortesanos y todos los esclavos pertenecientes á cada uno de ellos.

Ya en las primeras horas de la mañana se habían reunido pastores de la Campania, de bronceados rostros, cubiertos de piel de cabra, conduciendo las quinientas burras en cuya leche había de bañarse Popea en cuanto llegase á Anzio. El pueblo contemplaba regocijado las largas orejas moviéndose entre una nube de polvo, y escuchaba con visible complacencia el chasquido de las fustas y la salvaje gritería de los pastores. Cuando hubieron pasado las burras, presentáronse en número considerable los mozos encargados de barrer y limpiar el camino, esparciendo luego sobre él flores y ramitas de pino, y con este motivo, la gente refería con cierto orgullo que todo el camino hasta Anzio se cubriría de flores, cogidas unas en los jardines de los alrededores, y otras vendidas por los floristas á fabulosos precios.

A medida que iba transcurriendo el tiempo, aumentaba la muchedumbre. Muchos llevaban consigo á toda la familia, y arreglando sus provisiones sobre las piedras allí amontonadas para el templo de Ceres en construcción, se disponían á celebrar su acostumbrada comida al aire libre. Acá y allá veíanse grupos de personas, guiadas por otras más enteradas de los proyectos de César, y hablábase de aquel viaje de recreo y de los futuros viajes del emperador. Marineros y antiguos soldados aprovechaban la ocasión para relatar extraordinarias maravillas que habían oído narrar sobre lejanos países en que ningún romano había puesto todavía su planta. Y todos los que no habían ido más allá de la Vía Apia escuchaban con la boca abierta las fantásticas descripciones de la India, de la Arabia y de las islas que rodeaban la Bretaña, en una de las cuales Briareo tenía prisionero á Saturno dormido; de los mares glaciales de las regiones del Norte y del rumor del Océano al sumergirse el sol en su fondo cuando terminaba el día.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al llegar á este punto no pudo menos de reir alegremente ante la idea de que pudiera seguir las enseñanzas de un pescador galileo, y canturreó:

Como un día Aristógiton y Harmodio,
de verde mirto adornaré mi espada.

Y no prosiguió, porque anunciaron la llegada de Eunica. Se sirvió la cena, durante la cual resonaron los cantos y los suaves acordes de la cítara. Vinicio habló de la visita de Quilón, del castigo que impuso al filósofo, y de la idea que se le ocurrió de ir directamente á ver al apóstol.

Petronio, bostezando, dijo:

– La idea fué excelente, porque dió buen resultado. Pero yo hubiera regalado á Quilón cinco monedas de oro; mas ya que estimaste oportuno darle unos azotes, bien dados están. Pero, ¿quién nos dice que no llegue día en que todos los senadores se prosternen ante él, como ahora ante Vatinio, el noble zapatero? ¡Buenas noches!

Quitándose la corona, se levantó con Eunica para retirarse. Cuando ambos hubieron salido, Vinicio corrió á la biblioteca y escribió á Licia:

«Apenas tus puros ojos se abran á la luz de la mañana, esta carta te augurará un día feliz. Por esto te escribo ahora, aunque mañana pueda volver á verte. César parte dentro de dos días para Anzio, y yo, ¡infeliz de mí!, debo seguirle. Te dije ya que desobedecer equivale á morir, y ahora confieso que la muerte me infunde pavor. Pero si deseas que no obedezca, escríbeme una sola palabra y me quedaré. Petronio me ayudará á salvarme. Hoy, en el colmo de mi felicidad, he querido hacer dichosos á mis esclavos. Mañana llevaré á casa del Pretor á los que hayan servido veinte años en mi casa y les daré la libertad. ¡Tú, amor mío, debes congratularte, porque esta acción me fué inspirada por las benignas leyes de tu religión y la llevé á cabo por ti! Ellos deben agradecerte su libertad y quiero decírselo á todos para que bendigan tu nombre. Estoy dispuesto á declararme esclavo tuyo y de la felicidad. ¡Quiera Dios que semejante esclavitud no cese nunca! ¿Verdad? ¡Maldito sea Anzio y el viaje de *Enobarbo!* Por fortuna, no tengo reputación de sabio ni de artista, como Petronio; de lo contrario se me obligaría á marchar después á Grecia. La ausencia me parecerá menos amarga pensando incesantemente en ti. ¡No lo dudes! Procuraré aprovechar aunque sea un pequeño instante de libertad, para montar á caballo, volar hacia Roma, y recrear mis ojos con tu vista y mis oídos con el melodioso sonido de tu voz. Si no me fuese posible venir, un esclavo te traería mis cartas. ¡Salud, diosa mía! ¡Abrazo tus rodillas! No te enojes conmigo si te llamo diosa; quisiera obedecerte, pero hoy no puedo llamarte de otro modo. ¡Con toda mi alma te deseo felicidad en aquella casa donde entrarás como señora y dueña!»

XXXVI

Toda Roma sabía que César deseaba en su viaje ver el puerto de Ostia, ó por mejor decir, la nave más grande del mundo, que había llegado recientemente de Alejandría, cargada de grano, y desde Ostia debía hacer rumbo á Anzio, costeando. Algunos días antes se habían dictado las disposiciones del caso, por lo cual, al amanecer del día señalado, enorme masa de curiosos se había estacionado en la Puerta Ostiense para contemplar el séquito de Nerón, espectáculo del que no se hastiaba nunca el pueblo romano. El viaje de la capital á Anzio no era largo ni difícil. Allí se elevaban numerosos palacios y quintas, construídos y decorados suntuosamente y provistos de todas las comodidades y hasta de todo el lujo que podía desearse en aquellos tiempos. César solía llevar consigo en sus viajes todo cuanto le causaba placer, desde los instrumentos musicales y utensilios domésticos, hasta las estatuas y los mosaicos, y esto aun cuando hubiese decidido detenerse breve tiempo en determinado punto. En aquella ocasión iba seguido de una legión de siervos, sin contar todas las subdivisiones de la guardia pretoriana, sus cortesanos y todos los esclavos pertenecientes á cada uno de ellos.

Ya en las primeras horas de la mañana se habían reunido pastores de la Campania, de bronceados rostros, cubiertos de piel de cabra, conduciendo las quinientas burras en cuya leche había de bañarse Popea en cuanto llegase á Anzio. El pueblo contemplaba regocijado las largas orejas moviéndose entre una nube de polvo, y escuchaba con visible complacencia el chasquido de las fustas y la salvaje gritería de los pastores. Cuando hubieron pasado las burras, presentáronse en número considerable los mozos encargados de barrer y limpiar el camino, esparciendo luego sobre él flores y ramitas de pino, y con este motivo, la gente refería con cierto orgullo que todo el camino hasta Anzio se cubriría de flores, cogidas unas en los jardines de los alrededores, y otras vendidas por los floristas á fabulosos precios.

A medida que iba transcurriendo el tiempo, aumentaba la muchedumbre. Muchos llevaban consigo á toda la familia, y arreglando sus provisiones sobre las piedras allí amontonadas para el templo de Ceres en construcción, se disponían á celebrar su acostumbrada comida al aire libre. Acá y allá veíanse grupos de personas, guiadas por otras más enteradas de los proyectos de César, y hablábase de aquel viaje de recreo y de los futuros viajes del emperador. Marineros y antiguos soldados aprovechaban la ocasión para relatar extraordinarias maravillas que habían oído narrar sobre lejanos países en que ningún romano había puesto todavía su planta. Y todos los que no habían ido más allá de la Vía Apia escuchaban con la boca abierta las fantásticas descripciones de la India, de la Arabia y de las islas que rodeaban la Bretaña, en una de las cuales Briareo tenía prisionero á Saturno dormido; de los mares glaciales de las regiones del Norte y del rumor del Océano al sumergirse el sol en su fondo cuando terminaba el día.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No era extraño que semejantes fábulas encontrasen fácil acogida entre el pueblo, cuando hombres como Tácito y Plinio les prestaban crédito. Se hablaba también de la nave que César pretendía visitar, recién llegada con un cargamento de grano suficiente para dos años, sin contar cuatrocientos pasajeros é igual número de soldados y una serie de fieras destinadas á las diversiones estivales.

Todos se mostraban reconocidos al emperador, que no sólo se preocupaba de sus alimentos, sino también de sus placeres, y se preparaban á saludarle con entusiasmo.

Apareció, en tanto, una sección de númidas, pertenecientes á la guardia pretoriana de caballería. Vestían uniforme amarillo con cinturones rojos, y pendían de sus orejas enormes cercos, que proyectaban sobre sus rostros de ébano dorados reflejos. Las puntas de sus fustas relucían como vivas llamaradas.

Comenzó en seguida á avanzar el cortejo, á manera de procesión. La multitud se estrujaba para ver mejor; pero los pretorianos á pie formaban á ambos lados de la puerta un cordón para impedir que la gente invadiese el sitio por donde aquél había de pasar.

Iban delante los carros con tiendas purpúreas, rojas y violáceas, otras blancas como la nieve, tapices orientales y mesas de cedro, mosaicos, carros con utensilios de cocina, jaulas con pájaros raros de todos los países y cuyas lenguas y sesos estaban destinados á la mesa del emperador, recipientes de vino, cestas de fruta. Los objetos más frágiles eran llevados á mano por los esclavos. Centenares de ellos llevaban vasos ó estatuas de bronce corintio; otros, vasos etruscos ó griegos, vajillas de oro, de plata y de cristales alejandrinos. Éstos iban precedidos de pretorianos á pie y á caballo. Cada grupo de esclavos tenía su vigilante, que llevaba la fusta de castigo con pedazos de cuero ó de hierro en su extremidad.

Toda aquella inmensa fila de hombres que llevaban con gran recogimiento los más variados objetos, hacía pensar en una solemne procesión religiosa, y esta semejanza resaltaba más cuando avanzaron los instrumentos musicales de César y de su corte. Se veían arpas, flautas griegas, egipcias y hebraicas, liras, cítaras, cuernos de búfalo y timbales. Cualquiera que hubiese contemplado aquella infinidad de instrumentos relucientes con sus piedras preciosas y todo el oro y las perlas de que estaban recargados, hubiera podido creer que Apolo y Baco habían emprendido juntos un viaje por el mundo. Aparecieron luego los carros triunfales de acróbatas artísticamente agrupados, danzadoras y danzadores, con sus varitas mágicas en la mano. Seguían á éstos algunos esclavos mantenidos por lujo, no destinados á servir, y había entre ellos muchachos y niñas de Grecia y del Asia Menor, estas últimas con los largos cabellos sueltos ó recogidos en doradas redecillas; niños que semejaban amorcillos, de rostros graciosos, pero cubiertos con una espesa capa de cosmético para que el aire de la Campania no perjudicase su delicado cutis. Avanzó otra cohorte de pretorianos, formada de sicambros gigantescos, hombres barbudos, de ojos azules y de cabellos rubios ó rojos. Les precedían los portaestandartes llamados *immaginarii* con las águilas romanas, tablas con inscripciones, efigies de divinidades griegas y germánicas y bustos de César.

Bajo las pieles y armaduras de los soldados aparecían los miembros musculosos bronceados por el sol, semejantes á máquinas de guerra, capaces de manejar las pesadísimas armas de que iban cargados. Bajo sus pasos cadenciosos y fuertes parecía que había de hundirse la tierra, y ellos, conocedores de su fuerza, que hubieran podido usar hasta contra el mismo César, miraban con aire de desprecio á la muchedumbre aglomerada en la vía, olvidando, sin duda, que muchos de ellos habían sido conducidos entre cepos á la ciudad. Su número, sin embargo, era limitado, pues parte de la guardia pretoriana debía permanecer en Roma en previsión de cualquier tumulto ó suceso desagradable.

Iban detrás, encadenados, los leones y tigres de Nerón, que, imitando á Dionisio, hubiera podido uncirlos á su carro. Los conducían árabes é indios con cadenas cubiertas de flores, que no parecía sino que iban guiados por flores entretejidas á manera de coronas. Las fieras, domesticadas por expertos domadores, miraban á la gran masa humana con sus ojos vidriosos, dormidos al parecer, y levantaban de cuando en cuando las enormes cabezas, aspirando las exhalaciones de los cuerpos amontonados y relamiéndose luego.

Veíanse á continuación los carros de César, las literas de oro y de púrpura, adornadas de marfil, de perlas y de piedras preciosas. Seguía una compañía de pretorianos, compuesta de voluntarios itálicos (1); y en éstos un grupo más numeroso de selectos esclavos y muchachos: por último, apareció el mismo César, cuya proximidad había sido anunciada desde lejos por mil gritos de júbilo.

Entre la multitud encontrábase también el apóstol Pedro, que deseaba ver una vez al menos á Nerón. Le acompañaban Licia, oculta bajo tupido velo, y Ursus, cuya fuerza podía ofrecer á la joven la más valiosa garantía contra las masas turbulentas. El gigante licio cogió una de las piedras destinadas á la construcción del templo de Ceres y la trasladó adonde se hallaba el apóstol, para que éste, colocándose encima, pudiese ver cómodamente todo el cortejo.

Cuando Ursus movió la piedra, como la ola mueve la nave, se produjo un murmullo general; pero cuando la transportó, con una fuerza que cuatro hombres de los más robustos no hubieran poseído, el rumor se convirtió en un grito unánime de admiración y de asombro.

César apareció. Iba sentado en un carro, tirado por seis blancos sementales idumeos con herraduras de oro. El vehículo tenía la forma de una tienda abierta por los lados, á fin de que el pueblo pudiese contemplar sin obstáculos al emperador. El espacio interior era suficiente para contener varias personas; pero el césar, deseando que nada distrajese la pública atención de su individualidad, iba solo con dos enanos acurrucados á sus pies. Vestía una túnica blanca y una toga color de amatista, que daba á su rostro reflejos azules; una corona de laurel adornaba sus sienes. Después de su viaje á Nápoles había engordado y encanecido, y parecía tener doble barba, por lo cual su boca, demasiado próxima á la nariz, estaba en inmediato contacto con ésta. Llevaba, como de costumbre, el grueso cuello abrigado con un pañuelo de seda, que se ponía y quitaba continuamente con su mano blanca y gruesa, cubierta de pelo rojo, como manchas sanguinolentas. No les era permitido á los *depilatori* arrancárselo, desde que oyó decir que esa operación hubiera podido ocasionar un temblor en los dedos, y por lo tanto, se hubiera visto imposibilitado para pulsar la cítara. Sobre su rostro, cuya expresión era tan desagradable como vulgar, se dibujaba una ilimitada ambición, el tedio y un aburrimiento infinito. Mientras el cortejo avanzaba, él volvía la cabeza á una y otra parte, observando atentamente el modo como el pueblo le saludaba. Se proferían á su paso gritos de júbilo y aclamaciones: «¡Salud á ti, oh divino César! ¡Emperador, salud! ¡Salud, conquistador! ¡Salud, insuperable! ¡Hijo de Apolo! ¡Apolo!» Estas palabras le arrancaban alguna sonrisa; pero no tardaba en obscurecer su rostro una nube de ira; el pueblo romano era un pueblo satírico y fino observador, y se permitía á veces ridiculizar hasta á los más grandes triunfadores y á hombres ge-

(1) Los habitantes de Italia estaban exentos, desde el tiempo de Augusto, del servicio militar: por esto salió la llamada *itálica cohorte* de voluntarios, que ordinariamente residía en Asia. La guardia pretoriana formábanla voluntarios cuando no estaba compuesta de extranjeros

neralmente queridos y respetados. Ya no era un secreto para nadie que á la entrada de Julio César en Roma se había oído exclamar: «¡Ciudadanos, esconded á vuestras mujeres: viene el viejo disoluto!» Pero el orgullo monstruoso de Nerón no podía soportar la menor burla ni la más ligera censura, y en aquella ocasión, con los gritos de júbilo mezclábanse las exclamaciones: «*¡Enobarbo, Enobarbo!* ¿Qué hiciste de tu barba flameante? ¿Tenías miedo de pegar fuego á Roma?,» y los que esto exclamaban no suponían, seguramente, que sus gritos encerraban una terrible profecía.

Pero semejantes voces no conmovían á Nerón: no llevaba barba porque la había dedicado á Júpiter Capitolino en una caja de oro. Algunos individuos, escondidos tras los montones de piedras del templo, gritaron: «¡Matricida! ¡Nerón! ¡Orestes! ¡Alcmeón!,» y otros: «¿Dónde está Octavia? ¡Abajo la púrpura!»

Popea, que le seguía, tampoco se vió libre de los denuestos y burlas del pueblo; le gritaban: *¡Flava coma!* (cabellos amarillos), expresión usada para señalar á las mujeres de vida airada. Al oído musical de César llegaron estas palabras, y aplicando á su ojo derecho la pulimentada esmeralda, se puso á mirar atentamente buscando á los autores, como para retener en la memoria su fisonomía. En aquel momento su mirada se encontró con la del apóstol, derecho sobre la piedra, y los dos hombres se miraron fijamente un instante. A ninguno de los que formaban el brillante cortejo, á ninguno de los que se movían entre la multitud inmensa, le pasó por la mente la idea de que en aquel punto y hora se cruzaban las miradas de dos fuerzas terrenas, una de ellas destinada á desaparecer en breve tiempo como un sueño sangriento, mientras la otra, humilde en la apariencia, conquistaría para siempre Roma y el mundo entero. César pasó; detrás de él ocho africanos conducían una litera en la que iba sentada Popea, tan despreciada por el vulgo. Como Nerón, llevaba una túnica color de amatista, una densa capa de cosmético cubría su rostro, y en su inmovilidad, en su actitud indiferente y pensativa, semejaba una hermosa y maléfica divinidad. La seguía una legión entera de siervos, esclavos y por último una hilera interminable de carros con vestidos y objetos de adorno y de necesidad.

El sol iba á declinar cuando comenzó á avanzar la línea infinita, espléndida y multicolor que formaban los cortesanos. El escéptico Petronio, amigablemente saludado por la muchedumbre, compareció en su litera junto con la hermosísima esclava. Tigelino iba en un carro tirado por potros adornados con plumas blancas y purpurinas. Incesantemente levantaba la cabeza para ver si Nerón le invitaba á que tomara asiento junto á él. Liciano fué acogido con grandes aplausos y Vitelio con carcajadas. Los cónsules Licino y Lecanio pasaron inadvertidos; en cambio, á Tulio Senecio y á Vestinio se les hicieron demostraciones de viva simpatía, sin que ninguno supiese por qué.

Y el cortejo continuaba aún y no se veía el fin. Parecía que toda Roma rica y noble emigraba á Anzio. Además Nerón nunca viajaba con menos de mil carros y su séquito superaba al número de soldados de una legión romana (1). Iban también Domicio Afro, el viejo Lucio Saturnio, Vespasiano, que tenía aún que emprender su campaña en Judea, desde donde había de regresar más tarde, llamado para ceñir la corona imperial, y sus hijos, los jóvenes Nerva Lucano, Annio Galo, Quinziano, y una infinidad de mujeres conocidas por su belleza, su riqueza y su lujuria.

Los ojos del público estaban fijos en las variadas armaduras, carros, caballos y

(1) En tiempo de los Césares, una legión constaba de doce mil hombres.

trajes raros de los siervos escogidos entre mil y mil pueblos de la tierra. En aquel cortejo, todo magnificencia y grandeza, no se sabía qué persona ni qué objeto había de contemplarse preferentemente, y no sólo la mirada, sino la imaginación, quedaban deslumbrada la una y confusa la otra á la vista de tanto oro, de tan variados colores y ante el rico centelleo de las piedras preciosas. Hubiérase dicho que hasta los rayos del sol parecían debilitarse ante tan mágico esplendor. Entre la prensada muchedumbre había más de un pobre con el estómago vacío; y si tal espectáculo despertaba en él un sentimiento de envidia, le llenaba al mismo tiempo de orgullo al considerar el poder de Roma, al que contribuía el mundo entero y ante el cual el mundo entero se inclinaba. Nadie se hubiera atrevido entonces á suponer que semejante grandeza no había de desafiar á los siglos y sobrevivir á todas las naciones, y que llegaría día en que una fuerza más grande lograría derribarla.

Vinicio iba al final del cortejo. Al ver al apóstol y á Licia, á la que no esperaba ver, saltó del carro, y saludándoles con los ojos resplandecientes de gozo, dijo precipitadamente, no pudiendo perder tiempo:

– ¿Has venido? ¡Cuánto te lo agradezco, Licia mía! ¡Dios no podía haberme favorecido con mejor premio! ¡Adiós! Pero por breve tiempo, no lo dudes: dispondré que me tengan preparados caballos de cambio en todo el camino para visitarte todos los días libres, hasta que pueda regresar. ¡Adiós!

– ¡Adiós, Marco!, respondió Licia. Después añadió en voz baja: ¡Que Cristo te inspire y abra tu espíritu á las palabras de Pablo!

El joven se conmovió al ver la solicitud de Licia y su deseo de que se hiciera cristiano, y dijo:

– ¡Pupila de mis ojos! Sucederá lo que deseas. Pablo prefiere ir con mi gente, pero estará conmigo y será mi amigo y maestro. Levanta el velo, amor mío, y permíteme que antes de partir pueda ver aún tu hermoso rostro. ¿Por qué te ocultas bajo un velo tan tupido?

Ella levantó el velo y descubrió el rostro animado y los purísimos ojos con gracia candorosa, como preguntando:

– ¿Te resulta desagradable el velo?

Y en su sonrisa había una adorable petulancia juvenil; pero Vinicio, que la contemplaba extasiado, se apresuró á contestar:

– ¡Desagradable á mis ojos, que quisieran mirarte hasta el día de la muerte!

Luego, volviéndose á Ursus, continuó:

– ¡Ursus, custódiala como á la luz de tus pupilas, porque es tu *dómina* y también lo es mía!

Vinicio cogió la mano de Licia y la llevó á sus labios, en medio del asombro de la gente, que no se explicaba semejante manifestación de respeto de un augustiano hacia una joven de aspecto tan modesto, vestida como una esclava.

– ¡Adiós!

Y se alejó rápidamente, porque el séquito de Nerón había avanzado un poco. Pedro le bendijo secretamente con la señal de la cruz. Ursus entonó las alabanzas de Vinicio, congratulándose de la cariñosa atención con que su dueña le escuchaba.

En tanto el cortejo se iba alejando y ya se divisaba á través de una nube dorada. Le siguieron aún con las miradas, hasta que Demades, el molinero con quien Ursus trabajaba de noche, se acercó al grupo. Besó en seguida la mano del apóstol y le invitó á comer en su casa, la cual se hallaba á corta distancia del *Emporio*. Todos debían indudablemente sentir apetito, pues habían pasado casi todo el día en aquel camino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Marcharon con Demades, y después de haber comido y reposado un poco, volvieron al anochecer al Trastevere, y queriendo atravesar el río por el puente Emiliano, pasaron por el *Clivus Publicus*, sobre el Aventino, entre los templos de Diana y de Mercurio. Desde aquella altura, el apóstol se puso á contemplar todos los edificios próximos y lejanos, y tácitamente no pudo menos de pensar en el enorme engrandecimiento y en el poder de aquella ciudad, á la cual había ido para anunciar el Divino Verbo. Hasta entonces le era conocida la grandeza de Roma y de sus legiones por haber oído hablar de ello ó por los datos que había podido recoger en los diversos países que recorrió, en los cuales vió ejemplos y pruebas de aquel poderío, pero como testimonios aislados de una fuerza que ahora por primera vez se le aparecía personificada en la figura de Nerón. ¿Roma? Una ciudad gigantesca, ávida, rapaz, desenfrenada, corrompida, pero de una fuerza cruel que la hacía casi invulnerable. ¿César? Un fratricida, un matricida, un libertino, á quien seguía un conjunto de sombras sangrientas no inferior en número á la escolta de sus cortesanos aún vivientes. Aquel bellaco, aquel bufón, que imperaba todavía sobre treinta legiones y con éstas sobre el mundo entero; aquellos cortesanos cubiertos de oro y de púrpura, inseguros del porvenir, poderosos aún como reyes hasta su última hora, todos juntos ofrecían un cuadro infernal de iniquidad y de corrupción. Y en la simplicidad de su alma se asombraba de que Dios hubiese concedido á Satanás el inconcebible poder de oprimir al mundo, de aplastarle, de exprimirle lágrimas y sangre, de removerlo como una turbonada, de desatar sobre él su furia como el huracán y destruirlo como el fuego. Y su corazón de apóstol parecía oprimirse ante esa idea, y habló de esta manera á su Divino Maestro:

– ¡Oh, Señor! ¿Cómo debo empezar en esta ciudad adónde me enviaste? ¡A ella pertenecen mares y montañas, á ella animales de los bosques y habitantes de las aguas: suyos son reinos y ciudades y treinta legiones que la defienden; y yo, Señor, no soy más que el humilde pescador de un lago pequeñísimo! ¿Cómo debo empezar? ¿Qué hacer para vencer tanta perversidad?

Diciendo esto, levantó al cielo su encanecida y temblorosa cabeza, é invocó y suplicó ardientemente á su Divino Maestro, en medio del dolor más profundo.

Licia le interrumpió:

– Diríase que toda la ciudad es ahora presa de las llamas.

En efecto, el sol declinaba con resplandores iridescentes. Su disco había desaparecido detrás del Janículo y todo el cielo estaba iluminado por viva luz rojiza. A su derecha aparecían los muros del Circo Máximo, más arriba los inmensos palacios del Palatino, y frente á éstos, al otro lado del *Forum Boarium* y del *Velabrum,* se elevaba el Capitolio con el templo de Júpiter. Los muros y las columnas, las altas cimas de los templos, estaban sumergidos en la dorada luz crepuscular. El cauce del río, visible en lontananza, parecía tinto en sangre, y á medida que el sol se ocultaba, sus reflejos se hacían más rojizos, ofreciendo el espectáculo de un enorme incendio que, propagándose en breve espacio de tiempo, invadía las siete colinas y cuanto las circundaba.

– La ciudad entera parece envuelta en llamas, observó de nuevo Licia.

Pedro se cubrió los ojos con las manos, y dijo:

– ¡Sobre ella pesa la cólera divina!

XXXVII

«VINICIO Á LICIA

»El esclavo Flegón, con quien te envío estas líneas, es un cristiano, y por consecuencia, uno de los destinados á recibir la libertad de tus manos, amada mía. Es un antiguo siervo de nuestra casa, de quien puedo fiarme sin temor de que la carta caiga en otras manos que no sean las tuyas.

»Te escribo desde Laurento, donde hemos hecho breve parada á causa del excesivo calor. Otón poseía aquí una quinta regia, que á su tiempo cedió á Popea, la cual, divorciada luego de él, no pensó en desprenderse del soberbio regalo. Cuando comparo contigo á todas las mujeres que veo á mi alrededor, me siento inclinado á suponer que de las piedras lanzadas por Deucalión han salido personas muy diferentes unas de otras y que tú perteneces al número de las que salieron del cristal.

»Te amo y te admiro con toda el alma y no quisiera hablar más que de ti: por esto te relataré brevemente lo que concierne al viaje y á la corte de César. Éste fué huésped de Popea, que había preparado en secreto una brillante recepción, á la cual sólo fueron invitados sus preferidos, entre ellos Petronio y yo. Después de la comida, paseamos por el mar en doradas lanchas, y las aguas estaban tan quietas que parecían dormidas, y tan azules que recordaban el color de tus ojos, adorada mía. Nosotros llevábamos los remos, pues la Augusta se sentía halagada al ver que por ella remaban los cónsules y los hijos de cónsules. César, envuelto en purpúrea toga, tenía también su remo y cantaba un himno al mar que había compuesto la noche anterior, armonizándolo con ayuda de Diodoro. En otras barquillas seguían esclavos indios capaces de sacar sonidos á las conchas marinas, y alrededor aparecían delfines, atraídos tal vez por la música desde los dominios de Anfitrite. ¿Adivinas lo que hacía yo? Pensaba en ti, lleno de ansia, y hubiera querido coger aquel mar con su calma encantada y con su música, para ofrecértelo todo á ti.

»¿No te agradaría, divina, vivir conmigo, lejos de Roma, á orillas del mar? Poseo una quinta en Sicilia y allí un magnífico bosque de almendros, en primavera cubiertos de flores rosadas, y tan próximos al mar, que á veces las puntas de las ramas encorvadas acarician la superficie azul. Allí es donde quiero amarte y seguir las enseñanzas de Pablo; ahora comprendo perfectamente que los cristianos no excluyen de su doctrina los goces del amor.

»¿Quieres? Mientras espero tu respuesta, te describiré lo que acaeció después.

»Al poco rato nos acercamos á la orilla, vimos asomar en lontananza una vela y se entabló discusión acerca de si se trataba simplemente de una barca pescadora ó de una gran nave procedente de Ostia. Yo fuí el primero en adivinarlo, á lo cual la Augusta observó que nada podía ocultarse á mis ojos; y dejando de pronto caer

el velo sobre su rostro, me preguntó si de aquel modo la reconocería. Petronio contestó en seguida que á nadie le es posible descubrir el sol tras una espesa nube; entonces ella replicó en tono festivo que una vista clara como la mía no podía obscurecerse más que por el amor, y empezó á citar una serie de mujeres romanas para adivinar cuál era entre ellas mi pasión. Yo respondí con la mayor calma, y ella acabó por quitarse el velo y me miró con cierto aire de reto.

»Estoy, en verdad, agradecidísimo á Petronio que, en aquel momento, hizo virar la lancha de modo que la general atención no volvió á fijarse en mí; pues no te oculto que en caso de que hubiera dicho una palabra poco benévola acerca de ti, no hubiera podido refrenar mi cólera fácilmente y hubiera cedido á la tentación de abrir la cabeza con mi remo á aquella mujer perversa.

»¿Recuerdas aún lo que me ocurrió en el lago de Agripa y que te referí en casa de Lino la víspera de mi marcha? Petronio teme por mí y aún hoy me suplicaba insistentemente que no tratase de herir el orgullo de Popea. Pero Petronio no me comprende. No se le alcanza que fuera de ti no existe para mí ningún placer, ninguna belleza, ningún amor, y que á una Popea no podría ofrecerle más que mi desprecio y mi disgusto. Tú has hecho de mí otro hombre, me has transformado tan radicalmente, que á ningún precio podría volver á mi vida de otro tiempo. Pero no temas que aquí me ocurra ninguna desgracia. La Augusta no me ama, porque es incapaz de amar á nadie. Su capricho reconoce por origen su ira contra César que sufre aún su influencia y en el fondo aún la quiere, pero no procura ocultarle de ningún modo sus escandalosas aventuras.

»Te diré una cosa que te tranquilizará por completo. Antes de mi partida Pedro me animó á no temer á César, que no podrá tocarme ni un cabello: y yo creo en él. Una voz del alma me dice que su palabra se cumplirá. ¡Desde el momento en que él bendijo nuestro amor, ya ni César, ni un poder del averno, ni el hado mismo serán capaces de arrancarte de mi corazón, Licia mía! Esta idea me hace dichoso en tal grado que me figuro estar en el cielo, allí donde se goza de la verdadera felicidad. Pero no debo hablarte del hado á ti, que eres cristiana. Quiero decir que el cristianismo no me ha purificado aún, y que mi alma semeja un cáliz vacío que Pablo va llenando poco á poco con la santa doctrina que tú sigues y que por esto me es tan querida. Tú, divina mía, no debes olvidar que vertí todo lo que antes contenía y que ahora, lo mismo que un sediento, trato de llenarlo en una fuente más pura. Esto hace que á tus ojos encuentre gracia.

»En Anzio quiero oir á Pablo día y noche. Desde el primer momento se granjeó tantas simpatías y admiración entre mi gente, que ésta, rodeándole siempre, ve en él no sólo un taumaturgo, sino hasta un ser sobrenatural. Ayer vi pintada en su rostro la alegría. Preguntándole yo la causa, me contestó: «Estoy sembrando.» Petronio sabe que está conmigo, y desea verle, y también Séneca, que supo de él por medio de Galo.

»Las estrellas palidecen, hermosa mía, y la estrella de la mañana aparece más brillante. Dentro de poco la aurora enrojecerá las ondas. Todo calla en torno á mi persona; sólo yo estoy despierto y pienso en mi amor. ¡Te envío un saludo con los rayos del sol, esposa querida!»

XXXVIII

«VINICIO Á LICIA

»¿Estuviste alguna vez en Anzio con Aulo y Pomponia, querida mía? Si no, me agradará acompañarte un día y hacerte los honores. Todo el camino que conduce á esta población, desde Laurento acá, es una serie no interrumpida de quintas, á lo largo de la playa; Anzio mismo no es sino una sucesión continuada de palacios y pórticos, cuyas columnas se reflejan en el agua en días serenos. También mi quinta está sobre el mar, mi hermosa quinta con su jardín de olivos y su bosque de cipreses, y cuando pienso que todo esto será tuyo, el mármol me parece más blanco, el bosque más umbroso y el mar más azul. ¡Oh, Licia mía, cuán bella es la vida cuando se ama! El viejo Menicles, á quien tengo confiada la vigilancia y el cuidado de la quinta, plantó lirios entre los mirtos, y al verlos se me presentó á la imaginación la casa de Aulo, el impluvio y el jardín, donde nos sentábamos uno al lado de otro. Estas flores te recordarán tu patria, y estoy por lo tanto seguro de que llegarás á encariñarte con Anzio y nuestra quinta.

»Inmediatamente después de mi llegada, durante la comida, hablé extensamente con Pablo. Hablamos sobre todo de ti y luego él empezó á iluminarme. Le escuchaba atentamente, y sólo puedo decir que, aun sabiendo escribir como Petronio, no estaría en condiciones de explicar lo que aconteció en mi espíritu. No hubiera nunca creído que en el mundo podía darse semejante felicidad, semejante belleza, semejante paz, hasta ahora desconocida por todos.

»Pero de esto trataremos verbalmente, porque, como sabes, aprovecharé el primer momento libre para volar hacia Roma.

»¿Cómo puede la tierra albergar á un mismo tiempo á un apóstol Pedro, á un Pablo de Tarso y á un Nerón? Te pregunto esto, porque la noche siguiente al coloquio con Pablo estuve en la casa de César, y ¿qué dirás que oí? Primeramente leyó él una poesía sobre la destrucción de Troya, deplorando luego no haber gozado nunca del espectáculo de una ciudad incendiada y considerando afortunado á Príamo, á quien había tocado en suerte semejante dicha. Tigelino respondió entonces:

– »Di una sola palabra, oh divino, y yo cojo una tea y antes de despuntar la aurora Anzio será una enorme hoguera.

»A lo que César no pudo menos de contestar, burlándose de tal proposición:

– »¿Y adónde iría yo entonces para respirar el aire marino y reforzar la voz que me concedieron los dioses en beneficio de la humanidad? ¿No es acaso Roma la que me debilita, no son las emanaciones de la Suburra ó del Esquilino las que me producen la ronquera? Y los palacios romanos, ¿no ofrecerían por ventura un espectáculo mucho más imponente y mucho más trágico que cuanto pudiera obtenerse en Anzio?

UNAM DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el velo sobre su rostro, me preguntó si de aquel modo la reconocería. Petronio contestó en seguida que á nadie le es posible descubrir el sol tras una espesa nube; entonces ella replicó en tono festivo que una vista clara como la mía no podía obscurecerse más que por el amor, y empezó á citar una serie de mujeres romanas para adivinar cuál era entre ellas mi pasión. Yo respondí con la mayor calma, y ella acabó por quitarse el velo y me miró con cierto aire de reto.

»Estoy, en verdad, agradecidísimo á Petronio que, en aquel momento, hizo virar la lancha de modo que la general atención no volvió á fijarse en mí; pues no te oculto que en caso de que hubiera dicho una palabra poco benévola acerca de ti, no hubiera podido refrenar mi cólera fácilmente y hubiera cedido á la tentación de abrir la cabeza con mi remo á aquella mujer perversa.

»¿Recuerdas aún lo que me ocurrió en el lago de Agripa y que te referí en casa de Lino la víspera de mi marcha? Petronio teme por mí y aún hoy me suplicaba insistentemente que no tratase de herir el orgullo de Popea. Pero Petronio no me comprende. No se le alcanza que fuera de ti no existe para mí ningún placer, ninguna belleza, ningún amor, y que á una Popea no podría ofrecerle más que mi desprecio y mi disgusto. Tú has hecho de mí otro hombre, me has transformado tan radicalmente, que á ningún precio podría volver á mi vida de otro tiempo. Pero no temas que aquí me ocurra ninguna desgracia. La Augusta no me ama, porque es incapaz de amar á nadie. Su capricho reconoce por origen su ira contra César que sufre aún su influencia y en el fondo aún la quiere, pero no procura ocultarle de ningún modo sus escandalosas aventuras.

»Te diré una cosa que te tranquilizará por completo. Antes de mi partida Pedro me animó á no temer á César, que no podrá tocarme ni un cabello: y yo creo en él. Una voz del alma me dice que su palabra se cumplirá. ¡Desde el momento en que él bendijo nuestro amor, ya ni César, ni un poder del averno, ni el hado mismo serán capaces de arrancarte de mi corazón, Licia mía! Esta idea me hace dichoso en tal grado que me figuro estar en el cielo, allí donde se goza de la verdadera felicidad. Pero no debo hablarte del hado á ti, que eres cristiana. Quiero decir que el cristianismo no me ha purificado aún, y que mi alma semeja un cáliz vacío que Pablo va llenando poco á poco con la santa doctrina que tú sigues y que por esto me es tan querida. Tú, divina mía, no debes olvidar que vertí todo lo que antes contenía y que ahora, lo mismo que un sediento, trato de llenarlo en una fuente más pura. Esto hace que á tus ojos encuentre gracia.

»En Anzio quiero oir á Pablo día y noche. Desde el primer momento se granjeó tantas simpatías y admiración entre mi gente, que ésta, rodeándole siempre, ve en él no sólo un taumaturgo, sino hasta un ser sobrenatural. Ayer vi pintada en su rostro la alegría. Preguntándole yo la causa, me contestó: «Estoy sembrando.» Petronio sabe que está conmigo, y desea verle, y también Séneca, que supo de él por medio de Galo.

»Las estrellas palidecen, hermosa mía, y la estrella de la mañana aparece más brillante. Dentro de poco la aurora enrojecerá las ondas. Todo calla en torno á mi persona; sólo yo estoy despierto y pienso en mi amor. ¡Te envío un saludo con los rayos del sol, esposa querida!»

XXXVIII

«VINICIO Á LICIA

»¿Estuviste alguna vez en Anzio con Aulo y Pomponia, querida mía? Si no, me agradará acompañarte un día y hacerte los honores. Todo el camino que conduce á esta población, desde Laurento acá, es una serie no interrumpida de quintas, á lo largo de la playa; Anzio mismo no es sino una sucesión continuada de palacios y pórticos, cuyas columnas se reflejan en el agua en días serenos. También mi quinta está sobre el mar, mi hermosa quinta con su jardín de olivos y su bosque de cipreses, y cuando pienso que todo esto será tuyo, el mármol me parece más blanco, el bosque más umbroso y el mar más azul. ¡Oh, Licia mía, cuán bella es la vida cuando se ama! El viejo Menicles, á quien tengo confiada la vigilancia y el cuidado de la quinta, plantó lirios entre los mirtos, y al verlos se me presentó á la imaginación la casa de Aulo, el impluvio y el jardín, donde nos sentábamos uno al lado de otro. Estas flores te recordarán tu patria, y estoy por lo tanto seguro de que llegarás á encariñarte con Anzio y nuestra quinta.

»Inmediatamente después de mi llegada, durante la comida, hablé extensamente con Pablo. Hablamos sobre todo de ti y luego él empezó á iluminarme. Le escuchaba atentamente, y sólo puedo decir que, aun sabiendo escribir como Petronio, no estaría en condiciones de explicar lo que aconteció en mi espíritu. No hubiera nunca creído que en el mundo podía darse semejante felicidad, semejante belleza, semejante paz, hasta ahora desconocida por todos.

»Pero de esto trataremos verbalmente, porque, como sabes, aprovecharé el primer momento libre para volar hacia Roma.

»¿Cómo puede la tierra albergar á un mismo tiempo á un apóstol Pedro, á un Pablo de Tarso y á un Nerón? Te pregunto esto, porque la noche siguiente al coloquio con Pablo estuve en la casa de César, y ¿qué dirás que oí? Primeramente leyó él una poesía sobre la destrucción de Troya, deplorando luego no haber gozado nunca del espectáculo de una ciudad incendiada y considerando afortunado á Príamo, á quien había tocado en suerte semejante dicha. Tigelino respondió entonces:

– »Di una sola palabra, oh divino, y yo cojo una tea y antes de despuntar la aurora Anzio será una enorme hoguera.

»A lo que César no pudo menos de contestar, burlándose de tal proposición:

– »¿Y adónde iría yo entonces para respirar el aire marino y reforzar la voz que me concedieron los dioses en beneficio de la humanidad? ¿No es acaso Roma la que me debilita, no son las emanaciones de la Suburra ó del Esquilino las que me producen la ronquera? Y los palacios romanos, ¿no ofrecerían por ventura un espectáculo mucho más imponente y mucho más trágico que cuanto pudiera obtenerse en Anzio?

UNAM DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Siguió á esto una viva discusión; todos convenían en que una ciudad como Roma, presa de las llamas, debía ofrecer un cuadro de un efecto maravilloso; ¡qué inolvidable tragedia ver reducida á un montón de cenizas la gran conquistadora del mundo!

»César declaró que en estas condiciones sus cantos superarían á los de Homero, y se puso á hacer proyectos para la reconstrucción de Roma y á hablar de la admiración de las futuras gentes ante su obra grandiosa y sus creaciones, á cuyo lado todas las demás habían de resultar pequeñas.

– »¡Hazlo, hazlo!, exclamó toda la concurrencia medio ebria.

– »Debería tener amigos más fieles y más devotos que vosotros, respondió él.

»Esto me preocupó, lo confieso, porque tú estás en Roma, adorada mía. Ahora me río, porque estoy convencido de que César y sus secuaces, aunque perversos, no se atreverían á cometer semejante locura. ¡Mira, sin embargo, cómo un hombre puede temer por su amor! Yo quisiera que la casa de Lino no estuviera en aquella angosta callejuela del Trastevere, poblada en su mayor parte por gente vulgar, porque á ésta, en casos parecidos, se le guardan muy pocas consideraciones. Si de mí dependiese, los mismos palacios del Palatino no serían morada digna de mi Licia; y por esto quisiera que no te faltase ninguna de las comodidades y ninguno de los cuidados á que te acostumbraron desde tu infancia. Vete con Aulo, Licia mía; he reflexionado sobre esto; si Nerón estuviese en Roma, la noticia de tu regreso podría llegar al Palatino por medio de esclavos, y llamando la atención sobre ti, preocuparte del enojo imperial, por haberte atrevido á desobedecer al césar. Pero éste permanecerá largo tiempo en Anzio, y antes de su vuelta los esclavos habrán dejado de hablar de ti. Lino y Ursus pueden seguirte. Por lo demás, yo vivo con la esperanza de que tú, divina mía, antes de que César vuelva á entrar en el Palatino, habitarás tu casa de las Carinas. ¡Bendito sea el día, la hora, el instante en que traspasarás mi umbral! Y si Cristo, á quien empieza á abrirse mi corazón, lo concede, ¡bendito sea también su nombre! Le serviré y daré por Él mi existencia y mi sangre; mejor aún, entrambos le serviremos mientras nos quede un hilo de vida.

»Te amo y te saludo con toda mi alma.»

XXXIX

Ursus sacaba agua de una cisterna, cantando en voz baja una canción de su país y contemplando cariñosamente á Licia y á Vinicio. Los dos enamorados parecían dos blancas estatuas en medio de los obscuros cipreses del jardín de Lino. Ni el más leve airecillo movía sus túnicas, y conversaban con la mayor ternura, teniendo Vinicio entre sus manos las de Licia, mientras el cielo se coloreaba con los más vivos y espléndidos tonos del crepúsculo.

– ¿Y no te causará ningún perjuicio, Marco, haber dejado Anzio sin que Nerón se haya enterado?

– No, querida mía, respondió Vinicio. Nerón manifestó que quería encerrarse dos días enteros con Terano para componer nuevas canciones. Lo hace así frecuentemente y ahora no piensa en otra cosa. Y sobre todo, ¿qué me importa César, si estoy cerca de ti y puedo verte? Deseaba que llegase este momento y en continuo insomnio he pasado muchas noches pensando en ti. A veces, después de un breve sopor, me asaltaba de pronto la pesadilla de que te sobrevenía algún peligro. Una vez soñé que habían sido robados todos los caballos que tengo dispuestos á lo largo del camino de Anzio á Roma, caballos invencibles por su resistencia. ¡En suma, me era imposible estar más tiempo lejos de ti, amada mía!

– Yo sabía que vendrías. Dos veces envié á Ursus á las Carinas por noticias tuyas. Lino se rió de mí y Ursus también.

Era evidente que ella le esperaba, pues en lugar del obscuro vestido que usaba á diario, lucía una delicada estola blanca, entre cuyos graciosos pliegues resaltaban la hermosa cabeza y los rosados brazos, como resaltan entre la nieve las hermosas prímulas; algunas anémonas le adornaban los espesos cabellos.

Vinicio llevó á sus labios la mano de la joven, sentándose luego ambos sobre un banco de piedra, á la sombra de una parra. Silenciosos contemplaban la purpúrea luz del sol en el ocaso, cuyos últimos rayos deslumbraban sus ojos. El encanto de la hora vespertina les envolvía en resplandores infinitos.

– ¡Qué silencio reina aquí y qué bello es el mundo!, murmuró Vinicio muy quedo. La noche cercana se anuncia con sus místicos silencios. ¡Oh, cuán feliz me siento! ¿Y no sabes por qué, Licia mía? Yo no hubiera nunca sospechado que pudiera existir un amor semejante. Antes creía que el amor no era más que fiebre de la sangre, y ahora, en cambio, reconozco que puede amarse con toda calma, respirando tranquilamente, sintiendo luego un bienestar infinito, como si el sueño y la muerte meciesen el alma en éxtasis dulcísimo. Yo no me doy cuenta cabal de lo que por mí pasa. Si miro la calma que parece aletear en toda la creación, se me representa como la manifestación de todo mi ser. Ahora creo verdaderamente en una felicidad ignorada por mí hasta el presente, ahora comprendo la paz de tu alma y de la de Pomponia. ¡Sí! ¡Es Cristo quien os la concede!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Licia apoyó la cabeza sobre el pecho del joven, diciendo:

– ¡Oh! ¡Marco mío!

Y no pudo decir más. El reconocimiento, la alegría y la seguridad de que no existía ya barrera alguna que los dividiese le apagaban la voz y sus ojos se inundaron de lágrimas de felicidad. Vinicio ciñó con sus brazos la graciosa figura de Licia y la atrajo hacia sí.

– ¡Licia! ¡Bendito sea el momento en que por vez primera oí pronunciar el nombre de Cristo!

– ¡Cuánto te amo!, respondió la doncella con voz casi imperceptible.

Y callaron otra vez, porque sus corazones embriagados no encontraban palabras dignas de expresar la fuerza del sentimiento que les unía. La claridad de la luna iluminaba el jardín. Después de larga pausa, contestó Vinicio:

– ¡Lo sé! Apenas llegué á tu presencia, apenas mi beso acarició tu blanca mano, leí en seguida en tus ojos la pregunta de si había acogido la doctrina que profesas y si había sido ya bautizado. No, no lo estoy aún. Tú misma comprenderás la razón. Pablo me dijo: «Yo te he convencido de que el Señor vino á la tierra y se resignó á morir crucificado para redimirla. Ahora corresponde á Pedro purificarte en la sagrada fuente de gracia, porque fué el primero que impuso su mano sobre tu cabeza y te bendijo.» Pero yo deseo, querida mía, tenerte á ti como testigo de mi bautismo y á Pomponia en calidad de madrina. He aquí por qué no he sido todavía bautizado, si bien creo en el Salvador y en su doctrina. Pablo me ha convencido, convertido; y ¿podía ser de otro modo? ¿Cómo podría negar que Cristo vino al mundo cuando lo dicen Pedro y Pablo, á quienes se apareció? ¿Cómo no creer en la Naturaleza Divina de quien resucita de la muerte? ¿Y no le vieron por ventura muchos otros en la ciudad, en el lago y sobre el monte, personas todas cuyos labios no dan paso á la mentira? Ya en el Ostriano, durante el sermón del apóstol, empecé á creer porque pensé desde entonces: puede mentir cualquiera, pero no aquel que dice: «¡Yo lo vi!» No niego, sin embargo, que al principio me horrorizaba tu religión, por temor de que en su nombre me fueses arrebatada. La juzgaba enemiga de la sabiduría, de la belleza y del amor. Pero ahora que la conozco, dejaría de ser quien soy si no desease que en el mundo reinara la verdad en lugar de la mentira, el amor en vez del odio, la virtud en vez del pecado y en lugar de la venganza la misericordia. ¿Quién que posea nobles sentimientos puede desear otra cosa? Y vuestra fe enseña todo esto. Muchos otros invocan, es cierto, la justicia; pero tu fe es la única que hace justa al alma humana, y pura -y fiel como la tuya y la de Pomponia. Es preciso estar ciego para no comprenderlo. Y si fuera de esto, Cristo nos promete la vida eterna y la eterna felicidad, como sólo puede darla la omnipotencia divina, ¿qué más hemos de desear? Si yo preguntase á Séneca por qué es virtuoso, cuando el vicio puede ser fuente de grandes goces, seguramente no encontraría contestación razonable á mi pregunta. Yo, en cambio, sé que debo vivir virtuosamente, porque la virtud y el amor son emanaciones de Cristo y porque cuando venga la muerte á cerrarme los ojos, tú y yo podremos encontrarnos otra vez allá arriba. ¿Cómo no aceptar una fe que no sólo nos enseña la verdad, sino que da pruebas de ser más fuerte que la muerte? ¿Quién no prefiere el bien al mal? Antes creía que tu religión era enemiga de la alegría; pero Pablo me convenció de que, por el contrario, ella es casi siempre fuente de felicidad. Yo mismo no he sido nunca tan feliz como ahora y no lo sería si te hubiese robado y tenido en mi poder á viva fuerza. Tú acabas de decirme: «¡Cuánto te amo!,» palabras que antes no hubiera arrancado de tus labios ni por todos los tesoros del mundo. ¡Oh, Licia! La razón nos dice que esta creencia es divina y mejor que todas las demás; el corazón también la aprueba, ¿y quién puede oponerse á dos fuerzas tan poderosas?

Licia le escuchaba mirándole con sus ojos azules, en los que se reflejaban los pálidos fulgores de la luna.

– ¡Sí, Marco, así es!, dijo abrazándose á él tiernamente.

Y experimentaban infinito y puro deleite en la convicción de que, además del amor, otra fuerza más grande y más firme encadenaba uno con otro sus corazones, una fuerza que había de consagrar su amor por toda una eternidad. Sabían ambos que se pertenecían recíprocamente y por siempre, y esta seguridad inundaba de gozo sus almas. Además, Vinicio comprendía que su amor no sólo era inmenso y puro, sino de una naturaleza que el mundo no podía dar, porque nunca la había conocido. Para él todo el universo se concentraba en su amor; la doctrina cristiana, Licia, la noche y el resplandor de la luna y el mundo entero le hablaban de amor.

Después de breve pausa, dijo con voz trémula y poco perceptible:

– Tú serás el alma de mi alma, lo que más quiero en el mundo. Nuestros corazones palpitarán al unísono, nuestra vida no será más que un himno de agradecimiento al Altísimo. ¡Oh, amada mía! Vivir juntos, juntos adorar el mismo Dios y pensar que la muerte tendrá el poder de abrir nuestros ojos á nueva y más espléndida luz después de nuestro sueño suave, ¿qué mayor felicidad? No tengo más que el remordimiento de no haberme decidido antes. Preveo que nadie podrá resistir á semejante fuerza y que dentro de dos ó tres siglos el mundo entero lo reconocerá convencido. Los hombres olvidarán á Júpiter, no habrá Júpiter, no habrá más Dios que Cristo, y sólo existirán templos cristianos. ¡Ah! Asistí al coloquio entre Pablo y Petronio. ¿Sabes lo que, en conclusión, dijo mi tío? «¡Esto no es para mí!,» y no halló otro argumento en contra.

– Repíteme, te lo ruego, las palabras de Pablo, dijo Licia.

– ¡Sí! Estábamos en mi quinta, era de noche. Petronio empezó á bromear, según costumbre. Pero Pablo le dijo: «¿Cómo puedes negar, sabio Petronio, que Cristo ha existido y resucitó de la muerte si tú no habías nacido aún, mientras que Pedro y Juan le vieron y yo le vi también en el camino de Damasco? Demuestra, pues, que nos engañamos, antes de negar nuestro aserto.» Petronio respondió que no trataba de negar, sabiendo perfectamente que acontecían cosas incomprensibles y sin embargo comprobadas por personas dignas de fe. Pero observó que hay mucha diferencia entre descubrir una nueva divinidad y abrazar su doctrina. «Yo no me inclino, dijo, á admitir cosa alguna que pueda perjudicar á la belleza de la vida. Nuestros dioses serán verdaderos ó falsos, como se quiera; á mí me basta con que sean hermosos y que su dominio sobre nosotros sea agradable y pueda soportarse sin preocupación alguna. – Rechazas la religión del amor, de la justicia y de la misericordia, porque temes alguna pena en la vida, repuso Pablo; pero dime, Petronio, si tu vida está realmente tan libre de cuidados y preocupaciones como te figuras. Ni tú, ni nadie, por ricos y poderosos que seáis, podéis estar seguros de que no os aguarda mañana una sentencia de muerte. ¿No reconocerías también que tu felicidad sería más segura, si César profesase la religión que al amor une la justicia? ¿Tú temes por tus placeres? Pero ¿no sería siempre más agradable tu vida? ¿Por la belleza? Pues ya que habéis levantado tantos templos y tantas estatuas á los dioses falsos, vengativos y embusteros, ¿qué no podríais hacer en honor de un solo Dios de amor y de verdad? Te muestras contento con tu suerte porque nadas en placeres, merced á tus grandes riquezas; pero si fueses y estuvieses abandonado, aun siendo hijo de una familia poderosa, para ti sería una dicha que todo el mundo fuera cristiano. En Roma algunos ricos, para sustraerse á los trabajos y penas que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

trae consigo la educación de los hijos, los abandonan en las calles, y esas pobres criaturas se llaman *alumnos*. El hado podía haber hecho de ti un alumno. Esto no sucede entre padres cristianos. Además, si te hubieses casado con la mujer de tu corazón, exigirías de ella fidelidad hasta la muerte. Y ahora, mira en torno, ¿qué sucede por lo regular? ¡Cuánta vergüenza, cuánta torpeza entre vuestras mujeres! Os asombráis grandemente cuando os encontráis con una *univira*. Y yo te digo: las mujeres que tienen á Cristo en el corazón no quebrantan la fe jurada á sus maridos, como los hombres cristianos no serán nunca infieles á sus mujeres. Vosotros, en cambio, no podéis confiar en ninguno de vuestros emperadores, ni en vuestros padres siquiera, ni en vuestros hijos ó en vuestros siervos; el mundo entero tiembla ante vosotros, y á vuestra vez tembláis ante vuestros esclavos, sabiendo que á cada momento puede producirse una revuelta, como ya sucede con frecuencia. Tú eres rico, es verdad; pero ¿quién te dice que no se te obligará mañana á abandonar todas tus riquezas? Eres joven; pero ¿estás seguro de que hoy mismo no has de morir? Tú amas, y temes la traición; eres aficionado á tus quintas y á tus estatuas, pero mañana quizá te desterrarán á los desiertos de Pandataria; miles de esclavos aguardan una señal para obedecerte, los mismos que mañana pueden asesinarte. ¿Cómo es posible que estés satisfecho y te consideres feliz y que tu vida sea vida de continuos goces? Yo, en cambio, trato de difundir una religión que manda al rey amar á sus súbditos, al señor amar á sus esclavos y á los esclavos servir fielmente á sus señores; una religión que quiere justicia y misericordia y promete como premio la felicidad eterna, infinita. ¿Cómo te atreves, Petronio, á asegurar que tal fe es perjudicial á la vida, cuando la mejora, y tú mismo te sentirías mucho más feliz si pudieses dominar en todo el mundo como el poder romano?» Así habló Pablo. Y Petronio se limitó á responderle: «Esto no es para mí.» Luego, pretextando algún cansancio, se alejó diciendo: «Prefiero á mi Eunica, querido judío, mientras no me sienta capaz de competir contigo en el arte oratorio.» Yo escuché á Pablo con todos mis sentidos, y cuando habló de nuestras mujeres, bendije la religión que había hecho de ti un cándido lirio, como los que brotan al terminar la primavera. Yo me dije: «He aquí á Popea, que por amor á Nerón repudió á dos maridos; he ahí á Calvia Crispinila y á Nigidia y á casi todas las que conozco, excepto Pomponia. Hacen un continuo comercio de su fe y de su honor. La mía, en cambio, no me abandonará, no me engañará nunca. ¿Y cómo demostrarle mi gratitud, me preguntaba, sino rodeándola continuamente de amor y de respeto?» ¿Verdad que tú no hubieras imaginado que en Anzio me ocupaba de ti día y noche, como si hubieses estado cerca de mí? Y te quiero mil veces más, puesto que huíste de mi litera aquella vez. César me tiene sin cuidado; renuncio á sus placeres y á su música, y sólo te quiero á ti. Si lo deseas, abandonaremos Roma y nos iremos á vivir lejos de ella.

Sin separar su hermosa cabeza del pecho del tribuno, sobre el cual descansaba, la joven levantó sus ojos pensativos mirando á los cipreses y respondió:

– ¡Sí, te lo ruego, Marco! ¡Me has hablado tantas veces de la Sicilia, donde Aulo piensa terminar su vida!..

Agradablemente conmovido, Vinicio interrumpió:

– ¡Seguramente, amor mío! Nuestros bienes son limítrofes. La costa es encantadora, el clima benigno, y las noches son más claras y más deliciosas que en Roma. ¡Vivir allá abajo equivale á ser felices!

Y comenzó á soñar con el porvenir.

– Allí desaparece todo temor. Pasearemos por entre los bosques de naranjos y olivos y descansaremos bajo su sombra bienhechora. ¡Oh, Licia! ¡Qué vida la nues-

Vinicio se levantó y dijo: «Son los leones del *Vivarium*.»

tra! ¡Amarnos, juntos contemplar el mar infinito, el cielo azul, juntos adorar á un solo Dios, y vivir juntos siguiendo sus preceptos!

Callaron ambos, absortos en la idea de su futura felicidad. Él la estrechó contra su pecho y en su anillo de patricio se veía reflejar el resplandor de la luna. Todo á su alrededor yacía en el silencio; ni el más leve rumor turbaba la paz de sus almas.

– ¿Me permitirás que visite á Pomponia?

– ¡Sí, querida mía! La invitaremos á nuestra casa ó iremos nosotros mismos á buscarla. Si lo deseas, también llevaremos con nosotros al apóstol Pedro. Los años y los trabajos le han encorvado el cuerpo y le han extenuado. También vendrá con nosotros Pablo para convertir á Aulo Plaucio, y como fundan los guerreros colonias en lejanos países, así fundaremos nosotros una colonia de cristianos.

Licia le cogió una mano para besarla; pero él murmuró á su oído:

– ¡No, Licia, no! Yo soy quien debo adorarte; dame tus preciosas manos.

– ¡Cuánto te amo!

Y Vinicio imprimió un beso sobre la delicada mano de Licia. Durante algunos minutos no se hubiera oído más que el latir de sus corazones. Ni un soplo ligero en el aire tranquilo; hasta los cipreses permanecían inmóviles: parecía como si no se atreviesen á respirar para no turbar tan solemne calma.

De pronto se interrumpió el silencio y pareció que el terrible rumor del trueno se desataba desde las profundas entrañas de la tierra. Licia se encogió atemorizada. Vinicio se levantó y dijo:

– Son los leones del *Vivarium*.

Ambos pusieron atención. Al primer rugido respondió el segundo, el tercero y luego muchos y muchos otros, desde todos los extremos de la ciudad. Millares de leones estaban encerrados en diferentes Circos de Roma, y á menudo, á media noche, apoyando sobre las barras de hierro sus cabezas gigantescas, desfogaban en tremendos rugidos la nostalgia de los desiertos y el deseo de la perdida libertad.

Y aquel llanto inmenso resonaba por la ciudad como el fragor del trueno. Había en aquellos rugidos algo tan amenazador, que Licia, cuyos rosados sueños de un porvenir feliz habían sido bruscamente interrumpidos, sintió oprimírsele el corazón y se levantó temblando.

Pero Vinicio la abrazó tiernamente para animarla y le dijo:

– No temas nada, amor mío; se acerca la época de los juegos y todos los vivares están llenos de fieras.

Poco después volvieron ambos á entrar en la casa de Lino, seguidos de los rugidos de los leones, que iban aumentando en intensidad.

XL

En Anzio, entretanto, Petronio alcanzaba casi diariamente nuevas victorias sobre los demás cortesanos que con él se disputaban el favor de César. La influencia de Tigelino había decaído notablemente. En Roma, donde frecuentemente se presentaba ocasión de quitar de en medio á personas peligrosas y saquear sus propiedades, ó decidir cuestiones políticas, ó representar espectáculos maravillosos por su lujo y su gusto corrompido, ó satisfacer todos los monstruosos caprichos de César, Tigelino era indispensable, como el hombre indicado para todo esto. Pero en Anzio, la ciudad de los palacios reflejados en las azules ondas del mar, Nerón llevaba una vida helénica. Desde la mañana hasta la noche, él y sus cortesanos leían versos, discutían el valor literario de los mismos, hablaban de música, de teatro, en una palabra, de todos los recursos que el genio griego había encontrado para embellecer la existencia. Petronio superaba por la solidez de su cultura así á Tigelino como á los demás augustianos; era elocuente, poseía un gusto exquisito, y gozaba por esto del completo favor de César, el cual buscaba su compañía, consultaba su opinión, le pedía consejo acerca de sus composiciones y le demostraba más amistad que nunca. Les parecía, por lo tanto, á los cortesanos que la influencia de Petronio había alcanzado ya el mayor triunfo que podía desearse, y que el vínculo íntimo entre él y César se había estrechado hasta el punto de no temer una ruptura eventual en muchos años. Por esta razón, aun aquellos que no habían disimulado su aversión hacia el docto epicúreo, empezaban entonces á solicitar su favor. Muchos entre ellos se manifestaban satisfechos de que la balanza se hubiese inclinado de la parte de un hombre que sabía juzgar á las personas y que, acogiendo con cierta sonrisa incrédula las adulaciones de sus antiguos enemigos, fuese por indolencia ó por refinamiento de gustos, no pensaba en vengarse, ni en usar de su poder en perjuicio de los demás. Sentía á veces la tentación de derribar á Tigelino, pero se contentaba con el placer de ponerle en ridículo, haciendo resaltar toda su vulgaridad y su ignorancia. El Senado romano al fin respiraba: mes y medio hacía que no se había pronunciado una sentencia de muerte. Es verdad que se hablaba en Anzio y en la capital de ciertos refinamientos en la vida íntima de Nerón y de sus favoritos, pero todos preferían el césar refinado al césar embrutecido, como lo era en manos de Tigelino. Éste, sin embargo, no se daba por vencido y entretenía sus ocios meditando en los medios que emplearía para rehacerse. César solía repetirle que en Roma y en toda su corte no existían más que dos almas nacidas para entenderse, él y Petronio, dos verdaderos helenos. La agudeza poco común de este último confirmaba en el pueblo la idea de que su influencia duraría mucho más que todas las precedentes. No existía ni la más remota duda de que César seguiría mostrando su predilección por Petronio, porque, en caso contrario, ¿con quién discutiría sobre música, poesía y otros asuntos de arte? ¿En qué otros ojos podía leer,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tra! ¡Amarnos, juntos contemplar el mar infinito, el cielo azul, juntos adorar á un solo Dios, y vivir juntos siguiendo sus preceptos!

Callaron ambos, absortos en la idea de su futura felicidad. Él la estrechó contra su pecho y en su anillo de patricio se veía reflejar el resplandor de la luna. Todo á su alrededor yacía en el silencio; ni el más leve rumor turbaba la paz de sus almas.

– ¿Me permitirás que visite á Pomponia?

– ¡Sí, querida mía! La invitaremos á nuestra casa ó iremos nosotros mismos á buscarla. Si lo deseas, también llevaremos con nosotros al apóstol Pedro. Los años y los trabajos le han encorvado el cuerpo y le han extenuado. También vendrá con nosotros Pablo para convertir á Aulo Plaucio, y como fundan los guerreros colonias en lejanos países, así fundaremos nosotros una colonia de cristianos.

Licia le cogió una mano para besarla; pero él murmuró á su oído:

– ¡No, Licia, no! Yo soy quien debo adorarte; dame tus preciosas manos.

– ¡Cuánto te amo!

Y Vinicio imprimió un beso sobre la delicada mano de Licia. Durante algunos minutos no se hubiera oído más que el latir de sus corazones. Ni un soplo ligero en el aire tranquilo; hasta los cipreses permanecían inmóviles: parecía como si no se atreviesen á respirar para no turbar tan solemne calma.

De pronto se interrumpió el silencio y pareció que el terrible rumor del trueno se desataba desde las profundas entrañas de la tierra. Licia se encogió atemorizada. Vinicio se levantó y dijo:

– Son los leones del *Vivarium*.

Ambos pusieron atención. Al primer rugido respondió el segundo, el tercero y luego muchos y muchos otros, desde todos los extremos de la ciudad. Millares de leones estaban encerrados en diferentes Circos de Roma, y á menudo, á media noche, apoyando sobre las barras de hierro sus cabezas gigantescas, desfogaban en tremendos rugidos la nostalgia de los desiertos y el deseo de la perdida libertad.

Y aquel llanto inmenso resonaba por la ciudad como el fragor del trueno. Había en aquellos rugidos algo tan amenazador, que Licia, cuyos rosados sueños de un porvenir feliz habían sido bruscamente interrumpidos, sintió oprimírsele el corazón y se levantó temblando.

Pero Vinicio la abrazó tiernamente para animarla y le dijo:

– No temas nada, amor mío; se acerca la época de los juegos y todos los vivares están llenos de fieras.

Poco después volvieron ambos á entrar en la casa de Lino, seguidos de los rugidos de los leones, que iban aumentando en intensidad.

XL

En Anzio, entretanto, Petronio alcanzaba casi diariamente nuevas victorias sobre los demás cortesanos que con él se disputaban el favor de César. La influencia de Tigelino había decaído notablemente. En Roma, donde frecuentemente se presentaba ocasión de quitar de en medio á personas peligrosas y saquear sus propiedades, ó decidir cuestiones políticas, ó representar espectáculos maravillosos por su lujo y su gusto corrompido, ó satisfacer todos los monstruosos caprichos de César, Tigelino era indispensable, como el hombre indicado para todo esto. Pero en Anzio, la ciudad de los palacios reflejados en las azules ondas del mar, Nerón llevaba una vida helénica. Desde la mañana hasta la noche, él y sus cortesanos leían versos, discutían el valor literario de los mismos, hablaban de música, de teatro, en una palabra, de todos los recursos que el genio griego había encontrado para embellecer la existencia. Petronio superaba por la solidez de su cultura así á Tigelino como á los demás augustianos; era elocuente, poseía un gusto exquisito, y gozaba por esto del completo favor de César, el cual buscaba su compañía, consultaba su opinión, le pedía consejo acerca de sus composiciones y le demostraba más amistad que nunca. Les parecía, por lo tanto, á los cortesanos que la influencia de Petronio había alcanzado ya el mayor triunfo que podía desearse, y que el vínculo íntimo entre él y César se había estrechado hasta el punto de no temer una ruptura eventual en muchos años. Por esta razón, aun aquellos que no habían disimulado su aversión hacia el docto epicúreo, empezaban entonces á solicitar su favor. Muchos entre ellos se manifestaban satisfechos de que la balanza se hubiese inclinado de la parte de un hombre que sabía juzgar á las personas y que, acogiendo con cierta sonrisa incrédula las adulaciones de sus antiguos enemigos, fuese por indolencia ó por refinamiento de gustos, no pensaba en vengarse, ni en usar de su poder en perjuicio de los demás. Sentía á veces la tentación de derribar á Tigelino, pero se contentaba con el placer de ponerle en ridículo, haciendo resaltar toda su vulgaridad y su ignorancia. El Senado romano al fin respiraba: mes y medio hacía que no se había pronunciado una sentencia de muerte. Es verdad que se hablaba en Anzio y en la capital de ciertos refinamientos en la vida íntima de Nerón y de sus favoritos, pero todos preferían el césar refinado al césar embrutecido, como lo era en manos de Tigelino. Éste, sin embargo, no se daba por vencido y entretenía sus ocios meditando en los medios que emplearía para rehacerse. César solía repetirle que en Roma y en toda su corte no existían más que dos almas nacidas para entenderse, él y Petronio, dos verdaderos helenos. La agudeza poco común de este último confirmaba en el pueblo la idea de que su influencia duraría mucho más que todas las precedentes. No existía ni la más remota duda de que César seguiría mostrando su predilección por Petronio, porque, en caso contrario, ¿con quién discutiría sobre música, poesía y otros asuntos de arte? ¿En qué otros ojos podía leer,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para convencerse de la perfección de sus creaciones? Petronio, con su acostumbrada indiferencia, parecía no querer atribuir gran importancia á su posición; como siempre, se mostraba despreocupado, perezoso, escéptico y agudo. Examinándole detenidamente se hubieran podido descubrir en él las huellas de un desprecio profundo de sí mismo, de César, del mundo entero. A veces se atrevía á censurar abiertamente á Nerón, y cuando los demás, considerando el caso demasiado expuesto, se preparaban á asistir á su perdición, él con un habilísimo golpe de mano lograba cambiar la situación en provecho propio. Con esto despertaba la general admiración y en todos los concurrentes la seguridad de que saldría siempre victorioso en cualquier empresa, por ardua que fuese.

Cerca de una semana después del regreso de Vinicio de Roma, César leía en reducido círculo de cortesanos un fragmento de su *Ilíada*. Cuando terminó en medio de vivas aclamaciones, dirigió á Petronio una mirada interrogadora; éste contestó:

– Versos vulgarísimos, dignos de que se arrojen al fuego.

Todos los presentes quedaron petrificados de terror. Desde que estaba en el mundo, Nerón no había oído jamás semejante juicio.

El rostro de Tigelino aparecía radiante de alegría. Vinicio, en cambio, estaba mortalmente pálido y su opinión era que Petronio, por primera vez en su vida, se había excedido. Nerón con voz melosa, en la cual, sin embargo, se transparentaba á su pesar el amor propio ofendido, preguntó:

– ¿Qué encuentras en ellos de reprobable?

– No creas á esos, continuó Petronio, señalando á los demás; esos no entienden una palabra. ¿Preguntas lo que encuentro censurable en tus versos? Pues bien: ya que deseas saber la verdad, ¡óyela! Tus versos serían dignos de un Ovidio, de un Virgilio, hasta de un Homero, pero no de ti; á ti no te está permitido escribir de esa manera. El incendio por ti descrito no es bastante luminoso, y ese fuego no arde suficientemente. No prestes atención á las adulaciones de Lucano. Si esos versos fuesen suyos, le declararía genio, no lo niego; pero, tratándose de ti, la cosa varía. ¿Y sabes por qué? Porque eres más grande que todos. De quien fué dotado por los dioses tan espléndidamente, debe esperarse mucho más. Pero eres perezoso; después de comer prefieres dormir antes que limar tus versos, cuando eres capaz de crear una obra maestra, como hasta el presente no se ha conocido. Por esto, precisamente, te digo con la mayor franqueza: escribe otra cosa mejor.

Dijo todo esto con aire desenvuelto, casi sonriendo, pero con un sutil dejo de censura en el tono. Los ojos de César se humedecieron de emoción.

– Es verdad, dijo, que los dioses me concedieron algún talento; pero me concedieron también otra cosa que me es cien veces más querida: un verdadero conocedor del arte y un verdadero amigo, el único en el mundo capaz de decirme cara á cara la pura verdad.

Y diciendo esto, extendió su mano gruesa, cubierta de pelo rojo, hacia un candelabro de oro, para quemar los versos. Pero Petronio cogió el pliego antes de que la llama lo lamiese.

– ¡No, no!, exclamó; también estos pertenecen á la humanidad. ¡Déjamelos!

– Permíteme, á lo menos, que te los envíe en una cajita de mi invención, respondió César, abrazando á Petronio. Es mucha verdad, dijo después de una breve pausa; mi incendio de Troya no es bastante resplandeciente, en mi fuego falta ardor, pero yo creí que bastaba para rivalizar con Homero. Siempre he sido demasiado tímido y he confiado poco en mis fuerzas. Pero tú me has abierto los ojos. ¿Y sabes por qué me sucede lo que has observado? Cuando un escultor trata de modelar la estatua de un numen, busca un modelo; yo nunca tuve ninguno. Nunca

he visto una ciudad incendiada; por esto hay falta de verdad en mi descripción.

Después de reflexionar un poco, añadió:

– ¡Responde á mi pregunta, Petronio! ¿Lamentas el incendio de Troya?

– ¿Si lo lamento? ¡Por el cojo esposo de Venus, todo lo contrario! Y la razón es obvia. Troya no hubiera sido destruída por las llamas, si Prometeo no hubiese concedido el fuego á los hombres y si los griegos no hubiesen declarado la guerra á Príamo. Si no existiese el fuego, Esquilo no hubiera escrito su *Prometeo,* y si no hubiera estallado la guerra de Troya, no tendríamos la *Ilíada* de Homero. Y á decir verdad, es más preciosa para nosotros la existencia de un *Prometeo* y de una *Ilíada* que la de una pobre ciudad, más ó menos bonita, donde ahora un gobernador cualquiera te fastidiaría con sus discordias con el areópago.

– Esto se llama hablar con sensatez, respondió Nerón; es justo y hasta obligatorio sacrificarlo todo cuando se trata del arte y de la poesía. ¡Felices los aqueos que proporcionaron á Homero tan hermosa materia para su *Ilíada,* y dichoso Príamo que pudo contemplar las ruinas de su ciudad natal! Por mi parte, puedo decir que nunca he visto arder una ciudad.

Siguió un breve silencio que Tigelino interrumpió con estas palabras:

– Ya te he dicho, ¡oh César!, que ordenes y yo incendiaré Anzio, ó si te duele destruir estas quintas y palacios, manda que pegue fuego á las naves de Ostia; ó mejor aún, se podría construir sobre el monte Albano una gran ciudad de madera, que incendiarías tú mismo: ¿quieres?

– ¿Y yo debería contemplar el incendio de algunas chozas de madera?, preguntó Nerón fulminando contra Tigelino una ojeada de desprecio. Es preciso confesar que ya careces de recursos. Veo además el concepto que has formado de mi ingenio y mi *Ilíada*, pues todo sacrificio te parece superior á mis méritos.

Tigelino palideció. Pero Nerón, con el aire de quien trata de dar otro giro á la conversación, se apresuró á decir:

– Se acerca el verano. ¡Cómo infestarán toda Roma las emanaciones pestíferas! Pero es fuerza regresar para los espectáculos estivales.

– Cuando hayas despedido á tus cortesanos, permíteme, ¡oh César!, permanecer un instante contigo, dijo Tigelino.

Una hora después Vinicio y Petronio dejaron la quinta del emperador, y observó el joven tribuno:

– ¡Te digo la verdad! Me has hecho pasar un mal rato, porque creí que estabas borracho y te veía perdido, sin esperanza alguna de salvación. ¡Piensa que te has jugado la vida!

– Esta es precisamente mi arena, dijo Petronio despreocupado; y la conciencia de que soy el mejor gladiador me causa placer. ¿Has visto cómo ha terminado la cosa? Mi influencia esta noche ha aumentado considerablemente. Me enviará sus versos en un cofrecito que, estoy seguro de ello, será riquísimo, pero de pésimo gusto. Lo usaré para guardar en él las recetas de mi médico. Por otra razón sostuve aquella disputa peligrosa: Tigelino, que ve el buen éxito de mi proceder, tratará de imitarme, y entonces... me figuro lo que sucederá. Cuando quiere distinguirse con algún rasgo de su ingenio, es el retrato verdadero de uno de aquellos osos de los Pirineos que se ven con frecuencia en las ferias saltando la cuerda. Reiré como Demócrito. Si yo quisiese, podría inutilizar á Tigelino y ocupar su puesto de prefecto de los pretorianos, y entonces *Enobarbo* sería completamente mío. Pero confieso que soy indolente, y prefiero mi vida actual y hasta los versos de César á tales trabajos.

– ¡Qué habilidad en convertir en alabanza tanta censura! Pero esos versos ¿son verdaderamente tan malos? Yo no entiendo una palabra.

– No diré que sean peores que los de otros. Pero Lucano tiene en su dedo meñique mucho más talento del que existe en todo el *Enobarbo.* Por lo demás, es innegable su pasión inmensa por sus poesías y por su música. Dentro de dos días estamos invitados á oir su himno en honor de Afrodita, armonizado por él mismo y que hoy ó mañana debe terminar. Asistiremos muy pocos: tú, yo, Tulio Senecio y el joven Nerva. Sin embargo, no es justo que yo me sirva de los versos de Nerón después del banquete, como Vitelio de su varita de marfil. Las frases de Hécuba son conmovedoras: se lamenta de los dolores sufridos en el parto, y creo que Nerón ha sabido hallar felices expresiones para la descripción, tal vez porque á él le resulta también muy difícil parir sus versos. ¡Por Pólux! ¡Qué extraña mezcolanza! ¡Ni Calígula podría ponérsele en parangón!

– ¿Quién puede prever hasta dónde han de llegar los excesos de Nerón?, preguntó Vinicio.

– ¡Nadie! Es capaz de urdir monstruosidades tales, cuyo solo recuerdo hará estremecer por siglos y siglos á las futuras generaciones. Y eso me interesa en él precisamente, por más que yo, como un Júpiter Ammón en el desierto, me haya hastiado de él muchas veces; pero esto me hubiera sucedido más á menudo con otro césar. Pablo, tu judío, es elocuente, lo reconozco; y si esa religión es defendida y propagada por muchos hombres como él, nuestros dioses corren grave peligro de ser destronados, si no se defienden valerosamente. Verdad es que si César, por ejemplo, fuese cristiano, estaríamos todos más seguros. Pero tu profeta de Tarso, que quería convencerme, no pensaba que es precisamente lo desconocido lo que ofrece tantos atractivos á mi vida. El que no suele jugar á los dados no perderá en ellos su patrimonio, y sin embargo todos juegan. Hay en esto una sensación agradable. Yo he conocido hijos de senadores y de patricios que se han hecho gladiadores por su propio gusto. Dices que me juego la vida, y es verdad; pero juego porque así me place, mientras las virtudes de los cristianos me iluminarían como las disertaciones de Séneca. Por esto Pablo derrocha conmigo su elocuencia en vano. Debería comprender que á los hombres de mi temperamento les es difícil profesar su religión. Tú, en cambio, dada tu manera especial de sentir, debes odiar el nombre de Cristo, ó hacerte cristiano en seguida. Yo adivino, no lo niego, la verdad de sus palabras. Pero nosotros somos los llamados espíritus perfectos y nos precipitamos en el abismo; el futuro nos ofrece algo inesperado, bajo nuestros pies el terreno cede, se hunde, á nuestro alrededor algo desaparece.. , pues bien, ¡sea! Sabremos morir, pero hasta entonces no queremos considerar la vida como un fardo que nos han confiado, ni queremos ofrecernos como siervos á la muerte antes de que ella nos coja. ¡La vida se vive por sí misma y no en espera de la muerte!

– ¡Te compadezco, Petronio!

– Me parece que deberías compadecerte á ti mismo. Antes, cuando estabas con nosotros, te mostrabas siempre contento y alegre, y durante tu permanencia en Armenia no deseabas más que regresar á Roma.

– Y ahora también lo deseo.

– Es verdad, porque amas á una vestal cristiana del Trastevere. Esto no me asombra y no podría censurarte por ello. Me admiro, no obstante, al ver cómo, á pesar de la religión que me describes como fuente de alegría y á pesar del amor que tendrá pronto su hermosa y anhelada solución, tu rostro conserva siempre el mismo aire de tristeza. Y también Pomponia Grecina está siempre meditabunda. Puede decirse que desde que eres cristiano has abandonado la sonrisa. No trates de convencerme de que tal religión es alegre. Estás más triste que nunca. Si así es como aman los cristianos, ¡por la rizada cabellera de Baco, procuraré no imitarlos!

– Es todo lo contrario, respondió Vinicio. Yo no juraré por los rizos de Baco; pero en cambio te juro por el alma de mi padre, que antes no tuve jamás la menor idea de la felicidad de que gozo ahora. Pero lo que me atormenta de un modo extraño es el temor de que amenace un peligro á Licia estando yo lejos de ella. No sé explicarme qué peligro, ni de dónde pueda venir, pero lo siento como se siente la proximidad del huracán.

– Dentro de dos días gestionaré que se te conceda permiso para ausentarte de Anzio hasta que te plazca. Popea está ahora más tranquila, y según he podido averiguar, por su parte no amenaza ningún peligro á tu Licia.

– Justamente hoy me preguntó qué tuve que hacer en Roma, por más que mi viaje fué secreto.

– Quizá tiene espías para que te sigan. Pero ahora.. ¡le ha caído qué hacer conmigo!

– Pablo me enseñó, dijo Vinicio, que á veces Dios mismo nos avisa; no puede creerse, sin embargo, en presagios. Yo hago lo posible por sofocar esta creencia, pero no lo consigo. Te contaré lo que sucedió y que me tiene más inquieto. Licia y yo estábamos sentados uno junto á otro, una noche tranquila y serena, haciendo proyectos para el porvenir. ¡Seríamos tan felices!.. De pronto se oyeron los rugidos de los leones. Esto no es extraño en Roma, es verdad; pero desde entonces no tengo paz en mi espíritu. Me parece que aquellos rugidos me anunciaban alguna desgracia. Tú sabes si soy miedoso, y sin embargo, aquel hecho, en sí tan natural y corriente, me llena de miedo. Aún siento resonar aquel rugido salvaje y mi corazón tiembla como si Licia necesitase mi defensa contra algo terrible..., ¡contra los mismos leones! Mi alma está en la tortura. Obtenme el permiso para salir de Anzio, te lo ruego; de lo contrario, tendré que marcharme sin él. No puedo permanecer aquí más tiempo, no puedo, ¡te lo repito!

– Los hijos de los cónsules, ó sus mujeres, no son arrojados á la arena para pasto de los leones, observó Petronio sonriendo. Será muy distinta la muerte que te corresponderá, verás. ¿Quién sabe si eran en realidad leones? Tampoco los búfalos germánicos tienen la voz muy agradable, ni distinta de la de los leones. Por mi parte, no me preocuparían los presagios, ni el hecho. La noche pasada hacía calor y vi una lluvia de estrellas. Pues bien; muchos hacen por esto tristes pronósticos; yo, en cambio, he pensado: Si entre esas estrellas está la mía, no me faltará compañía numerosa.

Calló y añadió después de breve pausa:

– Si es verdad que tu Cristo resucitó de la muerte, Él mismo puede protegeros contra todo accidente.

– ¡Es muy posible!, contestó Vinicio.

Y dirigió la mirada al cielo, donde relucían millares de estrellas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLI

Nerón cantaba un himno en honor de la diosa ciprina, el himno de cuya letra y música era autor. Estaba en voz, y parecía tenerla más fresca y potente que nunca, y hacía alarde de ello ante todos los concurrentes. Esta convicción daba alientos á su alma, pero el aumento de inspiración terminaba con una extraña postración física. Era aquella la primera vez que no buscaba los elogios de los demás, temiendo destruir el encanto. Se dejó caer sobre una silla, silenciosamente, con la cítara en la mano y la cabeza inclinada. De pronto se levantó, y dijo:

– Estoy fatigado y siento necesidad de un poco de aire. Entretanto, templad las cítaras.

Y envolviéndose el cuello en el pañuelo de seda, ordenó á Petronio y á Vinicio, que estaban sentados en un ángulo del salón, que le acompañasen.

– Dame el brazo, Vinicio; me siento tan débil... Petronio me hablará de música.

Salieron á la terraza, cuyo pavimento era de alabastro.

– Aquí se respira mejor, dijo Nerón. Mi alma está triste y conmovida, aunque sé que presentándome en público con el himno que acabáis de oir, alcanzaré tanta gloria como no ha alcanzado hasta ahora ningún romano.

– Puedes presentarte en la misma Roma, ó aquí, ó en la Acaya. Me has embriagado el alma, divino, le respondió Petronio.

– Lo sé. Tú eres demasiado perezoso para tomarte el trabajo de adular; eres tan sincero como Tulio Senecio, pero más fino conocedor que él. ¿Qué dices de la música?

– Cuando escucho tus versos, cuando te veo guiar la cuadriga en el circo, cuando admiro algún templo hermoso, una estatua bella, un cuadro de mérito, siento que mi espíritu comprende perfectamente tales bellezas y que ninguna escapa á mi vista observadora. Cuando oigo música, sobre todo la tuya, ante mi espíritu embriagado se presentan de continuo nuevos goces y nuevas bellezas, que me es imposible retener, porque, á semejanza del mar, se alejan y desaparecen en el infinito. Por esto comparo la música al mar: estamos en una orilla, y por más que esforcemos nuestra vista, no logramos descubrir la otra.

– ¡Eres profundo conocedor de la belleza!, dijo Nerón.

Dieron algunas vueltas por la terraza, y luego, durante algunos minutos, no se oyó más que el leve crujido de las hojas bajo sus pies.

– Has traducido fielmente mi pensamiento, exclamó Nerón al cabo de un rato; por esto te repetiré siempre que en Roma eres el único que me comprende. Mi opinión sobre la música coincide con la tuya. Cuando toco y canto, vislumbro cosas cuya existencia no había soñado nunca. Soy césar, el mundo es mío. Puedo hacer todo lo que me plazca. Y sin embargo, la música abre ante mis ojos nuevos

imperios, nuevos mares, nuevos montes, nuevas delicias. Las más de las veces no encuentro nombre apropiado para ellas, no puedo tampoco darme exacta cuenta de lo que veo, y la sensación que experimento es inexplicable. Pero es un hecho que me acerco á los dioses, que me acerco al Olimpo. Sobre mí siento un soplo de naturaleza sobrehumana, y como á través de una nube, veo alturas imponentes, pero claras y serenas como la luz del sol. Todas las esferas en torno á mí se resuelven en ondas de melodía, y te confieso (y aquí su voz tembló) que en tales momentos, yo, césar y dios, me siento pequeño como un grano de arena. ¿Lo creerías?

– Sí. Sólo los verdaderos artistas se consideran pequeños al lado de su arte.

– Esta es la noche de las confidencias; por esto te abro mi pecho como á un verdadero amigo y quiero decir aún algo más. ¿Me tienes por ciego y tonto? ¿Crees que no sé que los muros de Roma están llenos de inscripciones en que se me llama matricida, uxoricida, tirano y monstruo de iniquidad, sólo porque Tigelino condenó á muerte á algunos de sus enemigos? Lo sé, amigo mío, lo sé; en Roma me juzgan un verdadero tirano. Y hace ya tanto tiempo que oigo censurar mis ferocidades, que á veces me pregunto: «¿Pero soy cruel?» ¿No comprenden que de cuando en cuando se ve uno obligado á ser más severo de lo que quisiera? ¡Ah! Y sin embargo, nadie lo creerá y tal vez tú mismo, amigo, no quieras creerme; pero muchas veces, cuando una música suave acaricia mi alma, me siento tan bueno y tan inofensivo como un niño en su cuna. ¡Juro por todas las estrellas que nos miran, que es verdad cuanto te digo! ¡La gente no sospecha toda la bondad que encierra este corazón, ni los tesoros que pueden descubrirse, cuando la música nos da la llave!

Petronio no dudaba de la sinceridad de Nerón en aquel momento y sabía que la música tenía el poder de despertar en él más nobles sentimientos, que, por lo común, permanecían sepultados bajo el peso de su egoísmo, de sus maldades y de sus extravíos.

– Sería preciso que todos te conocieran como te conozco yo. Roma no ha estado nunca en condiciones de apreciar tus méritos.

César se apoyó con más fuerza en el brazo de Vinicio, como sintiéndose oprimido bajo el peso de tanta calumnia.

– Tigelino me dijo que en el Senado corre la voz de que Terpno y Diodoro tocan la cítara mejor que yo. ¡Ni esto quieren concederme! Dime tú, que eres desapasionado y sincero, ¿tocan mejor que yo, ó como yo?

– ¡No hay comparación! Tu modo de tocar es más fino y al mismo tiempo más vigoroso. En ti se adivina pronto el alma de artista; en ellos no hay más que la profesión. Se necesita oirles cuando tocan, para poder formar un juicio exacto de tu arte.

– Si es así, que vivan también. No podrán nunca sospechar el favor que les has hecho. Si los hubieses condenado, hubiera tenido que buscar otros dos.

– Contando luego con que la gente no hubiera dejado de decir que por amor á la música matas á los músicos de tu reino. ¡No, divino, no destruyas nunca el arte por el arte!

– ¡Qué diferencia entre Tigelino y tú!, exclamó Nerón. ¡Mira! Yo soy artista en todo. No puedo vivir como los demás, porque la música me abre nuevos horizontes, hasta ahora ignorados, regiones que escapan á mi poder, delicias que no alcanzo. La música me dice que existe algo extraordinario que yo me afano por seguir con todo el poder que me han concedido los dioses. A veces me asalta la idea de que para llegar á esas olímpicas esferas debería realizar algo inaudito, algo que, sea en bien ó en mal, supere el nivel común hasta aquí mantenido. Sé que me tie-

nen por loco. Pero esto ya no es locura, porque estoy cerca de lo sobrenatural. Si un día me volviese loco, esto ocurriría por la impaciencia ante la inutilidad de mis esfuerzos. ¡Yo busco! ¿Me entiendes? Quiero ser más que un simple mortal y de este modo podré ser también el artista más grande.

Aquí bajó el tono de la voz, para que Vinicio no le oyese, y susurró al oído de Petronio:

– ¿Sabes que si condené á muerte á mi madre y á mi esposa fué únicamente para ofrecer á un mundo desconocido el mayor sacrificio que puede exigirse á un hombre? Yo esperaba ver cómo se abría para mí aquel mundo deseado y conceder á mis ojos la contemplación de cosas nunca imaginadas. Sean éstas maravillosas ú horrendas, superiores á todo humano entendimiento, no importa, mientras sean grandes y extraordinarias. Pero tal sacrificio, á lo que parece, no fué suficiente. Las puertas del empíreo no se abren sino ante hechos aún más crueles. Pues bien, se intentarán.

– ¿Qué harás?

– Lo verás más pronto de lo que esperas. Convéncete, en tanto, de que existen dos Nerones, uno, el que el mundo conoce, y el otro, el consumado artista que conoces tú solo. Si éste mata como la misma muerte, si delira como un Baco, es porque la vulgaridad, la monotomía de la vida diaria amenazan ahogarlo. Pero yo las aniquilaré con el fuego y con el hierro. ¡Qué estúpido será el mundo cuando yo desaparezca de él! Nadie, hasta ahora, ha tenido la menor noción de la grandeza de este artista. Por esto debo sufrir; por esto el alma, oprimida de veras, está obscura como las sombras que proyectan allá abajo aquellos cipreses. Es muy pesado sostener á un mismo tiempo la carga del poder más grande y el mayor ingenio.

– ¡Te comprendo, César, y conmigo el mar y la tierra, sin excluir á Vinicio, que te adora!

– Y también él me resulta siempre agradable, aunque sirva á Marte con preferencia á las Musas.

– Sacrifica sobre todo en los altares de Afrodita, añadió Petronio, hallando oportuno el momento para interesarse por el sobrino sin ningún peligro. Está enamorado, como lo estuvo un día Troilo de Clesidra. Permítele ir á Roma; de lo contrario, se me va á derretir entre las manos como la cera. ¿Sabes que aquella muchacha, rehén de los licios, que tú le prometiste, volvió á encontrarse, y Vinicio antes de partir para Anzio la confió al cuidado de un tal Lino? No te hablé de ello antes, porque estabas absorto en tu himno, para nosotros más importante que cualquiera otra cosa. Vinicio pensaba hacer de la joven su amante; pero puesto que es virtuosa como Lucrecia, se enamoró de sus virtudes y la quiere por esposa. Es hija de rey, por lo cual no creo que haya nada que decir sobre este punto. Pero él es muy buen soldado, y por más que suspire y se derrita de amor, no se atrevería á decidir nada sin el consentimiento de su emperador.

– El emperador no se cuida de las mujeres de sus soldados. ¿A qué viene, pues, esperar mi permiso?

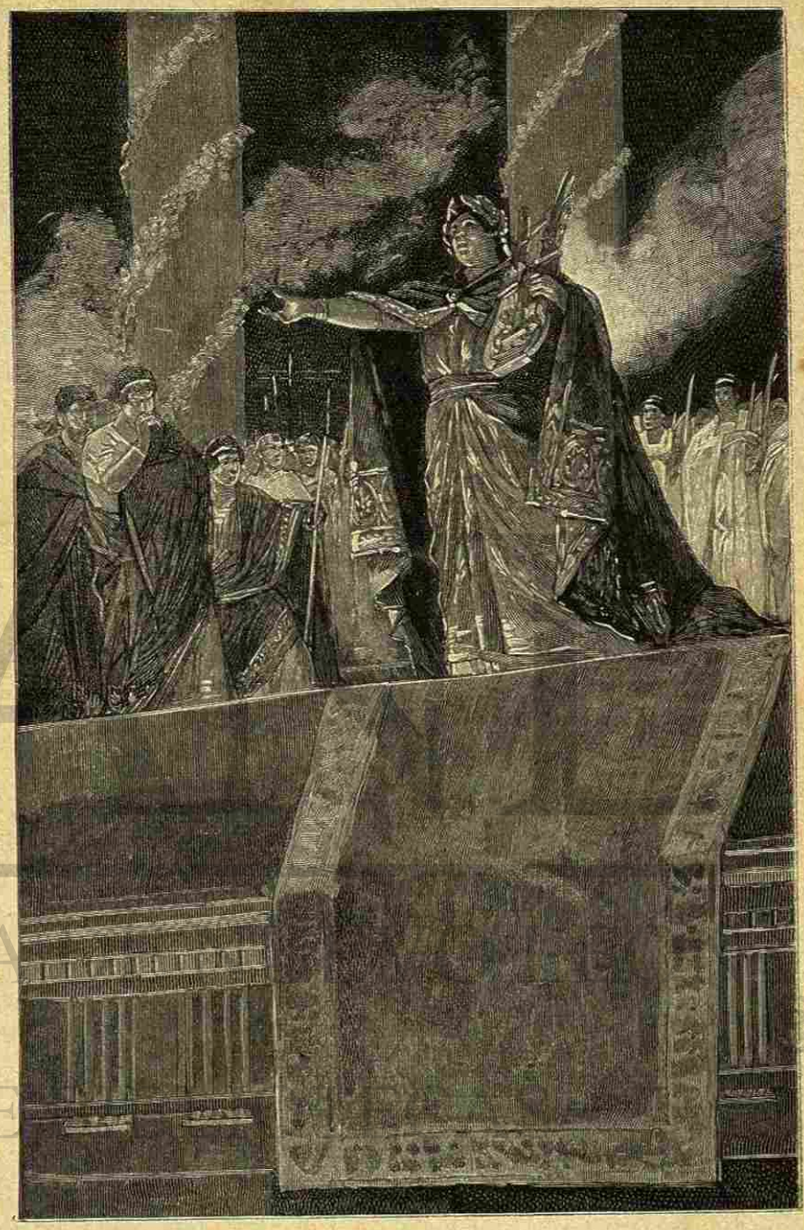
– Ya te lo dije: siente por ti verdadera veneración.

– Razón de más para confiar en mi consentimiento. Lo recuerdo, sí: una muchacha graciosa, aunque algo delgada. Popea la acusó de perversos hechizos contra nuestra niña en el jardín del palacio.

– Hablando de esto, repliqué á Tigelino que los dioses no temen las artes maléficas. ¿Recuerdas, divino, su turbación y tu respuesta «*habet!*»

– Sí.

Nerón se volvió á Vinicio, preguntándole:



César se preparaba á entonar un canto, con los ojos vueltos al cielo

– ¿La amas, verdaderamente, tanto como dice Petronio?

– ¡Sí, oh César!

– En este caso, te ordeno que marches á Roma mañana mismo para casarte con ella. No comparezcas en mi presencia sin el anillo nupcial.

– ¡Gracias, señor, con toda mi alma!

– ¡Qué hermoso es hacer felices á los hombres!, dijo Nerón. ¡Oh! ¡Si pudiese dedicar á esto toda mi existencia!..

– ¡Concédeme otra gracia, divino!, dijo Petronio. Manifiesta tu deseo respecto á este asunto en presencia de la Augusta. Vinicio no se atrevería á tomar por mujer á una joven que no fuese de su agrado. Con una palabra, señor, destruirás sus prejuicios, declarando que es tu voluntad que se celebre este matrimonio.

– Lo haré. No sé negaros nada á ti y á Vinicio.

Se dirigió á la villa, seguido de tío y sobrino. Sus corazones estaban henchidos de gozo por la victoria obtenida, y Vinicio tuvo que hacer grandes esfuerzos para no abrazar á Petronio allí mismo. Se había vencido todo obstáculo y alejado todo peligro. En el atrio encontraron al joven Nerva y á Tulio Senecio que conversaban con Popea. Terpno y Diodoro templaban las liras. Nerón se echó sobre un sillón taraceado y murmuró algunas palabras en los oídos de un joven esclavo griego, que salió en seguida, reapareciendo luego con un cofrecito dorado entre las manos. Nerón lo abrió y sacó de él un collar de preciosos ópalos.

– ¡He aquí joyas dignas de esta velada!, exclamó César.

– Se diría que traen los reflejos de la aurora, añadió Popea, creyendo que se trataba de un obsequio para ella.

Nerón seguía alzando y bajando las piedras, para que con las oscilaciones resaltaran aún más sus claros reflejos.

– Vinicio, dijo luego, llevarás en mi nombre este collar á la que ha de ser tu esposa, según te he mandado, esto es, á la joven hija del rey licio.

La mirada furibunda de Popea anduvo errante y asombrada de Nerón á Vinicio y luego se fijó sobre Petronio, el cual se apoyaba con aire indiferente en un brazo del sillón, palpando la columna de un arpa, como si quisiera retener su forma en la mente.

Vinicio expresó con calor su agradecimiento, y después, acercándose á Petronio, le preguntó:

– ¿Y á ti cómo he de obsequiarte para darte una prueba de mi gratitud?

– Sacrifica á Euterpe un par de cisnes, le respondió Petronio; admira el canto de César y ríete de los presentimientos. En lo sucesivo, ningún rugido de león turbará tu sueño ni el de tu encantadora Licia.

– ¡No, no! Mi felicidad ahora es completa.

– ¡Que la Fortuna te sea siempre propicia! Y ahora cálmate; César pulsa su cítara; procura contener la respiración; escucha y derrama abundantes lágrimas.

En efecto, César se preparaba á entonar un canto, con los ojos vueltos al cielo.

Todos los circunstantes enmudecieron de pronto, casi petrificados. Terpno y Diodoro, que debían acompañarle, miraban ansiosamente á Nerón para no perder una sílaba de su canto.

En este momento fué cuando desde el corredor se oyó un rumor inesperado y á poco se precipitaron en la sala Faón, liberto del césar, y el cónsul Lucanio.

Nerón arrugó las cejas con aire amenazador.

– ¡Perdón, oh divino emperador!, dijo Faón con voz entrecortada. ¡Roma está envuelta en llamas! ¡Puede decirse que arde la mayor parte de la ciudad!

Al oir la noticia, todos saltaron de sus asientos, estremecidos.

– ¡Oh, dioses! Al fin veré arder una gran ciudad y podré terminar así mi *Ilíada*, exclamó Nerón arrojando la cítara.

Se volvió á Lucanio y le preguntó:

– ¿Llegaré á tiempo partiendo inmediatamente?

– Señor, respondió el cónsul con el rostro cadavérico, la ciudad no es ya más que un mar de llamas; el humo ahoga á los habitantes. Los ciudadanos parecen locos y se precipitan delirantes en medio del fuego, no viendo otra salvación. Roma se aproxima á su fin.

Siguió un momento de silencio, que al poco rato fué interrumpido por Vinicio, quien, como un loco, gritó desaforadamente:

– ¡Oh, desventurado de mí!

Y echando á un lado la toga, el joven buscó precipitadamente la salida, vestido únicamente con la túnica.

Nerón levantó los brazos y exclamó:

– ¡A ti la desgracia, oh ciudad consagrada á Príamo!

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

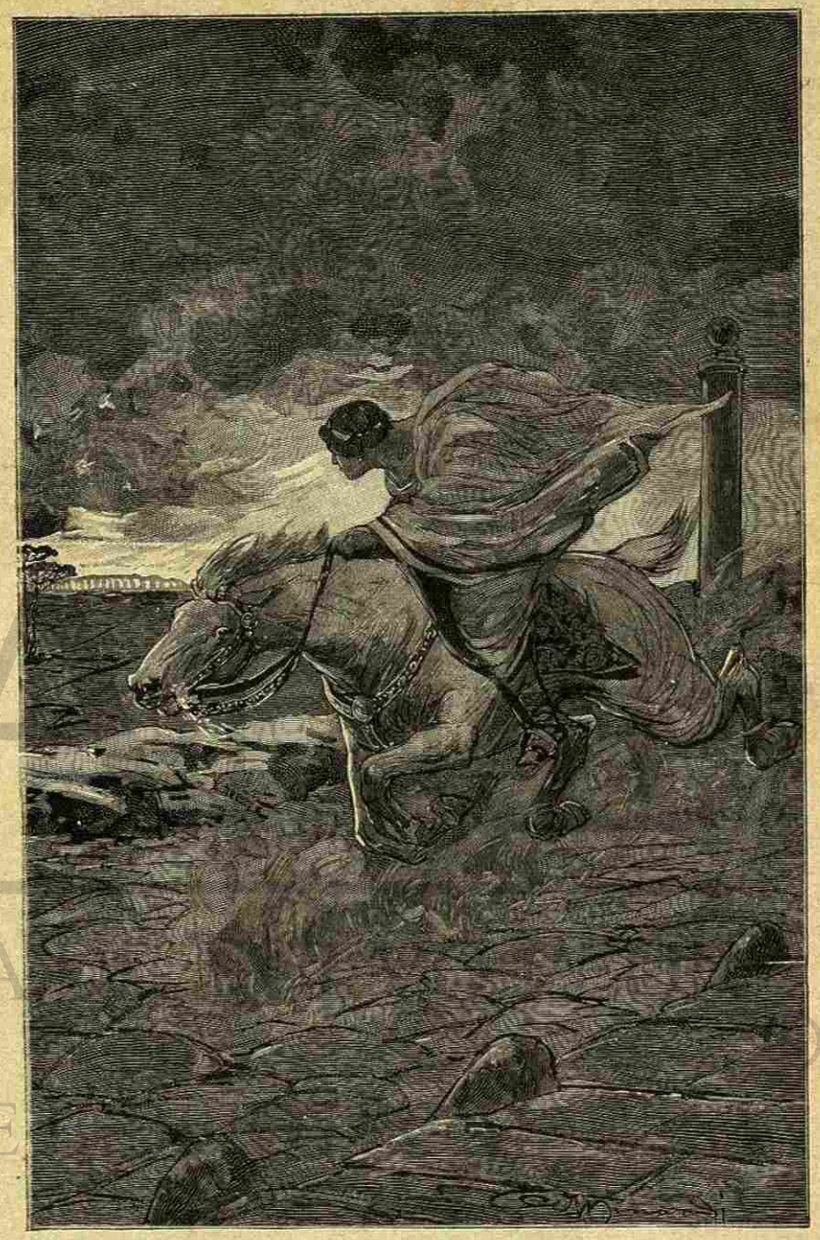
XLII

Vinicio á duras penas dispuso del tiempo necesario para dictar órdenes á algunos esclavos que le siguieron, y ensillando su caballo, se precipitó en dirección de Laurento, en medio del silencio de la noche, á través de los caminos desiertos, con desenfrenado galope. La pavorosa noticia le había turbado, sumiéndolo en una especie de delirio que no le permitía por el momento darse cuenta cabal de los sucesos; le parecía que á la grupa de su caballo montaba con él la diosa de la desgracia, que le gritaba continuamente: «¡Roma arde!,» y cada vez se sentía más empujado con su cabalgadura hacia aquella terrible hoguera. Tocando casi con la cabeza descubierta el cuello del animal, continuaba galopando sin freno, vestido sólo con la túnica, sin cuidarse de los obstáculos que se le presentaban y venciéndolos todos temerariamente.

Caballo y caballero, envueltos en los resplandores de la luna, ora ocultándose, ora reapareciendo, según las revueltas y sinuosidades del camino, podían, por la velocidad que llevaban, confundirse con fantasmas. El hermoso animal idumeo pasaba rápido como una flecha, las orejas bajas, el cuello alargado, en medio de los obscuros cipreses y de las blancas y dormidas villas.

El galope de los caballos despertaba á todos los perros, que perseguían con sus ladridos á tan inesperada aparición, excitados por la excesiva velocidad de la carrera, y acabando luego por ladrar á la plácida luna. Los esclavos de Vinicio, que montaban caballos de menos resistencia, quedaron muy rezagados, á gran distancia de su señor, el cual, como una turbonada, atravesó Laurento y se dirigió hacia Ardea, donde, desde su llegada á Anzio, tenía á su disposición, como en Bovila y en Ustrime, caballos de cambio para poder hacer en el menor tiempo posible el viaje de Anzio á Roma.

Saliendo de Ardea, observó hacia el Noroeste un resplandor rojo; podía muy bien tratarse de los primeros reflejos de la aurora, porque eran ya las últimas horas de la noche y aquel el mes de julio, en que el día despuntaba muy temprano. Pero Vinicio sospechó que aquello era el reflejo del incendio y no pudo reprimir un aullido de cólera y desesperación. Recordó las palabras del cónsul: «¡Toda la ciudad está envuelta en llamas!,» y se creyó próximo á enloquecer, porque no esperaba poder salvar á Licia y llegar á Roma antes de que ella quedase convertida en un montón de cenizas. Sus pensamientos giraban en su mente con velocidad más vertiginosa que el galope de su caballo, y parecían revolotear ante él como enormes pajarracos de mal augurio. A decir verdad, ignoraba en qué parte de la ciudad había estallado el incendio, pero preveía que el Trastevere con sus infinitas habitaciones, con sus construcciones de madera, con sus leñeras, debía ser pasto de las llamas. En Roma no eran raros los incendios, y durante éstos ocurrían muchos robos y asesinatos, especialmente en los barrios pobres y casi salvajes. ¿Qué no podía



Saliendo de Ardea, observó hacia el Noroeste un resplandor rojo

haber ocurrido, por lo tanto, en el Trastevere, verdadero refugio del populacho de todas las partes del mundo? Le consolaba la idea de la fuerza sobrehumana de Ursus; pero ¿qué podía hacer la fuerza de un solo hombre, aunque fuese un titán, contra el poder destructor del fuego?

Desde algunos años antes, el temor de una rebelión de los esclavos atormentaba á Roma como una pesadilla. Corría la voz de que miles de esclavos recordaban los tiempos felices de Espartaco y esperaban el momento oportuno para levantarse en armas contra sus opresores y apoderarse de Roma. Quizás había llegado ya el momento anhelado. Tal vez la sangre corría ya por las calles. Posible era también que los pretorianos acudiesen por orden de César, iniciando la matanza. Ante esos temores se le erizaban los cabellos. Recordaba todas las conversaciones sobre las ciudades incendiadas que se sostenían en la corte con extraña insistencia desde hacía algún tiempo; recordaba los lamentos de César por tener que describir el incendio de una ciudad sin haber presenciado ninguno; la respuesta despreciativa á la oferta de Tigelino de incendiar Anzio ó una ciudad de madera construída para el caso, y finalmente, las continuas quejas del emperador por las fétidas emanaciones de la Suburra.

¡No cabía duda! Nerón había ordenado el incendio. Sólo él podía ordenar semejante monstruosidad y sólo Tigelino era capaz de llevarla á cabo. Y si obedeciendo su mandato ardía Roma, ¿quién podía asegurar que no se hubiese dictado también la orden de asesinar á los habitantes? ¡Un monstruo como él era capaz de todo! ¡El incendio, la revuelta de esclavos y una matanza general! ¡Qué horrible caos, qué delirante multitud! ¡Y entre ésta su Licia!

Los sollozos de Vinicio se confundían con los relinchos del caballo; la pobre bestia, galopando sin cesar por toda la subida hasta Aricia, parecía acabar con sus fuerzas. ¿Quién habría librado á su Licia de la ardiente hoguera? ¿Quién podía salvarla? Vinicio se mesaba los cabellos desesperadamente y hubiera querido morder el cuello á la extenuada cabalgadura para desahogar de cualquier modo su furia.

En aquel preciso momento se encontró con otro caballero que, como él, corría desesperadamente, pero en dirección á Anzio. Al pasar, apenas tuvo tiempo para gritar á Vinicio:

– ¡Roma está perdida!

Y desapareció.

Otra palabra tan sólo llegó á oídos de Vinicio: «¡Dioses!» Las otras no las dejaron entender los caballos con el ruido que producía su incesante galopar. Pero aquella exclamación le asombró: «¡Los dioses!,» dijo. Y levantando los ojos al cielo extendió los brazos hacia el horizonte lejano y comenzó á orar:

– No es á vosotros á quienes me dirijo, á vosotros, cuyos templos arden ahora, sino á Ti, que también has sufrido. Y Tú solo por esto eres misericordioso, porque Tú solo comprendes el dolor. Tú viniste al mundo á enseñar á los hombres la piedad. Si así es, demuéstrala ahora. Si eres como te pintan Pedro y Pablo, salva á mi Licia, cógela entre tus brazos y llévala lejos de las llamas. ¡Tú lo puedes! Devuélvemela y te consagraré toda mi sangre. Si no puedes hacerlo por mí, hazlo por su amor. Te ama y tiene fe en Ti. Tú prometes la vida y la felicidad después de la muerte, y esa felicidad ha de ser eterna. Pero Licia no quiere morir por ahora. ¡Déjala vivir! ¡Cógela y llévala fuera de Roma! ¡Tú puedes hacerlo, si quieres!

Aquí se detuvo, temiendo que su plegaria degenerase en amenaza, y no quería ofender á Dios en el momento en que invocaba toda su piedad y misericordia. Esta sola idea le hacía temblar, y por no dejar asomar á su espíritu ni una sombra de amenaza, fustigó de nuevo á su caballo.

Los blancos muros de Aricia, situada á mitad de su camino, se presentaban ante él iluminados por los últimos rayos de la luna.

Pasó de largo por frente del templo de Mercurio, que distaba poco de la ciudad. Era evidente que se tenía noticia de la catástrofe, pues junto al templo se notaba un movimiento inusitado. Vinicio, en su veloz carrera, vió algunos grupos de personas en las escalinatas y entre las columnas. Todos estaban provistos de hachones y se encomendaban á la protección de aquella divinidad. Las calles estaban pobladas y no ya silenciosas y desiertas como las de Ardea, y aunque todos corrían hacia el templo por las calles transversales, muchos estuvieron á pique, en la vía principal, de ser arrollados por el ímpetu del caballo y del caballero. Éste oía gritar en torno:

– ¡Roma arde! ¡Roma no es más que una hoguera! ¡Que los dioses salven á Roma!

En un momento dado, el caballo se encabritó, pero la vigorosa mano de Vinicio lo contuvo hasta que llegó á la casa donde le esperaba el caballo de cambio. Allí estaban algunos esclavos aguardando á su señor, y á una señal de éste se apresuraron á presentarle una cabalgadura más fresca. Vinicio, en tanto, observó que avanzaban diez pretorianos armados, probablemente enviados á Anzio para llevar noticias de la capital. Corrió en seguida hacia ellos.

– ¿Cuál es el distrito incendiado?, les preguntó.

– ¿Quién eres?, interrogó á su vez el decurión.

– Vinicio, un tribuno en armas, un augustiano. ¡Responde bajo tu cabeza!

– El fuego comenzó en las tiendas situadas junto al Circo Máximo. Cuando recibimos la orden de partir, ardía también el centro de la ciudad.

– ¿Y el Trastevere?

– Hasta ahora el fuego no ha llegado á aquel barrio, pero se propaga con una rapidez inaudita y no hay modo de sofocarlo. La gente muere quemada y asfixiada por el humo. ¡No hay salvación!

El joven tribuno montó de nuevo y volvió á emprender vertiginosa carrera. Se dirigió hacia Albano, dejando á su derecha Albalonga y su magnífico lago. El camino que seguía desde Aricia en adelante se extendía al pie de la montaña, por la cual parecía limitado el horizonte, mientras Albano se asentaba sobre el declive opuesto. Vinicio sabía que desde la cima, no sólo distinguiría Bovila y Ustrina, donde le aguardaban otros caballos, sino también Roma; pues, pasado Albano, se extendía á ambos lados de la Vía Apia la anchurosa llanura de la Campania, á lo largo de la cual tan sólo se destacaban los arcos de los acueductos; nada podía estorbar á su vista.

– Desde la cumbre distinguiré las llamas, dijo para sí, y espoleó al caballo.

Pero aun antes de llegar á la cima, el viento que le azotaba en el rostro le trajo un fuerte olor de humareda. De pronto se presentó á su vista la cumbre, coronada por un reflejo dorado.

– ¡Es el fuego!, pensó el joven tribuno.

La noche había cedido el paso á la aurora; y todas las cimas se veían coronadas por aquel resplandor rosado con destellos de oro, que lo mismo podía provenir de los primeros rayos de la aurora como de las llamas de la Ciudad Eterna. Llegado que hubo, por fin, á la cumbre, se ofreció á su vista un espectáculo pavoroso. Toda la llanura que se extendía á sus pies estaba envuelta en el humo, semejando una nube gigantesca que pesaba sobre la tierra. Ciudad, acueductos, villas, árboles, y en la extremidad de la inmensa llanura gris, Roma sobre sus colinas..., todo parecía sumergirse en un mar de fuego.

Éste no se elevaba ya á manera de columna, como ocurre en el incendio de un edificio aislado, por vasto que sea; presentaba el aspecto de una enorme faja resplandeciente, del color de la aurora. Y sobre ella una nube de humo, ora negrísima, ora rosada, ó ya de rojo vivísimo, casi sanguíneo, en la cual parecía agitarse una vitalidad salvaje, retorciéndose, enroscándose á guisa de furibunda serpiente. Á veces aquella onda terrible cubría hasta la faja de fuego y la convertía en una cinta delgada de suaves tonos; en cambio, en otros momentos la llamarada proyectaba sobre el humo su siniestro fulgor y lo transformaba en mar de fuego. El humo y las llamas cubrían de un extremo al otro el horizonte, y no se descubría rastro siquiera de los montes Sabinos.

A Vinicio le parecía que no se trataba ya del incendio de una ciudad, sino del mundo entero, y que nadie podría salir con vida de aquel océano de fuego y de humo.

El viento azotaba con furia, llevando consigo, á cada soplo más fuerte, el olor de la humareda y de las materias carbonizadas.

El sol habíase elevado, iluminando las cimas de los montes que circundaban el lago de Albano; pero sus rayos centelleantes adquirieron entonces tonos rojizos, como debilitados por el humo. Vinicio galopó hacia Albano, para lo que hubo de internarse en una región cubierta por el humo más denso y asfixiante. La población también estaba envuelta en la negra nube.

Los ciudadanos, alarmados, se habían lanzado á la calle. Era terrible pensar lo que ocurriría en el centro de Roma, cuando en Albano faltaba la respiración.

Profunda desesperación invadió de nuevo á Vinicio; pero él oponía á todo su dolor una vigorosa resistencia, porque tenía necesidad de todas sus fuerzas para lograr su objeto.

«Es imposible, pensaba, que una ciudad arda al mismo tiempo por sus cuatro costados. Si el viento viene del Norte y arrastra todo el humo en este sentido, el fuego no se habrá extendido á la parte opuesta. No será cosa fácil para Ursus ponerse á salvo con Licia por la puerta del Janículo; pero nunca se ha oído decir que una población entera deba perecer, ni que tenga que desaparecer de la faz de la tierra una ciudad tan poderosa, con todos sus habitantes. Hasta en las ciudades saqueadas, donde el fuego y los crímenes causan la más espantosa destrucción, hay siempre afortunados que logran ponerse en salvo. ¿Por qué no puedo esperar en la salvación de Licia? ¡Sí! ¡Dios la protege, aquel Dios que triunfó de la muerte!»

Después de haber intentado animarse con tales razonamientos, empezó á orar, y siguiendo una costumbre en él muy arraigada, ofreció á Cristo toda clase de sacrificios para obtener la gracia solicitada.

Únicamente después de haber dejado atrás Albano, cuyos habitantes contemplaban Roma desde las copas de los árboles y desde los tejados, comenzó á recobrar en parte su sangre fría.

Le consoló además la idea de que Licia no sólo estaba protegida por Ursus y por Lino, sino también por Pedro. Y esta creencia le llenaba de esperanza el corazón. Pedro era para él algo invulnerable, algo sobrehumano. No se había borrado de su mente la impresión maravillosa que le produjo el sermón del Ostriano. Después de conocer al apóstol durante su enfermedad, tal impresión no sólo había aumentado, sino que se había convertido en inquebrantable fe. Habiendo bendecido Pedro su amor, prometiéndole á su Licia, no dudaba de que las llamas la habrían respetado. Podía perecer la ciudad entera, pero ni una chispa llegaría á chamuscar el vestido de su amada. La noche sin dormir, la vertiginosa carrera y otras circunstancias produjeron en el espíritu de Vinicio una extraña exaltación que le hacía ver como posibles todas las cosas: Pedro habría hablado á las llamas; éstas, por efecto de sus palabras, se habrían abierto, pasando todos impunemente por en medio de ellas. Pedro preveía lo futuro, y por esto debía seguramente haber previsto el incendio: ¿cómo era posible que no hubiese preservado de él á los cristianos, conduciéndolos fuera de la ciudad, llevando entre ellos á Licia, á quien quería como á una hija?

A cada momento se acrecentaba la esperanza en el ánimo de Vinicio. Si habían huído, podría encontrarlos en Bovila ó en medio del camino. Podía suceder también que entre el humo que iba envolviendo la Campania se le apareciese de pronto el rostro adorado. Y esto le parecía aún más probable, por cuanto á cada minuto aumentaba el número de fugitivos que abandonaban la ciudad para refugiarse sobre los montes Albanos; libres de los peligros del fuego, trataban ahora de escapar á los del humo. Antes de llegar á Ustrina, tuvo que moderar el galope de su caballo á causa de la inmensa muchedumbre que invadía el camino. Peatones con su fardo á la espalda, cabalgaduras cargadas de muebles y ropas, carros y vehículos de todas clases, literas en las que eran conducidos los ricos por sus esclavos. Y la multitud fugitiva de Roma se hacía cada vez más numerosa y densa, hasta el punto de no poder abrirse paso entre ella.

Se aglomeraban en la plaza, bajo los pórticos de los templos, en las calles. En varios puntos se levantaban tiendas destinadas á albergar á familias enteras. Otros permanecían al aire libre, gritando, invocando á los dioses ó lanzando imprecaciones contra su destino. En medio del general espanto, era imposible adquirir noticias. Las personas á las cuales se dirigía Vinicio no contestaban, ó á lo más, mirando en torno con aire de idiotas, se limitaban á presagiar el próximo fin del mundo. La continua llegada de hombres, mujeres y niños no hacía más que aumentar el desorden y el tumulto. Muchos, extraviados entre la muchedumbre, buscaban desesperadamente á sus parientes, y otros se disputaban por un puesto donde acampar.

De la Campania habían llegado también pastores medio salvajes á informarse de lo que ocurría y con la esperanza de llevarse un buen botín, lo que no era difícil en medio de aquella confusión enorme. También comparecieron no pocos esclavos y gladiadores que en seguida empezaron á saquear casas y quintas y á derribar en tierra á los soldados de guardia.

El senador Ginnio, á quien distinguió Vinicio frente á una posada, rodeado de un grupo de esclavos, fué el primero en darle algunas noticias exactas acerca del formidable incendio.

El fuego se había iniciado en el Circo Máximo, cerca del Palatino y el Celio, propagándose con increíble rapidez hasta invadir, en menos tiempo de lo que podía suponerse, el centro de la ciudad.

Después del saqueo llevado á cabo por las huestes de Breno, no había vuelto á caer sobre Roma tamaña calamidad.

– El Circo ha quedado completamente destruído, dijo Ginnio; el Aventino y el Celio están ardiendo y las llamas han llegado hasta las Carinas.

Allí poseía el senador Ginnio una *ínsula* magnífica, enriquecida con una preciosa colección de objetos de arte, á los que consagraba su vida; por esto, al proferir las últimas palabras, se bajó á recoger un puñado de tierra, y restregándose con él la cabeza, suspiró dolorosamente.

Vinicio le asió por el brazo fuertemente y le dijo:

– También yo tengo mi casa en las Carinas; mas ya que todo perece, justo es que también siga mi casa la suerte de las demás.

Y al recordar que había aconsejado que se trasladase Licia á casa de Aulo, preguntó impaciente:

– ¿Y e *Vicus Patricius?*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– ¡Ardiendo!

– ¿Y el Trastevere?

Ginnio le miró atónito, y exclamó, oprimiéndose las sienes con las manos:

– ¿Y qué nos importa á nosotros del Trastevere?

– Me importa más que otro barrio cualquiera de Roma, gritó Vinicio acalorándose.

– Puedes seguir el camino que conduce á la *Via Portuensis,* al Aventino, pero te sofocará el excesivo calor. ¿El Trastevere? ¡No sé nada! El fuego aún no había llegado allí; pero los dioses saben si habrá llegado á estas horas.

Ginnio quedó un tanto perplejo. Después susurró al oído del joven:

– Tú no me vendes, lo sé; por esto te digo que no se trata de un incendio casual. ¡No se permitió á la gente salvar el Circo! Cuando empezaron á arder las casas en varios puntos, yo mismo oí miles de voces que gritaban: «¡Muerte á los que intenten salvar!» Se veía correr por las calles hombres con hachas encendidas, entrando aquí y allí. El pueblo está excitadísimo y dice que la ciudad ha sido incendiada por orden superior. No puedo decir más. ¡Pobre Roma y pobres de nosotros! No puede el lenguaje humano describir lo que sucede. El pueblo perece entre las llamas y se matan unos á otros en medio de la confusión y de las angustias. ¡Ha llegado el fin de Roma!

Y suspiró de nuevo:

– ¡Mísera ciudad y míseros de nosotros!

Vinicio montó en su caballo, queriendo recorrer en el más breve tiempo posible la Vía Apia, lo cual le resultaba dificilísimo por la continua aglomeración de gentes y de carros procedentes de la ciudad. Ésta se le presentaba ahora á la vista. Desde aquel océano de fuego y de humo llegaba el calor, y el chisporroteo de las llamas y el crujido siniestro de las materias en combustión ahogaban los gritos y lamentos de los ciudadanos.

XLIII

Cuanto más se acercaba Vinicio á Roma, tanto más se convencía de lo difícil que era penetrar en la ciudad.

La Vía Apia rebosaba de gente. Las casas y los campos, los cementerios, los jardines y los templos estaban transformados en verdaderos campamentos. En el templo de Marte, junto á la Puerta Apia, la muchedumbre había derribado las puertas, para pasar la noche bajo techado. En los cementerios ocurrían luchas sangrientas, queriendo algunos apoderarse de los sepulcros y otros defendiendo la entrada. Ustrina, con sus luchas, no daba más que una pálida idea de lo que sucedía en la capital. Todo respeto á la ley, á los vínculos de parentesco, al orden social, todo había dejado de existir.

Los gladiadores beodos, habiendo consumido todo el vino robado en el Emporio, con sus desaforados gritos sembraban el pánico por las calles, insultando y atemorizando á cuantos encontraban al paso. Numerosos bárbaros, destinados á ser vendidos en el mercado, habían logrado escapar. Para ellos, el incendio de Roma significaba el fin de la esclavitud y la hora de la venganza. Y mientras los ciudadanos que veían destruído por las llamas todo su patrimonio, levantaban desesperadamente los brazos al cielo pidiendo auxilio á los dioses, aquellos esclavos se precipitaban sobre ellos y con gritos de júbilo les arrancaban las vestiduras y les robaban las mujeres, jóvenes aún. Y en su criminal tarea encontraban apoyo en los antiguos esclavos que desde hacía largo tiempo servían en Roma, en los mendigos que no tenían más propiedad que sus andrajos y en las repugnantes figuras de baja estofa que en Roma no solían asomar por las calles durante el día. Y aquellas bandadas compuestas de asiáticos, africanos, británicos, germanos, griegos y tracios, vociferaban en todas las lenguas más ó menos conocidas, saltando de alegría y anunciando que había llegado la hora de su rescate, durante tantos años esperada.

En medio de aquel mar borrascoso brillaban á la luz del sol y de las llamas los yelmos de los pretorianos, á cuya protección se encomendaban los fugitivos y que sostenían cruenta lucha con la embriagada muchedumbre. Vinicio había tenido ocasión de ver muchas ciudades sitiadas; pero sus ojos no habían contemplado nunca semejante caos de desesperación, de lágrimas, de tormentos, de rabia, de salvaje alegría, de delirio y de desenfreno. Y sobre toda aquella multitud loca y delirante, el fuego centelleaba en las colinas de la ciudad más grande de la tierra, apestando el aire con humo tan denso que cubría el firmamento azul. Con dificultades que iban aumentando á cada paso, poniendo á cada momento su vida en peligro, el joven tribuno logró llegar á la Puerta Apia. Pero allí reconoció la imposibilidad de internarse en Roma por la Puerta Capuana, á causa del excesivo calor y de la aglomeración de gente. No existía aún el puente de la Puerta Trigenia, frente al templo de la Buena Diosa; así, pues, el que quería pasar al otro lado del Tí-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– ¡Ardiendo!

– ¿Y el Trastevere?

Ginnio le miró atónito, y exclamó, oprimiéndose las sienes con las manos:

– ¿Y qué nos importa á nosotros del Trastevere?

– Me importa más que otro barrio cualquiera de Roma, gritó Vinicio acalorándose.

– Puedes seguir el camino que conduce á la *Via Portuensis,* al Aventino, pero te sofocará el excesivo calor. ¿El Trastevere? ¡No sé nada! El fuego aún no había llegado allí; pero los dioses saben si habrá llegado á estas horas.

Ginnio quedó un tanto perplejo. Después susurró al oído del joven:

– Tú no me vendes, lo sé; por esto te digo que no se trata de un incendio casual. ¡No se permitió á la gente salvar el Circo! Cuando empezaron á arder las casas en varios puntos, yo mismo oí miles de voces que gritaban: «¡Muerte á los que intenten salvar!» Se veía correr por las calles hombres con hachas encendidas, entrando aquí y allí. El pueblo está excitadísimo y dice que la ciudad ha sido incendiada por orden superior. No puedo decir más. ¡Pobre Roma y pobres de nosotros! No puede el lenguaje humano describir lo que sucede. El pueblo perece entre las llamas y se matan unos á otros en medio de la confusión y de las angustias. ¡Ha llegado el fin de Roma!

Y suspiró de nuevo:

– ¡Mísera ciudad y míseros de nosotros!

Vinicio montó en su caballo, queriendo recorrer en el más breve tiempo posible la Vía Apia, lo cual le resultaba dificilísimo por la continua aglomeración de gentes y de carros procedentes de la ciudad. Ésta se le presentaba ahora á la vista. Desde aquel océano de fuego y de humo llegaba el calor, y el chisporroteo de las llamas y el crujido siniestro de las materias en combustión ahogaban los gritos y lamentos de los ciudadanos.

XLIII

Cuanto más se acercaba Vinicio á Roma, tanto más se convencía de lo difícil que era penetrar en la ciudad.

La Vía Apia rebosaba de gente. Las casas y los campos, los cementerios, los jardines y los templos estaban transformados en verdaderos campamentos. En el templo de Marte, junto á la Puerta Apia, la muchedumbre había derribado las puertas, para pasar la noche bajo techado. En los cementerios ocurrían luchas sangrientas, queriendo algunos apoderarse de los sepulcros y otros defendiendo la entrada. Ustrina, con sus luchas, no daba más que una pálida idea de lo que sucedía en la capital. Todo respeto á la ley, á los vínculos de parentesco, al orden social, todo había dejado de existir.

Los gladiadores beodos, habiendo consumido todo el vino robado en el Emporio, con sus desaforados gritos sembraban el pánico por las calles, insultando y atemorizando á cuantos encontraban al paso. Numerosos bárbaros, destinados á ser vendidos en el mercado, habían logrado escapar. Para ellos, el incendio de Roma significaba el fin de la esclavitud y la hora de la venganza. Y mientras los ciudadanos que veían destruído por las llamas todo su patrimonio, levantaban desesperadamente los brazos al cielo pidiendo auxilio á los dioses, aquellos esclavos se precipitaban sobre ellos y con gritos de júbilo les arrancaban las vestiduras y les robaban las mujeres, jóvenes aún. Y en su criminal tarea encontraban apoyo en los antiguos esclavos que desde hacía largo tiempo servían en Roma, en los mendigos que no tenían más propiedad que sus andrajos y en las repugnantes figuras de baja estofa que en Roma no solían asomar por las calles durante el día. Y aquellas bandadas compuestas de asiáticos, africanos, británicos, germanos, griegos y tracios, vociferaban en todas las lenguas más ó menos conocidas, saltando de alegría y anunciando que había llegado la hora de su rescate, durante tantos años esperada.

En medio de aquel mar borrascoso brillaban á la luz del sol y de las llamas los yelmos de los pretorianos, á cuya protección se encomendaban los fugitivos y que sostenían cruenta lucha con la embriagada muchedumbre. Vinicio había tenido ocasión de ver muchas ciudades sitiadas; pero sus ojos no habían contemplado nunca semejante caos de desesperación, de lágrimas, de tormentos, de rabia, de salvaje alegría, de delirio y de desenfreno. Y sobre toda aquella multitud loca y delirante, el fuego centelleaba en las colinas de la ciudad más grande de la tierra, apestando el aire con humo tan denso que cubría el firmamento azul. Con dificultades que iban aumentando á cada paso, poniendo á cada momento su vida en peligro, el joven tribuno logró llegar á la Puerta Apia. Pero allí reconoció la imposibilidad de internarse en Roma por la Puerta Capuana, á causa del excesivo calor y de la aglomeración de gente. No existía aún el puente de la Puerta Trigenia, frente al templo de la Buena Diosa; así, pues, el que quería pasar al otro lado del Tí-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ber tenía que atravesar el Puente Sublicio, pasar por el Aventino, recorriendo luego un barrio convertido en aquellos momentos en una terrible hoguera. Esto hubiera sido una locura inútil. Vinicio se convenció de que debía retroceder con su caballo hacia Ustrina, desviarse un poco de la Vía Apia, pasar el río en el extremo de la ciudad, tomar la Vía Portuense y por allí dirigirse al Trastevere. Esto, sin embargo, no era fácil, dada la confusión que reinaba en la Vía Apia, y tuvo que abrirse paso con la espada en la mano. No tenía otras armas, porque había dejado Anzio de improviso, apenas llegó á sus oídos la noticia del incendio.

Distinguiendo de pronto, junto á la fuente de Mercurio, á un centurión á quien conocía y el cual, al frente de cuarenta hombres, custodiaba la entrada del templo, le ordenó que le siguiese, y aquél, reconociendo á Vinicio, se apresuró á obedecerle. El joven asumió el mando del escuadrón y olvidó las enseñanzas de Pablo sobre el amor al prójimo, procurando atravesar por entre la prensada muchedumbre con tal precipitación, que derribaba á todos los que no tenían tiempo de esquivar la marcha vertiginosa de los soldados.

Las maldiciones y las piedras lanzadas sobre ellos fueron innumerables; pero Vinicio no se daba por advertido y se apresuraba á cruzar las calles en que la aglomeración no era tan grande. Las dificultades aumentaban. Los que habían acampado no querían desembarazar el camino y maldecían á César y á los pretorianos. De cuando en cuando parecía que la multitud quería rebelarse y Vinicio oía proferir amenazas de muerte contra Nerón, á quien acusaban como autor del incendio, y contra Popea. Se maldecía al histrión, al incendiario, al matricida. Algunos proponían que fuese arrojado al Tíber aquel monstruo cruel, otros anunciaban que iban á acabar con todo porque la paciencia tenía un límite. Era fácil comprender que no faltaba más que una cabeza para arrastrar á toda aquella turba indignada al cumplimiento de las amenazas.

Mas, por el momento, toda la ira se desahogaba contra los pretorianos, á los cuales les era más difícil entonces abrirse paso, pues en todas las calles se levantaban barricadas con las mercancías salvadas del fuego, con cestas, cajas, muebles, jarros, cunas, camas y trastos de todo género. De cuando en cuando se promovían por este motivo serias disputas, de las cuales, gracias á las armas, salían victoriosos los pretorianos. Después de haber atravesado, no sin trabajo, la Vía Latina, Numicia, Ardea, Lavinia y Ostia, pasando frente á quintas, jardines, cementerios y templos, Vinicio llegó por fin al *Vicus Alexandri*, desde donde pasó á la otra orilla del Tíber. Allí el aire era un poco más respirable. Por fugitivos que continuamente encontraba supo que sólo algunas calles del Trastevere se habían librado hasta entonces de las llamas, pero que no había esperanza de salvación, porque muchos se movían con el intento de propagar el fuego á todos los ángulos de la población, siguiendo, decían, las órdenes recibidas. Vinicio no dudaba ya de que el incendio era un capricho monstruoso de Nerón, y encontraba justísima la venganza que el pueblo reclamaba con sus gritos.

¿Qué más podía haber hecho Mitrídates ó cualquier otro enemigo acérrimo de Roma? Se había rebasado el límite: la crueldad de Nerón era enorme. Para él la vida de todo un pueblo corría serio peligro. Según Vinicio, había sonado la hora de la justicia, y sin duda entre las ruinas de aquella ciudad debía quedar sepultado aquel monstruo insensato junto con sus delitos. Si un hombre solo se hubiese mostrado dispuesto á ponerse á la cabeza del pueblo enfurecido, el destino de César hubiérase cumplido en aquel mismo instante. Terribles ideas de venganza cruzaron por su mente. ¿No podía ser él el hombre indicado? Su familia, gloriosa y larga serie de cónsules, era conocida en toda Roma. No faltaba más que un nombre. El día de la ejecución de

los esclavos de Pedanio Segundo estuvo próxima á estallar una revuelta entre los ciudadanos. ¿Qué sucedería, pues, ante tan inmensa desgracia, como no la había sufrido Roma en el transcurso de ocho siglos? El que llamara á las armas á los Quírites, pensaba Vinicio, podía seguramente arrojar de su trono á Nerón y vestir la púrpura. ¿Por qué no podía realizar esto él, el más valeroso y el más joven de todos los cortesanos? Era cierto que Nerón disponía de treinta legiones que guarnecían todo el imperio hasta sus confines; pero ¿no se habían de sublevar todas en cuanto conociesen la infausta nueva del incendio de Roma?

En este caso el camino del trono le sería abierto. Entre los augustianos corría la voz de que un adivino había profetizado á Otón que había de ceñir la corona imperial. ¿En qué le superaba Otón? Quizás el mismo Cristo le ayudaría con su omnipotencia divina; quizás era Él mismo quien le inspiraba. «¡Oh! ¡Si fuese así!,» exclamaba Vinicio absorto en sus pensamientos. Vengaría en Nerón los peligros que había corrido Licia y sus angustias; con él empezaría el reino de la verdad y de la justicia, y la doctrina de Cristo se extendería con su apoyo desde el Eufrates hasta las nebulosas costas británicas; su Licia vestiría la púrpura y él la haría reina del mundo. Pero estos pensamientos que se agitaban en su cerebro cual luminosas chispas, como éstas eran fugaces y no tardaron en desaparecer. Ante todo debía pensar en salvar á Licia.

Había llegado al teatro de la catástrofe; inmensa angustia volvió á asaltarle, y en presencia de aquel mar de fuego y humo, ante la horrenda realidad, surgió en su alma la esperanza de que Pedro lograría salvar á su Licia. Profunda desesperación se apoderó de él en la Vía Portuense, que conducía directamente al Trastevere. Corrió precipitadamente hasta la puerta, donde algunos fugitivos le confirmaron que aquel barrio estaba inmune en algunas partes, pero no en todas.

También allí el humo lo envolvía todo, y circular por las calles era más difícil que por otros sitios, pues estaba interceptado el paso por objetos de todas clases que las gentes trataban de salvar. En algunos puntos de la calle principal el paso quedó completamente obstruído; junto á la Naumaquia de Augusto los trastos formaban verdaderas montañas. El humo hacía inaccesibles las calles más estrechas. Los habitantes huían á millares, y más de una vez, encontrándose en dos opuestas corrientes por aquellas callejuelas, chocaban y se pisoteaban unos á otros. En medio de tan horrible confusión se perdían familias enteras; las madres llamaban desesperadamente á sus hijos, éstos á sus madres, y eran generales la angustia y el dolor. Vinicio sentía que se le erizaban los cabellos á la sola idea de cuanto debía ocurrir allí donde prendía el fuego. El estrépito no permitía preguntar ni oir una palabra. De cuando en cuando nuevas columnas de humo llegaban al otro lado del río, un humo más denso, más pesado, que envolvía en la obscuridad de la noche casas y personas. Por fortuna el viento volvía á arrastrarlas, y así Vinicio, espoleando al caballo, pudo llegar á la calle en que estaba situada la casa de Lino. La abrumadora temperatura de julio se hacía más insoportable por el calor de los barrios incendiados. El humo entorpecía la vista, los pulmones buscaban en vano aire respirable. Todos los que habían calculado que el fuego se limitaría á la ribera opuesta y no habían abandonado sus casas, salían ahora de ellas precipitadamente, aumentando la confusión. Los pretorianos que seguían á Vinicio, separados de éste por la muchedumbre, acabaron por quedarse atrás poco á poco.

De pronto, un pesado golpe de segur sobre la cabeza del caballo de Vinicio encabritó al animal, que se negaba á seguir adelante. Por su rica túnica habían reconocido todos al augustiano, y empezaron á gritar: «¡Muerte á Nerón y á sus incendiarios!» El peligro era grande; miles de manos se extendían amenazadoras ha-

cia Vinicio, pero el caballo enfurecido emprendió veloz carrera, derribando á todos los que no supieron esquivarlo á tiempo. En seguida otra columna de humo denso volvió á envolver todo el camino en las tinieblas más profundas. Vinicio comprendió que el caballo no le serviría más que de estorbo.

Saltó de la silla y anduvo á pie, rozando los muros y parándose cada vez que pasaba un grupo de fugitivos. Decía entre sí que todas sus fatigas resultarían inútiles. Licia habría escapado ya y sería más fácil encontrar un alfiler entre las arenas de la playa que á Licia en medio de aquel caos. Pero, aun á costa de la vida, estaba decidido á llegar hasta la casa de Lino.

De vez en cuando se veía obligado á pararse para restregarse los ojos. Luego, arrancando un pedazo de su túnica, se tapó la nariz y la boca y prosiguió su lento y difícil camino. Cuanto más se acercaba al río, más ardiente era el calor. Vinicio sabía que el incendio se había iniciado en el Circo Máximo, por lo cual deducía que el calor provenía de allí como también del *Forum Boarium* y del *Velarium,* pues hallándose ambos próximos al Circo, debían haber sido también presa de las llamas. Un viejo que apenas podía sostenerse le gritó al pasar: «¡No te acerques al Puente de Cestio! ¡Arde toda la isla!» Era el último fugitivo que encontraba; ya no era posible hacerse ilusión alguna. Doblando el *Vicus Judeorum,* donde estaba la casa de Lino, el joven vió á través del humo serpentear las llamas. No sólo ardía la isla, sino la mayor parte de la calle donde se hallaba la habitación de Licia.

Vinicio recordó que un jardincito rodeaba la casa de Lino. Entre éste y el Tíber se extendía un campo inculto. Esto le infundió alguna esperanza. Era probable que el fuego no hubiese llegado á aquel campo, y algo alentado siguió adelante, precipitadamente, á ciegas, desafiando al viento, que no sólo le envolvía en una nube de humo, sino en un número infinito de chispas, que avanzando y girando en incesante torbellino amenazaban incendiar el otro extremo de la calle, quitándole toda posibilidad de retroceder.

Por último, á través de las espesas nubes, logró distinguir los cipreses del jardín de Lino. Las casas situadas al otro extremo del campo habían quedado reducidas á cenizas; la islita de Lino únicamente permanecía incólume. Vinicio dirigió al cielo una mirada de gratitud y corrió hacia la casa, aunque el calor amenazaba sofocarle á cada momento. La puerta estaba cerrada; la empujó y entró.

En el jardín no se veía un alma y la casa parecía desierta. «Quizás habrán perdido el sentido á causa del calor y del humo,» pensaba Vinicio.

–¡Licia, Licia!, gritó.

¡Ni una respuesta! No se oía más que el siniestro crujido de las casas cercanas.

–¡Licia!

De pronto resonó el profundo rugido que otra vez le había hecho temblar en aquel jardín. Era evidente que el *Vivarium,* situado junto al templo de Esculapio, en la isla vecina, debía estar ardiendo. Vinicio se estremeció. Era la segunda vez, desde que el pensamiento de Licia absorbía todas sus facultades, que le contestaban aquellas voces amenazadoras, como nuncios de una desgracia.

Pero esta impresión no duró mucho, porque el fuego, más espantoso entonces que el rugido de las fieras, le obligaba á no ocuparse de otra cosa. Nadie había respondido á su llamada; pero supuesto que Licia podía estar privada de sentido ó presa de la asfixia, Vinicio se precipitó en las habitaciones interiores.

El pequeño atrio estaba vacío de muebles, pero lleno de humo. Buscando á tientas la puerta que conducía al dormitorio de Licia, distinguió la claridad que daba un cirio encendido, y entrando, reconoció el larario, donde, en lugar de los lares, había una cruz. Por la mente del catecúmeno cruzó la idea de que aquella

luz se la ofrecía la cruz misma para encontrar á Licia. Cogió el cirio y penetró en el *cubiculum,* levantó la cortina y miró en derredor. No había nadie. Vinicio estaba seguro de encontrarse en el camarín de Licia, pues colgados de las paredes se veían algunos de sus vestidos, y sobre el mismo lecho había un *capitium,* especie de camisa que llevaban las mujeres. Vinicio se apoderó de aquella prenda para cubrirla de besos, y poniéndosela luego al brazo, continuó buscando.

La casa era pequeña, por lo cual en poco tiempo pudo examinar todos los rincones. Pero no logró encontrar alma viviente. Era indudable que Licia, Lino y Ursus habían buscado su salvación en la fuga.

«Los buscaré fuera de las puertas,» pensó Vinicio.

No le extrañaba no haberles encontrado en la Vía Portuense, pues era muy probable que hubiesen abandonado el Trastevere, tomando el camino opuesto, por la parte del Vaticano. Mas lo importante era que hubiesen escapado de las llamas. A Vinicio le pareció que le quitaban un peso del corazón. A los espantosos peligros de la fuga, él oponía, para consolarse, la fuerza prodigiosa de Ursus. «Ahora soy yo quien debe pensar en huir – se dijo – y buscar el modo de llegar por los jardines de Domicio á los jardines de Agripina, donde sin duda los encontraré. Allí el humo no será tan sofocante, porque el viento viene de los montes Sabinos.»

En efecto, era tiempo de que pensase en su propia salvación. Se iba aproximando el torrente de fuego. Las columnas de humo envolvían en profundas tinieblas el camino. Una corriente de aire le había apagado la luz. Vinicio abandonó apresuradamente la casa y se dirigió corriendo á la *Via Portuensis,* por donde había venido. Parecía que el fuego se divertía siguiéndole, ora envolviéndolo en el humo, ora cubriéndolo de una lluvia de chispas que caían sobre su espalda, sus cabellos y su túnica. Ésta empezaba á chamuscarse, pero él no lo notaba y seguía corriendo para no morir asfixiado. La boca, la garganta y los pulmones le ardían como el mismo fuego. «Esto es abrasarse vivo, pensaba, y mejor será que me eche en tierra para esperar la muerte.» Cada vez le era más penoso correr. Tenía la cabeza, el cuello y las espaldas bañados en sudor. A no ser por el amor de Licia, que le inspiraba un valor sobrehumano, y por el *capitium,* con el cual se preservaba del humo, tapándose la boca y la nariz, no se hubiera sentido con fuerzas para vivir más tiempo. Al poco rato le fué imposible reconocer las calles por donde pasaba; le iba abandonando la conciencia de sí mismo; una sola palabra no se le borraba de la mente: huir; porque su Licia le esperaba; su Licia, que Pedro le había prometido por esposa. Y de pronto, como visión de un moribundo, creyó que debía ver á Licia, unirse á ella y después morir.

Y siguió corriendo como un loco, vacilando. En tanto el terrible incendio había cambiado, al parecer. Lo que hasta entonces empezaba á contagiarse ardía ya con claras é imponentes llamaradas. El viento no arrastraba ya columnas de humo; un remolino de aire había disipado toda huella, llevando consigo millones de chispas; así es que Vinicio se vió de pronto envuelto en una nube de fuego, que por el momento le ayudó á encontrar el camino verdadero, y cuando estaba á punto de perder las pocas fuerzas que le quedaban, distinguió perfectamente el término de la calle que recorría. Esto pareció darle nuevos alientos. Doblando la esquina, reconoció el camino que conducía á la *Via Portuensis* y al Campo Covetano. Las chispas no volvieron á perseguirle y suponía que, logrando llegar á la *Via Portuensis,* estaría en salvo, aunque allí cayese rendido.

En el fondo de la calle otra espesa nube le cerraba el paso. «¡Otra humareda!, pensó, no lograré atravesarla.» Recogiendo en un supremo esfuerzo cuanto vigor le quedaba, corrió más, arrancándose la túnica que, ardiendo por haber prendido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en ella las chispas, le quemaba las carnes como si hubiera sido la camisa de Neso. No quedándole otra prenda, se arrolló al cuello el *capitium*.

A medida que avanzaba, reconocía que lo que había tomado por nube de humo lo era de polvo, de donde salían gritos y voces confusas.

«La plebe saquea las casas,» pensó Vinicio, encaminándose al sitio de donde partían las voces. Uno ú otro había de socorrerle, y antes de llegar á la meta se puso á pedir auxilio con la poca voz que le quedaba. Y este fué su último esfuerzo. Subiósele á los ojos la sangre, le faltó la respiración, las piernas le oscilaron y cayó en tierra.

No en vano había implorado socorro. Acudieron inmediatamente dos hombres con un cubo de agua. Vinicio no estaba más que extenuado, pero no había perdido el sentido. Agarró ávidamente el cubo y bebió.

– Os lo agradezco, dijo. Ayudadme ahora á levantarme y podré continuar.

Le bañaron la cabeza, le levantaron del suelo y le condujeron adonde estaban sus compañeros, que, rodeándole, le preguntaron en seguida por su estado. Tanta piedad no pudo menos de asombrar á Vinicio.

– ¿Quién sois?, les preguntó.

– Estamos derribando las casas para que el fuego no se corra hasta la *Via Portuensis*, respondió uno de los operarios.

– Me habéis ayudado cuando he caído. ¡Gracias os sean dadas!

– No se debe negar á nadie socorro.

Vinicio, que desde la madrugada no había visto más que turbas de personas enfurecidas, asesinatos y agresiones, miraba con creciente atención los rostros que tenía delante, y dijo:

– ¡Cristo os lo pague!

– ¡Sea alabado su nombre!, contestaron todos á coro..

– ¿Lino?.., preguntó el tribuno.

Pero no pudo completar la pregunta, por haberle sobrevenido un desmayo. Cuando volvió en sí se halló en un jardín del Campo Covetano, rodeado de hombres y mujeres.

– ¿Dónde está Lino?, fueron sus primeras palabras.

Durante un rato no obtuvo contestación; luego una voz de él conocida dijo:

– Se marchó hace dos días al Ostriano, fuera de la Puerta Nomentana. ¡La paz sea contigo, oh rey de Persia!

Vinicio se levantó y reconoció á Quilón.

– Tu casa seguramente está incendiada, señor, continuó el griego, porque las Carinas están ardiendo; pero tú seguirás siendo tan rico como Midas. ¡Oh! ¡Qué desgracia! Los cristianos, ¡oh hijo de Serapis!, habían profetizado hace tiempo que Roma perecería en el fuego. ¡Lino se halla en el Ostriano con la hija de Júpiter! ¡Oh! ¡Qué desgracia para la ciudad!

Vinicio se sintió próximo á un nuevo síncope.

– ¿La viste?, preguntó.

– La vi, señor. Sea alabado Cristo y sean alabados todos los dioses que me otorgaron la gracia de pagar con esta buena noticia los favores que de ti he recibido. ¡Pero aún te pagaré mejor, oh Ciro!.. ¡Te lo juro ante Roma incendiada!

Había llegado la noche; mas el jardín aparecía claro como en pleno día, iluminado por el incendio que iba tomando incremento. Parecía que toda la ciudad se sumergía en aquel océano de fuego.

Toda la bóveda celeste, hasta donde la vista alcanzaba, presentaba vivos matices rojos: ¡una noche roja en la historia del mundo!

XLIV

La luna llena que asomaba tras las colinas, tomando á la luz del incendio el color del hierro candente, parecía que contemplaba con asombro la destrucción de aquella ciudad, que fué reina del mundo. En la claridad rosácea del horizonte también tenían las estrellas un tono de luz rosada; pero, contra lo ordinario y natural, en aquella noche la tierra resplandecía más que el firmamento. Roma iluminaba con sus reflejos toda la Campania. Sobre aquel fondo rojo se destacaban los montes lejanos, las ciudades, las quintas, los templos, los monumentos y los acueductos, sobre los cuales se habían refugiado miles y miles de personas que creían estar allí más seguras y podían contemplar mejor el imponente espectáculo.

El terrible elemento se había propagado á otros barrios. ¡No cabía duda! Manos culpables se encargaban de difundirlo, pues de continuo se producían nuevos incendios en puntos muy distantes del foco principal. De las alturas de Roma, las llamas, semejantes á las olas del mar, descendían hasta los barrios bajos donde estaban las casas de cinco ó seis pisos, con todos los almacenes y comercios, los anfiteatros de madera ambulantes, construídos de modo que pudieran servir para las más variadas funciones, depósitos de leña, de aceitunas, de granos, de nueces, de piñones, que servían de alimento á los pobres, y de vestidos que á veces Nerón, en su grandeza, se dignaba repartir entre los miserables aglomerados en las angostas callejuelas. Allí donde el fuego encontraba, como en esos puntos, tanto material inflamable, una explosión seguía á otra, y con una rapidez increíble invadía todo el distrito. Los que habían acampado fuera de la ciudad ó se habían reunido en los acueductos, deducían, por el color de las llamas, la clase del combustible. Algún soplo de viento más fuerte levantaba millones y millones de cáscaras de avellanas y almendras, que, como numeroso enjambre de moscas luminosas lanzadas al aire de improviso, caían luego, empujadas por el viento, en otros puntos de la ciudad, sobre los acueductos ó en la campiña. Toda esperanza de salvación parecía absurda y el desorden aumentaba por momentos; pues mientras los ciudadanos corrían desde todos los puntos de la ciudad hacia las puertas, para huir al campo abierto, muchos habitantes de las comarcas vecinas, aldeanos y pastores salvajes de la Campania acudían á la ciudad atraídos por el incendio y con la esperanza de un rico botín. «¡Roma está perdida!,» era la frase que brotaba de todos los labios como santo y seña; pero con la caída de la ciudad parecía que toda ley se había hollado, deshecho todo vínculo y roto el freno que contenía á la plebe. Los esclavos ya no admitían distinción alguna entre ellos y los patricios. La destrucción de la urbe grandiosa podía proporcionarles la libertad, y por esto tomaban una actitud amenazadora.

Se sucedían los hurtos y las rapiñas sin interrupción; pero el espectáculo de la ciudad incendiada parecía que tenía el poder de atracción, conteniendo la manifes-

en ella las chispas, le quemaba las carnes como si hubiera sido la camisa de Neso. No quedándole otra prenda, se arrolló al cuello el *capitium*.

A medida que avanzaba, reconocía que lo que había tomado por nube de humo lo era de polvo, de donde salían gritos y voces confusas.

«La plebe saquea las casas,» pensó Vinicio, encaminándose al sitio de donde partían las voces. Uno ú otro había de socorrerle, y antes de llegar á la meta se puso á pedir auxilio con la poca voz que le quedaba. Y este fué su último esfuerzo. Subiósele á los ojos la sangre, le faltó la respiración, las piernas le oscilaron y cayó en tierra.

No en vano había implorado socorro. Acudieron inmediatamente dos hombres con un cubo de agua. Vinicio no estaba más que extenuado, pero no había perdido el sentido. Agarró ávidamente el cubo y bebió.

– Os lo agradezco, dijo. Ayudadme ahora á levantarme y podré continuar.

Le bañaron la cabeza, le levantaron del suelo y le condujeron adonde estaban sus compañeros, que, rodeándole, le preguntaron en seguida por su estado. Tanta piedad no pudo menos de asombrar á Vinicio.

– ¿Quién sois?, les preguntó.

– Estamos derribando las casas para que el fuego no se corra hasta la *Via Portuensis*, respondió uno de los operarios.

– Me habéis ayudado cuando he caído. ¡Gracias os sean dadas!

– No se debe negar á nadie socorro.

Vinicio, que desde la madrugada no había visto más que turbas de personas enfurecidas, asesinatos y agresiones, miraba con creciente atención los rostros que tenía delante, y dijo:

– ¡Cristo os lo pague!

– ¡Sea alabado su nombre!, contestaron todos á coro..

– ¿Lino?.., preguntó el tribuno.

Pero no pudo completar la pregunta, por haberle sobrevenido un desmayo. Cuando volvió en sí se halló en un jardín del Campo Covetano, rodeado de hombres y mujeres.

– ¿Dónde está Lino?, fueron sus primeras palabras.

Durante un rato no obtuvo contestación; luego una voz de él conocida dijo:

– Se marchó hace dos días al Ostriano, fuera de la Puerta Nomentana. ¡La paz sea contigo, oh rey de Persia!

Vinicio se levantó y reconoció á Quilón.

– Tu casa seguramente está incendiada, señor, continuó el griego, porque las Carinas están ardiendo; pero tú seguirás siendo tan rico como Midas. ¡Oh! ¡Qué desgracia! Los cristianos, ¡oh hijo de Serapis!, habían profetizado hace tiempo que Roma perecería en el fuego. ¡Lino se halla en el Ostriano con la hija de Júpiter! ¡Oh! ¡Qué desgracia para la ciudad!

Vinicio se sintió próximo á un nuevo síncope.

– ¿La viste?, preguntó.

– La vi, señor. Sea alabado Cristo y sean alabados todos los dioses que me otorgaron la gracia de pagar con esta buena noticia los favores que de ti he recibido. ¡Pero aún te pagaré mejor, oh Ciro!.. ¡Te lo juro ante Roma incendiada!

Había llegado la noche; mas el jardín aparecía claro como en pleno día, iluminado por el incendio que iba tomando incremento. Parecía que toda la ciudad se sumergía en aquel océano de fuego.

Toda la bóveda celeste, hasta donde la vista alcanzaba, presentaba vivos matices rojos: ¡una noche roja en la historia del mundo!

XLIV

La luna llena que asomaba tras las colinas, tomando á la luz del incendio el color del hierro candente, parecía que contemplaba con asombro la destrucción de aquella ciudad, que fué reina del mundo. En la claridad rosácea del horizonte también tenían las estrellas un tono de luz rosada; pero, contra lo ordinario y natural, en aquella noche la tierra resplandecía más que el firmamento. Roma iluminaba con sus reflejos toda la Campania. Sobre aquel fondo rojo se destacaban los montes lejanos, las ciudades, las quintas, los templos, los monumentos y los acueductos, sobre los cuales se habían refugiado miles y miles de personas que creían estar allí más seguras y podían contemplar mejor el imponente espectáculo.

El terrible elemento se había propagado á otros barrios. ¡No cabía duda! Manos culpables se encargaban de difundirlo, pues de continuo se producían nuevos incendios en puntos muy distantes del foco principal. De las alturas de Roma, las llamas, semejantes á las olas del mar, descendían hasta los barrios bajos donde estaban las casas de cinco ó seis pisos, con todos los almacenes y comercios, los anfiteatros de madera ambulantes, construídos de modo que pudieran servir para las más variadas funciones, depósitos de leña, de aceitunas, de granos, de nueces, de piñones, que servían de alimento á los pobres, y de vestidos que á veces Nerón, en su grandeza, se dignaba repartir entre los miserables aglomerados en las angostas callejuelas. Allí donde el fuego encontraba, como en esos puntos, tanto material inflamable, una explosión seguía á otra, y con una rapidez increíble invadía todo el distrito. Los que habían acampado fuera de la ciudad ó se habían reunido en los acueductos, deducían, por el color de las llamas, la clase del combustible. Algún soplo de viento más fuerte levantaba millones y millones de cáscaras de avellanas y almendras, que, como numeroso enjambre de moscas luminosas lanzadas al aire de improviso, caían luego, empujadas por el viento, en otros puntos de la ciudad, sobre los acueductos ó en la campiña. Toda esperanza de salvación parecía absurda y el desorden aumentaba por momentos; pues mientras los ciudadanos corrían desde todos los puntos de la ciudad hacia las puertas, para huir al campo abierto, muchos habitantes de las comarcas vecinas, aldeanos y pastores salvajes de la Campania acudían á la ciudad atraídos por el incendio y con la esperanza de un rico botín. «¡Roma está perdida!,» era la frase que brotaba de todos los labios como santo y seña; pero con la caída de la ciudad parecía que toda ley se había hollado, deshecho todo vínculo y roto el freno que contenía á la plebe. Los esclavos ya no admitían distinción alguna entre ellos y los patricios. La destrucción de la urbe grandiosa podía proporcionarles la libertad, y por esto tomaban una actitud amenazadora.

Se sucedían los hurtos y las rapiñas sin interrupción; pero el espectáculo de la ciudad incendiada parecía que tenía el poder de atracción, conteniendo la manifes-

tación armada y tumultuosa del descontento general, que no dejaría de realizarse sobre las humeantes ruinas. Numerosos esclavos, olvidando que Roma poseía, además de sus casas y de los templos, considerables legiones en armas, no esperaban más que un jefe y una señal. El nombre de Espartaco brotaba de todos los labios, pero Espartaco ya no vivía. También los ciudadanos empezaban á armarse con todo lo que encontraban á mano. Corrían los más contradictorios y extraños rumores. Algunos aseguraban que era Vulcano quien había destruído la ciudad por orden de Júpiter, otros sostenían que se trataba de una venganza de Vesta contra Rubria. Estos no pensaban poner en salvo nada de lo que les pertenecía, sino que se aglomeraban en los templos invocando la piedad de los dioses. Se repetía también sin rebozo que Roma había sido incendiada por orden de César, que por tal procedimiento intentaba desinfectar la Suburra de pestíferas exhalaciones y construir luego una nueva ciudad que se llamaría Neronia. Esta idea hacía estremecer de indignación á todos los habitantes, y como suponía Vinicio, donde se hubiese presentado un hombre enérgico que de aquel odio hubiera sabido sacar partido, habría sonado para Nerón su última hora mucho antes de lo que nadie hubiera podido imaginar.

Se decía también que César, habiendo enloquecido, quería ordenar á los pretorianos y á los gladiadores que cayeran sobre el pueblo y lo exterminaran.

Algunos aseguraban que el *Enobarbo* había puesto en libertad todas las fieras, y muchos juraban haber visto por las calles leones con la melena ardiendo, elefantes furiosos y bisontes que en su precipitada carrera derribaban á la muchedumbre. En tales asertos había algo de verdad; efectivamente, algunos elefantes, al notar el fuego, habían roto las vallas en que estaban encerrados, y ávidos de libertad, habían escapado, destruyendo, como el huracán, todo cuanto se les ponía por delante. Se decía que los que habían perecido entre las llamas ascendían á una décima parte de la población, y que muchos, después de haber perdido sus riquezas y su familia, se arrojaban desesperadamente al fuego. Otros morían asfixiados por el humo. En el centro de la ciudad, entre el Capitolio por un lado y el Quirinal, el Viminal y el Esquilino por otro, como también entre el Palatino y el Celio, en cuyas calles era más numerosa la muchedumbre, el fuego había estallado simultáneamente en varios puntos; centenares de personas trataban de huir hacia determinada dirección, cuando una muralla de fuego les interceptó el paso y todas encontraron en aquellas llamas su desgraciado fin.

En medio de aquel terror y de aquella confusión la gente no sabía orientarse. Las calles estaban atestadas de objetos y de mercancías de todo género, obstruyendo así la salida á otras calles secundarias. En la plaza donde se elevaba el anfiteatro de Flavio, junto al Pórtico de Silvia, y más arriba, cerca del templo de Juno, entre el *Clivus Verbius* y la antigua Puerta Esquilina, se extendía un verdadero mar de fuego en el que perecían todos los que iban allí á buscar un refugio. En los sitios adonde no había llegado todavía el voraz elemento se veían centenares de cadáveres carbonizados, si bien aquellos desgraciados, para librarse del enorme calor, habían arrancado las losas del suelo, sepultándose casi por completo. Ni una sola de las familias que habitaban en el centro de Roma había quedado sana y salva por entero, encontrándose á cada paso mujeres que, llorando desesperadas, llamaban á los seres queridos que habían perecido en el fuego ó aplastados por la muchedumbre.

Y mientras unos imploraban el auxilio de los dioses, otros les maldecían acusándoles como autores de tanta desventura. Algunos viejos dirigían sus súplicas á Júpiter Libertador, exclamando: «¡Si eres verdaderamente libertador, salva tus altares y nuestra ciudad!» Pero la indignación popular se desahogaba sobre todo contra los antiguos dioses romanos, que, según opinión general, estaban más que otros encargados de velar por la ciudad; y ya que se habían mostrado tan ineptos, era lícito ultrajarlos.

Así es que cuando aparecieron en la Vía Asinaria algunos sacerdotes egipcios llevando una estatua de Isis que habían podido salvar del templo de la Puerta Cœlimontana, la multitud se precipitó sobre ellos, detuvo el carro, lo arrastró hacia la Puerta Apia, y allí, cogiendo la imagen de la divinidad, la colocaron en el templo de Marte. Los sacerdotes que trataron de oponer resistencia fueron dispersados y derribados por la muchedumbre. En otras calles de la ciudad, el pueblo invocaba á Serapis, Baal ó Jehová, cuyos secuaces procedían de las callejuelas de la Suburra y del Trastevere, y atronaban el espacio con sus gritos y sus lamentos, en los cuales había algo de triunfante; y cuando algunos ciudadanos unían sus voces á aquellos coros para alabar al Señor del mundo, otros, irritados por este motivo, hacían todos los esfuerzos posibles para que cesaran los cantos. Se oían himnos de una belleza extraña, solemne, cantados por hombres en la flor de la edad, por viejos, mujeres y niños; himnos cuyo significado nadie comprendía, pero en los cuales se repetían de continuo las palabras: «¡Cuidado, que viene el juez en el día de la cólera y de la justicia!»

Aquella ola infinita de gente inquieta, agitada, rodeaba la ciudad ardiente á manera de mar borrascoso. Pero de nada servían las recriminaciones ni las plegarias. La cruel obra de destrucción se realizaba inexorablemente como el hado. Cerca del Anfiteatro Pompeyano el fuego adquirió grandes proporciones, alimentado por los grandes depósitos de cestas, cuerdas del Circo y de la Arena, máquinas destinadas á juegos, y además ardían también los cercados anexos donde se guardaban recipientes llenos de pez con que se untaban las cuerdas. A las pocas horas aquel barrio, situado al otro lado del Campo de Marte, fué totalmente presa de las llamas, las cuales habían adquirido un tinte de un amarillo tan intenso que á los ojos de los atónitos espectadores parecía que sobre los inmensos edificios que se derrumbaban brillaba, en el corazón de la noche, el más espléndido sol.

Más tarde un resplandor rojizo, sanguinolento, borró los otros tonos. Parecía que del mar de llamas se elevaban hacia el cielo gigantescos surtidores; columnas luminosas, al llegar á cierta altura, caían, subdividiéndose en innumerables centellas, en hilos de oro, en ligeras hojas que el viento arrastraba, esparciéndolas con sus alas sobre la Campania y los montes Albanos. La claridad de la noche era en extremo transparente; en el aire mismo parecía que habían penetrado la luz y el oro. El Tíber corría como un ígneo torrente, y la ciudad maldita habíase transformado en una verdadera boca del infierno. El incendio seguía ganando terreno, invadiendo las alturas, buscando expansión por el llano, vertiéndose en los valles; por todas partes se oía un continuo crujir y un retumbar incesante y fragoroso, más imponentes que el fulgor de las llamas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLV

Macrino, un tejedor á cuya casa fué conducido Vinicio, lo lavó, le dió ropa y algún alimento. Apenas hubo recobrado las fuerzas, el joven tribuno manifestó que quería continuar aquella misma noche las diligencias en busca de Licia. Macrino, que era cristiano, confirmó las noticias de Quilón, esto es, que Lino se había refugiado con el sacerdote Clemente en el Ostriano, donde Pedro pensaba bautizar á un gran número de catecúmenos. Los cristianos sabían que Lino había confiado la custodia de su casa á un tal Gayo, lo que demostraba á Vinicio que Ursus y Licia no se habían quedado allí, sino que habían ido también al Ostriano.

Esta idea contribuyó á calmarle un poco. Lino era viejo, por lo cual le era difícil trasladarse diariamente del Trastevere á la Puerta Nomentana; era, pues, muy probable que durante aquellos días habitase en casa de algún correligionario fuera de Roma, y con él Licia y Ursus. Por esta razón debían haber escapado á la acción devoradora de las llamas, que no habían invadido el opuesto declive del Esquilino.

En todo esto reconoció Vinicio la mano de Dios, por quien se sentía protegido, por lo cual juró consagrarle toda su vida, impulsándole su fervor á correr hacia el Ostriano. Allí era seguro encontrar á Licia y á Pedro, á quienes conduciría después á una de sus quintas. Roma estaba por completo envuelta en llamas, y pocos días después no quedaría más que un inmenso montón de cenizas. Entonces, ¿por qué permanecer en medio de un pueblo enloquecido por el dolor, en lugar de trasladarse á sus posesiones, rodeados de un número de siervos devotos, y gozar allí la dulce paz campestre, bendecidos por Pedro, protegidos por Cristo? ¡Oh! ¡Si pudiese encontrarlos!..

Pero seguramente no era esta la empresa más fácil del mundo. Vinicio recordaba todos los obstáculos que había encontrado en la Vía Apia y luego para llegar á la *Via Portuensis*. Decidió recorrer la ciudad en dirección contraria. Siguiendo la *Via Triumphatoris* le sería posible, por el curso del río, llegar al Puente Emiliano, y de allí, pasando por delante del que es hoy monte Pincio y el Campo de Marte, á lo largo de los jardines de Pompeyo, de Lúculo y de Salustio, llegar á la Vía Nomentana. Este era el camino más breve, pero Macrino y Quilón le hicieron desistir de su propósito. Verdad que hasta entonces el fuego había respetado aquella parte de la ciudad, pero esto hacía suponer que allí la muchedumbre y el tumulto serían enormes. Quilón le aconsejó que se dirigiera á la Puerta Flaminia, pasando por el *Ager Vaticanus*, atravesar el río en este punto, y luego, fuera de los muros, salir por la Puerta Salaria para llegar al otro lado de los jardines de Acilio. Después de alguna vacilación, Vinicio resolvió seguir el consejo.

Macrino tenía que quedarse para custodiar su casa; pudo aún proporcionarle dos asnos, que podía también utilizar luego Licia para emprender su viaje. Además

de esto, trataba de darle un esclavo; pero Vinicio no aceptó, manifestando que se pondría á la cabeza del primer escuadrón de pretorianos que encontrase. Él y Quilón se pusieron en camino por el *Pagus Janiculensis* hacia la *Via Triumphalis*; tampoco allí faltaban innumerables tropiezos; pero les fué dado caminar por entre los carros con alguna velocidad, pues la mayor parte de la población se dirigía hacia la costa por la *Via Portuensis*.

Pasada la Puerta Septimia, cruzaron por entre el humo y los magníficos jardines de Domicio; los gigantescos cipreses estaban iluminados por los rojizos reflejos del incendio como por el sol cuando declina. El camino se iba despejando, y sólo alguna que otra vez se encontraban grupos de aldeanos que corrían presurosos. Vinicio procuraba acelerar en lo posible la marcha de su asno, y Quilón le seguía á cierta distancia, hablando continuamente entre sí:

– Menos mal que ahora volvemos las espaldas al fuego, que no puede hacer más que calentárnoslas. Nunca he visto este camino tan claro como esta noche. ¡Oh Júpiter! Si no mandas un turbión de agua sobre esa hoguera cruel, darás á entender que no amas á Roma. A los humanos no les es posible apagar todas esas llamas. ¡Cómo se aniquila esa ciudad ante la cual se inclinaba Grecia y el mundo entero! Y ahora el primer griego que pasa puede servirse de ella para asar las habas en medio de las cenizas. ¿Quién lo hubiera dicho? ¡Roma ha acabado y con ella su imperio! Ahora todos pueden saltar y cantar sobre sus ruinas. ¡Oh dioses! ¿Quién lo hubiera pensado? ¿Qué griego ó qué bárbaro hubiera nunca podido esperar otro tanto? Y sin embargo, así es; porque un montón de cenizas, ya sean restos de una cabaña de pastores ó de una ciudad entera, no es más que un montón de cenizas, que tarde ó temprano el viento ha de dispersar.

Discurriendo de este modo, volvía el rostro continuamente para contemplar las llamas. En sus ojos se reflejaba una alegría maliciosa.

– Roma cae, continuaba, y no resurgirá. Pero ¿adónde enviará ahora el mundo sus trigos, sus aceitunas y su dinero? ¿Quién exprimirá á la tierra el oro y las lágrimas? El mármol no se quema, pero en el fuego se pulveriza. El Capitolio y el Palatino también caerán. ¡Oh Júpiter! Roma era el pastor y las demás naciones sus ovejas. Cuando el pastor sentía apetito degollaba una oveja y se comía la carne, y tú, padre de los dioses, recibías en holocausto la piel. ¿Quién pensará ahora en degollar las ovejas? ¿Y á qué manos confiarás tú el látigo del pastor? ¡Roma arde tan de prisa como si tú hubieses fulminado sobre ella uno de tus rayos para reducirla á cenizas!

– ¡Adelante! ¿Qué haces ahí?, le gritó Vinicio para sacarle de su abstracción.

– ¡Lloro sobre Roma, señor, sobre la ciudad consagrada á Júpiter!

Caminaron un rato en silencio. Numerosas palomas que anidaban en aquellas quintas y en las pequeñas ciudades de la Campania, y otros pájaros de la costa y de las montañas, confundiendo la claridad del fuego con la luz del sol, se precipitaban veloces sobre las llamas. Vinicio fué el primero en romper el silencio.

– ¿Dónde te hallabas cuando se inició el fuego?

– Iba precisamente á visitar á mi amigo Euricio, que posee una tienda junto al Circo Máximo. Pensaba en la doctrina de Cristo, siguiendo mi camino, cuando oí gritar: «¡Al fuego!» La gente corría hacia el Circo, movida por el ansia y la curiosidad; pero cuando se vió que ardía y se propagaba el fuego á las casas próximas, nadie pensó más que en ponerse en salvo.

– ¿Has observado, por casualidad, si alguno arrojaba en las casas brasas encendidas?

– ¿Y qué es lo que no he visto, oh descendiente de Eneas! Vi á algunos que

se abrían paso con las armas en la mano; vi asesinatos, vísceras humanas pisoteadas sobre las losas de las calles. Si te hubieses hallado presente, hubieras sin duda pensado que los bárbaros se habían apoderado de la ciudad, pasando á degüello á sus habitantes. Por doquiera se oía gritar que había llegado el fin del mundo. Muchos parecían idiotas y permanecían inmóviles hasta que las llamas les cubrían totalmente; otros gritaban como locos, entre los cuales algunos hasta prorrumpían en gritos de júbilo. Ello es, señor, que existen personas tan malvadas que no aprecian todos los beneficios de vuestra benigna justicia y no veneran las justas leyes en virtud de las cuales se lo quitáis todo para tenerlo vosotros. ¡Y esas personas ni siquiera soportarán con resignación la voluntad divina!

Vinicio estaba demasiado absorto en sus pensamientos para fijarse en la sangrienta burla que encerraban las palabras de Quilón. ¿Se hallaría su Licia en aquel caos donde se pisoteaban vísceras humanas? Un escalofrío de terror le recorrió todo el cuerpo, y repitió varias veces esta pregunta:

– Pero..., ¿la viste con tus propios ojos en el Ostriano?

– ¡La vi, oh hijo de Venus! Yo mismo vi á la joven, al buen licio, al santo varón Lino y á Pedro el apóstol.

– ¿Antes del incendio?

– ¡Antes del incendio, señor!

En el alma de Vinicio había surgido una duda acerca de la veracidad de Quilón; detuvo su carrera, y mirando amenazadoramente al griego, le preguntó:

– Y tú, ¿qué hacías allí?

Quilón quedó asustado y confuso. Verdad que él, como otros muchos, abrigaba la convicción de que, cayendo Roma, debía cesar también su dominio; pero se encontraba inerme ante Vinicio, y recordaba las amenazas con que el tribuno le había prohibido explícitamente espiar á los cristianos y sobre todo á Lino y Licia.

– ¡Señor! ¿Por qué no quieres creer que también amo á los cristianos? Yo también soy cristiano á medias y por esto me hallaba en el Ostriano. Pirro me enseñó á apreciar la virtud antes que la filosofía, y sigo estas enseñanzas, acercándome cada vez más á las personas virtuosas. Además de esto, soy pobre, y cuando estabas en Anzio padecí hambre con mucha frecuencia, inclinado sobre mis libros; por esto me senté junto á los muros del Ostriano, sabiendo que los cristianos, aunque pobres, son más caritativos que todos los demás habitantes de Roma.

La excusa pareció á Vinicio bastante plausible, porque con tono menos severo le preguntó:

– ¿Y sabes dónde vive ahora Lino?

– Me castigaste ya una vez, y muy duramente, por mi curiosidad, respondió el griego.

Vinicio no dijo nada más y continuó su carrera.

– Señor, volvió á decir Quilón al cabo de un rato, sin mí no hubieras encontrado á Licia. ¿No olvidarás al pobre sabio, verdad?

– Te regalaré una casa con una viña.

– ¡Gracias, Hércules! ¿Con una viña?... ¡Oh! ¡Sí, sí, con una viña!

En aquel momento pasaron por delante del Vaticano. Una vez en la Naumaquia, doblaron á la derecha y pasaron el campo Vaticano para llegar al río y salir á la Puerta Flaminia. De pronto Quilón detuvo á su animal y dijo:

– ¡Se me ha ocurrido una excelente idea!

– ¡Habla!, ordenó Vinicio.

– Entre el monte Janículo y el Vaticano, al otro lado de los jardines de Agripina, existen cavernas de las cuales se extraen piedras y arena para la construcción

del Circo del Emperador... ¡Pues bien, óyeme! Recientemente los hebreos, que, como sabes, viven en número considerable en el Trastevere, se entregaron á la persecución de los cristianos con la mayor crueldad. Recordarás que en tiempo de Claudio fueron origen de hechos tan graves, que César se vió obligado á alejarlos á todos de Roma. Pero ellos más tarde regresaron, y hallándose ahora más seguros bajo la protección de Popea, vuelven á molestar á los cristianos con más insistencia. Contra éstos no se ha publicado edicto alguno; pero los hebreos les acusaban ante el prefecto de infanticidas, de adoradores de una cabeza de asno y de propagadores de una doctrina no reconocida por el Senado. Los hebreos maltratan á los cristianos en tal forma y amenazan de tal modo sus reuniones, que éstos se ven obligados á esconderse.

– ¿Y qué quieres decir con esto?, le preguntó Vinicio impaciente.

– Quiero decir que en el Trastevere están abiertas las sinagogas, mientras los cristianos, á fin de escapar á las persecuciones, se reunen para orar en secreto en los desmantelados barracones ó en las cuevas de arena. Los cristianos del Trastevere han escogido para este objeto las cavernas próximas al Circo en construcción. Ahora que la ciudad se derrumba, los secuaces de Cristo están entregados á sus oraciones; sin duda encontraremos buen número de ellos en aquellas cavernas, por lo cual te aconsejaría que dirigiéramos allí nuestros pasos.

– Pero... ¿no decías que Lino se hallaba en el Ostriano?, gritó Vinicio nerviosamente.

– Me has prometido una casa con una viña, respondió Quilón; por esto trato de que no me falle la esperanza de encontrar á tu Licia. Es posible que, al estallar el incendio, se hayan apresurado á regresar al Trastevere. Es probable que hayan dado vueltas alrededor de la ciudad, como hacemos ahora nosotros. Lino posee una casa, y tal vez haya querido ver si también aquella parte de la ciudad ha sido presa de las llamas. Si así fuese, juro por todos los dioses que habíamos de encontrarlos en la caverna. En la peor de las suposiciones, tendríamos por lo menos noticias suyas.

– Tienes razón; ve delante.

Quilón volvió en seguida á la izquierda, hacia la colina. Durante unos minutos el declive ocultó á sus ojos la inmensa hoguera, por lo cual ambos caminaban en la obscuridad, mientras las alturas próximas estaban intensamente iluminadas. Cuando hubieron pasado el Circo, Quilón dió vuelta otra vez hacia la izquierda y ambos se encontraron en una especie de antro completamente obscuro; pero entre aquellas profundas tinieblas resaltaban numerosas lucecitas.

– ¡Aquí están!, dijo Quilón. Hay muchos más que otras veces, porque los demás sitios de oración están ardiendo ó llenos de humo.

– Es verdad; oigo sus cantos, respondió Vinicio.

En efecto, se oían llegar hasta la entrada del obscuro antro voces humanas en cadencias monótonas. Una lucecita se apagaba después de otra. Nuevas figuras comparecían de continuo desde los antros laterales, de modo que Vinicio y Quilón se encontraron muy pronto en medio de un grupo de personas.

Quilón saltó de su asno, y haciendo señas á un muchacho que vió cerca de él, le dijo:

– Yo soy sacerdote cristiano, más aún, soy obispo. Cuida de nuestros animales y obtendrás mi bendición.

Sin aguardar respuesta, dejó las riendas al muchacho y siguió con Vinicio á la turba que les precedía.

Llegaron pronto á la cueva, más espaciosa á medida que se iban internando y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuyas paredes demostraban que se habían arrancado enormes peñas de las cuales quedaban aún impresas las huellas.

Aquí la obscuridad no era tan profunda como á la entrada, porque, además de los cirios y linternas, ardían también algunas hachas, á cuya luz vió Vinicio una multitud de devotos arrodillados, con los brazos en alto. Pero entre aquellos rostros de aspecto solemne no descubrió los de Licia, de Lino y de Pedro. En algunos se pintaba el terror, en otros la esperanza. En sus ojos, levantados al cielo, se reflejaba el resplandor de las luces; el sudor bañaba sus pálidas frentes. Algunos cantaban sus himnos, otros invocaban febrilmente el nombre de Jesús, muchos se daban golpes en el pecho. Era evidente que esperaban de un momento á otro una manifestación terrible de la cólera divina.

Cesaron los himnos, y en una especie de nicho, formado seguramente al arrancar una enorme piedra, apareció la pálida figura de Crispo, de aspecto inexorable, fanático, airado. Todas las miradas se volvieron á él inmediatamente, como en busca de consuelo y esperanza. Bendijo á la comunidad y comenzó á hablar con voz fuerte y casi estridente:

– ¡Fuerza es que os arrepintáis de vuestros pecados, porque ha llegado la hora suprema! ¡Mirad! El Señor envió el fuego destructor sobre esta nueva Babilonia, la ciudad de la corrupción y de los delitos. ¡Ha sonado la hora de la justicia, de la cólera y de la venganza! El Señor ha prometido venir y le veréis dentro de poco. Pero Él no vendrá á vosotros como un cordero pronto á dar su sangre para redimiros de vuestras culpas, sino como un juez inexorable que, en su justicia, castigará á los pecadores y á los incrédulos. ¡Ay de vosotros! ¡Ay de los pecadores! No esperéis gracia alguna. ¡Yo te veo, Cristo! Las estrellas caen sobre la tierra como la lluvia, el sol se ha obscurecido, se abren los abismos, los muertos abandonan sus sepulturas; pero apareces Tú, anunciado por el sonido de las trompas, en medio de una legión de ángeles, entre rayos y truenos. ¡Yo te veo, te oigo, oh Cristo!

Calló y puso los ojos en alto, como mirando una lejana y terrible aparición. Un rumor profundo resonó en aquel instante en el subterráneo, y se sucedieron otros durante algunos minutos. En la ciudad incendiada, calles enteras se derrumbaban y crujían; pero aquel espantoso ruido era para los cristianos atemorizados un evidente anuncio de la hora fatal. Entre ellos se había difundido la creencia en otra venida de Cristo y en el fin del mundo, y especialmente desde que había estallado el incendio. Todos se vieron invadidos por el terror. Se oían muchas voces que gritaban: «¡El día del juicio! ¡Helo aquí, ha llegado!» Unos escondían los rostros entre las manos, aguardando ver cómo la tierra se precipitaba en los abismos sin fondo y los monstruos del averno sobre los pecadores; otros exclamaban: «¡Cristo, ten piedad de nosotros! ¡Piedad, Redentor nuestro!» Muchos confesaban en voz alta sus pecados, y no faltaban algunos que se echaban mutuamente los brazos al cuello para estar juntos en el momento terrible.

Pero entre estos semblantes aterrados, Vinicio observó en otros una expresión de éxtasis, los vió iluminados por una sonrisa que nada tenía de terrena. En éstos no se descubría huella alguna de temor. De un rincón obscuro partían voces ansiosas, trémulas, de lenguajes desconocidos. Una de ellas gritaba: «¡Despertad, vosotros los que dormís!» Pero sobre todas dominaba la voz de Crispo:

– ¡Atención!, ¡atención!

A veces seguía á todo esto un profundo silencio, como si nadie se atreviese á respirar, esperando todo cuanto de horrible había de ocurrir. Después, como se dejaba oir otra vez aquel rumor profundo de las casas que se derrumbaban, nuevas exclamaciones y nuevos sollozos resonaban en la bóveda obscura: «¡Renunciad á

todo bien terreno, porque dentro de poco la tierra se hundirá bajo vuestros pies! ¡Renunciad á los amores mundanos, porque Dios maldecirá á quien ama á la mujer y al hijo más que á Él! ¡Ay de quien ama á las criaturas más que al Creador! ¡Ay de los ricos! ¡Ay de los vanidosos! ¡Ay de los deshonestos! ¡Ay del marido, de la mujer y del hijo!..»

De improviso se oyó un fragor espantoso. Todos cayeron en tierra con los brazos en cruz, como para protegerse con aquella señal contra los espíritus malignos. Siguió un silencio sepulcral, interrumpido de cuando en cuando por el nombre de Jesús, ansiosamente pronunciado, y por el llanto de algún niño.

Y en aquel momento, sobre toda aquella turba de devotos postrados en el suelo, resonaron las palabras: «¡La paz sea con vosotros!»

Quien hablaba era el apóstol Pedro, que acababa de entrar en aquella caverna. Al oir su voz, la angustia abandonó el espíritu de los devotos, como se disipa el miedo en la grey cuando se acerca el pastor. Todos se levantaron; los más próximos rodearon al apóstol y se abrazaron á sus rodillas en busca de protección. Extendió sobre ellos las manos y dijo:

– ¿Por qué tembláis? ¿Quién de vosotros puede saber lo que sucederá antes de que llegue la hora del juicio? El Señor castigó con el fuego á Babilonia, pero su gracia descansa sobre aquellos á quienes el bautismo ha purificado. Y vosotros, cuyos pecados se lavaron con la sangre del Cordero, moriréis con su nombre en los labios. ¡La paz sea con vosotros!

Después de las severas palabras de Crispo, el discurso del apóstol hizo á todos el efecto de un bálsamo. Ya no fué el temor de Dios, sino un amor infinito por Él, el sentimiento que invadió sus almas. Volvían á encontrar á aquel Cristo que habían aprendido á amar por los sermones del apóstol, no un juez implacable, sino un Cordero manso, suave, cuya misericordia supera mil veces á la perversidad humana. Todos los corazones se abrían á la esperanza y todos miraban agradecidos á Pedro. De todas partes oíase exclamar: «¡Somos tu grey; guíanos!» Algunos devotos que se hallaban más cerca le suplicaban que no les abandonase en la hora del peligro.

Vinicio cogió el manto del apóstol, se arrodilló ante él y dijo:

– ¡Sálvame, Señor! La he buscado entre las llamas, entre el humo y entre la multitud y no he logrado encontrarla. Pero confío en que tú solo puedes devolvérmela.

Pedro puso la mano sobre la cabeza del tribuno, diciéndole:

– ¡Ten confianza en mí y sígueme!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLVI

La ciudad seguía ardiendo. El Circo Máximo ya no era más que una ruina, y las calles que había invadido el fuego quedaron completamente arrasadas. A cada derrumbamiento de casas seguía una columna de humo que se elevaba hacia el firmamento durante algunos minutos. El viento, cambiando de dirección, soplaba con fuerza por el lado del mar, y llevaba al Celio, al Esquilino y al Viminal torrentes de fuego, carbones encendidos y cenizas ardientes. Se intentaba todo género de socorros. Por orden de Tigelino, que hacía tres días que había salido de Anzio, fueron derribadas las casas del Esquilino para aislar en lo posible el elemento devorador, y esto para conservar al menos algún resto de la ciudad, pues nadie se hubiera atrevido á salvar lo que ya estaba ardiendo. Era necesario también prevenir las ulteriores consecuencias de tal desastre. Se habían perdido en Roma incalculables riquezas, y todos los ciudadanos habían presenciado el robo de sus mobiliarios y menesteres; número infinito de pobres merodeaba alrededor de los muros, en estado de escuálida miseria. En el segundo día, el hambre había empezado á torturar á mucha parte del pueblo, pues habían sido destruídos todos los almacenes de comestibles y en el desbarajuste general nadie había pensado en hacer nuevas provisiones. Sólo después de la llegada de Tigelino se enviaron á Ostia órdenes relativas á este punto, pero durante los días que transcurrieron desde entonces, la población había tomado una actitud poco tranquilizadora.

La casa en el *Acqua Appia,* donde habitaba Tigelino, estaba continuamente rodeada de gran número de mujeres del pueblo que de la mañana á la noche no cesaban de gritar: «¡Pan y refugio!» Muchos pretorianos acudieron desde el campamento que habían establecido entre la Vía Salaria y la Nomentana, sin lograr mantener el orden, y hasta en algunos puntos encontraron enérgica resistencia por parte del populacho armado. En otros, la multitud inerme, señalando la ciudad incendiada, les gritaba: «¡Asesinadnos también ante ese fuego!» Se ultrajaba á César, á los cortesanos, á los pretorianos; la excitación iba en aumento, así es que Tigelino, mirando durante la noche los mil fuegos que circundaban la ciudad, comprendió que la situación no sería peor si se hubiese tratado de los fuegos de un campamento enemigo. Por lo demás, siguiendo sus órdenes, se trajo, no sólo de Ostia, sino de todos los demás lugares vecinos, una cantidad más que suficiente de harina y de pan. Cuando, de noche aún, llegó el primer cargamento al Emporio, el pueblo derribó la puerta principal que conducía al Aventino y en un momento se apoderó de todas las provisiones, ocasionando un enorme tumulto. A la luz del incendio se luchaba cuerpo á cuerpo por un pan y muchos fueron víctimas de esta lucha. La harina vaciada de los sacos cubría, como una nevada, todo el camino del Emporio hasta los arcos de Druso y de Germánico. La revuelta duró hasta que los soldados lograron ocupar el edificio, y desde allí lanzaron flechas y piedras sobre la multitud para

dispersarla. Desde la invasión de los galos capitaneados por Breno, Roma no había vuelto á pasar por momentos tan dolorosos. El pueblo comparaba estos dos incendios inolvidables: en tiempo de Breno, el Capitolio quedó en pie, tal como estaba; ahora, en cambio, el fuego lo amenazaba con tremenda furia. El mármol no podía quemarse; pero durante la noche, cuando el viento empujaba las llamas hacia un lado, las columnatas del templo de Júpiter aparecían á la vista como tizones abrasados. Además, en aquellos tiempos Roma contaba con una población disciplinada, respetuosa con las leyes, con la ciudad y con los altares, mientras ahora, en torno á sus muros, se agitaba una muchedumbre turbulenta, compuesta de razas nómadas, extranjeras, de esclavos y libertos desenfrenados y dispuestos á rebelarse contra las autoridades y contra los mismos ciudadanos. Sólo las proporciones cada vez más alarmantes del incendio, ante las cuales todos los ánimos se sentían oprimidos, contenían algo aquellas turbas. Una vez apagado el fuego, no quedaría otra perspectiva que el hambre y las enfermedades, y para que la desventura fuese completa ocurría el desastre á principios de julio, el mes más caluroso del año. El fuego y el sol hacían irrespirable el aire. La misma noche no proporcionaba ningún alivio, antes bien ofrecía á los ojos de la imaginación una idea perfecta del averno. La luz del día mostraba con espantosa claridad uno de los más tristes y tremendos espectáculos. El centro de la gigantesca ciudad, un tanto elevado, parecía un volcán en erupción, á cuyo alrededor se veía una cantidad infinita de tiendas, chozas, carros, mercancías, utensilios, todo cubierto de polvo y de humo, iluminado por los rayos del sol, á veces enrojecido por los reflejos del fuego. Y aquí suspiros, gritos, imprecaciones, amenazas, estallidos de odio y de terror y enorme turba de hombres, mujeres y niños. Entre los Quírites se veían griegos, nórdicos de ojos azules, africanos y asiáticos; entre los ciudadanos, esclavos, libertos, gladiadores, mercaderes, operarios, siervos y soldados, un verdadero mar humano que rodeaba aquella isla incendiada.

Los soldados, con el auxilio de un considerable número de ciudadanos, continuaban derribando las casas del Esquilino, del Celio y del Trastevere, gracias á lo cual gran parte de aquellos barrios pudo ser defendida contra el fuego.

Pero en el centro de la ciudad quedaron destruídos, de modo irreparable, tesoros acumulados durante muchos siglos de conquista, infinitas obras de arte de inestimable valor, templos magníficos y los más preciosos recuerdos de la antigua Roma, de Roma gloriosa. Se preveía que sólo escasos barrios de intramuros podrían salvarse y la población acabaría por quedarse sin techo. Algunos hicieron correr la voz de que los soldados destruían las casas, no para aislar el fuego, sino para destruir por completo la ciudad.

Tigelino enviaba continuamente mensajeros á César, suplicándole que regresara á Roma para ver si con su presencia se conseguía calmar á la población desesperada. Pero Nerón no quiso moverse hasta que el fuego llegó á la *Domus transitoria,* y entonces se apresuró para no perder el momento en que el incendio había de alcanzar su punto máximo. El fuego habíase propagado hasta la Vía Nomentana, pero el viento lo empujaba á uno y otro lado; corrióse poco después á la Vía Lata y al Tíber, y embistiendo de nuevo el Capitolio, se extendió á lo largo del *Forum Boarium,* destruyendo todo cuanto había respetado hasta entonces y dirigiéndose por segunda vez al Palatino.

Tigelino reunió á los pretorianos y envió otros mensajeros á César, rogándole que no perdiese la ocasión de contemplar la grandiosidad de aquel espectáculo, puesto que el incendio seguía tomando incremento.

Pero Nerón, ya en camino hacia Roma, deseaba llegar de noche para gozar mejor de semejante vista. Descansó en *Acqua Albana,* y haciendo llamar á su tienda

al trágico Alituro, le pidió consejos para adoptar la actitud que más convenía en aquellas circunstancias, las mejores miradas, la más acertada expresión y los gestos más apropiados, y discutiendo vivamente para acordar si en la frase: «¡Oh santa ciudad, que todos hubieran creído más resistente que el Ida!,» era mejor levantar ambas manos ó bien una sola para sostener con la otra su cítara. Daba gran importancia á este detalle. A la caída de la tarde se puso en movimiento y recurrió entonces á Petronio para preguntarle si era del caso añadir á los versos en que describía la catástrofe algunas enérgicas imprecaciones á los dioses, pareciéndole que desde el punto de vista del arte era natural que semejantes palabras se escapasen de los labios de quien, como él, veía arder su ciudad natal. A media noche se aproximó á los muros de Roma con toda su numerosa corte, una verdadera legión de nobles, senadores, patricios, de libertos, esclavos, mujeres y niños. Diez y seis mil pretorianos dispuestos á lo largo de la carrera en orden de batalla velaban por la seguridad del cortejo, conteniendo al pueblo á respetuosa distancia. La plebe gritaba, amenazaba y silbaba mientras avanzaba la corte, sin atreverse, no obstante, á pasar á vías de hecho. Muchos, en cambio, aplaudían á cada minuto, porque, no poseyendo nada, nada tenían que perder en aquel desastre, y esperaban una abundante distribución de pan, de aceitunas, de vestidos y de dinero. Pero los gritos, los silbidos, las imprecaciones y los aplausos, todo rumor quedó ahogado por el vibrante sonido de las trompas y cornetas que Tigelino había preparado para el caso. Llegados á la puerta de Ostia, Nerón se detuvo y dijo:

– ¡Oh dominador sin techo de un pueblo también sin techo! ¿Dónde posaré mi pobre cabeza durante la noche?

Después de haber pasado por el *Clivus Delphini*, subió sobre el acueducto Apio, con pasos dignos de las circunstancias. Seguían los cortesanos, un coro de cantores con cítaras, laúdes y otros instrumentos musicales. Todos contuvieron la respiración, previendo que iba á pronunciar algo solemne, á lo que debían todos prestar atención, si estimaban en algo su vida. Pero él permanecía inmóvil y mudo, envuelto en su manto de púrpura, ceñida la cabeza con una corona de laurel dorado, absorto en la contemplación del terrible incendio. Cuando Terpno le llevó su cítara de oro, levantó los ojos al cielo iluminado por el fuego, como inspirándose.

Desde lejos el pueblo le miraba, envuelto en un resplandor sanguíneo. Se veía á alguna distancia el chisporroteo de las llamas. En aquel momento ardían los más antiguos é imponentes edificios sagrados, como eran el templo de Hércules, construído por Evandro; el templo de Júpiter Estator; el templo á la Luna, erigido por Servio Tulo; la casa de Numa Pompilio, y el santuario de Vesta con los Penates del pueblo romano: entre el ondear de las llamas se presentaba y desaparecía á la vista el Capitolio. ¡Todo lo más antiguo y más artístico que había en Roma estaba ardiendo! Y él, su césar, estaba con la cítara en la mano contemplando la ruina en una postura artificiosa, teatral, no deplorando la terrible desgracia, sino estudiando sólo los términos de más efecto para describirla en toda su espantosa grandiosidad y con esto despertar la general admiración y alcanzar los más frenéticos aplausos. Despreciaba á Roma y á sus habitantes; sólo amaba sus cantos y sus poéticas creaciones; su corazón gozaba por haber encontrado finalmente una tragedia igual á la que estaba escribiendo. El poeta era feliz, el artista dramático se sentía excitado, el buscador de escenas emocionantes parecía extasiado á la vista de aquel terrible espectáculo por él tan deseado, y su entusiasmo llegaba al punto de creer que el incendio de Troya no había sido más que un ensayo, comparado con la destrucción de aquella inmensa ciudad.

¿Qué más podía desear? Roma, la gran dominadora del mundo, estaba próxima

á su fin, mientras él, desde el arco del acueducto, con la cítara de oro en la mano, bello, admirado, célebre, iluminado por la luz purpúrea, contemplaba los últimos chispazos. Debajo, en la obscuridad, murmuraba y se agitaba el pueblo. ¿Y qué le importaba? Pasarían generaciones y generaciones, seguirían los siglos á los siglos, pero la humanidad recordaría siempre al gran poeta que aquella noche había cantado la caída y el incendio de Roma! ¿Qué era Homero á su lado? ¿Qué Apolo con su laúd? Alzó la mano, y pulsando las cuerdas, pronunció las palabras de Príamo: «¡Nido de mis padres, cuna querida!» Al aire libre, en medio del centelleo del incendio y del lejano murmullo de la muchedumbre, su voz sonaba débil é insegura y las notas del instrumento que le acompañaba parecían zumbidos de insectos. Los senadores y patricios, reunidos sobre el acueducto, inclinada la cabeza, le escuchaban fingiendo una actitud de verdadero arrobamiento. Nerón cantó largo rato y sus palabras eran cada vez más tristes y sombrías. Cuando se paraba un instante para tomar aliento, el coro de cantores repetía su último verso; después, despojándose de la trágica *syrma* (1), con un gesto aprendido de Alituro, tocaba el laúd y proseguía su canto. Cuando acabó de recitar los versos de su poema, improvisó otras composiciones cortas, buscando imágenes y figuras retóricas dignas del espectáculo grandioso que se ofrecía á sus ojos. Se le alteró el semblante, pero no como si estuviese conmovido ante las ruinas de su ciudad, sino por el sonido de sus palabras, y los ojos se le inundaron de lágrimas. Dejó caer la cítara ruidosamente, se envolvió en la *syrma* y quedó como petrificado, parecido á una de aquellas estatuas de Niobe que adornaban los patios del Palatino.

Un estallido de entusiastas aplausos interrumpió el silencio, y pareció que desde lejos respondían los aullidos de la muchedumbre.

Nadie dudaba de que había sido César quien había ordenado el incendio de la ciudad para proporcionarse una diversión y componer un nuevo canto. Cuando Nerón oyó aquellos gritos salvajes, se volvió á los cortesanos con la sonrisa de resignación de quien sufre á causa de un juicio injusto.

– ¡Ved, dijo, cómo aprecian mis poesías los Quírites!

– ¡Bribones!, respondió Vatinio. Ordena á los pretorianos que los exterminen.

Nerón se volvió á Tigelino:

– ¿Puedo contar con la adhesión de los soldados?

– ¡Sí, divino!, respondió el prefecto.

Petronio se encogió de hombros y objetó:

– Con su adhesión, sí, pero no con su número. Permanece por ahora donde estás, porque te hallas en sitio seguro, hasta que el pueblo se haya calmado.

Séneca y el cónsul Licinio fueron del mismo parecer.

La excitación aumentaba. El pueblo se armaba de piedras, de palos, de hierros y formaba barricadas. Los jefes de los pretorianos fueron á declarar que las cohortes, empujadas por la multitud, mantenían sus líneas con gran trabajo, y preguntaban qué habían de hacer, pues no tenían orden á este respecto.

– ¡Oh dioses!, gritó Nerón. ¡Qué noche! Por un lado el fuego, por otro un torrente de gente enfurecida!

Y aquí se complació en buscar las más apropiadas expresiones para describir lo más brillantemente posible todo el peligro de aquella hora funesta; pero viendo en torno á sí miradas inquietas y rostros pálidos y turbados, también empezó á temer.

– ¡Dadme mi manto obscuro con el capuz!, dijo. ¿Creéis, pues, que habremos de sostener una lucha?

---

(1) *Syrma* era una especie de manto largo usado por los trágicos.

– Señor, respondió Tigelino con voz trémula, hice todo cuanto pude para evitarla; pero ahora el peligro existe. ¡Habla al pueblo, señor, y hazle promesas!

– ¿Debe el mismo César hablar al pueblo? ¡Hágalo otro en mi nombre! ¿Quién asume el encargo?

– ¡Yo!, respondió Petronio con la mayor calma.

– Ve, amigo mío; tú siempre has sido el más fiel entre los míos, en los momentos de peligro. ¡Ve y promete con largueza!

Petronio se volvió con indolencia hacia los del acompañamiento, y dijo:

– Los senadores presentes, y además Pisón, Nerva y Senecio, ¡que me sigan!

Descendió lentamente del acueducto, seguido de los demás, que vacilaron un momento, pero al mismo tiempo se sintieron animados por aquella confianza que les infundía la tranquilidad de Petronio. Al pie de los arcos montó un caballo blanco, y precediendo á sus compañeros, á través de las filas de los pretorianos, se dirigió hacia la obscura masa tumultuosa; no llevaba consigo arma alguna: sólo tenía en la mano, según costumbre, el bastoncito de marfil. Apenas llegó cerca de la multitud, procuró en seguida penetrar en aquella selva humana. Los reflejos del fuego le permitían ver á los hombres con las manos en alto y provistos de toda clase de armas, los ojos centelleantes, los rostros bañados en sudor, la boca espumosa por el incesante vocear. Una muchedumbre furiosa, excitada, lo rodeó inmediatamente, como á sus compañeros; á su alrededor veía un mar de cabezas, un moverse, un agitarse, un ondear sin fin.

Los gritos se convirtieron pronto en verdaderos, horrendos rugidos. Sobre la cabeza de Petronio oscilaban palos, hierros y hasta espadas, manos que se extendían hacia él para coger las riendas del caballo y apoderarse de él; pero avanzaba con calma, indiferente y con algo de desprecio en el rostro. A veces recurría á su bastoncito para llamar al orden á los más excitados, y lo hacía con la fría despreocupación del que quiere abrirse paso entre una muchedumbre tranquila. Tanta calmá y tanta seguridad no podían menos de transformar en visible asombro toda la indignación que hasta entonces se había manifestado. Apenas el pueblo le reconoció, innumerables voces empezaron á aclamarle.

– ¡Petronio! *Arbiter elegantiarum!* ¡Petronio!, se oía gritar de todas partes.

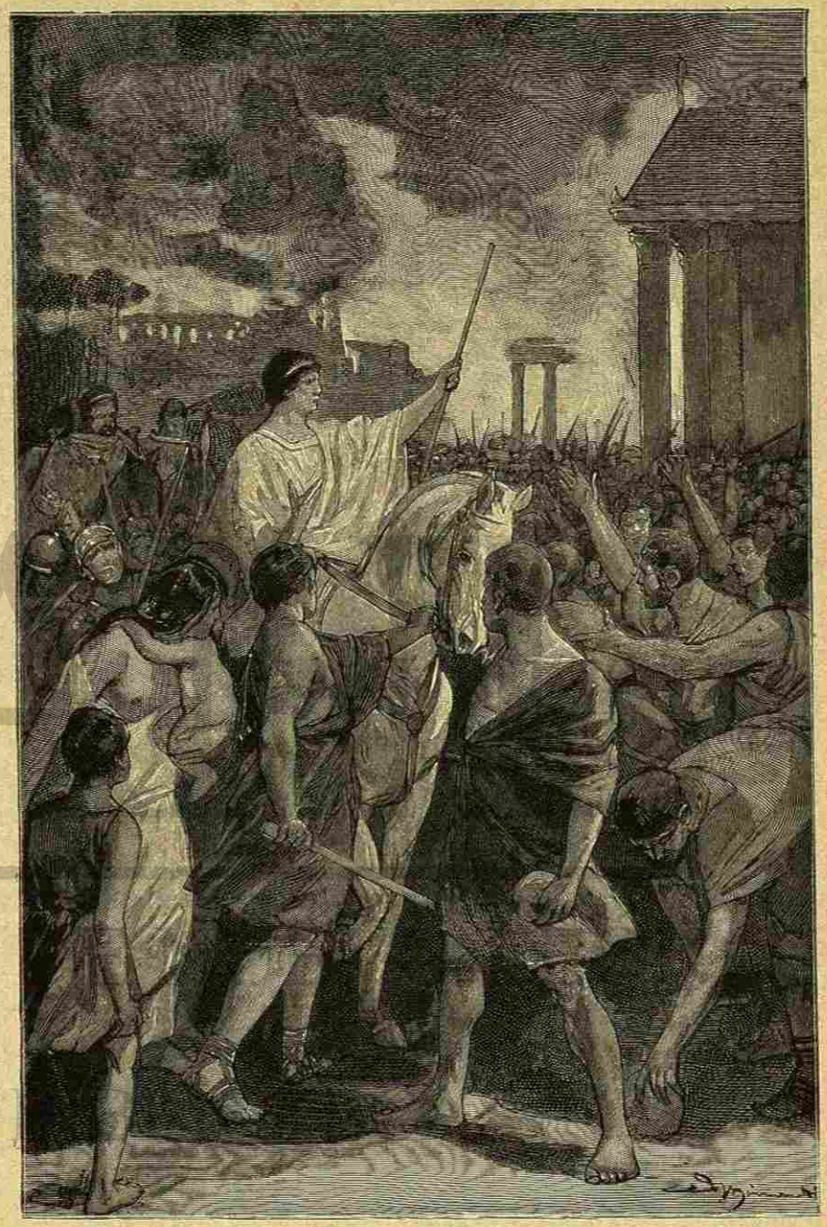
A medida que se repetía este nombre, los rostros dulcificaban su expresión y se mitigaba el furor salvaje del pueblo, porque aquel refinado patricio, sin buscarlo siquiera, se había ganado el favor popular. Era tenido en opinión de humano y generoso, y su popularidad se había aumentado después del hecho de Pedanio Segundo, en el cual se había pronunciado contra la cruel sentencia que condenaba á muerte á todos los esclavos del prefecto. Desde entonces todos los esclavos de Roma sentían por él una especie de adoración y gratitud como la que inspiran á los infelices y oprimidos los que les demuestran compasión y benevolencia. A esto se añadía en aquel momento la curiosidad por saber lo que diría el mensajero de César, pues nadie dudaba de que Petronio había sido enviado allí por el mismo Nerón.

Cogió su toga blanca orlada de oro y la agitó en el aire, como indicio de que iba á hablar.

– ¡Silencio! ¡Silencio!, exclamó el pueblo desde todas partes.

Al poco tiempo reinó el silencio más profundo, y entonces Petronio, alzándose sobre su caballo, con voz firme y enérgica habló en estos términos:

– ¡Ciudadanos! Oíd mis palabras, que ruego á los más próximos transmitan á los más lejanos, exhortándoos al mismo tiempo á que os portéis como hombres y no como fieras rabiosas.



Una muchedumbre furiosa, excitada, lo rodeó inmediatamente

– ¡Obedeceremos, obedeceremos!

– ¡Escuchadme, pues! La ciudad será totalmente reedificada, se abrirán al público los jardines de Lúculo, de Mecenas, de César y de Agripina. Mañana se empezará una abundante distribución de grano, de aceitunas y de vino, en tales proporciones que cada uno de vosotros tendrá de sobra. El emperador dará espectáculos como no se han visto hasta ahora, durante los cuales se prepararán para vosotros banquetes y reparto de regalos. Después del incendio os encontraréis más ricos de lo que fuisteis antes.

Un murmullo de aprobación acogió tales palabras y se difundió desde el centro en todas direcciones, como los círculos concéntricos que se forman en el agua al caer en ella una piedra. Los que estaban más cerca repitieron á los más apartados el breve discurso, y así sucesivamente. Se oyeron gritos de cólera y aplausos, y por último una exclamación unánime: *Panem et circenses!* (Pan y espectáculos.)

Petronio se envolvió de nuevo en la toga y escuchó inmóvil, semejante á una estatua de mármol. La gritería aumentaba, superando en fuerza al continuo crujir y silbar del viento y de las llamas, llegando hasta él desde los puntos más lejanos. Era evidente que tenía aún que decir algo al pueblo, pues éste no se movía. Por fin, logrado otra vez el silencio, dijo:

– Os he prometido pan y espectáculos; pero debéis ahora aplaudir á César, que os nutre, os viste y os proporciona diversiones; y luego, amado pueblo mío, debéis retiraros todos á descansar, pues ya se acerca el nuevo día.

Dicho esto, hizo dar media vuelta al caballo, y abriéndose paso otra vez con su bastoncito, cruzó lentamente á través de las filas de los pretorianos, llegando en poco tiempo al acueducto. Cuando subió, los encontró á todos poseídos del terror, no se había entendido el grito de *panem et circenses* y se temía una nueva explosión del furor popular. Nerón y su séquito habían perdido la esperanza de volver á ver á Petronio sano y salvo; así, pues, cuando César advirtió que llegaba, se apresuró á salir á su encuentro, y con el rostro pálido de espanto, le preguntó:

– Pero ¿qué hay de nuevo? ¿Tendremos guerra?

Petronio lanzó un suspiro de alivio y dijo:

– ¡Por Pólux! ¡Cómo sudan! ¡Y qué mal olor despiden! ¡Dadme un poco de perfume, de lo contrario voy á perder el sentido!

Después se dirigió á Nerón:

– Les prometí aceitunas, grano, vino, la apertura de los jardines y juegos. Te adoran otra vez y aúllan en tu honor. ¡Dioses, dioses, cómo apesta esa plebe!

– Yo tenía prontos á los pretorianos, exclamó Tigelino, y si no se hubiesen calmado con tus palabras, hubieran acabado por callar para siempre. ¡Lástima, César, que no me hayas permitido usar la fuerza!

Petronio le miró, se encogió de hombros y dijo:

– ¡La felicidad no es un nombre vano! Quizá mañana mismo puedas realizar tus deseos.

– ¡No, no!, exclamó César. Ordenaré la apertura de los jardines y la distribución del grano. ¡Te lo agradezco, Petronio!.. Daré espectáculos y cantaré en público mi himno de este día.

Puso una mano sobre el hombro de Petronio, y le preguntó de pronto:

– Dime sinceramente, ¿qué te parecí durante mi canto?

– ¡Me pareciste digno de esta tremenda escena, y la escena digna de ti!, respondió Petronio.

– Mirémosla una vez más, añadió Nerón contemplando el incendio, y digamos ¡adiós! á la antigua Roma.

XLVII

Las palabras del apóstol inspiraban alguna confianza á los cristianos, los cuales consideraban el fin del mundo como muy próximo, pero no inminente, y esperaban vivir lo bastante para asistir al fin del reinado de Nerón, que era á sus ojos el reinado de Satanás, y á la expiación de todos sus horrendos pecados. Algo más consolados se separaron y salieron en busca de sus habitaciones, la mayor parte de ellas provisionales. Algunos llegaron hasta el Trastevere, porque habían oído decir que, á consecuencia de haber cambiado la dirección del viento, el fuego avanzaba de nuevo hacia el río.

También el apóstol dejó el subterráneo, seguido de Vinicio y de Quilón. El joven tribuno no se atrevía á distraer á Pedro durante sus oraciones, y por esto iba detrás de él silencioso, implorando piedad con la mirada y temblando de ansia. Muchos se acercaban al apóstol para besarle los pies ó la punta del manto; las madres le presentaban sus criaturas; algunos se arrodillaban á su paso y le pedían la bendición; otros, marchando á su lado, cantaban sagrados himnos, de modo que Vinicio no podía hacerle pregunta alguna.

Cuando llegaron á las calles más anchas, desde donde se veía el incendio, Pedro bendijo por tres veces á los que le acompañaban, y luego, dirigiéndose á Vinicio, le dijo cariñosamente:

– No temas, estamos cerca de la cabaña del cantero; allí encontraremos á Lino, á Licia y á su siervo fiel; Cristo, que la ha destinado para ti, la custodia.

Vinicio vaciló y apoyó la cabeza contra el muro. La precipitada carrera desde Anzio, los episodios fuera de las murallas de la ciudad, la ansiosa busca de Licia en medio de las casas incendiadas, la privación del sueño y su tremenda angustia le habían extenuado. La noticia de que su amada vivía y no lejos de allí, y que volvería á verla pronto, le quitó las pocas fuerzas que le quedaban. Cayendo á los pies del apóstol, le abrazó las rodillas y permaneció largo rato en esta postura, sin poder proferir una sílaba.

– ¡No á mí, sino á Cristo debes mostrar tu gratitud!, le dijo Pedro, tratando de sustraerse á las pruebas de reconocimiento de Vinicio.

– ¡Qué Dios tan bueno!.., exclamó Quilón; pero ¿qué debo hacer entretanto con aquellos dos asnos que nos esperan?

– Levántate y ven conmigo, ordenó Pedro al tribuno.

Vinicio se puso en pie. Silenciosas lágrimas corrían por sus mejillas, y sus labios se movían como murmurando una oración.

– ¡Vamos!, respondió.

Pero Quilón volvió á preguntar:

– ¿Y qué hago con aquellos dos animales que nos esperan? ¿Quizás preferiría montar uno el digno profeta mejor que caminar?..

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– ¡Obedeceremos, obedeceremos!

– ¡Escuchadme, pues! La ciudad será totalmente reedificada, se abrirán al público los jardines de Lúculo, de Mecenas, de César y de Agripina. Mañana se empezará una abundante distribución de grano, de aceitunas y de vino, en tales proporciones que cada uno de vosotros tendrá de sobra. El emperador dará espectáculos como no se han visto hasta ahora, durante los cuales se prepararán para vosotros banquetes y reparto de regalos. Después del incendio os encontraréis más ricos de lo que fuisteis antes.

Un murmullo de aprobación acogió tales palabras y se difundió desde el centro en todas direcciones, como los círculos concéntricos que se forman en el agua al caer en ella una piedra. Los que estaban más cerca repitieron á los más apartados el breve discurso, y así sucesivamente. Se oyeron gritos de cólera y aplausos, y por último una exclamación unánime: *Panem et circenses!* (Pan y espectáculos.)

Petronio se envolvió de nuevo en la toga y escuchó inmóvil, semejante á una estatua de mármol. La gritería aumentaba, superando en fuerza al continuo crujir y silbar del viento y de las llamas, llegando hasta él desde los puntos más lejanos. Era evidente que tenía aún que decir algo al pueblo, pues éste no se movía. Por fin, logrado otra vez el silencio, dijo:

– Os he prometido pan y espectáculos; pero debéis ahora aplaudir á César, que os nutre, os viste y os proporciona diversiones; y luego, amado pueblo mío, debéis retiraros todos á descansar, pues ya se acerca el nuevo día.

Dicho esto, hizo dar media vuelta al caballo, y abriéndose paso otra vez con su bastoncito, cruzó lentamente á través de las filas de los pretorianos, llegando en poco tiempo al acueducto. Cuando subió, los encontró á todos poseídos del terror, no se había entendido el grito de *panem et circenses* y se temía una nueva explosión del furor popular. Nerón y su séquito habían perdido la esperanza de volver á ver á Petronio sano y salvo; así, pues, cuando César advirtió que llegaba, se apresuró á salir á su encuentro, y con el rostro pálido de espanto, le preguntó:

– Pero ¿qué hay de nuevo? ¿Tendremos guerra?

Petronio lanzó un suspiro de alivio y dijo:

– ¡Por Pólux! ¡Cómo sudan! ¡Y qué mal olor despiden! ¡Dadme un poco de perfume, de lo contrario voy á perder el sentido!

Después se dirigió á Nerón:

– Les prometí aceitunas, grano, vino, la apertura de los jardines y juegos. Te adoran otra vez y aúllan en tu honor. ¡Dioses, dioses, cómo apesta esa plebe!

– Yo tenía prontos á los pretorianos, exclamó Tigelino, y si no se hubiesen calmado con tus palabras, hubieran acabado por callar para siempre. ¡Lástima, César, que no me hayas permitido usar la fuerza!

Petronio le miró, se encogió de hombros y dijo:

– ¡La felicidad no es un nombre vano! Quizá mañana mismo puedas realizar tus deseos.

– ¡No, no!, exclamó César. Ordenaré la apertura de los jardines y la distribución del grano. ¡Te lo agradezco, Petronio!.. Daré espectáculos y cantaré en público mi himno de este día.

Puso una mano sobre el hombro de Petronio, y le preguntó de pronto:

– Dime sinceramente, ¿qué te parecí durante mi canto?

– ¡Me pareciste digno de esta tremenda escena, y la escena digna de ti!, respondió Petronio.

– Mirémosla una vez más, añadió Nerón contemplando el incendio, y digamos ¡adiós! á la antigua Roma.

XLVII

Las palabras del apóstol inspiraban alguna confianza á los cristianos, los cuales consideraban el fin del mundo como muy próximo, pero no inminente, y esperaban vivir lo bastante para asistir al fin del reinado de Nerón, que era á sus ojos el reinado de Satanás, y á la expiación de todos sus horrendos pecados. Algo más consolados se separaron y salieron en busca de sus habitaciones, la mayor parte de ellas provisionales. Algunos llegaron hasta el Trastevere, porque habían oído decir que, á consecuencia de haber cambiado la dirección del viento, el fuego avanzaba de nuevo hacia el río.

También el apóstol dejó el subterráneo, seguido de Vinicio y de Quilón. El joven tribuno no se atrevía á distraer á Pedro durante sus oraciones, y por esto iba detrás de él silencioso, implorando piedad con la mirada y temblando de ansia. Muchos se acercaban al apóstol para besarle los pies ó la punta del manto; las madres le presentaban sus criaturas; algunos se arrodillaban á su paso y le pedían la bendición; otros, marchando á su lado, cantaban sagrados himnos, de modo que Vinicio no podía hacerle pregunta alguna.

Cuando llegaron á las calles más anchas, desde donde se veía el incendio, Pedro bendijo por tres veces á los que le acompañaban, y luego, dirigiéndose á Vinicio, le dijo cariñosamente:

– No temas, estamos cerca de la cabaña del cantero; allí encontraremos á Lino, á Licia y á su siervo fiel; Cristo, que la ha destinado para ti, la custodia.

Vinicio vaciló y apoyó la cabeza contra el muro. La precipitada carrera desde Anzio, los episodios fuera de las murallas de la ciudad, la ansiosa busca de Licia en medio de las casas incendiadas, la privación del sueño y su tremenda angustia le habían extenuado. La noticia de que su amada vivía y no lejos de allí, y que volvería á verla pronto, le quitó las pocas fuerzas que le quedaban. Cayendo á los pies del apóstol, le abrazó las rodillas y permaneció largo rato en esta postura, sin poder proferir una sílaba.

– ¡No á mí, sino á Cristo debes mostrar tu gratitud!, le dijo Pedro, tratando de sustraerse á las pruebas de reconocimiento de Vinicio.

– ¡Qué Dios tan bueno!.., exclamó Quilón; pero ¿qué debo hacer entretanto con aquellos dos asnos que nos esperan?

– Levántate y ven conmigo, ordenó Pedro al tribuno.

Vinicio se puso en pie. Silenciosas lágrimas corrían por sus mejillas, y sus labios se movían como murmurando una oración.

– ¡Vamos!, respondió.

Pero Quilón volvió á preguntar:

– ¿Y qué hago con aquellos dos animales que nos esperan? ¿Quizás preferiría montar uno el digno profeta mejor que caminar?..

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vinicio no sabía qué responder; pero recordando que la cabaña del cantero estaba cerca, contestó:

– ¡Pues devuélveselos á Macrino!

– Perdóname, señor, si te recuerdo que me has prometido una casa; pero ante el enorme incendio que presenciamos resulta tan pequeña esa oferta, que podría fácilmente olvidarse.

– ¡No! La tendrás.

– ¡Oh, sobrino de Numa Pompilio! Yo no me atrevía á dudarlo; pero ya que tenemos como testigo al excelente profeta, quiero recordarte también que, además de la casa, me prometiste una viña. *Pax vobiscum! Pax vobiscum!*

– ¡La paz sea contigo!, le respondieron Pedro y Vinicio, los cuales volvieron á la derecha, dirigiéndose hacia las colinas.

Por el camino dijo Vinicio:

– Maestro, purifícame con el agua bautismal, para que pueda llamarme verdadero cristiano. Si accedes, estoy pronto. Haré cuanto me ordenes; manifiéstame tu voluntad.

– Ama á tu prójimo como á ti mismo; sólo amándolo así, podrás servir á Cristo.

– Lo sé; en mis primeros años creía en los dioses romanos, aunque no los amaba. En cambio, amo ahora al Dios único y verdadero hasta el punto de dar por Él la vida.

Después, mirando al cielo, dijo extasiado:

– Porque sólo Él es bueno, sólo Él misericordioso! Derrúmbese la ciudad entera y perezca el mundo: yo siempre le adoraré y seguiré sus santas leyes.

– Y Él te bendecirá, y contigo á todos los tuyos.

En esto habían penetrado en otra calle subterránea, á cuyo extremo se veía brillar una luz muy débil. Pedro, señalando, dijo:

– He ahí la cabaña del cantero que nos asiló cuando volvimos del Ostriano con Lino enfermo y Roma quedó envuelta en llamas.

Anduvieron breves instantes y llegaron al sitio señalado. Más que una cabaña parecía aquel asilo una gruta, una excavación en la colina, protegida por una pared de cañas. La entrada estaba cerrada, pero desde una hendedura podía verse el interior. Una voz masculina preguntó desde la ventana:

– ¿Quién hay?

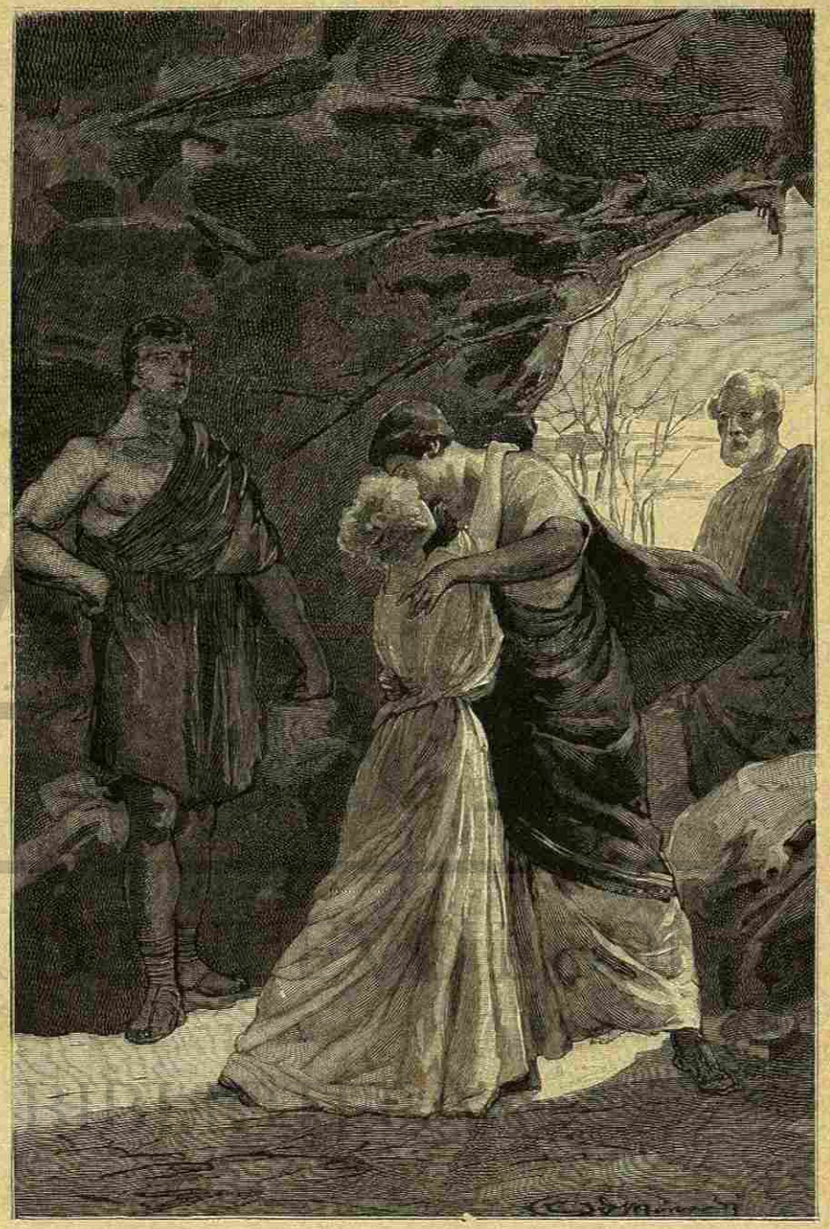
– Siervos de Cristo, respondió Pedro. La paz sea contigo, Ursus.

Ursus se inclinó profundamente ante el anciano. Luego, reconociendo á Vinicio, le cogió una mano y se la besó.

– ¡Oh, señor! ¡Bendito sea el divino Cordero, por la alegría que proporcionarás á Calina!

Entraron todos. Sobre un lecho de paja yacía Lino, seco y pálido. Junto al fuego hallábase sentada Licia, entretenida en sacar peces de una red; creyendo que no había entrado más que Ursus, no se volvió siquiera al oir el rumor de pasos.

Vinicio entonces se acercó, y llamándola por su nombre le tendió los brazos. Ella se levantó radiante de felicidad y se precipitó en brazos de Vinicio, sin pronunciar palabra, como un niño que, después de las dolorosas ansias de una larga separación, vuelve á ver á sus padres amados. Él la abrazó y la atrajo hacia su pecho con verdadero arrobamiento, convencido de que volvía á encontrarla por un milagro. Después cogió dulcemente la graciosa cabeza de la joven, besándole la frente y los ojos, y abrazándola de nuevo, pronunciaba su nombre de continuo y le cubría de ardientes besos las blancas manos; su felicidad no podía ser superada



Y se precipitó en brazos de Vinicio, sin pronunciar palabra

más que por su inmenso amor. Le refirió cómo había huído de Anzio, cómo la había buscado luego desesperadamente y cómo había temblado y sufrido antes de encontrarse con el apóstol.

– Y ahora que he vuelto á encontrarte, no te dejo más tiempo cerca del incendio y del pueblo furibundo. Se matan unos á otros; los esclavos se han rebelado y saquean la ciudad. Sólo Dios sabe lo que aún espera á Roma. Pero yo quiero salvarte y contigo á todos los demás. Amor mío, vámonos todos á Anzio, donde encontraremos algún buque que nos conduzca á Sicilia. Lo mío es también tuyo; tuyas son mis casas. En Sicilia encontraremos á Aulo. Yo mismo quiero entregarte á Pomponia para recibirte luego de sus manos. Ya no debes temerme; Cristo no me ha lavado aún de mis pecados, lo sé; pero pregunta á Pedro si es ó no verdad que yo, viniendo hacia aquí, le he manifestado mi deseo de recibir inmediatamente el bautismo. ¡Créeme, créeme, amor mío!

Licia escuchó con el rostro radiante de satisfacción aquellas palabras. Ya mucho antes, á causa de las persecuciones por parte de los hebreos, y ahora á causa del incendio y de los disturbios consiguientes, los cristianos vivían en incertidumbre y ansia continuas. Por esto el viaje á Sicilia ponía término á todo peligro y les abría una era de paz y de felicidad. Si Vinicio hubiera propuesto que con él partiese sólo Licia, ésta seguramente hubiera resistido á la tentación de seguirle, deseando permanecer al lado de Pedro y de Lino; pero puesto que Vinicio había dicho: «Vámonos todos,» la joven se inclinó, y besándole la mano en señal de agradecimiento, le respondió:

– ¡Donde estás tú, Cayo, estoy yo, Caya!

Y notando en seguida que había usado palabras que la costumbre romana consentía sólo en el acto del matrimonio, se ruborizó profundamente y se volvió hacia el fuego con la cabeza baja, temiendo que Vinicio pensase mal de ella. Pero en el rostro del tribuno se leía únicamente la más ilimitada adoración. Volviéndose á Pedro, continuó:

– Roma arde por orden de Nerón. Cuando estábamos en Anzio, lamentábase de no haber visto nunca un incendio grandioso. Si este delito no le pareció monstruoso, ¿qué puede ocurrir á continuación? ¡Quién sabe si no ha ordenado ya á sus tropas que conviertan á Roma en un lago de sangre! ¡Quién sabe qué disposiciones se tomarán aún! ¡Quién sabe si no habrán de sufrirse las consecuencias del incendio, la guerra civil, la matanza ó el hambre! Por esto os suplico que os escondáis y que me ayudéis á poner en salvo á nuestra Licia. Una vez allí, esperaréis á que haya cesado este horrible huracán, y entonces vendréis todos aquí á esparcir vuestra preciosa semilla.

Como justificando sus temores, por la parte del Vaticano se oyeron resonar aullidos de terror. Inmediatamente después llegó corriendo el cantero, el dueño de la cabaña, y cerrando apresuradamente la puerta, exclamó:

– Los esclavos y los gladiadores han atropellado á los ciudadanos. El Circo de Nerón está convertido en un verdadero lago de sangre.

– ¿Oís?, dijo Vinicio.

– Esto rebasa toda medida, observó el apóstol. Seguirán á esta desgracia infinitas tribulaciones. Coge á la doncella que Dios te concede y sálvala. Lino y Ursus pueden seguiros también.

Vinicio, que había llegado á querer al apóstol con todo el entusiasmo de su alma juvenil, exclamó:

– ¡Te juro, maestro, que no te dejaré aquí, expuesto á todos los peligros!

– Dios te bendiga por tu buena voluntad, respondió Pedro. Pero ¿no sabes tú que el Divino Maestro me dijo tres veces: «Cuida de mis ovejas?»

Vinicio no respondió.

– Si tú, á quien nadie me confió, no quieres dejarme aquí solo y expuesto á los peligros, ¿puedes creer que debo abandonar á mi grey en los días del dolor? Cuando la tempestad estallaba sobre el lago y temblábamos por nuestra vida, Él no nos abandonó. Y yo, su discípulo, ¿no he de seguir su ejemplo?

Lino entonces, levantando su descarnada cabeza, preguntó también:

– ¿Y por qué no he de seguir tu ejemplo, oh Nuncio Divino?

Vinicio se pasó la mano por la frente, como luchando con alguna decisión. Después, cogiendo á Licia por una mano, empezó á hablar en un tono de voz que denunciaba toda la energía del guerrero romano:

– Escuchadme, Pedro, Lino y tú también, Licia, dijo. Yo hablé como me dictaba un raciocinio humano; pero vosotros os guiáis por otro criterio que no se cuida de los peligros, sino que tiende sólo á observar las leyes divinas. Yo estaba en un error, porque de mis ojos no ha sido arrancada la venda que los tapaba, y se agita en mi espíritu mi antigua naturaleza. Pero amo á Cristo, quiero ser su siervo fiel, y aunque vea en peligro algo que me es más querido que mi propia existencia, me arrodillo ante ti y juro que me atendré á las leyes del amor, que me mandan no abandonar á mis hermanos en la hora de la desolación.

Diciendo esto, se postró en tierra con una especie de mística exaltación. Después, levantando los ojos y las manos, exclamó:

– ¡Yo te comprendo, Cristo! ¿No soy aún digno de ti?

Le temblaban las manos, las lágrimas le velaban los ojos. Pedro cogió un bocal de tierra lleno de agua, se acercó al joven y pronunció en tono solemne estas palabras.

– ¿Ves? ¡Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

Todos quedaron arrobados en éxtasis divino. De pronto pareció que una luz sobrenatural iluminaba la pobre estancia y que una música celeste resonaba allí dentro. Las rocas que, amenazadoras, se extendían sobre la gruta, parecieron henderse y á través de ellas descendían grupos de ángeles cantando himnos en alabanza del Señor, mientras Éste aparecía sobre una cruz y sus manos heridas por los clavos se movían en acto de bendecir.

En cambio, fuera de la cabaña, incendio y asesinatos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XLVIII

En los magníficos jardines de César y en los antiguos jardines de Domicio y de Agripina se habían establecido los campamentos del pueblo, lo mismo que en el Campo de Marte, en los jardines de Pompeyo, de Salustio, de Mecenas, en los pórticos, en las suntuosas casas estivales y en los edificios construídos para guardar los animales.

Pavos, cisnes, avestruces, gacelas, antílopes africanos y otras bestias salvajes, ornamento precioso de aquellos jardines, eran víctimas de la avidez humana. Las provisiones llegaban de Ostia con tal abundancia que podía atravesarse el río como por encima de un puente, pasando de un buque á otro. El grano se vendía al precio irrisorio, inaudito, de tres sextercios y se distribuía gratis entre los pobres. Seguían llegando también cargamentos de vino, de aceitunas y de castañas; de la montaña descendían diariamente manadas de bueyes y de ovejas. Muchos pobres que hasta el día del incendio habían vivido ignorados en los obscuros callejones de la Suburra, sufriendo hambre continua, se encontraron de pronto en condiciones en que jamás hubieran soñado hallarse. Se había conjurado el peligro, por el momento; pero cada vez era más difícil impedir el hurto, el asesinato y el robo. La vida nómada de aquellos días aseguraba á los ladrones la impunidad, tanto más cuanto que se declaraban entusiastas admiradores de César, acogiéndole con estruendosos aplausos dondequiera que se presentase. Además, la necesidad de las cosas había hecho abolir el orden y la ley, escaseaba el apoyo de los soldados y todo exceso tenía curso libre en aquella ciudad donde se reunía la hez de todas las partes del mundo. Por esto ocurrían hechos que superaban á cuanto podía forjar la imaginación humana.

Cada noche riñas y homicidios, cada noche se robaban mujeres y niños. En la *Porta Mugionis*, donde se había establecido una especie de mercado de las reses procedentes de la Campania, se luchaba con tal furia que centenares de personas encontraron allí la muerte. Todas las mañanas las orillas del Tíber estaban sembradas de cadáveres de ahogados, de los cuales nadie se cuidaba; pero como el calor era enorme por causa de la estación y del fuego, en seguida se descomponían llenando el aire de mefíticas exhalaciones.

Empezaron á propagarse las enfermedades en los campamentos y los más temerosos auguraban la inmediata presentación de la peste.

La ciudad seguía ardiendo. Sólo al sexto día, en que el fuego llegó al Esquilino, donde se habían derribado muchas casas para aislarlo, comenzó á disminuir su fuerza. Sin embargo, los montones de cenizas incandescentes difundían aún tanta claridad, que el pueblo no creía que estuviese muy próximo el fin de la catástrofe. Y en efecto, el fuego se declaró en las construcciones de Tigelino; pero como no había material combustible, pudo ser pronto sofocado. En muchas partes se derrumbaban casas incendiadas, lo que producía un resplandor de columnas ígneas y de irradiantes centellas.

No obstante, poco á poco, las ruinas incendiadas empezaron á ennegrecer. El cielo, después de la puesta del sol, no se enrojecía ya con sanguíneos reflejos, y sólo en la obscuridad de la noche se veían oscilar en el vacío azules llamaradas que producían los montones de cenizas, ardientes aún.

De los catorce distritos en que estaba dividida Roma, sólo quedaban cuatro, incluso el Trastevere. Todos los demás habían sido destruídos por el fuego. Cuando se apagó la última llama, desde el Tíber hasta el Esquilino no se veía más que una obscura y melancólica explanada, y sobre ésta hileras de caminos que parecían columnas erigidas en los cementerios. Allí se movía durante el día la gente ávida ó consternada, unos buscando los objetos preciosos, otros los restos de sus perdidos deudos. Los perros aullaban por la noche sobre aquel montón de ruinas, llamando á sus amos.

Todos los socorros distribuídos por César al pueblo no acallaban las censuras ni contenían las explosiones de ira. Únicamente la numerosa bandada de ladrones, asesinos y vagabundos que comían, bebían y robaban á sus anchas, se mostraba satisfecha. En cambio, los que habían visto perecer cuanto poseían y lloraban la pérdida de seres queridos no eran fácilmente conquistados con los atractivos de la apertura de los jardines, la distribución del pan y la promesa de juegos y regalos. ¡Era demasiado grande aquella catástrofe sin precedentes! Además, aquellos en cuyo pecho aún existía una chispa de amor á la patria no sabían contener su indignación al propalarse la noticia de que debía desaparecer para siempre el nombre de Roma, porque César intentaba construir sobre las ruinas de la gran ciudad otra nueva capital con el nombre de «Nerópolis.» Una corriente de odio avanzaba y aumentaba cada día, y á pesar de las adulaciones de los cortesanos y los engaños de Tigelino, Nerón, más sensible que sus predecesores al favor del público, pensaba con espanto que en la lucha obstinada, mortal, que habría de sostener con los patricios del Senado, podía faltarle quizás el apoyo necesario para vencer.

También los augustianos estaban tristemente impresionados, porque cada día que llegaba podía ser el de su perdición. Tigelino pensó en llamar algunas legiones del Asia Menor. Vatinio, que reía hasta cuando recibía golpes, perdió su buen humor, y Vitelio su célebre apetito.

Muchos se consultaron acerca del mejor modo de esquivar el peligro, porque todos sabían que, en el caso de que cayera César, ninguno de los cortesanos (quizás exceptuando únicamente á Petronio) lograría salvarse. A su influencia se atribuían las locuras y excesos de Nerón, á sus insinuaciones todos los crímenes que continuamente cometía.

Por esto se les odiaba más que al mismo emperador. Procuraban, por este motivo, disculparse de las acusaciones que se les dirigían, pero debía también aparecer clara la inocencia de su césar; de lo contrario nadie hubiera creído que no habían sido ellos los autores de tan horrible calamidad. En aquella ocasión, Tigelino no se desdeñó de recurrir á los consejos de Domicio Afro y de Séneca, aun cuando les odiase.

Popea, que comprendía que con el fin de César sonaría también su hora, invocó en seguida el auxilio de sus fieles y de los rabinos, pues hacía años que profesaba la fe de Jehová.

En cuanto á Nerón, parecía que se complacía en formar los proyectos más locos, más monstruosos y más irrealizables, ora temblando de angustia, ora lamentándose de su aciaga suerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un día se celebró un largo, pero infructuoso consejo, en la casa de Tiberio, que el fuego había respetado. Petronio propuso, como el mejor partido que podía tomarse, el viaje de César á Grecia, y después pasar á Egipto y al Asia Menor. Se había acordado hacía tiempo aquel viaje, ¿á qué aplazarlo, puesto que Roma no ofrecía más que tristezas y peligros?

Nerón acogió con alegría el consejo; pero Séneca, después de reflexionar un rato, hizo esta objeción:

– Marcharse es fácil, pero el regreso habrá de ser un tanto difícil.

– ¡Por todos los dioses!, observó Petronio; se regresaría al frente de las legiones asiáticas.

– ¡Eso es lo que haré!, exclamó Nerón.

Pero Tigelino se opuso. A su imaginación no acudió una idea mejor, y si el proyecto de Petronio hubiese sido suyo, seguramente no hubiera vacilado en declararlo el único posible; pero se trataba de no permitir al *arbiter elegantiarum* que apareciese por segunda vez como salvador de la situación.

– ¡Escúchame, oh divino!, se apresuró á declarar; ese consejo no es prudente. Antes que llegues á Ostia estallará la guerra civil. ¡Quién sabe si saldrá algún descendiente de Augusto á imponerse como César! ¿Y qué haremos nosotros, si las legiones se ponen de su parte?

– Será preciso ver, dijo Nerón, si existe algún descendiente de Augusto. No creo que existan muchos, y además, fácil nos será librarnos de ellos.

– Está bien, pero ¿son acaso ellos solos los peligrosos? Ayer mismo uno de mis criados oyó decir que Tráseas podría ser nombrado césar.

Nerón se mordió los labios de ira. Después, levantando los ojos, exclamó:

– ¡Insaciables é ingratos! ¡Tienen una infinidad de grano y de carbón para cocer sus hogazas! ¿Qué más quieren?

– ¡Venganza!, contestó Tigelino.

Largo silencio siguió á esta palabra. César se levantó de pronto, extendió los brazos y declamó con énfasis:

– ¡Venganza claman los corazones, y la venganza quiere una víctima!

Y olvidando toda otra cosa, continuó, con el rostro radiante de alegría:

– ¡Dadme una tabla y el estilo para escribir este verso! Lucano no los ha hecho nunca iguales. ¿Habéis observado cómo me ha salido espontáneamente de los labios?

– ¡Eres, en verdad, insuperable!, exclamaron varios cortesanos á un tiempo.

Y echando una mirada á todos los cortesanos, dijo:

– ¿No podría correrse la voz de que ha sido Vatinio el que ha ordenado el incendio de la ciudad, y abandonarlo al furor del pueblo?

– ¡Oh divino! Pero ¿quién soy yo?.., preguntó Vatinio.

– ¡Es verdad! Se necesita una personalidad más conocida. ¿Tal vez Vitelio?..

Éste palideció y se echó á reir.

– Con esto quiere decirse, respondió, que mi grasa podría alimentar de nuevo el incendio.

Pero Nerón maquinaba algo más sensacional; su espíritu se afanaba por encontrar el hombre más indicado para satisfacer la ira del pueblo, y por fin logró dar con él.

– ¡Tigelino!, dijo después de breve pausa. ¡Tú fuiste el incendiario de Roma!

Los cortesanos sintieron escalofríos. Comprendían que el emperador no dudaba y que había llegado un momento decisivo.

La cara de Tigelino parecía la de un perro, pronto á morder.

– ¡Yo incendié Roma por orden tuya!, dijo.

Los dos se miraron como dos demonios enfurecidos.

Siguió un silencio tan profundo, que se podía oir volar una mosca.

– Tigelino, preguntó Nerón, ¿me amas?

– ¡Bien lo sabes, señor!

– Si así es, sacrifícate por mí.

– ¡Oh divino César!, respondió Tigelino, ¿por qué me muestras el cáliz embriagador, si no me permites que acerque los labios? El pueblo murmura y se subleva; ¿quieres que con él se rebelen también los pretorianos?

Todos los presentes experimentaron una sensación de terror. Tigelino era prefecto de los pretorianos, y sus palabras significaban claramente una amenaza. Nerón lo comprendió y se puso pálido.

En aquel instante se presentó Epafrodita, liberto de César, anunciando que la divina Augusta preguntaba por Tigelino, porque estaban con ella algunas personas que querían hablar con el prefecto. Tigelino hizo una profunda reverencia á Nerón y salió, con expresión de indiferencia y desprecio. Puesto que se intentaba culparle, había creído oportuno enseñar los dientes y hacer entender á los demás quién era él. Conociendo la pusilanimidad de Nerón, estaba seguro de que en adelante la mano del dominador del mundo no se atrevería á levantarse amenazadora contra él. Nerón se sentó silencioso; después, notando que todos esperaban su respuesta, dijo:

– ¡He alimentado una serpiente en mi seno!

Petronio hizo un movimiento de espaldas, como para significar que no debía ser muy difícil aplastar la cabeza á semejante reptil.

– ¿Qué quieres decir con eso?, exclamó Nerón. ¡Habla! ¡Aconséjame! ¡Sólo en ti tengo confianza, porque tú tienes más talento que los otros y además me quieres!

Petronio estuvo á punto de decirle: «Hazme prefecto de los pretorianos, y abandonaré á Tigelino en poder del pueblo y devolveré la calma á la ciudad en un solo día.»

Pero su innata indolencia consiguió la acostumbrada victoria. Ser nombrado prefecto significaba cargar sobre las espaldas al mismo César y una infinidad de molestias inherentes al cargo. ¿Y por qué tomarse ese trabajo? ¿No era más agradable leer las obras maestras de su riquísima biblioteca, admirar los artísticos vasos, las hermosas estatuas, sentir sobre el pecho el dulce peso de la encantadora cabeza de Eunica, acariciar su dorada cabellera y besar su deliciosa boca purpurina? Por esto repitió sencillamente:

– Yo te aconsejo el viaje á la Acaya.

– ¡Ah!, suspiró Nerón. Esperaba algo mejor de tu sagacidad. El Senado me odia. ¿Quién me asegura que no se sublevará en cuanto yo me aleje de Roma y que no nombrará otro césar? El pueblo, que hasta ahora me ha sido fiel, seguirá luego al Senado. ¡Por Júpiter! ¿Por qué no tendrán una misma cabeza el Senado y el pueblo?

– Permíteme una palabra, ¡oh divino! Si deseas salvar á Roma, debes también salvar á todos los romanos, observó Petronio.

– ¿Y qué me importa de los romanos y de Roma?, gritó Nerón. En Grecia al menos me obedecerán. Aquí sólo me rodea la traición; todos me abandonan y vosotros mismos estáis dispuestos á venderme. ¡Lo sé, lo sé! ¡No pensáis en lo que dirán las futuras generaciones, si abandonáis á un artista como yo!

Se oprimió la frente y exclamó:

– ¡Es verdad! Con estos pensamientos yo mismo olvido quién soy.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dirigiéndose á Petronio, con los ojos relucientes, le dijo:

– El pueblo está inquieto. ¿No crees que podría calmarlo y conmoverlo, como Orfeo hacía con las fieras, si con mi cítara le cantase la misma canción que os dí á conocer durante el incendio?

Tulio Senecio, que ardía en deseos de volver al lado de las esclavas que había traído de Anzio, respondió:

– ¡Seguramente, César, siempre que te dejen empezar!

– ¡Vámonos, pues, á Grecia!, terminó Nerón muy excitado.

De pronto comparecieron Popea y Tigelino. Todas las miradas se dirigieron á él involuntariamente, puesto que jamás triunfador alguno había subido las gradas del Capitolio con más orgullo que el que ostentaba Tigelino al comparecer ante César. Empezó á hablar lentamente, pero con cierta expresión de alegría maliciosa mal reprimida.

– ¡Óyeme, César, dijo; he encontrado la solución! El pueblo pide venganza, pero no necesita ya una víctima, sino millares... ¡Y las tenemos! ¿Has oído alguna vez hablar de Cristo, de aquel que fué crucificado bajo el gobierno de Poncio Pilato? ¿Sabes quiénes son los cristianos? ¿No te dí conocimiento de sus delitos, de sus ignominiosas solemnidades y de sus profecías en lo que se refieren al fin del mundo por medio del fuego? El pueblo los odia y los mira sospechosamente. Nadie les vió jamás en un templo, porque consideran á nuestros dioses como espíritus malignos; nunca tomaron parte en nuestras diversiones, porque desprecian las carreras de caballos. Nunca una mano de cristiano se movió para aplaudirte, ni uno de ellos te reconoció como divino. Son los verdaderos enemigos del género humano, enemigos de la ciudad y de su césar. El pueblo está ahora excitado contra ti; pero no fuiste tú quien me ordenaste incendiar Roma, ni fuí yo quien pegó fuego á la ciudad. El pueblo pide venganza: dale, pues, esta satisfacción. Quiere sangre y espectáculos: ¡concédeselos! El pueblo se atreve á sospechar de ti; ¡haz que sus sospechas cambien de dirección!

Nerón al principio escuchó atónito; á medida que Tigelino hablaba, su rostro de comediante expresaba, según el caso, la cólera, la duda, la simpatía ó el desdén. De pronto se levantó, dejó caer la toga á sus pies, alzó las manos y permaneció en esta postura algunos instantes. Por último, exclamó en tono trágico:

– ¡Oh Júpiter, Apolo, Diana y todos vosotros, oh dioses! ¿Por qué no bajasteis á socorrernos? ¿Qué daño les hizo esta pobre ciudad á esos desgraciados, para que se portasen con ella tan inhumanamente?

– ¡Son enemigos de la autoridad y enemigos tuyos!, dijo Popea.

– ¡Haz justicia!, exclamaron los demás.

– ¡Castiga á los incendiarios! ¡Los mismos dioses claman venganza!

Nerón volvió á sentarse, dejó caer la cabeza sobre el pecho y calló de nuevo, como oprimido por la enormidad de cuanto había oído. Agitando nerviosamente las manos, preguntó:

– ¿Pero qué penas, qué suplicios corresponden á semejantes delitos? Los dioses me inspirarán, y con auxilio de las potencias del Tártaro daré á mi pobre pueblo un espectáculo del que guardarán memoria á través de los siglos las futuras generaciones.

El rostro de Petronio se obscureció. Pensó en seguida en el peligro que amenazaba á Licia y á Vinicio, á quien amaba tiernamente, y á toda aquella gente cuya fe despreciaba, pero á la cual se calumniaba sin piedad en su inocencia. Además, comprendió que se preparaba una de aquellas orgías de sangre que no podían menos de alterar su sentimiento estético. Pero estas ideas debían ceder el puesto á

El pueblo murmura y se subleva; ¿quieres que con él se rebelen también los pretorianos?

una sola: «He de salvar inmediatamente á Vinicio, que enloquecería en el acto si viese perecer á la mujer amada.» Y á esta preocupación pospuso todas las demás, aunque sabía que con esto iba á jugar una carta muy peligrosa. Y se puso á hablar con la mayor sangre fría, como si tratase de proyectos de César y sus secuaces, que, sometidos á su crítica, consideraba antiestéticos.

– Habéis encontrado las víctimas, es verdad. Sois muy dueños de mandarlas al Anfiteatro ó condenarlas á otros suplicios; pero antes oídme: vosotros tenéis la autoridad, los pretorianos la fuerza, por lo cual sed á lo menos sinceros, ya que nadie os escucha. ¡Engañad al pueblo, pero no os engañéis á vosotros mismos! ¡Esto sería demasiado! ¡Entregad los cristianos á la plebe, condenadlos á todos los tormentos que se os antojen, pero tened al menos el valor de deciros á vosotros mismos que no fueron ellos los que incendiaron Roma. Me llamáis *arbiter elegantiarum:* por lo mismo declaro que no puedo soportar las comedias ridículas y triviales. Todo esto me recuerda demasiado aquellos teatruchos de la Puerta Asinaria, donde los actores hacen de dioses y de emperadores para divertir á la plebe de la Suburra, y terminada la representación lavan con vinagre las manchas de grasa ó reciben azotes. ¡Sed dioses y emperadores de verdad! Estoy segurísimo de que podéis serlo. Cuanto á ti, César, debo decirte que hablaste del juicio de las futuras generaciones; pero ¿no piensas que ese juicio puede ser muy lisonjero respecto de ti? ¡Por la divina Clio! Nerón, el dominador del mundo; Nerón, un dios, incendió Roma, porque era tan poderoso en la tierra como Júpiter en el Olimpo; Nerón, el poeta, amaba tanto la poesía, que por ella sacrificó á su patria: desde que el mundo es mundo, jamás hizo un mortal cosa parecida. Te conjuro, en nombre de todas las divinidades más hermosas, á que no renuncies á tanta gloria, si quieres ser celebrado hasta el fin de los siglos. ¿Qué parecerá Príamo á tu lado? ¿Qué Agamenón, qué Aquiles y hasta todos los dioses? No es necesario que se diga que el incendio de Roma fué una buena obra; pero lo cierto es que fué una obra colosal, inaudita. Además, te aseguro que tu pueblo no hará nada contra ti. ¡Quien diga lo contrario, miente! ¡Ten valor! ¡Guárdate de acciones indignas, porque podría suceder que los siglos venideros dijesen: «Nerón incendió Roma; pero, césar temeroso y temeroso poeta, quiso negar el hecho grandioso y atribuyó la culpa á los inocentes!»

Las palabras del *arbiter* produjeron, como siempre, profunda impresión en el ánimo del emperador; pero Petronio no intentaba eludirse; sabía que cuanto había dicho era un recurso extremo que podía tener el feliz resultado de salvar á los cristianos, pero con la probabilidad de perder él. No había titubeado antes de decidirse, porque se trataba de Vinicio, á quien amaba, y porque el juego de azar tenía para él singulares atractivos.

«El dado está echado, se dijo entre sí, y ahora veremos si puede más en ese mono el temor por la existencia ó el amor á la celebridad.»

En el fondo de su alma no dudaba de que la balanza se inclinaría del lado del temor. A sus palabras siguió un largo silencio.

Popea y todos los demás cortesanos se fijaban en los ojos de César para estudiar su expresión. Como hacía siempre que se encontraba en un apuro, levantó los labios hasta la altura de la nariz con un gesto nervioso; por último su fisonomía reflejó la más viva contrariedad é inquietud.

– ¡Señor!, exclamó Tigelino, adivinando los sentimientos de Nerón; permíteme que me vaya. Mis oídos se niegan á oir y se rebelan cuando se te llama césar temeroso y temeroso poeta, incendiario y comediante, y se te quiere exponer á una muerte segura.

«¡He perdido!,» pensó Petronio. Luego, volviéndose á Tigelino, lo midió con una ojeada en la que se reflejaba todo el desprecio que puede inspirar un asesino á un patricio de gustos refinados.

– Tigelino, dijo, sólo á ti trataba de llamarte comediante..., y en efecto, ahora mismo estás representando.

– ¿Tal vez porque tus insultos me indignan?

– Porque finges un amor ilimitado hacia tu césar, cuando pocos momentos antes le amenazabas, confiado en los pretorianos. ¡Todos te comprendemos!

Tigelino, que consideraba á Petronio incapaz de usar con él tanta audacia, se puso pálido y enmudeció. Pero esta fué la última victoria que el *arbiter* debía obtener sobre su rival, porque Popea se apresuró á decir:

– ¡Señor!, ¿cómo es posible que semejante idea cruce por mente humana y que haya quien se atreva á exponerla en tu presencia?

– ¡Castiga al culpable!, exclamó Vitelio.

Nerón levantó otra vez los labios, dirigió á Petronio su mirada de miope, y dijo:

– ¿Esta es la recompensa por la amistad que siempre te he demostrado?

– Si estoy en un error, pruébamelo; pero has de saber que te he hablado con verdadero afecto.

– ¡Castígale!, exclamó un buen número de voces.

Se produjo en el atrio un murmullo, un movimiento, porque todos se apresuraban á separarse del lado de Petronio. Hasta Tulio Senecio, su compañero más fiel entre los cortesanos, hasta el joven Nerva, que siempre fué su amigo, hicieron alarde de su adhesión al emperador.

En pocos minutos Petronio se halló solo, al lado izquierdo del atrio, sonriendo. Se arregló después los pliegues de la toga y se puso á escuchar las palabras de César.

– ¿Queréis que le castigue?, dijo Nerón. ¡Oh, no! Es mi amigo, mi compañero; me ha herido en lo más profundo del corazón, pero quiero demostrarle que sé perdonar á los amigos.

«¿Nerón me perdona? ¡Soy perdido!, pensó Petronio. Mi fin está próximo.»

El emperador se levantó y dióse por terminado el consejo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLIX

Petronio se dirigió á su casa. Nerón y Tigelino se trasladaron al atrio de Popea, donde les esperaban algunas personas, á las que Tigelino había oído pocos momentos antes.

Allí estaban dos rabinos del Trastevere, un joven escribiente y Quilón. Los rabinos, envueltos en blancas vestiduras y cubierta la cabeza con la mitra, al presentarse Nerón levantaron los brazos y se bajaron luego á besarle la mano.

– ¡Salud, dominador del mundo, protector del pueblo elegido, César, león entre los hombres, grande como el sol, como el cedro del Líbano, como la primavera, como la palma, como el bálsamo de Jericó!

– ¿Me reconocéis como vuestro dios?

Los rabinos palidecieron. El sumo sacerdote se apresuró á contestar:

– ¡Tus palabras, señor, son dulces como la uva, como los higos maduros! ¡Jehová llena tu corazón de bondad infinita! Tu predecesor, César Cayo, era severo: nuestros correligionarios no le reconocieron nunca como su dios, y prefirieron morir antes que contravenir á la ley.

– ¿Y Calígula los arrojaría como pasto á los leones?

– ¡No, oh señor! Porque César Cayo temía la ira de Jehová.

Ese nombre invocado pareció infundirles más valor y miraron con más osadía á Nerón.

– ¿Acusáis á los cristianos de haber incendiado Roma?, preguntó César.

– No les acusamos más que de ser enemigos de la ley, de la humanidad, de Roma y enemigos tuyos. Mucho tiempo ha que amenazan con el fuego á esta ciudad y al mundo entero. Lo demás lo sabrás por este hombre, cuyos labios nunca se han manchado con una mentira, porque por las venas de su madre corría sangre del pueblo elegido.

El emperador se dirigió entonces á Quilón:

– ¿Quién eres tú?

– Uno que te adora, ¡oh Ciro!, y además un pobre estoico.

– Odio á los estoicos, interrumpió Nerón. Odio á Tráseas, á Musonio y á Cornuto. ¡Su filosofía, su desprecio por el arte, su suciedad me irritan!

– ¡Oh, señor! Séneca, tu maestro, tiene mil tablas de cedro; si tú quieres, yo tendré otras tantas y aun más. Soy estoico por necesidad. Rodea, ¡oh sol!, mi estoicismo con una guirnalda de rosas, ponme delante buen vino, y yo cantaré las alabanzas de Anacreonte con tanta fuerza que todos los epicúreos quedarán aturdidos.

Nerón, á quien el calificativo de «sol» halagaba mucho, sonrió y dijo:

– ¡Bravo! ¡Me place!

– ¡Este hombre vale lo que pesa!, exclamó Tigelino.

– ¡Te suplico que añadas á mi peso tu generosidad, de lo contrario hay el peligro de que un soplo de aire se lleve mi recompensa!

– No pesará más que Vitelio.

– ¡Por supuesto, oh divino! Mi argucia no es plomo.

– Veo que tu fe no te impide llamarme dios.

– ¡Oh inmortal!, mi fe eres tú; y porque ultrajan esta fe, odio á los cristianos.

– ¿Qué sabes de ellos?

– ¿Me permites que llore?

– No; el llanto me fastidia.

– Tienes razón tres veces, porque los ojos que tuvieron la dicha de verte, jamás deben ser profanados por las lágrimas. ¡Señor, protégeme contra mis enemigos!

– ¡Háblanos, pues, de los cristianos!, ordenó Popea impaciente.

– ¡Obedezco, oh Isis!, respondió Quilón. Desde mi primera juventud me dediqué á la filosofía, consagrando toda mi vida á la investigación de la verdad. La busqué en los sabios de la antigüedad, en la Academia de Atenas, en el templo alejandrino. Oyendo hablar de los cristianos, creí que debían representar una nueva escuela, donde encontraría la semilla de la verdad que yo anhelaba. Por mi desgracia, llegué á conocerlos. El primer cristiano con quien me hizo tropezar mi mala estrella fué un tal Glauco, un médico napolitano. Me manifestó que ellos adoran á un Cristo que, al parecer, ha jurado destruir á todos los hombres, derribar todas las ciudades, prometiendo respetarles á ellos únicamente, siempre que le ayuden á exterminar á los hijos de Deucalión. Por este motivo, ¡oh Augusto!, odian al género humano y atosigan las fuentes; por este motivo en sus reuniones maldicen continuamente á Roma y á los templos de nuestros dioses. Cristo fué crucificado; pero prometió á sus secuaces volver en cuanto ellos incendiasen Roma, dándoles luego el imperio del mundo.

– Ahora el pueblo sabrá á quién atribuir la destrucción de nuestra ciudad, interrumpió Tigelino.

– Muchos ya lo saben, porque yo lo voy propalando por los jardines y en el Campo de Marte. Pero oíd las razones que me mueven á la venganza. Glauco, el médico, no me confesó que su ley estuviese basada en el odio; sino que proclamaba la bondad de Cristo y pretendía convencerme de que la religión cristiana estaba inspirada en el amor. Mi corazón, demasiado tierno, no supo resistir á semejante doctrina y empecé á interesarme por Glauco y á confiar en él. Un pedazo de pan que yo tuviese, una moneda, todo... lo dividía con él. ¿Y sabes, ¡oh divina!, cómo me recompensó? Cuando nos vimos solos en el camino que de Nápoles conduce á Roma, me hundió un cuchillo en el pecho, y vendió á mi mujer, la joven y hermosa Berenice, á un mercader de esclavos. ¡Si Sófocles pudiese oir estos hechos!.. Pero ¿qué digo? ¡Alguien, más grande que Sófocles, me está oyendo en este instante!

– ¡Pobre hombre!, murmuró Popea.

– No es pobre quien vió el rostro de Venus, ¡oh señora!, y yo lo contemplo... Después busqué consuelo en la filosofía. Llegado á Roma, me dediqué á buscar á los jefes de los cristianos para que me hiciesen justicia. Creí que se obligaría á Glauco á devolverme la mujer. Conocí á su sacerdote supremo y también á un tal Pablo, que había sido preso, pero á la sazón estaba en libertad. Poco después conocí al hijo de Zebedeo, á Lino, Cleto y otros. Conozco todos los sitios donde se reunen, los antiguos y los nuevos. Celebran sus criminales ceremonias en un subterráneo del Vaticano, ó un cementerio, fuera de la Puerta Nomentana. Vi al

apóstol Pedro, vi á Glauco matando niños para que los apóstoles rociaran con su sangre las cabezas de los concurrentes; oí á Licia, la hija adoptiva de Pomponia Grecina, alardear de no llevar sangre de una criatura, pero haber en cambio causado la muerte de otra, porque había embrujado á la pequeña Augusta, vuestra hija, ¡oh Ciro!, ¡oh Isis!

– ¿Oyes, César?, preguntó Pomponia.

– ¿Es posible?, exclamó Nerón.

– Yo estaba dispuesto á perdonar el daño que se me había causado; pero al oir aquellas frases, hubiera querido matarla. Desgraciadamente, me lo impidió Vinicio, que está perdidamente enamorado de ella.

– ¿Vinicio? ¿No se le había escapado?

– Sí; pero hizo todo lo posible por volverla á encontrar, porque la vida sin ella se le hacía insoportable. Por una miserable recompensa le ayudé y le indiqué la casa del Trastevere que ella habitaba con otros cristianos. Nos trasladamos allí, en compañía de Crotón, tu luchador, á quien Vinicio había tomado para nuestra defensa. Pero Ursus, el esclavo de Licia, logró derribarle. Es éste un hombre de una fuerza extraordinaria, capaz de retorcer el cuello á un toro con la misma facilidad con que yo rompo el tallo de una planta. Por esto lo tenían en tanta estima Aulo y Pomponia.

– ¡Por Hércules!, dijo Nerón. Un mortal capaz de derribar á Crotón merecería una estatua en el Foro. Pero estás en un error, anciano, ó mientes, porque sé que Crotón murió á manos de Vinicio.

– ¡Así se engaña á los dioses! Yo, señor, oí con mis propios oídos cómo crujían las costillas de Crotón entre las manos de Ursus. El gigante se precipitó luego sobre Vinicio y lo hubiese matado, sin más dilación, si no hubiese llegado á tiempo Licia para prohibírselo. El joven estuvo después largo tiempo enfermo, y fué asistido pacientemente con la esperanza de que el amor le moviese á convertirse al cristianismo. Y esto sucedió, efectivamente, y Vinicio es ahora cristiano.

– ¿Vinicio?

– ¡Sí!

– ¿Y quizá Petronio?, preguntó Tigelino con ansiedad.

Quilón se frotó las manos y respondió:

– Admiro tu perspicacia. Quizás esté ya convertido... Es muy fácil que también él se haya hecho cristiano.

– Ahora comprendo por qué se acaloró tanto al defenderlos.

Nerón se rió.

– ¡Petronio cristiano! ¡Petronio enemigo de los placeres de la vida! Pero no digáis estupideces, y no tratéis de convencerme, porque sería completamente inútil.

– El noble Vinicio se hizo cristiano, señor; esto lo sé y esto lo juro por la luz que tú irradias, y nada detesto tanto como la mentira. Pomponia Grecina también es cristiana, y lo son el pequeño Aulo, Licia y Vinicio. Yo serví fielmente al tribuno y él me hizo apalear por orden de Glauco..., ¡apalear á este pobre viejo, medio muerto de hambre! Juré vengarme. ¡Oh, señor, véngame tú, y pondré en tus manos á Pedro el apóstol, á Lino, Cleto, Glauco, Crispo, que son los jefes, y también á Licia y Ursus! A cientos, á miles os los denunciaré; os revelaré sus escondrijos, sus cementerios: todas vuestras cárceles no bastarán para contenerlos. Sin mí no los encontraríais. Hasta ahora busqué consuelo á mis desventuras en la filosofía; pero ahora quiero encontrarlo en todos los favores que se me concederán. Soy viejo y no he conocido aún la vida. ¡Haz que yo empiece á gozar de ella!

Conozco todos los sitios donde se reunen, los antiguos y los nuevos

– Entonces quieres ser estoico teniendo delante una taza llena.

– El que te sirve, la llena fácilmente.

– ¡No te engañas, mi notable filósofo!

Popea, en tanto, tampoco olvidaba á sus enemigos. El afecto que le había inspirado Vinicio no fué más que un capricho pasajero, al cual el orgullo ofendido y los celos habían dado apariencias de pasión. Los desdenes del joven no habían podido menos de herirla profundamente. Se sentía humillada ante él. El solo hecho de posponerla á otra, le parecía un delito que clamaba inexorable venganza. Desde el primer momento sintió por Licia un odio invencible, temiendo que aquella suave belleza nórdica llegase á resultarle peligrosa. Petronio podía reprimir todo deseo de Nerón, burlándose de la extremada delgadez de caderas de la muchacha; pero Popea con una sola mirada comprendió que Licia era la única en toda Roma que podía competir con ella en belleza, si no superarla. Y decidió inmediatamente la perdición de Licia.

– ¡Señor, exclamó, venga á nuestra hijita!

– ¡Daos prisa, añadió Quilón, daos prisa! De lo contrario Vinicio la ocultará en sitio seguro. Yo os indicaré su morada.

– Te daré diez hombres. ¡Ve pronto!, dijo Tigelino.

– ¡Oh, señor, tú no has visto, como he visto yo, á Crotón en brazos de Ursus, Si quieres darme, á lo menos, cincuenta, les enseñaré la casa desde lejos. Pero si no prendéis también á Vinicio, soy hombre muerto.

Tigelino miró á Nerón.

– ¿No sería oportuno acabar de una vez con tío y sobrino?

Nerón se mostró indeciso un momento. Luego contestó:

– ¡No, ahora no! Nadie nos creería, si quisiéramos acusar á Petronio, á Vinicio ó á Pomponia de incendiarios. Sus casas eran demasiado preciosas. Más tarde les llegará el turno. Ahora tenemos otras víctimas.

– Entonces dame soldados para mi custodia, señor, dijo Quilón.

– Que te provea de ellos Tigelino, ordenó César.

– Mientras tanto habitarás en mi casa, dijo el prefecto á Quilón.

El griego estaba radiante de alegría.

– ¡Todos, todos caerán en vuestro poder; pero daos prisa!, gritó con voz ronca de emoción.

L

Cuando Petronio hubo dejado al emperador, se encaminó hacia su casa de las Carinas, la cual, circundada de un jardín, ante el cual se elevaba el pequeño Foro Ceriliano, afortunadamente había escapado á la voracidad de las llamas. Por este motivo le envidiaban los demás cortesanos que habían tenido que sufrir la pérdida de sus casas, de sus riquezas y de muchas obras maestras del arte. Hacía muchos años que se le consideraba como hijo primogénito de la Fortuna, y la amistad siempre creciente de que le daba pruebas su emperador parecía confirmar la verdad de tal aserto.

Pero había llegado el momento en que el primogénito de la Fortuna debía empezar á dudar de la constancia de su madre, ó compararla á Saturno, que devora á sus propios hijos.

«Si mi casa se hubiese incendiado, decía entre sí, y con ella todos mis objetos preciosos, mis vasos etruscos, mis cristales alejandrinos y mis bronces corintios, quizás Nerón hubiera olvidado la ofensa. ¡Por Pólux! ¡Y pensar que todo dependía de mí, si hubiese querido ser prefecto de los pretorianos! Bastaba acusar á Tigelino como incendiario (y él no hubiese podido probar mi error), revestirlo con la *túnica fúnebre*, abandonarlo á la venganza del populacho, proteger á los cristianos y reconstruir Roma. ¿Quién sabe si no hubiera empezado con esto una era mejor para la gente honrada? ¡Debí asumir aquel cargo, aunque no hubiese sido más que por amor á Vinicio! En el caso de que hubiese resultado excesivo trabajo para mis fuerzas, hubiera podido confiarme en él como eficaz auxiliar y Nerón no hubiera puesto reparo alguno. Vinicio hubiera podido bautizar á todos los pretorianos y hasta al mismo césar... Nerón pío, virtuoso, misericordioso.., ¡qué espectáculo tan divertido!»

Y entregado indolentemente á las divertidas hipótesis de su imaginación, se puso á reir con toda su alma. Pero después de algunos instantes sus pensamientos cambiaron de rumbo. Le parecía estar en Anzio y oir la voz de Pablo de Tarso, que le decía:

«Vosotros nos llamáis enemigos de la vida; pero respóndeme, Petronio: si César fuese cristiano y obrase según los preceptos de nuestra religión, ¿la vida no sería más segura?»

El recuerdo de estas palabras movió á Petronio á continuar su monólogo:

«¡Por Cástor! Cuantos más cristianos mueran ahora, otros tantos logrará convertir Pablo, porque proclama la justa doctrina ante la humanidad, á menos que ésta se obstine en la corrupción. Pero ¿quién sabe cómo marcharán las cosas? Yo que he aprendido mucho en este mundo, no aprendí, sin embargo, á ser tan bribón y tan hipócrita como exigen los tiempos, y por esto me he de resignar á abrirme las venas. De todos modos, éste ú otro parecido debía ser mi fin... Lo siento por Eunica y por mi famosa copa; pero Eunica será libre y el vaso me lo llevaré

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– Entonces quieres ser estoico teniendo delante una taza llena.

– El que te sirve, la llena fácilmente.

– ¡No te engañas, mi notable filósofo!

Popea, en tanto, tampoco olvidaba á sus enemigos. El afecto que le había inspirado Vinicio no fué más que un capricho pasajero, al cual el orgullo ofendido y los celos habían dado apariencias de pasión. Los desdenes del joven no habían podido menos de herirla profundamente. Se sentía humillada ante él. El solo hecho de posponerla á otra, le parecía un delito que clamaba inexorable venganza. Desde el primer momento sintió por Licia un odio invencible, temiendo que aquella suave belleza nórdica llegase á resultarle peligrosa. Petronio podía reprimir todo deseo de Nerón, burlándose de la extremada delgadez de caderas de la muchacha; pero Popea con una sola mirada comprendió que Licia era la única en toda Roma que podía competir con ella en belleza, si no superarla. Y decidió inmediatamente la perdición de Licia.

– ¡Señor, exclamó, venga á nuestra hijita!

– ¡Daos prisa, añadió Quilón, daos prisa! De lo contrario Vinicio la ocultará en sitio seguro. Yo os indicaré su morada.

– Te daré diez hombres. ¡Ve pronto!, dijo Tigelino.

– ¡Oh, señor, tú no has visto, como he visto yo, á Crotón en brazos de Ursus, Si quieres darme, á lo menos, cincuenta, les enseñaré la casa desde lejos. Pero si no prendéis también á Vinicio, soy hombre muerto.

Tigelino miró á Nerón.

– ¿No sería oportuno acabar de una vez con tío y sobrino?

Nerón se mostró indeciso un momento. Luego contestó:

– ¡No, ahora no! Nadie nos creería, si quisiéramos acusar á Petronio, á Vinicio ó á Pomponia de incendiarios. Sus casas eran demasiado preciosas. Más tarde les llegará el turno. Ahora tenemos otras víctimas.

– Entonces dame soldados para mi custodia, señor, dijo Quilón.

– Que te provea de ellos Tigelino, ordenó César.

– Mientras tanto habitarás en mi casa, dijo el prefecto á Quilón.

El griego estaba radiante de alegría.

– ¡Todos, todos caerán en vuestro poder; pero daos prisa!, gritó con voz ronca de emoción.

L

Cuando Petronio hubo dejado al emperador, se encaminó hacia su casa de las Carinas, la cual, circundada de un jardín, ante el cual se elevaba el pequeño Foro Ceriliano, afortunadamente había escapado á la voracidad de las llamas. Por este motivo le envidiaban los demás cortesanos que habían tenido que sufrir la pérdida de sus casas, de sus riquezas y de muchas obras maestras del arte. Hacía muchos años que se le consideraba como hijo primogénito de la Fortuna, y la amistad siempre creciente de que le daba pruebas su emperador parecía confirmar la verdad de tal aserto.

Pero había llegado el momento en que el primogénito de la Fortuna debía empezar á dudar de la constancia de su madre, ó compararla á Saturno, que devora á sus propios hijos.

«Si mi casa se hubiese incendiado, decía entre sí, y con ella todos mis objetos preciosos, mis vasos etruscos, mis cristales alejandrinos y mis bronces corintios, quizás Nerón hubiera olvidado la ofensa. ¡Por Pólux! ¡Y pensar que todo dependía de mí, si hubiese querido ser prefecto de los pretorianos! Bastaba acusar á Tigelino como incendiario (y él no hubiese podido probar mi error), revestirlo con la *túnica fúnebre*, abandonarlo á la venganza del populacho, proteger á los cristianos y reconstruir Roma. ¿Quién sabe si no hubiera empezado con esto una era mejor para la gente honrada? ¡Debí asumir aquel cargo, aunque no hubiese sido más que por amor á Vinicio! En el caso de que hubiese resultado excesivo trabajo para mis fuerzas, hubiera podido confiarme en él como eficaz auxiliar y Nerón no hubiera puesto reparo alguno. Vinicio hubiera podido bautizar á todos los pretorianos y hasta al mismo césar... Nerón pío, virtuoso, misericordioso.., ¡qué espectáculo tan divertido!»

Y entregado indolentemente á las divertidas hipótesis de su imaginación, se puso á reir con toda su alma. Pero después de algunos instantes sus pensamientos cambiaron de rumbo. Le parecía estar en Anzio y oir la voz de Pablo de Tarso, que le decía:

«Vosotros nos llamáis enemigos de la vida; pero respóndeme, Petronio: si César fuese cristiano y obrase según los preceptos de nuestra religión, ¿la vida no sería más segura?»

El recuerdo de estas palabras movió á Petronio á continuar su monólogo:

«¡Por Cástor! Cuantos más cristianos mueran ahora, otros tantos logrará convertir Pablo, porque proclama la justa doctrina ante la humanidad, á menos que ésta se obstine en la corrupción. Pero ¿quién sabe cómo marcharán las cosas? Yo que he aprendido mucho en este mundo, no aprendí, sin embargo, á ser tan bribón y tan hipócrita como exigen los tiempos, y por esto me he de resignar á abrirme las venas. De todos modos, éste ú otro parecido debía ser mi fin... Lo siento por Eunica y por mi famosa copa; pero Eunica será libre y el vaso me lo llevaré

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conmigo. ¡El *Enobarbo* no lo tendrá, no! ¡También me duele por Vinicio! Por lo demás, aunque en estos últimos tiempos no haya tenido motivos para quejarme, me declaro pronto á morir. ¡En el mundo hay tantas cosas bellas! Pero la humanidad en general es tan ruin, que la pérdida de la vida no merece lamentarse. El que ha sabido vivir, también debe saber morir. Aunque me contaba en el número de los cortesanos, nadie era más libre que yo.»

Se encogió de hombros. «Y pensar, continuó, que habrá quien crea que estoy aquí, temblándome las piernas y con los cabellos erizados de terror; y en cuanto llegue á casa, lo primero que haré será tomar un baño al perfume de violeta, y mi Eunica, de los cabellos de oro, me untará; después de una breve comida, haremos que nos canten el himno de Antemio en honor de Apolo. Recuerdo haberme dicho á mí mismo varias veces que no vale la pena de pensar tanto en la muerte, porque hay la seguridad de que ésta, sin que la llamemos, piensa en nosotros. Sin embargo, sería admirable que existiesen los Campos Elíseos y que en ellos se viesen mover nuestras sombras. Entonces, á su tiempo, iría mi Eunica á unirse conmigo y nos pasearíamos juntos por los prados de oro. Seguramente encontraría allí una sociedad mejor que toda esta formada de tramposos, de locos y bufones. Ni siquiera cien *arbitri elegantiarum* lograrían que fuesen un poco más decentes. ¡Por Júpiter! ¡Estoy harto!»

Y observó de pronto, con gran admiración, que algo le separaba ya de toda aquella gente. Desde antiguo le era conocida y sabía en qué concepto había de tenerla, y sin embargo, entonces le parecía más digna de desprecio. ¡Verdaderamente, tenía motivos para estar harto!

Y se puso á reflexionar acerca de su situación. Era demasiado perspicaz para no reconocer que le amenazaba un peligro inminente. Nerón había aprovechado la ocasión favorable para pronunciar algunas frases escogidas y elegantes sobre la amistad y el perdón, y con esto se había obligado por el momento á la inacción. «Buscará después un pretexto, pero hasta que lo encuentre pasará algún tiempo, se dijo Petronio. Ante todo, celebrará los espectáculos con los cristianos; luego pensará en mí. Si así es, no vale la pena de inquietarse y de mudar de sistema de vida. Vinicio corre peligro mucho más inminente.»

Y ya no se ocupó más que de aquel á quien estaba decidido á salvar á toda costa. Cuatro robustos esclavos conducían rápidamente su litera á través de las ruinas, los montones de cenizas y las piedras de que estaban llenas las Carinas; Petronio les ordenó acelerar aún más el paso para llegar cuanto antes á su casa. Vinicio, cuya *ínsula* había sido presa de las llamas, vivía ahora con su tío. Estaba allí en aquel momento.

– ¿Has visto hoy á Licia?, le preguntó Petronio.

– Ahora mismo acabo de verla.

– Escucha lo que voy á decirte y no pierdas tiempo en cosas inútiles. Hoy en consejo se ha decidido acusar á los cristianos como autores del incendio, por lo cual les esperan persecuciones y martirios. Salva á tu Licia y huye con ella á través de los Alpes ó al Africa. Apresúrate, porque el Palatino está más cerca del Trastevere que de las Carinas.

Vinicio era demasiado buen soldado para perder el tiempo en vanas disquisiciones. Escuchó con las cejas arrugadas y con una expresión pensativa, pero impávida. Evidentemente su primer impulso hubiera sido el de defenderse y luchar.

– ¡Voy!, dijo sencillamente.

– Toma una bolsa de oro, armas y un puñado de cristianos. En caso necesario, todo esto puede resultarte muy útil.

Salva á tu Licia y huye con ella á través de los Alpes ó al África

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vinicio se hallaba ya en el umbral del atrio.

– ¡Envíame noticias por un esclavo!, le gritó Petronio.

Cuando quedó solo, empezó á dar vueltas entre las columnas que adornaban el atrio, pensando en todos los acontecimientos que iban desarrollándose. Sabía que Lino y Licia, después del incendio, debían volver á la casa que aquél poseía y que, con la mayor parte de las del Trastevere, se había salvado del incendio: esta era una circunstancia desfavorable, porque, en otro caso, hubiera sido muy difícil encontrarlos entre la muchedumbre. Todavía esperaba Petronio que nadie en el Palatino sabría dónde habitaban, y siempre llegaría Vinicio á tiempo para prevenir á los pretorianos. Pensaba también que Tigelino cogería una enorme redada de cristianos, enviando hombres armados á los más lejanos puntos. «Si no manda en busca de Licia más de diez hombres, aquel gigante licio se bastará para romperles los huesos.» Así procuraba consolarse: «Y si Vinicio llega á tiempo con los suyos...» Y esta idea logró reanimarle. Seguramente que el resistir á mano armada á los pretorianos equivalía á declarar guerra á César. Petronio sabía también que, aun suponiendo que Vinicio lograse sustraerse á la venganza de César, éste descargaría sobre él; pero poco le importaba. Le sonreía la idea de desbaratar los planes de Nerón y de Tigelino, y decidió no escatimar á este objeto ni gente ni dinero.

Puesto que Pablo de Tarso había convertido en Anzio á la mayor parte de su servidumbre, podía contar con su devoción y con su celo, tratándose de defender á los cristianos. La llegada de Eunica interrumpió el curso de sus pensamientos. Al verla, desaparecieron todos los sufrimientos y todas las angustias. Olvidó á César, la desgracia en que había caído, cortesano degradado, la persecución que amenazaba á los cristianos, á Vinicio y á Licia, y no vió más que á la joven con los ojos del sentimiento estético, del admirador entusiasta ante el triunfo de la belleza física y del enamorado ante la personificación de la gracia y de la suavidad. Vestía Eunica un traje violeta transparente, llamado *coa vestis*, que realzaba su belleza floreciente, dándole semejanza á una joven diosa. Viéndose admirada y amando intensamente á Petronio, ávida de sus caricias, enrojeció de alegría como una niña ingenua.

– ¿Qué quieres decirme, amor mío?, preguntó Petronio, tendiéndole las manos.

Ella reclinó sobre él su hermosa cabeza dorada y respondió:

– Ha venido Antemio con sus cantores y pregunta si deseas oirle.

– Sí, que espere. Nos cantará, durante la comida, el himno de Apolo. ¡Por todos los dioses! Cuando te miro así vestida, me parece que la misma Afrodita, cubierta con un pedazo del firmamento azul, está viva en mi presencia.

– ¡Oh, señor!

– Ven aquí, más cerca, Eunica: ciñe con tus brazos mi cuello y aproxima á los míos tus labios: ¿me amas?

– Más de lo que te amo no podría amar ni á Júpiter.

Y diciendo esto, juntó apasionadamente sus labios con los de Petronio, temblando de placer entre sus brazos. Él le preguntó:

– ¿Y si hubiésemos de separarnos?

Eunica le miró asustada.

– ¿Qué quieres decir con esto, señor?

– No temas; podría suceder que emprendiese un largo viaje.

– En este caso llévame contigo.

Petronio cambió en seguida de conversación.

– Dime, ¿entre los céspedes del jardín hay por casualidad gamones?

– Los cipreses y los céspedes han sido arrasados por el fuego, las hojas caen de los mirtos y todo el jardín parece muerto.

– Roma entera parece muerta y en breve quedará convertida en un verdadero cementerio. ¿Sabes que se ha publicado un edicto contra los cristianos y está iniciándose una persecución en la que perecerán millares y millares de ellos?

– ¿Por qué se castiga á los cristianos, señor, si son buenos y amantes de la paz?

– ¡Por eso precisamente!

– Trasladémonos á orillas del mar, si esto ocurre. Tus bellos ojos no deben ver tanta sangre.

– Es verdad; pero, entretanto, tomaré el baño. Ven al *eleotesio* para untarme los brazos. ¡Por el ceñidor de Venus! ¡Nunca me has parecido tan hermosa! Quiero encargar para ti una pila en forma de concha en la cual parecerás una perla preciosa. ¡Ven, hermosa mía, la de los cabellos de oro!

Petronio salió, y al cabo de una hora, coronados ambos de rosas, el rostro radiante de felicidad, sentáronse junto á la mesa preparada, cubierta de platos y vasos de oro. Niños en traje de Cupido les servían silenciosamente, se vertían los vinos en cálices adornados de hiedra, y los cantores de Antemio entonaban, con acompañamiento de arpas, el himno de Apolo. ¿Qué les importaba de las ruinas aún humeantes de Roma y de las cenizas que el viento esparcía en todas direcciones? Su dicha consistía en aquel amor que envolvía su existencia en toda la poesía y toda la voluptuosidad de un sueño divino. Antes de que terminaran los cantos, compareció un esclavo, el primero del atrio.

– Señor, dijo con voz ansiosa y trémula, un centurión que ha venido con un escuadrón de pretorianos desea hablarte por encargo de César.

Callaron los cantores y los instrumentos. Todos temblaron de miedo, porque ordinariamente, para los avisos amistosos, Nerón no solía recurrir á los pretorianos. Por esto su presencia no podía significar nada bueno. Sólo Petronio estaba impasible, y mostrándose contrariado por la importuna visita, dijo:

– ¡Si á lo menos se me dejase comer con tranquilidad!

Después ordenó al esclavo que hiciese entrar al centurión.

El atriense desapareció y pocos momentos después resonaron los pesados pasos del centurión Apero, conocido de Petronio, armado y cubierta la cabeza con el casco de hierro.

– Noble señor, dijo, te traigo una carta de César.

Petronio tendió con indiferencia la mano para coger la tablilla que le entregaban, la leyó rápidamente y se la dió luego á Eunica.

– Quiere leer esta noche un nuevo canto de su *Iliada* y me invita á oir la lectura.

– Yo no tengo más orden que la de entregarte la misiva, dijo el centurión.

– Sí, no hay respuesta alguna. Pero tú, centurión, has de vaciar un cáliz de vino con nosotros.

– Te lo agradezco, noble señor; beberé gustoso un poco de vino á tu salud; pero sin detenerme mucho, pues estoy de servicio.

– ¿Y por qué te mandaron á ti, en lugar de un esclavo, con la embajada?

– Lo ignoro, señor. Quizá fué porque tengo que desempeñar otras funciones oficiales precisamente en este distrito.

– Lo sé perfectamente. ¿Contra los cristianos?

– Sí, señor.

– ¿Y la persecución ha empezado muy temprano?

– Algunas divisiones han sido enviadas este mediodía al Trastevere.

Dicho esto, el centurión vertió un poco de vino del cáliz en honor de Marte, y después, vaciándolo de un sorbo, dijo:

– ¡Que los dioses secunden todos tus deseos, señor!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– ¡Llévate también el cáliz!, ordenó Petronio.

Luego, haciendo una seña á Antemio, prosiguieron los cantos.

«El *Enobarbo* empieza á divertirse conmigo y con Vinicio, pensó Petronio al oir los primeros acordes de las arpas. Adivino sus planes. Creyó asustarme enviándome al centurión. Esta misma noche se le preguntará cuál ha sido la acogida que le he dispensado. ¡No, no!! ¡No tendrás motivo para solazarte, oh cruel profeta! Sé que no olvidarás la ofensa, sé que mi desgracia es inminente; pero si esperas verme suplicante ó temblando de miedo, ¡te engañas!

– César te escribe: «ven, si lo deseas.» ¿Irás?, preguntó Eunica.

– Estoy muy bien de salud y podré oir sus versos, respondió Petronio; por esto iré, y no pudiendo ir Vinicio, con mayor motivo.

Dejando la mesa, dió su acostumbrado paseo, se hizo peinar y arreglar el traje por los esclavos, y una hora después, bello como un dios pagano, ordenó que le condujesen al Palatino. Era una noche calurosa y tranquila. La luna iluminaba con tan vivo resplandor que los *lampadarii* que precedían á la litera apagaron sus luces. Por las calles y entre las ruinas se agitaba una muchedumbre embriagada, cargada de hiedra, de mirtos y de laureles, arrancados de los jardines cesáreos. La abundancia de víveres y la esperanza de los próximos y grandiosos espectáculos llenaban de júbilo todos los corazones. Se oían músicas y cantos celebrando la noche encantada y el amor; en muchos puntos se bailaba á la luz de la luna, y los esclavos se veían obligados continuamente á abrirse camino para pasar con la litera del noble Petronio; al oir este nombre la multitud se separaba, aclamando con gritos de júbilo á su predilecto.

Pero á él sólo le preocupaba Vinicio, extrañándole no haber recibido noticias suyas. Era epicúreo y egoísta, pero su intimidad con Pablo de Tarso y con Vinicio, y además todo cuanto había oído decir diariamente acerca de los cristianos, le habían transformado sensiblemente sin que él pudiera advertirlo. Parecía como que emanaba de aquellos dos un aliento purificador que había arrojado su semilla saludable hasta en el alma del sensualista, pues toda huella de egoísmo estaba á punto de desaparecer en ella. Además había sentido siempre por Vinicio un cariño entrañable, por ser hijo de su hermana predilecta. Desde que se había interesado por las aventuras del sobrino, se consagraba á ellas con vivo celo, temeroso del aspecto trágico que iban á tomar. Petronio no había perdido aún la esperanza de que Vinicio hubiese podido prevenir á los pretorianos, huyendo con Licia, ó en la peor hipótesis, la hubiese arrancado del poder de aquéllos. Previendo que tendría que responder á varias preguntas, hubiera preferido tener la certeza de los hechos para encontrarse preparado.

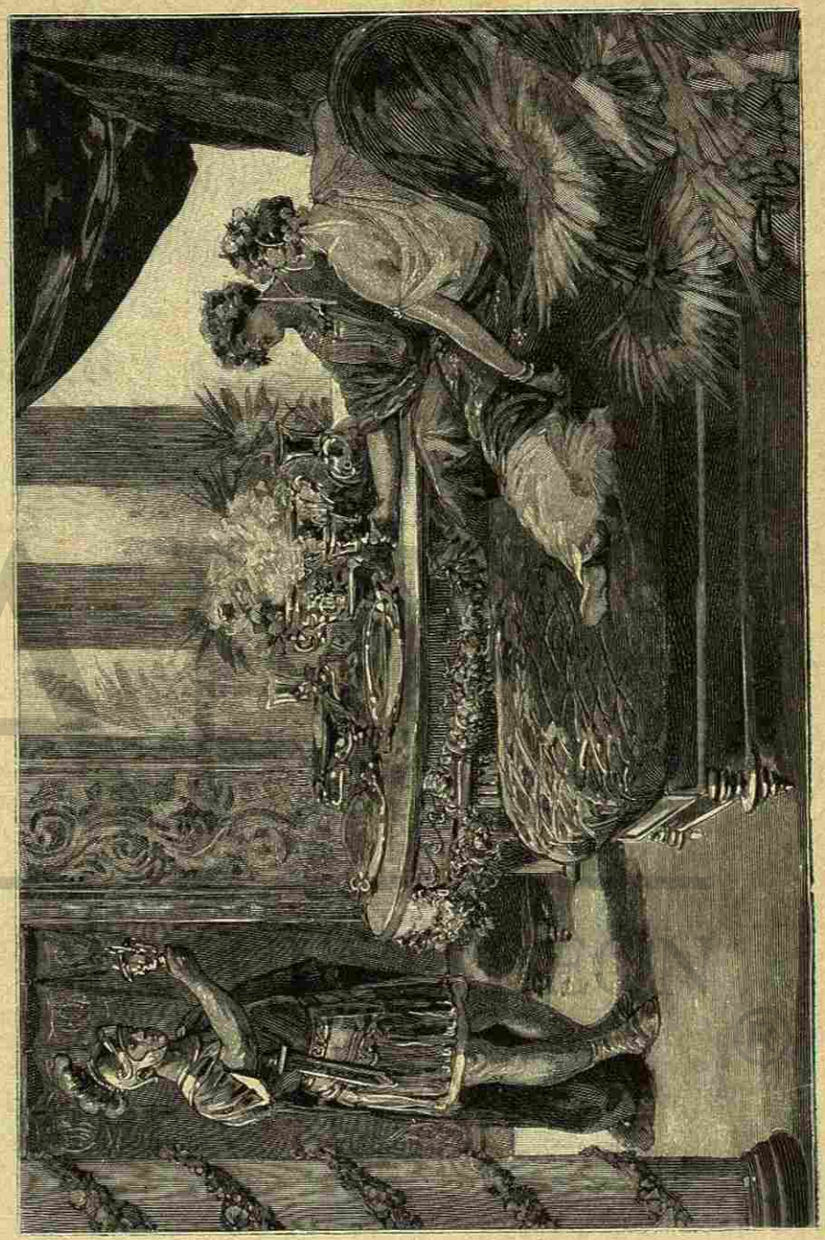
Cuando llegó frente al palacio de Tiberio, bajó de la litera y entró inmediatamente en el atrio, que estaba ya lleno de cortesanos.

Los que el día anterior aún se contaban en el número de sus amigos no le siguieron, admirados de verle entre los invitados. Y él pasaba por en medio de todos, bello, desenvuelto, despreocupado y seguro de sí mismo, como un poderoso en el acto de dispensar favores á diestro y siniestro. Algunos hasta llegaban á preguntarse, al verle en tal actitud, si no se habían precipitado en demostrarle frialdad.

César, absorto en la conversación, pareció que no notaba su presencia y no le saludó. Tigelino, en cambio, se le acercó, diciéndole:

– ¡Salud, *arbiter elegantiarum!* ¿Sostienes todavía que no fueron los cristianos los que incendiaron Roma?

Petronio, según costumbre, se encogió de hombros, y golpeando la espalda de Tigelino, como solía hacer con los libertos, respondió:



¡Llévate también el cáliz!, ordenó Petronio

– Tú sabes lo mismo que yo lo que debe pensarse de estos hechos.

– No me atrevería, seguramente, á comparar tu sabiduría con la mía.

– ¡Y tienes razón! Porque cuando César lea un nuevo libro de la *Ilíada*, tendrás que emitir un juicio conveniente, en vez de gritar como una corneja.

Tigelino se mordió los labios. No le halagaba mucho la idea de la lectura de César, sabiendo que no podía competir con Petronio en aquel terreno. En efecto, Nerón leía, y por la fuerza de la costumbre volvía la vista hacia Petronio espiando la expresión de su fisonomía. Y el *arbiter* escuchaba atentamente, levantando los ojos, dando muestras de aprobación, redoblando su atención para coger el sentido oculto de alguna frase y para asegurarse de haber oído bien. Después alababa ó censuraba y exigía más claridad ó más profundidad en algún verso. Nerón comprendía que los demás, en sus alabanzas exageradas, no tenían más mira que su propio interés, mientras Petronio no se ocupaba de la poesía más que por puro amor al arte: él solo comprendía, él solo juzgaba concienzudamente. Por esto durante un rato hubo un cambio continuo de frases y de opiniones entre los dos, y cuando Petronio puso en duda la oportunidad de una expresión vulgar, el emperador le dijo:

– En el último libro verás por qué la he escogido.

«¡Ah!, pensó Petronio, esto quiere decir que aún estaremos aquí cuando se termine el último libro.»

Más de uno de los presentes pensó entonces: «¡Ay de nosotros si Petronio gana tiempo, porque puede recobrar la gracia del emperador y perder á Tigelino.» Y por si acaso, muchos se pusieron otra vez á su lado. El fin de la velada fué menos feliz. Cuando Petronio fué á despedirse, César, con los ojos centelleantes de perversidad, le preguntó bruscamente:

– ¿Por qué no se ha dejado ver Vinicio?

Si Petronio hubiera estado seguro de que el joven tribuno y Licia habían abandonado la ciudad, hubiera respondido: «Con tu permiso se ha casado y ha partido.» Pero observando una extraña sonrisa en el rostro de Nerón, se limitó á responder:

– Seguramente no habrá tenido conocimiento de tu invitación por no hallarse en casa.

– Dile que tendré mucho gusto en verle, añadió Nerón, y recomiéndale en mi nombre que no deje de asistir á los espectáculos en que tomen parte los cristianos.

Estas palabras impresionaron á Petronio, porque le pareció que se referían directamente á Licia. En cuanto subió á su litera, ordenó que le condujeran á su casa con más rapidez que por la mañana; pero esto no era fácil. Frente al palacio de Tiberio se aglomeraba una masa de gente embriagada, que aullaba, pero no gritando de alegría, sino vivamente excitada. Desde lejos llegaban exclamaciones que Petronio no había podido entender en el primer momento, pero que poco después se hicieron unánimes, prorrumpiendo todos en un solo aullido, espantoso, salvaje:

– ¡Los cristianos á las fieras!

Las ricas literas de los cortesanos á duras penas podían abrirse paso entre la muchedumbre tumultuosa. De todas las calles incendiadas acudían nuevas avalanchas de gente, que oyendo aquellos gritos se apresuraban á repetirlos. Corría de boca en boca la noticia de que al mediodía habían empezado las detenciones y que un número considerable de incendiarios estaba en poder de la autoridad; á lo largo de las calles, entre las ruinas, en el Palatino, por las colinas y por los jardines, de uno á otro extremo de la ciudad resonaba con furor siempre creciente el grito:

– ¡Los cristianos á las fieras!

– ¡Gentuza!, replicó Petronio con desprecio. ¡Pueblo digno de tu césar!

Y comprendió claramente que una sociedad que se regía merced á aquel exceso de crueldad, desconocido hasta de los pueblos más bárbaros, á una corrupción sin límites y á crímenes sin nombre, no podía durar mucho tiempo. Roma dominaba el mundo, pero representaba también la gangrena social; despedía un hedor cadavérico y parecía que las sombras de la muerte se preparaban piadosas á cubrir aquella existencia medio deshecha. Más de una vez esto había servido de tema á las conversaciones entre los cortesanos, pero Petronio no había tenido ocasión de convencerse de cuán vertiginosa era la carrera hacia el precipicio emprendida por aquel enorme carro triunfal coronado de laurel, que llevaba dentro una multitud de prisioneros de todas las razas. La vida en aquella gran ciudad le parecía un baile desenfrenado, una orgía de disolutos, próxima á terminar.

Petronio comprendía entonces que los cristianos debían tener en ésta la base de otra vida mucho mejor; pero, si estaban todos destinados á desaparecer, ¿qué sucedería luego?

El baile desenfrenado seguiría mientras durase Nerón, y muerto éste, se daría con otro césar parecido á él ó peor aún, porque aquel pueblo y aquellos patricios no serían capaces de procurarse cosa mejor. Y entonces principiaría otra orgía más humillante. Pero tampoco la orgía podía ser eterna, y á ésta debía seguir un poco de calma, aunque no fuese más que por agotamiento de fuerzas.

Estos pensamientos despertaban en Petronio un tedio infinito. ¿Valía, pues, la pena de vivir en ansia continua y con el solo objeto de contemplar semejantes horrores? ¿No había de ser el genio de la muerte tan hermoso como el genio del sueño, si ambos tenían las alas de oro?

La litera se paró frente á su casa, cuya puerta se abrió inmediatamente.

– ¿Ha vuelto el noble Vinicio?, preguntó Petronio.

– Sí, señor, ahora mismo, respondió un esclavo.

«No ha llegado á tiempo,» pensó Petronio.

Y despojándose de la toga, entró en el atrio.

Vinicio estaba sentado, con la cabeza entre las manos; al oir los pasos, levantó el rostro petrificado; sólo le brillaban los ojos por la fiebre.

– ¿Llegaste demasiado tarde?, le preguntó Petronio.

– ¡Sí! La prendieron antes del mediodía.

Siguió un breve silencio.

– Pero ¿la has visto?

– ¡Sí!

– ¿Dónde?

– En la Cárcel Mamertina.

A Petronio le temblaron las piernas y miró con ansiedad al sobrino. Éste comprendió la muda pregunta.

– ¡No!, dijo, no ha sido arrojada al Tuliano (1) y ni siquiera en la cárcel del centro. Pagué á la guardia para que le concediesen una celda propia; Ursus se ha colocado junto á su puerta y la custodiará.

– ¿Y por qué no la defendió?

– Porque fueron enviados cincuenta pretorianos, y Lino se lo prohibió.

– ¿Y Lino entonces?..

– Lino está á punto de morir; por esto no le arrestaron.

– Y tú ¿qué intentas hacer ahora?

(1) La parte subterránea de la prisión, que tenía una sola abertura en el techo. Yugurta murió allí de hambre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– ¡Salvarla ó morir con ella! ¡Yo también creo en Cristo!

Vinicio hablaba con calma aparente; pero en su voz notábase tal acento de desesperación, que Petronio quedó fuertemente impresionado.

– Te comprendo, le dijo. Pero ¿cómo la salvarás?

– He sobornado á los guardias para que preserven á Licia de todo furor y para que no pongan obstáculos á su fuga.

– ¿Y cuándo podrá realizarse?

– Los guardias me dijeron que no podían prometerme que esto se realizara muy pronto á causa de su responsabilidad, pero me hicieron esperar que, apenas se llene la cárcel y no sea posible mantener en ella una rigurosa disciplina, dejarán escapar á Licia. ¡Pero es una causa desesperada! ¡Sálvala tú, Petronio! ¡Sálvala, y á mí con ella! Eres amigo de César y él mismo fué quien me la dió. ¡Ve á verle y sálvame!

En vez de responder, Petronio llamó á un esclavo y mandó que le llevasen dos mantos obscuros y dos espadas. Cumplido el mandato, se volvió á Vinicio, diciéndole:

– Andando te lo explicaré todo; toma entretanto el manto y el arma y vámonos á las cárceles. Una vez allí, darás á los guardias cien mil sextercios; dales aunque sea el doble, el quíntuple, mientras liberten á Licia; más tarde no lograrías nada.

– ¡Vamos!, repitió Vinicio.

Cuando estuvieron en la calle dijo Petronio:

– Ahora escúchame. Desde esta mañana he caído en desgracia; mi vida ahora pende de un cabello, y por esto no puedo hacer gestiones cerca de César... Y lo que es peor; estoy seguro de que obtendría el efecto contrario dirigiéndome á él. De otro modo, ¿cómo te hubiera yo aconsejado que huyeras con Licia ó que la libertaras? Si lo logras, toda la cólera de César caerá sobre mí. Así como están las cosas, acogería más fácil y benévolamente un ruego tuyo que uno mío. ¡No pienses en ello! Procura sacarla de la cárcel y huir. No te queda otro remedio. Si no te resulta, tenemos aún tiempo de seguir otro camino. Ten entendido que Licia no fué presa sólo por su fe cristiana, sino á causa del odio de Popea contra ella y contra ti. Tú has ofendido á la Augusta con tus desdenes, ¿te acuerdas? Ella sabe perfectamente que tú la rechazaste por amor á Licia, á quien ella odió desde el primer encuentro. Desde aquel instante trató de perderla y después la acusó de haber causado la muerte de su hija con artes maléficas. Por esto te digo que veo en todo la mano de Popea. De lo contrario, ¿cómo se explicaría que Licia haya sido arrestada entre los primeros? ¿Quién ha podido indicar con tanta exactitud la casa de Lino? Te aseguro que la pobre ha sido espiada durante todo este tiempo. Comprendo que te torturo el alma y te arranco toda esperanza; pero lo hago expresamente para convencerte de que ambos estáis perdidos, si no logras libertarla antes de que César y Popea puedan suponer que existe la tentativa.

– Sí, comprendo..., murmuró Vinicio.

Era ya hora muy avanzada y las calles estaban desiertas. Su coloquio fué interrumpido por un gladiador borracho que salió á su encuentro. Tropezó con Petronio, le puso una mano sobre el hombro, y echándole al rostro su aliento fétido, gritó con voz ronca:

– ¡A las fieras los cristianos!

– Mirmilón, respondió Petronio tranquilamente, oye mi consejo: ¡sigue tu camino!

El beodo le cogió el brazo con la otra mano.

– Grita también tú, ó te retuerzo el cuello: «¡A las fieras los cristianos!»

Hundió hasta el puño en el pecho del miserable el arma con que iba prevenido

Los nervios de Petronio se habían puesto ya en tensión al oir antes aquel grito; desde que había dejado el Palatino, le oprimía el pecho como una pesadilla y le destrozaba los oídos. Así, pues, cuando se vió amenazado por el puño del gladiador, agotósele la paciencia.

– Amigo, le dijo, apestas á vino y me impides el paso.

Y diciendo esto, hundió hasta el puño en el pecho del miserable el arma con que iba prevenido; después, cogiendo por el brazo á Vinicio, continuó su camino como si nada hubiese sucedido.

– Hoy me ha dicho César: «Di á Vinicio que no falte á los espectáculos en que tomen parte los cristianos.» ¿Comprendes lo que significa decirme esto? Quiere divertirse con tu dolor: ¡es un hecho! Quizá por esta razón no estamos aún encarcelados tú y yo. Si no consigues ahora libertarla..., ¡no sé qué me diga!..., pudiera ser que Acté intercediese en su favor...; pero ¿obtendrá alguna cosa?.. Tus posesiones de Sicilia podrían tentar á Tigelino. ¡Pruébalo!

– ¡Le doy todo lo que poseo!

Desde las Carinas al Foro la distancia era corta, por lo cual llegaron muy pronto. Empezaba á amanecer y los muros iban saliendo de las sombras poco á poco.

Cuando estuvieron en la Cárcel Mamertina, Petronio se detuvo de improviso, diciendo:

– ¿Los pretorianos? ¡Demasiado tarde!

En efecto, una doble fila de soldados rodeaba la cárcel. Los primeros albores hacían relucir sus yelmos y las puntas de sus lanzas.

Vinicio se puso pálido como un cadáver.

– ¡Vamos hasta allí!, dijo.

No tardaron en hallarse junto á los soldados. Petronio, dotado de una memoria poco común, conocía no sólo á los oficiales, sino á casi todos los soldados uno por uno. Distinguiendo á uno que le era más conocido que los otros, le hizo seña de que se le acercase.

– ¿Qué quiere decir esto, Nigro?, le preguntó. ¿Tenéis orden de custodiar las prisiones?

– Sí, noble Petronio; porque el prefecto temía que se intentase libertar á los incendiarios.

– ¿Se os ha ordenado no dejar pasar á nadie?, preguntó Vinicio.

– ¡No! Los conocidos podrán visitar á los prisioneros, y de este modo se aumentará el número de cristianos arrestados.

– En este caso, dejadme entrar, dijo Vinicio; y apretando la mano á Petronio: ¡Ve á ver á Acté! Yo iré luego á saber la respuesta.

– ¡Ven!, insistió Petronio.

En aquel momento, de los subterráneos y del interior de la cárcel se elevó un suavísimo canto religioso. Aquel himno, primero bajo y tímido, se hizo al poco rato solemne y majestuoso; voces de mujeres, de hombres y de niños se unían en un coro de grandiosa armonía; en el silencio de la mañana aquellas voces adquirían la dulzura del arpa, y lejos de resonar melancólicas ó afligidas, encontrábase en ellas, soberana, la nota de la alegría y del triunfo.

Los soldados se miraron uno á otro, atónitos. Y en tanto la bella aurora rosada reanimaba con su alegría el horizonte.

LI

El grito de «¡A las fieras los cristianos!» se repitió en innumerables feroces ecos por los ángulos de la ciudad. Al principio algunos dudaban de que fuesen los cristianos los verdaderos autores del incendio; pero nadie quería dudar, ante la perspectiva de que su expiación sería para el pueblo un espectáculo sin igual. Era opinión general que el fuego no hubiera podido propagarse de aquel modo sin la voluntad de los dioses. Por esta razón se ordenó que en todos los templos se hicieran sacrificios de todo género para aplacar la cólera divina. Después de consultados los libros sibilinos, el Senado dispuso la celebración de solemnes rogativas á Vulcano, á Ceres y á Proserpina. Las matronas ofrecieron holocaustos á Juno; llegaron hasta el mar en larga procesión y rociaron con agua la imagen de la diosa. Las esposas velaron algunas noches para honrar á los dioses. Roma entera se purificó así de sus pecados y se ofrecieron dones y sacrificios á los inmortales. Entre las ruinas empezaron las excavaciones para ensanchar las calles y las construcciones de nuevos palacios y templos. El primer edificio que se levantó con increíble rapidez fué un enorme anfiteatro de madera, donde habían de perecer los cristianos. Inmediatamente después de celebrado el consejo en el palacio de Tiberio, se dieron las oportunas órdenes para que se adquiriese el mayor número posible de animales feroces. Tigelino, al efecto, preparó todos los vivares y dispuso que en África se verificasen grandes cacerías, en las que habían de tomar parte todos los indígenas. Del Asia se hicieron traer elefantes y tigres, del Nilo cocodrilos, leones del Atlas, osos y lobos de los Pirineos, perros dogos del Epiro, búfalos y bisontes de la Germania. El número de detenciones operadas prometía un espectáculo como no lo había visto Roma. César trataba de borrar con sangre el recuerdo del incendio y embriagar á todo su pueblo de modo que nadie pudiese olvidar en su vida aquel mar de sangre.

La plebe ayudaba voluntariamente á los pretorianos en la tarea de dar caza á los cristianos, lo que era empresa fácil, porque éstos, acampados con el resto de la población en los jardines, profesaban su fe á la luz del sol. Cuando los guardias les cercaban, caían de rodillas entonando preces y dejándose conducir sin oponer resistencia alguna; y aquella resignación no hacía más que aumentar la ira del pueblo, que la juzgaba fruto de un orgullo insano. La muchedumbre parecía loca; á veces los cristianos eran arrebatados de manos de los guardias y maltratados cruelmente; las mujeres eran arrastradas por los cabellos hasta la cárcel, los niños estrellados contra las piedras.

La gente corría por las calles gritando y quejándose, husmeando en los caminos, entre las ruinas y en las cantinas en busca de víctimas. Frente á las cárceles se bailaban danzas báquicas; todas las cárceles estaban atestadas, y todos los días los pretorianos y la plebe conducían allí nuevas víctimas. La piedad había enmu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los nervios de Petronio se habían puesto ya en tensión al oir antes aquel grito; desde que había dejado el Palatino, le oprimía el pecho como una pesadilla y le destrozaba los oídos. Así, pues, cuando se vió amenazado por el puño del gladiador, agotósele la paciencia.

– Amigo, le dijo, apestas á vino y me impides el paso.

Y diciendo esto, hundió hasta el puño en el pecho del miserable el arma con que iba prevenido; después, cogiendo por el brazo á Vinicio, continuó su camino como si nada hubiese sucedido.

– Hoy me ha dicho César: «Di á Vinicio que no falte á los espectáculos en que tomen parte los cristianos.» ¿Comprendes lo que significa decirme esto? Quiere divertirse con tu dolor: ¡es un hecho! Quizá por esta razón no estamos aún encarcelados tú y yo. Si no consigues ahora libertarla..., ¡no sé qué me diga!..., pudiera ser que Acté intercediese en su favor...; pero ¿obtendrá alguna cosa?.. Tus posesiones de Sicilia podrían tentar á Tigelino. ¡Pruébalo!

– ¡Le doy todo lo que poseo!

Desde las Carinas al Foro la distancia era corta, por lo cual llegaron muy pronto. Empezaba á amanecer y los muros iban saliendo de las sombras poco á poco.

Cuando estuvieron en la Cárcel Mamertina, Petronio se detuvo de improviso, diciendo:

– ¿Los pretorianos? ¡Demasiado tarde!

En efecto, una doble fila de soldados rodeaba la cárcel. Los primeros albores hacían relucir sus yelmos y las puntas de sus lanzas.

Vinicio se puso pálido como un cadáver.

– ¡Vamos hasta allí!, dijo.

No tardaron en hallarse junto á los soldados. Petronio, dotado de una memoria poco común, conocía no sólo á los oficiales, sino á casi todos los soldados uno por uno. Distinguiendo á uno que le era más conocido que los otros, le hizo seña de que se le acercase.

– ¿Qué quiere decir esto, Nigro?, le preguntó. ¿Tenéis orden de custodiar las prisiones?

– Sí, noble Petronio; porque el prefecto temía que se intentase libertar á los incendiarios.

– ¿Se os ha ordenado no dejar pasar á nadie?, preguntó Vinicio.

– ¡No! Los conocidos podrán visitar á los prisioneros, y de este modo se aumentará el número de cristianos arrestados.

– En este caso, dejadme entrar, dijo Vinicio; y apretando la mano á Petronio: ¡Ve á ver á Acté! Yo iré luego á saber la respuesta.

– ¡Ven!, insistió Petronio.

En aquel momento, de los subterráneos y del interior de la cárcel se elevó un suavísimo canto religioso. Aquel himno, primero bajo y tímido, se hizo al poco rato solemne y majestuoso; voces de mujeres, de hombres y de niños se unían en un coro de grandiosa armonía; en el silencio de la mañana aquellas voces adquirían la dulzura del arpa, y lejos de resonar melancólicas ó afligidas, encontrábase en ellas, soberana, la nota de la alegría y del triunfo.

Los soldados se miraron uno á otro, atónitos. Y en tanto la bella aurora rosada reanimaba con su alegría el horizonte.

LI

El grito de «¡A las fieras los cristianos!» se repitió en innumerables feroces ecos por los ángulos de la ciudad. Al principio algunos dudaban de que fuesen los cristianos los verdaderos autores del incendio; pero nadie quería dudar, ante la perspectiva de que su expiación sería para el pueblo un espectáculo sin igual. Era opinión general que el fuego no hubiera podido propagarse de aquel modo sin la voluntad de los dioses. Por esta razón se ordenó que en todos los templos se hicieran sacrificios de todo género para aplacar la cólera divina. Después de consultados los libros sibilinos, el Senado dispuso la celebración de solemnes rogativas á Vulcano, á Ceres y á Proserpina. Las matronas ofrecieron holocaustos á Juno; llegaron hasta el mar en larga procesión y rociaron con agua la imagen de la diosa. Las esposas velaron algunas noches para honrar á los dioses. Roma entera se purificó así de sus pecados y se ofrecieron dones y sacrificios á los inmortales. Entre las ruinas empezaron las excavaciones para ensanchar las calles y las construcciones de nuevos palacios y templos. El primer edificio que se levantó con increíble rapidez fué un enorme anfiteatro de madera, donde habían de perecer los cristianos. Inmediatamente después de celebrado el consejo en el palacio de Tiberio, se dieron las oportunas órdenes para que se adquiriese el mayor número posible de animales feroces. Tigelino, al efecto, preparó todos los vivares y dispuso que en África se verificasen grandes cacerías, en las que habían de tomar parte todos los indígenas. Del Asia se hicieron traer elefantes y tigres, del Nilo cocodrilos, leones del Atlas, osos y lobos de los Pirineos, perros dogos del Epiro, búfalos y bisontes de la Germania. El número de detenciones operadas prometía un espectáculo como no lo había visto Roma. César trataba de borrar con sangre el recuerdo del incendio y embriagar á todo su pueblo de modo que nadie pudiese olvidar en su vida aquel mar de sangre.

La plebe ayudaba voluntariamente á los pretorianos en la tarea de dar caza á los cristianos, lo que era empresa fácil, porque éstos, acampados con el resto de la población en los jardines, profesaban su fe á la luz del sol. Cuando los guardias les cercaban, caían de rodillas entonando preces y dejándose conducir sin oponer resistencia alguna; y aquella resignación no hacía más que aumentar la ira del pueblo, que la juzgaba fruto de un orgullo insano. La muchedumbre parecía loca; á veces los cristianos eran arrebatados de manos de los guardias y maltratados cruelmente; las mujeres eran arrastradas por los cabellos hasta la cárcel, los niños estrellados contra las piedras.

La gente corría por las calles gritando y quejándose, husmeando en los caminos, entre las ruinas y en las cantinas en busca de víctimas. Frente á las cárceles se bailaban danzas báquicas; todas las cárceles estaban atestadas, y todos los días los pretorianos y la plebe conducían allí nuevas víctimas. La piedad había enmu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decido y parecía que nadie tenía lengua más que para repetir á cada instante: «¡Los cristianos á las fieras!»

Los días eran extremadamente calurosos, y más sofocantes aún las noches; podía decirse que el aire mismo estaba saturado de sangre y de delirio. Semejante exceso de crueldad en el pueblo era superado aún por el ferviente deseo de asistir al martirio, que se apoderó de todos los espíritus. Los cristianos afrontaban con valor todos los peligros y la misma muerte, que casi buscaban hasta donde se lo permitía la severidad de sus preceptos. Siguiendo las órdenes de sus jefes, se reunían entonces únicamente fuera de la ciudad, en las cavernas de la Vía Apia y en las viñas pertenecientes á patricios cristianos que no habían sido detenidos. En el Palatino se sabía que Flavio, Domitila, Pomponia Grecina, Cornelio y Vinicio eran sectarios de Cristo; pero César temía que el pueblo no creyera que aquellos personajes pudiesen ser incendiarios, y como se trataba ante todo de convencer al pueblo, se decidió aplazar su castigo. Otros creían erróneamente que aquellos patricios debían su salvación á Acté. Lo único cierto era que Petronio, apenas dejó á Vinicio, corrió á ver á Acté para implorar su apoyo en favor de Licia; pero aquélla no pudo ofrecerle más que lágrimas, pues ella misma se consideraba sólo *tolerada* por César y Popea, que á duras penas soportaban su presencia.

Lo que hizo fué visitar á la muchacha en la cárcel, llevándole ropas y alimentos, y buscando sobre todo el medio de librarla de las violencias de los carceleros, que habían sido ya sobornados con este objeto.

Petronio, que no podía olvidar que su plan de raptar á Licia era causa de que la joven sufriese la persecución y la cárcel, y quería además vencer á Tigelino, no ahorraba tiempo ni trabajo. En el transcurso de pocos días visitó á Séneca, á Domicio Afro, á Crispinila y á Diodoro, con los cuales esperaba buen resultado cerca de Popea; visitó además á Terpno, al bello Pitágoras, y por último á Alituro y á Paris, á los cuales generalmente nada negaba el emperador. Con el apoyo de Crisotemis, que era entonces la amante de Vatinio, trató de ganarse la influencia de éste, mostrándose con todos espléndido en oro y en promesas.

Pero todas sus gestiones resultaban infructuosas. Séneca declaraba que aun cuando no hubiesen sido los cristianos los autores del incendio, convenía que fuesen extirpados por el bien de la ciudad; en otros términos, aprobaba por razones de Estado aquel derramamiento de sangre. Terpno y Diodoro se embolsaron el dinero, sin hacer nada. Vatinio confió á César que se había tratado de sobornarlo. Únicamente Alituro, antiguo enemigo de los cristianos, ahora sentía piedad por ellos y tuvo valor para nombrar ante César á la joven licia y pedir su indulto. Pero sólo pudo obtener esta respuesta:

– ¿Crees que mi alma no es tan grande como la de Bruto, que no respetó ni siquiera á sus hijos, tratándose del bien de Roma?

Cuando Petronio oyó aquella respuesta, exclamó:

– Si Nerón se ha comparado con Bruto, no hay esperanza de salvación.

Temía que Vinicio pensase en arrancarse la vida.

«Por ahora, decía, lo sostienen todos los esfuerzos que hace por salvar á Licia; pero cuando todos los medios resulten inútiles y se desvanezca toda esperanza, se matará.»

Y Petronio comprendía mejor esta muerte que el amor y los sufrimientos de Vinicio.

Éste, por su parte, hacía cuanto humanamente podía para salvar á Licia, y él, antes tan orgulloso, había visitado en persona á muchos augustianos, invocando su apoyo; después, por medio de Vitelio, había ofrecido á Tigelino todas sus posesiones de Sicilia, ofrecimiento que Tigelino no había querido aceptar por no ofender á la Augusta. Arrojarse á los pies de César y suplicarle humildemente, de nada hubiera servido; Vinicio estaba dispuesto á probarlo, pero Petronio le disuadió diciéndole:

– ¿Y si te niega lo que le pides ó te amenaza con el oprobio?

Ante esta idea, el rostro de Vinicio se contrajo por el dolor y la ira.

– Por esto precisamente trato de hacerte desistir de semejante proyecto; te cerrarías tú mismo todo camino de salvación.

Vinicio procuró contenerse, y llevándose la mano á la frente, bañada en frío sudor, respondió:

– ¡No, no! ¡Yo soy cristiano!

– Correrías el peligro de olvidarlo, como hace poco. Y tú tienes seguramente el derecho de perderte, pero no de perder á tu Licia. Piensa en lo que tuvo que sufrir la hija de Seyano antes de morir.

Hablando así, Petronio no era sincero, pues le interesaba más el sobrino que la muchacha. Pero no encontraba otro medio, para librarle de un paso peligroso, que hacerle temer la pérdida de Licia; y además de esto, se opuso con razón, porque en el Palatino, previendo la visita de Vinicio, se habían tomado medidas de precaución con respecto á él.

Los tormentos eran superiores á toda fuerza humana. Desde el momento en que las puertas de la cárcel se habían cerrado detrás de ella, él la veía en su mente, ceñida de la aureola del próximo martirio; creía amarla con más ternura que antes, y este amor tan tierno adquiría en su alma toda la grandeza de una adoración casi divina. ¿Cómo vivir, pues, con la idea de que había de perder aquella criatura adorada, y cómo soportar el pensamiento de que no sólo la muerte, sino el martirio, cien veces más horrible que la muerte, esperaba á aquel cuerpo para él tan sagrado? El corazón se le petrificaba en el pecho y le iban faltando los sentidos. A veces le parecía que un líquido inflamado corría por sus venas y le quemaba el cerebro; no comprendía nada de lo que ocurría fuera de él; no sabía explicarse por qué Cristo, misericordioso, divino, no acudía en su auxilio, por qué no se abría la tierra para tragarse el Palatino y con él á Nerón, á los augustianos y á los pretorianos y toda aquella ciudad pervertida. Sí, así debía haber sucedido. ¡Tal vez todo lo que le torturaba el corazón no era más que un horrible sueño!

Pero muy pronto los rugidos de las fieras, el continuo martilleo de los operarios que trabajaban en la construcción del Anfiteatro, los gritos del pueblo y la multitud de prisioneros venían á convencerle de que no se trataba de un sueño, sino de una tremenda realidad.

Sentía entonces vacilar un poco su fe cristiana, lo cual le producía nueva y más cruel tortura.

– ¡Acuérdate de la hija de Seyano!, repetíale, en tanto, Petronio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LII

Todo había sido inútil. Vinicio se humilló hasta el punto de invocar el auxilio de los libertos y de los esclavos de Popea, pagándoles sus falsas promesas con los más generosos dones. Dirigióse á Rufo Crispino, primer marido de Popea, logrando una carta para ella. Al hijo de este matrimonio le regaló una de sus quintas de Anzio; pero con esto no hizo más que excitar la cólera de Nerón, pues no podía ver al hijastro. Había enviado también un propio á España, donde se hallaba Otón, segundo marido de Popea. Todo lo hubiese sacrificado, su vida y todo su patrimonio; pero comprendió al fin que no era más que un reclamo para todos aquellos á quienes se dirigía, y pensó que quizá le hubiera sido más fácil obtener la libertad de Licia mostrando mayor indiferencia.

Petronio compartía con él esta opinión. En tanto iban pasando los días. El Anfiteatro estaba ya dispuesto para funcionar y se empezaron á repartir las contraseñas para asistir á los espectáculos matutinos. A causa del infinito número de víctimas, las representaciones podían durar meses y meses. Las prisiones, según se decía, rebosaban de gente y la fiebre se cebaba en los presos. Los *puticoli*, fosas comunes destinadas á los esclavos, estaban repletas de cadáveres. De ahí surgió el temor de que pudiera propagarse por la ciudad cualquier epidemia. Convenía, pues, despachar cuanto antes.

Estos rumores habían llegado á oídos de Vinicio, apagando en su alma hasta el último rayo de esperanza. Si hubiese tenido tiempo por delante, hubiera podido abrigar todavía alguna ilusión; pero el tiempo oportuno había ya transcurrido. Los espectáculos iban á comenzar, y cada día podía encontrarse su Licia en el número de las víctimas conducidas al Anfiteatro. Vinicio, no sabiendo adónde podría llevarla el destino ó la crueldad humana, se dirigía á todos los Circos, sobornando á los guardias y vigilantes de fieras y proponiéndoles planes irrealizables. Hubo de convencerse al fin de que todo cuanto hacía no podía proporcionarle más que una muerte menos espantosa. Y ante esta idea, le parecía que su cabeza inflamada quería estallar. Estaba decidido que no había de sobrevivir á Licia; sólo temía morir de dolor antes de la hora fatal; Petronio y sus amigos le miraban con el aire de quien ve á un futuro habitante del reino de las sombras. Su semblante, cada vez más obscuro y endurecido, parecía pertenecer á las máscaras de cera de los *lararios*. Toda expresión de dolor ó de alegría había desaparecido de él y se hubiera dicho que le había abandonado completamente la percepción de todo cuanto sucedía ó había sucedido. Si alguien se dirigía á él, levantaba maquinalmente las manos, llevándoselas á las ardorosas sienes, y miraba estupefacto á su interlocutor. Pasaba las noches enteras con Ursus frente á la puerta de la prisión de Licia. Cuando ésta le ordenaba que se fuera á descansar, se dirigía á casa de Petronio, donde paseaba por el atrio hasta el alba. A menudo le sorprendían los esclavos de

rodillas, los brazos extendidos, besando la tierra, suplicando á Cristo, en quien había puesto su única esperanza. Sintió una fuerte sacudida. Sólo un milagro podía salvar á Licia, milagro que invocaba humildemente. Pero comprendía muy bien que las plegarias de Pedro tendrían mayor virtud que las suyas. Pedro le había prometido la muchacha, Pedro le había bautizado, Pedro podía obrar maravillas: de él, pues, únicamente podía esperar auxilio y liberación. Y una noche decidió ir en su busca. Los pocos cristianos supersticiosos y desconfiados tenían entonces al apóstol oculto hasta á los ojos de otros compañeros, en el temor de que alguno de éstos, en un momento de debilidad, pudiera consciente ó inconscientemente denunciar el refugio. Vinicio mismo, en la confusión general de aquellos días y en medio de la angustia en que se encontraba ante el peligro de Licia, le había perdido de vista. Desde el día del bautismo hasta el principio de las persecuciones le vió una sola vez. Se dirigió al cantero en cuya cueva había recibido el bautismo, y allí supo que debía celebrarse una reunión fuera de la Puerta Salaria, en una viña de Cornelio Pudencio. El hombre se le ofreció como guía, asegurándole que allí le sería fácil encontrar á Pedro.

Esperaron la hora del crepúsculo y dejaron la cueva, salieron pronto de los muros, y después de haber atravesado un trozo de terreno cubierto de juncos, llegaron á la viña, situada en un paraje solitario, casi inhabitado. Allí se habían reunido los cristianos. Vinicio, acercándose, oía las humildes preces, y cuando llegó al punto de reunión, descubrió, iluminadas por la escasa luz de las antorchas, cerca de un centenar de personas que, postradas en tierra, rezaban devotamente. Era su rezo una especie de letanía; un coro de voces masculinas y femeninas repetía á cada pausa: *Christe, miserere nobis!* Y de aquella fervorosa plegaria manaba un dolor profundo, incurable.

Pedro estaba entre ellos, arrodillado en primer término ante un crucifijo de madera. Vinicio en seguida reconoció, entre las demás, la cabeza blanca y venerable del apóstol. La primera idea del joven, al verle, fué la de precipitarse á sus pies y gritarle: «¡Sálvala!» Pero, fuese por la solemnidad de las preces ó por un exceso de cansancio físico, ello es que se le doblaron las piernas, y en vez de atravesar la multitud de devotos para llegar hasta el apóstol, cayó de rodillas, suspirando y llorando, y se puso á repetir con los otros: *Christe, miserere nobis!* Si le hubiese preocupado menos su propia situación, hubiera podido observar en seguida que no era él solo el que interrumpía la plegaria para desahogar con exclamaciones de dolor su corazón, horriblemente torturado; no había uno en aquella reunión que no llorase la pérdida de una persona querida. Y como los más valerosos y los más entusiastas entre los creyentes yacían en la cárcel, como á cada instante llegaban las voces de los mártires y las noticias de los ultrajes que se inferían á los prisioneros, como aquella desgracia era superior á cuanto podía imaginarse, no había uno que no temblara por su propia fe y que no se preguntara ansiosamente: «¿Dónde está Cristo? ¿Por qué permite que triunfe el espíritu del mal?» No cesaban de invocar la misericordia del Señor, porque en el fondo de sus corazones no se había desvanecido la esperanza de que Cristo llegaría á tiempo para precipitar á Nerón en los abismos de donde había salido y reinar Él solo sobre el mundo entero. Y sin descanso suplicaban temblorosos, mirando al cielo. Y cuantas veces repetía Vinicio las palabras *Christe, miserere nobis!*, experimentaba la misma sensación de gozo que invadió su espíritu aquel día solemne en la cabaña del cantero. Y todos, en el colmo del dolor, llamaban á Cristo; Pedro mismo seguía invocándolo: los cielos debían abrirse, la tierra sufriría fuertes sacudimientos hasta en sus entrañas más profundas, y Él, finalmente, aparecería en una gloria infinita, grande, misericordioso, pero

inexorable, y elevaría á sus fieles y ordenaría al abismo que se tragara á sus perseguidores.

Vinicio se cubrió el rostro con las manos y se postró en tierra. Nuevo y profundo silencio se produjo en torno, y podía decirse que el temor hacía contener la respiración á todos los circunstantes. El joven tribuno estaba seguro de que había de ocurrir algo maravilloso, y cuando abriría otra vez los ojos, éstos quedarían deslumbrados por una luz sobrenatural y en sus oídos resonaría una voz terrible para todos los enemigos. Pero el silencio no se interrumpía.

Por fin se oyó suspirar á algunas mujeres. Vinicio se levantó mirando á su alrededor con aire turbado. En lugar de un resplandor sobrenatural, sus ojos vieron sólo las débiles llamaradas de los haces y los pálidos rayos de la luna, que le envolvían en su luz plateada, penetrando en aquel local por una abertura del techo. Algunos devotos arrodillados junto á Vinicio fijaron en la cruz sus ojos inundados de lágrimas; aún se oía de cuando en cuando alguna expresión de dolor y llegaban también hasta aquel sitio de oración los gritos de «¡alerta!» de los guardias.

Pedro se levantó, y dirigiéndose á los presentes, dijo:

– ¡Hijos míos, elevad vuestros corazones al Redentor y ofrecedle vuestras lágrimas!

Después calló.

De pronto se oyó el lamento de una pobre mujer encorvada por el peso de los años:

– ¡Soy viuda, no tenía más que á mi único hijo, que era el sostén de mi vejez! ¡Devuélvemelo, señor!

Reinó el silencio otra vez. Pedro, con el semblante triste y macilento, estaba de pie en medio de los devotos arrodillados y suplicantes.

Otra voz exclamó:

– ¡Los esbirros ultrajaron á mi hija y Cristo lo ha permitido!

A la que siguieron estas otras lamentaciones:

– Mis hijitos no tienen á nadie más en el mundo. ¿Qué será de ellos cuando yo muera?

– El pobre Lino había sido respetado al principio; y ahora, Señor, también lo han cogido para martirizarle.

– Apenas lleguemos á casa, los pretorianos se apoderarán de nosotros; ¿cómo escondernos? ¡Pobres de nosotros! ¿Quién nos defenderá?

Y así los lamentos seguían á los lamentos en el silencio de la noche. El viejo pescador cerró los ojos y bajó su plateada cabeza ante tanto dolor y tanto miedo humano. Siguieron otros instantes de silencio, interrumpido por los «alertas» de los guardias, que desde lejos llegaban hasta allí. De nuevo se levantó Vinicio para cruzar por en medio de la multitud y llegar adonde estaba el apóstol; de pronto le detuvo una idea espantosa. ¡Si el apóstol se veía obligado á reconocer su debilidad y á confesar que el poder de César era más grande que el de Cristo, el Nazareno! Esta idea le hizo temer y temblar, porque veía que con esto, no sólo se desvanecía su última esperanza, sino que también él debía perecer y todo lo que aún le hacía soportable la existencia, y hundirse en la terrible nada, como en un mar sin fondo.

Pedro volvió á hablar. Empezó con voz apenas perceptible:

– ¡Hijos míos! Yo mismo vi crucificar al Redentor sobre el Gólgota. Yo mismo oí los golpes del martillo con que le clavaron en la cruz: y vi como ésta se levantaba en alto, para que el pueblo no perdiese el espectáculo de su muerte. Yo le vi morir, yo mismo vi cómo le atravesaban el costado. Cuando me volví después de la crucifixión, exclamé con el mismo dolor que sentís ahora vosotros: «¡Ay de mí, Señor!

¿Eres Dios? ¿Por qué has permitido semejante cosa? ¿Por qué has muerto y por qué has entristecido los corazones de aquellos que creían que había venido tu reinado? Pero Él, nuestro Dios y Señor, resucitó al tercer día después de su muerte; estuvo con nosotros hasta que subió á su reino, circundado de gloria. Y nosotros, convencidos de la miseria y pequeñez de nuestro espíritu, nos hicimos más fuertes y desde aquel día nos dedicamos con afán á sembrar su semilla.

Se volvió del lado de donde había partido el primer lamento y dijo con voz más vibrante:

– ¿Por qué os lamentáis? El mismo Dios se consagró al martirio y á la muerte, y vosotros queréis que os libre de tales sufrimientos? ¡Hombres de poca fe! ¿Así entendéis su doctrina? ¿No os ha prometido más que la vida? Él viene á vosotros y os dice: «¡Seguidme!» Os eleva hasta Él, y vosotros os agarráis desesperadamente á la tierra y exclamáis: «¡Señor, sálvanos!» Ante Dios yo no soy más que polvo, pero ante vosotros soy su apóstol y representante. Os hablo en nombre de Cristo. No os espera la muerte, sino la vida; no la tortura, sino una delicia inefable; no suspiros, no lágrimas, sino cánticos alegres; no la esclavitud, sino el imperio. Yo, el apóstol del Señor, os digo: ¡Oh viuda, tu hijo no morirá; renacerá á la vida eterna, á la gloria de los cielos, y tú te unirás á él muy pronto! ¡A ti, padre, á quien los esbirros deshonraron la hija inocente, te prometo que la encontrarás más pura que los lirios del valle! ¡A vosotras, oh madres, que os arrancan del lado de vuestros pobres huérfanos; á vosotros que os quedáis sin padre, á vosotros que os quejáis, á vosotros que vais á presenciar el martirio de personas queridas, á vosotros todos, infelices, temerosos, á vosotros los que debéis morir, os declaro, en nombre de Cristo, que despertaréis de vuestro sueño para vivir toda una vida de felicidad y que pasaréis de la noche tenebrosa á la fúlgida luz celestial. ¡En nombre de Cristo, haced que la venda caiga de vuestros ojos y que se inflamen vuestros corazones!

Después de pronunciar estas palabras abrió la mano en actitud solemne, y pareció á todos que corría nueva sangre por sus venas, y quedaron temblando de emoción ante el apóstol, el cual ya no era el anciano débil y pensativo de antes, sino el príncipe poderoso capaz de atraer hacia sí todas las almas y sacudir todo el polvo y todo el temor, para hacerlas dignas de Dios.

– ¡Amén!, exclamó un coro de voces.

En los ojos del apóstol se transparentaba una luz cada vez más clara, y en toda su persona una majestad imponente y extraña. Todas las cabezas se inclinaron ante él, y cuando resonó el «Amén,» él prosiguió:

– Sembrad lágrimas para recoger luego alegrías. ¿Por qué temer el poder del espíritu maligno? Más grande que Roma, que las ciudades, que toda la tierra es el Señor que está con vosotros. Riéguense con lágrimas todas las piedras, báñese el suelo de sangre y cúbranse todos los valles con vuestros cuerpos, y yo no cesaré de deciros que los más fuertes seréis vosotros. ¡El Señor nos empuja á la conquista de esta ciudad pecaminosa, corrompida, y vosotros sois sus legiones! Él redimió con su sangre y con su martirio los pecados de los hombres, ahora Él quiere que vosotros redimáis con vuestra sangre y con vuestros martirios todas las culpas de esta ciudad. Os lo dice Él por mis labios.

Abrió los ojos y los levantó tranquilamente; los corazones de todos los oyentes suspendieron sus latidos, porque observaron que su mirada se fijaba en algo superior á su percepción.

En efecto, el rostro de Pedro parecía cambiado, expresando el gozo más intenso; continuó algunos momentos en su éxtasis. Luego resonó de nuevo su voz:

– Te me apareces, Señor, y me señalas tu camino. ¡Sí, oh Cristo! ¡No ya en Je-

rusalén, sino en esta ciudad, ahora dominio de Satanás, pondrás tu asiento! ¡Aquí querrás construir tu templo con estas lágrimas y con esta sangre! ¡Aquí, donde impera Nerón, tu reino será perpetuo! ¡Tuyo será, oh Señor! Y Tú ordenarás á los temerosos que pongan los fundamentos de la santa Sión con sus mismos huesos, y mandarás á mi espíritu que se encargue del dominio de todos los pueblos de la tierra. Y cuando derrames tu gracia sobre el débil, éste se hará fuerte, y si Tú me ordenas que apaciente esta grey hasta el fin de los siglos, yo te obedeceré. ¡Bendita y alabada sea toda tu voluntad! ¡Hosanna, Hosanna!

Los más pusilánimes se animaron, en los que dudaban se vertieron torrentes de fe. Algunos gritaron: «Hosanna!;» otros, «¡Por Cristo!» Después volvió á reinar el silencio. Todos los rostros estaban pálidos, conmovidos.

Pedro rezó largo rato, absorto aún en su visión; vuelto á la realidad del mundo, miró con el rostro radiante á toda la asamblea, y dijo:

– Así como Dios disipó vuestras dudas, os encaminaréis en su nombre á la victoria.

Y aunque seguro de aquel triunfo y de cuanto podía surgir de aquellas lágrimas y de aquella sangre, todavía su voz temblaba de emoción cuando, después de haberlos bendecido con la señal de la cruz, les dijo:

– ¡Yo os bendigo, hijos míos, que os estáis preparando para el martirio, para la muerte y para la eternidad!

Todos le rodearon, derramando abundantes lágrimas.

– ¡Estamos prontos!, fué la respuesta que salió de todos los labios. ¡Pero tú, oh cabeza de nuestra grey, procura huir de la muerte, porque eres el que representa á Cristo, haciendo sus veces!

Se cogieron al manto del apóstol, y éste les bendijo uno á uno, como bendice un padre á los hijos que van á emprender un largo viaje.

Después de esto la reunión se disolvió, pues todos tenían prisa por volver á sus casas y presentarse luego en las prisiones y en el Anfiteatro. Sus pensamientos ya no eran terrenos, sus almas habían levantado el vuelo hacia el infinito, y así vivían en una especie de sonambulismo, felices con la idea del martirio que les esperaba.

Nereo, un siervo de Cornelio Pudencio, condujo al apóstol hasta su casa por un camino secreto. Favorecido por la noche luminosa, Vinicio pudo seguirle sin ser advertido, y cuando llegó á la cabaña, se echó de pronto á los pies del apóstol.

– ¿Qué quieres, hijo mío?, le preguntó Pedro, reconociéndole en seguida.

Después de lo que había oído en la viña, Vinicio no se atrevía á pedirle nada. Se limitó á abrazarse á sus pies, y oprimiendo contra ellos su frente turbada, y suspirando, imploró tácitamente su piedad.

– Conozco la causa de tu dolor. Han preso á la mujer que amas. ¡Ruega por ella!

– ¡Señor, sollozó Vinicio abrazándose con más fuerza á sus pies; señor, yo soy un miserable gusano; pero tú, que conociste á Cristo, ruégale por ella, protégela también!

Y el dolor le hacía temblar como una hoja; se golpeaba la frente contra el suelo, y como le era conocido el poder sobrehumano del apóstol, en él confiaba para salvar á Licia.

Pedro estaba conmovido. Recordaba que la misma muchacha se había arrojado un día á sus pies invocando piedad, aterrada por las palabras de Crispo. Y él la había levantado y consolado. Y lo mismo hizo con el tribuno.

– Hijo mío, le dijo, yo rogaré por ti; no olvides, sin embargo, las palabras que he dirigido á los que dudaban; esto es, que Dios mismo volvió por medio del martirio á su gloria infinita y que después de esta vida empieza la eterna.

– Lo sé, lo sé, respondió Vinicio, cuyo corazón quería salirse del pecho; pero ya lo ves, señor; he llegado al agotamiento de mis fuerzas. Si se quiere sangre, ¡bueno!, suplica á Cristo que acepte la mía, porque yo soy un soldado. Que se me apliquen todos los martirios destinados á ella, yo todo lo soportaré; pero... ¡piedad para ella! Es aún una niña, y Él es más grande que César; yo así lo creo. También tú amabas á Licia y tú has bendecido nuestro amor. ¡Es una niña inocente!

Se inclinó de nuevo, y escondiendo el rostro entre las rodillas de Pedro, continuó:

– ¡Tú conociste á Cristo, señor, tú le conociste! Él te escuchará. ¡Protégela, pues!

Pedro cerró los ojos y oró fervorosamente. De cuando en cuando un relámpago iluminaba el cielo, y Vinicio, á su luz, miraba los labios del apóstol como esperando de ellos una sentencia de vida ó muerte. En medio del silencio resonaba en la viña el grito de los guardias y el monótono murmullo lejano de los molinos situados cerca de la Vía Salaria.

– ¡Vinicio!, preguntó de pronto el apóstol, ¿crees tú?

– ¿Y hubiera venido aquí, si no creyera?, le respondió el joven.

– Pues cree siempre, porque la fe puede hacer milagros. Aun viendo á aquella muchacha bajo la espada del verdugo, ó entre los dientes de los leones, cree en el poder de Cristo. ¡Cree y ruégale, y yo rogaré contigo!

Y levantando los ojos al cielo, rezó en voz alta.

– ¡Oh Cristo misericordioso, mira este corazón llagado y consuélalo! ¡Cristo piadoso, impide la furia de las persecuciones, por piedad del débil! ¡Cristo piadoso, que suplicaste á tu Padre que te apartara de los labios el amargo cáliz, apártalo ahora de este tu siervo! Amén.

Vinicio levantó las manos hacia el cielo estrellado, y dijo suspirando:

– ¡Soy tuyo, tómame en su lugar!

En tanto, por Oriente, empezaba á iluminarse el horizonte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIII

Con el corazón algo aliviado, Vinicio se encaminó hacia la cárcel; en el fondo de su alma, á decir verdad, aún quedaban huellas de la primera desesperación, pero hacía todo lo posible por ahogar su voz. Le parecía imposible que la súplica del representante de Cristo no hubiese de ser atendida. No quería pensar en nada más. «Quiero creer en su misericordia, se decía, aunque me vea obligado á ver á Licia entre las garras de los leones.» Y se esforzaba en creer, aunque su alma vacilaba y un frío sudor le bañaba las sienes. Sin embargo, no cesaba de orar. Convencido como estaba de que la fe podía obrar milagros, reconocía en sí mismo una fuerza jamás sentida hasta entonces, que le hubiera impulsado á intentar algo que el día antes parecía imposible á sus ojos. Había momentos en que le parecía que había cesado todo peligro. Cuantas veces la desesperación amenazaba apoderarse de él, retrocedía con el pensamiento á aquella noche y recordaba al viejo extático en su plegaria. «¡No, Cristo no será sordo á la voz de su primer discípulo, pastor de toda su grey! ¡Quiero creer!» Y corrió hacia la cárcel, ansioso de llevar allí la noticia.

Pero le esperaba una sorpresa.

Los pretorianos á quienes correspondía la guardia de la cárcel Mamertina le conocían y no oponían nunca ningún obstáculo á su paso. Pero aquel día sus filas no se abrieron ante él, y adelantándose un centurión, le dijo:

—¡Perdona, noble tribuno! Hoy hemos recibido la orden terminante de no dejar pasar á nadie, sea quien sea el que lo pretenda.

—¿La orden?, repitió Vinicio palideciendo.

El soldado le miró con expresión de piedad y prosiguió:

—Sí, señor; una orden del césar. Hallándose en la cárcel muchos enfermos, tal vez se tema que los visitantes puedan luego difundir la enfermedad por la capital.

—¿Pero decías que la orden sólo se refiere á hoy?..

—La guardia se releva al mediodía.

Vinicio se descubrió la cabeza; le parecía que el *píleo* (1) se le había vuelto de plomo.

El centurión se le acercó y le dijo en voz baja:

—No temas, señor; el guardián y Ursus velan por ella.

Diciendo esto, se inclinó, y en menos que se dice trazó con su espada en el suelo la figura de un pez.

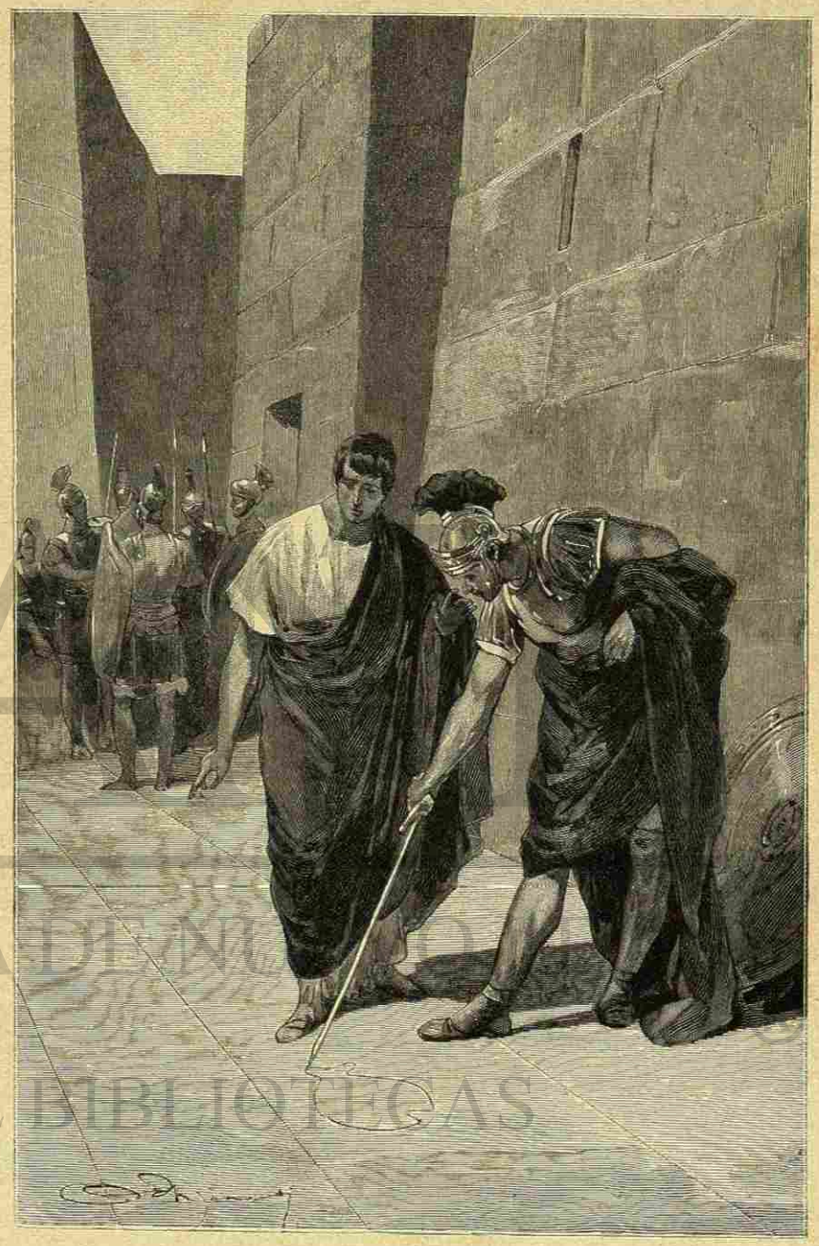
Vinicio le miró asombrado.

—¿Y eres pretoriano?

—¡Hasta que me vaya allí!, respondió el soldado, señalando la cárcel.

—También yo adoro á Cristo.

(1) El *píleo* era una especie de sombrero ó gorra que usaban los romanos de condición libre y por esto lo ponían á los esclavos cuando les daban libertad.



Y en menos que se dice trazó con su espada en el suelo la figura de un pez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– ¡Sea alabado su nombre! Desgraciadamente, no me es permitido dejarte entrar; pero si escribes algo, podré enviar tus líneas al guardián.

—¡Gracias, hermano!

Estrechando la mano al centurión, se alejó. Los primeros rayos del sol iluminaban los muros de la cárcel y parecían infundir nueva esperanza en el corazón de Vinicio. Aquel soldado cristiano le demostraba una vez más el poder de Cristo.

Después de haber caminado un poco, se detuvo, dirigió la vista á unas nubes rosadas que flotaban sobre el Capitolio y sobre el templo de Júpiter Estátor, y dijo

– ¡Hoy no he podido verla, Señor, pero tengo fe en ti!

Cuando llegó á casa, encontró á Petronio que, según costumbre, haciendo del día noche, se había retirado. Tomado el baño y perfumado, se disponía á acostarse.

– ¡Tengo nuevas para ti!, exclamó viendo comparecer al sobrino. Hoy fuí á visitar á Tulio Senecio, con quien estaba también César. No sé por qué, Popea había llevado al pequeño Rufo, probablemente para conmover el corazón de César con la belleza del niño. Por su desgracia, éste tenía sueño y se durmió, mientras Nerón leía; precisamente lo mismo que le sucedió á Vespasiano aquel día. El *Enobarbo* lo observó y tiró un cáliz contra el pobre hijastro, hiriéndole gravemente. Popea se desmayó; pero César, en alta voz para que lo oyeran todos, exclamó: «¡Ya estoy harto de esta mala casta!» Y como sabes muy bien, esto significa muerte.

– ¡El castigo de Dios pende sobre la cabeza de la Augusta!, respondió Vinicio. Pero, ¿por qué me cuentas todo eso?

– Porque la cólera de Popea os persiguió hasta ahora á ti y á Licia. Ahora, comprendiendo su desgracia, renunciará á la venganza y se dejará conmover más fácilmente. Intentaré hacerlo esta misma noche.

– ¡Gracias, Petronio! ¡Tú me infundes valor!

– Ahora toma también el baño y acuéstate. Tienes los labios amoratados.

– ¿No se ha fijado aún el primer día de los espectáculos?, preguntó Vinicio.

– No se sabrá hasta dentro de diez días. Pero antes serán enviados al Anfiteatro los de las otras cárceles; así ganaremos tiempo y no hay que perder la esperanza.

Pero estaba muy poco convencido de lo que decía. Ya desde el día en que César había contestado á Alituro, evocando la memoria de Bruto, Petronio comprendió que no había esperanza alguna para Licia. Además calló piadosamente que César y Tigelino pensaban escogerse las más hermosas entre las vírgenes cristianas, para deshonrarlas antes de hacerlas morir; las otras estaban destinadas, para el día del espectáculo, á los pretorianos y los custodiadores de las fieras.

Estando seguro de que Vinicio no podría sobrevivir á Licia, se esforzaba en infundirle siempre nuevas esperanzas, sobre todo por el afecto que le profesaba, pero deseando al mismo tiempo que, si Vinicio debía morir, acaeciese esta desgracia en la plenitud de su belleza, y no ya cuando estuviese extenuado por las vigilias y la angustia continua.

– Esta noche, dijo Petronio, hablaré á la Augusta en estos términos, sobre poco más ó menos: «Si Vinicio logra salvar á su Licia, yo salvaré á Rufo y buscaré ocasión de cumplir lo que prometo. Una palabra dirigida al *Enobarbo* en un momento oportuno, puede salvar ó condenar.» En la peor de las hipótesis, habremos ganado tiempo.

– ¡Te lo agradezco!, repitió el tribuno.

– Me lo agradecerás mejor después de haber comido y descansado. ¡Por Júpiter! En los momentos más críticos de sus viajes, Ulises no se olvidaba nunca de comer ni de dormir. ¡Naturalmente, tú habrás pasado a noche en la cárcel!

– No; quería ir esta mañana, pero los guardias tienen la orden de no dejar pasar á nadie. Averigua si esta disposición se ha dictado sólo para hoy ó para todos estos días.

– Me enteraré hoy mismo y te lo comunicaré en seguida. Pero ahora tengo necesidad de dormir á toda costa y tú debes seguir mi ejemplo.

Y se separaron. Vinicio entró en la biblioteca y escribió á Licia, entregando luego personalmente la misiva al centurión, quien se apresuró á llevarla á la cárcel, de donde salió luego con un saludo de Licia y la promesa de una pronta contestación aquel mismo día.

Por este motivo, Vinicio, en lugar de retirarse, se sentó sobre una piedra, con el ansia de quien espera. El sol lucía ya sus galas en lo alto, la gente se dirigía en grandes y continuos grupos hacia el Foro, pasando por el *Clivus Argentarius*. Los vendedores pregonaban sus mercancías, los adivinos ofrecían á los transeuntes sus servicios, los ciudadanos acudían á los rostros á oir á algún orador y cambiar impresiones sobre alguna novedad del día. Aumentando el calor, los grupos de ociosos se reunían bajo los pórticos de los templos, dispersando á los palomos, cuyas blancas plumas centelleaban á la luz del sol cuando, batiendo las alas, huían veloces.

El calor, el murmullo y el cansancio adormecieron á Vinicio, á quien el vocerío monótono de los jugadores de morra y el paso cadencioso de los guardias hicieron conciliar muy pronto el sueño, aunque él procuraba combatirlo, mirando fijamente los muros de la cárcel; por último, tuvo que ceder inexorablemente, y apoyada la cabeza sobre las piedras, suspirando afanosamente como un niño después de largo llanto, se durmió.

Y en seguida empezaron los sueños. Le pareció que huía llevando á su Licia en brazos, á través de una viña desconocida. Delante Pomponia, con una lámpara en la mano, les alumbraba el camino. Una voz, quizá la de Petronio, le gritaba desde muy lejos: «¡Vuelve atrás!» Pero él, sin hacer caso de aquellas palabras, seguía á Pomponia hasta una cabaña, en cuyo umbral aparecía la figura del apóstol Pedro. Señalándole su preciosa carga, le decía: «Señor, venimos del Anfiteatro y no podemos despertarla.» Y el apóstol respondía: «Cristo mismo la vendrá á despertar.»

Después el sueño cambiaba. Veía á Nerón y á Popea. Ésta tenía entre sus brazos al pequeño Rufo, á quien Petronio vendaba piadosamente la cabeza herida. Veía á Tigelino vertiendo ceniza sobre los ricos manjares que Vitelio engullía con avidez. Al banquete asistían muchos augustianos, y él también se encontraba allí, junto á su Licia; pero á su alrededor daban vueltas leones con las garras ensangrentadas. Licia le suplicaba que los alejase de allí; pero él se sentía tan débil que no podía hacer ningún movimiento.

Más confusamente que las anteriores se le presentaron otras imágenes, hasta que todo cayó en las profundas tinieblas. Finalmente, el mismo calor y el mismo vocerío que le habían adormecido le despertaron de su sueño profundo. Vinicio se restregó los ojos; en las calles pululaba la gente. Dos batidores, con túnicas amarillas, empujaban hacia los lados á la muchedumbre por medio de largos bastones, abriendo paso á una preciosa litera llevada por cuatro robustos egipcios y en la cual iba un hombre envuelto en blancas vestiduras.

No era fácil verle el rostro, porque teniendo muy cerca de los ojos un rollo de papiros, leía atentamente.

– ¡Paso al noble augustiano!, gritaban los batidores.

Pero el transitar por aquella calle era tan difícil que la litera tuvo que pararse. El augustiano entonces, dejando el rollo, sacó la cabeza y gritó:

– ¡Atropellad á la gentuza y adelante!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Después, viendo á Vinicio, retiró apresuradamente la cabeza y se ocultó tras sus papiros. Vinicio se llevó una mano á la frente, para convencerse de que aquello no era un sueño.

En aquel que estaba en la litera había reconocido á Quilón.

Entretanto, quedaba el paso libre y los esclavos egipcios iban á proseguir su camino, cuando el joven tribuno, que comprendió al momento muchas cosas que parecían indescifrables, se acercó á la litera.

– ¡Salud, oh Quilón!, dijo.

– ¡Oh jovenzuelo, respondió el griego con soberbia, esforzándose por demostrar una calma que estaba muy lejos de poseer, salud también á ti! Pero te ruego que no me hagas perder tiempo, porque me espera mi amigo, el noble Tigelino.

Vinicio detuvo enérgicamente la litera, y mirándole con atención, le preguntó en voz baja:

– ¿Fuiste tú quien delató á Licia?

– ¿Qué osas decir?, exclamó Quilón con espanto.

Pero en los ojos de Vinicio no leyó expresión alguna de amenaza, por lo cual su angustia cesó pronto. Sabía que estaba protegido por el césar y por el prefecto; protegido, pues, por dos potencias ante las cuales todos temblaban: sabía que estaba rodeado de esclavos fuertes, mientras Vinicio estaba ante él, inerme y sufriendo en la apariencia.

Recobró toda su audacia. Mirando los ojos enrojecidos de Vinicio, murmuró:

– Cuando iba á morirme de hambre, me hiciste azotar.

Siguió un silencio; por fin el joven, humillado, respondió:

– ¡Te traté injustamente, Quilón!

El griego hizo con la mano un gesto de desprecio. Después, en voz alta, de modo que le oyeran todos los circunstantes, dijo:

– Amigo mío, si tienes que presentarme alguna súplica, ve mañana por la mañana á mi casa, en el Esquilino. Después del baño, acostumbro recibir las visitas y á los clientes.

Haciendo una seña á los esclavos, éstos levantaron la litera. Los batidores de las túnicas amarillas, agitando los bastones, gritaron otra vez:

– ¡Paso al noble Quilón Quilónides! ¡Paso, paso!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LIV

Licia se había despedido de Vinicio en una carta escrita con precipitación. Sabía que nadie podría entrar en la cárcel y que no volvería á verle como no fuera en el Anfiteatro. Le suplicaba que se enterase de cuando había de tocarle el turno á la cárcel Mamertina y que asistiese al espectáculo para que le pudiese ver una vez más en la vida. Ni una sombra de temor se traslucía de sus palabras. Añadía que así para ella como para los demás cristianos el día del martirio sería el de la liberación. Esperaba también que allí volvería á ver á Pomponia y á Aulo, y encargaba á Vinicio les suplicase que no faltaran. En todo el escrito se reflejaba el éxtasis que la invadía y aquel cansancio de toda cosa terrena, común á todos los prisioneros, que ya no contemplaban más que una vida futura, llena de encantos y de felicidad.

«Todo me es igual, decía, ya sea que Cristo me libre durante esta vida, ó que esto no pueda suceder más que con mi muerte. Él me ha concedido á ti por boca del apóstol, y por esto soy tuya.» Le recomendaba además que no se desalentara por causa suya, y especialmente que no se dejara vencer por el dolor. La muerte no la desligaba de la promesa. Con la confianza de un niño, aseguraba á Vinicio que apenas terminase su martirio en el Anfiteatro, no dejaría de advertir á Cristo que Marco Vinicio, su amado, que se había quedado en Roma, anhelaba ardientemente reunirse con ella. Y seguramente Cristo – así pensaba Licia – permitiría á su alma volver un instante á su lado para hacerle partícipe de su felicidad. Y seguía el escrito, animado de las más dulces esperanzas. Sólo había un ruego en que se encerraba la única preocupación terrena: Vinicio debía sacar sus restos mortales del *Spoliarium* y enterrarlos, como si hubiese sido ya su esposa, en el mismo lugar en que él había de reposar un día.

Vinicio leyó toda la carta con inmenso y ardiente dolor; pero al mismo tiempo le parecía imposible que Licia hubiese de perecer entre las garras de las fieras y que Cristo no tuviese piedad de ella. Sólo en Él esperaba, sólo en Él confiaba. Cuando llegó á casa, escribió que no dejaría de presentarse todos los días ante los muros del Tuliano para aguardar allí el momento en que, por voluntad de Cristo, se derrumbasen, dejando libre á su Licia. Le ordenaba además que creyese y esperase, pues el apóstol no faltaría á sus promesas. El centurión convertido le llevaría personalmente la carta al día siguiente.

Cuando Vinicio se trasladó de madrugada á la cárcel, el centurión, abandonando su puesto, se le acercó para decirle:

– ¡Escúchame, señor! Cristo, que te iluminó, te ha concedido una gracia. La noche pasada algunos libertos de César entraron en las cárceles para ultrajar á las vírgenes cristianas. Pidieron, entre otras, á tu esposa; pero Nuestro Señor se dignó enviarle una fiebre altísima y por este motivo no se cuidaron más de ella. Anoche

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estaba sin conocimiento. ¡Sea alabado el nombre del Salvador, pues el mal que la salvó de la deshonra puede preservarla de la muerte!

Vinicio tuvo que apoyarse en el hombro del soldado para no caer en tierra. Éste continuó:

– ¡Demos gracias á la misericordia divina! Aquéllos se apoderaron de Lino y le martirizaron; pero viéndole próximo á morir, lo abandonaron. Ahora podrás ver á Licia otra vez y Cristo le devolverá la salud.

El joven tribuno permaneció pensativo largo rato; después, levantando la cabeza, dijo en voz baja:

– Esto es muy justo, centurión. Cristo que la libró de la deshonra, la librará también de la muerte.

Permaneció hasta la noche en las inmediaciones de la cárcel y luego regresó á casa, enviando algunos de sus esclavos en busca de Lino para conducirlo á una de sus quintas, cerca de Roma.

Petronio, enterado de todo esto, decidió poner en práctica sus planes. Después de haber visitado á la Augusta sin resultado, volvió por segunda vez. Hallábase junto al lecho del pequeño Rufo, que gemía febrilmente, con el cráneo destrozado. La madre, llorando desesperada, probaba todos los medios para salvar aquella existencia tan querida.

Absorta en su inmenso dolor, no quería oir hablar de Licia y de Vinicio; pero Petronio le insinuó esta amenaza:

– Tú has ofendido á una nueva divinidad desconocida. Según se dice, tú eres, ¡oh Augusta!, adoradora de Jehová; pero los cristianos afirman que su Cristo es hijo de aquél. Piensa, pues, en la ira con que puede perseguirte el padre. ¡Quizá te amenaza su venganza! ¿Quién sabe si la vida del pequeño Rufo no depende de tus acciones?

– ¿Qué querrías que hiciese?, preguntó Pomponia aterrorizada.

– Procura calmar á la divinidad ofendida.

– ¿De qué modo?

– Licia está enferma; usa de tu influencia sobre César y Tigelino para entregársela á Vinicio.

– ¿Y crees que con esto lograría?..

– Podrías hacer algo más. Si Licia sana, será para morir. Llégate, pues, al templo de Vesta y ruega á la *Virgo magna* que se halle junto al Tuliano cuando lleven á morir á los prisioneros y que ordene la libertad de Licia. La gran sacerdotisa no se atreverá á desatender tus ruegos.

– ¿Y si Licia sucumbe por la fiebre?

– Los cristianos afirman que Cristo es vengador, pero justo. Puede suceder por lo tanto que tu deseo baste á aplacarlo.

– Haz, pues, que me demuestre que quiere sanar á Rufo.

Petronio se encogió de hombros.

– Yo no he venido como mensajero suyo, divina; yo te digo únicamente: procura ponerte en mejores relaciones con los dioses, así romanos como extranjeros.

– ¡Lo intentaré!, dijo Popea con voz entrecortada por la emoción.

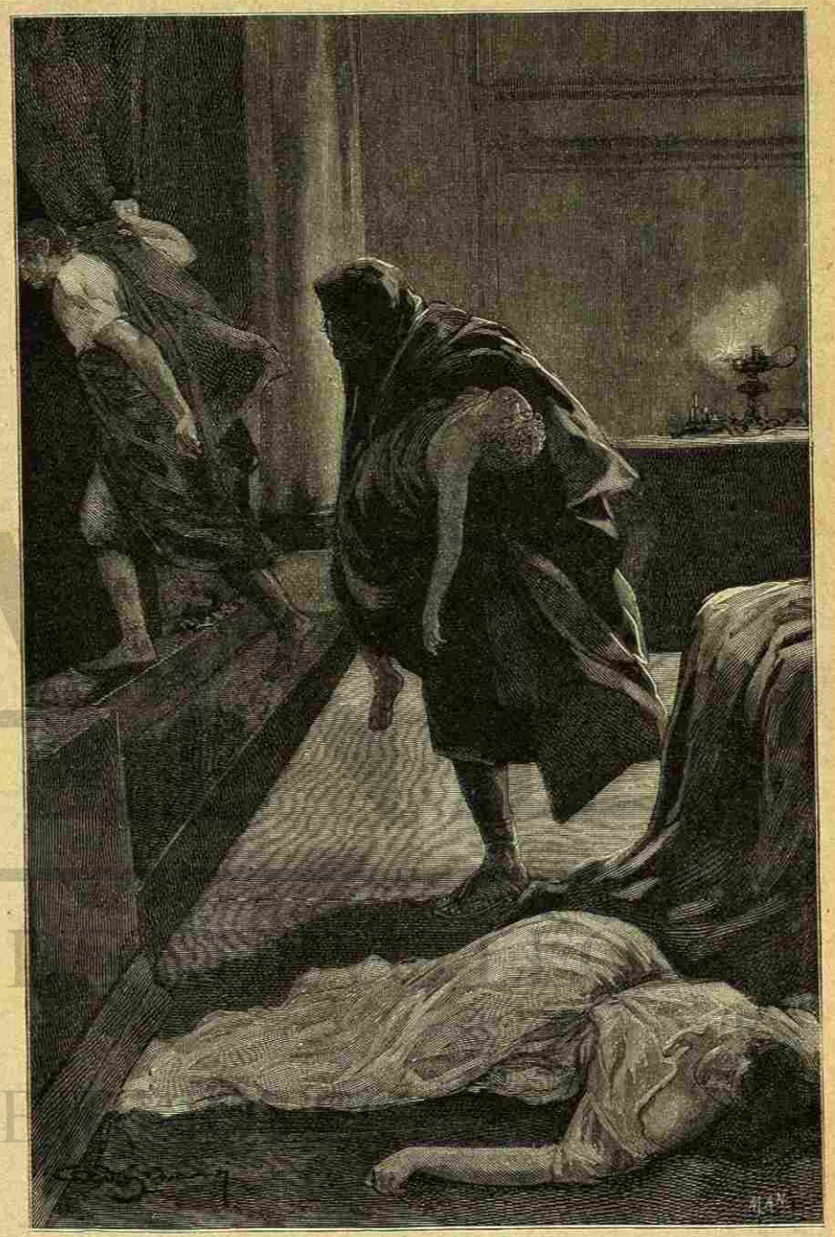
Petronio respiró con libertad.

«Puede ser que no haya hablado en vano,» pensó. A su regreso, dijo á Vinicio:

– Ruega á tu Dios que Licia no muera de fiebre, porque si cura, la primera vestal ordenará su liberación. La misma Augusta le pedirá este favor.

– Cristo la librará, contestó Vinicio con los ojos relucientes de gozo.

Popea, que por la curación de Rufo se sentía dispuesta á ofrecer sacrificios á



Los dos sicarios envolvieron en un lienzo el mísero cuerpecito

todos los dioses del mundo, fué aquella misma noche á ver á las vestales, confiando el cuidado del niño enfermo á la fiel Silvia, la antigua nodriza que le había criado.

Pero en el Palatino la muerte del pobre niño era cosa decidida. Apenas la litera de Popea salió de palacio, dos libertos entraron en la estancia del enfermo. Uno de ellos se precipitó sobre la vieja, atándola fuertemente; el otro, cogiendo una estatua de bronce que figuraba una esfinge, le asestó con ella un golpe en la cabeza para aturdirla.

Después se acercaron á Rufo. El niño, inconsciente, calenturiento, no comprendiendo nada de lo que ocurría á su alrededor, les sonrió, mirándolos con sus hermosos ojos centelleantes, como tratando de reconocerlos. Pero ellos, arrancando la faja que llevaba la nodriza, ahogaron con ella á la infeliz criatura, que invocó en un suspiro á su madre por última vez, y expiró. Los dos sicarios envolvieron en un lienzo el mísero cuerpecito, salieron, montaron los caballos que les aguardaban y galoparon hasta llegar á Ostia, donde se libraron de su enojosa carga, arrojándola al mar.

Popea, no habiendo encontrado á la *Virgo magna*, porque con las otras vestales estaba en casa de Vatinio, regresó muy pronto. A la vista del lecho vacío y de la vieja, tendida en el suelo, inmóvil, cayó desvanecida; y cuando se logró, después de muchas fatigas, hacerla volver en sí, su dolor se desfogó en gritos salvajes que no cesaron en toda la noche ni al siguiente día.

Al tercero, después de su desventura, tuvo que asistir á un banquete por orden de César. Vestida con una túnica de color amatista, con sus cabellos de oro, su bellísimo rostro petrificado, magnífica en su dolor, pareció á todos extraña y fatal como el ángel de la muerte.

LV

Antes de la construcción del famoso coliseo de Flavio, los anfiteatros romanos eran en su mayor parte de madera, razón por la cual el fuego los había destruído todos. Para celebrar los espectáculos prometidos, Nerón mandó construir algunos nuevos, y entre ellos uno gigantesco. En cuanto quedó dominado por completo el incendio, empezaron á llegar del Atlas, por mar y por el río, infinitos troncos de árboles. Los espectáculos debían superar por su esplendor y por el número de víctimas á todos los precedentes.

Miles de operarios trabajaban día y noche en aquellas construcciones. Se contaban maravillas de las columnas taraceadas de bronce, de ámbar, de marfil, de madreperla y de concha finísima. A lo largo de las gradas canales de agua helada esparcían una agradable frescura durante los fuertes calores del estío. Un enorme velario purpúreo protegía contra los rayos del sol á todos los espectadores. Entre las filas de asientos se habían colocado recipientes donde se quemarían deliciosos perfumes orientales, y sobre los bancos surtidores de aceites olorosos. Los célebres arquitectos Severo y Célero rivalizaban en celo y habilidad para erigir un anfiteatro capaz para un número de espectadores como nunca se hubiera podido imaginar hasta entonces.

El día en que debía celebrarse el primer espectáculo matutino la inmensa muchedumbre se agolpaba á las puertas del Anfiteatro desde el amanecer, escuchando con infinita complacencia el rugido de los leones y los roncos alaridos de las panteras y de los perros. Hacía dos días que los animales estaban en ayunas, y para incitarles más se les ponían á la vista, fuera de las jaulas, pedazos de carne sanguinolenta. A veces los rugidos y alaridos se oían en un coro continuo tan espantoso y salvaje, que la gente no percibía otros sonidos, y hasta los menos sensibles palidecían de terror.

Al despuntar el día, de las prisiones del Circo llegaban los ecos de los himnos cantados por voces enérgicas, tranquilas y seguras. El pueblo escuchaba atónito, exclamando: «¡Los cristianos, los cristianos!» La noche antes buen número de ellos había sido trasladado al Anfiteatro, pero no desde una sola cárcel, sino unos cuantos de cada una. La muchedumbre sabía que los espectáculos podrían durar semanas y meses. Se dudaba de que en un solo día pudiesen morir los destinados á ser las primeras víctimas. Las voces de hombres, mujeres y niños que resonaban en los coros eran tan nutridas, que el público experto afirmaba que todos no serían devorados aquel día, y eso sin contar con que las fieras quedarían ahitas mucho antes de que la noche tendiera su negro manto sobre la ciudad. Otros observaban que un número excesivo de víctimas no serviría más que para distraer la atención sin aumentar los atractivos del espectáculo, antes bien perjudicando á su efecto.

A medida que se acercaba el momento en que habían de abrirse las puertas del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todos los dioses del mundo, fué aquella misma noche á ver á las vestales, confiando el cuidado del niño enfermo á la fiel Silvia, la antigua nodriza que le había criado.

Pero en el Palatino la muerte del pobre niño era cosa decidida. Apenas la litera de Popea salió de palacio, dos libertos entraron en la estancia del enfermo. Uno de ellos se precipitó sobre la vieja, atándola fuertemente; el otro, cogiendo una estatua de bronce que figuraba una esfinge, le asestó con ella un golpe en la cabeza para aturdirla.

Después se acercaron á Rufo. El niño, inconsciente, calenturiento, no comprendiendo nada de lo que ocurría á su alrededor, les sonrió, mirándolos con sus hermosos ojos centelleantes, como tratando de reconocerlos. Pero ellos, arrancando la faja que llevaba la nodriza, ahogaron con ella á la infeliz criatura, que invocó en un suspiro á su madre por última vez, y expiró. Los dos sicarios envolvieron en un lienzo el mísero cuerpecito, salieron, montaron los caballos que les aguardaban y galoparon hasta llegar á Ostia, donde se libraron de su enojosa carga, arrojándola al mar.

Popea, no habiendo encontrado á la *Virgo magna*, porque con las otras vestales estaba en casa de Vatinio, regresó muy pronto. A la vista del lecho vacío y de la vieja, tendida en el suelo, inmóvil, cayó desvanecida; y cuando se logró, después de muchas fatigas, hacerla volver en sí, su dolor se desfogó en gritos salvajes que no cesaron en toda la noche ni al siguiente día.

Al tercero, después de su desventura, tuvo que asistir á un banquete por orden de César. Vestida con una túnica de color amatista, con sus cabellos de oro, su bellísimo rostro petrificado, magnífica en su dolor, pareció á todos extraña y fatal como el ángel de la muerte.

LV

Antes de la construcción del famoso coliseo de Flavio, los anfiteatros romanos eran en su mayor parte de madera, razón por la cual el fuego los había destruído todos. Para celebrar los espectáculos prometidos, Nerón mandó construir algunos nuevos, y entre ellos uno gigantesco. En cuanto quedó dominado por completo el incendio, empezaron á llegar del Atlas, por mar y por el río, infinitos troncos de árboles. Los espectáculos debían superar por su esplendor y por el número de víctimas á todos los precedentes.

Miles de operarios trabajaban día y noche en aquellas construcciones. Se contaban maravillas de las columnas taraceadas de bronce, de ámbar, de marfil, de madreperla y de concha finísima. A lo largo de las gradas canales de agua helada esparcían una agradable frescura durante los fuertes calores del estío. Un enorme velario purpúreo protegía contra los rayos del sol á todos los espectadores. Entre las filas de asientos se habían colocado recipientes donde se quemarían deliciosos perfumes orientales, y sobre los bancos surtidores de aceites olorosos. Los célebres arquitectos Severo y Célero rivalizaban en celo y habilidad para erigir un anfiteatro capaz para un número de espectadores como nunca se hubiera podido imaginar hasta entonces.

El día en que debía celebrarse el primer espectáculo matutino la inmensa muchedumbre se agolpaba á las puertas del Anfiteatro desde el amanecer, escuchando con infinita complacencia el rugido de los leones y los roncos alaridos de las panteras y de los perros. Hacía dos días que los animales estaban en ayunas, y para incitarles más se les ponían á la vista, fuera de las jaulas, pedazos de carne sanguinolenta. A veces los rugidos y alaridos se oían en un coro continuo tan espantoso y salvaje, que la gente no percibía otros sonidos, y hasta los menos sensibles palidecían de terror.

Al despuntar el día, de las prisiones del Circo llegaban los ecos de los himnos cantados por voces enérgicas, tranquilas y seguras. El pueblo escuchaba atónito, exclamando: «¡Los cristianos, los cristianos!» La noche antes buen número de ellos había sido trasladado al Anfiteatro, pero no desde una sola cárcel, sino unos cuantos de cada una. La muchedumbre sabía que los espectáculos podrían durar semanas y meses. Se dudaba de que en un solo día pudiesen morir los destinados á ser las primeras víctimas. Las voces de hombres, mujeres y niños que resonaban en los coros eran tan nutridas, que el público experto afirmaba que todos no serían devorados aquel día, y eso sin contar con que las fieras quedarían ahitas mucho antes de que la noche tendiera su negro manto sobre la ciudad. Otros observaban que un número excesivo de víctimas no serviría más que para distraer la atención sin aumentar los atractivos del espectáculo, antes bien perjudicando á su efecto.

A medida que se acercaba el momento en que habían de abrirse las puertas del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Circo, la muchedumbre se agitaba y animaba cada vez más. Era un cambio continuo de impresiones y juicios sobre varias cuestiones. Se formaban partidos que discútían la mayor ó menor voracidad de los leones y de los tigres. Se hacían apuestas; otros se interesaban por los gladiadores que debían presentarse antes que los cristianos, y también para esta lucha se formaban partidos, según las simpatías que unos y otros mostraban por los saunios ó los galos, ó bien por los mirmilones, los tracios ó los reciarios.

Comparecieron muy temprano las escuadras de gladiadores, guiados por su maestro. Para no cansarse antes de tiempo, iban sin armas, casi desnudos, llevando únicamente algún ramo entre las manos, ó coronados de flores, jóvenes, bellos, exuberantes de vida y de fuerza. Sus desnudos cuerpos parecían esculpidos en mármol, provocando el entusiasmo de los admiradores de la belleza. Al pasar, algunos de ellos eran llamados por sus nombres: «¡Salud, Furnio! ¡Salud á ti, Leo! ¡Te saludo, Máximo! ¡Salud, Diomedes!» Las muchachas los miraban extáticas, y los jóvenes, buscando entre ellas las más hermosas, contestaban con chistosas frases á la admiración femenina, despreocupados y dichosos, y lanzaban besos á diestro y siniestro, exclamando: «¡Abrázame tú, antes que me abrace la muerte!» Después desaparecían tras las puertas, que para muchos de ellos no habían de volver á abrirse.

Ante el pueblo pasaban nuevos grupos y objetos que despertaban su curiosidad. Detrás de los gladiadores aparecieron los hombres armados de fustas destinadas á azuzar uno contra otro á los gladiadores. Después desfilaron camino del *Spoliarium* los asnos con carros, sobre los que estaban dispuestos los féretros de madera. Por su número, los espectadores podían formarse una idea de la importancia del espectáculo. Avanzaron luego los encargados de dar muerte á los heridos, vestidos á semejanza de Caronte y de Mercurio. Les seguían los vigilantes, los indicadores de los puestos y los esclavos que habían de servir manjares y refrescos á los pretorianos, sin los cuales César no se aventuraba á presentarse en el Anfiteatro.

Por fin se abrieron los vomitorios y la muchedumbre invadió el centro del Circo. Aquel torrente humano iba engrosando por horas, pero la gigantesca construcción podía contener aún número mucho más considerable de espectadores. Los aullidos de los animales, oliendo la carne humana, se hacían cada vez más espantosos y salvajes; además el ruido que armaban los concurrentes al escalar las gradas en busca de asientos semejaba el fragor del mar en horas de borrasca.

Apareció en tanto el prefecto de la ciudad, rodeado de su guardia. Detrás de él penetraron en el Circo, sucesivamente y sin interrupción, las literas de los senadores, cónsules, pretores, ediles, empleados de la corte, oficiales del Pretorio, patricios y matronas. Algunas literas iban precedidas de lictores con haces, otras de gran número de esclavos. Las doraduras de éstos brillaban á la luz del sol, lo mismo que los trajes, las plumas, los arillos, las joyas y el acero de los haces de los lictores. El pueblo saludaba con vivas y gritos á los dignatarios.

De cuando en cuando llegaban nuevos escuadrones de pretorianos. Más tarde comparecieron los sacerdotes de varios templos, y después de éstos y acompañadas de lictores, las vírgenes consagradas á Vesta.

La muchedumbre ya no esperaba más que la llegada de César para que diese principio el espectáculo. Para ganarse más el favor del pueblo, Nerón se presentó puntualmente, y con él Popea y los cortesanos, entre los cuales se hallaban Petronio y Vinicio. Éste sabía que su Licia estaba enferma y sin conocimiento; pero como en los últimos días la entrada á la cárcel estaba severamente prohibida y los guardias habían sido sustituídos por otros inexorables que impedían toda comunicación entre prisioneros y visitantes, el joven tribuno no sabía fijamente si entre las víctimas de aquel primer día podría encontrarse su amada. Los leones habían de mostrarse contentos aunque les arrojaran una mujer enferma y delirante.

Pero debiendo presentarse los cristianos en el Anfiteatro en número considerable, y cubiertos todos con pieles de animales, nadie podría notar la falta de los que no figurasen en aquella triste jornada, y sería imposible reconocerlos á todos. Los carceleros del Circo habían sido sobornados, y con los guardianes de las fieras se había hecho un contrato, mediante el cual debían ocultar á Licia en un rincón obscuro, para entregarla durante la noche á algunos siervos fieles de Vinicio, que la llevarían inmediatamente á los montes Albanos. Petronio, enterado del complot, aconsejó á Vinicio que fuese con él al Anfiteatro, se confundiese allí con la muchedumbre y penetrase luego bajo las arcadas para mostrar él mismo á los guardias la doncella, evitando así una equivocación. Los guardianes le hicieron entrar por una puertecita á ellos solos destinada.

Uno de ellos, llamado Ciro, le llevó en seguida al sitio donde se hallaban los cristianos, diciendo á Vinicio:

– Ignoro, señor, si encontrarás á la que buscas. Hemos preguntado á todos por una joven llamada Licia, sin obtener respuesta. Quizá no se fían de nosotros.

– ¿Son muchos?, preguntó el tribuno.

– Buen número de ellos debe esperar hasta mañana.

– ¿Hay algún enfermo?

– Ninguno que no pueda sostenerse.

Ciro abrió una puerta y entraron ambos en un local vastísimo, pero obscuro, que no recibía luz más que por una reja, desde la cual podía verse el Anfiteatro. Vinicio al entrar no distinguió nada; sólo oía voces que murmuraban cerca de él y el rumor incesante de la multitud. Cuando sus ojos se habituaron á la obscuridad, distinguió un grupo numeroso de seres extraños, revestidos con pieles de animales. Algunos estaban derechos, otros arrodillados, todos rezando. Las mujeres se reconocían por la larga cabellera que les caía sobre la piel de que iban cubiertas, y algunas tenían en sus brazos niños también envueltos en vellosas pieles. Claramente se demostraba que todos ellos, ó casi todos, no abrigaban pensamientos terrenos, sino otros que les movían á mirar con indiferencia todo cuanto ocurría á su alrededor. Algunos á quienes se dirigió Vinicio preguntándoles por Licia, le miraron como despertando del sueño, sin contestarle; otros, sonriendo, se pusieron un dedo en los labios, y otros le señalaron silenciosamente la reja. Algunos niños, asustados por los rugidos de las fieras, lloraban á ratos, poniendo el grito en el cielo. Vinicio siguió caminando al lado de Ciro y examinando uno á uno todos los rostros, no sin tropezar con algunos que, desmayados por la emoción del momento ó por el excesivo calor, yacían en tierra, y cada vez se internaba más en aquel obscuro espacio, que por sí solo parecía un anfiteatro de enormes proporciones.

De pronto se detuvo; llegó á sus oídos una voz conocida. Se puso á escuchar con atención y se dirigió al sitio de donde partía la voz. Un rayo de luz iluminaba el rostro del que hablaba, y Vinicio reconoció en seguida al inexorable Crispo, envuelto en una piel de lobo.

– ¡Debéis arrepentiros de vuestros pecados, exclamaba, porque ha sonado vuestra hora! El que piensa expiar con la muerte sus pecados comete otro y será víctima del fuego eterno. Con cada culpa de las que habéis cometido habéis renovado el martirio del Señor: ¿cómo creéis, pues, que las expiáis con los sufrimientos que os aguardan? Hoy el justo y el pecador encontrarán la misma muerte, pero el Señor sabrá elegir á sus criaturas. ¡Ay de vosotros! Las garras de los leones despeda-

zarán vuestra carne, pero no borrarán vuestras culpas y vuestra responsabilidad. El Señor ha mostrado suficientemente su misericordia, haciéndose crucificar por vosotros; desde ahora ya no es más que un juez que no dejará impune ofensa alguna. El que cree expiar sus pecados con el martirio ofende la justicia de Dios y se precipitará en lo más profundo del infierno. La misericordia acabó; ahora ha llegado el momento de la cólera divina. Dentro de poco os encontraréis todos en presencia del terrible Juez: ante el Juez tiembla el más justo. Si no os arrepentís, el abismo os aguarda. ¡Ay de vosotros, maridos y mujeres! ¡Ay de vosotros, padres é hijos!

Y extendió las descarnadas y huesudas manos, inexorable hasta en la hora de la muerte.

Algunas voces contestaron:

– ¡Nos arrepentimos de nuestros pecados!

Después siguió un largo silencio, interrumpido sólo de cuando en cuando por el llanto de los niños.

Vinicio se estremeció. Él, que había puesto toda su esperanza en la piedad del Salvador, oía que había llegado la hora de la cólera y que ni siquiera por el martirio se obtenía misericordia. Cruzó por su mente la idea de que en aquellos momentos Pedro hubiera encontrado palabras muy diferentes para confortar á los futuros mártires. Aquellos acentos pavorosos llenaban de fanatismo la obscura cárcel, detrás de cuya reja se extendía el campo del martirio. El aire era irrespirable; frío sudor bañó su frente. Temió caer desvanecido como aquellos con cuyos cuerpos había tropezado. De un momento á otro podría abrirse la reja, por lo cual se puso á llamar á voces á Licia y Ursus, con la esperanza de que, si no ellos, cualquier conocido le respondería.

En efecto, se oyó responder á una persona, envuelta en una piel de oso:

– Señor, permanece en la cárcel. Yo fuí el último en salir y la dejé allí enferma sobre su lecho.

– ¿Quién eres?

– El cantero en cuya cabaña fuiste bautizado. Me prendieron hace tres días y hoy moriré.

Vinicio se sintió aliviado. Su único deseo, al entrar, era el de encontrar á Licia; ahora daba gracias á Dios por no haberla encontrado entre los demás y reconocía en esto una manifestación de la misericordia divina.

El cantero prosiguió:

– ¿Recuerdas, señor, que te guié por el camino que conduce á la viña de Cornelio, cuando el apóstol predicó en la cueva?

– Sí.

– Volví á verle el día de mi encarcelación. Me bendijo y me prometió que vendría al Anfiteatro para bendecir á los moribundos. Si pudiese verle y ver la señal de la cruz, creo que moriría más contento. Si sabes dónde ha de estar, indícame el sitio.

Vinicio bajó la voz para decirle:

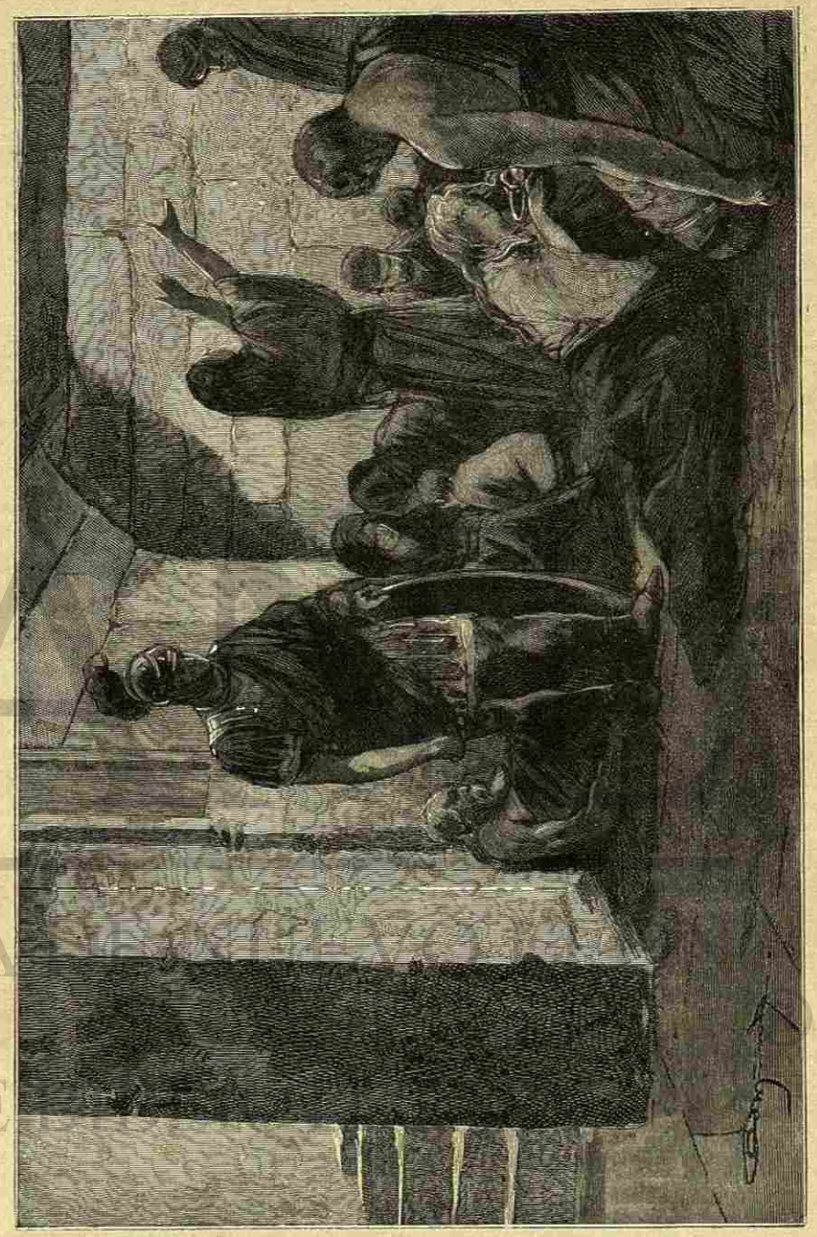
– Estará entre los siervos de Petronio bajo el disfraz de esclavo. No sé qué puestos habrán tomado, pero los encontraré en seguida. Mírame en cuanto entres en el Anfiteatro; yo me levantaré y volveré hacia él la cabeza, de modo que puedas encontrarlo.

– Te lo agradezco. ¡La paz sea contigo!

– ¡Que el Salvador te acoja benigno!

– Amén.

Vinicio abandonó el *cuniculum* y volvió al Anfiteatro, donde reapareció en el sitio que ocupaban Petronio y los demás cortesanos.



Licia enferma y asistida por Ursus en la cárcel Mamertina

– ¿Está?, preguntó Petronio.

– ¡No! Sigue en la cárcel.

– Oye un proyecto mío; pero mientras me escuches, mira á Nigidia para que crean que nos ocupamos de su tocado. Tigelino y Quilón nos miran. Óyeme, pues: arréglate de manera que coloquen á Licia en un féretro y la saquen como á todos los cadáveres. Lo demás lo adivinas, ¿verdad?

– ¡Sí!

Tulio Senecio interrumpió su coloquio, preguntándoles:

– ¿Sabéis si se darán armas á los cristianos?

– No, no lo sabemos, respondió Petronio.

– Preferiría que las tuviesen, dijo Tulio Senecio, porque en caso contrario, el Anfiteatro quedará pronto convertido en una carnicería. ¡Qué magnífico Anfiteatro!

En efecto, el golpe de vista era asombroso; en un palco dorado estaba Nerón. con un cordón de diamantes al cuello y una corona de oro sobre la cabeza. Junto á él sentábase la bella Augusta, con su gesto amenazador; rodeándoles, se veía á todas las vestales, los altos empleados, los senadores con sus togas recamadas, los guerreros con sus armas relucientes; en una palabra, todo cuanto de más ilustre y poderoso poseía Roma. Los asientos, sobre los que se veían todas las togas blancas, ofrecían el aspecto de una copiosa nevada. En las filas más lejanas estaban los patricios y encima ondeaba la turbulenta masa del pueblo bajo. Guirnaldas de rosas, de lirios, de hiedra y de pámpanos serpenteaban entre las columnas.

Todos hablaban en alta voz, llamándose por sus nombres y cantando. A veces alguna frase aguda, circulando de fila en fila, provocaba sonoras carcajadas. Muchos pateaban de impaciencia, porque no se empezaba el espectáculo. De cuando en cuando el pateo se hacía general, produciendo estrépito espantoso. Por último el prefecto de la ciudad dió una vuelta por la arena con su brillante séquito, y cuando hubo hecho la señal de rúbrica con su pañuelo, escapó de millares y millares de pechos un grito de alegría inmensa.

Cada espectáculo comenzaba, generalmente, con la lucha contra los animales feroces, en la cual se presentaban algunos bárbaros. Pero aquel día dieron principio á la función los *andabati*, hombres con yelmos sin abertura alguna, por lo cual tenían que luchar á ciegas. Salió á la arena una escuadra de ellos: todos giraban sobre sí, describiendo círculos á su alrededor con la espada, no encontrando en los primeros momentos nadie con quien tropezar en sus rápidas vueltas; los azuzadores empujaban á unos contra otros, por lo cual algunos encontraron adversarios. La parte escogida del público miraba con desprecio aquel espectáculo; la plebe, en cambio, se divertía viendo los ridículos movimientos de los luchadores. En cuanto dos de ellos chocaban por la espalda, la muchedumbre prorrumpía en una enorme carcajada. «¡A la derecha!,» «¡A la izquierda!,» se gritaba, engañando expresamente á uno de los gladiadores. Al cabo llegaron á formarse varias parejas y entonces la lucha se hizo sangrienta. Los adversarios arrojaron los escudos; uno cogía fuertemente con su mano izquierda á otro, para no perderlo, combatiendo con la derecha hasta que la lucha se decidía. El caído levantaba el dedo pidiendo que se le perdonara la vida. Al principio del espectáculo casi siempre se pedía la muerte del vencido, especialmente si había luchado con la cabeza cubierta, pues nadie podía reconocerle. Por último, hubo tantos duelos como pares de luchadores, exceptuando á dos de éstos que andaban dispersos; pero fueron también empujados uno contra otro, hasta que ambos cayeron hiriéndose recíprocamente. Mientras se gritaba desde todas partes: *Peractum est!*, algunos siervos corrieron á arrastrar hacia

afuera los cadáveres; jóvenes esclavos lavaron las huellas de sangre y esparcieron sobre la arena hojas perfumadas.

Seguía luego una lucha esperada con gran ansiedad, no sólo por la plebe, sino también por todos los patricios. Durante aquellos combates se hacían entre los jóvenes ricos importantes apuestas, en las cuales á menudo arriesgaban todo su patrimonio. Pasaban de mano en mano las tablas en que estaban inscritos los nombres de los gladiadores al lado de las sumas apostadas. Los gladiadores que habían salido victoriosos en anteriores luchas tenían el mayor número de partidarios, pero también había jugadores atrevidos que apostaban grandes sumas en favor de algún luchador nuevo y desconocido. César apostaba siempre; los sacerdotes, las vestales, los senadores, los patricios, el pueblo..., ¡todos apostaban! Sucedía á veces que muchos que nada tenían se jugaban su libertad. Todos esperaban con el corazón palpitante de ansia, y más de uno hacía votos á alguna divinidad, implorando la victoria por su luchador favorito.

Apenas resonaron las primeras notas de las trompas, el más profundo silencio reemplazó al atronador ruido que hasta entonces había retumbado en el circo. Todas las miradas se fijaron en los cerrojos, á los cuales se había aproximado un hombre disfrazado de Caronte; golpeó la puerta tres veces con un martillo, llamando á los que se hallaban dentro. Lentamente se abrieron las puertas y los gladiadores hicieron su entrada en la arena. Avanzaban en escuadras de cerca de veinticinco hombres cada una: los tracios, los mirmilones, los sannios, los galos, por grupos de cada nacionalidad, todos bien armados; y por último, comparecieron los reciarios llevando en una mano la red y en la otra el tridente. Nutridos aplausos acogían la aparición de cada grupo, llegando la ovación á ser general é incesante cuando hubieron salido todos.

Los gladiadores dieron una vuelta por la arena con su paso firme, pero elástico, haciendo brillar sus armas á la luz del sol. Llegados frente al podio donde se hallaba César, se pararon tranquilos, serenos, seguros de su victoria. Otro sonido de trompa impuso nuevo silencio á la multitud; los gladiadores extendieron solemnemente la diestra, y mirando el semblante del emperador, gritaron, ó mejor dicho, cantaron lentamente:

Ave, Cæsar Imperator!
Morituri te salutant!

Pronunciadas estas frases, se separaron para ocupar sus respectivos puestos. Habían de batirse por escuadras; pero antes de esto se permitía á los campeones más conocidos sostener luchas singulares, donde lucían mejor la fuerza, la habilidad y el valor de cada uno. Del grupo de galos avanzó un luchador de gran fama, que había obtenido numerosas victorias. En su yelmo y su coraza se reflejaban los deslumbrantes rayos del sol. Contra él se presentó el no menos célebre reciario Calendio.

Aquí alcanzó su grado máximo la fiebre de las apuestas.

– ¡Quinientos sextercios por el galo!

– ¡Quinientos por Calendio!

– ¡Por Hércules! ¡Mil!

– ¡Dos mil!

En tanto, el galo se había colocado en el centro de la arena, haciendo voltear su espada por delante suyo y mirando atentamente al adversario por la rejilla de la visera. El reciario, bello como una estatua y desnudo hasta la cintura, se puso

á saltar ágilmente alrededor de su pesado rival, sacudiendo con habilidad su red, y ora bajando, ora levantando su tridente, le cantaba los mordaces versos de los reciarios:

Non te peto, piscem peto;
Quid me fugis, Galle? (1)

Pero el galo no trataba de huir, ni mucho menos, sino que inmóvil, á duras penas se volvía para no perder de vista á su adversario. Por su postura podía comprenderse que algo estaba maquinando, y los espectadores adivinaron en seguida que aquella figura pesada, acorazada, no esperaba más que una ocasión para decidir la lucha en un solo instante. El reciario dió un salto hacia él, retrocediendo en seguida y manejando el tridente con tal rapidez, que la vista apenas podía seguirle. Se oía repercutir su sonido sobre el escudo, pero el galo no movía las cejas, dando pruebas de su asombrosa fuerza de resistencia. Toda su atención no se dirigía ya al tridente, sino á la red que se agitaba sobre su cabeza como un pájaro de mal augurio. Los espectadores seguían, conteniendo la respiración, todas las fases de la lucha.

El galo persistió aún un poco en la defensa, pero de pronto se lanzó con imprevista decisión sobre su adversario. Éste, no menos ligero, paró el golpe, levantó el brazo y tiró la red.

El galo se volvió, rápido como un rayo, paró la red con el escudo y ambos se detuvieron un momento. Los espectadores gritaron: «¡Adelante!»

Se cruzaron nuevas apuestas. César, que hasta entonces se había distraído conversando con Rubria y prestando poca atención á la lucha, se entregó á ella con ansia y curiosidad.

Y los gladiadores reanudaron la lucha con tanta regularidad, que más parecía un simulacro que cuestión de vida ó muerte. Dos veces logró el galo esquivar la red, retirándose hacia los muros del Anfiteatro. Los que habían apostado á su favor gritaron: «¡Encima!» Obediente, atacó al enemigo. En menos de lo que se dice, el brazo del reciario quedó cubierto de sangre y la red se le cayó de las manos. El galo creyó que el golpe había sido mortal. Calendio, con una ligereza admirable, saltó á un lado, y escapando al golpe, atravesó el arma entre las rodillas del rival para hacerle caer.

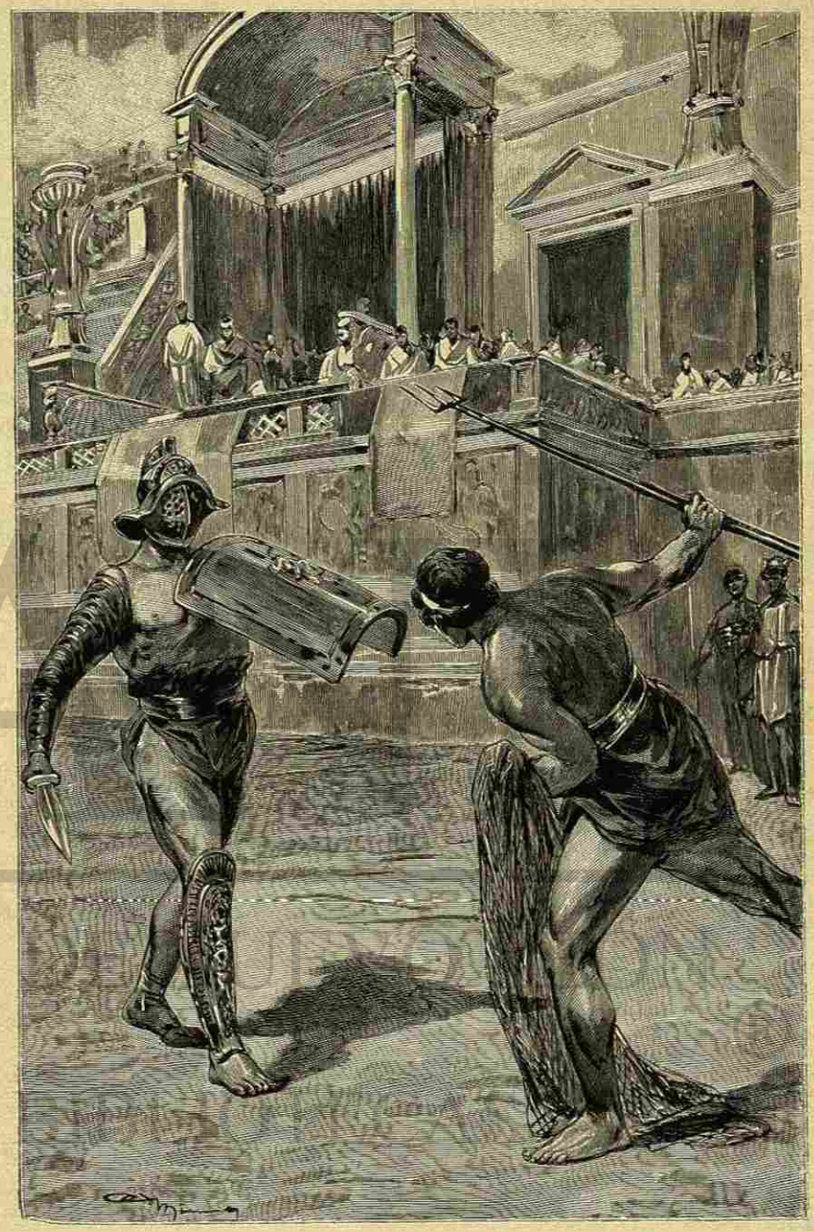
El galo intentó por segunda vez saltar encima, pero se encontró preso en la red, de la cual no podía desasirse porque el tridente de Calendio le impedía todo movimiento. Haciendo un supremo esfuerzo, el galo intentó levantarse apoyándose en un brazo. ¡Todo inútil! La espada se le cayó de la mano y se desplomó de espaldas contra el suelo. El reciario puso el tridente en la garganta del vencido y volvió la vista hacia el palco en que se hallaba César.

El Circo parecía derrumbarse por el estrépito que producían los aplausos.

Para los que habían apostado en su favor, Calendio era en aquellos momentos más grande que Nerón; y tal vez por esto sentían alguna piedad por el galo que les llenaba la bolsa á costa de su sangre. Los votos fueron contrarios; las filas superiores, en parte pedían la muerte, en parte la gracia. Pero el reciario no esperaba más que una seña de César y de las vestales.

Desgraciadamente para el gladiador caído, Nerón no sentía simpatías por él, recordando que en otra ocasión había perdido fuertes sumas apostando contra él. Por este motivo, extendiendo fuera del palco la mano, bajó el dedo pulgar.

(1) «No te quiero á ti, quiero el pez. ¿Por qué huyes de mí, galo?



El reciario se puso á saltar ágilmente alrededor de su pesado rival

Las vestales se apresuraron á imitarle. Calendio entonces puso una rodilla sobre el pecho del adversario, y sacando un puñal de la cintura, después de haber arrancado la coraza al caído, le hundió el arma en la garganta.

– *Peractum est!*, se oyó exclamar en todas partes.

El galo se contrajo como un búfalo herido, revolvió la arena con las uñas, y en seguida se tendió rígidamente y murió.

Mercurio no creyó necesario comprobar su muerte con un hierro candente. Fué sacado de la arena y se presentaron otras parejas. Por último lucharon escuadras enteras con otras. Los espectadores no perdían ni un detalle. Se oían gritos, aullidos, silbidos y palabras alentando á los luchadores. Éstos, divididos en dos legiones, se batían como animales furiosos, pecho contra pecho, los cuerpos enlazados; se oía el crujido de huesos, por los pechos desgarrados y por los intestinos asomaban las puntas de las espadas, y de los labios pálidos caían torrentes de sangre que teñían la arena. Hacia el fin de la lucha algunos novicios empezaron á huir, pero en seguida las fustas de los azuzadores les empujaban á sus puestos. Todo el suelo estaba tinto en sangre; uno tras otro caían rodando los hermosos cuerpos desnudos; los muertos yacían esparcidos alrededor á manera de gavillas. Los que aún permanecían en pie luchando pisoteaban á los muertos y heridos graves y caían á veces, hiriéndose los pies con las armas rotas y abandonadas. El entusiasmo del público había llegado al colmo.

Casi todos los vencidos habían muerto. Sólo algunos heridos, de rodillas en medio de la arena, extendían los brazos implorando piedad. A los vencedores se les ofrecía dinero y guirnaldas. Siguió un descanso, dispuesto por orden de César, para que los espectadores restauraran sus fuerzas. En los vasos se quemaron perfumes, se arrojó sobre la muchedumbre una lluvia de azafrán y de violetas. Se sirvieron bebidas refrigerantes, carne asada, dulces, vino, aceitunas y fruta. Se comía, se charlaba, se voceaba en honor de César para inducirle siempre á mayor liberalidad. Cuando quedaron satisfechos el apetito y la sed, centenares de esclavos recorrieron las gradas con cestas llenas de regalos; muchachos vestidos de Cupido sacaban de ellas los más variados objetos, que luego lanzaban á manos llenas en medio del público. Cuando se repartieron billetes de lotería, empezó una verdadera batalla. Chocaban unos contra otros, se pisoteaban; se pedía auxilio, se saltaba de una fila á otra, atropellándose mutuamente en aquel espantoso tumulto. Los premios del sorteo consistían en una casa con jardín, un esclavo, un traje magnífico ó un animal feroz que podía venderse en seguida al Anfiteatro. La excitación llegó á tal punto que hubieron de intervenir los pretorianos. Semejantes distribuciones tenían siempre como consecuencia inevitable piernas y brazos rotos y buen número de muertos y heridos. Los ricos no tomaban parte en las luchas por los billetes. Los augustianos se divertían observando á Quilón y sus esfuerzos inútiles por aparentar calma y mostrar indiferencia ante aquel derramamiento de sangre.

Pero en vano se mordía el pobre griego los labios para contenerse, en vano se apretaba los puños hasta sentir dolor; su naturaleza griega y su innata pusilanimidad no podían soportar aquel espectáculo. El desgraciado estaba pálido, frío sudor bañaba su frente, se le habían amoratado los labios, los dientes le castañeteaban, le temblaba todo el cuerpo. Después del combate reaccionó un poco; pero viendo que empezaban á satirizarle, se irritó y se dispuso á defenderse desesperadamente.

– ¡Ah, griego mío! ¡La vista de una piel humana despedazada es superior á tus fuerzas!, le dijo Vatinio tirándole de la barba.

Quilón le enseñó sus dos últimos dientes, amarillos, y respondió:

– Mi padre no era un remendón de pieles; así, pues, yo no puedo remendar las que veo.

– ¡Bien, muy bien dicho!, exclamaron algunos.

Otros insistieron en las burlas.

– ¿Y qué va á hacer el pobre si en lugar de corazón tiene entre las costillas un pedazo de queso?, dijo Seneción.

– ¿Y qué culpa tienes tú si en vez de cabeza tienes una botella?, le contestó Quilón.

– ¿Quién sabe si con el tiempo te harás gladiador por afición? ¡Sería bonito verte en la arena con una red!

– Si te cogiese en ella, al menos podría decir que había cazado un puerco-espín inmundo.

– ¿Y qué hay de los cristianos?, le preguntó Festo de Liguria. ¿No desearías ser un perro para morderlos?

– No, no quisiera ser tu hermano.

– ¡Qué hermosa nariz griega!

– ¡Qué hermoso asno de la Liguria!

Y en este tono seguían burlas y respuestas. Él se defendía mordazmente, provocando unánimes carcajadas. César aplaudía, exclamando: «¡Adelante!,» y animaba así aquellos duelos de palabras.

Por último se levantó Petronio, y tocando á Quilón con la punta de su bastoncito de marfil, le dijo fríamente:

– ¡Todo va bien, sabio ilustre! Sólo en un punto no estamos de acuerdo: los dioses te crearon en clase de simple ladrón y tú te has hecho un demonio. Por esto no puedes soportar la vista de semejante espectáculo.

El griego le miró con sus ojos enrojecidos, sin encontrar respuesta que darle. Después de una pausa dijo premiosamente:

– La sostendré.

Las trompas anunciaron el fin del descanso. Los espectadores volvieron á ocupar sus puestos, no sin haber sobrevenido antes algunas reyertas por el empeño de algunos en arrebatar á otros los puestos que habían ocupado y que á juicio de aquéllos eran los más cómodos. Se calmaron los ánimos por fin, y todos fijaron su atención en la arena, esperando con ansia la segunda parte del espectáculo. Gran número de mozos del Circo estaba ocupado aún en borrar todas las huellas de la sangre derramada en las luchas de los gladiadores.

Les había llegado el turno á los cristianos. Nadie sabía la actitud con que se presentarían, y por esto les esperaban con curiosidad, pero no con benevolencia. Los cristianos habían incendiado Roma, habían bebido la sangre de los niños asesinados y envenenado los manantiales; habían maldecido al género humano y realizado acciones abominables. El castigo más duro no bastaba á calmar todo el odio que contra ellos manifestaba el pueblo, y si un solo temor asaltaba el ánimo de los espectadores, era el de que fuese demasiado benigna la expiación, comparada con los pecados cometidos.

Los rayos del sol del mediodía penetraban rojizos á través del purpúreo velario. El Anfiteatro parecía de fuego: algo terrible se pintaba en los rostros de los espectadores y sobre el ruedo desierto, donde muy pronto habían de resonar los gritos desgarradores de los mártires y los rugidos salvajes de las fieras. La muerte y el terror flotaban en la atmósfera. La multitud, como de costumbre, despreocupada y tumultuosa, había adoptado una actitud amenazadora.

El prefecto dió la señal. El mismo Caronte que había invitado á morir á los gladiadores, se aproximó á la puerta, dando los tres golpes reglamentarios.

En el circo se produjo un fuerte murmullo.

– ¡Los cristianos, los cristianos!

Se oyó cómo rechinaban sobre sus goznes los canceles de hierro, y los azuzadores dieron su grito habitual: «¡A la arena!» Pocos minutos bastaron para que el circo quedase convertido en un hormiguero de seres extraños, envueltos en pieles de animales y que más parecían sátiros que criaturas humanas. Con paso rápido y ansia casi febril se dirigían al centro, y allí se arrodillaban uno junto á otro, orando con los brazos en alto. El público, creyendo que imploraban piedad, empezó á indignarse y patear en vista de tanta avilantez y se arrojaron contra aquellos desgraciados los huesos roídos, pedazos de copas..., mientras se prorrumpía en gritos de «¡las fieras, las fieras!,» en un delirio de furor.

Pero de pronto cesó aquella explosión de ira. Del numeroso grupo de víctimas se elevaron nutridas voces y por primera vez resonó en un anfiteatro romano el himno: *Christus regnat!*

La muchedumbre escuchó atónita. Los condenados tenían los ojos en alto, hacia el velario, mostrando sus rostros pálidos, pero inspirados. Viéndoles, era fácil comprender que no pensaban en pedir clemencia, ni mucho menos, y que para ellos el Circo, el público, el Senado, el mismo César, no existían. Y en tanto el *Christus regnat!* resonaba cada vez más fuerte y más enérgico. Todos se preguntaban á sí mismos: «¿Qué ocurre? ¿Quién es ese Cristo que reina, según cantan esos desgraciados?» No tardó en abrirse otro cancel y jaurías enteras de perros se precipitaron en la arena ladrando furiosamente; magníficos dogos amarillos, perros del Pirineo y perros iberneses, parecidos á lobos, todos rabiosos de hambre. Terminado su himno, los cristianos permanecieron inmóviles, como petrificados, repitiendo incesantemente: *Pro Christo! Pro Christo!*

Los perros olieron la carne humana que envolvían aquellas vellosas pieles de animales, y sorprendidos por el silencio de las víctimas, no se atrevieron á lanzarse inmediatamente sobre ellas; algunos se pusieron á rascarse contra el muro, otros á recorrer la arena ladrando, como persiguiendo á un animal invisible. El público comenzó á impacientarse; miles de voces se entretenían en rugir como fieras ó en ladrar como perros. El Circo temblaba ante el infernal ruido que promovía el público. Los perros, excitados, intentaron arrojarse sobre los devotos arrodillados, pero retrocedieron haciendo rechinar los dientes, hasta que uno de los dogos se decidió á morder la espalda de una mujer. Todos los demás siguieron entonces el ejemplo, y cesó el ruido, fijándose todas las miradas en aquel espectáculo nuevo. Sólo las palabras *Pro Christo!* resonaban incesantemente, mientras los pobres cuerpos destrozados caían rodando por la arena ensangrentada. Los perros se arrancaban de la boca los miembros goteando sangre. El olor de los cuerpos desgarrados había disipado el de los perfumes árabes quemados poco antes, llenando con sus emanaciones toda la atmósfera.

En poco tiempo no quedaron de rodillas en la arena más que unas cuantas figuras, hasta que acabaron por formar una sola masa con las bestias que se entretenían en lamer toda la sangre derramada.

Cuando los cristianos entraron en la arena, Vinicio se levantó, dirigiéndose adonde estaba Pedro entre la gente de Petronio. Después volvió á sentarse, contemplando con mirada extraviada el repugnante espectáculo. ¡Quizás se había engañado el cantero y Licia se hallaba entre aquellos infelices! Este pensamiento amenazaba enloquecerle. Pero cuando oyó que las víctimas invocaban el nombre de Cristo en el momento de su muerte, confirmando su fe, su desesperación cedió el paso á otro pensamiento terrible. El mismo Cristo murió entre tormentos, millares de personas afrontaban voluntariamente la muerte por su amor, aquel mar de sangre había afirmado la fe en Él, y así nada podía significar una gota más ó menos, así era un pecado sólo pedir misericordia. Esta idea llegaba á él desde la arena, al tiempo que veía desplomarse las víctimas y percibía el olor de la sangre humeante. Los labios descoloridos repitieron: «¡Oh Cristo, Cristo! ¡Tu apóstol te rogó por ella!» Y empezó á borrarse en él toda noción de las cosas; todo giraba vertiginosamente ante sus ojos. Le parecía ver que la sangre de la arena se levantaba lentamente hasta rebasar los muros del Circo, inundando luego toda Roma. Y ya no vió más, ni oyó los aullidos de los animales, ni los gritos de la multitud excitada, ni las voces de los augustianos que en aquellos momentos exclamaban: «¡Quilón se ha desmayado!»

Y en efecto, Quilón había perdido el sentido. Estaba tendido sobre su asiento, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta, como un muerto.

En tanto habían salido á la arena nuevos mártires. Como los anteriores, también éstos se arrodillaron; pero los perros, cansados y ahitos, no se cuidaron de ellos. Unos cuantos se lanzaron contra los cristianos más próximos; los otros se tendieron plácidamente, bostezando y rascándose los costados.

Entonces el pueblo, sediento de sangre, empezó á gritar: «¡Los leones, los leones! ¡Salgan los leones!» Estas fieras estaban reservadas para el día siguiente, pero en el Anfiteatro el pueblo era el soberano é imponía su voluntad hasta al mismo César. Unicamente Calígula, testarudo y caprichoso, se había atrevido á oponerse á su voluntad, haciendo fustigar á los rebeldes; pero más de una vez había tenido que ceder. Nerón, á quien más que nada halagaba el favor popular, nunca se oponía á nada, y menos entonces que se trataba de calmar al pueblo excitado por el incendio y de echar toda la culpa sobre los cristianos.

Hizo una seña para que se abriese el *cuniculum*, calmándose de este modo en un instante la agitación del público. Las puertas tras las cuales se ocultaban los reyes del desierto se abrieron de par en par. Al ver los leones, los perros, lanzando un ronco aullido, se retiraron al extremo opuesto de la arena. Uno tras otro los leones dejaron el *cuniculum*, luciendo majestuosamente la espesa melena. César no se cansaba de mirarlos á través de su esmeralda, para no perder un detalle del espectáculo. Los cortesanos saludaron con júbilo á los nobles animales; el pueblo los contaba con los dedos, esperando la impresión que produciría en los cristianos la presencia de sus nuevos enemigos. Las víctimas, arrodilladas en medio de la arena, no cesaban de repetir aquellas palabras, incomprensibles para los espectadores: *Pro Christo, Pro Christo!*

Pero los leones, aunque hambrientos, no se lanzaron en seguida contra los cristianos. La luz roja del Anfiteatro les deslumbraba. Algunos se tendían perezosamente, otros bostezaban, como dando á entender que querían antes mostrar sus famosos colmillos. Sin embargo, el olor de la sangre y de los cuerpos destrozados no dejó de producir su efecto y empezaron á husmear en torno voluptuosamente. Uno se arrojó sobre una mujer ya desgarrada y se puso á lamer la sangre de sus heridas; otro se abalanzó sobre un hombre que tenía un niño en brazos, y la infeliz criatura se agarró al cuello de su padre, gritando desesperadamente. Éste, para alargar aunque fuese un minuto la vida de su hijo, intentó desasirse de él y entregárselo á un compañero. Pero los gritos excitaron al león, que lanzó un terrible rugido y mató al niño de un zarpazo. Después, cogiendo entre las fauces la cabeza del padre, la convirtió en un minuto en masa deforme y repulsiva.

Aquí empezaron su obra los leones restantes. Algunas mujeres gritaban, oprimidas por el dolor, pero los aplausos del público ahogaban aquellos lamentos. El

cuadro era horrible: las cabezas desaparecían hasta el cuello en las fauces abiertas, los zarpazos desgarraban los pechos; corazones y pulmones caían sobre la arena, los huesos crujían entre los dientes de las fieras, algunas de las cuales agarraban su presa por los costados ó por los ijares y escapaban, como buscando un rincón obscuro donde poder devorarla. Otras, levantándose sobre las patas traseras, luchaban entre sí, atronando el circo con sus tremendos rugidos. Algunos espectadores se pusieron en pie para ver mejor y otros abandonaron sus puestos. El tumulto en aquellos momentos causaba impresión. Podía decirse que la gente, excitada, acabaría por descender á la arena para ayudar á las bestias en la sangrienta misión que la perversidad de los hombres les había confiado. Alternaban, se sucedían sin parar los gritos de júbilo, aullidos salvajes, rugidos, el restallar de dientes de las fieras, los ladridos de los perros, los lamentos de las víctimas. César, con su esmeralda, fijaba atentamente la mirada en aquella carnicería. En el rostro de Petronio se leía la náusea y el desprecio. Quilón fué retirado del palco.

Nuevas víctimas se agregaban á las devoradas.

En la parte más alta del Anfiteatro se hallaba el apóstol Pedro. Nadie había notado su presencia, porque no se tenían ojos más que para el espectáculo. Como bendijo un día en la viña de Cornelio á los que debían ser presos al poco tiempo así bendecía en el Circo con la señal de la cruz á todos los mártires que morían. Bendecía la sangre, los tormentos, los pobres cuerpos deformados, el alma que levantaba su vuelo desde la tierra. Muchos de ellos le miraban con sonrisa beatífica, al recibir la bendición. El apóstol, con el corazón oprimido, rogó á Dios en secreto de esta manera: «¡Oh Señor, hágase tu voluntad! Estas ovejas mías mueren por ti, por amor á la verdad. Tú me ordenaste guardarlas y yo te las devuelvo. Cuéntalas, acógelas, sana sus heridas, mitiga sus sufrimientos, concédeles una felicidad superior á los martirios que han soportado.» Y bendijo á todos con gran amor, como si hubiesen sido sus hijos, que entregaba al Creador.

César en tanto, deseoso de dar al espectáculo extraordinarias proporciones, superando á cuanto se había visto en Roma, susurró algunas palabras al oído del prefecto. Éste abandonó el podio, dirigiéndose al *cuniculum*. Y el pueblo quedó sorprendido cuando, después de algunos minutos, se abrieron de nuevo las puertas para dar salida á animales de toda especie, como tigres del Eufrates, panteras de la Numidia, osos, lobos, hienas y chacales. Sobre la arena parecía extenderse una riquísima colección de pieles, pues las había de varios colores, relucientes, obscuras y amarillentas. Perdiendo la apariencia de realidad, el espectáculo semejaba una orgía sangrienta, un sueño terrorífico, un gigantesco calidoscopio con las más espantosas imágenes. Aquello rebasaba toda medida. Entre los aullidos y rugidos de las fieras y los gemidos de las víctimas se oía aquí y allá la risa convulsa de las matronas, cuyas fuerzas no podían ya resistir ante aquel horrendo, interminable espectáculo. La muchedumbre se estremecía, los rostros se anublaban, se gritaba desde todas partes: «¡Basta, basta!»

Pero si fácil había sido hacer salir las fieras, no lo era tanto hacerlas entrar. César propuso un medio rápido para limpiar el ruedo y al mismo tiempo proporcionar al pueblo un espectáculo novísimo. En las canales, entre varias gradas, aparecieron robustos númidas, verdaderas estatuas de ébano, con el arco al brazo. Se aproximaron al parapeto, y apuntando las flechas las dispararon contra los animales. Cada golpe certero era aplaudido con entusiasmo por el pueblo, para el cual era, en efecto, una novedad este género de diversión. Los bellísimos cuerpos de los númidas, que parecían esculpidos en mármol negro, se replegaban hacia atrás, cuando, tendido el arco, las flechas seguían á las flechas. Su silbido se confundía con los aullidos de las fieras y los gritos de júbilo del pueblo. Los lobos, los osos, las panteras y los cristianos aún vivos caían uno tras otro sobre la arena. De cuando en cuando se veía á un león herido intentando arrancarse la flecha con los dientes, ó por lo menos romperla; otros rugían de dolor. Los animales pequeños, llenos de espanto, corrían á la desesperada alrededor del Circo ó se estrellaban la cabeza contra las rejas. Y en tanto las flechas seguían atravesando el aire hasta que no quedó una existencia que no se estuviese apagando entre los espasmos de la muerte.

Terminada la horrible matanza, los esclavos, provistos de escobas, azadas, palas, carretones, cestas para recoger las vísceras esparcidas y sacos de arena para igualar el terreno, invadieron aquel teatro de tantos horrores y se entregaron á sus respectivas ocupaciones. Pronto quedó el piso libre de cadáveres, de sangre y de inmundicias, y una vez limpio, se vertió sobre él un nuevo cargamento de arena. Entonces entraron en funciones los Cupidos, que esparcieron hojas de rosa, lirios y toda clase de flores.

Se quemaron nuevos perfumes mientras se corría el *velarium*, pues el sol iba declinando. Maravillados los espectadores, se preguntaban unos á otros qué nueva diversión daría fin á la jornada. Les sorprendió un espectáculo inesperado. César, que poco antes había desaparecido de su podio, se presentó de pronto en medio de la arena, alfombrada de flores, envuelto en el manto de púrpura y ceñida la cabeza con la corona de oro.

Le seguían doce coristas con las cítaras. Él también llevaba un laúd de plata, y avanzando con paso lento y solemne, se inclinó repetidas veces ante los espectadores, y después alzó los ojos como aguardando una inspiración.

Por último, pulsando las cuerdas del instrumento, comenzó:

«¡Oh radiante hijo de Leto,
dominador de Ténedos, de Quio y de Criso!
¿Pudiste alguna vez, protector de Ilio,
abandonar la sagrada ciudad
á la ira de los Argivos?
¿Pudiste permitir que los sagrados altares,
en los que nunca se apaga el fuego,
fuesen profanados por sangre troyana?

»¡Manos trémulas y descarnadas se levantan á ti,
que poderoso flechas el arco de plata!
¡Madres angustiadas y suplicantes
imploran de ti misericordia
y piedad para sus hijos!
¡Hasta una roca se hubiera conmovido!
¡Pero tú, oh Esminteo,
permaneciste insensible como el frío mármol!»

Aquí el canto se trocó en una dolorosa elegía de tonos lastimeros. Después de breve pausa, César, profundamente conmovido, continuó:

«Con el sonido de tu celeste cítara
acallaste tu dolor
y los sollozos del corazón oprimido.
El acento triste de esta canción
nos llena hoy los ojos de lágrimas,
así como las flores se llenan de rocío.
¿Pero quién despierta en medio de las ruinas
del día cruel de la destrucción?
¿Qué hacías tú aquel día, oh Esminteo?»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Su voz temblaba y sus ojos se humedecieron; lloraban las vestales; el pueblo escuchaba silencioso, prorrumpiendo después en un aplauso fragoroso, entusiástico.

Del exterior del Circo llegaba allí el ruido de las ruedas de los carros sobre los cuales se trasladaba á los *puticoli* los restos ensangrentados de los mártires cristianos.

Pedro el apóstol, apoyando su blanca cabeza sobre sus manos trémulas, exclamó para sí, mirando al cielo:

– ¡Oh Señor, Señor! ¿A quién confiaste el dominio de la tierra? ¿Por qué quieres fundar aquí tu sede principal?

LVI

El sol llegaba ya á su ocaso cuando terminó el espectáculo. La gente se agolpaba á las salidas del Anfiteatro, dispersándose luego en todas direcciones. Sólo permaneció en el Circo el séquito de César, esperando que la muchedumbre hubiese despejado el local; abandonando sus puestos, todos los cortesanos se reunieron en torno al podio, en el que había reaparecido el emperador, para oir los elogios de aquéllos. No le bastaba el aplauso que le habían tributado los espectadores al final del canto; exigía de su público un entusiasmo delirante. En vano resonaban en sus oídos los himnos de alabanza, en vano las vestales le besaban la mano divina. Nerón no estaba del todo satisfecho y no ocultaba su decepción. El silencio de Petronio le causaba turbación y asombro. Unas cuantas frases halagadoras, salidas de labios del culto cortesano, hubieran sido para él en aquella ocasión un inmenso consuelo. No pudiendo contenerse, hizo una seña al *arbiter*.

– ¡Habla!, le dijo.

– Callo, señor, respondió fríamente Petronio, porque no encuentro palabras; te has superado á ti mismo.

– ¡Esto mismo me ha parecido á mí! Pero ese pueblo...

– ¿Esperabas acaso un juicio sereno y digno por parte de la plebe?

– ¿También has comprendido que no se me ha festejado como merezco?

– Has escogido quizás un momento poco favorable.

– ¿Qué quieres decir?

– Cuando el espíritu humano está preocupado con tantas y tantas escenas sangrientas, no puede prestar atención á otra cosa.

– ¡Ah! ¡Esos cristianos!.., respondió Nerón apretando los puños; no contentos con haber incendiado Roma, ahora me perjudican de ese modo... ¿Qué otra pena puedo crear para ellos?

Petronio comprendió que había errado el camino, obteniendo con sus palabras efecto completamente contrario al que se proponía alcanzar; por este motivo, queriendo desviar el pensamiento de Nerón, murmuró á su oído:

– Tu canto es admirable; pero he de permitirme una observación; en el cuarto verso de la tercera estrofa el metro deja algo que desear.

Nerón enrojeció de vergüenza, como cogido en flagrante delito, y respondió mirando en torno á sí con cierto temor:

– No se te escapa nada. Lo sé y lo corregiré, aunque presumo que nadie más lo habrá notado. Y tú ten cuidado, por amor de todos los dioses, de no mencionarlo, si estimas en algo tu vida.

Petronio no pudo refrenar la ira y contestó con dignidad:

– Condéname á muerte, divino, si te engaño; pero no lograrás infundirme pavor. ¡Los dioses saben si temo yo la muerte!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Su voz temblaba y sus ojos se humedecieron; lloraban las vestales; el pueblo escuchaba silencioso, prorrumpiendo después en un aplauso fragoroso, entusiástico.

Del exterior del Circo llegaba allí el ruido de las ruedas de los carros sobre los cuales se trasladaba á los *puticoli* los restos ensangrentados de los mártires cristianos.

Pedro el apóstol, apoyando su blanca cabeza sobre sus manos trémulas, exclamó para sí, mirando al cielo:

– ¡Oh Señor, Señor! ¿A quién confiaste el dominio de la tierra? ¿Por qué quieres fundar aquí tu sede principal?

LVI

El sol llegaba ya á su ocaso cuando terminó el espectáculo. La gente se agolpaba á las salidas del Anfiteatro, dispersándose luego en todas direcciones. Sólo permaneció en el Circo el séquito de César, esperando que la muchedumbre hubiese despejado el local; abandonando sus puestos, todos los cortesanos se reunieron en torno al podio, en el que había reaparecido el emperador, para oir los elogios de aquéllos. No le bastaba el aplauso que le habían tributado los espectadores al final del canto; exigía de su público un entusiasmo delirante. En vano resonaban en sus oídos los himnos de alabanza, en vano las vestales le besaban la mano divina. Nerón no estaba del todo satisfecho y no ocultaba su decepción. El silencio de Petronio le causaba turbación y asombro. Unas cuantas frases halagadoras, salidas de labios del culto cortesano, hubieran sido para él en aquella ocasión un inmenso consuelo. No pudiendo contenerse, hizo una seña al *arbiter*.

– ¡Habla!, le dijo.

– Callo, señor, respondió fríamente Petronio, porque no encuentro palabras; te has superado á ti mismo.

– ¡Esto mismo me ha parecido á mí! Pero ese pueblo...

– ¿Esperabas acaso un juicio sereno y digno por parte de la plebe?

– ¿También has comprendido que no se me ha festejado como merezco?

– Has escogido quizás un momento poco favorable.

– ¿Qué quieres decir?

– Cuando el espíritu humano está preocupado con tantas y tantas escenas sangrientas, no puede prestar atención á otra cosa.

– ¡Ah! ¡Esos cristianos!.., respondió Nerón apretando los puños; no contentos con haber incendiado Roma, ahora me perjudican de ese modo... ¿Qué otra pena puedo crear para ellos?

Petronio comprendió que había errado el camino, obteniendo con sus palabras efecto completamente contrario al que se proponía alcanzar; por este motivo, queriendo desviar el pensamiento de Nerón, murmuró á su oído:

– Tu canto es admirable; pero he de permitirme una observación; en el cuarto verso de la tercera estrofa el metro deja algo que desear.

Nerón enrojeció de vergüenza, como cogido en flagrante delito, y respondió mirando en torno á sí con cierto temor:

– No se te escapa nada. Lo sé y lo corregiré, aunque presumo que nadie más lo habrá notado. Y tú ten cuidado, por amor de todos los dioses, de no mencionarlo, si estimas en algo tu vida.

Petronio no pudo refrenar la ira y contestó con dignidad:

– Condéname á muerte, divino, si te engaño; pero no lograrás infundirme pavor. ¡Los dioses saben si temo yo la muerte!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y miró fijamente al emperador, el cual le dijo cariñosamente después de una breve pausa:

– ¡No te exaltes! Sabes muy bien que siento por ti particular afecto.

– ¡Mala señal!, pensó Petronio.

– Hoy quería invitarte á un banquete, continuó diciendo Nerón; pero prefiero encerrarme solo para limar aquel maldito verso. Además de ti, lo habrá notado Séneca y quizá también Segundo Carino; pero muy pronto me libraré de ellos.

Y en efecto, llamando á su presencia á Séneca, le encargó que se trasladase con Acrate y Segundo Carino á las provincias itálicas y á otras, para recabar dinero de las ciudades, de las comarcas, de los templos más célebres; en una palabra, allí donde pudiese encontrarse y cada uno de quien pudiese sacarlo. Pero Séneca, viendo que la misión que se le confiaba consistía en saqueos, robos y profanación de templos, se negó rotundamente.

– Tengo que retirarme al campo, señor, para esperar la muerte; soy viejo y tengo los nervios delicados.

Los nervios ibéricos de Séneca eran más fuertes que los de Quilón; quizá no estaban enfermos, pero lo cierto es que la salud del filósofo empeoraba y él parecía una sombra, teniendo ya completamente blanca la cabeza.

Hasta Nerón, examinándole detenidamente, encontraba en él un decaimiento físico que impresionaba.

– Si estás enfermo, le dijo, no quiero exponerte á los peligros de un viaje; pero el afecto que por ti siento me obliga á tenerte cerca de mí. Quédate, pues, en tu casa, en lugar de ir al campo, y no la abandones nunca.

Después añadió:

– Si encargo esta misión á Carino y Acrate solos, será como soltar lobos en medio de un rebaño. ¿A quién pondré al frente de ellos?

– ¡A mí, señor!, exclamó Domicio Afro.

– ¡No! No quisiera atraer sobre Roma la ira de Mercurio; tengo necesidad de un estoico como Séneca ó como mi nuevo amigo el filósofo Quilón.

Y mirando en torno, preguntó:

– Pero ¿qué es de Quilón?

Éste, que al aire libre recobró el sentido y sintió alivio, había vuelto al Anfiteatro para oir el canto de Nerón; por esto contestó inmediatamente:

– ¡Aquí estoy, oh luminoso hijo del sol y de la tierra! Enfermé, pero tu canto me devolvió la salud.

– Te mandaré á la Acaya y verás los tesoros que encierran los templos.

– ¡Hazlo, Júpiter, y todos los dioses derramarán sobre ti sus dones!

– Lo haré muy pronto. Pero no quiero privarte de la asistencia á nuestros espectáculos.

Los cortesanos, observando el cambio de humor de Nerón, celebraron su agudeza con grandes risas y exclamaron:

– ¡Oh, señor! ¡No quites al intrépido griego semejante diversión!

– Presérvame á lo menos, señor, de la vista de aquellos graznadores gansos del Capitolio, cuyos sesos no bastan para llenar una cáscara de nuez, respondió Quilón. ¡Oh primogénito de Apolo! ¡Estoy precisamente escribiendo un himno griego en tu honor, y quisiera pasar una temporada en el templo de las Musas para recibir inspiración!

– ¡No!, exclamó César. Con esto quieres sustraerte á los espectáculos, y no te lo permito.

– ¡Te juro, señor, que estoy escribiendo un himno!

– Puedes escribir durante la noche. Ruega, pues, á Diana, hermana de Apolo, que te ilumine.

Quilón bajó la cabeza y miró, gruñendo, á los augustianos, que se pusieron á reir. César se volvió á Seneción y á otros cuantos, diciéndoles:

– Figuraos que en el espectáculo de hoy apenas nos hemos librado de la mitad de los cristianos.

El viejo Aquilón Régulo, que era inteligentísimo en todo lo concerniente al Anfiteatro, después de reflexionar un poco, dijo:

– Los espectáculos en los que se presenta la gente *sine armis et sine arte* duran siempre demasiado y son menos interesantes.

– Ordenaré que se les den armas, respondió Nerón.

El supersticioso Vestinio, despertando de sus profundas meditaciones, preguntó con voz misteriosa:

– ¿No habéis observado que antes de morir miran al cielo como buscando alguna cosa, y dejan luego la vida sin lamentarse? ¡Estoy seguro de que ven algo allá arriba!

Y uniendo la acción á la palabra, dirigió los ojos á lo alto del Anfiteatro, sobre el cual la noche tendía su manto guarnecido de estrellas.

Los presentes le respondieron con carcajadas y con chistosas suposiciones acerca de lo que podían ver los cristianos en la hora de la muerte. En tanto, Nerón, haciendo señas á los portantes de las hachas, dejó el Circo, y le siguieron inmediatamente las vestales, los senadores, los sacerdotes y los cortesanos.

La noche era tranquila y serena. Frente al Anfiteatro esperaba la multitud curiosa que quería presenciar la salida del emperador; pero éste apareció disgustado y silencioso. Se oyeron algunos conatos de aplauso, que cesaron en seguida. Del *Spoliarium* continuaban saliendo carros con los restos ensangrentados de los mártires.

Petronio y Vinicio regresaron silenciosamente. Sólo al llegar á su palacio preguntó el primero:

– ¿Has pensado en lo que te dije?

– He pensado en ello.

– ¿Crees que ésta es para mí cuestión de suma importancia? Debo librarla, pese á César y pese á Tigelino. Esta es para mí una especie de batalla, de la que quiero salir vencedor á toda costa, aun á costa de mi vida. La jornada de hoy me hace insistir en mis proyectos.

– ¡Que Cristo te premie!

– ¡Verás!

Habían llegado al palacio y descendido de la litera. Una persona envuelta en obscuro manto se aproximó á ellos, preguntando:

– ¿Está aquí el noble Vinicio?

– ¡Sí, aquí está!, contestó el tribuno. ¿Qué quieres?

– Soy Nazario, el hijo de Miriam. Vengo de la cárcel y traigo noticias de Licia.

Vinicio, sin poder proferir palabra, cogió al joven por el brazo y le miró fijamente á la luz de las hachas.

Nazario comprendió la pregunta, á la cual sus labios no se atrevían á contestar, y dijo:

– ¡Sí, vive! Ursus me envía á decirte que en su delirio no cesa de orar y de repetir tu nombre.

– ¡Sea alabado Cristo, que tiene el poder de conservármela!, exclamó Vinicio.

Condujo luego á Nazario á la biblioteca, adonde les siguió Petronio, deseoso de asistir al coloquio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– La enfermedad la salvó de la vergüenza extrema, dijo el muchacho, porque los esbirros nada quieren con los enfermos. Ursus y Glauco la velan día y noche.

– ¿Están aún los mismos guardias?

– Los mismos, y Licia fué trasladada á sus habitaciones. Todos los prisioneros en las cárceles subterráneas murieron de fiebre ó asfixiados por las exhalaciones mefíticas.

– Y tú ¿quién eres?

– El noble Vinicio me conoce; soy el hijo de aquella viuda en cuya casa habitó Licia.

– ¿Eres cristiano?

El joven dirigió á Vinicio una mirada interrogativa; pero viéndole rezar, levantó la cabeza y respondió:

– ¡Sí, soy cristiano!

– ¿Y cómo puedes entrar y salir libremente de la cárcel?

– Me comprometí á sacar los cadáveres, y así puedo asistir á mis hermanos y llevarles noticias de la ciudad.

Petronio examinó atentamente el gracioso rostro del joven, sus ojos azules y su abundante cabellera negra.

– ¿De dónde eres?

– ¡De Galilea, señor!

– ¿Te alegraría ver á Licia libertada de la cárcel?

El muchacho alzó los ojos, exclamando:

– ¡Aunque esto hubiera de costarme la vida!

Vinicio dijo, terminada su oración:

– Dirás á los guardias que pongan á Licia en un féretro, como si hubiese muerto. Busca compañeros que te ayuden á sacarla durante la noche. Junto á la sepultura te esperará una litera, y á sus portadores confiarás el ataúd. Ofrece á los guardias, en mi nombre, todo el oro que pueda contener el manto de cada uno de ellos.

Al pronunciar estas palabras, su rostro perdió su habitual y fría rigidez y despertó en él la antigua naturaleza de soldado, á quien la esperanza volvía á infundir alientos y fuerza de voluntad.

Nazario, inflamado en santo celo, levantó las manos y exclamó:

– ¡Que Cristo le devuelva la salud, porque muy pronto la libertaremos!

– ¿Crees que los guardias consentirán?, preguntó Petronio.

– Ellos favorecían voluntariamente la fuga; tanto más han de permitirnos sacarla entre los cadáveres, observó Vinicio.

– Es verdad que hay allí un hombre encargado de comprobar la muerte de los presos, tocando los cuerpos con un hierro candente, dijo Nazario; pero mediante algunos sextercios consentirá en quemar el ataúd en vez de aplicar el hierro al rostro de Licia.

– Dile que recibirá un bolsillo lleno de oro, dijo Petronio.

– Pero ¿encontrarás compañeros de confianza?

– Hay hombres que por dinero venderían á su mujer y á sus hijos.

– ¿Y dónde los encontrarás?

– En la cárcel ó en la ciudad. Una vez comprados los celadores, podré introducir á quien quiera.

– En este caso, interrumpió Vinicio, llévame como siervo contratado por ti.

Pero Petronio se opuso seriamente.

– Disfrazado y todo, te conocerían los pretorianos, y entonces perderíamos lo

ganado. No te acerques á la cárcel, ni á la sepultura. Todos, empezando por César y Tigelino, deben quedar convencidos de su muerte; de lo contrario la persecución se reanudaría, siendo ella la primera víctima. Nosotros no podemos desvanecer las sospechas más que obrando de este modo: Licia será conducida á los montes Albanos, ó mejor aún, á Sicilia, que está más lejos, y nosotros permaneceremos en Roma. Una ó dos semanas más tarde, podrás sentirte enfermo y consultar con el médico de Nerón, el cual te aconsejará el cambio de clima. Entonces podréis encontraros y...

Quedó pensativo algunos instantes y luego añadió, con un gesto expresivo:

– ¡Y entonces los tiempos habrán cambiado!

– ¡Quiera Cristo conservármela!, objetó Vinicio. Hablas de Sicilia, cuando ella está enferma y casi agonizante.

– Pues bien; escondámosla, si te parece, en las inmediaciones de Roma. Una vez fuera de la cárcel, bastará un poco de aire sano para fortalecerla. ¿No tienes en la montaña algún hombre de confianza?

– Sí, respondió inmediatamente Vinicio. En las cercanías de Coriolos vive un anciano que me llevó en brazos en mi infancia y que me profesa entrañable cariño.

– Escríbele que venga aquí mañana, contestó Petronio, entregando á Vinicio una tablilla. Yo mismo enviaré el mensaje en el acto.

Y llamando al maestro de postas, le dió las órdenes oportunas. Algunos minutos después un esclavo á caballo galopaba en dirección á Coriolos.

– Preferiría que Ursus la acompañase, dijo Vinicio; así estaría yo completamente tranquilo.

– Señor, repuso Nazario, es un hombre de una fuerza extraordinaria; puede romper las rejas y seguirla. Dando á una especie de precipicio hay una ventana, y sobre la peña no vigilan los guardias. Entregaré á Ursus una cuerda y él se encargará de lo demás.

– ¡Por Hércules!, exclamó Petronio; que huya cuando más le convenga, pero no con ella y ni siquiera dos ó tres días después, porque se les perseguiría y se descubriría su refugio. ¡Por Hércules! ¿Queréis echarlo todo á perder? Os prohibo que habléis de Coriolos en su presencia, ó en caso contrario, me lavo las manos.

Reconocieron ambos la razón que asistía á Petronio y callaron. Nazario se despidió con la promesa de volver al despuntar el día.

Se propuso pasar la noche con los guardias, pero antes quería visitar á su madre, que en aquella época de terror vivía en continua angustia por su hijo. Después de reflexionar un rato, decidió buscar sus compañeros, no en la ciudad, sino entre algunos sepultureros, á quienes sobornaría. Antes de marchar, llamando aparte á Vinicio, le murmuró al oído:

– No hablaré á nadie de nuestro proyecto, ni siquiera á mi madre; pero quisiera indicar algo de esto al apóstol Pedro, que prometió venir con nosotros al salir del Anfiteatro.

– Puedes hablar libremente con él. El apóstol se hallaba en el Circo entre la gente de Petronio. Salgo ahora mismo contigo.

Se hizo traer el manto de un esclavo y salió con el hijo de Miriam.

Petronio lanzó un suspiro profundo.

«Preferiría que ella sucumbiese á la fiebre, pensó; esto sería menos terrible para Vinicio. Pero estoy dispuesto á sacrificar por su salud un trípode dorado en honor de Esculapio. ¡Oh, *Enobarbo!* Quieres divertirte á costa del dolor de un infeliz amante; y tú, Augusta, estás celosa de la belleza de la joven y quisieras devo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rarla viva, ya que has perdido á tu Rufo; y tú, Tigelino, quisieras verla perecer, á pesar mío. ¡Lo veremos! Yo os digo que vuestros ojos no la verán en el Anfiteatro. y Licia, ó morirá de muerte natural, ó sabré arrancarla de vuestras garras como de los dientes de un perro, de tal modo que no tengáis noticia alguna de ella. Y cada vez que yo os vea, pensaré: ¡He aquí los locos á quienes Cayo Petronio supo engañar!»

Satisfecho de sí mismo, pasó al triclinio para cenar en compañía de Eunica. Un lector les deleitaba con los idilios de Teócrito. Fuera, negras nubes se condensaban en el horizonte y un temporal interrumpió de improviso el silencio de la tranquila noche de verano. De cuando en cuando, el fragor del trueno resonaba sobre las siete colinas, mientras los dos amantes, muy cerca el uno del otro, escuchaban atentamente al poeta de las *Bucólicas*, que en la dulce lengua dórica celebraba el amor de los pastores. Después se retiraron á descansar, gozando de la dicha del suave sueño.

Entretanto Vinicio había regresado. Al oir sus pasos, Petronio salió á su encuentro.

– ¿Habéis podido combinar algo?, preguntó. ¿Nazario se dirigió, por fin, á la cárcel?

– Sí, respondió el joven, poniendo en orden sus cabellos mojados; Nazario fué á entenderse con los guardias, y yo he visto á Pedro, que me ha encargado que ruegue y que crea.

– ¡Muy bien! Si todo marcha ordenadamente, podremos llevárnosla durante la noche próxima.

– Mi colono estará aquí con sus hombres al despuntar el día.

– El camino es corto. Ve á descansar ahora.

Pero Vinicio, retirándose al *cubiculum*, se puso á rezar de rodillas.

Al alba llegó Nigro, el colono de Coriolos, llevando consigo, por orden de Vinicio, mulos, una litera y cuatro hombres de confianza, escogidos entre sus esclavos británicos, que para no llamar la atención, había dejado en una hostería de la Suburra. Vinicio, que no había cerrado los ojos en toda la noche, salió á encontrarle. Nigro se enterneció al ver á su amo, y besándole las manos y los ojos, le dijo:

– ¡Oh, mi querido señor! ¿Estás enfermo? ¿Qué sufrimientos han dejado tan hondas huellas en tu semblante, que apenas te reconozco?

Vinicio le llevó á un rincón y le reveló su secreto. Nigro escuchó atentamente y su enjuto rostro bronceado denunciaba una emoción intensa, que no trataba de disimular.

– ¡Entonces..., es cristiana!, exclamó mirando á Vinicio con significativa expresión.

Éste, comprendiendo el asombro del buen campesino, le dijo:

– También yo soy cristiano.

A los ojos de Nigro asomaron algunas lágrimas. Permaneció en silencio un rato, al cabo del cual prorrumpió en esta breve oración:

– ¡Gracias te doy, oh Cristo, porque te dignaste abrir los ojos á quien más quiero en el mundo!

Y abrazó al tribuno, le besó la frente y lloró de alegría.

Poco después compareció Petronio, seguido de Nazario.

– ¡Buenas noticias!, gritó desde lejos.

Y en efecto, las nuevas eran buenas. Ante todo, Glauco, el médico, aseguraba la curación de Licia, aunque estaba atacada de la misma fiebre que hacía diariamente numerosas víctimas en el Tuliano y en las otras prisiones. Además, los guardianes y el encargado de tocar los cadáveres con el hierro candente estaban de su parte. Hasta Actís, el ayudante, se manifestaba satisfecho.

– Abriremos agujeros en el ataúd, para no impedir la respiración á la enferma, dijo Nazario. Sin embargo, podría existir el peligro de que pronunciase alguna palabra ó exhalase algún gemido, que oirían fácilmente los pretorianos; pero está desde ayer tan débil, que tiene siempre los ojos cerrados. De todos modos, Glauco le suministrará un soporífero que él mismo preparará. La tapa no se clavará en la caja, así es que podrá abrirse en seguida y colocar á la enferma en la litera. En el ataúd meteremos luego un saco de arena, que estará preparado al efecto.

Vinicio palideció, oyendo aquellas palabras; pero las escuchaba con gran tensión de ánimo, como si hubiese querido oir de una vez todo cuanto decía Nazario.

– ¿Se sacarán de la cárcel otros muertos esta misma noche?, preguntó Petronio.

– Durante la pasada han muerto cerca de veinte personas, y hoy, antes de anochecer, habrá otros tantos, dijo el muchacho. Por esto tendremos que salir con muchos otros; pero procuraremos rezagarnos. En la primera revuelta del camino, mi compañero se hará daño en un pie y así podremos quedarnos atrás. Nos esperaréis junto al pequeño templo de Libitina. ¡Que Dios nos conceda una noche muy obscura!

– Así será, dijo Nigro. La noche pasada era clara y de repente se desencadenó la tempestad. Hoy el cielo es hermosísimo, pero el aire es bochornoso y es muy fácil que por la noche llueva copiosamente.

– ¿Iréis sin hachas?, preguntó Vinicio.

– Las hachas nos precederán. De todos modos, ocultaos en la obscuridad, cerca del templo; aunque nunca se sale con los cadáveres antes de media noche.

Callaron todos. No se oía más que la respiración afanosa de Vinicio. Petronio fué el primero en interrumpir el silencio:

– Dije ayer que para nosotros dos sería mejor quedarnos en casa; pero ahora veo que esto me sería imposible. Si se tratase de una fuga, sería preciso obrar con las mayores precauciones; pero como ha de salir de la cárcel entre los féretros, nadie podrá abrigar la menor sospecha.

– ¡Es verdad!, exclamó Vinicio. Quiero estar presente y ser yo mismo quien la saque del ataúd.

– Así que hayamos llegado á mi casa de Coriolos, yo respondo de la muchacha, dijo Nigro.

Y aquí se interrumpió el coloquio. Nigro se fué á la hostería donde había dejado sus hombres; Nazario, escondiendo una bolsa de oro bajo la túnica, se encaminó hacia la cárcel. Para Vinicio empezó un día lleno de ansias, emociones y esperanzas.

– Nuestra empresa no se malogrará, porque está bien organizada, dijo Petronio. No puede desearse más. Tú fingirás inmenso dolor y vestirás una toga negra. No dejes de asistir al Anfiteatro, á fin de que el pueblo te vea. No, no puede fallar nuestro plan. Perc ¿estás bien seguro de la lealtad de Nigro?

– También es cristiano, respondió Vinicio.

Petronio le miró atónito y exclamó:

– ¡Por Pólux! ¡Con qué rapidez se difunde esa doctrina y cómo se hace dueña de todos los corazones! Parecería natural que, á la luz de esa luna, se dirigiesen todos á los dioses romanos, á los griegos y á los egipcios... ¡Es muy extraño! ¡Por Pólux! Si yo creyese que nuestros dioses pueden sernos útiles, estaría dispuesto á sacrificar á cada uno dos bueyes blancos y doce á Júpiter Capitolino. Tú en tanto cuida de no escatimar tus promesas á Cristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– ¡Le he dado toda mi alma!, respondió Vinicio.

Después de esto se separaron. Petronio volvió al *cubiculum.* Vinicio fué á mirar desde lejos la cárcel y se dirigió luego al Vaticano, á la cabaña del cantero, en donde había recibido el bautismo de manos del apóstol Pedro. Le parecía que desde aquel sitio, para él sagrado, Cristo le oiría mejor que desde otro alguno. Llegado allí, se postró en tierra é invocó con todas las fuerzas de su alma la misericordia divina, hasta el punto de perder la noción del sitio en que se hallaba y de la causa que allí le había conducido. En las primeras horas de la tarde volvió á la realidad de la vida, pues le despertaron de su arrobamiento las trompetas del Circo de Nerón. Abandonó la cabaña, mirando en torno como un extraviado, como el que acaba de despertar de un largo sueño.

Se sentía extraordinario calor; el silencio era interrumpido de cuando en cuando por el ruido de los operarios que trabajaban muy cerca de allí. El aire era bochornoso; sobre la ciudad el cielo estaba sereno todavía, pero sobre los montes Sabinos se cernían obscuros nubarrones.

Vinicio regresó á casa, donde le esperaba Petronio.

– Estuve en palacio, dijo éste. Me presenté expresamente para que me vieran y tomé parte en el juego de los dados. Anicio da esta misma noche un banquete en su casa, al cual he prometido asistir, pero después de las doce, pretextando que sentía necesidad de dormir antes de esa hora. Convendría que fueses conmigo.

– ¿No llegó noticia alguna de Nigro ó de Nazario?, preguntó Vinicio.

– No volveremos á verles hasta media noche. ¿Has visto cómo se prepara un gran temporal?

– ¡Sí!

– Para mañana á primera hora se ha organizado una exposición de cristianos crucificados. Probablemente tendrá que suspenderse por la lluvia.

Petronio se acercó al sobrino, y poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo:

– Pero tu Licia no estará entre ellos; cuando vuelvas á verla será en Coriolos. ¡Por Cástor! ¡No daría el momento de su liberación por todos los tesoros de Roma!

Llegó la noche y las tinieblas se extendieron sobre la ciudad antes de la hora acostumbrada, porque el firmamento se había obscurecido con negras nubes. Cayó luego una lluvia bastante fuerte que al contacto de las piedras, caldeadas durante el día por el sol, se transformaba en una densa niebla en la que quedaban envueltas todas las calles. Después sopló un viento fuerte, al que siguió una lluvia torrencial.

– Apresurémonos, dijo Vinicio. A causa de este temporal sacarán los cadáveres antes de lo que acostumbran.

– ¡Hay tiempo!, replicó Petronio.

Se envolvieron en dos mantos galos y se cubrieron con dos birretes de la misma procedencia, y salieron por la puerta del jardín. Petronio se armó de un pequeño cuchillo romano llamado *sicca,* que solía llevar en todas sus excursiones nocturnas.

La ciudad estaba desierta: el temporal había dispersado á la gente. De cuando en cuando algún relámpago, desgarrando las nubes, iluminaba con sus vivos resplandores los edificios ya terminados y los que estaban en construcción y las húmedas piedras del adoquinado de Roma.

Después de caminar un rato, á la luz de otro relámpago vieron el terraplén sobre el cual se elevaba el templo de Libitina y un grupo de mulos y caballos en las inmediaciones.

– ¡Nigro!, exclamó Vinicio en voz baja.

– ¡Aquí estoy, señor!

– ¿Está todo dispuesto?

– Sí, señor; nos reuniremos dentro de poco. Entretanto escondeos tras aquella elevación del terreno, para resguardaros un poco de la lluvia. ¡Qué temporal! Me parece que va á caer una granizada.

El temor de Nigro no tardó en confirmarse; empezó á granizar ligeramente primero, luego con fuerza creciente. La temperatura refrescó de pronto. Mientras esperaban el paso de los féretros, hablaban en voz baja.

– Aunque nos viese aquí alguno, observó Nigro, no sospecharía nada, pues nos tomaría por viandantes que aguardan á que pase el temporal al abrigo de estas peñas. Creo, no obstante, que no sacarán los cadáveres hasta la madrugada.

– Este chubasco no durará mucho, respondió Petronio; y debemos permanecer aquí aunque sea hasta mañana.

Esperaron, escuchando atentamente el más insignificante rumor que pudiera anunciar la aproximación del convoy fúnebre. De cuando en cuando una racha de viento llevaba hasta allí, desde la fosa de los muertos, el hedor nauseabundo de los cuerpos putrefactos, negligentemente sepultados cerca de la superficie del terreno.

– Veo una luz entre la niebla, dijo Nigro; más de una distingo ahora. Cuidad que las bestias no hagan ruido, dijo á sus criados.

– ¡Ya vienen!, exclamó Petronio.

Las luces aparecían más claras, y pronto pudo reconocerse por el temblor de las llamas que se aproximaba la fúnebre procesión.

Nigro se santiguó y empezó á rezar. Los féretros se acercaron, deteniéndose ante el templo de Libitina. Petronio, Vinicio y Nigro se acurrucaron, no comprendiendo el motivo de aquella parada, que obedecía á que los sepultureros quisieron cubrirse el rostro con lienzos para no sentir el hedor insoportable que despedían las tumbas próximas. Cogiendo los ataúdes, volvieron á emprender la caminata.

Sólo un féretro quedaba rezagado frente al templo. Vinicio se precipitó en aquella dirección, seguido inmediatamente de Petronio, Nigro y dos esclavos británicos con la litera. Pero antes de llegar á la mitad del camino, oyeron la voz de Nazario, que gritaba desesperadamente:

– Se la han llevado con Ursus á la cárcel del Esquilino antes de media noche. Nosotros traemos otro cadáver.

Petronio retrocedió furioso como un huracán. Ni siquiera tuvo ánimos para consolar á Vinicio. Comprendía perfectamente que era absurda la esperanza de libertar á Licia de la cárcel del Esquilino. Presumía que la joven había sido trasladada á esta otra prisión para que pudiese restablecerse y para conservarla con objeto de que no escapase al martirio en el Anfiteatro. Por esto precisamente la vigilaban más que á los otros prisioneros. Petronio, además de sufrir por la desgracia de los dos amantes, estaba afligidísimo por haber fracasado por primera vez en sus intentos.

– Parece que la fortuna me ha abandonado decididamente, decía entre sí; pero los dioses se engañan si creen que aceptaré una existencia parecida á la de Vinicio.

Dirigiéndose á éste, que le miraba profundamente conturbado, dijo:

– ¿Qué tienes? ¡Estás calenturiento!

El joven respondió con voz trémula, con inflexiones semejantes á las de un niño enfermo:

– ¡Creo que Él podrá devolvérmela!

En tanto, sobre la ciudad seguía resonando el imponente fragor del trueno.

LVII

Tres días de lluvia torrencial, fenómeno muy raro en Roma en el estío, y de granizo, que caía no sólo durante el día, sino también de noche, interrumpieron las diversiones del Circo. El pueblo estaba impresionado. Se aseguraba una mala cosecha, y cuando un rayo destruyó la estatua de Ceres sobre el Capitolio, se ordenó inmediatamente la celebración de sacrificios en el templo de Júpiter Salvador. Los sacerdotes de Ceres afirmaron que la conducta de los cristianos había atraído la cólera de los dioses sobre la ciudad, por lo cual, á pesar del mal tiempo, la plebe reclamaba la continuación de los espectáculos. Toda Roma parecía estar ebria de alegría al publicarse la noticia de que á los pocos días se reanudarían las funciones en el Anfiteatro.

Sobre la ciudad brillaba un cielo azul. Desde las primeras horas de la madrugada, legiones de curiosos iban llenando el Circo. César, puntual como siempre, entró rodeado de su corte y acompañado de las vestales. El espectáculo debía empezar con una lucha entre cristianos, á quienes con este objeto se había vestido de gladiadores y provisto de toda clase de armas. Pero desde el principio el público sufrió una desilusión. Los cristianos, arrojando al suelo las lanzas, las espadas y las redes, se abrazaron y se animaron mutuamente á afrontar el suplicio y la muerte. La ira se apoderó de los espectadores, algunos de los cuales calificaban á los cristianos de miserables y cobardes; otros afirmaban que aquellos desgraciados se habían puesto de acuerdo para burlarse del pueblo y privarle del placer de asistir á un ardoroso combate. Por último, César mandó que se presentaran verdaderos gladiadores, los cuales en pocos minutos acabaron con sus víctimas, postradas é inermes.

Cuando fueron retirados de la arena los cadáveres, se representó una serie de cuadros vivos, de argumento mitológico, invención del mismo César. Se vió desaparecer á Hércules entre las llamas, sobre el monte Eta. Vinicio tembló al pensar que Ursus hubiese sido el elegido para representar el hijo de Alcmena. Pero no le había llegado el turno al siervo fiel de Licia, pues atado al palo incandescente Vinicio vió á otro cristiano, cuyo rostro le era completamente desconocido.

Los personajes del cuadro siguiente estaban caracterizados por dos amigos de Quilón, á quien el emperador obligó á asistir al espectáculo. Se representaba la muerte de Dédalo y de Icaro; el primero personificado en Euricio, el viejo de quien aprendió Quilón el significado del pez; Icaro representado por Cuarto, el hijo de aquel infeliz. Por medio de una máquina complicada, ambos fueron suspendidos en el aire, á una gran altura, y luego lanzados al suelo con tanta fuerza que quedaron horriblemente destrozados. Cuarto cayó tan cerca del podio de César, que su sangre salpicó los adornos del palco y la colgadura de púrpura que cubría la balaustrada. Quilón cerró los ojos y no vió la caída, pero oyó el tremendo golpe, y cuando

vió las manchas de sangre á su alrededor, estuvo á punto de perder el sentido por segunda vez.

Los cuadros se sucedían unos á otros rápidamente. Figuraron en ellos las sacerdotisas de Cibeles y de Ceres, las Danaides, Dirce y Pasifae. Después aparecieron niñas de corta edad que fueron desgarradas por caballos furiosos y salvajes. A cada momento el pueblo tributaba estruendosos aplausos á las invenciones de Nerón; éste, orgulloso del éxito, miraba atentamente á través de su esmeralda, ocultando el hastío que le producía la vista de aquellos cuerpecitos blancos ensangrentados y de las desesperadas convulsiones de las víctimas.

A los cuadros mitológicos siguieron los históricos de asuntos romanos. Presentóse, en primer lugar, un Mucio Escévola, cuya mano atada á un trípode, sobre el fuego, esparció por todo el Circo el olor de carne quemada. El mártir, semejante al verdadero Escévola, no dió ni un grito; pero alzando los ojos, murmuró una ardiente plegaria. Apenas exhaló el último suspiro, fué arrastrado al *Spoliarium* y en aquel instante sonó la señal para el descanso del mediodía.

César, con las vestales y los cortesanos, abandonó el Anfiteatro, trasladándose á un gigantesco pabellón, donde se había preparado para él y sus acompañantes un suculento banquete. La mayor parte del público siguió su ejemplo, dispersándose en grupos pintorescos alrededor del pabellón, para mover los miembros entorpecidos por la inacción y para comer los manjares que los esclavos de César iban repartiendo. Los más curiosos prefirieron bajar á la arena, tocar con sus manos la tierra embebida en sangre y cambiar impresiones acerca de lo que sucedía y de lo que iba á suceder. Éstos se unieron poco después á los otros y sólo quedaron dentro del Circo unos cuantos, no tanto por curiosidad, cuanto por la piedad que les inspiraban las víctimas; se ocultaban detrás de los asientos ó en las filas más bajas.

La arena, en tanto, había sido igualada y los esclavos cavaron en ella varias hileras de hoyos, la última de las cuales llegaba muy cerca del podio de César. Fuera, el pueblo alborotaba saludando al emperador con gritos de júbilo; dentro, se preparaban nuevos martirios. En un momento dado se abrieron los *cuniculos* y fueron empujados hacia la arena varios grupos de cristianos desnudos y cada uno de ellos con su cruz á cuestas. Veíanse allí viejos encorvados y vacilantes bajo el peso del madero, hombres en el vigor de la edad, mujeres que con los cabellos sueltos trataban de cubrir su desnudez, muchachos y niños de pecho. Las víctimas y las cruces iban adornadas con guirnaldas de flores. Los siervos del circo les golpeaban con mazas, obligándoles á colocar la cruz en el hoyo que á cada uno se había destinado y á ponerse en fila. Así se condenaba á morir á los que no habían podido ser pasto de las fieras en el espectáculo del primer día. Esclavos negros cogían á las víctimas, y tendiéndolas en posición supina sobre las cruces, les clavaban las manos y los pies apresuradamente, á fin de que el pueblo, después del intermedio, hallase todos los maderos levantados. Los martillazos resonaban en el Circo y llegaban hasta el pabellón donde se encontraba César, rodeado de sus cortesanos. Allí Nerón, libando cálices frecuentemente, se mofaba de Quilón y murmuraba palabras picarescas al oído de las vestales. En la arena atravesaban las manos y los pies de los mártires, mientras las azadas rellenaban los hoyos donde se habían plantado las cruces. Entre las víctimas de aquel día se hallaba Crispo, á quien se condenaba á la crucifixión por haberle respetado los leones. Siempre dispuesto á morir, gozaba viendo su fin tan próximo.

Su cuerpo descarnado y escuálido se presentaba desnudo, llevando sólo ceñida á la cintura una guirnalda y á la cabeza una corona de rosas. Pero sus ojos centelleaban aún, y hasta la expresión austera y fanática de su rostro resaltaba extraordinaria-

mente bajo aquella corona. Su espíritu era el mismo. Como en el *cuniculum* la primera vez, tampoco en el momento supremo encontraba una palabra de consuelo para sus hermanos.

– Dad gracias al Salvador, gritaba á sus compañeros, por haberos concedido su misma muerte. Quizá por esta razón se os perdonarán en parte vuestros pecados; pero temblad, porque la justicia debe cumplirse; no puede corresponder al justo la misma recompensa que al malvado.

Los martillazos acompañaron sus palabras. Se iban levantando nuevas cruces sobre la arena, y él, dirigiéndose á los cristianos que tenía más cerca, prosiguió:

– ¡Veo abrirse el cielo, pero también veo el horrendo abismo! Temo ante la justicia, por más que haya creído y haya odiado el mal. No tengo miedo de la muerte, pero sí de la resurrección; yo no temo el martirio, pero sí el juicio; porque el día del castigo está muy cerca.

En aquel instante, de las filas más bajas del Anfiteatro surgió una voz solemne:

– No el día del castigo, sino el de la misericordia, de la redención, de la felicidad; porque os digo que Cristo os acogerá, os consolará y os colocará á su lado. ¡Esperad! ¡El cielo se abre para vosotros!

Todos los ojos se volvieron hacia el lugar de donde partía la voz; hasta los que se hallaban ya clavados en la cruz se agitaron entre los espasmos de la agonía para distinguir al hombre que había hablado de aquel modo. Éste, acercándose á la balaustrada, bendijo con la señal de la cruz á los condenados. Crispo extendió los brazos hacia él para reprenderle. Pero no tardó en reconocer aquella figura que ante él se presentaba, y dejando caer los brazos, exclamó:

– ¡Pablo, el apóstol!

Los siervos del Circo vieron con gran sorpresa caer de rodillas á todos los cristianos no crucificados aún. Pablo se dirigió á Crispo:

– ¡No les amenaces, Crispo! ¡Hoy estarán contigo en el Paraíso! ¿Crees que pueden ser condenados? Pero ¿por quién? ¿Por Dios, que dió á su Hijo por ellos? ¿Por Cristo, que murió para redimirlos? ¿Debe condenarlos, cuando mueren por su amor? ¿Cómo puede condenarlos el Dios de la misericordia? ¿Quién se atreve á acusar á los elegidos del Señor? ¿Quién osaría afirmar que su sangre está maldita?

– ¡Yo he odiado el mal!, respondió el anciano Crispo.

– El mandato de Cristo de amar á los hombres es más importante que el de odiar el mal; porque su doctrina no es odio, sino amor.

– ¡He pecado en la hora de la muerte!, repuso Crispo, golpeándose el pecho.

El inspector del Circo, acercándose al apóstol, le preguntó:

– ¿Quién eres tú, que así te atreves á hablar á los condenados?

– Un ciudadano romano, respondió Pablo con calma.

Y continuó dirigiendo la palabra á Crispo:

– ¡Espera, porque hoy es día de gracia! ¡Muere en paz, siervo de Dios!

Los negros se acercaron á Crispo, quien dirigió en torno una mirada y exclamó:

– ¡Hermanos, rogad por mí!

Su semblante perdió su dureza habitual, dibujándose en él una dulce expresión de paz. Para facilitar la operación, extendió él mismo los brazos sobre la cruz, y oró con los ojos levantados al cielo. Parecía que había perdido la sensibilidad. Los clavos le atravesaron la carne sin que su cuerpo temblase y sin que su rostro denunciase ni una sombra de temor. Continuaba rezando mientras alzaban la cruz y la fijaban en el hoyo. Sólo cuando en el Anfiteatro resonó el estrépito producido por la muchedumbre que lo invadía, arrugó las cejas, como disgustado de que un pueblo pagano turbase la paz de una muerte tan dulce.

Todas las cruces estaban alzadas. La arena se había transformado en un bosque, de cuyos árboles colgaban hombres; el sol se reflejaba sobre las cabezas y los brazos de los mártires; lo demás quedaba envuelto en sombras densas; sólo algún rayo de luz parecía penetrar á través de una reja. El placer de los espectadores consistía en contemplar aquella muerte lenta; nadie había visto hasta entonces número tan grande de cruces. Los siervos del Circo á duras penas podían moverse en aquel espeso bosque. De las cruces situadas en primer término pendían exclusivamente mujeres; Crispo, como uno de los jefes cristianos, estaba colocado casi frente al palco imperial. Su cruz era mayor que las otras y estaba adornada con madreselva. No había expirado aún ninguno de los crucificados; pero muchos empezaban á perder el conocimiento. Ni siquiera un gemido salía de sus pechos, sobre los cuales dejaban algunos caer la cabeza, como si estuviesen dormidos; otros parecían absortos en contemplación, y muchos, mirando al cielo, dirigían plegarias al Señor.

¡Parecía que un presentimiento de futuras desgracias aleteaba sobre aquel bosque de flores, sobre aquellos cuerpos martirizados, sobre aquellas víctimas destrozadas y mudas!

Al estrépito del primer instante siguió un profundo silencio; nadie sabía qué pensar de semejante espectáculo, ni sobre qué cruz fijar sus miradas. La desnudez de tantas figuras femeniles no producía impresión alguna en los espectadores. Nadie apostaba sobre quién sería el primero en morir, aunque las apuestas estaban á la orden del día. El mismo César estaba aburrido y se volvió de espaldas á la arena, para arreglarse la cadena que le adornaba el cuello.

Crispo, con los ojos cerrados, casi moribundo, levantando un instante los párpados, dirigió una mirada á Nerón. Su rostro adquirió tal expresión de cólera y sus ojos centellearon con tanto furor, que los augustianos se lo señalaron mutuamente, y César, exasperado, acercó á la vista su esmeralda para examinar á aquel hombre.

Siguió un profundo silencio. Todas las miradas se clavaron en Crispo: éste, agitando el brazo derecho, parecía querer separarlo de la cruz. Después de un instante el pecho se le levantó como por un esfuerzo indecible, y gritó con voz espantosa:

– ¡Ay de ti, matricida!

Los augustianos no se atrevían á respirar oyendo aquella tremenda acusación, dirigida, en presencia de tantos millares de personas, al señor de la tierra. Quilón estaba medio muerto. César, palpitante, dejó caer la esmeralda; el pueblo escuchaba mudo y ansioso, y en aquel silencio inmenso y solemne, exclamó la voz terrible:

– ¡Ay de ti, matricida, fratricida! ¡Ay de ti, Anticristo! ¡El abismo se abra y te trague! ¡Tienes la tumba preparada! ¡Morirás en el horror, serás condenado por una eternidad! ¡Ay de ti, cadáver ambulante!

No pudiendo separar la mano de la cruz, se agitaba de un modo desgarrador, ofreciendo un espectáculo tremendo y espantoso. Inexorable como el hado, seguía sacudiendo la cabeza encanecida y mirando al podio, mientras las rosas, deshojadas, se le caían de la frente.

– ¡Ay de ti, asesino! ¡Ha sonado tu hora!

Hizo un último esfuerzo para tender la mano hacia Nerón; pero de pronto los brazos extenuados se alargaron, el cuerpo quedó rígido y la cabeza se le cayó sobre el pecho. ¡Había muerto!

¡En aquel bosque de cruces casi todas las víctimas más débiles dormían ya el sueño eterno!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LVIII

– Señor, dijo Quilón, el mar está tranquilo como una balsa de aceite, las olas parecen dormidas. Vámonos á la Acaya. Allí te espera la gloria de Apolo, allí te preparan coronas y triunfos; tu pueblo quiere divinizarte; los dioses te acogerán como un huésped, como su igual. ¡Pero aquí, señor!.. Aquí... tu...

Sus labios empezaron á temblar con tanta vehemencia, que hacían incomprensibles sus palabras.

– Después de los espectáculos emprenderemos el viaje, respondió Nerón. Yo sé que aún hay quien juzga inocentes á los cristianos. Si yo me ausentase, esta opinión se extendería. ¿De qué tienes miedo?

Arrugando la frente, fijó la mirada en Quilón, como esperando su respuesta; porque toda su serenidad no era más que ficción. Las palabras de Crispo le habían impresionado, y de vuelta en el Palatino, en parte por la ira y la vergüenza, en parte por el temor, no le había sido posible tranquilizarse.

Vestinio, que mudo había escuchado aquel diálogo, miró en torno y dijo en tono misterioso:

– No desoigas á ese viejo, señor; los cristianos tienen algo extraño. Su Dios les consuela en la hora de la muerte; pero no desconocerá la venganza.

– No fuí yo, sino Tigelino, quien organizó los espectáculos, contestó en seguida Nerón.

– Sí, yo mismo, interrumpió Tigelino, que había oído la respuesta de César, y me río de todos los dioses de los cristianos. Vestinio está lleno de supersticiones, y este valeroso griego se muere de miedo si ve una clueca con las plumas levantadas que defiende á los polluelos.

– Es verdad, dijo Nerón; pero ordena que de ahora en adelante á los cristianos se les arranque la lengua y se les tape la boca.

– ¡Se les aplicará el fuego, divino!

– ¡Ah! Me siento mal, gimió Quilón.

César, á quien la crueldad de Tigelino infundía alientos, se puso á reir y dijo, señalando al griego:

– ¡Mirad, mirad el rostro del descendiente de Aquiles!

Y en verdad, la fisonomía del pobre filósofo producía espantosa impresión. Sus cabellos habían encanecido por completo, y en su semblante se reflejaban el temor, la inquietud y la angustia; su mirada expresaba una turbación y una dolorosa falta de conciencia; algunas veces no respondía á las preguntas que se le hacían, otras se enojaba por nada, desatándose en improperios contra los que le hablaban.

– ¡Hacedme lo que queráis, pero no asistiré á los espectáculos!, gritó excitadísimo.

Nerón le miró detenidamente y ordenó á Tigelino:

– Cuida de que en los jardines tenga cerca de mí á este estoico.

El tono amenazador de la voz de Nerón hizo estremecer al griego.

– ¡Oh, señor, dijo; no veré nada, porque de noche mis ojos apenas ven!

– La noche será clara como el día, respondió César con siniestra sonrisa.

Luego conversó con sus cortesanos sobre las carreras de caballos, que, á su juicio, debían celebrarse inmediatamente después de los martirios de los cristianos.

Petronio se acercó á Quilón, y golpeándole los hombros, le dijo:

– ¿No te dije que no podrías soportarlo?

– ¡Quisiera beber!, exclamó Quilón cogiendo con la mano temblorosa un cáliz de vino, pero sin lograr aproximarlo á los labios.

Vestinio, notándolo, se lo puso en la boca, y acercándose mucho á Quilón, mirándole con curiosidad y terror, le preguntó:

– ¿Te persiguen las Furias?

– No, respondió el griego, pero ante mis ojos no hay nada más que tinieblas

– ¿Cómo tinieblas? ¡Que los dioses te protejan! ¿Cómo tinieblas?

– Tinieblas obscuras y espantosas, entre las que se agita algo que se aproxima, pero no sé lo que es... ¡Estoy fuera de mí!

– Siempre he creído en los sortilegios. ¿Sueñas algo?

– No, porque no duermo. ¡No creí que fueran castigados de ese modo!

– ¿Te inspiran compasión?

– ¿Por qué derramáis tanta sangre? ¿Oíste lo que dijo aquel hombre sobre la cruz? ¡Ay de nosotros!

– Lo oí, respondió Vestinio en voz baja; pero ellos son los incendiarios.

– ¡No es verdad!

– Y enemigos del género humano.

– ¡No es verdad!

– É infanticidas.

– ¡No es verdad!

– ¿Cómo?, dijo Vestinio sorprendido. ¡Pero si lo has dicho tú mismo! ¡Si tú mismo los pusiste en manos de Tigelino!

– Por esto me rodea la noche y la muerte se me acerca. A veces me parece estar ya muerto y que lo estáis también vosotros.

– ¡Ellos deben morir, nosotros viviremos! Pero dime, ¿qué ven á la hora de la muerte?

– Á Cristo.

– ¡Su Dios! ¿Es poderoso?

Quilón respondió con una pregunta:

– ¿De qué clase son las hachas que han de arder en los jardines? ¿Has oído lo que sobre esto ha dicho César?

– He oído y he visto. Esas hachas se llaman *sarmentii* y *semaxii*. Se viste á una persona con la *túnica de pena*, se la sumerge en la pez y luego se la ata á una columna y le aplican el fuego á los pies. ¡Que el Dios de los cristianos, irritado, no mande una nueva calamidad sobre Roma, porque los *semaxii* son un tormento horrible!

– Pero á lo menos no se ve sangre, respondió Quilón. Ordena á un esclavo que me acerque el cáliz á la boca. Quisiera beber, pero vierto el vino; me tiembla la mano.

También los otros hablaban de los cristianos; el viejo Domicio Afro los despreciaba.

– Hay tantos, decía, que podrían provocar una guerra civil. ¡Y admiraos!, se temía que se armasen y ahora los veis morir voluntariamente y sin defenderse.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– ¡Que intenten morir de otro modo!, interrumpió Tigelino.

Petronio replicó:

– Os engañáis; ¡ellos se arman!

– ¿De qué?

– ¡De paciencia!

– Es un arma de nueva invención.

– ¡Es verdad! Pero ¿podréis decir que mueren como delincuentes vulgares? ¡No! Mueren como si los delincuentes fueran sus jueces, esto es, nosotros y todo el pueblo romano.

– ¡Qué locura!, exclamó Tigelino.

– *Hic abdera!*, repuso Petronio.

Otros, sorprendidos de la exactitud de aquellas palabras, se miraron estupefactos y respondieron:

– ¡Sí, en su muerte hay algo extraño!

– ¡Os digo que ven á su Dios!, contestó Vestinio.

Un grupo de cortesanos se dirigió á Quilón, diciendo:

– ¡Anciano! Tú que los conoces, dinos: ¿qué es lo que ven?

El griego, vertiendo el vino sobre su túnica, respondió:

– ¡La resurrección!

Y se puso á temblar con tanta violencia, que cuantos le rodeaban prorrumpieron en estrepitosas carcajadas.

LIX

Hacía algunas noches que Vinicio no dormía en casa de Petronio. Éste suponía que su sobrino estaba ideando algún proyecto para libertar á Licia de la cárcel del Esquilino; pero no quería mezclarse en el asunto por temor de que su ingerencia fuese causa accidental de un funesto resultado. Aquel espíritu esencialmente escéptico parecía en cierto modo haberse vuelto algo supersticioso. No habiendo logrado la liberación de Licia de la cárcel Mamertina, dejó de creer en su buena estrella.

Además, los proyectos del sobrino le parecían irrealizables. La cárcel del Esquilino, construída con gran precipitación sobre las ruinas de aquellas casas derribadas para impedir la propagación del incendio, no era tan espantosa como el antiguo Tuliano; pero en cambio la vigilancia que allí se ejercía era mucho más severa. Petronio comprendía que el traslado de Licia á la nueva cárcel obedecía al deseo de que no muriese tan pronto, á fin de reservarla para un espectáculo del Anfiteatro, por lo cual la desgraciada joven sería vigilada con extremado rigor.

«Claro está, decía entre sí, que César y Tigelino habrán ideado para ella un espectáculo que obscurecerá á cuantos se han celebrado hasta ahora. Es más fácil para Vinicio perderse él mismo que salvar á Licia.»

También el joven guerrero había perdido la esperanza de salvarla. ¡Sólo Cristo podía hacerlo! Su único anhelo era visitar á su esposa en la prisión.

Fijo en la idea de que Nazario había logrado entrar en la cárcel como sepulturero, decidió seguir el mismo camino.

El inspector de las cloacas, sobornado de antemano con una enorme suma, lo tomó como uno de los empleados que entraban todas las noches en la cárcel para recoger los cadáveres. No había gran peligro de que el tribuno fuese reconocido; la noche, el traje de esclavo y la escasa luz de la prisión le protegían suficientemente. ¿A quién podía ocurrírsele que un patricio, un hijo y sobrino de cónsules, se uniese á los sepultureros para exponerse á los miasmas de las cloacas y de la cárcel? De este modo se dedicaba á un oficio al que sólo arrastraban la esclavitud ó una gran necesidad.

Cuando llegó la noche, Vinicio se envolvió en una túnica, y con la cabeza cubierta con un lienzo embebido en trementina, se dirigió temblando, en compañía de otros esclavos, al Esquilino.

Los pretorianos no opusieron objeción, pues todos presentaron sus contraseñas, que el centurión examinó á la luz de una linterna. Se abrió la puerta de hierro y entraron los esclavos.

Vinicio se encontró en una especie de cueva alta y vastísima, desde donde pasó á un subterráneo que reunía iguales condiciones. Una luz débil é incierta iluminaba aquella estancia donde estaban aglomerados los prisioneros: algunos ya-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– ¡Que intenten morir de otro modo!, interrumpió Tigelino.

Petronio replicó:

– Os engañáis; ¡ellos se arman!

– ¿De qué?

– ¡De paciencia!

– Es un arma de nueva invención.

– ¡Es verdad! Pero ¿podréis decir que mueren como delincuentes vulgares? ¡No! Mueren como si los delincuentes fueran sus jueces, esto es, nosotros y todo el pueblo romano.

– ¡Qué locura!, exclamó Tigelino.

– *Hic abdera!*, repuso Petronio.

Otros, sorprendidos de la exactitud de aquellas palabras, se miraron estupefactos y respondieron:

– ¡Sí, en su muerte hay algo extraño!

– ¡Os digo que ven á su Dios!, contestó Vestinio.

Un grupo de cortesanos se dirigió á Quilón, diciendo:

– ¡Anciano! Tú que los conoces, dinos: ¿qué es lo que ven?

El griego, vertiendo el vino sobre su túnica, respondió:

– ¡La resurrección!

Y se puso á temblar con tanta violencia, que cuantos le rodeaban prorrumpieron en estrepitosas carcajadas.

LIX

Hacía algunas noches que Vinicio no dormía en casa de Petronio. Éste suponía que su sobrino estaba ideando algún proyecto para libertar á Licia de la cárcel del Esquilino; pero no quería mezclarse en el asunto por temor de que su ingerencia fuese causa accidental de un funesto resultado. Aquel espíritu esencialmente escéptico parecía en cierto modo haberse vuelto algo supersticioso. No habiendo logrado la liberación de Licia de la cárcel Mamertina, dejó de creer en su buena estrella.

Además, los proyectos del sobrino le parecían irrealizables. La cárcel del Esquilino, construída con gran precipitación sobre las ruinas de aquellas casas derribadas para impedir la propagación del incendio, no era tan espantosa como el antiguo Tuliano; pero en cambio la vigilancia que allí se ejercía era mucho más severa. Petronio comprendía que el traslado de Licia á la nueva cárcel obedecía al deseo de que no muriese tan pronto, á fin de reservarla para un espectáculo del Anfiteatro, por lo cual la desgraciada joven sería vigilada con extremado rigor.

«Claro está, decía entre sí, que César y Tigelino habrán ideado para ella un espectáculo que obscurecerá á cuantos se han celebrado hasta ahora. Es más fácil para Vinicio perderse él mismo que salvar á Licia.»

También el joven guerrero había perdido la esperanza de salvarla. ¡Sólo Cristo podía hacerlo! Su único anhelo era visitar á su esposa en la prisión.

Fijo en la idea de que Nazario había logrado entrar en la cárcel como sepulturero, decidió seguir el mismo camino.

El inspector de las cloacas, sobornado de antemano con una enorme suma, lo tomó como uno de los empleados que entraban todas las noches en la cárcel para recoger los cadáveres. No había gran peligro de que el tribuno fuese reconocido; la noche, el traje de esclavo y la escasa luz de la prisión le protegían suficientemente. ¿A quién podía ocurrírsele que un patricio, un hijo y sobrino de cónsules, se uniese á los sepultureros para exponerse á los miasmas de las cloacas y de la cárcel? De este modo se dedicaba á un oficio al que sólo arrastraban la esclavitud ó una gran necesidad.

Cuando llegó la noche, Vinicio se envolvió en una túnica, y con la cabeza cubierta con un lienzo embebido en trementina, se dirigió temblando, en compañía de otros esclavos, al Esquilino.

Los pretorianos no opusieron objeción, pues todos presentaron sus contraseñas, que el centurión examinó á la luz de una linterna. Se abrió la puerta de hierro y entraron los esclavos.

Vinicio se encontró en una especie de cueva alta y vastísima, desde donde pasó á un subterráneo que reunía iguales condiciones. Una luz débil é incierta iluminaba aquella estancia donde estaban aglomerados los prisioneros: algunos ya-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cían, dormidos ó quizá muertos, junto á las paredes; otros rodeaban los grandes recipientes de agua, bebiendo para apagar la ardiente sed que los consumía; otros, por último, estaban acurrucados con los codos sobre las rodillas y oprimiéndose la cabeza con las manos.

Acá y allá niños adormecidos pendían del seno materno; los gemidos, la respiración fatigosa de los enfermos, los sollozos, el leve murmullo de las plegarias, el canto pausado y bajo de los himnos, las invectivas de los carceleros, producían un ruido confuso y ensordecedor. El hedor de los cadáveres apestaba la atmósfera. En el fondo obscuro hormigueaban negras figuras; junto á la luz vacilante distinguíanse rostros pálidos, macilentos, casi de esqueleto, con los ojos tristes y febriles, los labios amoratados, las frentes bañadas en sudor. De los ángulos más remotos salían dolorosos lamentos de enfermos; aquí uno pedía una gota de agua, allí otros suplicaban que se les llevase pronto á la muerte.

¡Y sin embargo, aquella prisión no era tan terrible como la del Tuliano!

Vinicio sentía que le faltaban las fuerzas, y la respiración se le hacía cada vez más difícil. ¡Y allí estaba Licia! Se le erizaron los cabellos y apenas pudo reprimir un grito de desesperación. El anfiteatro, los dientes de las fieras, la cruz, todo..., todo mejor que aquella horrible cárcel, donde reinaba incesantemente el grito de «¡Conducidnos á la muerte!»

Vinicio se mordió los labios para no ceder á la debilidad que se iba apoderando de su espíritu. Todo cuanto había sufrido hasta entonces, su amor y sus tormentos, se unieron en un solo y ardiente deseo: ¡el de morir!

En aquel instante preguntó el inspector:

– ¿Cuántos cadáveres tenéis?

– Cerca de una docena, contestó el carcelero; mañana habrá más, porque muchos están agonizando.

Y empezó á quejarse de las mujeres, que escondían á sus hijos muertos para no separarse de ellos, para no dejar que los enterrasen en las fosas comunes.

– Tenemos que descubrir los cadáveres por el hedor que despiden y que infesta cada vez más la atmósfera ya corrompida. Preferiría ser esclavo en una galera á vigilar á estos perros putrefactos.

El inspector consoló al carcelero, asegurándole que su propio cargo no era mucho más agradable.

Vinicio, recobrando su sangre fría, se puso á buscar y sondear en aquel subterráneo. Pero no distinguiendo á Licia en ningún rincón, empezaba á perder la esperanza de encontrarla. Los sótanos se comunicaban por algunos pasillos, pero los sepultureros no entraban más que en los departamentos donde yacían los cadáveres.

Vinicio temía que todos sus trabajos hubiesen resultado infructuosos, cuando vino á ayudarle su jefe, diciéndole:

– Los miasmas de los muertos producen el contagio. Debéis sacarlos ó morir con los prisioneros.

– No somos más que diez y hemos de dormir, interrumpió el carcelero.

– Dejaré aquí cuatro hombres de los míos, que durante la noche buscarán los cadáveres.

– Mañana beberemos juntos, si lo haces así. Todos deben ser examinados minuciosamente, pues tenemos la orden de hacer un corte en el cuello de cada uno antes de echarlo en la fosa.

– ¡Está bien! Beberemos juntos, respondió el otro.

Fueron escogidos cuatro hombres, entre los cuales se hallaba Vinicio; los otros se encargaron de llevar los cadáveres en los ataúdes.

Vinicio se tranquilizó, porque estaba seguro de encontrar á Licia. Ante todo buscó detenidamente en el primer subterráneo, no dejando de registrar ni el más insignificante rincón, examinando uno á uno á todos los dormidos, envueltos en andrajosos mantos; se fijó en los enfermos graves, que estaban reunidos en un ángulo destinado á ellos; pero en ningún subterráneo encontró á Licia.

Entretanto la noche avanzaba y muchos cadáveres habían sido conducidos fuera de la cárcel. Los guardianes se dispersaron por los corredores para dormir; los niños, cansados por el llanto incesante, se calmaron; en aquel antro siniestro no se oía nada, excepto la respiración fatigosa de los enfermos, y de cuando en cuando, el leve murmullo de una oración.

Vinicio entró con el hacha en el cuarto subterráneo, mucho más reducido que los otros, y escudriñó por todas las esquinas, con el corazón palpitante. De pronto se detuvo, temblando; junto á una reja creyó reconocer la gigantesca figura de Ursus.

Apagando el hacha, se acercó y dijo:

– ¡Ursus!, ¿eres tú?

– ¿Y tú quién eres?, respondió el licio.

– ¿No me conoces?

– Has apagado la luz, ¿cómo puedo reconocerte?

En aquel instante Vinicio descubrió á Licia junto á la pared, acostada sobre un manto. Sin pronunciar palabra, se arrodilló. Entonces le reconoció Ursus.

– ¡Sea alabado el Señor!, exclamó. ¡Pero no la despiertes!

Vinicio la contempló á través de las lágrimas que velaban sus ojos. A pesar de la obscuridad, pudo distinguir aquel rostro blanco como el alabastro y sus pobres brazos demacrados. Se sintió entonces poseído de un amor, agudo como un espasmo; un amor que, sacudiendo todas sus fibras, le infundía respeto y veneración. Encorvada la cabeza, besó tímidamente el manto sobre el cual posaba su cabeza el ser á quien más amaba en el mundo.

Ursus le miró largo rato, sin proferir palabra; por fin, tirándole de la túnica, le preguntó:

– Señor, ¿cómo has llegado hasta aquí? ¿Quieres salvarla?

Vinicio se levantó, tratando de sobreponerse á la emoción que experimentaba.

– ¡Dime cómo!, respondió el tribuno.

– ¡Creí que habrías encontrado algún medio, señor! A mi entender, no hay más que un camino...

Y volvió el rostro hacia la reja.

– ¡Por aquí!, exclamó.

Pero añadió en seguida:

– ¡Por fuera vigilan los pretorianos!

– Cien soldados, respondió Vinicio.

– ¿De modo que no se pasa?

– ¡No!

El licio arrugó la frente y volvió á preguntar:

– ¿Cómo entraste, señor?

– Con una contraseña del inspector de las cloacas.

Repentinamente se paró, como animado por una idea.

– ¡Por el Calvario del Redentor!, exclamó. ¡Aquí me quedo! Ella, con mi contraseña, cubriéndose la cabeza con un lienzo y envolviéndose en un manto, logrará escapar. Entre los sepultureros hay algunos muchachos, así es que su figura no infundirá sospechas á los pretorianos. Y en cuanto haya llegado á casa de Petronio, se habrá salvado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero el licio, moviendo tristemente la cabeza, respondió:

– No lo consentiría, porque te ama. Además, está enferma y no puede moverse. Si tú ó Petronio no lográis libertarla de la prisión, ¿quién podrá hacerlo?

– ¡Cristo únicamente!

Ambos callaron.

«Cristo podría salvar á todos los cristianos, pensaba el licio en la simplicidad de su corazón; y puesto que no los salva, señal es de que ha sonado la hora del martirio y de la muerte.»

Se resignaba por lo que á él concernía: pero su alma se rebelaba pensando en los sufrimientos de aquella tierna criatura, crecida en sus brazos y á la que amaba más que su vida.

Vinicio volvió á arrodillarse al lado de Licia. Los rayos de la luna, penetrando á través de la reja, iluminaban con su pálida luz aquella escena. Licia abrió los ojos, y poniendo su mano febril sobre el brazo de Vinicio, dijo:

– Por fin te veo; no dudaba de que vendrías.

Vinicio, cogiendo las manos de la enferma, se las llevó á su frente y á su corazón, y atrayéndola suavemente, la estrechó entre sus brazos.

– ¡He venido, amada mía! ¡Cristo te proteja y te salve, Licia!

La voz se ahogaba en su garganta; parecía que se le saltaba el corazón del pecho, por amor ó por desesperación. No obstante, trató de dominarse y conservar una aparente calma en presencia de Licia.

– Estoy enferma, Marco, dijo ella, y debo morir aquí ó en el Anfiteatro. He orado para poderte ver una vez al menos antes de morir. ¡Y aquí te tengo! ¡Cristo escuchó mi súplica!

Sin poder articular una sola palabra, Vinicio la estrechaba contra su corazón. Ella prosiguió:

– Te vi desde la ventana del Tuliano. Vi que querías estar cerca de mí. Ahora el Señor ha permitido que volviera en mí para que podamos despedirnos. ¡Yo voy á Él, Marco; pero te amo y te amaré siempre!

Vinicio intentó dominar su emoción, haciendo un supremo esfuerzo. Con voz aparentemente tranquila respondió:

– ¡No, amada mía, no morirás! El Apóstol me mandó creer y prometió que rogaría por ti; él conoció al Redentor; el Redentor le amó y no le desoirá. Si tú hubieses de morir, Pedro no me hubiera ordenado que esperase. Y me dijo: «¡Espera!» ¡No, Licia! Cristo tendrá misericordia. No quiere tu muerte, no la permitirá. ¡Te juro, en nombre del Salvador, que Pedro intercede por ti!

Callaron. La linterna que había sobre la puerta se apagó, pero los rayos de la luna penetraban á través de la reja. En el ángulo opuesto se oían los gemidos de un niño; desde fuera llegaban las voces de los pretorianos, que después de la guardia jugaban á *scripta duodecim*.

– ¡Oh, Marco!, dijo Licia, Cristo mismo suplicó al Padre que le apartara de los labios el amargo cáliz, y sin embargo, lo bebió. El Redentor murió sobre la cruz, y miles de personas, por su amor, encuentran la muerte. ¿Por qué ha de librarme á mí sola? ¿Quién soy yo, Marco? ¡Pedro dice que también él morirá entre los mártires! Cuando fuí presa por los pretorianos, temí los tormentos y la muerte; pero ahora ya no tengo miedo. ¡Mira qué horrible es esta cárcel! De aquí subiré al cielo. ¡Aquí está César; allí el Redentor, bueno y misericordioso! ¡Allí no existe la muerte! Me amas; piensa, pues, en la felicidad que allí me espera. ¡Oh Marco, piensa que allí me encontrarás!

Calló un instante para tomar aliento, y cogiendo la mano de Vinicio, la besó.

– ¡Marco!

– ¿Qué quieres, corazón mío?

– No llores por mí y no olvides que un día me encontrarás. Mi vida fué breve, pero Dios me ha dado tu alma. Yo diré á Dios que me viste morir, que has sufrido por mí, pero sin maldecir su voluntad, y que le amarás eternamente. ¿Le amarás siempre y soportarás resignado mi muerte? ¡Después Él nos reunirá! Yo te amo y deseo reunirme contigo por toda una eternidad.

No tenía fuerzas para continuar. Con voz casi imperceptible agregó:

– ¡Prométemelo, Marco!

Vinicio, echándole los brazos al cuello y temblando de emoción, exclamó:

– ¡Lo juro sobre tu santa cabeza!

Su rostro pareció irradiar á la pálida luz de la luna. Otra vez acercó á sus labios la mano del joven, murmurando:

– ¡Soy tu esposa!

En la calle, el ruido que promovían los soldados que jugaban era cada vez más estrepitoso; pero Licia y Vinicio olvidaron la cárcel, los guardias, el mundo entero. En lo íntimo de su corazón se sentían ligeros y vaporosos como los ángeles, y unidos elevaron á Dios sus plegarias.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LX

Durante tres días, ó por mejor decir, tres noches, nada turbó su paz. Terminadas las usuales ocupaciones de la cárcel, consistentes en separar los muertos de los vivos y los enfermos graves de los restantes, cuando los guardias, rendidos, descansaban, Vinicio entraba en la prisión de Licia, permaneciendo allí hasta el alba.

Ella apoyaba la cabeza sobre el hombro del tribuno y hablaban en voz baja de su amor y de la muerte. Con el pensamiento, con la palabra, con los deseos y con las mismas esperanzas, se apartaban cada vez más de la vida, de todo lo terreno, como aquellos navegantes que, abandonando la costa, pierden de vista la playa, desapareciendo poco á poco en el infinito.

Entrambos eran dos almas fuertes y unidas por el amor de Cristo, prontas á abandonar el mundo. No obstante, de cuando en cuando, como una tormenta, levantábase el dolor en el alma de Vinicio; pero en seguida, como un vívido relámpago, la iluminaba la esperanza, apoyada por el amor y la fe en el Dios crucificado.

Por la mañana, cuando salía de la cárcel, el mundo, la ciudad, los conocidos, se le aparecían como en un sueño. Todo á sus ojos era extraño, vano, fugaz. El mismo martirio había perdido su horror, porque suponía que, en caso necesario, sabría soportarlo con recogimiento interno y con los ojos del espíritu vueltos al cielo. Les parecía á entrambos que la eternidad se preparaba á recibirlos. Hacían proyectos acerca de la vida futura y de su amor de ultratumba; y si á veces dirigían su pensamiento á la tierra, lo hacían como los que disponen los preparativos para un largo viaje. Además les rodeaba un silencio grave y solemne; su única pena era que Cristo quisiera separarlos; pero la convicción de que no lo haría aumentaba en sus almas, y le amaban como á Aquel que había de unirlos en eterna paz y felicidad.

Aunque se hallaban en la tierra, ni una huella terrena se descubría en sus corazones, que eran puros como la nieve. Rodeados de los horrores de la muerte, en medio de los sufrimientos y de las miserias, en aquel antro tenebroso, había empezado para ellos la gloria del cielo; Licia había cogido espiritualmente la mano de Vinicio, para guiarlo, como una santa, hacia la fuente de la vida.

Petronio estaba sorprendido al observar en el semblante de Vinicio una expresión de paz y de serenidad siempre creciente, que no había notado hasta entonces. A veces suponía que el joven había dado con un nuevo recurso para libertar á Licia y se resentía de que el sobrino no le confiase sus planes y sus esperanzas. Por último, no pudiendo contenerse, le dijo:

– Ahora tu mirada es muy distinta de la de antes; no tengas secretos para mí, porque quiero y puedo ayudarte. ¿Has combinado un nuevo plan?

– Sí, respondió Vinicio; pero tú no puedes ayudarme. Después de su muerte, pienso afirmar aún más mi fe cristiana y seguirla.

Las víctimas no cesaban de repetir: *Pro Christo!* – (Pág. 327.)

– ¿No tienes, pues, esperanza alguna?

– ¡Todo lo contrario! Cristo me la dará y yo no volveré á estar separado de ella.

Petronio recorría el atrio á grandes pasos; sobre su rostro se reflejaban la desilusión y la impaciencia.

– Para esto no necesitamos á tu Cristo...; también nuestro Tanato presta iguales servicios.

Vinicio sonrió tristemente y dijo:

– No, querido, tú no quieres comprenderme.

– No quiero y no puedo. Ahora no es ocasión de entretenernos en discursos vanos; pero recuerda lo que te dije cuando nos fué imposible libertarla del Tuliano. Yo perdí todas las esperanzas: tú, en cambio, al regresar, aseguraste que «Cristo te la devolvería.» ¡Que te la devuelva, pues! Si arrojo al mar un cáliz precioso, ninguno de nuestros dioses podrá restituírmelo; si el vuestro no es mejor, no sé yo por qué tenéis que adorarlo más que á los dioses antiguos.

– Pero Él me la devolverá.

Petronio se encogió de hombros.

– ¿Sabes, preguntó, que mañana los jardines de César serán iluminados por los cristianos?

– ¿Mañana?, repitió Vinicio.

Ante la proximidad de hecho tan espantoso, su corazón se estremeció temiendo que aquella fuese la última noche que había de pasar junto á Licia. Se despidió de Petronio, presentándose en seguida al inspector de los *puticuli* para tomar su contraseña. Pero le esperaba un desengaño; el inspector no quiso dársela.

– Perdóname, dijo; hice por ti cuanto estuvo en mi mano; pero no puedo arriesgar mi vida. Esta noche los cristianos serán conducidos á los jardines de César. Las prisiones se llenarán de soldados y empleados; si te reconocen, me perderé y perderé á mis hijos.

Vinicio comprendió que sería inútil insistir; pero confiaba en que los soldados, que le conocían, le dejarían pasar sin contraseña. Por esto al anochecer, disfrazado como de costumbre, con un lienzo alrededor de la cabeza, se dirigió á la prisión.

Aquella noche se examinaban las contraseñas con gran severidad, y para colmo de desgracias, fué descubierto por el centurión Scevino, soldado rígido y severo, devoto de César en cuerpo y alma. Pero bajo aquel pecho cubierto de férrea coraza, no se había apagado del todo el sentimiento de piedad para las desventuras ajenas. Así es que en vez de usar la lanza y llamar con esto la atención de todos sobre Vinicio, le dijo con calma:

– ¡Vete á casa, señor! ¡Te reconozco! Pero como no quiero perjudicarte, callaré. No puedo dejarte entrar; sigue tu camino y que los dioses te consuelen.

– No puedes dejarme entrar, dijo Vinicio; permíteme, al menos, que permanezca aquí para ver á los que salen de la prisión.

– A esto no se opone mi consigna, contestó Scevino.

Vinicio se quedó junto á la puerta, que se abrió á media noche. Larga fila de prisioneros, hombres, mujeres y niños, apareció entre pretorianos armados. La noche era muy clara, de modo que no sólo podían distinguirse las figuras, sino también las fisonomías de cada una de ellas. Caminaban de dos en dos, formando un cortejo triste y silencioso; la solemne calma de la noche era interrumpida solamente por el ruido de las armas. Eran tantos los prisioneros, que pudo suponerse que las cárceles habían quedado vacías. Entre los últimos de los que formaban el siniestro cortejo, Vinicio pudo distinguir claramente al médico Glauco... ¡Licia y Ursus no estaban entre las víctimas de aquel día!

LXI

Aún no había anochecido por completo, cuando las primeras olas del populacho empezaron á invadir los jardines de César. Vestidos con trajes de fiesta, coronados de flores, alegres, cantando y casi ebrios, todos esperaban con ansia el nuevo espectáculo. «*Semaxii!*, *Sarmentii!*,» se gritaba en la Vía Tecta, sobre el puente Emilio, en el Trastevere, en la Vía Triumphalis, alrededor del Circo de Nerón y en las colinas vaticanas. No era la primera vez que Roma veía arder á los condenados, atados á unos postes; pero nunca habían sido las víctimas tan numerosas como aquel día.

César y Tigelino querían librarse de los cristianos, sin dejar uno, y aislar la epidemia que tomaba incremento en las prisiones. Con este objeto hicieron desocupar todos los subterráneos, quedando en ellos unos cuantos individuos destinados á los espectáculos finales.

Al entrar en los jardines, la multitud quedó asombrada; en todos los caminos, principales y secundarios, en todas las plazoletas y rotondas, entre los bosques y junto á las verjas se levantaban los palos impregnados de pez, á los cuales estaban atados los cristianos. En sitios algo más elevados, donde los árboles dejaban libre la vista, podían distinguirse filas de postes y de cuerpos humanos, coronados de hiedra y de mirto. La enorme cantidad de aquellas *plantas* monstruosas y multicolores superaba á toda expectativa; parecía que toda una nación había sido atada á los palos para recreo de Nerón y de Roma. De cuando en cuando los grupos de espectadores se paraban frente á algún palo, cuando la figura ó el sexo de la víctima llamaban la atención; miraban los rostros, las guirnaldas, y seguían su camino, preguntándose asombrados:

– ¿Es posible que hayan sido tantos los culpables? ¿Y cómo han podido incendiar Roma unos pobres niños que apenas saben andar?

Y la sorpresa se convertía en temor.

En tanto había obscurecido; en el cielo brillaban las primeras estrellas. Junto á cada víctima se colocó un esclavo con un hacha en la mano. Cuando un sonido de trompa dió la señal de principiar el espectáculo, todos los esclavos aplicaron el hacha á la base del palo. La paja, embadurnada de pez y oculta bajo flores, se prendió; en un minuto la llama quemó la hiedra, lamiendo luego los pies de la víctima. El pueblo miraba enmudecido; en el jardín resonaban gemidos desgarradores y dolorosos gritos. Algunos condenados, en cambio, levantaban los ojos al cielo y entonaban himnos de alabanza al Señor. La muchedumbre escuchaba palpitante de emoción; en los corazones más endurecidos despertaba un sentimiento de piedad, especialmente cuando las tiernas criaturas agonizantes prorrumpían en gritos de «¡Madre, madre!» Hasta los borrachos se sentían sobrecogidos viendo aquellas inocentes cabecitas en las contorsiones de la muerte y niños que perdían el sentido

– ¿No tienes, pues, esperanza alguna?

– ¡Todo lo contrario! Cristo me la dará y yo no volveré á estar separado de ella.

Petronio recorría el atrio á grandes pasos; sobre su rostro se reflejaban la desilusión y la impaciencia.

– Para esto no necesitamos á tu Cristo...; también nuestro Tanato presta iguales servicios.

Vinicio sonrió tristemente y dijo:

– No, querido, tú no quieres comprenderme.

– No quiero y no puedo. Ahora no es ocasión de entretenernos en discursos vanos; pero recuerda lo que te dije cuando nos fué imposible libertarla del Tuliano. Yo perdí todas las esperanzas: tú, en cambio, al regresar, aseguraste que «Cristo te la devolvería.» ¡Que te la devuelva, pues! Si arrojo al mar un cáliz precioso, ninguno de nuestros dioses podrá restituírmelo; si el vuestro no es mejor, no sé yo por qué tenéis que adorarlo más que á los dioses antiguos.

– Pero Él me la devolverá.

Petronio se encogió de hombros.

– ¿Sabes, preguntó, que mañana los jardines de César serán iluminados por los cristianos?

– ¿Mañana?, repitió Vinicio.

Ante la proximidad de hecho tan espantoso, su corazón se estremeció temiendo que aquella fuese la última noche que había de pasar junto á Licia. Se despidió de Petronio, presentándose en seguida al inspector de los *puticuli* para tomar su contraseña. Pero le esperaba un desengaño; el inspector no quiso dársela.

– Perdóname, dijo; hice por ti cuanto estuvo en mi mano; pero no puedo arriesgar mi vida. Esta noche los cristianos serán conducidos á los jardines de César. Las prisiones se llenarán de soldados y empleados; si te reconocen, me perderé y perderé á mis hijos.

Vinicio comprendió que sería inútil insistir; pero confiaba en que los soldados, que le conocían, le dejarían pasar sin contraseña. Por esto al anochecer, disfrazado como de costumbre, con un lienzo alrededor de la cabeza, se dirigió á la prisión.

Aquella noche se examinaban las contraseñas con gran severidad, y para colmo de desgracias, fué descubierto por el centurión Scevino, soldado rígido y severo, devoto de César en cuerpo y alma. Pero bajo aquel pecho cubierto de férrea coraza, no se había apagado del todo el sentimiento de piedad para las desventuras ajenas. Así es que en vez de usar la lanza y llamar con esto la atención de todos sobre Vinicio, le dijo con calma:

– ¡Vete á casa, señor! ¡Te reconozco! Pero como no quiero perjudicarte, callaré. No puedo dejarte entrar; sigue tu camino y que los dioses te consuelen.

– No puedes dejarme entrar, dijo Vinicio; permíteme, al menos, que permanezca aquí para ver á los que salen de la prisión.

– A esto no se opone mi consigna, contestó Scevino.

Vinicio se quedó junto á la puerta, que se abrió á media noche. Larga fila de prisioneros, hombres, mujeres y niños, apareció entre pretorianos armados. La noche era muy clara, de modo que no sólo podían distinguirse las figuras, sino también las fisonomías de cada una de ellas. Caminaban de dos en dos, formando un cortejo triste y silencioso; la solemne calma de la noche era interrumpida solamente por el ruido de las armas. Eran tantos los prisioneros, que pudo suponerse que las cárceles habían quedado vacías. Entre los últimos de los que formaban el siniestro cortejo, Vinicio pudo distinguir claramente al médico Glauco... ¡Licia y Ursus no estaban entre las víctimas de aquel día!

LXI

Aún no había anochecido por completo, cuando las primeras olas del populacho empezaron á invadir los jardines de César. Vestidos con trajes de fiesta, coronados de flores, alegres, cantando y casi ebrios, todos esperaban con ansia el nuevo espectáculo. «*Semaxii!*, *Sarmentii!*,» se gritaba en la Vía Tecta, sobre el puente Emilio, en el Trastevere, en la Vía Triumphalis, alrededor del Circo de Nerón y en las colinas vaticanas. No era la primera vez que Roma veía arder á los condenados, atados á unos postes; pero nunca habían sido las víctimas tan numerosas como aquel día.

César y Tigelino querían librarse de los cristianos, sin dejar uno, y aislar la epidemia que tomaba incremento en las prisiones. Con este objeto hicieron desocupar todos los subterráneos, quedando en ellos unos cuantos individuos destinados á los espectáculos finales.

Al entrar en los jardines, la multitud quedó asombrada; en todos los caminos, principales y secundarios, en todas las plazoletas y rotondas, entre los bosques y junto á las verjas se levantaban los palos impregnados de pez, á los cuales estaban atados los cristianos. En sitios algo más elevados, donde los árboles dejaban libre la vista, podían distinguirse filas de postes y de cuerpos humanos, coronados de hiedra y de mirto. La enorme cantidad de aquellas *plantas* monstruosas y multicolores superaba á toda expectativa; parecía que toda una nación había sido atada á los palos para recreo de Nerón y de Roma. De cuando en cuando los grupos de espectadores se paraban frente á algún palo, cuando la figura ó el sexo de la víctima llamaban la atención; miraban los rostros, las guirnaldas, y seguían su camino, preguntándose asombrados:

– ¿Es posible que hayan sido tantos los culpables? ¿Y cómo han podido incendiar Roma unos pobres niños que apenas saben andar?

Y la sorpresa se convertía en temor.

En tanto había obscurecido; en el cielo brillaban las primeras estrellas. Junto á cada víctima se colocó un esclavo con un hacha en la mano. Cuando un sonido de trompa dió la señal de principiar el espectáculo, todos los esclavos aplicaron el hacha á la base del palo. La paja, embadurnada de pez y oculta bajo flores, se prendió; en un minuto la llama quemó la hiedra, lamiendo luego los pies de la víctima. El pueblo miraba enmudecido; en el jardín resonaban gemidos desgarradores y dolorosos gritos. Algunos condenados, en cambio, levantaban los ojos al cielo y entonaban himnos de alabanza al Señor. La muchedumbre escuchaba palpitante de emoción; en los corazones más endurecidos despertaba un sentimiento de piedad, especialmente cuando las tiernas criaturas agonizantes prorrumpían en gritos de «¡Madre, madre!» Hasta los borrachos se sentían sobrecogidos viendo aquellas inocentes cabecitas en las contorsiones de la muerte y niños que perdían el sentido

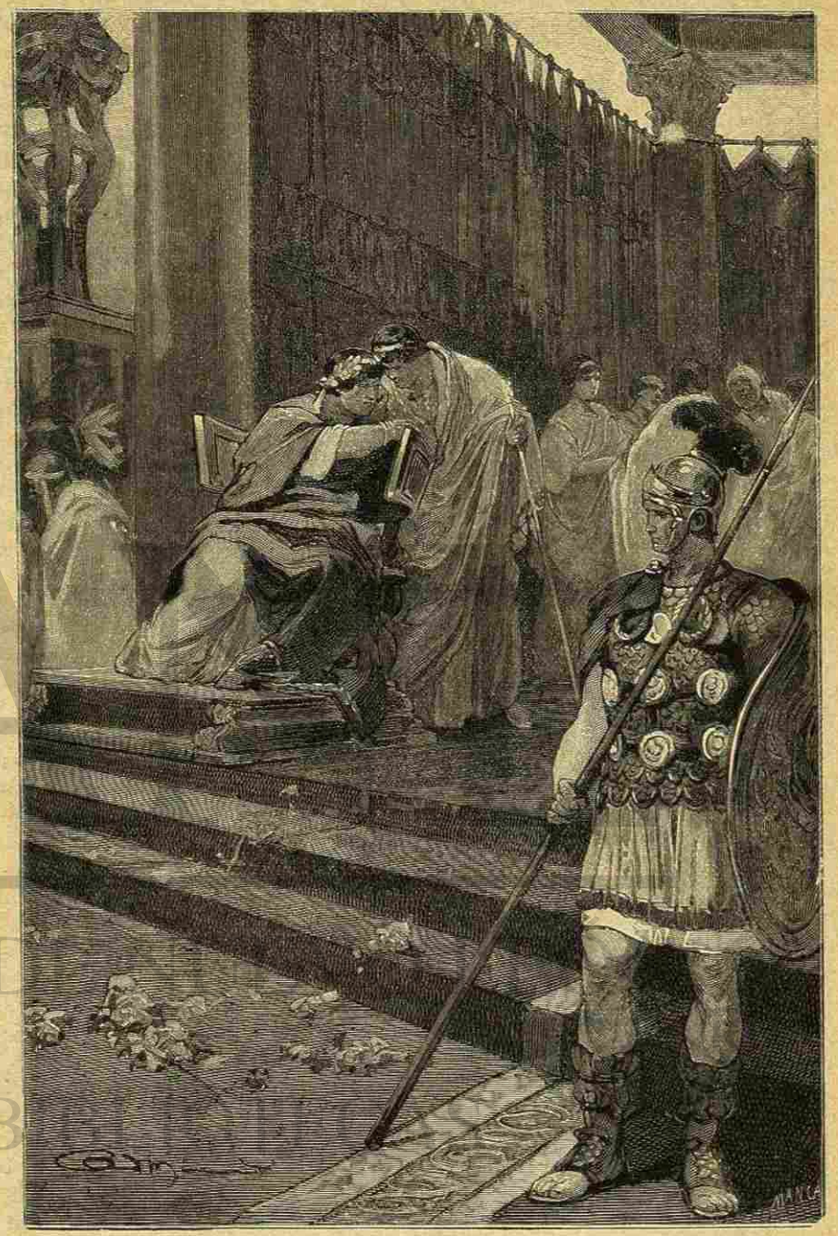
ahogados por el humo. Las llamas se elevaban cada vez con más impetuosidad, iluminando todos los caminos; el agua de los estanques brillaba con el reflejo de aquellas antorchas espantosas; las hojas de los árboles habían adquirido un tinte sanguinolento, y la noche parecía transformada, por artes del diablo, en un día clarísimo. Cuando por el aire se difundió el olor de la carne quemada, los esclavos derramaron por todas partes perfumes de mirra y áloe. Entre la multitud se proferían gritos indefinibles, que aumentaban á medida que las llamas crecían. Lenguas inmensas de fuego se retorcían en torno á los palos, lamían las manos de las víctimas, quemaban sus cabellos, y ocultando su rostro como con negros velos funerarios, se elevaban aún más, como símbolo de aquella fuerza y de aquel poder de que eran instrumento.

Al principiar el espectáculo, César llegó en una espléndida cuadriga, tirada por cuatro caballos blancos. Vestía como un auriga, verde, el color de su partido y de la corte. Le seguían otros carruajes con cortesanos de gran gala, senadores, sacerdotes, bacantes desnudas y coronadas, medio ebrias y alegres, llevando en la mano una copa de vino. A su lado, disfrazados de faunos y de sátiros, iban los músicos, con cítaras, laúdes, flautas y trompetas. Otros vehículos conducían respetables matronas y niñas, ebrias y medio desnudas. Rodeaban los carruajes varios hombres agitando tirsos adornados de nardos; otros tocaban los tambores, y algunos iban esparciendo flores sobre el camino.

Gritando *Evohé!* recorría la aristocracia de Roma el paseo principal de los jardines entre el humo y la muchedumbre. César, que llevaba consigo á Tigelino y á Quilón y pensaba divertirse con el miedo de este último, guiaba en persona su cuadriga. Caminando al paso, recreaba su vista con la contemplación de los cuerpos que ardían, y sus oídos acogían con júbilo las aclamaciones del pueblo. Derecho sobre su coche dorado, rodeado de una multitud que se inclinaba ante él, reflejándose en su rostro los rojos destellos de las llamas, la frente ornada con la corona del vencedor del Circo, dominaba con su figura la legión de cortesanos y la muchedumbre, semejando un verdadero gigante. Sus brazos poderosos, extendidos por llevar las riendas, parecían bendecir al pueblo; en sus ojos y en todo su semblante brillaba una sonrisa de satisfacción; se destacaba sobre todos los demás, como un dios ó un sol, terrible, majestuoso, potente.

De cuando en cuando deteníase para contemplar atentamente á las vírgenes, cuyos pechos iban carbonizándose por la acción del fuego, ó el rostro convulso y desfigurado de un niño; después proseguía su camino. A veces parábase á saludar al pueblo, ó bien tirando de las doradas riendas se entretenía conversando con Tigelino. Cuando llegó al cruce de dos paseos, junto á la gran fuente, descendió de la cuadriga, y haciendo una seña á su séquito, se unió á la muchedumbre, siendo saludado con sus aplausos y aclamaciones. Bacantes, ninfas, senadores, augustianos, sacerdotes, faunos, sátiros y guerreros le rodearon, formando una cadena y bailando una danza vertiginosa; entre Quilón y Tigelino dió una vuelta alrededor de la fuente, junto á la cual ardían una docena de antorchas humanas. Deteniéndose frente á cada una, emitía un juicio acerca de las víctimas, ó se mofaba del infeliz griego, cuyo rostro expresaba un horror grandísimo. Por último descansó ante un poste muy alto, guarnecido de hiedra. Las llamas empezaban á lamer las rodillas del mártir, pero su rostro quedaba oculto tras el humo denso que le envolvía por completo. Cuando la brisa de la noche disipó un tanto el negro velo, se presentó á la vista de Nerón y de sus acompañantes una cabeza de viejo, de largos y canosos cabellos.

Quilón retrocedió, lanzando un grito de horror.



En el cuarto verso de la tercera estrofa el metro deja algo que desear. – (Pág. 331.)

– ¡Glauco, Glauco!, murmuró con voz entrecortada.

Glauco, el médico, desde lo alto del palo fijaba en él su mirada.

Vivía aún, é inclinando la cabeza, parecía querer contemplar por última vez el rostro de su asesino, de aquel que le había hecho traición, que, después de haberle arrebatado la mujer y los hijos, intentó hacerle asesinar por un sicario, y que después de haber obtenido su perdón en nombre de Cristo, le había entregado á sus enemigos. ¡Jamás hombre alguno pudo haber hecho tanto daño á un semejante! Y ahora la víctima estaba sobre el palo bañado de pez, y ante él se hallaba su asesino. Los ojos de Glauco no se separaban de Quilón; de cuando en cuando el humo escondía el rostro del moribundo; mas apenas el viento lo descubría, Quilón observaba aquellas miradas fijas en él constantemente. Quería huir, pero le faltaban las fuerzas; parecía tener los pies de plomo y que una mano invisible le detenía con vigor sobrehumano. Sentía que su ser se transformaba interiormente, que había sido causa de desgracias y de muertes innumerables y que había llegado su última hora, la hora en que todo, César, la corte, la muchedumbre, se desvanecerían como una nube. En torno á sí veía un abismo obscuro, sin fondo, en el que sólo se destacaban aquellos ojos del mártir que le acusaban. La cabeza de Glauco iba inclinándose más y más, y sus miradas parecían querer atravesar á Quilón de parte á parte. Los circunstantes presumían que entre aquellos dos hombres algo extraordinario debía acontecer. La sonrisa desapareció de todos los semblantes; la fisonomía de Quilón presentaba tan horribles contracciones como si todas las llamas quemasen su cuerpo. Vacilante y extendiendo los brazos hacia su víctima, gritó con voz angustiosa y desgarradora:

– ¡Glauco, Glauco! ¡Por amor de Cristo, perdóname!

Reinó un silencio sepulcral. Todas las miradas se concentraron en aquellos dos hombres.

La cabeza del mártir se estremeció ligeramente, mientras una voz parecida á un gemido exclamó desde lo alto del palo:

– ¡Te perdono!

Quilón se arrojó al suelo y se puso á aullar como un animal herido, mientras con las manos cogía puñados de arena que echaba sobre su cabeza. Las llamas iban subiendo y lamiendo el pecho y el rostro del mártir, la corona de mirto ceñida á sus sienes y los nardos colocados en la punta del palo.

Cuando después de algunos instantes se levantó, Quilón parecía otro: tan cambiado estaba, que los cortesanos apenas le reconocieron; en sus miradas brillaban destellos que nadie había observado en él. Aquel griego, poco antes tan despreciable, parecía entonces un sacerdote inspirado, en actitud de revelar verdades nuevas y desconocidas.

– ¿Qué sucede? ¿Se ha vuelto loco?, preguntábanse todos.

Pero él, levantando la mano, gritó con tanta fuerza, que no sólo pudieron oirle los augustianos, sino toda la muchedumbre:

– ¡Romanos! ¡Os juro por mi muerte que aquí están pereciendo inocentes! ¡Éste es el incendiario!

Y señaló á Nerón. Siguió luego un silencio solemne. Los cortesanos parecían petrificados, mientras Quilón extendía otra vez su brazo tembloroso, señalando á César. De repente, al silencio siguió un ruido endemoniado. Como una ola impulsada furiosamente por el huracán, la muchedumbre se precipitó hacia el sitio en que se hallaba el viejo, para verle y oirle más de cerca. Algunos gritaban: «¡Detenedlo!,» otros: «¡Pobres de nosotros!» Se oía murmurar de cuando en cuando: «*¡Enobarbo!* ¡Matricida! ¡Incendiario!» El ruido iba en aumento. Las bacantes prorrumpían en alaridos; algunos palos quemados caían al suelo, produciéndose como una lluvia de chispas sobre el pueblo, creciendo con esto la confusión. Una imponente ola humana se llevó consigo á Quilón hasta el extremo opuesto del jardín.

Los postes quemados caían en todas direcciones, llenando los caminos de humo, de chispas y de olor de madera carbonizada y de carne quemada. Una tras otra iban apagándose las hogueras, dejando el jardín en la más completa obscuridad, mientras la muchedumbre asustada buscaba las salidas en medio del mayor desorden y confusión. La noticia de lo ocurrido se divulgaba de boca en boca, modificada y aumentada á gusto de los que la referían. Algunos aseguraban que César había sufrido un desvanecimiento, otros que él mismo se había confesado autor del incendio de Roma, y otros que se hallaba gravemente enfermo, no faltando quien afirmase haber visto como le conducían muerto en la cuadriga. De cuando en cuando se oían exclamaciones de piedad y compasión por los cristianos. «Si no han incendiado Roma, ¿por qué este derramamiento de sangre, tantas torturas y tantas injusticias? Los dioses ¿no vengarán á los inocentes? ¿Qué sacrificios habrá que hacer para aplacarlos?»

Se repetían con frecuencia los gritos de *Inoxia Corpora;* las mujeres lamentaban que se hubiese arrojado como pasto á las fieras, clavado sobre cruces y quemado en aquel maldito jardín á tantos niños inocentes. Poco después la piedad se cambió en ira contra Nerón y Tigelino; muchos se paraban perplejos, preguntándose: «¿Pero qué dios es este que infunde tanta fuerza en el momento del martirio y de la muerte?;» y absortos en profundas reflexiones, se encaminaban hacia sus casas.

Pero Quilón se movía sin objeto determinado por los jardines, envejecido, débil y enfermo. Ora tropezaba con los cuerpos medio quemados ó contra los palos, produciendo una lluvia de chispas, ora se agachaba en un rincón, mirando en torno suyo, como un idiota. Los jardines, en tanto, habían quedado obscuros; sólo la luna proyectaba alguna luz á través de las copas de los árboles, iluminando los palos carbonizados y los cuerpos inanimados de las víctimas. Pero al griego le parecía ver en el disco lunar los ojos de Glauco que le miraban fijamente y se sentía impulsado á huir ó esconderse. Por último, arrastrado por una fuerza invisible, se atrevió á salir de la sombra para acercarse á la fuente junto á la cual había exhalado Glauco el último suspiro.

Sintió que una mano se posaba sobre su hombro. Volvió el rostro y vió ante sí un desconocido.

– ¿Quién eres?, le preguntó pálido de terror.

– Pablo de Tarso.

– ¡Soy un maldito! ¿Qué quieres?

– Quiero salvarte, respondió el apóstol.

Quilón se apoyó contra un árbol, viendo que apenas podía sostenerse. Moviendo la cabeza, respondió:

– ¡No hay salvación para mí!

– ¿No sabes que Cristo sobre la cruz perdonó al ladrón arrepentido?

– ¿Conoces mis delitos?

– Vi tu pena y oí tus palabras.

– ¡Oh señor!

– Y si un siervo de Cristo te ha perdonado en la hora de su muerte, ¿cómo no ha de perdonarte el mismo Cristo?

Quilón se mesaba los cabellos desesperadamente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1675 MONTERREY, MEXICO

– ¡Perdón, perdón!

– ¡Nuestro Dios es Dios de misericardia!

– ¿Para mí también?, preguntó Quilón, gimiendo como un hombre consumido por el dolor.

– ¡Apóyate en mí, dijo Pablo, y ven!

Le condujo hacia el cruce de los camnios, guiado por el murmullo de la fuente, que en aquel silencio vespertino parecía llorar por las víctimas cristianas.

– Nuestro Dios es un Dios de misericordia, repitió el apóstol. Si te hallases á la orilla del mar, ¿lograrías llenar su inmensidad arrojando piedras? Pues dígote que la misericordia divina es como un mar en el cual desaparecen los pecados y las culpas de los hombres, como las piedras en el abismo; esa misericordia es comparable al firmamento que se extiende sobre la tierra, sobre el mar y sobre las montañas; está en todas partes, infinita y eterna. Tú, frente al palo de Glauco, has sufrido atrozmente, y Cristo vió tus sufrimientos. Sin preocuparte de lo que pueda sucederte mañana, gritaste: «¡He ahí el incendiario!» Cristo recordará estas palabras. La mentira y la maldad han huído de ti y no te han dejado más que un agudísimo dolor. Sígueme y escúchame. Yo soy el que odió á Cristo, persiguiendo á sus elegidos. Yo no creí en Él hasta que se me presentó y me llamó. Desde aquel día sólo me ha dado pruebas de misericordia. Él te ha visitado en la hora del abatimiento y la desesperación, para convertirte. Tú le odiabas, pero Él te amaba. Llevaste sus siervos al martirio; pero Él quiere perdonarte y salvarte.

Los sollozos de aquel desgraciado desgarraban el alma, y Pablo lo cogió con dulzura, lo conquistó, como un soldado que se apodera del enemigo.

Después repitió:

– ¡Ven conmigo! ¡Te conduciré á Él! Para esto he venido. Cristo me mandó que le conquistara muchas almas, y yo quiero obedecerle. Te consideras maldito, pero yo te digo que creas en Él y te salvarás. Piensas que te odia, y te repito que te ama. ¡Mírame! Antes de conocerlo, en mi corazón no había más que iniquidad, y ahora su amor suple en mí al padre, á la madre, la riqueza y la fuerza. Sólo en Él se encuentra la salvación. Sólo Él verá tu arrepentimiento, te librará de la tortura y te elevará hasta Él.

Llegaron á la fuente, cuyos surtidores argénteos brillaban á distancia. Reinaba en torno un silencio grandioso y solemne; los jardines estaban desiertos; los esclavos habían hecho desaparecer todo vestigio de aquel horrendo y repugnante espectáculo.

Quilón cayó de rodillas, gimiendo y escondiendo el rostro entre las manos; Pablo, levantando los ojos al cielo, exclamó:

– ¡Oh Señor, mira á este infeliz, observa su arrepentimiento, sus lágrimas, su dolor! ¡Oh Señor de misericordia, muerto sobre la cruz para salvarnos, perdónale por amor de tus penas, de tu muerte, de tu resurrección!

Y mientras sus preces subían al cielo, Quilón seguía gritando con voz desgarradora:

– ¡Perdón, perdón, Redentor mío!

Pablo se acercó á la fuente, y cogiendo un poco de agua en la cuenca de la mano, se volvió al pecador arrepentido, diciendo:

– ¡Quilón! Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Epíritu Santo. Amén.

Quilón alzó la cabeza, extendió los brazos y permaneció arrodillado en esta postura. Los blancos rayos de la luna iluminaban su cabeza canosa y su rostro pálido y macilento. En los jardines de Domiciano empezaba á resonar el canto del

gallo; pero Quilón permanecía inmóvil, arrodillado, como esculpido en piedra. Por fin se movió y preguntó al apóstol:

– ¿Qué he de hacer antes de la muerte?

Pablo no acababa de admirar la inmensa omnipotencia, á la cual ni los corazones endurecidos, como el de aquel griego, podían resistir, y contestó:

– Cree y siente la verdad.

Juntos abandonaron los jardines. Al llegar á la puerta el apóstol bendijo otra vez al anciano, y se separaron. Quilón mismo suplicó aquella bendición, pues sabía que César y Tigelino le perseguirían.

Y no se engañaba. De regreso en su casa, encontró un grupo de pretorianos mandados por Scevino, que le esperaban para conducirle al Palatino. César se había acostado; pero Tigelino velaba.

– Eres culpable de alta traición, le dijo, y no escaparás al castigo. Pero si mañana, en el Anfiteatro, reconoces ante el público que estabas loco y borracho y declaras que fueron los cristianos los que incendiaron Roma, sufrirás sólo unos azotes y el destierro.

– ¡No puedo!, respondió Quilón con firmeza.

El prefecto se le acercó con paso lento, preguntándole con voz terrible:

– ¿Cómo? ¿No puedes? ¡Perro griego! ¿No estabas borracho? ¿No sabes lo que te espera? ¡Mira!

Y señaló un ángulo, donde, en la sombra, junto á un banco de madera, se hallaban cuatro esclavos, provistos de cuerdas y tenazas.

Quilón repitió:

– ¡No puedo!

Tigelino, aunque enfurecido, procuraba dominarse.

– ¿Has visto, le preguntó, cómo mueren los cristianos? ¿Quieres compartir su suerte?

El viejo alzó su pálido rostro. Sus labios se movían sin producir sonido alguno. Por último murmuró:

– ¡Yo también creo en Cristo!

Tigelino le miró asombrado.

– ¡Perro! ¡Verdaderamente te has vuelto loco!

No podía ya contener su furor. Precipitándose sobre Quilón le cogió por la barba con ambas manos, y lo arrojó contra el suelo, pisoteándolo y repitiendo, enfurecido como una fiera:

– ¡Has de retractarte! ¡Debes hacerlo, sí, sí!

– ¡No puedo!, repetía Quilón.

– ¡A la tortura!

Apenas oyeron la orden, los cuatro esclavos cogieron al viejo y lo tendieron sobre el banco; después de haberlo atado estrechamente, empezaron á martirizarle las carnes con las tenazas. Pero la víctima, en vez de rebelarse y maldecir, besaba incesantemente las manos que le torturaban; después cerró los ojos, muerto en apariencia.

Pero aún vivía, pues cuando Tigelino se inclinó sobre él, preguntándole: «¿Quieres retractarte?,» sus labios, descoloridos, murmuraron débilmente:

– ¡No puedo!

Tigelino ordenó que lo desataran. Furibundo y loco de ira, se puso á recorrer el atrio con pasos largos y rápidos. Por fin, tuvo una idea, y dirigiéndose á los esclavos, ordenó:

– ¡Arrancadle la lengua!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LXII

Para la representación del drama *Aureolo* era costumbre en el Anfiteatro formar dos escenarios separados. Esta vez no se observó tal costumbre, porque el principal objeto de la representación era el de proporcionar al pueblo el divertido espectáculo de un hombre devorado por un oso. Generalmente el papel del animal estaba confiado á un comediante, que se cubría con una piel de oso; ahora debían confundirse la ficción y la realidad. Era una nueva idea de Tigelino. En un principio, César pensaba no asistir; pero luego, cediendo al deseo de su amigo predilecto, había resuelto acudir al Circo. Tigelino declaró que, después de cuanto había sucedido en los jardines, su deber era presentarse ante el público, asegurándole que el esclavo crucificado no le insultaría como Crispo. Además, estando el pueblo harto de sangre, se le prometieron loterías, regalos y fiestas, y como el espectáculo debía celebrarse de noche, el Anfiteatro se iluminaría espléndidamente. Al anochecer el Circo estaba lleno; los cortesanos, guiados por Tigelino, concurrieron todos, no sólo por afición al espectáculo, sino para demostrar su adhesión á César y el poco caso que hacían de las palabras de Quilón, de quien se ocupaba Roma entera.

Se murmuraba que César, de regreso de los jardines, había sufrido un acceso de ira furibunda, y que asaltado por espantosas visiones y tormentos terribles, no había podido descansar, por lo cual había resuelto partir á la mañana siguiente.

Otros negaban fundamento á tales rumores, asegurando que perseguiría á los cristianos con más crueldad que antes. No faltaban gentes pusilánimes y temerosas que anunciaban que la acusación contra César lanzada por el griego produciría las más tristes consecuencias. Otros rogaban á Tigelino, por amor á la humanidad, que desistiese de la persecución.

– ¡Ya veis lo que habéis logrado!, decía Barco Sorano. Queríais aplacar la ira del pueblo, convencerle de que el castigo servía de escarmiento á los malvados, y habéis obtenido lo contrario.

– ¡Verdad!, añadía Antistio Vero. Todos empiezan á murmurar que los cristianos son inocentes. Si estos procedimientos han de demostrar vuestra perspicacia, tiene razón en este caso el griego Quilón cuando afirma que vuestro cerebro podría encerrarse en una cáscara de nuez.

Tigelino se volvió para contestar:

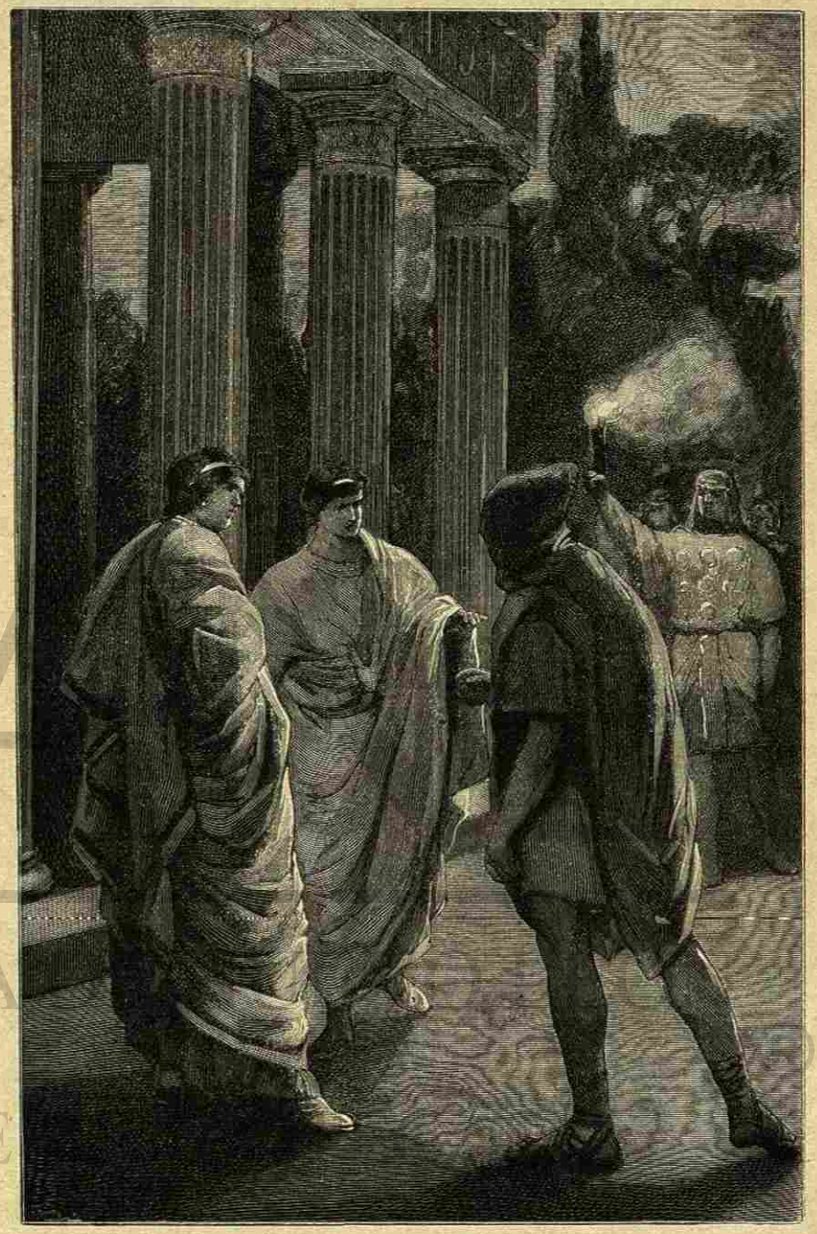
– Barco Sorano, el pueblo murmura que tu hija Sevilia ha ocultado á la justicia de César á sus esclavos cristianos, y lo mismo se dice de tu mujer, Antistio.

– ¡No es verdad!, exclamó Barco, inquieto.

– Tus mujeres divorciadas quieren perder á la mía, porque la envidian por su virtud, respondió Antistio Vero, un poco excitado.

Otros hablaban de Quilón.

– ¿Qué le ha sucedido?, preguntaba Eprio Marcelo. Él mismo entregó á los



Una persona envuelta en obscuro manto se aproximó á ellos. – (Pág. 333.)

cristianos á manos de Tigelino; de mendigo se convirtió en rico señor; hubiera podido terminar tranquilamente sus días, tener un funeral brillante, poseer una tumba... Ahora, en cambio, nada. Prefirió perderse. ¡Debe, por fuerza, haberse vuelto loco!

– No, loco no, pero sí cristiano, interrumpió Tigelino.

– ¡Imposible!, dijo Vitelio.

– ¿No os lo dije?, añadió Vestinio. Matad á los cristianos, si así os place; pero, ¡creedme!, no podréis vencer á su Dios. Con Él no hay que bromear. ¡Mirad las consecuencias! Yo no he incendiado Roma; pero, si César lo permite, ofreceré una hecatombe al Dios de los cristianos; y todos deberían hacer lo mismo; porque, repito, con Él no hay que bromear. ¡Acordaos de mis palabras!

– Y yo dije algo más, agregó Petronio. Tigelino se rió cuando afirmé que ellos se armaban; ahora añado: ¡ellos vencerán!

– ¿Qué quieres decir?, preguntaron algunos.

– ¡Por Pólux! Es lo que sucederá. Porque si un hombre como Quilón no pudo resistir, ¿quién podrá hacerlo? Si no creéis que el número de cristianos aumenta después de cada espectáculo, haceos caldereros, barberos, y sabréis lo que piensa el pueblo y lo que sucede en la ciudad.

– ¡Por el sacro peplo de Diana! Petronio dice la pura verdad, exclamó Vestinio.

Barco preguntó á Petronio:

– Y tú, ¿qué consecuencia sacas de todo esto?

– Concluyo con lo mismo con que habéis empezado... Se ha derramado ya bastante sangre.

Tigelino le miró, exclamando con cierto sarcasmo:

– ¡Oh! ¡Aún queda un poco!

– Si tu cabeza no te basta, tienes otra en el puño de tu bastón de paseo, dijo Petronio.

Las conversaciones fueron interrumpidas por la llegada de César, que hizo sentar á Pitágoras á su lado. Inmediatamente después se dió principio á la representación de *Aureolo*, sin que nadie pusiese en ella mucha atención, pues todos los espectadores, acostumbrados á la sangre y á los martirios, se aburrían; lanzaban gritos, por cierto nada halagüeños para la corte, pidiendo la escena del oso, única que ofrecía interés. Si el pueblo no hubiese esperado los regalos, ni abrigado la esperanza de ver á Quilón, el teatro hubiera quedado despejado al momento.

¡Por fin llegó el instante deseado! Los siervos del Circo sacaron primeramente una cruz de madera, bastante baja á fin de que el oso, levantándose sobre las patas traseras, pudiese alcanzar el pecho del mártir. Dos hombres condujeron, mejor dicho, arrastraron hacia la arena á Quilón, porque el desgraciado estaba extenuado, sin poder dar ni un paso. Lo colocaron sobre el madero, clavándolo con tanta rapidez que los curiosos cortesanos no pudieron ver la cruenta operación. Cuando la cruz se elevó sobre el sitio señalado, todas las miradas se concentraron en la víctima. Pocos, sin embargo, reconocieron en aquel hombre desnudo al Quilón de otro tiempo. Tigelino le había sometido á tales torturas, que apenas le dejaron una gota de sangre. Únicamente sobre la canosa barba se destacaba una mancha purpúrea, que le quedó cuando le arrancaron la lengua. A través de la piel podían habérsele contado fácilmente los huesos; parecía más viejo y más acabado. Antes sus miradas eran vivas y centelleantes, por astucia y maldad, y su rostro expresaba la inquietud y el ansia; ahora se distinguía en él la expresión del dolor, pero de un dolor tan dulce y tranquilo como el que podía dibujarse en el rostro de un dormido ó de

un difunto. Quizás en aquel instante recordaba al ladrón crucificado, á quien perdonó Cristo; tal vez desde el fondo de su alma dirigía al Dios de misericordia una ardiente plegaria:

«¡Oh Señor! Yo mordí como un animal venenoso, pero fuí desgraciado toda la vida. Yo casi moría de hambre, fuí pisoteado, azotado y escarnecido. Era pobre y miserable, y ahora soy torturado y crucificado; pero Tú, oh misericordioso Señor, no me rechazarás en esta hora suprema.»

La paz descendía á su corazón dolorido; nadie reía, porque aquel desventurado estaba tan tranquilo, era tan viejo, tan débil, tan desfallecido, que todos espontáneamente se preguntaban cómo podía permitirse que torturasen y crucificasen á seres que ya tenían un pie en la tumba. La muchedumbre callaba; Vestinio murmuraba con voz trémula á oídos de los augustianos que tenía cerca: «¿Veis cómo mueren?» Otros buscaban al oso, deseando que el espectáculo terminase todo lo antes posible.

El oso entró en la arena sacudiendo la cabeza, mirando á su alrededor, como buscando ó deseando algo. Por último, distinguió la cruz y el cuerpo desnudo. Aproximándose, se levantó sobre las patas posteriores, para caer en seguida; después se acurrucó bajo la cruz, lanzando un gruñido; parecía que hasta en el animal se había despertado un sentimiento de piedad hacia aquel esqueleto humano.

Los esclavos del Circo dieron un grito para excitar al oso, mientras los espectadores permanecían en el más absoluto silencio.

Quilón, moviendo ligeramente la cabeza, miraba á la muchedumbre con sus ojos casi apagados, que de pronto se fijaron en las gradas superiores del Anfiteatro; su pecho pareció reanimarse y sucedió una cosa que causó general sorpresa y asombro. Una sonrisa iluminó su rostro, su frente brillaba con un rayo de luz, sus ojos se levantaron hacia el cielo y dos lágrimas le humedecieron las mejillas.

¡Así moría Quilón!

Al mismo tiempo una voz masculina resonó, clara y potente, bajo el velario:

– ¡Descansen en paz los mártires!

En el Anfiteatro reinaba un silencio profundo y solemne.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LXIII

Después de celebrados los espectáculos en los jardines de César, las cárceles habían quedado casi vacías. Los soldados continuaban dando caza á los secuaces de la «superstición oriental,» pero la persecución no proporcionaba el número de prisioneros suficiente para las próximas representaciones.

La muchedumbre estaba harta de sangre; las náuseas acometían á todos los espectadores. La inaudita paciencia de las víctimas les contrariaba, así es que miles de personas empezaron á participar de los temores de Vestinio. Unos referían historias terribles acerca del espíritu vengador del Dios de los cristianos. La fiebre, que de las cárceles se había propagado á la ciudad, aumentaba el temor del pueblo; siendo imposible ocultar el número de muertos, todos pensaban en nuevos sacrificios para aplacar al Dios desconocido; en los templos de Júpiter y de Libitina se ofrecían víctimas continuamente. A pesar de los esfuerzos del prefecto y de sus secuaces, seguía ganando terreno la convicción de que Roma había sido incendiada por orden de César, y que los cristianos sufrían sin ser culpables.

Esto movía á Nerón y á Tigelino á renovar las persecuciones. Para pacificar al pueblo, se repartían vinos, granos y aceitunas; se promulgaron nuevas leyes para facilitar la construcción de las casas, determinando al mismo tiempo la extensión que debían tener las calles y los materiales para edificaciones, á fin de evitar el peligro de un nuevo incendio. El mismo César tomaba parte en las sesiones del Senado, aconsejándose de unos y otros para el bien de Roma y del pueblo. ¡Pero ni una sombra de gracia para los condenados! Ante todo se esforzaba el *dominador del mundo* por convencer al pueblo de que aquel desapiadado castigo caía sólo sobre los culpables. En el Senado nadie se atrevía á levantar la voz en favor de los cristianos, por temor de atraerse la cólera de Nerón. Los que vislumbraban el porvenir, reconocían claramente que los fundamentos del dominio romano estaban amenazados por aquella fe, ante cuyo poder se derrumbarían.

Los muertos y los moribundos eran restituídos á sus respectivas familias, porque las leyes romanas no permitían la venganza sobre los cadáveres. Vinicio experimentaba algún consuelo con la idea de que, cuando muriese Licia, podría ser sepultada en la tumba de su familia y se le permitiría reposar á su lado. Había perdido toda esperanza de salvarla. Atribulado como estaba, su espíritu se ocupaba únicamente de Cristo, soñando que se reuniría con Él en la eternidad. Era su fe ilimitada, inquebrantable, y á su luz la eternidad se le presentaba mil veces más real que la fugaz vida terrena. Aun estando vivo, se había transformado en un ser casi incorpóreo, que anhelaba para él y para Licia la completa liberación. Una vez libres, pensaba entre sí, se dirigirían cogidos de la mano hacia el cielo, donde Cristo les bendeciría y les concedería una vida de felicidad en el esplendor eterno. Rogaba á Cristo que impidiese la muerte de Licia en el Circo, entre los mártires, pero

que la dejase morir tranquilamente en la cárcel, no dudando que él expiraría á la misma hora. Pero ante la considerable cantidad de sangre derramada, juzgaba temeraria la esperanza de que sólo Licia se librase del martirio, el cual la esperaba también á ella, según había oído de labios de Pedro y de Pablo. Quilón, sobre la cruz, había demostrado que hasta el martirio podía ser dulce, y lo deseaba para sí como liberación de una existencia miserable.

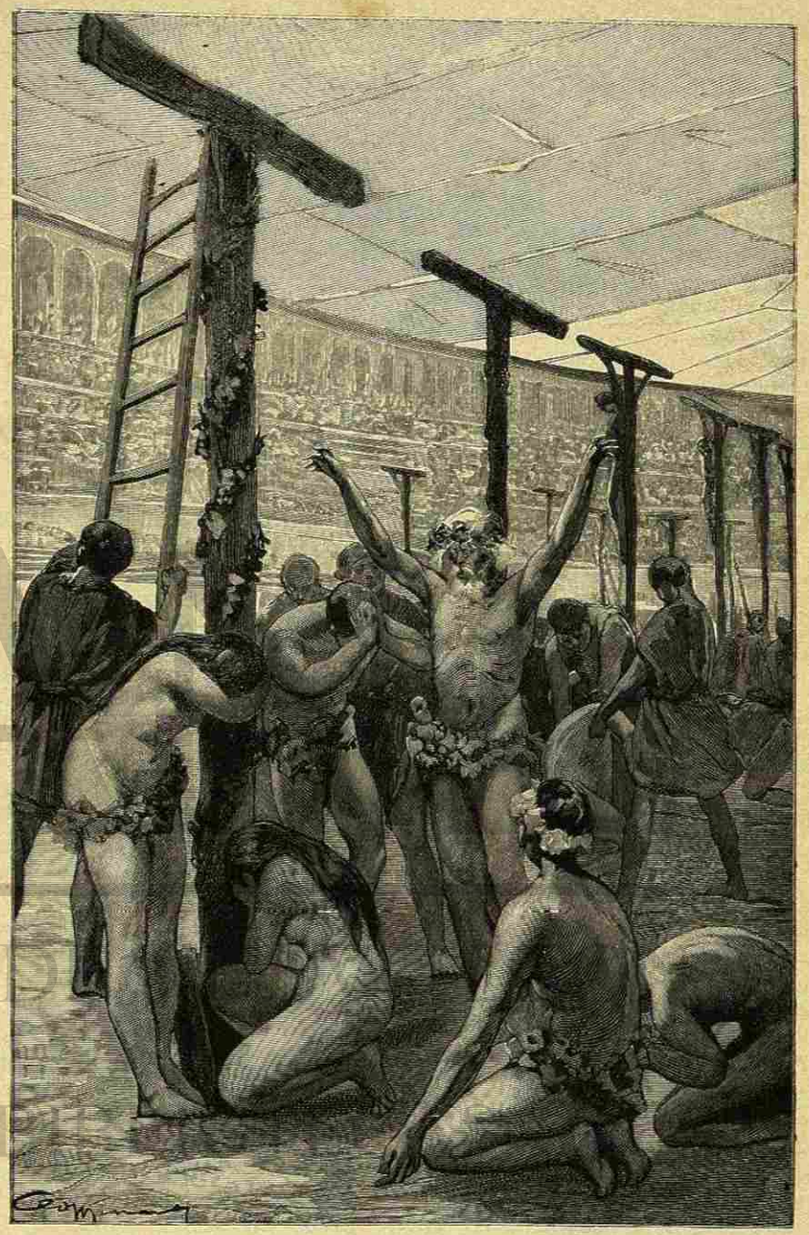
A veces sentía anticipadamente el placer de la vida futura. La tristeza que envolvía sus dos almas perdía insensiblemente su amargura, convirtiéndose en una tranquila resignación con la voluntad de Dios. Vinicio, que antes había intentado luchar contra la corriente, se abandonaba á ella, confiando en que le llevaría al eterno descanso; presumía que Licia, como él, estaba dispuesta á morir, y aunque separados por los muros de la cárcel, se encontrarían en el momento solemne. Y esta idea le llenaba de inefable consuelo.

Y efectivamente, ambos marchaban de acuerdo, como si diariamente se hubie sen comunicado sus impresiones. Licia tampoco deseaba nada, no esperaba nada, fuera de la vida celestial; para ella la muerte sólo significaba la liberación de los horribles muros de la cárcel, de las manos de Nerón y de Tigelino, y la unión con Vinicio. Por esto anhelaba que llegase la hora de la muerte, como una prometida suspira por el día de la boda.

Aquel torrente de fe que transportaba desde la vida terrena hasta la eternidad á tantos millares de aquellos primeros creyentes, arrastraba también á Ursus. Tampoco podía conformarse con la idea de que Licia había de morir; pero como cada día penetraban á través de los muros de la cárcel las noticias de lo que ocurría en el Anfiteatro y en los jardines, y como la muerte era la suerte común é inevitable de los cristianos y también su felicidad, una felicidad más grande que otra dicha terrena, Ursus no se atrevía á pedir á Cristo que privase á Licia de tal felicidad. En su ingenuidad pensaba que correspondía á la hija del rey de los licios una parte grandísima de aquella dicha celestial, que gozaría de placeres mayores y más elevados que los que habían de concederse á hombres como él y que sería colocada más cerca que otros del trono del Altísimo. Verdad que había oído que ante Dios todos eran iguales; pero en el fondo de su alma estaba persuadido de que la hija de un rey, y sobre todo de un rey de tantos licios, debía ser preferida á un esclavo cualquiera. Esperaba además que Cristo le permitiría que continuara sirviéndola. Su único secreto consistía en el deseo de morir sobre una cruz como el Divino Cordero; pero esto le parecía tanta felicidad, que no se atrevía á esperarla, aunque sabía que por la ley romana los más grandes delincuentes eran crucificados. No dudaba de que se le destinaría á morir entre las fieras, y esto era para él un sufrimiento. Desde su infancia había vivido en bosques inexplorados, cazando continuamente, y merced á su fuerza hercúlea se había hecho célebre entre los licios antes de llegar á la adolescencia. Aquella ocupación le era tan familiar y grata, que más tarde en Roma pasaba los días en los vivares y en los anfiteatros para ver animales conocidos é ignorados, cuya vista despertaba en él un ardiente deseo de lucha; así es que temía ser tentado en el Anfiteatro por pensamientos indignos de un cristiano, cuyo deber era morir con piedad y con resignación. Sin embargo, se entregaba á la voluntad de Dios, consolándose con otras reflexiones más agradables. El Divino Cordero había declarado guerra á las potencias infernales, á los espíritus malignos, entre los cuales la fe cristiana contaba las divinidades paganas; en esa guerra, Ursus creía poder ser más útil que otros al Señor, estando convencido de que su alma era más fuerte que la de los otros mártires. Oraba todo el día, socorría á los prisioneros, ayudaba á los guardianes, procurando al mismo tiempo

consolar á su dueña y señora cuando ésta se lamentaba de no haber hecho en su vida obras tan meritorias como la célebre Tabita, de quien Pedro había hablado. Hasta los carceleros, que le temían por su fuerza, no podían menos de estimarle por su ternura y piadosa solicitud. Más de una vez le preguntaron cuál era la causa de la alegría que manifestaba, y él habló con tanta seguridad de la vida que le esperaba más allá de la tumba, que los carceleros, oyéndole atentamente, hubieron de reconocer que la felicidad podía llegar al fondo de una prisión en la que ni siquiera penetraban los rayos del sol. Y cuando les animaba á creer en el Cordero, muchos pensaban que su trabajo era el de un esclavo, su vida la vida de un desgraciado, y que podía tenerse por miserable aquella existencia que acababa con la muerte.

Y la muerte significaba nuevo temor, sin prometer nada para luego; en cambio, el gigante y aquella virgen, que parecía una flor arrojada sobre la paja de un calabozo, corrían á su encuentro alegres, como vislumbrando la felicidad.



Dad gracias al Salvador por haberos concedido su misma muerte. – (Pág. 342.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LXIV

Una noche el senador Scevino fué á visitar á Petronio. Conversaron acerca de los tiempos difíciles en que vivían, y Scevino se puso á hablar de César con tanta libertad de palabra, que Petronio, aunque amigo suyo, consideró prudente usar cierta cautela. Se lamentaba del desenfreno y de la injusticia del mundo, afirmando que le amenazaba una catástrofe mucho más tremenda que el incendio de Roma. El senador refería que los mismos cortesanos estaban descontentos. Fenio Rufo, el subprefecto de los pretorianos, ejecutaba contra su voluntad las órdenes de Tigelino, y todos los parientes de Séneca estaban irritadísimos por la actitud de Nerón con respecto á su antiguo maestro y á Lucano. Señaló también el descontento del pueblo y hasta de los pretorianos, los cuales, en su mayor parte, mostraban simpatías por Fenio Rufo.

– ¿Por qué dices todo eso?, preguntó Petronio.

– No temas por César, dijo Scevino. Entre los pretorianos tengo un pariente lejano, un Scevino, por cuyo conducto he sabido algo de lo que piensan. Entre ellos aumenta la repugnancia. Ya sabes que Calígula era un loco, y recuerda lo que sucedió. Se presentó Casio Quereas... y..., es verdad..., fué una mala acción que ninguno de nosotros puede alabar; pero Quereas puede decir que libró al mundo de un monstruo.

– En resumidas cuentas vienes á decir: yo no alabo á Quereas, pero era un hombre de grandes méritos y ojalá quisieran los dioses concedernos algunos otros como él. ¿Verdad?, preguntó Petronio.

Scevino trató de dar otro giro á la conversación, elogiando á Pisón, encomiando á su familia, su nobleza de alma, su fidelidad conyugal, su calma, y finalmente, el maravilloso don que poseía de granjearse el afecto y las simpatías del pueblo.

– César no tiene hijos, añadió, y todos consideran á Pisón como su sucesor, é indudablemente todos harán lo posible para ayudarle á escalar el poder. Fenio Rufo le aprecia; todos los parientes de Anneo le son adictos; Plaucio Laterano y Tulio Senecio pondrían por él la mano en el fuego, y lo mismo puede decirse de Natalio, Subrio, Flavio, Sulpicio Aspro, Afranio Quineciano y también de Vestinio.

– Con este último, Pisón no gana gran cosa, respondió Petronio. Vestinio tiene miedo hasta de su sombra.

– A Vestinio le causan pavor los sueños y los espíritus, replicó Scevino; pero es un hombre práctico que será elegido cónsul por el pueblo. Que en el fondo de su corazón se oponga á las persecuciones contra los cristianos no ha de parecerte mal, cuando tú mismo tienes interés en que termine esa locura.

– No yo, sino Vinicio, respondió Petronio. Pero haciendo abstracción de mi sobrino, hay una joven que yo desearía salvar, pero no puedo hacerlo porque he caído en desgracia con el *Enobarbo*.

– ¡Cómo! ¿No has observado que César vuelve á acercarse á ti y conversa contigo? Y sé á qué atribuirlo. Abriga la intención de marchar á la Acaya, donde piensa cantar canciones griegas, compuestas por él mismo; no tiene deseo más ardiente, pero al mismo tiempo tiembla al pensar en el carácter cínico y satírico de los griegos. Está convencido de que allí obtendrá el mayor triunfo ó el más terrible fracaso. Por esto necesita buenos consejos, y sabe perfectamente que nadie mejor que tú puede dárselos. Esta circunstancia te hará volver á su gracia. ¡Te lo predigo!

– Lucano puede sustituirme.

– El *Enobarbo* odia á Lucano y en el fondo de su alma le ha condenado ya á muerte. No espera más que un pretexto para pronunciar la sentencia; de otro modo no se atreve. Lucano comprende que es preciso darse prisa.

– ¡Por Cástor!, exclamó Petronio. ¡Así será! Pero quizás encontraría yo otro medio de conquistarme rápidamente su favor.

– ¿Cuál?

– Referir al *Enobarbo* todo lo que acabas de decir.

– Yo no dije nada, interrumpió Scevino temblando.

Petronio puso la mano sobre el hombro del senador y le dijo:

– Has llamado loco á César, has pensado en la sucesión y has añadido: «Lucano comprende que es preciso darse prisa.» ¿En qué puede ser necesario apresurarse, carísimo?

Scevino palideció, cruzó su mirada con la de Petronio durante breves momentos.

– ¡No lo repetirás!

– ¡Por la diosa Ciprina, no lo haré! ¡Me conoces muy bien! ¡No, no lo repetiré! No he oído nada; es más, no quiero oir nada, ¿me entiendes? La vida es demasiado breve para intentar algo que aún pudiera acortar más ese pequeño espacio de tiempo. Te ruego que te presentes hoy en casa de Tigelino y converses con él tanto rato como el que has estado conmigo, acerca del asunto que más te agrade.

– ¿Por qué?

– Porque si Tigelino me dijese que habías estado conmigo, yo podría responderle que el mismo día habías ido á su casa.

Al oir esto, Scevino rompió el bastoncito de marfil que llevaba en la mano, y dijo:

– ¡Caiga la desgracia sobre este bastón! Hoy mismo iré á casa de Tigelino y asistiré más tarde al banquete de Nerón. ¿Irás tú también? En todo caso, nos encontraremos en el Anfiteatro, donde pasado mañana aparecerán los últimos cristianos. ¡Hasta la vista!

– ¡Pasado mañana!, exclamó Petronio cuando estuvo solo. No hay tiempo que perder. El *Enobarbo* me necesita en la Acaya. Así es que conmigo tiene que entenderse.

Resolvió hacer la última tentativa.

En el banquete de Nerva, César indicó su deseo de que Petronio estuviese frente á él, para poder conversar con el *arbiter* sobre la Acaya y todas las ciudades en donde pensaba obtener sus principales triunfos. Más que nadie le preocupaban los atenienses. Los demás cortesanos escuchaban con atención para coger algún detalle de las opiniones del *arbiter* y repetirlo luego como cosa propia.

– Me parece que no he vivido aún como estos tiempos exigen, dijo Nerón; pues mi verdadera vida debe empezar en Grecia.

– Allí empezará tu nueva gloria y tu inmortalidad, respondió Petronio.

– Espero que esto sea verdad y que yo no tenga que excitar la envidia de Apolo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si vuelvo triunfante, le ofreceré una hecatombe como no se le ha ofrecido á dios alguno todavía.

Scevino repitió los versos de Horacio:

Sic te diva potens Cypri,
Sic fratres Helenæ, lucida sidera,
Ventorumque regat Pater... (1)

– La nave está en Nápoles lista para zarpar, dijo César; partiremos mañana mismo.

Petronio se levantó, y mirando al emperador fijamente, dijo:

– Permíteme, ¡oh divino!, solemnizar una fiesta de Himeneo, á la que te invito antes que á todos los demás.

– ¡Una fiesta de Himeneo! ¿Cuál?, preguntó Nerón.

– Las bodas de Vinicio con tu rehén, la hija del rey licio. Ahora está en la prisión; pero, según la ley, no debería estar encarcelada, y además tú mismo otorgaste consentimiento á Vinicio para casarse con ella. Puesto que tus palabras, como las de Júpiter, son inmutables, ordenarás que la saquen de la prisión y yo la conduciré al altar de tu favorita.

La desenvoltura y la tranquilidad de Petronio confundieron á Nerón, que perdía siempre su serenidad cuando alguien le hablaba de aquel modo.

– Lo sé, dijo bajando la vista; he pensado en ella y en aquel gigante que mató á Crotón.

– En este caso, los dos se han salvado, respondió Petronio con gran calma.

Pero Tigelino acudió en auxilio de su señor:

– Esa joven está en la cárcel por voluntad de César, y tú mismo, Petronio, has dicho que las palabras del emperador eran inmutables.

Como todos los presentes conocían la historia de Vinicio y de Licia, comprendieron pronto de lo que se trataba, y guardando el más profundo silencio, esperaron el resultado de aquella discusión.

– Ella está en la cárcel contra la voluntad de César, á consecuencia de un error tuyo, de la ignorancia de las leyes de los pueblos, dijo Petronio con viveza. Eres un hombre cándido, Tigelino; pero, con todo, no pretenderás afirmar que fué ella quien incendió Roma, y aun cuando lo dijeses, César no te creería.

Nerón se había reanimado y abría sus ojos miopes, en los que se reflejaban sus crueles instintos.

Al poco rato exclamó:

– Petronio tiene razón.

Tigelino le miró estupefacto.

– Petronio tiene razón, repitió. Mañana se abrirán para ella las puertas de la cárcel, y á la salida del Anfiteatro hablaremos de las bodas.

«¡He perdido otra vez!,» pensó Petronio.

Cuando llegó á su casa, estaba tan convencido de la próxima muerte de Licia, que envió al Anfiteatro á un liberto de su confianza, el cual debía tratar con el inspector del *Spoliarium* de la entrega del cadáver, que Petronio á su vez entregaría á Vinicio.

(1) «La poderosa diosa de Chipre, los hermanos de Helena, brillante estrella, y el padre de los vientos te conduzcan.»

LXV

Los espectáculos nocturnos, que en otros tiempos rara vez se celebraban, durante el imperio de Nerón se convirtieron en costumbre casi diaria. Los augustianos asistían con frecuencia, porque á los espectáculos seguían siempre banquetes y castillos de fuego. Aunque el pueblo estaba harto ya de sangre, llenó el Anfiteatro, donde aquella noche debían morir los últimos cristianos. No faltó ni uno de los cortesanos, pues sabían que el espectáculo sería extraordinario y que Nerón quería divertirse á costa de los sufrimientos de Vinicio. Tigelino no había revelado á nadie la forma en que moriría la esposa del tribuno, lo cual aumentó la curiosidad. Los que habían visto á Licia en casa de Aulo contaban maravillas de su belleza; muchos dudaban de si realmente verían á Licia en la arena, porque las respuestas de César á Petronio y á Nerva habían sido un tanto ambiguas: esto les hacía creer que Licia sería entregada por el mismo Nerón á Vinicio ó que se la había ya entregado; ella era un rehén, y por lo tanto libre de reconocer y adorar cualquiera divinidad. Las leyes de las naciones prohibían que fuese castigada.

La incertidumbre y la curiosidad se habían apoderado de los espectadores. César llegó antes de lo que solía, y apenas apareció, todos murmuraron que algo extraordinario debía suceder, pues además de Tigelino y de Vatinio, junto á Nerón estaba también Casio, un centurión de estatura gigantesca, de una fuerza hercúlea, y cuyos servicios utilizaba el emperador únicamente cuando se trataba de tener al lado un protector, como por ejemplo en sus nocturnas excursiones por la Suburra. Sabíase también que en el Anfiteatro se habían tomado muchas medidas de precaución; la guardia de los pretorianos era más numerosa que de costumbre, y no mandada por un centurión, sino por el tribuno Subrio Flavio, cuya ciega adhesión á César era bien conocida. Se comprendía perfectamente que Nerón quería estar prevenido contra un arranque de desesperación de Vinicio. La curiosidad llegó á su grado máximo. Todos buscaban con la mirada el sitio en que se había colocado el desventurado amante. Éste, pálido como un muerto, con la frente bañada en frío sudor, estaba sobreexcitado y herido en lo más profundo de su alma. Petronio temía por él, y encerrado en triste silencio, miraba en torno con ansiosa impaciencia. Una sola vez preguntó al sobrino si estaba dispuesto á todo y si pensaba permanecer en el Anfiteatro. Vinicio había respondido afirmativamente á las dos preguntas, mientras un frío temblor recorrió todas sus venas. Comprendía que las preguntas de Petronio tenían su razón de ser. Puede decirse que, como un ser perteneciente al mundo de los espíritus más que al de los mortales, se había acostumbrado á la idea de la muerte de Licia, que juzgaba como verdadera liberación y reunión de sus dos almas. Pero debió entonces persuadirse de que era muy distinto imaginarse la muerte como un sueño tranquilo, mientras la hora no había sonado, á asistir al martirio del ser que más quería en la tierra. Todas sus antiguas penas volvieron á pre-

sentarse en su alma afligida, y la desesperación, que parecía haber enmudecido, resurgió en su corazón con mayor ímpetu.

De madrugada había intentado penetrar en el *Cuniculum* para averiguar si Licia se encontraba allí; pero los pretorianos guardaban todas las puertas y habían recibido órdenes tan severas, que ni oro ni ruegos lograron conmoverlos. Vinicio creía morir antes de que empezara el espectáculo, á causa de su incertidumbre y angustia. Aún no quería perder del todo la esperanza de que Licia no se hallase en el Anfiteatro; quería persuadirse de que Cristo se la llevaría consigo, pero no permitiría nunca que fuese martirizada en el Circo. Antes se había conformado con la voluntad de Dios; ahora, rechazado del *Cuniculum,* volvía á su sitio en el Anfiteatro, y cuando todas las miradas curiosas le demostraron el fundamento de sus temores, su alma buscó consuelo en una oración apasionada, casi amenazadora:

– ¡Tú lo puedes!, decía, ¡Tú lo puedes!

No hubiera supuesto jamás que fuese tan grande la impresión de aquella hora y le parecía que si había de ver á Licia soportando el martirio, todo su amor por Cristo se cambiaría en odio, toda su fe en desesperación. Al mismo tiempo se estremeció ante esta idea, que contenía una ofensa para aquel Dios á quien pedía piedad y un milagro. No suplicaba por la vida de Licia, sino por obtener la gracia de que ella pudiese morir antes de ser arrojada á la arena. En el fondo de su alma repetía:

– ¡No me niegues esta gracia y te amaré eternamente!

Y sus pensamientos se sucedían agitados como las olas que levanta el huracán. Sentía que despertaba en él la sed de venganza; le parecía que debía lanzarse sobre Nerón y ahogarlo delante de todos los espectadores. Pero reconoció que aquella idea era pecaminosa y contraria á los mandamientos divinos. De cuando en cuando un rayo de esperanza iluminaba su torturado espíritu, pareciéndole que una mano omnipotente podía alejar de él todos los horrores que le hacían estremecerse; pero en seguida la esperanza se desvanecía con la misma rapidez con que había asomado á su corazón. Aquel que con una sola palabra podía destruir el Circo y salvar á Licia, la había abandonado, aunque ella esperaba en Él y le amaba con toda la fuerza de su alma pura. ¡Y yacía en el obscuro subterráneo, débil, extenuada, en poder de los guardianes brutales, próxima á exhalar el último suspiro, mientras él permanecía en aquel sitio, impotente, inconsciente del martirio que le esperaba y de cuanto ocurriría en el instante supremo! Como un hombre que al caer en un abismo se agarra á un arbusto, á una débil rama que encuentra al alcance de la mano, así él con sus últimas fuerzas se agarraba á la idea de que su propia fe la salvaría. ¡Era este el único camino! Pedro había enseñado que la fe podía remover el mundo hasta en sus cimientos.

Sofocando la duda, quiso expresar toda la síntesis de su ser con esta sola palabra: «¡Creo!,» y esperó el milagro. Pero así como el arco demasiado tendido se rompe, así el dolor, cuando llega á cierto punto, no puede contenerse dentro de los límites de la fuerza humana. Su rostro se cubrió de cadavérica palidez y su cuerpo pareció ponerse rígido; creyó que su oración había sido oída y que había llegado la hora suprema. Esta hora había llegado también para Licia, y Cristo los acogería á entrambos en sus brazos. El Anfiteatro, las blancas togas, los innumerables espectadores, la luz de mil haces, todo desapareció de su vista. Pero este efecto de su debilidad duró poco. Se rehizo, ó mejor dicho, le despertó el rumor impaciente de la muchedumbre.

– ¿Estás mal?, le dijo Petronio. Hazte conducir á casa.

Sin preocuparse de César, se levantó para sacar afuera á Vinicio. Su corazón

¡Oh, señor, dijo; no veré nada, porque de noche mis ojos apenas ven! --(Pág. 345.)

estaba profundamente conmovido, y al mismo tiempo se sentía irritadísimo contra Nerón, que, á través de la esmeralda, no cesaba de contemplar á Vinicio, gozándose en sus penas y preparándose quizás á cantarlas en seguida en patéticos versos, para obtener los aplausos del pueblo.

Vinicio se negó, pues aun á costa de su vida, sentía la necesidad de permanecer en el Circo; además, el espectáculo iba á comenzar.

El prefecto en aquel instante agitó un lienzo rojo. Las puertas situadas frente al podio de César se abrieron de par en par y del profundo subterráneo salió á la arena Ursus.

El gigante cerró los ojos, deslumbrado por el resplandor de las luces; luego, avanzando lentamente, se puso á mirar en torno para reconocer el lugar en que se hallaba. Todos los augustianos y la mayor parte de los concurrentes sabían que aquel hombre era el que había ahogado á Crotón. Entre los espectadores se produjo un murmullo general. A decir verdad, en Roma no faltaban gladiadores robustos; pero hasta aquel momento los romanos no habían visto un gigante como Ursus. Casio, el guardia particular de César, parecía un enano al lado del licio. Nerón, los senadores, las vestales, los cortesanos, miraban extáticos sus miembros fuertes como troncos de árboles, su pecho largo y potente, sus hercúleos brazos. El murmullo seguía aumentando, no habiendo para aquellos hombres diversión más agradable que la que ofrecía la contemplación de aquellos músculos en lucha. «¿Dónde está el país que produce esos gigantes?,» se preguntaban todos. El licio, en medio de la arena, más parecía á un coloso de piedra que una criatura humana: en su rostro reflejábase la expresión de resolución y tristeza característica de los bárbaros. Sus ojos azules é ingenuos miraban ora á los espectadores, ora á Nerón, ora hacia la verja de hierro del *Cuniculum*, de donde debían salir sus verdugos.

Al entrar en la arena, á su corazón volvió á asomar la esperanza de que había de morir sobre una cruz; pero no viendo la cruz, ni un hoyo en el suelo, creyó que no era digno de tal gracia y que sería arrojado como pasto á las fieras.

Estaba inerme y se propuso morir tranquila y mansamente, como convenía á un adorador del Divino Cordero. Antes, sin embargo, quería elevar al cielo una plegaria. Arrodillóse, juntó las manos y alzó los ojos, mirando las estrellas que á través de una abertura del velario se veían brillar sobre el Circo.

Esto desagradó á los espectadores. Habían visto ya demasiados cristianos que se dejaban inmolar como ovejas, y reconocían que si el gigante licio no se defendía, el espectáculo no tendría atractivo alguno. Empezaron á oirse siseos y voces que llamaban á los encargados de excitar á los luchadores á fuerza de latigazos. Pero cesó el estrépito muy pronto, porque nadie sabía lo que le aguardaba al gigante, ni si éste, frente á la muerte, se pondría á luchar.

Y en efecto, no tuvieron que esperar mucho. De improviso se oyeron los sonidos de la trompa, se abrió un cancel, y entre los gritos de los confectores salió á la arena un gigantesco bisonte de Germania, llevando sobre la cabeza el cuerpo desnudo de una mujer.

– ¡Licia, Licia!, exclamó Vinicio.

Con los cabellos erizados, se volvió gritando con voz desgarradora:

– ¡Creo, creo! ¡Oh Cristo, un milagro!

Ni se dió cuenta de que Petronio le cubrió el rostro con la toga; creyó que la muerte y el dolor le habían privado de la luz. No veía nada, no oía nada; parecía que le rodeaba un caos tremendo; su pensamiento no funcionaba; únicamente los labios seguían murmurando inconscientemente: «¡Creo, creo, creo!»

El silencio era solemne; los augustianos, de pie, contemplaban un espectáculo

nuevo para sus ojos. Cuando el licio, resignado y dispuesto á morir, descubrió á su reina sobre los cuernos del animal, saltó como movido por un resorte y se lanzó sobre su enemigo.

Un grito general de admiración interrumpió el profundo silencio, pero sólo fué por breves instantes.

En menos que se cuenta, el licio había alcanzado y cogido por los cuernos al bisonte.

– ¡Mira!, dijo Petronio, quitando su toga de la cabeza de Vinicio.

Éste levantóse pálido como un muerto y fijó en la arena su mirada vidriosa.

Nadie se atrevía ni siquiera á respirar, y en medio de aquel silencio majestuoso podía haberse oído volar una mosca. Tal espectáculo era inaudito y completamente nuevo.

El licio tenía cogida á la fiera por los cuernos. Los pies se le habían hundido hasta el tobillo en la arena, la espalda le formaba casi un arco tendido, su cabeza desaparecía oculta entre los hombros, sus músculos, agrandados por el esfuerzo, parecía que iban á reventarle la piel; pero el bisonte estaba sujeto por su mano de hierro. No moviéndose ni el hombre ni el animal, los espectadores se figuraban tener ante sí, pintada ó esculpida en mármol, alguna hazaña de Hércules ó de Teseo. Pero aquella quietud aparente era la lucha terrible de dos fuerzas. Las patas de la bestia se hundían en el suelo, como los pies de su enemigo; su cuerpo obscuro y peloso se contraía con brutal esfuerzo. Cuál de los dos cedería antes ó cuál caería primero era la cuestión que á todos preocupaba y que para todos, en aquel momento, significaba más que su propia suerte, más que Roma y que el dominio de Roma. A sus ojos aquel licio se presentaba como un semidiós, digno de ser eternizado en una estatua. También César, como los demás, se había levantado de su asiento. Habiendo oído celebrar la fuerza de aquel hombre, él y Tigelino prepararon expresamente el espectáculo, diciendo con ironía: «Veremos si el que ahogó á Crotón sabrá matar al bisonte que nosotros le escogeremos.» Mudos de asombro, sin dar crédito á sus propios ojos, contemplaban extáticos aquella escena.

Muchos espectadores levantaban los brazos en señal de admiración; otros sudaban de angustia, como si hubieran sido ellos mismos los que sostenían la lucha con el animal. El único ruido que podía percibirse en el Anfiteatro era el producido por el centelleo y estallido de las antorchas; la voz de los espectadores parecía ahogada en sus gargantas; los corazones palpitaban violentamente. Se les figuraba que aquel espectáculo había empezado muchas horas antes y que el hombre y la bestia habían echado hondas raíces en la tierra.

Un solo rugido que resonó en la arena arrancó á todos los pechos un débil grito; pero en seguida volvió todo al primitivo silencio. Los concurrentes creían que estaban soñando al ver la monstruosa cabeza del gigantesco animal torciéndose bajo la férrea mano del bárbaro. El rostro, los hombros y los brazos del licio habían enrojecido como el fuego, y su espalda se arqueaba cada vez más: demostrábase claramente que en aquellos momentos desplegaba toda su fuerza sobrehumana, que no tardaría mucho en agotarse.

Se percibían cada vez más sordos y débiles los rugidos del animal, confundidos con la respiración afanosa del gigante. La cabeza del cuadrúpedo se iba torciendo más y más, mientras de su boca abierta colgaba la lengua cubierta de espuma. Al cabo de un rato, los espectadores oyeron un ruido de huesos triturados, y por último, la bestia cayó en tierra con la nuca destrozada.

En un segundo el licio deshizo las ligaduras que sujetaban el cuerpo de la virgen á los cuernos del bisonte y la cogió entre sus brazos. Su respiración era fatigo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sa, su rostro estaba pálido como el de un muerto; sus cabellos, hombros y brazos, bañados en sudor. Permaneció un instante inmóvil, como petrificado; luego alzó los ojos, mirando fijamente á los espectadores.

El Anfiteatro se transformó en un mar tempestuoso.

Temblaban los muros, sacudidos por el ruido y la gritería de aquella multitud enorme. Desde que empezaron los espectáculos, jamás se había producido agitación semejante; los espectadores de las alturas bajaban precipitadamente por las gradas para acercarse á aquel hombre de fuerza tan prodigiosa.

Los gritos implorando gracia, débiles y tímidos al principio, se convertían en aullidos amenazadores; el gigante se había hecho simpático á los romanos, admiradores de la fuerza física; en aquel instante, Ursus era la personalidad más elevada y más importante de Roma.

El licio comprendió que la multitud quería su vida y su libertad; pero él no pensaba en sí mismo. Acercándose al podio de César y mostrándole la joven desmayada entre sus brazos, alzó la mirada suplicante, como diciéndole: «¡Ten piedad de ella! ¡Salva á la virgen! ¡Yo lo hice todo por su amor!»

Los concurrentes lo comprendieron. La virgen desmayada, graciosa y pequeña comparada con el gigantesco licio, despertaba en los senadores y caballeros sentimientos de piedad. Su cuerpo ligero, blanco como el alabastro; el desvanecimiento; el horroroso peligro de que la había salvado el gigante, y su belleza, conmovieron profundamente todos los corazones. Ursus parecía un padre que impetraba gracia en favor de su hija. La piedad se apoderó de todos aquellos corazones, que hastiados de tanta sangre, de tanta muerte y de tantos martirios, levantaban su voz entre sollozos en defensa de las víctimas.

Entretanto Ursus, con Licia en brazos, recorría el Circo intercediendo en su favor con angustiosa mirada y conmovedora actitud.

Vinicio, saltando precipitadamente y con peligro el parapeto ó barrera que separaba las gradas de la arena, bajó á ésta, y acercándose á Licia, cubrió su desnudez con la toga. Después, desgarrándose la túnica y enseñando las cicatrices de las heridas que había recibido en la guerra de Armenia, extendió los brazos hacia los espectadores.

El entusiasmo de los romanos en aquellos momentos no reconoció límites. Todos gritaban desaforadamente; las peticiones de gracia resonaban como un terrible rugido; no sólo se interesaban por el gigante, sino también por el guerrero, por la virgen y por el amor de entrambos. César veía millares y millares de brazos amenazadores y miradas centelleantes, dirigidos hacia él.

Pero Nerón no se decidía. Seguramente no abrigaba repulsión alguna contra Vinicio, y la muerte de Licia no le reportaba ventaja de ningún género; pero le hubiera sido grato ver su cuerpo destrozado por los cuernos del bisonte ó por las garras de otros animales. Su ferocidad, su cruel fantasía, encontraban placer en la contemplación de aquellas sangrientas escenas. ¡Y ahora el pueblo quería privarle de semejante diversión! La cólera contrajo su semblante; el amor propio le prohibía acceder; pero, por otra parte, su innata cobardía no le permitía oponerse á los deseos de la muchedumbre.

Miró á su alrededor con la esperanza de ver por lo menos entre los augustianos algún dedo pulgar inclinado. Mas, por el contrario, Petronio, con la mano en alto, miraba á Nerón con aire de desafío. Vestinio, supersticioso, daba la señal de gracia. Lo mismo hacían Scevino el senador, Nerva, Tulio Seneción; la misma actitud adoptaron el célebre militar Ostorio Escápula, Antistio y Pisón, Veto y Crispo, Minucio, Termo, Poncio Telesino y el venerable Tráseas.

En señal de desprecio, Nerón dejó caer la esmeralda. Tigelino, á quien más que nada interesaba contrariar á Petronio, se volvió hacia Nerón, diciendo:

– ¡No cedas, oh divino! Tenemos á los pretorianos.

Nerón dirigió una mirada hacia el sitio en que se hallaba el desdeñoso Subrio Flavio, que hasta aquel momento se le había mostrado suyo en cuerpo y alma y que aquella noche mandaba los pretorianos que, en número considerable, se hallaban en el Circo. Ante Nerón se produjo una escena inesperada: por las mejillas del respetable tribuno corrían lágrimas abundantes, y su mano estaba levantada en señal de perdón.

Nuevo tumulto estalló en el Anfiteatro, resonando vigorosos los gritos de «*¡Enobarbo!* ¡Matricida! ¡Incendiario!»

Nerón tuvo miedo. En el Circo los romanos eran dueños absolutos. En otros tiempos algún emperador, Calígula principalmente, se había atrevido á oponerse á la voluntad del pueblo; pero no logró más que causar rebeliones y derramamiento de sangre. La situación de Nerón era muy distinta. Ya como cantor y comediante había alcanzado el favor del público; además necesitaba granjearse el del Senado y el de los patricios, después del incendio especialmente, para encauzar contra los cristianos la ira del pueblo. Comprendía que la ulterior resistencia sería peligrosa. Una revolución iniciada en el Circo se hubiera quizás extendido luego por toda la ciudad, y sus consecuencias hubieran sido desastrosas.

Miró nuevamente á Subrio Flavio; al centurión Scevino, pariente del senador, y á los soldados. En todas partes descubría miradas significativas, frentes arrugadas, semblantes amenazadores.

¡Y dió la señal de gracia!

Un aplauso estruendoso pareció sacudir el Circo hasta en sus cimientos. ¡El pueblo había vencido! ¡La vida de los condenados le pertenecía! Desde aquel instante Ursus y Licia se hallaban bajo la protección del pueblo. ¡Ay de César si se hubiese atrevido á perseguir otra vez á los protegidos del pueblo romano!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LXVI

Cuatro esclavos de Bitinia trasladaron á Licia á casa de Petronio con grandes precauciones; Vinicio y Ursus iban á su lado, anhelando que llegase el momento de poderla confiar á los cuidados del médico griego. Avanzaban mudos y pensativos; después de las varias emociones de aquel día no se sentían con ánimos para conversar; Vinicio, además, no parecía estar en posesión de sus facultades. Repetía continuamente que Licia se había salvado y que el peligro de morir en la cárcel ó en el Circo había desaparecido; que las desventuras de los dos habían terminado; que la conduciría á su casa para no separarse jamás de ella. Todo esto, más que la realidad del mundo, le parecía el principio de otra vida. Se inclinaba frecuentemente sobre la abierta litera para ver el rostro adorado, que, al pálido fulgor de la luna, parecía adormecido. Iba repitiendo incesantemente en el fondo de su corazón: «¡Hela aquí, hela aquí! ¡Cristo la ha salvado!» Recordaba también que cuando él y Ursus sacaban á Licia del *Spoliarium*, un médico extranjero les había dicho que la joven vivía y que llegaría á sanar por completo. Esta sola idea le inundaba el corazón de alegría, siendo tan grande su emoción, que tuvo que apoyarse en el brazo de Ursus. Éste, con los ojos vueltos hacia el cielo, seguía caminando y orando.

Atravesaron rápidamente las calles de Roma, cuyas nuevas construcciones parecían plateadas por los rayos de la luna.

La ciudad estaba desierta; sólo de cuando en cuando se distinguían algunos grupos de personas coronadas de hiedra, cantando y bailando frente á los pórticos al son de la flauta, gozando así de aquella espléndida noche y de la época de fiestas que desde el principio de los espectáculos no se habían interrumpido.

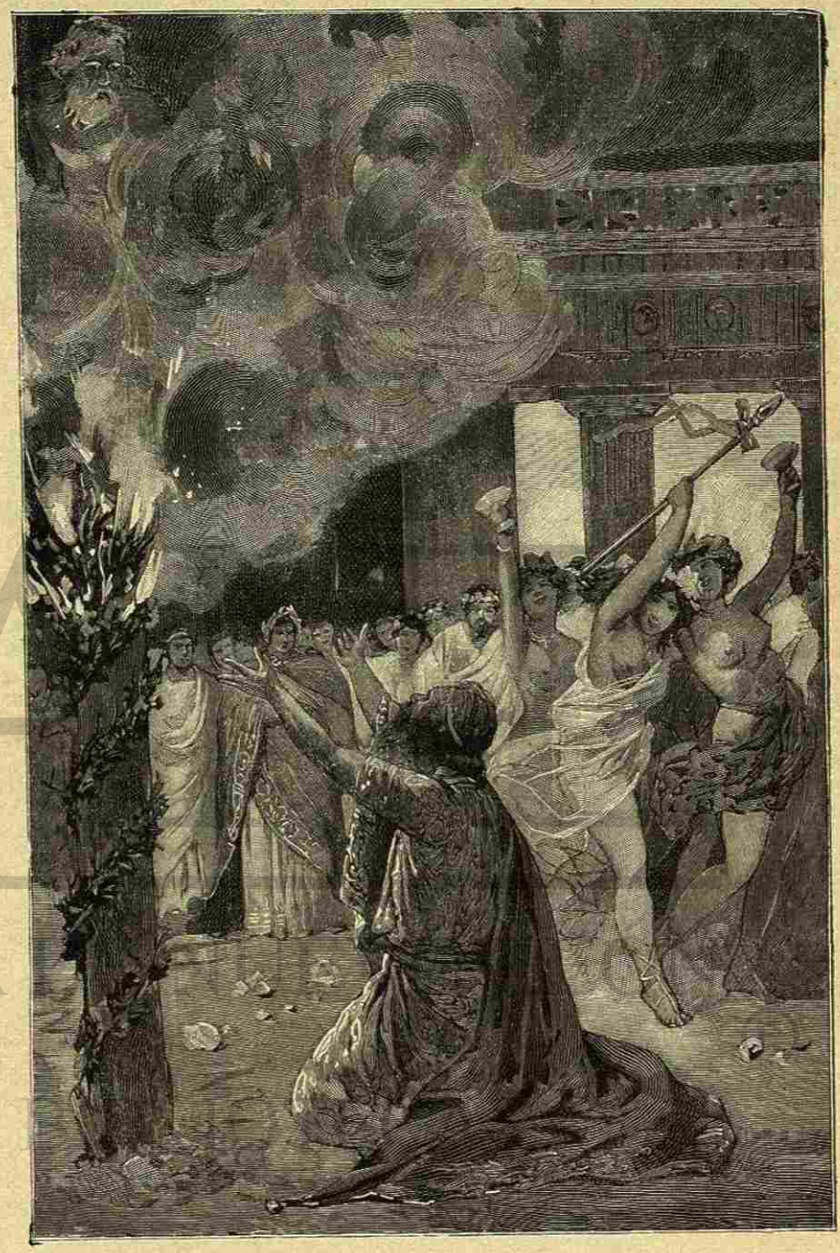
Cuando estuvo cerca de la casa, Ursus dejó de rezar, y en voz baja, como temiendo despertar á Licia, dijo:

—Señor, fué el Redentor quien la salvó. Cuando la vi sujeta á los cuernos del bisonte, oí una voz en mi alma que me dijo: «¡Defiéndela!» Era la voz del Cordero Divino. La permanencia en la cárcel me había quitado la fuerza, pero el Señor me la devolvió en el momento oportuno é inspiró á este pueblo cruel para que se interesase por Licia. ¡Hágase su voluntad!

—¡Alabado sea su nombre!, contestó Vinicio.

Calló, no pudiendo contener las lágrimas que á raudales brotaban de sus ojos. Sentía el impulso de una fuerza prepotente que le obligaba á prosternarse y á dar gracias al Señor por su bondad y misericordia.

Llegaron á casa; los siervos, avisados por un esclavo que se había adelantado al pequeño cortejo, se hallaban reunidos junto á la puerta para esperar á su señor. Pablo de Tarso los había hecho regresar de Anzio á casi todos. Enterados de las desventuras de Vinicio, manifestaron su alegría cuando vieron sanas y salvas á las



¡Glauco, Glauco! ¡Por amor de Cristo, perdóname! – (Pág. 358.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

víctimas de la crueldad de Nerón, y aumentó su contento cuando el médico Teocles declaró que Licia no había sufrido ningún daño serio y que curaría apenas pudiese reponerse de la debilidad que le había producido la fiebre.

Durante la noche volvió en sí. Cuando se vió en aquella estancia lujosamente decorada, iluminada con lámparas de Corinto, impregnada del perfume de nardos y verbenas, no pudo adivinar dónde se hallaba, ni comprender lo que le había sucedido. Sólo recordaba el momento en que la habían atado á los cuernos del terrible bisonte; y distinguiendo el rostro de Vinicio, inclinado sobre ella, iluminado por la suave luz de la lámpara, creyó que no estaba ya en este mundo. Las ideas se le confundían en el cerebro; le parecía naturalísimo, después de tantas penas y tantas torturas, haber sido conducida al cielo. No experimentando dolor alguno, sonrió á Vinicio, como pidiéndole tácitamente alguna explicación; pero de sus labios salía sólo un confuso murmullo, del cual Vinicio no acertó á comprender más que su propio nombre.

Arrodillándose junto á la enferma, le puso la mano sobre la frente y le dijo:

– ¡Cristo te ha salvado y te ha devuelto á mí!

Sus labios susurraron otra vez algunas palabras incomprensibles; después se cerraron sus párpados, un ligero suspiro sacudió su pecho, y cayó finalmente en un profundo sueño, esperado y deseado por el médico, y que debía ser precursor de la mejoría.

Vinicio permaneció arrodillado, rezando fervorosamente. El amor inflamaba de tal manera su alma, que parecía olvidar que se hallaba en el mundo. Teocles volvía con frecuencia á ver á su enferma, y el rostro de Eunica, la esclava de los cabellos de oro, asomaba continuamente por entre los cortinajes. Cuando las grullas que de noche se recogían en el jardín anunciaron el alba, el espíritu de Vinicio, siempre absorto en Cristo, no veía ni oía nada de lo que pasaba á su alrededor: su corazón estaba tan lleno de gratitud y de amor y su éxtasis era tan profundo, que si bien se encontraba aún sobre la tierra, parecía moverse en la inmensidad del cielo.

LXVII

Por no irritar á César, Petronio, después de la liberación de Licia, se presentó con otros augustianos en el Palatino. Quería saber lo que se decía y si Tigelino estaba tramando nuevos proyectos contra Licia. Verdad que así ella como Ursus se hallaban bajo la protección del pueblo y que nadie podía tocarles ni un dedo sin originar un tumulto; pero Petronio conocía el odio que el poderoso prefecto del Pretorio abrigaba contra él, y temía que, no pudiendo perjudicar al tío, tratara de contrariar al sobrino.

Nerón, por otra parte, estaba disgustado porque el final del espectáculo había sido muy diferente de lo que él esperaba. En un principio no quiso mirar á Petronio; pero éste, aproximándose al emperador con la mayor sangre fría, le dijo con toda la libertad propia del *Arbiter elegantiarum:*

– ¿Sabes, ¡oh divino!, la idea que se me ha ocurrido? ¡Escribe un canto sobre la virgen libertada, por voluntad del señor del mundo, de los cuernos de un toro enfurecido, y devuelta luego á su enamorado! Los griegos sienten mucho, y tu poesía ha de agradarles extraordinariamente.

A pesar de la cólera de que estaba poseído, la idea halló en Nerón entusiasta acogida; la poesía, sobre ser de un argumento tierno y delicado, le daba ocasión para alabarse como generoso señor del mundo. Miró á Petronio fijamente y exclamó:

– ¡Sí! Quizá tengas razón. Pero ¿te parece que estará bien en mí cantar mi propia bondad?

– No es preciso citar nombres. En Roma todos lo entenderán..., ¡y la fama vuela!

– ¿Y estás seguro de que agradaría al pueblo de la Acaya?

– ¡Sí, por Pólux!, respondió Petronio.

Y se alejó satisfecho y seguro de que Nerón, á quien complacía en extremo buscar en la realidad los temas de sus poesías, aprovecharía el argumento que le había propuesto, con lo cual se ataba de manos á Tigelino. Petronio, sin embargo, no desistía de su plan de alejar á Vinicio de Roma, apenas lo permitiera el estado de Licia.

Y en efecto, al día siguiente, cuando vió á su sobrino le dijo:

– ¡Llévala á Sicilia! Según están ahora las cosas, no te amenaza ningún peligro por parte de César; pero Tigelino sería capaz de recurrir hasta al veneno, si no por odio hacia vosotros dos, por mala voluntad contra mí.

Vinicio sonrió.

– ¡Estaba sujeta á los cuernos del bisonte, y Cristo la salvó!

– Pues bien: ofrécele una hecatombe, repitió Petronio algo impaciente. ¡Pero no le ruegues que la salve otra vez! ¿Recuerdas cómo fué recibido Ulises por Eolo cuando volvió por segunda vez á pedirle los vientos favorables? Las divinidades detestan las repeticiones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

– Cuando esté curada, la conduciré de nuevo á casa de Pomponia Grecina.

– ¡Y harás muy bien, mucho más hallándose enferma Pomponia! Lo he sabido por Antistio, un pariente de Aulo. Entretanto ocurrirán otros incidentes que harán que el pueblo te olvide. ¡En la época presente los olvidados son los más felices! ¡La dicha sea tu sol en el invierno y tu sombra en el estío!

Después de dejar á Vinicio, fué en busca de Teocles para saber noticias exactas acerca del estado de salud de Licia.

La enferma se hallaba fuera de peligro. Debilitada por la fiebre, las privaciones y el aire corrompido la hubieran matado indudablemente, si hubiese permanecido más tiempo en la cárcel. Ahora, en cambio, rodeada de comodidades y hasta de lujo, era objeto de los más solícitos cuidados; después de dos días, por consejo del médico, fué transportada al jardín, donde debía estar largas horas.

Vinicio adornaba su litera con anémonas, y especialmente con lirios, para recordarle la casa de Aulo; protegidos por la sombra de los árboles, conversaban en dulce calma y sosiego acerca de los males sufridos. Decía Licia que Cristo había querido probarles con tantos dolores, para convertir el alma de Vinicio y hacerle abrazar su fe. Convenía él en que su amada decía la verdad y que por su parte había dejado de ser el antiguo patricio, cuya ley única era su voluntad; y en sus recuerdos no encontraba amargura. Les parecía á entrambos que habían transcurrido muchos y muchos años y que el pasado yacía sepultado desde largo tiempo. Una paz jamás sentida inundaba sus corazones. César podía enloquecer y horrorizar al mundo con sus locuras; ellos sabían que les protegía una mano mil veces más poderosa que la de Nerón; no les infundía miedo su cólera ni su crueldad; para ellos César no era ya el dueño de la vida de sus súbditos.

Un día oyeron el rugido de las fieras encerradas en un lejano vivar. En otras ocasiones aquellas voces habían hecho estremecer á Vinicio, interpretándolas como un triste presagio. Esta vez miró á Licia con afecto, y ambos alzaron los ojos al cielo. A menudo Licia, débil aún y no pudiendo valerse por sí misma, quedábase dormida en el silencioso jardín. Él velaba su sueño, contemplaba aquel rostro querido y repetía en el fondo de su alma que aquella no era la Licia que había visto en el jardín de Aulo.

La enfermedad y los sufrimientos morales habían dejado tristes huellas en su belleza. Cuando la conoció en casa de Aulo, y más tarde, cuando trató de robarla de la casa de Miriam, por su belleza podía ser comparada á una estatua, á una flor. Ahora su rostro se había vuelto transparente, sus manos demacradas, su cuerpo descarnado por la enfermedad, los labios pálidos, y hasta los ojos parecían haber perdido su color azul de otro tiempo. Eunica, que le llevaba flores y ricos tejidos para cubrirle los pies, parecía á su lado una diosa ciprina. En vano procuraba Petronio descubrir en ella los rasgos de su hermosura; sacudiendo los hombros, terminaba siempre con la consecuencia de que aquella sombra de los Campos Elíseos no merecía todos los tormentos que había soportado Vinicio por su amor y que casi le habían llevado al otro mundo. Pero el joven guerrero, enamorado de su alma, creía amarla cada vez más; y cuando la velaba en el silencioso jardín, parecíale que custodiaba algún objeto sagrado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LXVIII

La noticia de la maravillosa liberación de Licia se esparció rápidamente entre los cristianos que habían podido escapar á las persecuciones, y muchos desearon ver con sus propios ojos á aquellos elegidos, con los cuales había manifestado Cristo tanta misericordia. Los primeros en presentarse fueron Nazario y Miriam, en cuya casa había permanecido oculto hasta entonces el apóstol Pedro. Todos los visitantes, lo mismo que Vinicio, Licia y los esclavos cristianos de Petronio, escuchaban con atención el relato de Ursus acerca de la voz misteriosa que oyó en el Circo y que le impulsó á luchar con la bestia feroz. Todos salían animados con la esperanza de que Cristo no permitiría la destrucción de sus secuaces y que los protegería hasta su vuelta á la tierra. Y esta confianza les confortaba en sus angustias, pues las persecuciones no habían terminado aún. Todo el que se confesaba cristiano era encerrado en una cárcel; y si el número de las víctimas iba disminuyendo, el hecho obedecía á que la mayor parte habían sido ya torturadas y muertas. Los cristianos sobrevivientes, ó habían abandonado Roma para esperar en lejanas provincias el fin de la persecución, ó se habían escondido con grandes precauciones, no atreviéndose á reunirse para la oración más que en las afueras de Roma, en las fosas de arena. El Circo estaba cerrado, por lo cual los cristianos prisioneros se reservaban para futuros espectáculos ó eran ajusticiados silenciosa y separadamente. Por más que en Roma nadie creía que hubieran sido los cristianos los incendiarios, fueron, sin embargo, declarados enemigos de la humanidad y del Estado, y quedó en vigor el edicto contra ellos.

Durante largo tiempo el apóstol Pedro no se atrevió á presentarse en casa de Petronio. Por fin, una noche fué anunciado por Nazario. Licia, bastante más fuerte y aliviada, y Vinicio salieron á su encuentro y le besaron los pies.

Pocas eran las ovejas que le quedaban de aquel rebaño numeroso que le había confiado Cristo, y cuyo triste destino amargaba su corazón; por esto se emocionó doblemente al ver á los dos jóvenes. Cuando Vinicio le dijo: «Señor, por tu mérito el Salvador me la ha devuelto,» respondió el apóstol: «Te la ha devuelto en méritos de tu fe, porque no todas las bocas que saben pronunciar su nombre permanecen mudas.»

Pensaba Pedro en los millares de criaturas devoradas por las fieras, en las cruces que habían llenado la arena, en las columnas de fuego de los jardines cesáreos; y en su acento se notaba una profunda tristeza.

Licia y Vinicio observaron que los cabellos del apóstol habían encanecido por completo y que su figura delgada y encorvada, su rostro macilento, reflejaban un dolor tan agudo como si él mismo hubiese sufrido todos los martirios con que la crueldad y la locura de Nerón habían oprimido á los cristianos. Ambos comprendían, no obstante, que si Cristo se había sometido al martirio y á la muerte, no

podría sustraerse su apóstol á los mismos sufrimientos. El aspecto triste y macilento del anciano conmovió sus corazones, tanto que Vinicio, que pensaba trasladarse con Licia á Nápoles lo antes posible, para encontrar allí á Pomponia Grecina y continuar después el viaje hacia Sicilia, rogó al apóstol que dejase Roma y que les acompañase.

Pedro, acariciando con la mano la cabeza del tribuno, respondió:

– En mi corazón oigo las palabras del Señor, que junto al lago de Tiberíades me dijo: «Cuando eras joven, ibas adonde querías; cuando seas viejo, extenderás tu mano y otro te conducirá adonde no quieras.» Por esto es justo que yo siga á mi grey.

Y como los dos callasen, no comprendiendo el significado de sus palabras, añadió:

– Mi obra se acerca á su fin; sólo en la casa del Señor encontraré mi reposo y la paz. No me olvidéis, porque yo os he amado como un padre ama á sus hijos, y cualesquiera que sean vuestras obras, hacedlo todo por la gloria de Dios.

Hablando así, alzó sus manos temblorosas y les bendijo. Ambos le demostraron todo el cariño que sentían por él, comprendiendo que aquella era la última bendición que recibían del apóstol. Y sin embargo, estaba dispuesto que habían de verle otra vez.

Algunos días después llegó Petronio del Palatino con noticias terribles. Habíase descubierto allí que uno de los libertos de Nerón era cristiano, y en un registro de que fué objeto se le encontraron algunas cartas de los apóstoles Pedro y Pablo, de Juan y de Judas Tadeo. Tigelino había sabido mucho tiempo antes que el gran apóstol vivía en Roma; pero ahora creía que, como tantos otros, había desaparecido ya del mundo. Cuando se enteró de que las dos figuras principales de la nueva religión vivían aún y habitaban en la capital, decidió, de acuerdo con Nerón, apoderarse de los dos apóstoles, esperando con esto destruir en sus raíces la secta aborrecida. Petronio oyó decir á Vestinio que César había ordenado que antes de tres días quedasen encerrados en la cárcel Mamertina Pedro y Pablo, habiéndose enviado numerosos pretorianos á hacer activas pesquisas en todas las casas del Trastevere.

Vinicio resolvió enterar en seguida al apóstol del peligro que le amenazaba; llegada la noche, él y Ursus, envueltos en amplios mantos galos, se encaminaron hacia la casa de Miriam, donde habitaba Pedro. La vivienda de la viuda se hallaba en la parte del Trastevere más próxima á la ciudad, casi á los pies del Janículo. Por el camino vieron muchas casas rodeadas de soldados que detenían á personas desconocidas; viva inquietud reinaba en aquel barrio; acá y allá se habían recogido grupos de curiosos. Los jefes interrogaban á los detenidos acerca de Simón Pedro y de Pablo de Tarso. Ursus y Vinicio llegaron, á pesar de la confusión, sanos y salvos, á la casa de Miriam, donde se hallaba Pedro rodeado de algunos creyentes, entre ellos Timoteo y Lino.

Oída la triste noticia, Nazario les hizo salir á todos por una puertecita secreta que daba al jardín, señalándoles una cueva abandonada, á alguna distancia de la puerta del Janículo. Ursus conducía á Lino, cuyas piernas, destrozadas en la tortura, no estaban aún curadas. Llegados á la cueva, se creyeron algo más seguros, y á la débil luz de unas teas encendidas por Nazario trataron de cuál sería el mejor medio para salvar la preciosa vida del apóstol.

– Señor, dijo Vinicio, al despuntar el día hazte conducir por Nazario á los montes Albanos, adonde iré á encontrarte. Después te llevaré á Anzio, donde nos esperará una nave para transportarnos á Nápoles y á Sicilia. ¡Celebraré siempre el día en que entraste en nuestra casa y nos bendijiste!

Muchos aprobaron el proyecto y suplicaron al apóstol que lo aceptase.

– Esconde tu sagrada cabeza, decían. ¡No permanezcas en Roma! ¡Ve á otra parte á sembrar la verdad, á fin de que ésta no perezca contigo y con nosotros! ¡Escúchanos, oh padre; te lo rogamos!

– ¡Hazlo en nombre de Cristo!, exclamaban otros, cogiéndose desesperadamente á sus ropas.

– ¡Hijos míos!, respondió Pedro, ¿quién puede saber el tiempo que ha puesto Dios como límite de mi vida?

El apóstol vacilaba; no sabía si secundar el deseo de los cristianos allí reunidos: de algún tiempo á entonces había penetrado en su alma cierto temor y una especie de duda.

«La grey, pensaba, está dispersada y la obra destruída; la Iglesia, que antes del incendio parecía una planta vigorosa, ha caído en el polvo por voluntad de un tirano. No quedan más que lágrimas y el recuerdo del martirio y de la muerte. La semilla dió buenos frutos, pero Satanás los aplastó bajo sus pies; las legiones de ángeles no acudieron en auxilio de las víctimas; Nerón, más terrible y poderoso que nunca, difundió su gloria por tierra y mar.» Y el santo pescador, levantando las manos al cielo preguntó: «¡Señor! ¿Qué he de hacer? ¿Cómo debo obrar? ¿Cómo es posible que yo, viejo y débil, logre combatir y vencer á esta indomable potencia del mal?» Y como demostración de inconmensurable dolor, repitió entre sí mismo: «Aquella grey que me mandaste apacentar ya no existe, tu Iglesia desapareció, la tristeza y el luto han penetrado en tu ciudad: ¿qué quieres que haga yo ahora? ¿Debo quedarme ó guiar hacia otra parte á tus ovejas, para que glorifiquen tu nombre en secreto, al otro lado de los mares?»

Estaba indeciso. Creía que la verdad acabaría por vencer; pero según él, esta hora no sonaría hasta el día del juicio, cuando el Señor apareciera de nuevo, en medio de una magnificencia y de una gloria mayores que las que ostentaba Nerón. Alguna vez le asaltaba la idea de que cuando quisiese abandonar Roma, los creyentes le seguirían. Imaginariamente les guiaba hacia los umbrosos bosquecillos de Galilea, á orillas del azulado lago de Tiberíades, con los pastores que allí pacen su grey entre el tomillo y las raíces de los pimenteros. Un vivísimo deseo de paz y de tranquilidad, una necesidad de volver á ver aquel lago y aquellos bosques se apoderaban cada vez con más fuerza del ánimo del pescador, llenándole de lágrimas los ojos.

Entonces, en el momento decisivo, era asaltado por el temor y la inquietud. ¿Cómo podía abandonar aquella ciudad, cuyo suelo se había bañado con la sangre de tantos mártires, donde tantos habían sostenido la verdad con la muerte? ¿Debía ceder él solo? ¿Y cuál sería su respuesta al Señor cuando le dijese: «¡Estos han muerto por la fe! ¡Tú, en cambio, huíste?»

«Yo, decía entre sí, pasé días y noches con ansias y dolores; otros, en cambio, desgarrados por las fieras, clavados en la cruz, quemados en los jardines de César, expiraron, tras breve pena, en el beso del Señor; y tampoco puedo hallar paz y sufro martirios mayores que los que padecen aquellos que los esbirros escogieron como víctimas. Con frecuencia, mientras el sol naciente doraba las techumbres de las casas, yo suspiraba en lo más profundo de mi corazón destrozado: Señor, ¿para qué me llamaste aquí, para qué me hiciste encontrar tu ciudad en el cubil de la fiera? Los treinta y tres años transcurridos desde la muerte del Maestro fueron para mí una época de incesantes trabajos. Con el báculo del peregrino en la mano, yo recorrí el mundo anunciando la alegre nueva. Extenuado por las enfermedades y las fatigas, llegué á esta ciudad, la primera de la tierra. Después que hube reforzado

aquí la obra del Maestro, furioso huracán de sangre se desató sobre la ciudad. ¡Y qué lucha! Por una parte César, el Senado, el pueblo, las legiones que encierran el mundo en un círculo de hierro, innumerables ciudades, países, y un poder tan inmenso como no podía imaginarlo mayor el humano pensamiento. Por otra parte, yo, encorvado bajo el peso de los años, fatigado y tan débil, que mi mano trémula apenas puede sostener el bastón. ¿Puedo yo ser llamado á medir mis fuerzas con el césar romano?.. ¡Esto sólo puede hacerlo Cristo!»

Todos estos pensamientos se agitaron en su cerebro, mientras oía los consejos y súplicas de los fieles que le rodeaban, los cuales seguían repitiendo con calor y voz conmovedora:

– ¡Escóndete, maestro! ¡Huye de aquí! ¡Lejos de la *fiera!*

Por último, hasta Lino volvió hacia él su cabeza temblorosa:

– Señor, le dijo, el Redentor te ordenó que apacentaras su grey, pero ésta no se halla aquí; ve, pues, adonde puedas encontrarla. La palabra de Dios resuena todavía en Jerusalén, en Antioquía, en Efeso y en otras ciudades. ¿Por qué has de permanecer en Roma más tiempo? Si tú caes también, el triunfo de la *fiera* será mayor. El Señor no ha establecido el límite de la vida de Juan. Pablo es ciudadano romano; no puede ser condenado sin proceder antes á un interrogatorio. Pero si las potencias infernales se sublevan contra ti, ¡oh Maestro!, los corazones acobardados se preguntarán: ¿Quién es superior á Nerón? Tú eres la piedra sobre la cual se ha edificado la Iglesia de Dios. Nosotros estamos dispuestos á morir; pero tú debes impedir la victoria del Anticristo sobre el Vicario de Dios, y no volver aquí hasta que el Señor haya destruído al que derramó tanta sangre inocente.

– ¡Mira nuestras lágrimas!, repitieron los presentes.

También se había inundado en llanto el rostro del apóstol. Se levantó luego y extendió sus manos sobre los fieles, diciendo:

– ¡Alabado sea el nombre del Señor y hágase su voluntad!

LXIX

A la mañana siguiente, muy temprano, dos figuras envueltas en negros mantos se encaminaban, siguiendo la vía Apia, hacia la Campania. Eran Nazario y el apóstol Pedro, que abandonaba Roma y á sus torturados hermanos.

Por la parte de Levante aparecía en el cielo una faja verdosa, cuya orla inferior iba coloreándose de un tono anaranjado; poco á poco se destacaban entre las sombras, dilatándose, las hojas plateadas de los árboles, el blanco mármol de las quintas y la majestad de los arcos de los acueductos, muy abundantes en la campiña romana. La faja verdosa del Oriente se iba iluminando cada vez más y adquiría reflejos dorados, mientras una luz rosada y suave coronaba los montes Albanos, que bellos, multicolores y rodeados de rayos iridescentes, parecían devolver con sonrisas de fuego aquel dorado saludo.

Las arboledas húmedas de rocío absorbían los primeros rayos del sol, despidiendo vivos resplandores á través de la ligera niebla matutina; se distinguían campos, casas, cementerios, aldeas, y los templos ocultos entre los árboles.

El camino estaba desierto. Los vendedores que proveían á Roma de verdura no habían salido aún de sus hogares; sobre las piedras de que estaba adoquinado el camino que conducía á la montaña resonaban los pasos de los dos peregrinos. Al fin el sol remontó la línea de las colinas. Maravillosa aparición atrajo las miradas del gran apóstol; le pareció que el círculo dorado, en vez de seguir su camino celeste, descendía de su altura para salir á su encuentro.

Pedro se detuvo, preguntando á su compañero:

– ¿Ves aquel resplandor que se acerca á nosotros?

– ¡No veo nada!, respondió Nazario.

Pedro, deslumbrado, hizo sombra á sus ojos con la mano y dijo después de breves instantes:

– Envuelta en los rayos del sol, una figura viene hacia nosotros.

Pero no se oía ni una pisada en torno de los caminantes. El silencio era solemne; Nazario veía temblar las copas de los árboles, como sacudidas por una mano invisible.

La llanura iba aclarándose cada vez más; el muchacho contemplaba sorprendido al apóstol.

– ¡Maestro! ¿Qué tienes?, le preguntó asombrado.

El báculo de peregrino cayó de las manos de Pedro; sus ojos miraban fijamente hacia adelante, y su boca abierta denunciaba el más grande asombro; la sorpresa, la felicidad, el éxtasis alternaban sobre el pálido rostro del anciano.

De pronto, extendiendo los brazos, cayó postrado, mientras con voz que nada tenía de humano exclamó:

– ¡Cristo, Cristo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquí la obra del Maestro, furioso huracán de sangre se desató sobre la ciudad. ¡Y qué lucha! Por una parte César, el Senado, el pueblo, las legiones que encierran el mundo en un círculo de hierro, innumerables ciudades, países, y un poder tan inmenso como no podía imaginarlo mayor el humano pensamiento. Por otra parte, yo, encorvado bajo el peso de los años, fatigado y tan débil, que mi mano trémula apenas puede sostener el bastón. ¿Puedo yo ser llamado á medir mis fuerzas con el césar romano?.. ¡Esto sólo puede hacerlo Cristo!»

Todos estos pensamientos se agitaron en su cerebro, mientras oía los consejos y súplicas de los fieles que le rodeaban, los cuales seguían repitiendo con calor y voz conmovedora:

– ¡Escóndete, maestro! ¡Huye de aquí! ¡Lejos de la *fiera!*

Por último, hasta Lino volvió hacia él su cabeza temblorosa:

– Señor, le dijo, el Redentor te ordenó que apacentaras su grey, pero ésta no se halla aquí; ve, pues, adonde puedas encontrarla. La palabra de Dios resuena todavía en Jerusalén, en Antioquía, en Efeso y en otras ciudades. ¿Por qué has de permanecer en Roma más tiempo? Si tú caes también, el triunfo de la *fiera* será mayor. El Señor no ha establecido el límite de la vida de Juan. Pablo es ciudadano romano; no puede ser condenado sin proceder antes á un interrogatorio. Pero si las potencias infernales se sublevan contra ti, ¡oh Maestro!, los corazones acobardados se preguntarán: ¿Quién es superior á Nerón? Tú eres la piedra sobre la cual se ha edificado la Iglesia de Dios. Nosotros estamos dispuestos á morir; pero tú debes impedir la victoria del Anticristo sobre el Vicario de Dios, y no volver aquí hasta que el Señor haya destruído al que derramó tanta sangre inocente.

– ¡Mira nuestras lágrimas!, repitieron los presentes.

También se había inundado en llanto el rostro del apóstol. Se levantó luego y extendió sus manos sobre los fieles, diciendo:

– ¡Alabado sea el nombre del Señor y hágase su voluntad!

LXIX

A la mañana siguiente, muy temprano, dos figuras envueltas en negros mantos se encaminaban, siguiendo la vía Apia, hacia la Campania. Eran Nazario y el apóstol Pedro, que abandonaba Roma y á sus torturados hermanos.

Por la parte de Levante aparecía en el cielo una faja verdosa, cuya orla inferior iba coloreándose de un tono anaranjado; poco á poco se destacaban entre las sombras, dilatándose, las hojas plateadas de los árboles, el blanco mármol de las quintas y la majestad de los arcos de los acueductos, muy abundantes en la campiña romana. La faja verdosa del Oriente se iba iluminando cada vez más y adquiría reflejos dorados, mientras una luz rosada y suave coronaba los montes Albanos, que bellos, multicolores y rodeados de rayos iridescentes, parecían devolver con sonrisas de fuego aquel dorado saludo.

Las arboledas húmedas de rocío absorbían los primeros rayos del sol, despidiendo vivos resplandores á través de la ligera niebla matutina; se distinguían campos, casas, cementerios, aldeas, y los templos ocultos entre los árboles.

El camino estaba desierto. Los vendedores que proveían á Roma de verdura no habían salido aún de sus hogares; sobre las piedras de que estaba adoquinado el camino que conducía á la montaña resonaban los pasos de los dos peregrinos. Al fin el sol remontó la línea de las colinas. Maravillosa aparición atrajo las miradas del gran apóstol; le pareció que el círculo dorado, en vez de seguir su camino celeste, descendía de su altura para salir á su encuentro.

Pedro se detuvo, preguntando á su compañero:

– ¿Ves aquel resplandor que se acerca á nosotros?

– ¡No veo nada!, respondió Nazario.

Pedro, deslumbrado, hizo sombra á sus ojos con la mano y dijo después de breves instantes:

– Envuelta en los rayos del sol, una figura viene hacia nosotros.

Pero no se oía ni una pisada en torno de los caminantes. El silencio era solemne; Nazario veía temblar las copas de los árboles, como sacudidas por una mano invisible.

La llanura iba aclarándose cada vez más; el muchacho contemplaba sorprendido al apóstol.

– ¡Maestro! ¿Qué tienes?, le preguntó asombrado.

El báculo de peregrino cayó de las manos de Pedro; sus ojos miraban fijamente hacia adelante, y su boca abierta denunciaba el más grande asombro; la sorpresa, la felicidad, el éxtasis alternaban sobre el pálido rostro del anciano.

De pronto, extendiendo los brazos, cayó postrado, mientras con voz que nada tenía de humano exclamó:

– ¡Cristo, Cristo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y bajó el rostro hasta el suelo, como besando los pies á un ser invisible.

Después de largo silencio, del pecho oprimido del Apóstol brotaron las palabras:

– *Quo vadis, Domine?* (¿Adónde vas, Señor?)

Nazario no oyó respuesta alguna; mas en los oídos de Pedro resonó una voz triste, pero dulcísima:

– Si tú abandonas á mi pueblo, iré Yo á Roma, para ser otra vez crucificado.

La frente del apóstol se apoyaba aún sobre el polvo del camino; Nazario temió que se hubiese desmayado ó quizá muerto. Mas de pronto se levantó, y cogiendo con mano trémula el báculo, se volvió silencioso hacia las siete colinas de Roma.

El muchacho le siguió, repitiendo como un eco:

– *Quo vadis, domine?*

– ¡A Roma!, respondió el apóstol en voz baja.

Y volvió á la ciudad.

Sorprendidos le recibieron Pablo, Juan, Lino y los demás creyentes. Tanto mayor fué su espanto, cuanto que, al despuntar el día, inmediatamente después de su partida, los pretorianos habían rodeado la casa de Miriam, buscando al apóstol.

Pero Pedro no tenía más que una sola respuesta para todas las preguntas que le dirigían:

– ¡He visto al Señor!

En la noche de aquel día predicó en el cementerio Ostriano y bautizó á todos los que querían purificarse con el agua de la vida.

Desde aquel día no faltó nunca, siendo cada vez mayor el número de neófitos. Parecía que cada lágrima de los mártires había generado un cristiano, que cada suspiro lanzado en el Anfiteatro había encontrado eco en mil corazones.

César nadaba en sangre; Roma y el mundo pagano habían enloquecido. Pero los que sentían náuseas por todos aquellos horrores, los que eran pisoteados y torturados, los infelices, los oprimidos, se agrupaban para oir la palabra de Dios, que por amor de los pecadores se había dejado crucificar. En aquel Dios, único digno de ser amado, encontraban lo que la sociedad de aquel tiempo nunca supo proporcionarles: ¡felicidad y amor!

Pedro reconoció que ni César ni todas sus legiones lograrían ahogar la verdad ni con lágrimas ni con sangre, y que empezaba á recorrer su camino glorioso. Comprendió por qué le había enviado el Señor otra vez á Roma. Aquella Roma del orgullo, del crimen, de la disolución y de la fuerza comenzaba á ser su Roma, la Ciudad Eterna, en donde había de tener su origen un doble dominio: ¡el dominio sobre las almas y sobre los cuerpos!

Capilla del «*Quo vadis, Domine?*» en Roma
edificada en el lugar donde es tradición que se apareció el Señor á San Pedro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LXX

Había llegado el momento decisivo para los dos apóstoles. Como para coronar su obra, estaba escrito que en la misma prisión el santo pescador había de ganar aún dos almas para Cristo. Los soldados Proceso y Martiniano, que le custodiaban, recibieron el bautismo.

Se aproximaba la hora del martirio. Nerón se hallaba en Roma, pero la sentencia condenatoria había sido pronunciada por Elio y Policteto, dos libertos á quienes César, en su ausencia, había confiado el poder.

A la mañana siguiente del día en que se pronunció la sentencia, el viejo apóstol debía ser conducido fuera de los muros de Roma, á la colina Vaticana, para ser allí crucificado. Los soldados se asombraron al ver la inmensa muchedumbre reunida frente á la cárcel; no acertaban á comprender cómo la muerte de una persona cualquiera, de un extranjero, pudiese despertar tanto interés; ignoraban que aquella multitud no estaba compuesta de curiosos, sino de creyentes, que deseaban acompañar al lugar del suplicio al gran apóstol.

Hasta la tarde no se abrieron las puertas de la cárcel, y entonces apareció Pedro, rodeado de una sección de pretorianos. El sol empezaba á caminar á su ocaso, el tiempo era espléndido y parecía que sobre la naturaleza se extendía la más solemne calma. Por consideración á su edad, no se obligó á Pedro á llevar por sí mismo la cruz, ni le aplicaron cepos para no hacerle fatigoso el camino; avanzaba tranquilo entre las miradas de los creyentes.

Cuando su cabeza canosa aparecía entre los férreos yelmos de los soldados, se oía un angustioso sollozar, reprimido en seguida porque en el semblante del anciano se reflejaba tanta paz, tanta dicha, que todos comprendían fácilmente que aquel santo varón no era una víctima arrastrada á la muerte, sino, al contrario, un glorioso vencedor.

¡Y en realidad lo era! Aquel pescador humilde y encorvado caminaba erguido, lleno de dulce dignidad y, al parecer, más alto y majestuoso que todos los soldados; tan solemne era su aspecto, que podía tomársele por un monarca rodeado del pueblo y de los soldados. En todas partes resonaban estas palabras:

—¡Ese es Pedro, que se va hacia el Señor!

Todos olvidaron que le esperaban el martirio y la muerte.

Con tranquilidad pasmosa, recogido el espíritu, avanzaba convencido de que, desde la muerte sobre el Gólgota, nada había sucedido que tuviera más importancia; pues así como aquella muerte había redimido el mundo, ésta debía redimir la ciudad.

La gente que pasaba por el camino detenía se llena de admiración ante aquel viejo encanecido; y los creyentes aprovechaban la manifestación de aquel sentimiento para decir:

—¡Mirad cómo muere el justo, aquel que conoció á Cristo y que enseñó al mundo el amor!

Casi todos se alejaron meditabundos, diciéndose:

—¡No, no! ¡No puede ser un culpable!

Las calles recobraban su normalidad; el triste cortejo pasaba junto á las casas recientemente construídas, á las blancas columnas de los templos, cuya extraordinaria altura parecía desafiar al azul y tranquilo firmamento. Avanzaban sin pronunciar palabra; sólo de cuando en cuando interrumpía el silencio el fragor de las armas y el murmullo de las oraciones. Pedro, cuando vió á los devotos que oraban, experimentó inmensa alegría; no pudieron escapar á su atención, pues su número ascendía á muchos miles. Comprendía que había cumplido su misión y que la verdad, por él anunciada durante toda su vida, vencería todo obstáculo, y que, arrolladora como las ondas del mar, nada tendría fuerza para detenerla en su camino. Absorto en estos pensamientos, levantó los ojos, exclamando:

—¡Oh Señor!, me ordenaste que conquistara esta ciudad, dueña del mundo; te he obedecido. Me ordenaste que estableciera aquí tu sede; te he obedecido. Esta es ahora tu ciudad, ¡oh Señor!, y después de haber trabajado con fe y con constancia voy á Ti.

Al pasar frente á los templos, se volvió diciendo:

—¡Os convertiréis en templos de Cristo!

Y habló así al pueblo:

—¡Vuestros hijos serán siervos de Cristo!

Y así pasaba, consciente de su conquista, de sus trabajos, de sus fatigas..., ¡y grande! Los soldados le condujeron al puente *Triumphalis*, como afirmando, sin querer, su victoria, y luego hacia la Naumaquia y el Circo. Los cristianos del Trastevere se unieron al cortejo; y la muchedumbre llegó á ser tan imponente, que el centurión que mandaba los pretorianos comprendió al fin que conducía á un gran sacerdote rodeado de todos sus fieles, y no pudo menos de inquietarse al considerar que el número de soldados de que disponía era muy escaso. Pero de la multitud no salían gritos de ira ni imprecaciones; la expresión de los rostros indicaba claramente que todas las almas se habían penetrado de la solemnidad de aquel instante. Algunos cristianos recordaron que en la hora de la muerte de Cristo la tierra había temblado y los muertos habían salido de sus tumbas, y esperaban ahora señales parecidas, á fin de que no quedase en el olvido la muerte del apóstol. Otros se decían: «Tal vez el Señor ha escogido la hora de la muerte de Pedro para venir desde el cielo á juzgar á los hombres, según prometió.»

Ante este temor todos se encomendaban á la misericordia divina.

Reinaba el silencio más absoluto. Hasta las colinas parecían reposar tranquilamente bajo los besos del sol moribundo.

Por último, el cortejo se detuvo entre el Circo y el Vaticano. Algunos soldados se pusieron á cavar el hoyo; otros colocaron en el suelo la cruz, el martillo y los clavos, esperando que terminasen todos los preliminares de la ejecución. La muchedumbre, ansiosa y atenta, se arrodilló en derredor.

Por última vez el apóstol volvió hacia la ciudad su venerable cabeza, que los rayos del sol poniente habían circundado de una aureola dorada. A cierta distancia se distinguía el Tíber cristalino, más allá el Campo de Marte, un poco más alto el Mausoleo de Augusto, abajo los baños monumentales que Nerón había mandado construir, más lejos el teatro de Pompeyo, y detrás de éste la *Septa Julia*, gran número de pórticos, templos, columnas y edificios grandiosos, y finalmente, en lontananza, algunas colinas y llanuras inmensas, cuyos confines se confundían con la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

niebla azulada: el centro del crimen y al mismo tiempo del poder, de la locura, y á pesar de esto, del orden, que se había hecho señor del mundo, su opresor, su ley, su paz, omnipotente é invencible.

Como un rey ó un hacendado contempla sus dominios, así el apóstol, rodeado de soldados, fijaba sus miradas en la ciudad de Roma, y de sus labios brotaron estas palabras: «¡Estás redimida y eres mía!» Ninguno de los circunstantes, ni los soldados que abrían el hoyo para la cruz, ni los creyentes, podían suponer que entre ellos estaba el dominador de aquella soberbia ciudad, y que, desaparecidos los césares, destruídas las hordas barbáricas, derrumbados los siglos uno tras otro en el abismo del tiempo, aquel débil anciano seguiría reinando en ella.

El sol había descendido aún más sobre Ostia, semejando un gran disco de fuego; vivísimos tonos purpurinos y amarillo-dorados aumentaban la indescriptible belleza del cielo en Occidente.

Los soldados se acercaron á Pedro para desnudarle.

De pronto, interrumpiendo su oración, extendió la mano; los esbirros, como intimidados por aquel gesto, quedaron inmóviles, los creyentes contuvieron la respiración suponiendo que el apóstol quería hablar; reinó un silencio solemne. Y Pedro, irguiéndose con dignidad, hizo con la mano la señal de la cruz y bendijo en la hora de su muerte á Roma y al mundo entero (1).

Aquella misma tarde, otra sección de soldados conducía á Pablo de Tarso, por el camino de Ostia, hacia el Acqua Salvia. Le seguía también una turba de conversos; cuando á su paso encontraba conocidos, se paraba á dirigirles la palabra sin que se opusieran los guardias, pues siendo el condenado ciudadano romano tenía derecho á ciertos respetos.

Junto á la puerta Tergemina encontró á Plautila, la hija del prefecto Flavio Sabio, y al ver aquel rostro juvenil inundado de lágrimas, le dijo:

—¡Plautila, hija de la eterna redención, la paz sea contigo! Dame tu velo para que pueda vendarme los ojos en presencia del Señor.

Tomándolo, prosiguió su camino con semblante risueño, como el campesino que, terminado su trabajo, regresa al seno de la familia. Su espíritu, lo mismo que el de Pedro, estaba tranquilo como el cielo vespertino. Su mirada recorría con expresión meditabunda la llanura que ante él se extendía y las cumbres de los montes Albanos, teñidos de la luz rojiza del ocaso. Pensaba en sus viajes, en sus empresas, en sus trabajos, en sus victorias, en las iglesias por él edificadas en todos los países de la tierra; le pareció que merecía el descanso, que había cumplido su misión. Le consolaba la idea de que los vientos de la maldad no destruirían la semilla sembrada por él; la paz penetraba en su alma fuerte, porque estaba seguro de que la verdad por él anunciada acabaría por vencer en la lucha contra el mundo.

El camino que conducía al lugar del suplicio era muy largo, y el día, en tanto, había cedido su cetro á la noche; la negra sombra envolvía lentamente las montañas y los árboles; los rebaños regresaban á los cercados; grupos de esclavos con los utensilios de labranza al hombro se dirigían á sus casas. Los chiquillos que jugaban en las calles suspendían sus diversiones para contemplar á los numerosos soldados que por allí pasaban.

Pero aquella noche, la atmósfera clara y perfumada, no sólo parecía impregnada de alegría y amor, sino también de cierta armonía que desde la tierra se elevaba al cielo.

Pablo sentía así; su corazón se extasiaba al pensar que había añadido una nota

(1) *Urbem et orbem.*

á la armonía del mundo, sin la cual la tierra no sería más que un conjunto de sonidos discordantes y desentonados.

Recordaba sus máximas sobre el amor, que había predicado al pueblo, y cómo había explicado que aun renunciando á los bienes propios en favor de los pobres, aun conociendo todas las lenguas, todos los secretos, todas las ciencias, nada tenía valor verdadero sin el amor, que es bueno y paciente, que no devuelve el bien con el mal, que no piensa en el mal, sino que cree, espera y lo sufre todo.

Su vida había transcurrido predicando esta verdad, y ahora decía en lo íntimo de su corazón: «¿Qué poder la iguala? ¿Cuál puede vencerla? César con sus legiones, con sus naciones, con sus ciudades y con sus mares, ¿podría ordenar que la verdad se detuviese en su camino?»

Como un triunfador iba á recibir su premio. Los soldados, dejando á un lado la calle principal, se internaron en un estrecho sendero, hacia Acqua Salvia. El disco de fuego había desaparecido; junto á la fuente, el centurión dió la voz de alto á los soldados...: ¡había llegado el momento supremo!

Pablo cogió el velo de Plautila para vendarse los ojos, pero los levantó al cielo una vez más, pronunciando una sentida oración.

Sí, había llegado su hora; descubría ante él un camino de vívida luz, que conducía al cielo, y de su alma salieron las mismas palabras que, con la conciencia de los buenos servicios que había prestado y de su próximo fin, dejó escritas:

«He luchado por el bien, he andado mi camino, he afirmado la fe; ahora espero el premio que querrá concederme el Señor, el Juez incorruptible.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LXXI

Roma estaba transformada; la eterna ciudad parecía próxima á arruinarse por falta de una dirección. Antes de la ejecución de los apóstoles, había sido descubierta la conjura de Pisón, á la que siguió una serie tal de condenas á muerte de los más conspicuos personajes de Roma, que aun aquellos que habían considerado á Nerón como un dios, le tenían ahora por el genio exterminador. El luto y el terror iban apoderándose de todos los corazones y de todos los hogares; pero con todo esto, habiéndose prohibido que fuesen llorados los muertos, los pórticos se adornaban siempre con hiedra y con flores. Todas las mañanas se preguntaban las gentes á quién tocaba aquel día dejar este mundo, y los cortesanos de César parecían espectros.

Pisón pagó la conjura con la cabeza; le siguieron Séneca, Lucano, Fenio Rufo, Plaucio Laterano, Flavio Scevino, Afranio Quineciano, y el desenfrenado compañero de orgías de César, Julio Senecio; igual suerte corrieron Próculo, Ararico, Tugorino, Grato, Silano, Próximo (á quien Neron había distinguido mucho) y Sulpicio Aspero. Algunos fueron condenados por su desatención, otros por sus riquezas ó por su valor. Asustado del número extraordinario de conjurados, César llenaba la ciudad de soldados, pudiendo decirse que la tenía sitiada.

Diariamente centuriones, mensajeros de muerte, penetraban en casas tildadas de sospechosas. Los condenados se humillaban con cartas aduladoras, en las cuales, dando gracias á Nerón por la sentencia condenatoria, le dejaban parte de su fortuna. Parecía que Nerón quería saber hasta qué punto se habían degradado los romanos y hasta cuándo estarían dispuestos á tolerar el sangriento dominio. Después de los conjurados, eran ajusticiados sus parientes, lucgo sus amigos y hasta sus simples conocidos. El que salía á la calle estaba seguro de encontrar gran número de cortejos fúnebres. Pompeyo, Cornelio, Marcial, Flavio Nepote y Estacio Domicio murieron, acusados de poco cariño á Nerón; Norio Prisco perdió la vida por haber sido amigo de Séneca; Rufo Crispo fué condenado al agua y al fuego como ex marido de Popea; el gran Tráseas pereció por su virtud extraordinaria; aquella matanza hizo desaparecer nombres y familias de nobilísimo origen; la misma Popea cayó víctima del furor de Nerón.

El Senado bajaba la cabeza ante la ferocidad del monstruo; ¡más aún!, erigía templos en su honor, ofrecía sacrificios en favor de la voz celeste, coronaba sus estatuas y destinaba sacerdotes á su servicio. Algunos senadores se presentaban en el Palatino, con el corazón palpitante, para alabar el canto del divino y para disfrutar con él en los banquetes, entre el vino, las flores y las mujeres desnudas. Pero en aquel abismo, en aquel terreno fecundado por lágrimas y sangre, brotaba cada vez más vigorosa la semilla que Pedro había esparcido.

LXXII

«VINICIO Á PETRONIO

»¡Carísimo! Estoy enterado de cuantos sucesos importantes ocurren en Roma y el resto me lo comunican tus cartas. Arrojando al agua un guijarro, los círculos que la caída de éste produce se van extendiendo, y así la noticia de las locuras y del desorden que reinan en el Palatino llegan hasta Sicilia. En su viaje á Grecia Carino fué enviado aquí por César; saqueó templos y ciudades para llenar la caja del Tesoro, vacía. Construyó la *casa de oro* en Roma con el sudor y las lágrimas del pueblo, y así como el mundo no había visto nunca una casa semejante, tampoco habrá jamás asistido á una injusticia tan grande. Conoces á Carino; Quilón se le asemejaba y pagó todos sus actos con la muerte. Las ciudades próximas á ésta no han sido visitadas por la gente, pues no hay en ellas ni templos ni tesoros. Me preguntas si estamos fuera de peligro. ¡Estamos olvidados! Creo que te bastará con esta contestación. Desde el pórtico, donde te escribo, contemplo una bahía tranquila y á Ursus que, en una barquilla, está pescando en la red. Mi mujer hila cerca de mí la roja lana, y en el jardín, á la sombra de los almendros, cantan mis esclavos. ¡Oh qué quietud, queridísimo! ¡Qué gran compensación á todos los sufrimientos y todos los terrores de otro tiempo! Pero ya no son las Parcas, como tú escribes, las que devanan el hilo de nuestra vida. ¡Oh, no! ¡Es Cristo solo, que todo lo rige, nuestro Dios y Salvador! No obstante, las lágrimas y las ansias nos son conocidas, pues Cristo nos enseña á llorar con los desgraciados; pero esas lágrimas encierran consuelos que tú no puedes sentir, porque después de esta vida veremos á todos aquellos que han muerto ó han de morir por la divina verdad. Pedro y Pablo, para nosotros, no han muerto; han pasado á vida mejor; nuestras almas les ven, nuestros ojos lloran, pero nuestros corazones participan de su dicha. ¡Oh sí, amigo querido, somos felices, gozamos de una felicidad indestructible, porque la muerte, que para ti es el fin de todo, para nosotros no significa más que el paso á un descanso perfecto!

»Y en la paz del corazón transcurren para nosotros los días y los meses. Nuestros siervos, nuestros esclavos, creen, como nosotros, en Cristo y saben que su ley es amor; por esto se aman todos mutuamente. Al ocaso, ó cuando la luna se refleja en las aguas, Licia y yo hablamos frecuentemente de los tiempos pasados, que ahora nos parecen un sueño. Cuando recuerdo que mi adorada criatura estuvo tan cerca del martirio y de la muerte, no ceso de alabar al Señor, el único que pudo salvarla de aquel horrendo peligro, arrancarla de la arena y devolvérmela para siempre. ¡Oh, Petronio, tú has visto cuánta fuerza y cuánto consuelo presta nuestra religión en el infortunio y cuánta paciencia y cuánto valor en la muerte; ven á presenciar la felicidad que derrama en la vida diaria y familiar! Hasta ahora, no conociendo los

hombres un Dios digno de ser amado, no se amaban ni siquiera entre ellos, y este era el origen de todas las desgracias; pues así como la luz procede del sol, así la felicidad depende del amor. Ningún legislador, ningún filósofo enseñó esta verdad, y por esto no pudo ser conocida en Grecia ni en Roma, y si digo Roma, me refiero al mundo entero. La doctrina fría y austera de los estoicos endurece el corazón, no lo mejora, sino que en cierto modo lo embota. Pero ¿á qué viene decirte esto á ti, que sabes mucho más que yo y que tienes gran ingenio? Tú conociste á Pablo de Tarso y más de una vez conversaste con él; sabrás, pues, que toda la ciencia de los filósofos y de los retóricos, comparada con su doctrina, no es más que vana palabrería, vana y sin importancia alguna. ¿Recuerdas la pregunta que te hizo? «Si César fuese cristiano, ¿no os sentiríais más tranquilos respecto á vuestros bienes, más libres de inquietud, más seguros del mañana?» Me dijiste que nuestra religión era enemiga de la vida. ¡Oye ahora mi respuesta!

»Si desde el principio de mi carta no hubiese repetido más que estas dos palabras: «¡Soy feliz!,» no habría expresado aún toda mi felicidad. Me repetirás que mi felicidad consiste en Licia. Mucha verdad, amigo, porque yo amo su alma inmortal y nos amamos recíprocamente en Cristo; para este amor no existe separación, no existe mudanza, ni existen la edad ni la muerte. Cuando la juventud y la belleza desaparezcan, cuando nuestros cuerpos estén encorvados y se acerque á grandes pasos la muerte, nuestro amor permanecerá, porque el alma es imperecedera. Antes de que mis ojos se abrieran á la luz, hubiera quemado hasta mi casa por Licia; pues bien: entonces no la amaba aún; sólo Cristo me enseñó á amar. En Él se encuentra la fuente de la paz y de la felicidad. No soy yo quien lo afirma; la verdad lo demuestra. Compara tus placeres y la intranquilidad que producen, tu felicidad y el incierto porvenir, tus orgías, con la vida de los cristianos, y darás con la respuesta justa. Para poder juzgar aún mejor, ven á nuestras montañas, donde el tomillo perfuma el aire, á nuestros umbrosos bosques de olivos, á nuestras playas florecientes. Paz como nunca la has sentido te espera aquí, y corazones cariñosos te desean. Tú, tan noble, merecerías ser feliz; tu inteligencia despejada reconocerá en seguida la verdad, y una vez reconocida, sabrá amarla como se merece: se puede ser enemigo de la verdad, como lo son César y Tigelino, pero no se puede permanecer indiferente ante ella. ¡Oh, Petronio querido, nos consolamos con la idea de que pronto te veremos! ¡Salud, felicidad y no tardes en venir!»

Petronio recibió esta carta en Cumas, adonde se había trasladado con otros cortesanos, siguiendo á César. Su larga lucha con Tigelino iba á tocar á su fin; Petronio sabía que había de caer y no se le ocultaba la razón.

Descendiendo César cada día á más bajo nivel en su carácter de bufón, de comediante y de auriga, y entregado á orgías triviales é indecentes, era natural que el delicado *arbiter* fuese para él un estorbo y un peso insoportable. En el mismo silencio de Petronio descubría Nerón la censura, y en sus elogios temía la ironía. El elegante patricio ofendía su amor propio, despertando al mismo tiempo su envidia; las riquezas y los espléndidos objetos de arte que poseía Petronio incitaban los deseos de Nerón y de su omnipotente ministro. Si aún vivía el *arbiter*, esto era debido únicamente al viaje á la Acaya, porque allí, más que en parte alguna, había de ser útil su delicado gusto y su perfecto conocimiento de las costumbres y del espíritu griego. Tigelino, sin embargo, no cesaba en su intento de persuadir á César de que Carino superaba al *arbiter* en buen gusto y en distinción y de que era el más indicado para dirigir los espectáculos en la Acaya y organizar las fiestas para el recibimiento y el triunfo. Podía decirse que Petronio estaba descartado, si bien no se había firmado aún su sentencia de muerte; así Nerón como Tigelino sabían perfectamente que aquel ingenio, en apariencia tan afeminado, que hacía de la noche día, que no se ocupaba más que de arte, de placeres y de fiestas, había demostrado extraordinaria energía y admirable fuerza de voluntad, primero como procónsul en Bitinia y luego como cónsul romano; por esto le consideraba capaz de reaccionar, sobre todo sabiendo que en Roma gozaba no sólo del cariño del pueblo, sino también del afecto de los pretorianos. Ningún confidente de César podía prever cómo obraría Petronio en ciertos casos, por lo cual todos estimaban oportuno hacerle salir de la ciudad, para darle luego el golpe de gracia en cualquier provincia lejana.

Al efecto recibió la invitación para que se trasladase con otros cortesanos á Cumas. Presintió el fin que le esperaba, y fué, sin embargo, quizá por no resistirse abiertamente, quizá para mostrar á César y á los cortesanos una vez más su rostro risueño y sereno, ó quizá para obtener la última victoria sobre Tigelino antes de morir.

Éste le había acusado de amistad con el senador Scevino y de haber sido el alma de la conspiración de Pisón.

Los esclavos de Petronio que habían quedado en Roma fueron detenidos y su casa cercada por los pretorianos. Al oir estas tristes noticias no dejó traslucir ni la menor inquietud, ni siquiera la sombra de una emoción; pero vuelto hacia los cortesanos que habían ido á visitarle á su espléndida villa, dijo sonriendo:

– El *Enobarbo* no quiere que se le hagan preguntas directamente. Veréis, pues, su confusión cuando yo le pregunte quién ha dado la orden de arrestar á mis siervos en Roma.

Después les invitó á un banquete para antes de emprender «el largo viaje;» estaba ocupado en los preparativos cuando le entregaron la carta de Vinicio, la cual le dió bastante que pensar; pero bien pronto, recobrando su habitual expresión serena, le respondió aquella misma noche:

«Me llena de satisfacción vuestra felicidad y admiro vuestros corazones, pues nunca hubiera supuesto que dos enamorados se acordasen de una tercera... y lejana persona. Tú no sólo no me has olvidado, sino que tratas de convencerme de que debo ir á Sicilia para poder compartir con vosotros vuestro pan y vuestro Cristo, el cual, como me aseguras, os ha proporcionado tanta felicidad. Si es verdad esto, adoradlo. A mi entender, á la salvación de Licia han contribuído en mucho Ursus y el pueblo romano; pero ya que supones que fué Cristo quien hizo el milagro, no quiero contradecirte. ¡Ofrécele ricos dones! Prometeo también se sacrificó por los hombres; mas ¡ay!, temo que esta sea una invención del poeta, mientras que personas dignas de fe me refirieron que habían visto á Cristo con sus propios ojos. En esto estoy de acuerdo contigo, al afirmar que es un Dios respetabilísimo.

»Recuerdo la pregunta que me hizo Pablo de Tarso, y creo que si el *Enobarbo* siguiese la doctrina cristiana, yo tendría tiempo para ir á visitarte á Sicilia. Y entonces podríamos, á la sombra de los árboles, entre el perfume de las flores, á orillas del mar azul, conversar acerca de los dioses y discutir sobre las verdades enunciadas por los filósofos griegos. Pero ahora, en cambio, me veo obligado á enviarte una respuesta muy breve.

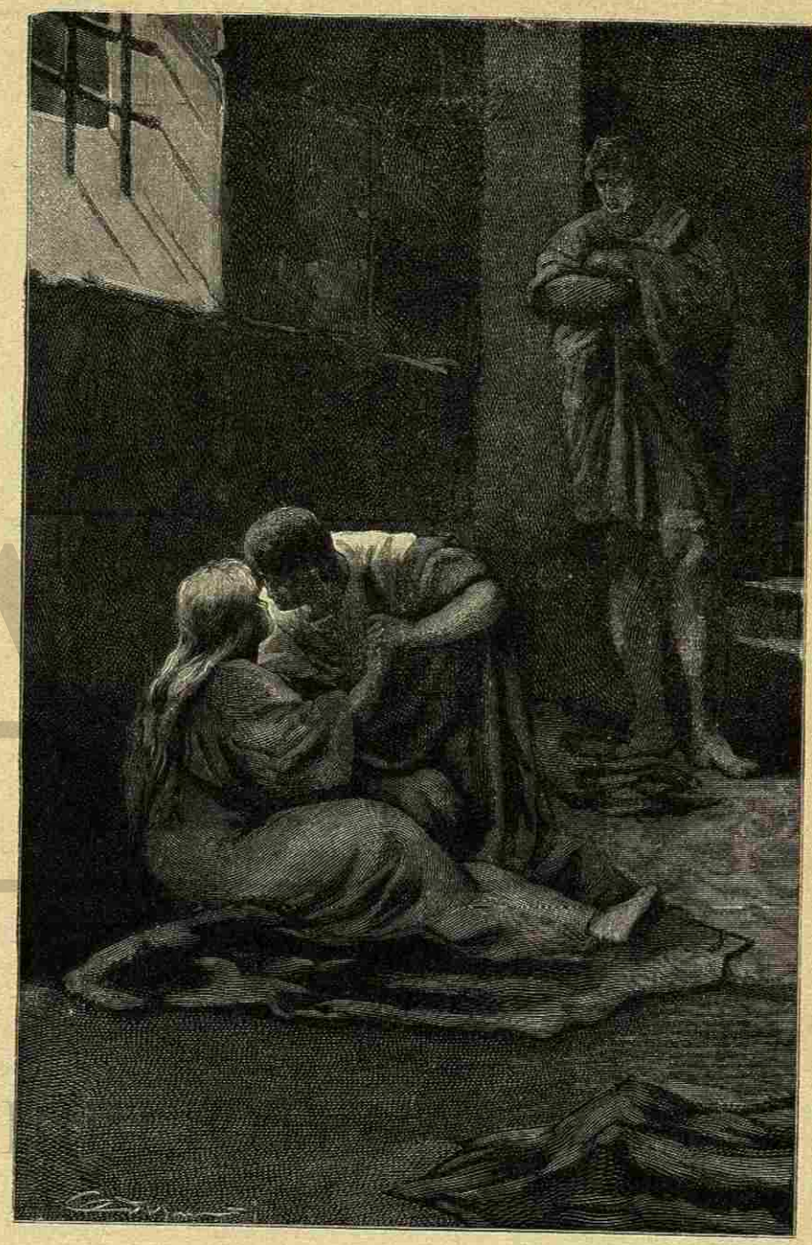
»Yo no me cuido más que de dos filósofos: Pirro y Anacreonte. Todos los demás, inclusos los estoicos griegos y romanos, te los regalo de muy buena gana. La verdad, Vinicio, reside en regiones tan altas, que ni siquiera los dioses, desde la cumbre del Olimpo, alcanzan á verla. Tu cima parece que está aún más alta y desde tu pedestal me gritas: «Ven y verás las cosas bajo una luz que no conoces.» ¡Pudiera ser! Pero te respondo: «No me siento con fuerzas para viajar.» Y cuando hayas aca-

bado de leer esta carta, comprenderás que tengo razón. ¡No, esposo feliz de la princesa Aurora, tu religión no es para mí! ¿Podría amar á los betineses que cargan con mi litera, á los egipcios que me calientan el agua para el baño, ó á Nerón, ó á Tigelino? ¡Te juro, por las rodillas de las Gracias, que, aunque quisiera, no podría! En Roma hay por lo menos cien mil personas que tienen ó una desviación de la espina dorsal, ó las rodillas demasiado pronunciadas, ó las piernas extremadamente delgadas, ó la cabeza excesivamente grande. Pues bien: ¿me obligarías á amar también á esos seres? ¿Dónde puedo encontrar el amor, si no existe en mi corazón? Y si Dios quiere que los ame á todos, ¿por qué, en su omnipotencia, no les dió, por ejemplo, las formas de los hijos de Niobe, que viste en el Palatino? Quien ama lo bello, por esta misma razón no puede amar lo feo. Aun sin creer en nuestros dioses, se puede amarlos, como hicieron Lidia, Praxiteles, Mirón, Escopa y Lisias.

»Suponiendo también que quisiera seguir tus consejos, no podría hacerlo; pero como no quiero, mi imposibilidad es doble. Tú, como Pablo de Tarso, crees que encontrarás á tu Cristo, después de la muerte, en algún Campo Elíseo. Pues bien; pregúntale si está dispuesto á recibirme con mis vasos preciosos, con mis libros publicados por Socio y con mi Eunica de los cabellos de oro. Este pensamiento no me parece admisible, porque Pablo me dijo que por el amor de Cristo era necesario renunciar á las guirnaldas de rosas, á los banquetes y á todos los placeres. Verdad es que á cambio de todo esto me prometió otra felicidad; pero yo le aseguré que me sentía demasiado viejo para alterar mis costumbres, que las rosas me entusiasmaban, y que prefería el perfume de violeta á las pestíferas exhalaciones de la Suburra. Quedan expuestas las razones que bastan para persuadirte de que tu felicidad no se ha hecho para mí. Además, debo decirte otra cosa: ¡me esperan en el reino de las sombras! Para ti acaba de asomar la luz del día; en cambio, mi sol corre á su ocaso y se acerca el crepúsculo; en otros términos: ¡voy á morir, queridísimo!

»No vale la pena de extenderme en otras consideraciones: debía acabar así. Tú, que conoces al *Enobarbo*, comprenderás en seguida cómo están las cosas. Tigelino ha vencido, ó mejor dicho, mis victorias han terminado. He vivido como me plugo siempre, y quiero morir á mi gusto. No te aflijas mucho por mi suerte. Ningún dios me prometió la inmortalidad, y por lo mismo no me aguarda ninguna sorpresa. Por lo demás, querido Vinicio, estás en un error al afirmar que sólo tu Dios enseña á los hombres á morir tranquilamente. ¡No! Mucho antes de que tú nacieras, la gente como nosotros sabía morir, después de haber apurado hasta las heces el cáliz de la vida; y esta ciencia se conoce aún. Platón dice que la virtud es una música y la vida del sabio una armonía. Si esto es verdad, yo moriré como he vivido..., ¡virtuosamente! Quisiera despedirme de tu divina esposa con las mismas palabras con que la saludé en casa de Aulo: «¡He visto muchas, pero ninguna semejante á ti!» Si el alma es algo más que lo que suponía Pirro, la mía volará á través del Océano hacia ti y hacia Licia bajo la forma de una mariposa, ó según la creencia de los egipcios, en la figura de un pajarillo. En otra forma, no puedo ir.

»¡Os deseo que la Sicilia sea para vosotros el jardín de las Hespérides, que los dioses silvanos cubran de flores vuestro camino y que blancas palomas construyan sus nidos sobre cada columna de vuestra casa!»



Por fin te veo; no dudaba de que vendrías. – (Pág. 350.)

LXXIII

Petronio no se engañaba. Dos días después, el joven Nerva, que siempre le había demostrado cierta simpatía, mandó á Cumas á su liberto con noticias de cuanto sucedía en la corte.

La muerte de Petronio era ya cosa resuelta. A la mañana siguiente un centurión debía entregarle la orden de permanecer en Cumas para aguardar las últimas disposiciones; el segundo mensajero le llevó, algunos días más tarde, la sentencia de muerte.

Petronio escuchó el mensaje con estoica tranquilidad.

– ¡Lleva á tu señor uno de mis vasos!, dijo, y dale las gracias de todo corazón, porque así puedo prepararme para la condena.

Y sonrió como quien goza de una anticipada felicidad.

Aquella misma tarde los esclavos se distribuyeron aquí y allá para invitar á todos los augustianos y á todas las damas residentes en Cumas á un espléndido banquete en la quinta del *arbiter*. Petronio dedicó el resto del día á la correspondencia y al baño; luego se hizo arreglar los pliegues de su toga por las esclavas encargadas de este servicio. Bello y radiante como un dios, se dirigió al triclinio para examinar y juzgar los preparativos, y después al jardín, en donde jóvenes y doncellas griegas estaban entretejiendo guirnaldas de rosas para la fiesta.

En su rostro no se notaba la menor inquietud: los esclavos sabían solamente que aquel banquete había de resultar extraordinario, pues el señor había ordenado que se repartieran ricos dones á aquellos de quienes estaba contento y que se reprendiera suavemente á los que no habían trabajado á su satisfacción ó que otras veces habían merecido su castigo. Había retribuído ya generosa y anticipadamente á los cantantes y citaristas. Por último, sentado bajo una haya, á través de cuyas ramas los rayos del sol dibujaban en el suelo las más caprichosas figuras, llamó á Eunica cerca de sí.

La joven griega llegó envuelta en blancas vestiduras, adornada con mirto la cabeza, hermosa como una de las Gracias. Petronio la hizo sentar á su lado, y cogiendo su rostro entre las manos, la contempló con aquella profunda admiración con que un conocedor del arte observa una obra maestra.

– Eunica, le dijo, ¿no sabes que desde hace tiempo no eres esclava?

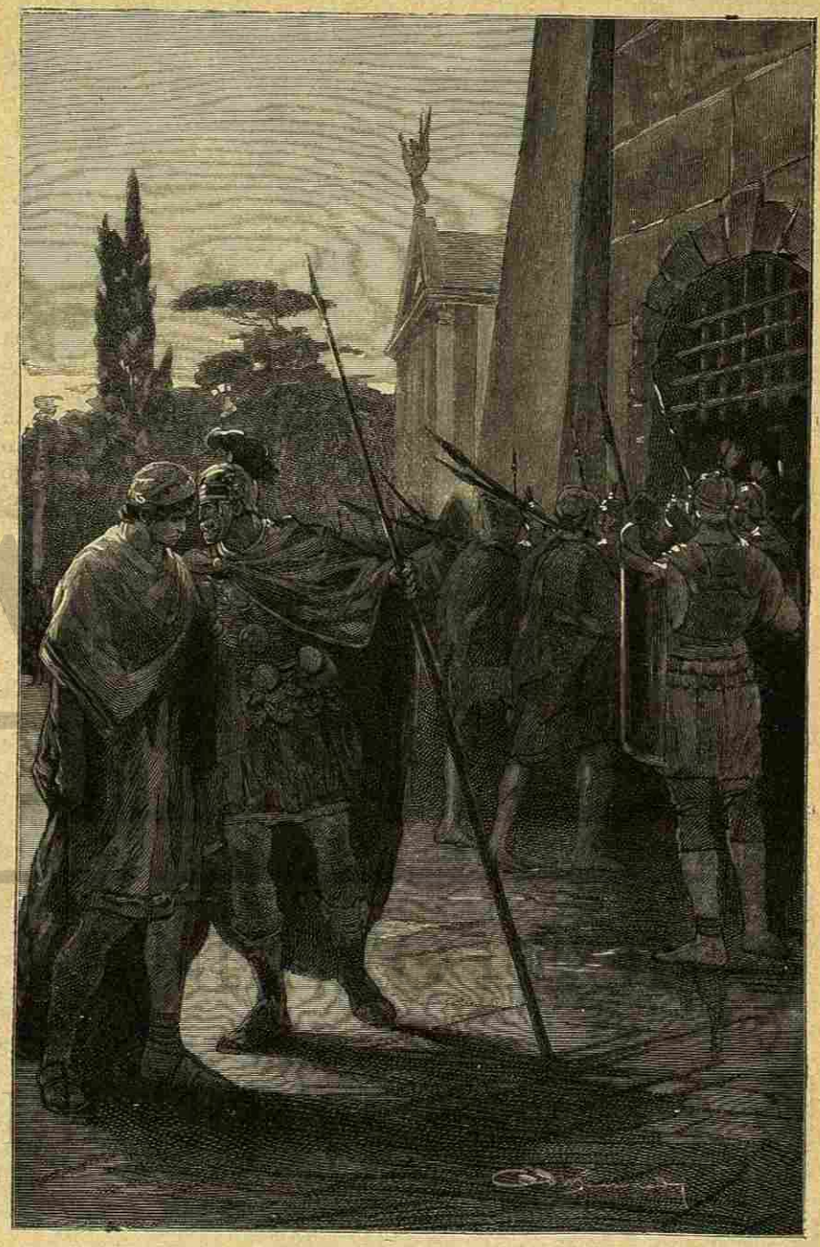
Ella fijó sus ojos azules en su amante, moviendo la cabeza negativamente.

– ¡Soy tuya por siempre!, respondió.

– Quizá no sabes, prosiguió Petronio, que esta quinta, estos esclavos que ahora están entretejiendo guirnaldas, y todo cuanto contiene la villa, mas los campos y los rebaños, te pertenecen desde ahora.

Eunica se desprendió de sus brazos, preguntando asustada:

– ¿Por qué dices eso?



No puedo dejarte entrar sigue tu camino y que los dioses te consuelen. – (Pág. 354.)

Acercándose poco á poco le miró con angustia, palideciendo.

Sonriente contestó el *arbiter*·

– ¡Sí!

Callaron ambos. La suave brisa murmuraba entre el ramaje; la joven parecía transformada en una estatua de blanco mármol.

– ¡Eunica, dijo Petronio, deseo morir tranquilo!

Con amarga sonrisa, balbució ella:

– ¡Comprendo!

Llegada la noche, se presentaron numerosos invitados. Otras veces habían tomado parte en banquetes ofrecidos por el *arbiter*, y sabían que, comparados con ellos, hasta los convites de Nerón resultaban bárbaros y fastidiosos. Ninguno suponía que aquel sería el último festín; muchos sabían que las nubes de la cólera imperial iban cerniéndose sobre la cabeza de Petronio; pero esto sucedía tan á menudo y el *arbiter* había sabido disipar tantas veces la tormenta con una sentencia profunda ó con una frase dicha á tiempo, que nadie podía creer que le amenazase un peligro serio. Su semblante tranquilo, su alegre y serena sonrisa y su palabra les afirmaba en aquella opinión. La hermosa Eunica, para quien una sílaba de su amante era una ley, parecía reflejar en su rostro la tranquilidad de espíritu. Junto á la puerta del triclinio, muchachos con los cabellos recogidos en redecillas de oro colocaban sobre las cabezas de los invitados coronas de rosas, encargándoles, según costumbre, que atravesaran el umbral con el pie derecho primero. La sala estaba impregnada del perfume de violetas, y las luces brillaban en vasos alejandrinos de diferentes colores. Junto á los divanes, jóvenes griegas esparcían perfumes á los pies de los invitados, y los cantores y citaristas esperaban una señal del señor para dar principio á la música.

El servicio de mesa era espléndido; pero aquel lujo no ofendía ni menospreciaba á nadie; parecía una consecuencia natural del ambiente. Al entrar, se comprendía que no eran aquellos los banquetes de César, donde un elogio débil ó poco satisfactorio podía costar la vida. La vista de los vinos, puestos á helar en la nieve, de los escogidísimos manjares, de los cálices adornados con hiedra, y de las lámparas multicolores, alegraba todos los corazones. Las conversaciones joviales y animadas eran á veces interrumpidas por carcajadas y ruidosos aplausos.

Los comensales vertieron algunas gotas de vino en honor de los dioses inmortales, impetrando su gracia en favor del anfitrión. Que muchos de ellos no creyesen en los dioses no significaba nada. ¡La costumbre y los respetos humanos así lo habían establecido! Petronio, echado junto á Eunica, hablaba de Roma, de los últimos acontecimientos, de amor, de carreras, de Espícolo, que se había hecho célebre recientemente en el Circo, de los libros publicados á la sazón por Atracto y Sosio. Aproximando el cáliz á los labios, manifestó que bebía en honor de la señora de Chipre, la principal y más respetable de las divinidades, la única inmortal y omnipotente. Su discurso semejaba la luz del sol, que á cada instante ilumina un nuevo objeto, ó al céfiro estival, que despierta á las flores en los jardines. Hizo una seña á los músicos y en seguida resonaron las cítaras acompañadas de voces frescas y armoniosas. Algunas jóvenes de Cos, compañeras de Eunica, se dispusieron á danzar, haciendo resaltar con arte y suma gracia la perfección de sus formas. Un adivino egipcio predijo á los concurrentes el porvenir por medio de las iridescencias del agua en un vaso de cristal.

Cuando empezaban todos á cansarse de tales pasatiempos, Petronio, alzándose sobre los almohadones de Siria, dijo titubeando:

– Perdonadme, amigos míos, si durante un banquete me atrevo á pediros un favor. ¿Estáis todos vosotros dispuestos á aceptar el regalo del cáliz con que bebéis en honor de los dioses y á mi salud?

Los cálices de Petronio eran de oro, adornados con piedras preciosas y artísticamente cincelados; aunque eran frecuentes en Roma regalos de tal naturaleza, todos mostraron gran alegría. Muchos lo agradecieron en alta voz, otros declararon que ni Júpiter en el Olimpo hacía á los dioses semejantes dones, y más de uno no se atrevía á aceptar regalo tan precioso.

Petronio levantó su copa, cuajada de brillantes de insuperables reflejos y de un valor incalculable.

– Con esta copa, dijo, he bebido en honor de la diosa Ciprina: ninguna otra boca humana podrá acercar á ella los labios, y ninguna otra divinidad volverá á ser honrada por ella.

Esto diciendo, arrojó el cáliz preciosísimo sobre el pavimento cubierto de azafrán; cuando lo vió deshecho en mil pedazos, vuelto hacia los aterrados espectadores, exclamó:

– ¡Amigos míos, alegraos y escuchadme: los achaques y las enfermedades son la triste herencia de los últimos años de la vida! Os doy un ejemplo y un buen consejo: en vosotros está el evitar la vejez; marchaos antes de que llegue. ¡Así lo hago yo!

– ¿Qué piensas hacer?, le preguntaron todos con espanto.

– Quiero gozar, quiero beber, quiero oir música, quiero tener á mi lado la belleza divina, y por fin, quiero dormirme con la cabeza coronada de rosas. Me despedí de César. ¿Queréis oir mi último saludo?

Sacando un pliego que había puesto debajo de los cojines de púrpura, leyó lo siguiente:

«Sé, ¡oh César!, que aguardas con ansia mi llegada, que tu corazón cariñoso y leal me desea día y noche. Sé que quieres colmarme de dones, nombrarme prefecto de los pretorianos y ordenar á Tigelino que sea aquello para que los dioses le destinaron, esto es, un asnero en aquellos países que heredaste después que Domicio fué envenenado. ¡Perdóname! Pues te juro por las sombras de tu madre, de tu mujer, de tu hermano y de Séneca, que no puedo ir á verte. La vida es un tesoro inestimable; pero le quité á ese tesoro las joyas más preciadas, y además, en la vida hay algo que se me hace insoportable. Te ruego que no supongas haberme ofendido porque hayas matado á tu madre, á tu mujer y á tu hermano, porque hayas incendiado Roma y mandado al Erebo á todos los hombres honrados de tu reino. ¡No, por Júpiter olímpico! La muerte es la herencia de los hombres, y de ti no hay que esperar otra cosa. Pero haber torturado mis oídos durante años y años con tu poesía, ver moverse en danza estúpida tu vientre de odre y tus miserables piernas, tener que escuchar tu música, tus declamaciones y tus ridículos versos..., ¡todo esto es lo que supera á mis fuerzas y despierta en mí el deseo de morir! Roma se tapa los oídos cuando le hablas, el mundo se burla de ti; no puedo avergonzarme por tu culpa, ni quiero. Los aullidos del Cerbero podrán quizás traer á mi memoria tus cantos, pero me resultarán más agradables que éstos. Nunca he sido amigo de Cerbero, y por lo tanto, no tendré que avergonzarme por sus rugidos. Consérvate bueno, pero no hagas música; mata á tu prójimo, pero no te ocupes de poesía; sé en buenhora envenenador, pero no bailes, por caridad; continúa incendiando, pero compadécete de las cítaras. Estos son los deseos y el último consejo de tu *Arbiter elegantiarum*.»

Los comensales enmudecieron de espanto; todos sabían que para Nerón había de ser menos dolorosa la pérdida de su imperio que un golpe semejante. Compren-

dían perfectamente que el autor de una carta como aquella debía morir; y el solo terror que les producía haber oído aquellas palabras les quitaba el aliento.

Pero Petronio sonreía tranquilo, como si se hubiese tratado de una bromita inocente.

– ¡Animaos y desechad todo temor! No hay necesidad de que ninguno de vosotros se alabe de haber oído la carta; yo, por mi parte, no hablaré más que con Caronte, mientras atraviese el río con él.

Haciendo con la cabeza una seña al médico griego, le tendió el brazo. El galeno lo comprendió, y obedeciendo inmediatamente, le abrió una vena cerca del codo. La sangre salpicó los almohadones y roció el rostro de Eunica, que, sosteniendo la cabeza de Petronio, se había inclinado sobre él para decirle:

– ¿Y crees que voy á dejarte? ¡Yo te seguiría, aunque los dioses me prometieran la inmortalidad y César me asegurase el dominio del mundo!

Petronio sonrió, y levantándose cuanto le permitían sus fuerzas, puso sus labios sobre los de Eunica, murmurando:

– ¡Ven, ven conmigo!

Inmediatamente extendió ella su torneado y rosado brazo, en el que también abrió el médico griego una vena; un instante después, su sangre se confundía con la de su amado.

Petronio hizo seña á los músicos y en el acto se oyeron los sonidos y las voces. Cantaban aquella canción de Anacreonte en que el poeta se lamenta de haber encontrado un día, lloroso y medio muerto por el frío, al hijo de Afrodita; lo cogió con ternura, lo calentó y lo acarició; pero luego el ingrato niño se entretuvo en traspasarle el corazón con un dardo. ¡Desde aquel día la paz huyó de su alma!

Eunica y Petronio, apoyados el uno contra el otro, pálidos, pero bellos como dos divinidades, escuchaban sonrientes. Cuando terminó la canción, Petronio mandó que se sacaran otros vinos y otros manjares, y conversó con sus invitados sobre varios asuntos, como tenía por costumbre. Pidió después al griego que le vendasen el brazo por un momento, pues se sentía atormentado por el sueño. Quería sacrificar algo á Ipno antes de que el Erebo le acogiese en su seno para siempre.

Y en efecto, se adormeció. Al despertar, vió la cabeza de Eunica, como una blanca flor, colocada sobre su pecho.

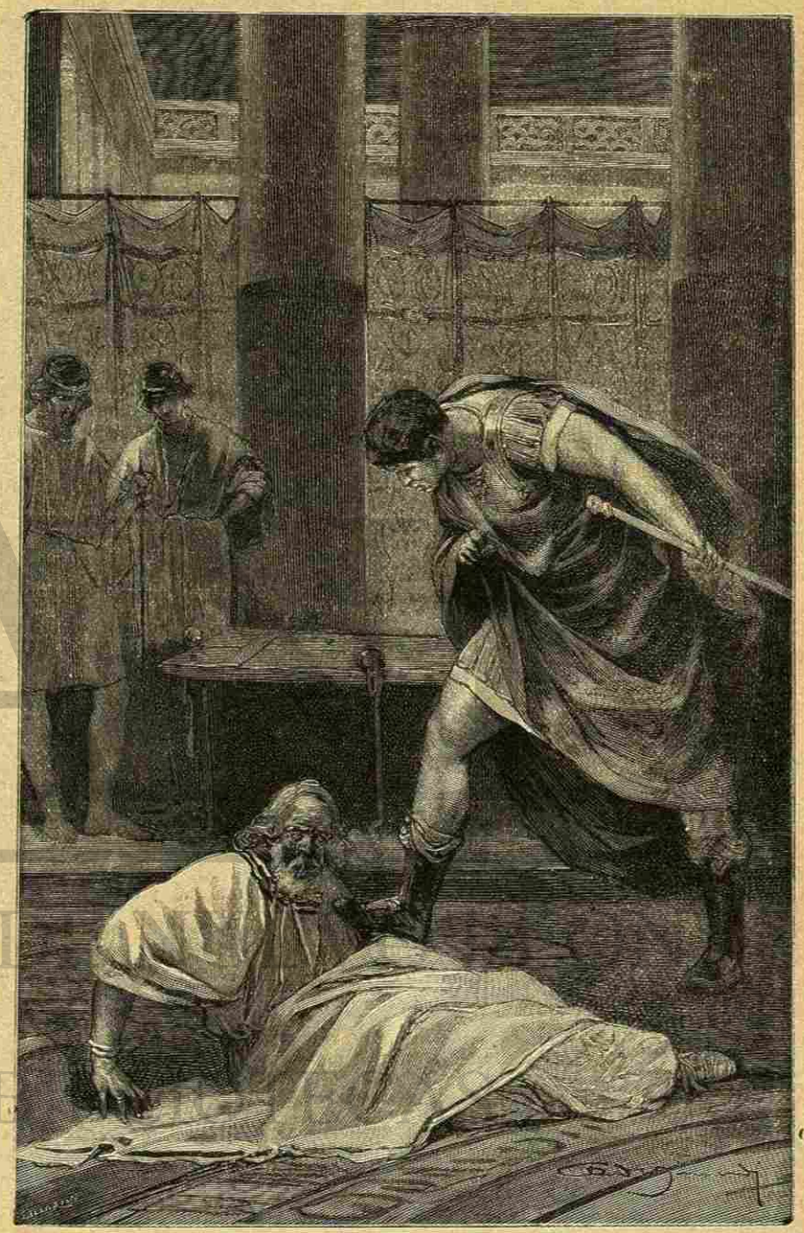
Muy despacio y con cuidado la puso sobre un almohadón para poderla contemplar otra vez, y en seguida se hizo quitar la venda.

Los cantores entonaron de nuevo la oda de Anacreonte; los citaristas acompañaban con tanta dulzura que no se perdía ni una palabra. Petronio palidecía cada vez más: cuando iba á apagarse la última nota de la canción, se volvió á sus invitados, diciendo:

– Debéis reconocer, amigos, que con nosotros declina...

No pudo proseguir: sus brazos enlazaron á Eunica, su cabeza cayó sobre los cojines de púrpura..., ¡estaba muerto!

Los comensales miraban consternados aquellas dos figuras, que semejaban dos estatuas bellísimas, comprendiendo que con ellos moría lo que aquellos tiempos tenían aún de grande: ¡la poesía y la belleza!



¡Has de retractarte! ¡Debes hacerlo, sí, sí! – (Pág. 361.)

EPÍLOGO

En un principio pareció que la sublevación de las legiones de la Galia, mandadas por Víndex, no era muy peligrosa. César tenía poco más de treinta años y nadie esperaba que el mundo pudiese librarse pronto del monstruo que le oprimía. Se sabía que las legiones se habían amotinado otras veces, aun en tiempos de otros emperadores, pero nunca habían producido aquellas revoluciones un cambio de poder; la revolución que estalló entre las legiones de la Panonia, bajo el reinado de Tiberio, fué sofocada por Druso.

«¿Quién puede subir al trono después de Nerón, decía el pueblo, si han muerto todos los descendientes del divino Augusto?» Otros le consideraban como un coloso y como un Hércules, afirmando que no podía existir una fuerza capaz de derribarle.

Hasta tenía ardientes partidarios, después de su viaje á la Acaya; pues Elio y Policteto, á quienes había cedido el poder de Roma y de Italia, se habían mostrado aún más crueles y sanguinarios que él.

Nadie estaba ya seguro de su vida, ni de su hacienda; la ley no bastaba para proteger al individuo; la dignidad humana era pisoteada, los vínculos de familia disueltos, la virtud ya no existía, los espíritus oprimidos no se atrevían siquiera á esperar tiempos mejores.

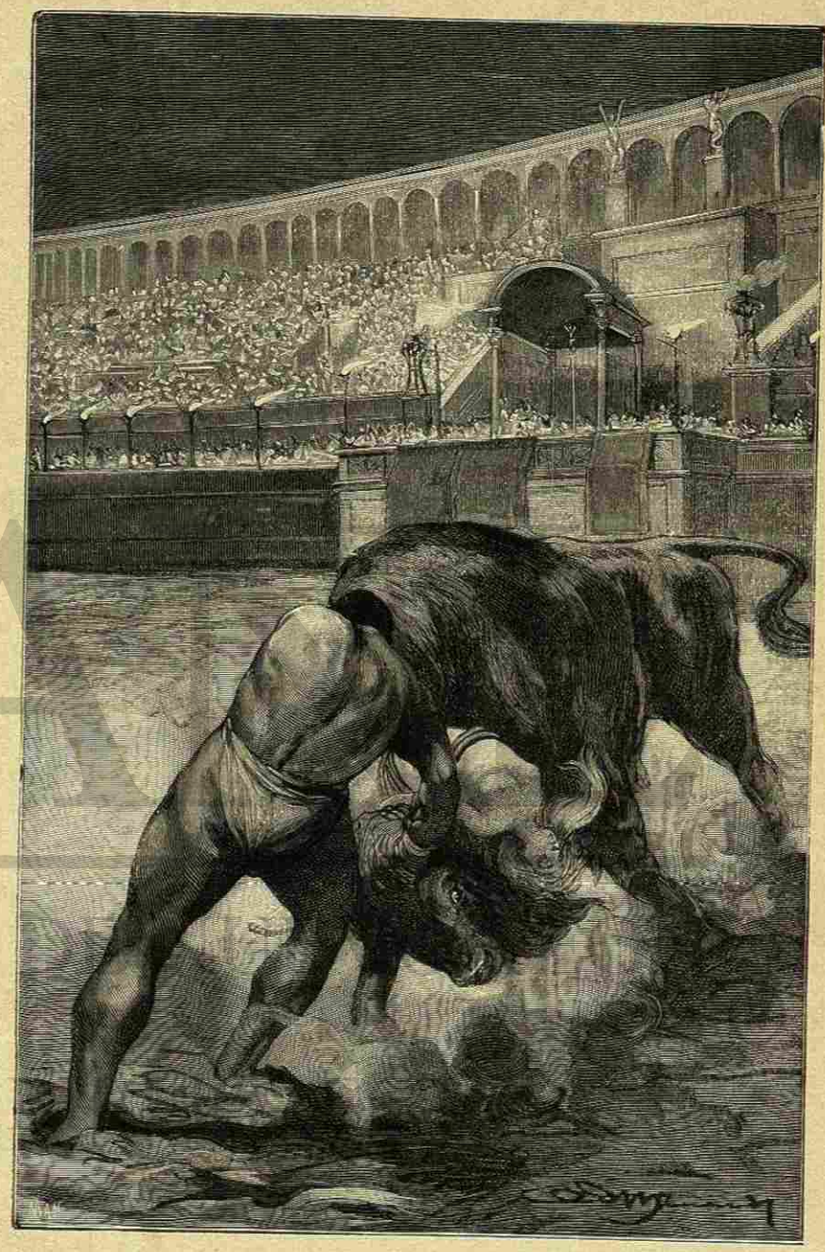
De Grecia llegaban noticias de los insuperables triunfos de César, de las innumerables victorias por él alcanzadas y de los miles de rivales vencidos por él. El mundo se había transformado en una orgía cómico-sangrienta; al mismo tiempo arraigaba la idea de que, terminado el período de las virtudes y de las acciones dignas, empezaría la época de la danza, de la música, de la maldad y de la sangre, y que en lo futuro la vida transcurriría de aquella manera.

César, á quien la rebelión impedía cometer nuevos excesos, no se cuidaba de dominarla, antes bien hablaba de ella con entusiasmo. No quería abandonar la Acaya; sin embargo, cuando Elio le comunicó que la dilación podía costarle el trono, se dirigió inmediatamente á Nápoles.

Allí se detuvo y se dedicó á declamar y á cantar, sin preocuparse del peligro siempre creciente. En vano Tigelino pretendía convencerle de la diferencia que existía entre los motines de otros tiempos y aquel que le amenazaba; mientras en los primeros las legiones no habían tenido un jefe hábil, esta vez estaban guiadas por un soldado inteligente y valeroso, descendiente de los antiguos reyes de la Galia y Aquitania.

– Aquí, respondía Nerón, los griegos me escuchan, los griegos que son los únicos que saben comprenderme, los únicos dignos de mi canto.

Afirmaba que su principal deber era cultivar el arte. No obstante, cuando se le refirió que Víndex le había llamado «miserable histrión,» se conmovió y se encami-



En aquellos momentos desplegaba toda su fuerza sobrehumana. – (Pág. 377.)

nó en seguida hacia Roma. La herida que le había inferido Petronio, algo cicatrizada durante su permanencia en Grecia, se le abrió de nuevo, y juró obtener una satisfacción del Senado por aquella inaudita injusticia.

Durante el viaje vió un grupo en bronce representando un guerrero galo vencido por un caballero romano. Nerón vió en esto un buen augurio, y desde aquel momento no volvió á nombrar á Víndex y á sus legiones más que para burlarse de ellos. Su entrada en Roma superó en esplendor á todas las precedentes; en aquella ocasión se sirvió del coche con que entró Augusto triunfante en la ciudad; un arco del Circo fué derribado para que pudiese pasar el cortejo; el Senado, los caballeros y una interminable turba de pueblo salieron á su encuentro; los muros parecían moverse sacudidos por el ruido de los gritos y aclamaciones de miles y miles de voces: «¡Viva Augusto! ¡Viva Hércules! ¡Viva el divino, el insuperable, el olímpico, el inmortal!» Detrás de él iban los trofeos de victoria, los nombres de las ciudades donde había triunfado é inscripciones con el relato de hechos y los nombres de los rivales á quienes había vencido.

El mismo Nerón parecía embriagado, y volviéndose á los cortesanos que le rodeaban, preguntaba conmovido: «¿Qué fué el triunfo de Julio, comparado con este mío?» La idea de que un mortal se atreviese á poner su mano sobre un semidiós como él no le pasó siquiera por la imaginación. Se figuraba pertenecer al Olimpo, y por lo tanto estar en sitio seguro. La excitación y el entusiasmo de la muchedumbre aumentaban su delirio. Parecía que en aquel día de triunfo, no sólo César y la ciudad habían perdido la razón, sino que la locura se había apoderado del mundo entero.

¡A través de las flores y las guirnaldas no podía distinguirse el abismo! Sin embargo, aquella misma noche, las paredes y las columnas de los templos se llenaron de inscripciones en que se describían los delitos de Nerón, se le amenazaba con una próxima venganza y se hacía burla de él como artista. De boca en boca corrían las palabras: «Cantó hasta que se despertaron los galos.» Noticias nada tranquilizadoras circulaban por la ciudad: los cortesanos empezaban á temblar; muchos á quienes el porvenir parecía inseguro, no se atrevían á manifestar ni esperanzas ni deseos, y apenas se atrevían á pensar y á respirar.

César, en cambio, vivía tranquilo, no cuidándose más que del teatro y de la música, y ensayando de continuo instrumentos varios y de nueva invención.

Su espíritu infantil, incapaz de toda idea, de toda acción, creía poder alejar el peligro con la promesa de espectáculos y de representaciones teatrales. Las personas de su séquito se preocupaban seriamente, al ver que en vez de pensar en los medios necesarios para reunir tropas, no se cuidaba más que de buscar expresiones elocuentes que describiesen la proximidad del peligro. Algunos sostenían que trataba de engañarse á sí mismo y engañar á los otros con la poesía, pero que en el fondo de su alma estaba también inquieto y lleno de terror. Y en efecto, sus actos tenían algo de febril; todos los días ideaba nuevos proyectos; á veces se levantaba de un salto, como para salir contra el enemigo; mandaba embalar sus laúdes y cítaras, armar como amazonas á sus esclavas y conducir las legiones á Oriente. En otras ocasiones decidía no sofocar la rebelión por medio de las armas, sino con el canto, y se entusiasmaba ante la idea del espectáculo que seguiría á una victoria de tal naturaleza. Los soldados le rodearían vertiendo abundantes lágrimas, y él les cantaría un himno de gloria. Ya pedía sangre, ya quería contentarse con el reino de Egipto; recordaba la predicción que se le había hecho y por la cual se le prometía el dominio sobre Jerusalén, ó bien se conmovía ante el pensamiento de que habia de ganarse la vida como un cantor peregrino. Las ciudades y los países lejanos no honrarían en él al César, al Señor de la tierra, pero sí á un poeta insuperable como no había existido otro en el mundo.

Y así luchaba, se enfurecía, cantaba, cambiando de ideas y de proyectos á cada momento, transformando su propia vida en un sueño espantoso, fatídico y delirante, en una fatigosa rebusca de expresiones falsas, de versos malos, de suspiros, de lágrimas y de sangre.

Entretanto en Occidente las nubes se iban haciendo más densas y amenazadoras. ¡La comedia loca y cruel se acercaba á su fin!

Cuando llegó la noticia de que Galba y España se habían unido á los rebeldes, Nerón fué presa de un acceso de furor. Se hallaba en un banquete y derribó la mesa, rompió los cálices y dictó tales órdenes que ni Elio ni Tigelino se atrevieron á seguirlas. Quería asesinar á todos los galos residentes en Roma, incendiar otra vez la ciudad, soltar las fieras, trasladar la capital del imperio á Alejandría, y todo esto le parecía grande, maravilloso y fácilmente realizable. Pero los días de su poder estaban contados y hasta sus antiguos amigos le consideraban ahora como loco.

La muerte de Víndex y las disensiones en el campo rebelde parecieron dar á las cosas un giro favorable á Nerón. Y Roma dió nuevamente grandiosas fiestas, solemnizó otros triunfos y pronunció nuevas sentencias de muerte. Pero una noche, sobre brioso corcel, inesperada y precipitadamente llegó un mensajero con la noticia de que en la ciudad los mismos soldados, dada la señal de rebelión, habían proclamado emperador á Galba.

A la llegada del mensajero, Nerón dormía; al despertar, llamó en vano á la guardia que debía hallarse á la puerta de su estancia. El palacio estaba desierto, los esclavos tomaban como botín cuanto podían en los ángulos más remotos del edificio. La presencia de Nerón les llenó de terror, pues solo, atravesando todas aquellas vastísimas habitaciones, las hacía temblar con sus gritos de espanto y desesperación.

Llegaron en su ayuda sus libertos Faón, Esporo y Epafrodito, los cuales le aconsejaron que huyese, asegurándole que no había tiempo que perder; pero él trataba aún de engañarse á sí mismo. «Si vistiendo la toga de luto, pensaba, me presentase en el Senado, ¿podrían los senadores resistir á mis ruegos, á mi elocuencia? Si á la oratoria añadiese el arte dramático, ¿quién dejaría de conmoverse? ¿No me nombrarán para desempeñar la prefectura de Egipto?»

Los libertos, acostumbrados á la adulación, no se atrevían á contradecirle abiertamente; pero le prevenían contra el furor del pueblo, que hubiera sido capaz de arrastrarle antes de llegar al Foro. Le amenazaban con abandonarlo á su suerte si no se decidía á huir al galope inmediatamente.

Faón le ofreció asilo en su quinta, fuera de la puerta Nomentana. Montaron á caballo en seguida, y cubriendo la cabeza de Nerón con un manto, se dirigieron al lugar designado. Amaneció muy pronto, las calles se animaron con rapidez excepcional y por todas partes se veían grupos de soldados. El caballo de César, asustado ante un cadáver, se encabritó, cayó el manto de la cabeza de Nerón, un soldado le reconoció, y asombrado por aquel inesperado encuentro, le saludó. Corriendo á través del campo, oyeron las aclamaciones en honor de Galba; en aquel instante Nerón comprendió que todo había terminado para él; el terror y los remordimientos se apoderaron de su alma; declaraba que no distinguía ante sí más que tinieblas, entre las cuales sólo se destacaban los rostros de su madre, de su esposa y de su hermano. Los dientes le castañeteaban de miedo. Con todo, su alma de comediante encontraba cierto atractivo en el terror de aquella hora. Ser dueño absoluto del mundo y perderlo todo, le parecía de un efecto grandiosamente trágico, y fiel á sí mismo, quería representar su papel hasta el fin.

Se sintió asaltado por una especie de fiebre declamatoria, unida al vivo deseo de que sus amigos conservasen sus versos para la posteridad. A veces quería morir é invocaba á Espícolo, el famoso gladiador; en otros momentos exclamaba: «¡Madre, esposa, hermano, llamadme, haced que muera!» No obstante, de cuando en cuando renacía en él la esperanza, una esperanza vana, infantil.

No quería creer que iba á morir.

La puerta Nomentana estaba abierta; siguiendo aquel camino se llegaba al Ostriano, donde Pedro había predicado y bautizado. Al salir el sol, estaba en la quinta de Faón.

Allí el liberto no le ocultó que había sonado su última hora. Después de ordenar á su gente que cavara una fosa, hizo tender á Nerón en el suelo para que tomasen la medida exacta de su cuerpo. Le llenó de espanto ver la tierra removida; palideció como si hubiese sido ya cadáver, y frío sudor bañó su frente.

Con voz débil, pero teatral, reanudó sus declamaciones, asegurando que no había llegado todavía su hora.

Luego pidió que se quemara su cuerpo.

«¡Qué gran artista va á desaparecer!,» repetía con profundo dolor.

Llegó el mensajero de Faón con la noticia de que el Senado había pronunciado la sentencia; el parricida debía ser castigado según la tradicional costumbre.

– ¿Cuál es esa costumbre tradicional?, preguntó Nerón temblando.

– Se le traspasará el cuello, será azotado hasta morir y, por último, su cuerpo será arrojado al Tíber.

Nerón se descubrió el pecho.

– Pues bien..., ¡sea!, dijo con los ojos vueltos al cielo, y repitió, lanzando un suspiro: ¡Qué gran artista va á desaparecer!

En aquel momento se oyeron las pisadas de un caballo, el que conducía al centurión, que con los soldados estaba encargado de llevarse la cabeza del *Enobarbo*.

– ¡Apresúrate!, gritó el liberto.

Nerón, acercando al cuello un cuchillo, se desgarraba la piel, con miedo; claramente manifestaba que no tenía valor para herirse. Epafrodito se lanzó precipitadamente sobre él..., y la hoja del arma desapareció. Los ojos de Nerón se movieron aún aterrorizados breves instantes.

– ¡Te traigo la vida!, gritó el centurión entrando.

– ¡Demasiado tarde!, balbució Nerón con voz hueca. Y tras corta pausa añadió: ¡He aquí el vasallo!

Su rostro se cubrió de palidez cadavérica, la sangre que salía á borbotones de la herida salpicó las flores del jardín. Un sacudimiento convulsivo, un gemido..., y por fin la muerte.

A la mañana siguiente su fiel Acté envolvió el cuerpo del que fué su amante en un lienzo precioso y lo quemó sobre un trono impregnado de perfumes.

Y así pasó Nerón sobre esta tierra, arrancando como el huracán, destruyendo como el fuego y sembrando el luto y el dolor como la guerra y la muerte.

En cambio, la Basílica de San Pedro, hoy todavía, desde las alturas del Vaticano domina la ciudad y el mundo.

Junto á la antigua puerta Capena se encuentra aún una capilla en la que se lee esta inscripción, casi borrada por el tiempo:

QUO VADIS, DOMINE?

FIN

ÍNDICE

DE LAS LAMINAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	Páginas
¡Salud, oh Petronio!, exclamó el joven guerrero, penetrando en el *tepidarium*	7
Y mientras escuchaba mis palabras, trazaba dibujos con la ramita sobre la arena	15
Toda esa gente conocía á Petronio, tanto que Vinicio oía exclamar continuamente: *Hic est!*	19
¡Oh forastero!, tú no me pareces ni descortés ni loco	23
Yo creo en un solo Dios omnipotente y justo	27
Inútilmente procuraba escapar á sus besos	55
La precedía la hermosa nodriza egipcia, negra como el ébano, con una criatura en brazos	65
Atacino vaciló un instante, para caer exánime luego	69
Vinicio, cogiendo un candelabro de bronce, destrozó con un solo golpe el cráneo del pobre esclavo	71
¡Pues bien, te la ofrezco, tuya es!.	81
Temblando de ansia y de emoción, extendía los brazos, suplicante	83
Petronio y Vinicio pasaron en seguida al atrio, donde Quilón Quilónides les esperaba	89
Urbano se levantó, como movido por un resorte, y exclamó: «¡Yo, padre!»	111
¡Que la divina madre de tu valeroso abuelo Eneas te proteja..!	117
Pedro alzó la mano, bendiciendo con la señal de la cruz á todos los congregados	127
Licia estaba como en éxtasis	133
Inmediatamente, como fiera enfurecida, se lanzó contra Vinicio	139
Y emprendió veloz carrera en dirección al río	141
Sobre la orilla apareció una figura hacia la cual hizo proa el apóstol	157
Por un instante pareció que ambos quedaban arrobados en un éxtasis de felicidad	169
En la vía Apia había empezado el concurso de los deslumbrantes equipajes	179
¡Te amo! ¡Ven! ¡Nadie nos ve!.. ¡Pronto!	189
¡Amaos en Dios y en su gloria, pues vuestro amor no es culpable!.	201
Vinicio se levantó y dijo: «Son los leones del *Vivarium*.»	225
César se preparaba á entonar un canto, con los ojos vueltos al cielo	235
Saliendo de Ardea, observó hacia el Noroeste un resplandor rojo	239
Una muchedumbre furiosa, excitada, lo rodeó inmediatamente	265
Y se precipitó en brazos de Vinicio, sin pronunciar palabra	269
El pueblo murmura y se subleva; ¿quieres que con él se rebelen también los pretorianos?	277
Conozco todos los sitios donde se reunen, los antiguos y los nuevos	283
Salva á tu Licia y huye con ella á través de los Alpes ó al África	287
¡Llévate también el cáliz!, ordenó Petronio	291
Hundió hasta el puño en el pecho del miserable el arma con que iba prevenido	295
Y en menos que se dice trazó con su espada en el suelo la figura de un pez	307
Los dos sicarios envolvieron en un lienzo el mísero cuerpecito	313
Licia enferma y asistida por Ursus en la cárcel Mamertina	319
El reciario se puso á saltar ágilmente alrededor de su pesado rival	323
Las víctimas no cesaban de repetir: *Pro Christo!, pro Christo!*	353
En el cuarto verso de la tercera estrofa el metro deja algo que desear	357

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	Páginas
Una persona envuelta en obscuro manto se aproximó á ellos.	363
Dad gracias al Salvador por haberos concedido su misma muerte	367
¡Oh, señor, dijo; no veré nada, porque de noche mis ojos apenas ven!	375
¡Glauco, Glauco! ¡Por amor de Cristo, perdóname!.	381
Capilla del *Quo vadis, Domine?* en Roma, edificada en el lugar donde es tradición que se apareció el Señor á San Pedro	391
Por fin te veo; no dudaba de que vendrías.	401
No puedo dejarte entrar; sigue tu camino y que los dioses te consuelen.	405
¡Has de retractarte! Debes hacerlo, sí, sí!.	407
En aquellos momentos despl gaba toda su fuerza sobrehumana	409

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

CATALOGO DE LAS OBRAS

DE LA

BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Tradiciones Peruanas, por *Ricardo Palma:* cuatro tomos profusamente ilustrados.

Historia de Gil Blas de Santillana, por *Le Sage, traducida por el padre Isla:* lujosa edición ilustrada con 50 primorosas láminas dibujadas por Mauricio Leloir. Dos tomos ricamente encuadernados.

Cantares populares y literarios, recopilados por *Melchor de Palau:* edición ilustrada. Un tomo.

Novelas cortas, por *E. de Amicis. Los amigos de colegio, Camila, Furio, Alberto, Fortaleza, La casa paterna:* edición ilustrada con multitud de grabados dibujados por A. Ferraguti.

Quo vadis?, narración histórica del tiempo de Nerón, por *Enrique Sienkiewicz:* edición española sin supresiones ni alteraciones. Un tomo ilustrado con cuarenta y ocho hermosas láminas dibujadas por el notable artista C. Minardii.

Historia de los Griegos, por *Victor Duruy:* tres tomos con multitud de grabados que representan vistas de lugares, monumentos, objetos de arte, monedas y todo cuanto con la antigüedad se relaciona.

La guerra franco-alemana (1870-71), por *el mariscal conde de Moltke:* un tomo ilustrado con numerosos retratos y acompañado de un mapa de grandes dimensiones en el que pueden seguirse paso á paso los movimientos de los dos ejércitos.

América, historia de su descubrimiento, por *Rodolfo Cronau:* tres tomos con profusión de ilustraciones del mismo autor, copias tomadas del natural de paisajes, monumentos, tipos y objetos desconocidos en su mayoría hasta que él los incluyó en su obra.

Historia de América: su colonización, dominación é independencia, *escrita por D. José Coroleu* con presencia de las obras más acreditadas que han tratado de esta materia y en especial de los originales de los modernos historiadores americanos.

Con las obras de Rodolfo Cronau y de D. José Coroleu se completa la historia general de América desde su descubrimiento hasta la declaración de independencia de los diversos Estados que la constituyen.

Ayer, hoy y mañana, por *D. Antonio Flores:* tres tomos ilustrados.

La última sonrisa, preciosa novela original de *D. Luis Mariano de Larra:* un tomo profusa y primorosamente ilustrado por *D. Alfredo Perea.*

Ecos de las montañas, por *D. José Zorrilla:* un tomo ilustrado con preciosas viñetas y reducciones de las láminas debidas al lápiz del célebre *Gustavo Doré*, que se publicaron en la edición monumental de este libro.

Obras escogidas de D. Ventura de la Vega: dos tomos ilustrados, de los cuales el primero comprende las principales composiciones poéticas y el segundo las más notables obras dramáticas en prosa de tan ilustre autor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nerón, por *D. Emilio Castelar:* recomiéndase esta obra por el interés del asunto y por la brillantez del estilo con que el ilustre escritor describe los hechos culminantes del período histórico del emperador tirano. Tres tomos con numerosos grabados.

En familia, por *Héctor Malot:* preciosa novela premiada por la Academia Francesa. Un tomo con multitud de grabados de Lanos.

La leyenda de Don Juan Tenorio, por *D. José Zorrilla:* obra póstuma del inmortal poeta. Un tomo ilustrado por *D. José Luis Pellicer.*

La princesita de los brezos, por *Eugenia Marlitt,* interesante novela. Un tomo profusamente ilustrado.

¡Si yo fuera rico!, por *D. Luis Mariano de Larra:* preciosa novela en un tomo elegantemente ilustrado por *D. Alejandro de Riquer.*

Para ellas, por *D.ª Adela Sánchez Cantos de Escobar:* interesante colección de novelitas y cuentos, dedicada á las señoras. Un tomo ilustrado.

Un mundo desconocido: Dos años en la Luna, por *Pierre de Selenes:* un tomo ilustrado.

Antología americana, colección de escogidas composiciones poéticas de los principales escritores contemporáneos de las Repúblicas hispano-americanas. Un tomo ilustrado.

El ídolo, por *Ernesto García Ladevese:* novela de costumbres contemporáneas. Un tomo ilustrado por *Méndez Bringa.*

El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, por *Miguel de Cervantes Saavedra.* Dos tomos que constituyen una notabilísima reproducción en facsímile de la edición de esta obra inmortal impresa en Madrid en 1608 por Juan de la Cuesta. (Segunda edición.)

La ciencia moderna, por *Julio Broutá:* estudio popular de los principales adelantos y descubrimientos científicos de nuestros días. Un tomo ilustrado.

Capítulos que se le olvidaron á Cervantes: ensayo de imitación de un libro inimitable, por *Juan Montalvo:* un tomo ilustrado por *Pellicer.*

La perfecta casada, por *Fray Luis de León:* forma un tomo ilustrado con dibujos intercalados y primorosas cromolitografías.

La vida en la América del Norte, obra premiada por la Academia Francesa. escrita por *Pablo de Rousiers:* curiosísimo estudio de los usos y costumbres del pueblo norteamericano, dos tomos ilustrados con numerosos fotograbados.

Napoleón III: historia del origen, apogeo y decadencia del segundo imperio francés, abundante en datos nuevos y curiosos: consta de cuatro tomos con profusión de grabados.

Vida de la Virgen María, según la Venerable Sor María de Jesús de Agreda. Un tomo ilustrado con reproducciones de hermosas láminas de *Gustavo Doré* y con dibujos de *Don Alejandro de Riquer.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS